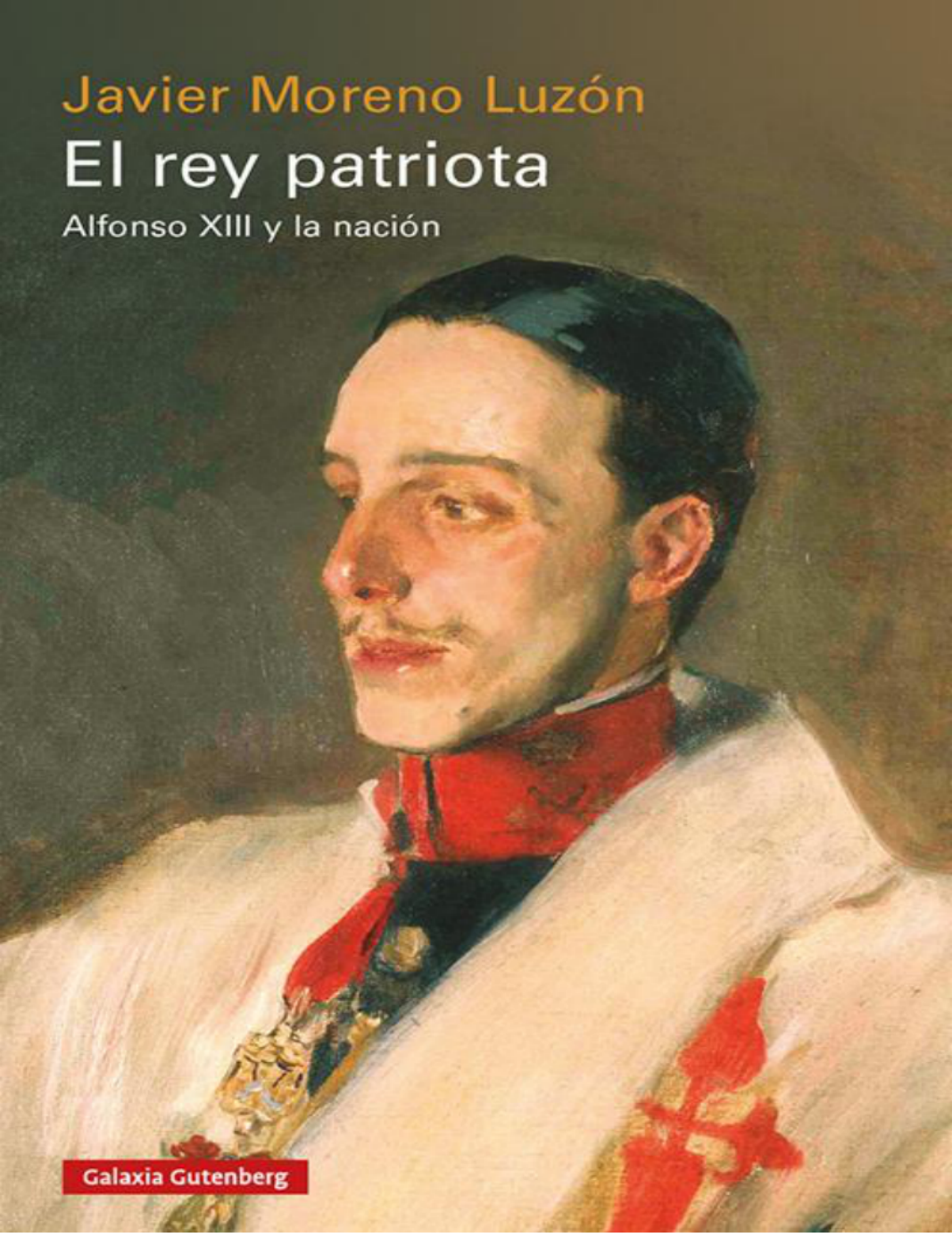
Javier Moreno Luzón

El rey patriota

Alfonso XIII y la nación



Galaxia Gutenberg

© Marta de la Torre

Javier Moreno Luzón es catedrático de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos en la Universidad Complutense de Madrid. Especialista en historia cultural de la política, ha publicado numerosos trabajos sobre clientelismo, elecciones y Parlamento, partidos e ideas liberales, nacionalismo, conmemoraciones y monarquía en la España contemporánea. Entre sus libros destacan *Romanones. Caciquismo y política liberal* (1998), *Restauración y dictadura* (con Ramón Villares, 2009), *Los colores de la patria. Símbolos nacionales en la España contemporánea* (con Xosé M. Núñez Seixas, 2017) y *Centenariomanía. Conmemoraciones hispánicas y nacionalismo español* (2021).

Alfonso XIII (Madrid 1886-Roma 1941) fue uno de los personajes más poderosos y controvertidos del siglo xx español. Su reinado cambió el país. Al llegar a la mayoría de edad, en 1902, le presentaron como el salvador de España. Pero tres décadas más tarde, en 1931, tuvo que partir al exilio, barrido por los republicanos y acusado de corrupto. Este libro estudia su figura desde un punto de vista inédito: el de las relaciones entre monarquía e identidad nacional. Como otros monarcas, adoptó el lenguaje del nacionalismo y el gusto por los espectáculos dinásticos. Viajes, fiestas cortesanas y ceremonias masivas salpicaron su imagen pública. Encantador e irreflexivo, interpretó múltiples papeles: soldado valeroso, aristócrata a la moderna, deportista y dandi cosmopolita, diplomático o príncipe humanitario, a nadie dejaba indiferente.

Sin embargo, Alfonso XIII nunca aceptó un mero papel simbólico y representativo, sino que quiso ser un rey patriota, activo y comprometido con la vida política de su tiempo. Alentado por la mayoría de las fuerzas políticas y convencido de su personal sintonía con el pueblo, ejerció hasta el límite sus poderes constitucionales. Evolucionó de un españolismo regeneracionista, compatible con los proyectos liberales, a posiciones contrarrevolucionarias que desconfiaban del Parlamento y fundían a España con la fe católica. Así pues, no se erigió en un emblema nacional indiscutido, a salvo de las luchas partidistas, sino que acabó por respaldar una dictadura militar que sólo convencía a una parte de la opinión. Su trayectoria, tan rica como apasionante, nos habla de graves conflictos, sobre la nación y la monarquía, que aún resuenan entre nosotros.

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero de 2023

© Javier Moreno Luzón, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023
Imagen de portada:
El rey don Alfonso XIII, de Joaquín Sorolla, 1910.
Óleo sobre lienzo, 89,2 × 69 cm
© The Hispanic Society of America, Nueva York

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-19392-54-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Lucía, a Irene

Por España y por Dios ciño una espada, y a fuer de honrado, si creo que debo seguir un camino, lo sigo, bien entendido que no me guía más norte que mi acendrado patriotismo y el deseo de legar a la historia sobre mi cadáver esta corta inscripción pero claro resumen de mi vida «Fue siempre español».

ALFONSO XIII
(Carta al conde de Romanones, 14.11.1923,
en AGP Cª 15601/13).

Retrato de Alfonso XIII (ca. 1920). Estampa. Foto: Kaulak. Autógrafo: «A S.M. el Rey D. Alfonso XIII/ Respetuoso homenaje de adhesión/cariño y gratitud/Antonio Cánovas *Kaulak*». © Patrimonio Nacional.

Publicidad del Jerez-Quina, con retrato del rey (ca. 1915). Foto: Kaulak. © Patrimonio Nacional.

Índice

Introducción
- Bajo el manto de la virgen
- El rey patriota

1. Esperanza de la patria
- Monumento nacional
- El espectáculo de la jura
- Comienza la regeneración
- Un joven del *desastre*

2. Algo más que un árbitro
- Aquel consejo
- Soberanía compartida
- Cómo se elige a un jefe
- Reformas imposibles

3. Fiestas reales
- Los días del rey
- Capilla pública
- Gente de palacio
- Una boda sonada

4. La magia del viaje regio
- Heroínas y héroes
- De gira por España
- Experiencias monárquicas
- Conde de Barcelona

5. Patrimonio nacional
- Culto al genio
- La imagen de la nueva España
- Turismo patriótico
- Sitios reales

6. Embajadas
- Nueve reyes
- La entente
- Entre Portugal y Marruecos
- Rey de las Españas
- La otra América

7. De uniforme
- Se le hizo piel

Jurar bandera
La nación militar
Exploradores

8. Salvador de España
Sancho Alegre
La nueva Inquisición
Un rey demócrata
El momento reformista
Centro de la vida política

9. *Prince de la pitié*
Españoles sin patria
Archivo de las lágrimas
La reina enfermera
Mediación frustrada
Gran Cruz

10. Ni guerra ni revolución
Rusia
Neutralidad a ultranza
En mitad de la tormenta
Gobierno nacional

11. Sagrado Corazón
Día de la Raza
La fiebre wilsoniana
Unión monárquica
Jesús reina en España

12. Los españoles y la corona
Un país legendario
Cosas que pedir a los reyes
Sportsman
De Santander a Deauville

13. Cid Campeador
El sepulcro del guerrero
Impulsiva caballería
Reconquista y venganza
Responsabilidades

14. Contra el Parlamento
Córdoba
Todo por el orden
Las derechas
Concentración liberal
El rey, ¿dictador?

15. Campeón de la nueva cruzada
Las dos Romas
El rey tergiversa
Desenmascarado

16. Patria, Dios, Rey
Fuego de campamento
Futuros ciudadanos
Un ejército victorioso
Coronaciones

17. Escaparates de España
Veinticinco años
Una ciudad ideal
Barcelona, urbe española
Sevilla regia

18. Alfonso se queda solo
La madre
Dilemas constitucionales
Conspiradores y agraviados
Marea antialfonsina
La derrota final

Epílogo
No se ha ido, lo hemos echado
La monarquía que fue, y la que no

Abreviaturas
Agradecimientos
Bibliografía

Alfonso XIII, gran maestre de las órdenes militares (ca. 1922). Foto: Kaulak. © Patrimonio Nacional.

Introducción

En Alfonso XIII llegará la posteridad a reconocer un generoso, un impaciente, un constante y entusiasta afán de desposarse con España.

ANTONIO GOICOECHEA[1]

BAJO EL MANTO DE LA VIRGEN

El manto no llegaba. En los momentos de lucidez, el enfermo perdía la paciencia y preguntaba a su ayuda de cámara, o a las monjas que lo cuidaban: «¿Pero aún no ha llegado el manto?». El 26 de febrero de 1941, miércoles de Ceniza, habían pasado ya catorce jornadas desde el primer ataque grave de angina de pecho y aquello obsesionaba a Alfonso de Borbón, moribundo a sus 54 años en una *suite* del Grand Hotel de Roma. Quería tener a su lado, antes de fallecer, el manto de la virgen del Pilar. Sentado en una butaca articulada, donde respiraba algo mejor que en la cama, el dolor y el ahogo no remitían, sin apenas esperanzas de curación. Al final arribaron, el día 27, no uno sino dos mantos. El primero lo portaba el conde de Aybar, intendente de la Real Casa, que volaba en hidroavión desde Barcelona y permaneció varado 48 horas, a causa del temporal, en la isla de Cerdeña. Era un manto sencillo, de los que se cedían a quienes buscaban consuelo para sus dolencias, y sus manchas aún delataban ese uso. El segundo lo trajo, también por vía aérea y con permiso del cabildo del Pilar, el jurista y militante católico aragonés Luis Horno. No se parecía mucho al anterior, pues se trataba del que había regalado al santuario la reina madre María Cristina de Habsburgo-Lorena, madre de don Alfonso, y estaba bordado en oro con un anagrama de la virgen presidido por la corona real. Solía adornar a la imagen en las visitas regias a Zaragoza.

Cuando vio el primer manto, Alfonso XIII pareció revivir, y hasta llamó al médico para mostrarle que un católico y español no necesitaba nada más para recuperarse. Se le escapó entonces una de sus bromas, castizas y aplebeyadas: «se habrá quedado patitieso», dijo del doctor italiano. De inmediato se puso a disposición de la virgen. Si su vida servía al bien de España, que se la conservara; si no, que se la quitase y él rogaría desde el cielo por la patria. En la mañana del viernes 28 de febrero, hecho polvo, sólo tuvo fuerzas para pedir el manto, antes de besar un crucifijo y expirar, entre las once y el mediodía.

Enseguida se montó una capilla ardiente en la que el cadáver, tendido sobre el suelo de la habitación –según la costumbre de la nobleza española– y amortajado con el hábito de gran maestre de las órdenes militares, recostaba su cabeza en la bandera nacional del barco que lo había conducido al destierro en abril de 1931, bajo un testero en el que colgaban banderines del Regimiento Inmemorial de infantería, el favorito de palacio. Cubrían los pies el pendón morado de Castilla, estandarte del rey, y, claro está, el manto más lujoso. Enfrente, en un pequeño altar donde se sucedían las misas a cargo de sacerdotes españoles, una imagen de la virgen del Pilar. Luego de depositar el cuerpo en un ataúd, junto a los banderines y a un saquito con tierra de todas las provincias de España, el 3 de marzo se celebraron los funerales en un templo cercano al hotel y se enterró después el féretro en la iglesia de Montserrat, propiedad de la obra pía que administraba en Roma el Gobierno español, bajo la tumba de los papas aragoneses de la familia Borgia.[2]

Aquella agonía, marcada por las continuas pruebas de fe del *exrey*, podía interpretarse como un abrazo tardío a la religión de alguien que no había demostrado mucho celo en el cumplimiento de las normas morales de la Iglesia. Al modo del aristócrata andaluz que retrató el poeta Antonio Machado en su «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido», jaranero de joven y a la vejez gran rezador.[3] Pero esa devoción a la virgen del Pilar, igual que la consagración del país al Sagrado Corazón de Jesús en 1919 –que don Alfonso recordó con su confesor en tan angustioso trance–, poseía también un profundo significado político, al fusionar la identidad nacional española con el catolicismo, en este caso a través de la corona. El propio monarca había mimado ese vínculo en numerosos viajes a Zaragoza. Había otorgado a la virgen honores de capitán general en 1908 –en el centenario de los sitios de la ciudad durante la guerra de la Independencia, la gran epopeya nacionalista–y la había declarado en 1913 patrona de la Guardia Civil, la policía militarizada que garantizaba el orden público. El 12 de octubre, día del Pilar y aniversario del Descubrimiento de América, se celebraba desde 1918 con rango de fiesta nacional, como Fiesta de la Raza, para reivindicar la vertiente ultramarina de la españolidad. Y en una de sus giras, el rey había pregonado que, con el fin de movilizar a España, «por la Virgen del Pilar, voy a vencer». Ya sin monarquía, durante la guerra civil su basílica se sostuvo milagrosamente en pie tras un bombardeo republicano en 1936 y engrosó así las leyendas del bando rebelde, que completó los homenajes previos cuando la dictadura de Francisco Franco bautizó el Pilar como templo nacional y santuario de la Raza en 1939. Poco antes de la muerte del antiguo soberano se conmemoró con grandes fastos el XIX centenario de la aparición mariana ante Santiago Apóstol, evangelizador de España. En fin, nadie ignoraba que, a partir de su eclosión a fines del Ochocientos, el nacionalismo católico exhibía

a la virgen del Pilar como uno de sus emblemas principales.[4]

Durante sus últimos años, Alfonso XIII había vivido múltiples conflictos, personales y políticos. Por una parte había roto con su esposa, Victoria Eugenia de Battenberg, cuando las tensas relaciones entre ellos –que venían de atrás– desembocaron en una agria disputa a cuenta de la devolución de su dote. La *exreina* asistió no obstante al fatal desenlace en Roma, aunque es probable que el matrimonio no se reconciliara nunca. Por otra, el monarca en el exilio no descartó opción táctica alguna para volver al trono y se resistió casi hasta el final a abdicar en su hijo Juan. Las intrigas dividieron a sus partidarios entre restauracionistas, ansiosos por conducir a don Alfonso de nuevo a Madrid, e instauracionistas, que veían en el príncipe una alternativa capaz de resolver las querellas con el carlismo, la otra rama de la dinastía, y librar a la corona de sus estigmas liberales. Y no es que el titular conservara demasiado afecto por el régimen constitucional sobre el que había reinado, del cual renegaba a menudo. Cuando por fin cedió a las presiones y renunció a sus derechos, en enero de 1941, dejó claro que apoyaba a los vencedores en la guerra *de liberación* y que hacía falta otro monarca que superase las divergencias dinásticas y borrara los vicios del pasado para servir a una España nueva. Al aceptar el legado, su heredero fue aún más explícito y habló, en sentido político, de una futura monarquía tradicional. Alrededor del lecho de muerte se reunieron unos cuantos fieles de marchamo reaccionario, del conde de los Andes al marqués de Quintanar, procedentes en su mayoría del círculo derechista que, con el beneplácito del *exrey*, había sostenido la revista doctrinal *Acción Española* en la década de los treinta y aspiraba a una solución monárquica, confesional y autoritaria. Un origen ideológico compartido con el embajador franquista ante la Santa Sede, José de Yanguas Messía, que se hizo cargo de los restos del finado.[5]

Lejos de hurgar en las cuestiones más delicadas, la prensa española narró un episodio sin aristas, con la afligida familia real apiñada en torno a don Alfonso. Lo presentó como una figura trágica a la que habían tocado tiempos muy difíciles, por la inevitable degeneración del parlamentarismo y los desafíos revolucionarios, una autoridad que pese a todo había sacado adelante a España. Algo que sólo había cuajado, por supuesto, gracias a su respaldo a la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, entre 1923 y 1930, una etapa de paz y progreso. Esas premisas hacían comprensible el duelo oficial decretado en España, que cerró oficinas públicas, suspendió un sorteo de loterías y ordenó honras fúnebres en las capitales de provincia, con asistencia a las de Madrid del propio Franco y de su Gobierno en pleno, mientras algunos balcones se sumaban al luto. Las crónicas de aquellos días subrayaban, de manera unánime, un rasgo fundamental en la personalidad de Alfonso XIII: su indiscutible patriotismo. Quizá se había equivocado en vida,

pero todo lo había hecho por el bien de España, que conocía como nadie y amaba sin tasa, lo cual le había empujado a secundar con entusiasmo el levantamiento militar de 1936. Buena muestra fueron los artículos de José Antonio Giménez Arnau, falangista y agregado de prensa en la Roma de Benito Mussolini, quien tituló uno de ellos «La muerte española de un español» e insistía en esa idea: «Antes que en la Corona pensó en la comprometida existencia de España». Algo parecido destacaba en su sermón un veterano clérigo alfonsino, el arzobispo de Sevilla y cardenal Pedro Segura, al afirmar que el rey lo había dado todo «por una mayor gloria de su Patria».6

EL REY PATRIOTA

Desde que se produjo, los monárquicos mitificaron el fallecimiento de Alfonso XIII en términos tan católicos como nacionalistas. Ese mismo año, el jesuita Ignacio Ortiz de Urbina dio a conocer múltiples detalles, gracias a los testimonios del confesor Ulpiano López –de su misma orden, profesor de Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana y hombre cercano a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas– y de las enfermeras Teresa Lacunza e Inés Bengoa, del Instituto de Siervas de María, que habían asistido al paciente. Tanto López como Lacunza ratificaron tres décadas después estas impresiones, según las cuales el monarca sólo pensaba en España, hablaba de ella sin cesar y creía que nada tenía que perdonarle porque la quería de corazón, al tiempo que reafirmaba su confianza en la virgen del Pilar. El gentilhombre de cámara Quintanar, delegado de la Grandeza en aquella oportunidad, completó en 1955 la descripción de una agonía «españolísima» y ejemplar, extinguida en un murmullo con el nombre de la patria. Otro testigo del velatorio, el escritor Agustín de Foxá, que combinaba su elitismo aristocrático con una temprana militancia fascista, le dedicó aún en 1941 un romance solemne: «En el cuarto de un hotel/está muerto el Rey de España,/ con el manto de la Virgen/y la Cruz de Calatrava».7 Terminaron por equiparar el tránsito de don Alfonso con el del emperador Carlos V, cuyo retiro en el monasterio de Yuste se había reproducido en el Grand Hotel de Roma, con el de Fernando III –el rey santo– y con el del mismísimo Cristo, que pedía en la cruz por quienes le habían traicionado.8

Tal era la línea de defensa del personaje adoptada, antes y después de su desaparición, por la caudalosa literatura encomiástica que abordó su biografía. Para empezar, su perfil cuadraba con los estereotipos corrientes acerca de lo español, pues el rey se dejaba llevar por la campechanía, el apasionamiento y el individualismo característicos del país. Cualidades a las que sumaba una

virilidad también muy hispánica, valiente y dada a la galantería, y que en conjunto lo convertían en «la encarnación misma de España». Además, todas sus acciones encontraban justificación en la entrega incondicional a su patria, atento como estaba a los deseos de un pueblo con el que se comunicaba sin dificultad. Esos motivos explicaban su aquiescencia al pronunciamiento de 1923 y su decisión de exiliarse en 1931, con el mismo objetivo en ambas ocasiones: evitar una contienda civil entre españoles. La versión más depurada de estos argumentos se hallaba, por ejemplo, en los trabajos del historiador Carlos Seco Serrano, según el cual don Alfonso apenas cometió errores porque captaba como nadie la voluntad nacional, que en aquellas coordenadas representaba mejor el ejército que el Parlamento, e impidió así el temible estallido de la violencia fratricida, aunque esa actitud implicara saltarse la legalidad: «el monarca no confundió nunca a España con la Constitución de 1876; como no la confundió tampoco, con la misma monarquía». Naturalmente, comprobar su pericia innata para percibir los deseos de la opinión pública resultaba, entonces como ahora, una misión tan voluntariosa como incierta.[9]

En todo caso, se contraponía al rey patriota con sus ministros constitucionales, que según los panegíricos monárquicos lo tuvieron atrapado y condujeron a España al caos y al filo de una revolución. Uno de sus adalides más prolíficos, el periodista Julián Cortés-Cavanillas, enfrentaba a Alfonso XIII a un tajante dilema: «interés nacional o partidos políticos». Muchos pensaban que las cosas habrían ido por derroteros más felices si el monarca hubiera impuesto antes sus ideas, en bien de la ciudadanía, frente a unos políticos embarrados en la corrupción caciquil y el egoísmo faccioso. Sobre esa oligarquía caían los improperios moldeados ya por la tradición regeneracionista más radical, que la contemplaba como un tumor adherido al cuerpo enfermo de la patria, convicción que se adjudicaba asimismo al rey. Mientras los biógrafos extranjeros de don Alfonso aseguraban a menudo que el sistema parlamentario no se había hecho para la indomable psicología española, el grueso de la literatura apologética bebía en España de un antiliberalismo que alababa al *cirujano de hierro* primorriverista, llegado para descuajar el caciquismo, atacaba a la república y veía en Franco al salvador de España. Cuando se apagaron sus ardores guerreros, quedó en pie la principal acusación contra liberal-conservadores y liberales a secas, que alentaban las intervenciones del monarca, le echaban la culpa de cuanto pasaba y se revolvían, rencorosos, contra él. Al menos, como en la semblanza escrita por Winston Churchill, los jefes parlamentarios le habían transferido las cargas que sólo a ellos correspondían. Aquel capitán navegaba, en plena tormenta, con una tripulación de marineros ineptos, cuando no traidores.[10]

Frente a estas tesis hagiográficas se acumularon los juicios contrarios,

muy críticos con Alfonso XIII, a quien retrataban con rasgos menos amables desde trincheras liberales, demócratas y revolucionarias, sin que faltara algún francotirador de extrema derecha. Frívolo y superficial, aficionado a los negocios turbios, partidario del militarismo y enemigo decidido de la Constitución, que traicionó para entregar España a una dictadura, no fue una sorpresa que el pueblo lo expulsara y las Cortes republicanas lo juzgasen, por corrupto y por perjuro. Era en realidad un digno heredero de su bisabuelo Fernando VII y aspiraba a monarca absoluto, por lo que escogió a políticos sumisos, meros criados a su servicio, y se forjó una guardia pretoriana dentro de la milicia. En opinión de algunos enemigos, no dejó nunca de ser un niño grande, enviciado con la politiquería, que para ensanchar su poder manipulaba a quienes lo rodeaban y se dedicaba a dividir a los partidos dinásticos: el famoso *borboneo*, que seducía con el engaño. Se trataba de un tipo de poco fiar, que decía a cada cual lo que deseaba oír y no respetaba su palabra. Un rey nada patriota sino más bien antiespañol, descendiente de dinastías extranjeras –«los estilos regios no son nacionales», sentenciaba su antagonista el escritor Miguel de Unamuno– y más preocupado por sus intereses personales que por los del país. Alguien, en definitiva, capaz de preparar «una sublevación de Real Orden» –en palabras del socialista Indalecio Prieto– con el fin de tapar sus responsabilidades y dar rienda suelta a sus ambiciones, y obligado a huir cuando, abandonado por todos, no le quedó otro remedio y corrió para ponerse a salvo. En España la nación, no digamos la soberanía nacional, resultaba incompatible con la monarquía.[11]

Aunque sus intenciones fueran distintas, ambas familias interpretativas, la encomiástica y la crítica, compartían con frecuencia unos cuantos puntos esenciales: don Alfonso reinó en una época clave para la historia contemporánea de España y, erigido en una de las personalidades más influyentes de su tiempo y de todo el siglo XX, quiso llevar a cabo una política propia y no se conformó con funciones que creía decorativas, las de un mero emblema nacional ubicado por encima de las trifulcas políticas. Lo opuesto a aquellos monarcas de la Europa occidental que, en esos mismos años, aceptaron roles más bien simbólicos dentro de sus respectivos regímenes parlamentarios, del Reino Unido a los países escandinavos pasando por el Benelux. Una conclusión bien explicada, quizá de forma involuntaria, por uno de sus defensores más inteligentes, el conde de los Villares: «era Alfonso XIII demasiada persona y demasiado patriota para ocupar el trono como un monigote, sin inteligencia ni voluntad». Fuera por obligación, para atajar los peligros revolucionarios y guerracivilistas, o por tapar sus vergüenzas y hacerse con el mando, se alejó del constitucionalismo liberal y apostó por una alternativa autoritaria que acarreó su ocaso definitivo. Y, sincero o mentiroso, bien intencionado o sinvergüenza, alegó para ello razones nacionalistas, pues

España no se le caía de la boca.[12]

Los historiadores se han alzado sobre estas tesis contrapuestas para discutir, durante décadas, sobre el papel del rey Alfonso en la evolución política de España, en su transición fallida del liberalismo a la democracia. Como un hombre poderoso que provocó la fragmentación de los partidos gubernamentales y contribuyó así a deteriorar el sistema bipartidista que cimentaba el acuerdo constitucional, siempre partidario de los militares en sus querellas con el poder civil; o como una figura sobresaliente pero arrastrada por la situación, casi una víctima del entramado político, que trató de mediar entre corporaciones y grupos e hizo lo único que cabía hacer en cada coyuntura. El rey fuerte o el rey débil. Una polémica inserta en otra de mayor alcance, la que enfrentó a los más optimistas, quienes afirmaban que la monarquía constitucional transitaba hacia la democracia representativa cuando se interpuso en su camino el golpe de 1923, consentido o incluso inspirado por don Alfonso; con los pesimistas, que consideraban irrecuperable el decrépito liberalismo español, al que Primo de Rivera se limitó a desconectar el respirador ante la resignada mirada del monarca. Un «recién nacido» estrangulado, en la célebre expresión de Raymond Carr, *vs.* un enfermo «que murió de un cáncer terminal, de resultado conocido de antiguo, y no de un infarto de miocardio», según el diagnóstico de Javier Tusell. Lo curioso es que el grueso de la historiografía, como también la publicística de combate, atribuía a Alfonso XIII posiciones casi idénticas a lo largo de su entera trayectoria vital, como si le estuviese vedada la posibilidad de cambiar de actitud.[13]

Este libro, aunque se basa en las abrumadoras investigaciones acumuladas acerca de este crucial personaje, vuelve sobre él para estudiarlo desde una perspectiva nueva. Más que a una biografía interna al uso –ceñida a su carácter, opiniones y comportamientos personales–, se acercaría a una biografía externa, que aspire a explicar problemas generales a través de una trayectoria vital, o incluso a una historia biográfica, capaz de cruzar esferas distintas y de conjugar la autonomía e influencia del individuo con las grandes cuestiones históricas que le tocaron en suerte. Así pues, le concede al rey, por un lado, la capacidad de decidir por sí mismo y de evolucionar conforme a las circunstancias. Pero, por otro, toma en serio los manidos argumentos sobre su patriotismo para darles la vuelta y situar su actuación política en un marco casi inexplorado hasta el momento: el de los diversos proyectos nacionalistas que le dieron sentido durante el reinado, tan evidentes como mal conocidos.

Con ese fin, el trabajo se vale de un enfoque inserto en la historia cultural de la política, que no sólo contempla, como ha sido habitual, las ideas y los movimientos de don Alfonso en sus tratos con los jefes partidistas, las crisis de Gobierno y las disoluciones parlamentarias, sus manejos cerca de los

militares y sus negociaciones diplomáticas, sino que abre el objetivo de su cámara historiográfica para incluir también en el análisis las ceremonias, las imágenes y los discursos tejidos en torno a la corona y su difusión, las iniciativas culturales y propagandísticas, y la participación en ellas de múltiples actores y de la sociedad civil. Es decir, concibe la vida política como un campo de juego mucho más extenso que el frecuentado por los historiadores hasta hace poco, sin ánimo de sustituir a las personas y organizaciones por relatos o estructuras culturales que aplasten su libertad hasta dejarles sin margen de maniobra, pero sí de vincular los unos con los otros, en una interrelación constante. Tal y como recomendaba David Cannadine, un autor pionero en el estudio cultural de las monarquías contemporáneas, una visión amplia de lo político que incluya también el ritual y no se olvide del contexto.[14]

Este terreno ha sido explorado por una bibliografía reciente e innovadora, centrada en los regímenes monárquicos que, desde mediados del Ochocientos, se las arreglaron para sobrevivir en mitad de la política de masas, de la creciente participación de los ciudadanos en los asuntos públicos. Un escenario en el que el nacionalismo adquirió, de modo ineludible, un relieve extraordinario, porque los poderes políticos dependieron cada vez más de sus apelaciones a la soberanía nacional. En esa tesitura, como ya indicó Benedict Anderson, se expandieron por doquier los planes nacionalistas oficiales para preservar las jerarquías existentes. La Europa de las naciones fue en el largo siglo XIX un continente monárquico, ya que hasta la Gran Guerra las repúblicas escaseaban: Francia, Suiza y Portugal, más la minúscula de San Marino. De acuerdo con Dieter Langewiesche, las amenazas del constitucionalismo y la nacionalización no hicieron mucha mella en instituciones que, provenientes del Antiguo Régimen, se adaptaron al mundo moderno por medio de dos estrategias casi siempre unidas: asumir sus funciones constitucionales, nada despreciables en la mayoría de los casos; y esforzarse por encarnar a la nación, fuente suprema de legitimidad y mecanismo integrador en tiempos de transformaciones radicales. Las dinastías se naturalizaron –los Saboya se italianizaron, los Románov se rusificaron– y los monarcas se presentaron como paladines de sus respectivas patrias, a menudo al frente de sus ejércitos. Tras el terremoto bélico de 1914-1918, el panorama ya no fue el mismo, pues se evaporaron los imperios derrotados, pero todavía podían contarse numerosas casas reinantes que fortalecieron los compromisos nacionalistas con sus respectivos estados, viejos o recién creados, ahora en frecuente connivencia con los adversarios de los equilibrios liberales entre poderes y afectos en cambio a alguna receta autoritaria, de Italia a Grecia. En ciertos casos, como Yugoslavia o Rumanía, el propio soberano se erigió en dictador.[15]

Ese descomunal proceso de adaptación se ha vinculado al surgimiento de las llamadas *monarquías escénicas*, nacionalizadas y al mismo tiempo agentes de nacionalización, que desplegaron toda clase de gestos y ceremonias públicas asociados con la historia patria, sus tradiciones y sus símbolos, desde los viajes regios hasta los desfiles y exposiciones, y convirtieron los acontecimientos dinásticos en grandes espectáculos, de las bodas y funerales a las coronaciones y los jubileos, de plata, oro o diamantes, con numerosas tradiciones inventadas. Cuanto más visible fuera una familia real, en esos ritos divulgados en la prensa –luego en el cine y más tarde en la radio–, mejor para su causa. Semejantes escenificaciones no estaban reñidas con el ejercicio del mando por parte del monarca, aunque, como había teorizado el ensayista británico Walter Bagehot en 1867, no le conviniera implicarse en las pugnas partidarias, porque ese desgaste cotidiano le arrebataría su dignidad y su misterio: «Su puesto debe ser elevado y solitario», advertía Bagehot, «parece mandar, pero jamás parece luchar». A la larga, en Europa sólo sobrevivieron aquellas coronas que se avinieron a convivir con la democracia y se conformaron, de buena gana o a su pesar, con el desempeño de tareas representativas.16

La de Alfonso XIII no constituyó, en absoluto, un caso excepcional. Devino con su mayoría de edad en 1902 una monarquía escénica, que aunó los ceremoniales palatinos con una gran visibilidad en giras e inauguraciones, y se embarcó en proyectos nacionalistas que le asignaban una influencia decisiva en el rumbo de España. Contra lo que han afirmado buena parte de sus estudiosos, el reinado alfonsino no estaba destinado al fracaso desde sus comienzos, ya que atravesó periodos muy diferentes, duró casi tres décadas y adoptó sucesivas soluciones al correr de los años, algunas con bastante éxito. En su etapa inicial, los mensajes españolistas exaltaban al joven rey como el regenerador del país tras la humillación que había acarreado la derrota ultramarina en la guerra con Estados Unidos de 1898, conocida como *el desastre*. Su quehacer protocolario se veía acompañado por una actividad política incesante, tanto dentro como fuera de España, compatible con el mantenimiento del ordenamiento constitucional y con las reglas del *turno* –establecidas en décadas anteriores– entre el partido liberal y el conservador, cada cual con sus ideas particulares acerca del rol que correspondía al monarca. Esa vocación regeneracionista aceptaba las exigencias del ejército, con el rey-soldado o soldado-rey de su parte, y buscaba tanto el avance económico como el logro de una categoría aceptable para España dentro de la arena internacional, lo que suponía asumir una nueva coda colonial en Marruecos. Y pareció valer también para encontrar acomodo a opciones democráticas y hasta entonces marginales, como el catalanismo y la reformista de raíces republicanas. A la altura de 1913, la crisis política

marcada por la división de las fuerzas gubernamentales otorgaba a don Alfonso, ungido por el aura de salvador de la patria, más poder que nunca.

Los años de la Primera Guerra Mundial trastornaron esas premisas, con un cierto descuido por la dimensión escénica de la corona y los esfuerzos propagandísticos concentrados en la labor humanitaria que se realizaba en palacio, ligada a la neutralidad española y a su vocación mediadora. Al mismo tiempo, el rey se alejaba de los proyectos regeneradores –pero liberales– que le habían alentado en sus primeros pasos para deslizarse, como otros dirigentes europeos de la época, hacia posturas contrarrevolucionarias y cada día más cercanas al autoritarismo, del brazo de su ejército y de los sectores derechistas y confesionales de su entorno. Las revoluciones rusas de 1917, las protestas obreras y el derrumbe de tantos tronos seculares al final de la contienda le afectaron sobremanera. Más todavía, un nuevo *desastre* imperial, esta vez en África, asestó un mazazo a su prestigio, ya tocado por sus continuas injerencias en un tablero partidista atomizado y por rumores acerca de sus comportamientos inapropiados y sus corruptelas. El golpe de Estado del general Primo de Rivera contó pues con su aquiescencia y propulsó una nacionalización monárquica más intensa, en la que don Alfonso redobló sus apariciones públicas afines a un nacionalismo católico y anticatalanista, dictatorial y cuartelero, que se volcó en grandes festejos y exposiciones internacionales. Lo cual, aunque sonase paradójico, redujo a su mínima expresión la capacidad política del soberano. Hasta que decidió prescindir del dictador y regresar a la normalidad constitucional, un empeño que se mostraría inviable para una figura poco respetada y herida por la experiencia autoritaria, carente ya de potencia integradora. Aquel proyecto nacionalista y reaccionario que presidió su crepúsculo, el de esa España que tachaba a sus enemigos de antiespañoles y se refugiaba bajo el manto de la virgen del Pilar, culminaría ya sin su concurso.

---

1. Antonio Goicoechea, «Alfonso XIII», *Figuras de la raza. Revista Semanal Hispanoamericana*, nº 21, 31.3.1927, cita en p. 25.

2. El relato se basa en los de Ortiz de Urbina (1941), Quintanar (1955) y Cortés-Cavanillas (1966). Véase también Cayetano Luca de Tena, «En Roma, tras los recuerdos de Alfonso XIII en el 30 aniversario de su muerte», *Blanco y Negro*, 20.2.1971, pp. 38-63.

3. El poema, de 1912, en Machado (1981), pp. 213-215.

4. Cita en Ramón (2014), p. 282. También Ramón Salanova, «S.M. el Rey Don Alfonso XIII, devotísimo de la Virgen del Pilar», *Abc*, 12.10.1969.

5. González Calleja (2003). *Acción Española*, en González Cuevas (1998), pp. 146-164.

6. Véanse, por ejemplo, *Abc* y *La Vanguardia Española*, 1-4.3.1941. José A. Giménez Arnau, «Don Alfonso XIII», *Legiones y Falanges*, 6 (4.1941), pp. 9-10 (cita en p. 10). Segura, en *Abc*, 4.3.1941.

7. Ortiz de Urbina (1941). Quintanar (1955). *Blanco y Negro*, 20.2.1971, pp. 47-50 y 60-63. Agustín de Foxá, «Romance del Rey muerto» (1941), reproducido en *Abc*, 13.1.1980. AESI-A Fondo Bética, Personas Ulpiano López. «Fallecimiento del Rey de España Alfonso XIII», AGSMR.

8. Vallotton (1945), p. 216. Villares (1948), p. 42. José María Pemán, «Alfonso XIII, el pueblo y los intelectuales», *Abc*, 28.2.1963.

9. Sobre las diversas tesis y polémicas acerca de Alfonso XIII, que se resumen a continuación, véase Moreno Luzón (2003). Las citas, en Vallotton (1943, 1945), xv; y Seco (1969, 1992), p. 172.

10. Cita en Cortés-Cavanillas (1966), p. 82. Churchill (1960).

11. Citas en Miguel de Unamuno, «El dilema», *España*, 19.5.1923, en Unamuno (1977), p. 357; y en Indalecio Prieto, «Una sublevación de real orden» (1923), en Prieto (1990), 2, pp. 137-141.

12. Cita en Villares (1948), p. 38.

13. Citas en Carr (1966, 1992), p. 505; y Tusell (1987), p. 267.

14. Sobre las posibilidades de la historia biográfica, véase por ejemplo Burdiel y Foster (2015). Cannadine (1987, 1992).

15. Anderson (1983, 1993), pp. 123-160. Langewiesche (2012), pp. 119-132.

16. Sobre monarquías escénicas (*performing monarchies*), véanse Cannadine (1983, 1992), Van Osta (2006) y Moreno Luzón (2013). Cita en Bagehot (1867, 2010), p. 56.

Portada de la *Gaceta de Madrid* con retrato de Alfonso XIII (1902). Foto: Franzen.
© Patrimonio Nacional

1

Esperanza de la patria

España resurgirá fuerte,
poderosa y grande,
como nos la presenta la Historia.

ALFONSO XIII[1]

MONUMENTO NACIONAL

Al día siguiente de alcanzar la mayoría de edad, y de jurar la Constitución ante las Cortes, Alfonso XIII participó en un acto solemne dedicado a la memoria de su padre. Era el 18 de mayo de 1902, en el parque del Retiro de Madrid, donde colocó la primera piedra del gran monumento *a la patria española, personificada en el Rey Don Alfonso XII, el Pacificador*. Además de su familia, rodeaban a aquel adolescente de dieciséis años las autoridades y los príncipes de las casas reales europeas que asistían a las fiestas de la jura, todos de gran gala. Sólo hubo dos discursos. El presidente de la junta encargada de la obra, el veterano político liberal-conservador Francisco Romero Robledo, recordó los logros del monarca desaparecido, que al concluir las guerras civiles había culminado la unidad política y constitucional de España –amenazada ahora, decía, por los desvaríos separatistas–, y le recomendó seguir su ejemplo para compenetrarse con el pueblo. Después, don Alfonso prometió trabajar por el progreso del país y, mirándose en sus progenitores, conservar las glorias de la monarquía española en un reinado de paz y de justicia. Tras la bendición del nuncio papal, unas pelladas de argamasa cubrieron la caja de plomo que contenía medallas conmemorativas, monedas y periódicos de la fecha. El gentío, atento a los personajes que acudieron a la ceremonia, estalló en aplausos.[2]

No se trataba de un monumento cualquiera. En 1887, año y medio después de la prematura muerte de Alfonso XII, una ley ordenaba que, en nombre de la nación, se le erigiera una estatua de la más prestigiosa categoría: ecuestre y en bronce. La dejadez estatal y las campañas coloniales, que condujeron una década más tarde a la humillante derrota ante Estados Unidos, impidieron su cumplimiento. Pero al acercarse la mayoría de su hijo, y por tanto el fin de la regencia de su viuda María Cristina, los planes se reactivaron bajo la batuta de Romero Robledo. No en vano, el exministro había promovido con éxito otro importante grupo escultórico, el ofrendado también en Madrid a Antonio

Cánovas del Castillo, fundador del sistema político vigente y su jefe durante muchos años en el partido conservador. Lo curioso es que Romero, célebre por su dominio del fraude electoral inducido desde el Gobierno, disentía ahora de la línea hegemónica en el conservadurismo español, la de su rival Francisco Silvela, empeñada en purificar la vida pública y proclive a los intereses de la Iglesia. El disidente se entendía con el partido liberal y hasta coqueteaba con los republicanos. Pero todo ello no impidió que se le encomendara la ardua tarea de organizar aquel homenaje nacional al monarca que había protagonizado, del brazo de Cánovas, la restauración de la dinastía y la victoria del liberalismo en su lucha contra los carlistas, adalides de la alianza tradicional entre el trono y el altar. Como indicaba su nombre, el monumento fusionaba monarquía y nación, y lo hacía además con un fuerte sesgo liberal.3

La importancia del conjunto conmemorativo hizo que provocara varias polémicas. Se criticó, por ejemplo, que la junta encabezada por Romero adjudicase sin competencia la estatua principal al valenciano Mariano Benlliure, destinado a modelar la imagen oficial del reinado que entonces arrancaba. El subsiguiente concurso, limitado a artistas españoles, se convirtió en una pugna entre los escultores más famosos del momento, como el propio Benlliure y el audaz Agustín Querol, quien presentó varios bocetos –bajo el lema «Patria y Gloria»– donde se enfatizaban los mensajes nacionalistas y guerreros, con el monarca a la vanguardia de sus tropas.4 Ganó, no obstante, la propuesta favorita de Romero Robledo, la del arquitecto catalán José Grases Riera, que había firmado asimismo la consagrada a Cánovas. Una edificación muy ambiciosa que–como exigía la convocatoria– podía acoger a numerosos creadores, a modo de catálogo del arte contemporáneo nacional. Y que daba con un emplazamiento espectacular, al borde del estanque grande del Retiro, que realzaba su perfil y visibilidad. Grases quería incorporar a España a las corrientes que, en Europa y América, apostaban por la *estatuomanía* con el fin de hacer nación. Así pues, sugería como modelos aquellos monumentos que representaban a sus respectivas patrias a través de sus monarcas, como el *Vittoriano* que se estaba levantando sobre los escombros de la colina capitolina en Roma para ensalzar a Víctor Manuel II, primer rey de la Italia unida; o los que surgían en la Alemania imperial. En Berlín se había acabado ya, frente a la entrada del palacio real y a orillas del río Spree, uno a mayor gloria de Guillermo I, proclamado emperador en 1871. Tanto se parecía el diseño de Grases a este último que su autor, el influyente escultor Reihold Begas, se presentó en Madrid para denunciar el plagio, que no logró abortar.5

El proyecto ganador empleaba de esta manera los efectos ya probados en otros países y esbozaba un retrato del rey a caballo y en uniforme militar,

sobre un esbelto pedestal que mezclaba escenas de su vida con alegorías de la patria, el progreso, la libertad y la paz. A su alrededor, como un telón semicircular, se armaba una columnata en la que, entre otras formas alegóricas, se grababan los escudos de las 49 provincias españolas. Es decir, España entera se ordenaba en torno a la corona, capaz de darle sentido. Grases Riera afirmaba que su obra transpiraba simbolismo, pues se elevaba «como expresión del levantado sentimiento de la Patria» y miraba hacia poniente, a la historia y a la capital de la monarquía. Ese hondo significado patriótico se sustentaba en una suscripción popular, enseguida amparada por varias corporaciones, pues si el ejército financiaba la figura central, la nobleza, la banca o el municipio madrileño debían hacer lo propio con las demás. El monumento, sin embargo, carecía de toda referencia religiosa, lo cual revelaba un concepto liberal de la nación, comunidad política articulada por la monarquía constitucional. Una idea presente en las intervenciones de Romero y en los apuntes del arquitecto, quien además consideraba al homenajeado un rey demócrata, «que no fue de ningún partido y lo fue de todos los españoles». La ineficacia de esta clase de iniciativas, que dependía de las fuerzas cívicas, retrasó su inauguración dos décadas, hasta 1922, en un contexto muy distinto y marcado por el ascenso de un españolismo monárquico tan reaccionario como antiliberal. Aunque tampoco sufrió un completo fracaso, porque en él tomaron parte casi todos los artistas invitados, en ausencia del despechado Querol; su arquitectura estaba terminada en 1905; y el Alfonso XII de Benlliure, de seis metros de altura sobre una peana de treinta, se instaló en 1909. Quedó así como un rotundo testimonio del clima regeneracionista en que se ideó, el imperante a la llegada al poder de un joven monarca a quien el mismo Grases definía como «la única esperanza de la Patria».6

EL ESPECTÁCULO DE LA JURA

Ese nacionalismo monárquico presidió unos festejos que se prolongaron doce días y sirvieron para exorcizar las voces pesimistas que habían cundido tras *el desastre* del 98, un trauma difícil de olvidar y a la vez un acicate para la acción. España podía ser un país atrasado, decadente incluso, pero la jura suponía el amanecer de una era de regeneración, que miraba al futuro con optimismo: «Alfonso XII restauró la Monarquía, sea Alfonso XIII el restaurador de la Nación», explicaba el diario *El Norte de Castilla*. Bajo el Gobierno del anciano Práxedes Mateo Sagasta, superviviente de los conflictos políticos de medio siglo, se ocuparon de las celebraciones algunos cargos adscritos al partido liberal y comprometidos con la incipiente monarquía escénica. Desde el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, el inquieto

Álvaro de Figueroa, conde de Romanones, con un talento indiscutible para montar espectáculos, hasta el alcalde de Madrid, el reformista Alberto Aguilera, que procuró vender la mejor cara de una ciudad adornada con arcos triunfales, colgaduras, iluminaciones y banderas rojigualdas. Al medio millón de madrileños se sumaron unos 100.000 forasteros, atraídos por los billetes baratos de ferrocarril, para integrar el nutrido público que presenciaba las efemérides y deambulaba, de acá para allá, por calles cuyo aspecto recordaba el de festividades como el Carnaval o el *Corpus Christi*.[7]

Las expectativas parecían insuperables, con decenas de folletos de propaganda y amplias tiradas de las revistas ilustradas, que primero repasaban la historia de dinastías e investiduras reales o la infancia del protagonista, y luego reproducían con fotos y detalladas descripciones los múltiples ceremoniales. Los interesados podían adquirir objetos con los que rememorar la ocasión, en una suerte de monarquismo banal que se repetía en todos los eventos regios de la época y que daba cuenta del peso de las monarquías en la moderna cultura de masas. Una de las formas en que se introducía en la vida cotidiana de las gentes. Por ejemplo, la casa comercial La Artística ofrecía retratos del rey de diversos tipos –oleografías, pinturas al óleo, de medio cuerpo o de cuerpo entero, en marcos con la corona real– por un precio de entre seis y mil pesetas; al tiempo que la perfumería Gal troquelaba jabones de la coronación. El cine, todavía en mantillas pero sometido a un rápido desarrollo, llevaba imágenes de lo ocurrido a los salones de palacio y a locales urbanos habilitados al efecto. Allí se proyectaron las películas rodadas por el director Léo Lefebvre para la productora internacional Pathé, pionera en su género.[8]

El episodio fundamental consistió, por descontado, en el juramento que el rey realizaba, y las Cortes recibían, de guardar la Constitución y las leyes. El joven Alfonso lo emitió alto y claro, a instancias del presidente del Congreso de los Diputados, con la mano derecha sobre los *Evangelios*. Un abigarrado y selecto auditorio invadía el escenario que decoraban la corona y el cetro, emblemas monárquicos, y dos leones dorados fundidos por Benlliure. En el exterior de la cámara parlamentaria, la pompa cortesana acompañó a la familia real a lo largo de su viaje desde palacio por el centro de la capital, con parada a la vuelta en la basílica de San Francisco para entonar un *Te Deum* o misa de acción de gracias. Las carrozas de los grandes de España, crema de la nobleza, acompañaron a las palaciegas, entre campanas, músicas militares y la vistosa servidumbre, lo cual atraía a una concurrencia que jugaba a adivinar quién era quién, se reía de las damas empelucadas y lanzaba vivas y flores al rey. El periódico republicano más influyente de Madrid, *El Liberal*, reconocía que «El brillo de las armas, centuplicado por un magnífico sol de primavera; la riqueza de trajes y uniformes; la traza ostentosa, si bien anacrónica y poco

artística, del guadarnés de Palacio, y el conjunto de la procesión, toda llena de resplandores y estrépitos solemnes, fascinaban a la vez que recreaban los ojos de la muchedumbre». Como pasaba en otras monarquías coetáneas, el despliegue de la corte, por arcaico que pareciera, deleitaba a la ciudadanía y ayudaba a vincularla con la corona.[9]

En torno a ese ritual se desarrollaron decenas de eventos, con muy variados actores y mensajes que solían enfatizar los lazos entre el trono y la patria. La aristocracia se volcó en los bailes elegantes y en la corrida de toros con caballeros en plaza, donde los grandes de España apadrinaban a los toreros dentro de un ruedo ornamentado con los colores españoles, los cuarteles heráldicos de las provincias y las águilas del antiguo imperio. Una *fiesta nacional* en la que el matador De Quinito brindó «por Vuestra Majestad, por la familia real y por nuestra nación. ¡Viva el rey y viva España!». De abolengo medieval y todavía prestigiosas, testimonio del nexo entre religión y guerra en la larga *Reconquista* española contra los musulmanes, las órdenes militares invistieron al monarca como su gran maestre, con un hábito que le gustaba lucir en los retratos y que, como ya se ha visto, le serviría de mortaja. Las élites sociales, cruce de riqueza burguesa y títulos nobiliarios, se daban cita asimismo en el Teatro Real, donde la alta cultura cosmopolita impuso una ópera de Wolfgang Amadeus Mozart, pese a las protestas de los dramaturgos españoles; o en la batalla de flores, uno de los números más aplaudidos, en la que Alfonso arrojaba ramos a los carruajes que se aproximaban a su tribuna. Si una recepción acogió en palacio a 6.000 invitados, con los representantes extranjeros a su frente, otra permitió al rey conocer a todos los alcaldes del país, muchos con sus indumentarias pueblerinas, que luego asistieron a un gran banquete, lo mismo que los presidentes de las diputaciones. Los del Congreso y el Senado completaron la pirámide estatal con los discursos de rigor en el salón del trono, respondidos por el rey con palabras que preparaba su Consejo de Ministros.[10]

Así pues, cada cual ocupaba su lugar en una sociedad política que se quería jerarquizada y cohesionada bajo la monarquía. Pero los cronistas subrayaron ante todo el entusiasmo del pueblo que asistía, como mero espectador, a los desfiles cortesanos y a las paradas y retretas castrenses, las primeras de envergadura tras *el desastre*, y que de vez en cuando se saltaba el protocolo para mostrar su adhesión al monarca. Por ejemplo, cuando la comitiva de la jura atravesó los barrios populares del viejo Madrid y unas mozas envueltas en mantones de manila, quintaesencia de lo castizo, entregaron sus flores al rey y este apretó contra su pecho una de las palomas que se soltaron con cintas rojas y amarillas. Resultaba casi imposible distinguir qué porción había de monarquismo sincero en estas actitudes y cuál se correspondía más bien con la curiosidad por las fiestas y por el sonriente

personaje que ahora asumía el mando. Algunos comentaristas criticaron la escasez de divertimentos para los trabajadores, que tan sólo disfrutaron de verbenas como la que montó para ellos el marqués de Tovar, concejal liberal y hermano de Romanones; o del recital de zarzuelas en la plaza de toros, donde hubo que repetir el coro de *Gigantes y cabezudos* (1898) en que los repatriados de la guerra de Ultramar –otra vez *el desastre*– se reencontraban con su patria chica en Zaragoza, sinécdoque habitual de España. Pues el baturro aragonés encarnaba la más pura españolidad, terca y noble, y la jota se consideraba un género nacional. Al parecer, esta celebérrima obra encantaba a Alfonso XIII, que la mandó reponer años más tarde en su boda.11

COMIENZA LA REGENERACIÓN

Con motivo de la jura, Madrid se presentaba al mundo como una urbe europea en proceso de modernización que, de acuerdo con el reformismo liberal del alcalde Aguilera, abría avenidas y levantaba edificios hermosos donde antes sólo había callejuelas y caserones infectos, sin que importase mucho su conservación. Los programas de festejos mencionaban los proyectos en marcha de la Gran Vía, que rompería el casco histórico y mejoraría las comunicaciones, como habían hecho diversas ciudades del continente; o del parque del Oeste, que valdría a los vecinos no sólo para distraerse sino también para adecentar sus costumbres en un entorno ideal, lejos de la mugre metropolitana, un espacio sembrado con el tiempo de monumentos patrióticos. También mencionaban otros deseos que nunca se harían realidad, como la ambiciosa canalización del pequeño río Manzanares, siempre tan menospreciado, cuyas aguas debían correr entre elegantes puentes, palacetes y hoteles; o la farola monumental que había de iluminar la Puerta del Sol, de Querol, en la que se desbordaban las fuentes y las alusiones alegóricas a la fuerza, la velocidad y la materia física. Puro progreso. Durante aquellas jornadas, una feria industrial y comercial colonizó el Retiro con establecimientos de ocio y tiendas de productos exóticos. Y se disputó por vez primera una copa nacional de *foot-ball*, junto a torneos de ajedrez, polo y tiro. De todos modos, los autores de las guías para turistas no se olvidaban de reseñar algunas lacras que aún arrastraba la villa, como la abundancia de ladronzuelos y de mendigos o el horario de las oficinas públicas, que debían atender a la gente desde las nueve de la mañana pero donde era inútil acudir antes de las once.12

La capital de la monarquía se dotaba además de numerosas estatuas con las que su ayuntamiento aspiraba a «perpetuar la memoria de importantes hombres célebres que han honrado con sus obras o con sus hechos nuestra

patria». A comienzos de junio, el mismo Alfonso XIII inauguró en los nuevos bulevares que separaban el centro del ensanche las de los escritores clásicos Francisco de Quevedo y Félix Lope de Vega, la del político liberal decimonónico Agustín de Argüelles, padre de la Constitución de Cádiz, y la del moderado Juan Bravo Murillo, responsable de la traída de aguas a Madrid. También la del pintor Francisco de Goya, obra del imprescindible Benlliure, en el paseo de coches del Retiro. Pero sólo se detuvo largo rato en el desvelamiento de la dedicada a Eloy Gonzalo, *héroe de Cascorro*, soldado raso que había salvado las vidas de sus compañeros con una acción temeraria en la campaña de Cuba. En el distrito de la Inclusa, donde se había criado el patriota, la familia real alternó con sus habitantes, que la vitorearon y le ofrecieron regalos, como la canastilla de claveles rojos y rosas amarillas que hicieron llegar a la reina madre las verduleras del mercado de La Cebada. Lo cual probaba de nuevo –auténtico *leit motiv* de la jura– lo bien que sintonizaba la realeza con su pueblo. La obsesión por honrar a las glorias nacionales, que llenó de repente Madrid de esculturas públicas, se hizo notar asimismo en otras manifestaciones culturales del momento, como una exposición de retratos de grandes españoles, la primera muestra protagonizada por la pintura de El Greco –pronto concebida como la mejor síntesis del alma hispánica en su edad de oro– y el traslado de los restos mortales de varias personalidades del siglo XIX –el periodista Mariano José de Larra, el poeta José de Espronceda o el pintor Eduardo Rosales– a un panteón de hombres ilustres sufragado por la asociación de escritores y artistas.[13]

Las preocupaciones regeneradoras dejaron una huella especial en el campo de la educación, presente en las fiestas cuando la real familia en pleno puso la primera piedra de varios grupos escolares unos días antes de la jura. Y es que la debacle ultramarina se relacionaba con el lamentable estado de la cultura nacional, lastrada por un analfabetismo que afectaba a más del 60% de la población. Como había ocurrido en 1871 tras la derrota francesa ante los alemanes, se achacó el resultado a la superioridad científica de los vencedores: en 1898 el maestro norteamericano había vencido al maestro español. De manera que sacar adelante al país implicaba construir escuelas, formar y pagar mejor al profesorado, traer del exterior otros métodos didácticos. Esa era la política de los liberales monárquicos, que, en colaboración con los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, el mayor núcleo progresista de innovación educativa, trataban de reparar el deficiente sistema público y responder de paso al auge de los colegios privados a cargo de órdenes religiosas. Por su parte, la regente María Cristina se hizo eco de las demandas educativas al pedir a Romanones, ministro del ramo, que la proclamación de su hijo se viera sellada por realizaciones prácticas de este tipo, en favor de las clases populares, financiadas como el monumento a su marido mediante

suscripción popular. El municipio madrileño decidió crear de inmediato escuelas graduadas para ambos sexos, ubicadas en edificios de nueva planta donde se diferenciaran profesores y alumnos por niveles, según un plan ideado por el institucionista Manuel Bartolomé Cossío, director del Museo Pedagógico. Cuatro de esos centros se iniciaron entonces con recursos provenientes de la propia reina madre, de algunos aristócratas como los marqueses de Torrelaguna y la de Squilache, y de los empleados del ayuntamiento, de manera más o menos voluntaria. El ejemplo de palacio animó las fundaciones, que tuvieron sin embargo una suerte desigual, pues sólo algunas llegaron a buen puerto. Durante las fiestas, la ciencia mereció asimismo una sesión monográfica en la Biblioteca Nacional, con menos problemas de entradas que los toros o las funciones de gala.14

Fuera de Madrid, la celebración reprodujo las mismas pautas, con las autoridades y los regimientos locales encargados de unos festejos en los que no faltaron adornos callejeros, fuegos artificiales, recepciones, conciertos, desfiles, misas y comidas para los pobres. No obstante, hubo excepciones notables: las de los consistorios con mayoría republicana, como Gijón o San Sebastián. Este último se negó a enviar una comisión a la capital y obligó a su alcalde de real orden a pagarse el viaje de su bolsillo. En Barcelona, donde los partidos gubernamentales habían perdido ya el control de la política electoral, los antidinásticos se unieron a los catalanistas para no solemnizar la jura y dedicar ese dinero, en cambio, a engrandecer las fiestas patronales de la Merced. El republicanismo suponía en 1902 un serio desafío para el régimen, aunque actuara también en nombre de la patria, mal parada a su juicio por efecto de las dinastías extranjeras: lo mismo le daba la casa de Austria que la de Borbón, culpables ambas de la decadencia nacional. De hecho, sus medios echaron en falta un patriotismo más contundente en la coronación. El auge antimonárquico que experimentaban diferentes ciudades alcanzó enseguida a Madrid, donde casi un año después –en abril de 1903– la Unión Republicana venció de manera aplastante en las elecciones a Cortes. Por una vez, la confluencia de grupos normalmente enfrentados fue capaz de movilizar a sectores medios y populares de la ciudad, en un triunfo efímero pero significativo porque demostraba el error de quienes confundían la popularidad del rey con un avance asegurado de las opciones monárquicas.15

La fórmula nacionalista y dinástica que se administró sin tasa durante la jura hizo que todas las miradas se dirigiesen al monarca adolescente, clave en la regeneración de la patria. Bien es verdad que cada cual arrimaba el ascua a su sardina. La extrema derecha católica alentaba a don Alfonso a deshacerse de los partidos para restablecer una política tradicionalista que alumbrara una España «robusta y creyente», mientras los conservadores se conformaban con que el rey cumpliera con las esperanzas depositadas en él y recuperase las

fuerzas vitales del país. Desde el campo liberal, y aunque sonase paradójico, se le reclamaba un papel aún más activo, que transformara el trono en un motor de progreso y, sin poner en peligro la estabilidad política, se lanzase al mismo tiempo a la búsqueda del esplendor nacional. La cabeza visible de la facción situada más a la izquierda dentro del panorama monárquico, el ministro José Canalejas, había fijado su postura unos meses antes en la revista *Nuestro Tiempo*, donde expuso la necesidad de *nacionalizar la monarquía*: ante la intervención de las masas obreras en la vida pública, un fenómeno global que afectaba a España, el rey había de ser un demócrata que aglutinara a todas las clases sociales, «para que fuera de la Monarquía no qued[ase] ninguna energía útil». Lo mismo que en Italia, en Bélgica y en los imperios británico y alemán, donde las testas coronadas actuaban de acuerdo con la voluntad nacional. Canalejas reclamaba por tanto que el monarca no se limitara a «lucir corona y cetro, presenciar desde el trono el desfile ceremonioso del elemento oficial» y leer rutinarios discursos. Todo lo contrario, tenía que «participar del gobierno, sentando a su diestra a la Nación».16

No sólo reclamaban la intervención política del rey los portavoces de las fuerzas partidistas convencionales, también apelaban a él los representantes del más genuino regeneracionismo social. Una semana después de la jura, la llamada Unión Nacional le reiteró lo que las cámaras de comercio habían solicitado a su madre, sin éxito, en 1898: el programa de «la España independiente y trabajadora», organizada tras *el desastre* para exigir presupuestos útiles y el final de la corrupta tiranía ejercida por las clientelas gubernamentales. Así pues, la acogida popular de Alfonso XIII justificaba, a ojos de unos y otros, el ejercicio más decidido de las prerrogativas regias, capacidad que se atribuía con menores dificultades a un viril mozalbete que a una compungida y abnegada viuda: después de la regencia femenina que había llorado la derrota, tocaba a un hombre salvar a la patria. Más aún, el aura providencialista asomaba sin rubor en las llamadas al monarca. Eugenio Montero Ríos, el añoso presidente liberal del Senado, resumió ese sentir general en el discurso que pronunció en palacio, cuando aseguraba que «el pueblo ve en su joven Rey el instrumento que la Providencia nos reserva para emprender, al frente de la nación, la marcha por el escabroso camino que nos conduzca a las cumbres de aquella prosperidad y de aquella grandeza, nunca olvidadas, pero de que hace siglos había comenzado a descender nuestra querida España». Tenía ejemplos donde escoger, no sólo en otros reinos europeos sino también entre los mejores de sus antepasados españoles, desde el culto mecenas Alfonso X hasta su propio padre, pasando por los Reyes Católicos, autores de la unidad nacional, o el benéfico Fernando VI.17

Pero ¿estaba Alfonso XIII preparado para asumir semejante tarea? Los monárquicos, por supuesto, sostenían que sí, que su educación había sido ejemplar y adecuada para el desempeño de sus funciones constitucionales: se había sometido a un severo método pedagógico con horarios muy rígidos, hablaba tres idiomas –francés, inglés y alemán– y, vestido siempre con el uniforme de los alumnos de infantería, se interesaba de modo particular por los asuntos militares. Pero lo cierto es que el aprendizaje del rey no había sido tan eficaz –él mismo se reconocía mal estudiante y poco ducho en la lengua alemana– y tampoco se había librado de polémicas, sobre todo en el campo minado de las influencias clericales, epicentro de la batalla política en el cambio de siglo. La más conocida se desató en diciembre de 1900, cuando al sacerdote José Fernández Montaña, confesor de la regente y profesor de religión y moral de su hijo, se le ocurrió atacar en un periódico integrista a Canalejas, quien llamaba por entonces a dar la batalla al clericalismo porque aquella tendencia reaccionaria alejaba a España de la civilización. Montaña recordaba en su artículo la condena papal a las pecaminosas teorías liberales, incluida la tolerancia religiosa, y tachaba a su contrincante de revolucionario e imitador de Lucifer. Desató con ello un regular escándalo acerca de los preceptores del monarca, pues revelaba el peso que tenían en palacio los enemigos del liberalismo y hasta de la Constitución, lo cual le costó el empleo al religioso. En el aire quedaron las iniciativas de algunos parlamentarios, como Romero Robledo o Sagasta, que reclamaban un cierto control por parte de los gobiernos sobre la instrucción del rey, sometida al solo criterio de su madre.[18]

Desde luego, la doctrina cristiana componía uno de los ejes de la formación regia y se centraba en el papel que la providencia divina atribuía al soberano de una nación católica. Montaña se había servido de los consejos de Francisco de Quevedo a Felipe IV, *Política de Dios y gobierno de Cristo*, con advertencias sacadas de los textos sagrados para que el monarca no se dejara gobernar por otros, en especial por sus ministros. En la misma línea argumental incidían los ejercicios espirituales que, en vísperas de la jura, le administró el jesuita Luis Coloma. Novelista crítico con las élites de su tiempo, Coloma estaba sin embargo muy próximo a palacio e incluso había escrito un cuento bastante relamido para don Alfonso, *El ratón Pérez* (1894), sobre un personaje que hacía regalos al rey niño Buby I –ese era su apodo familiar, *Bubi*, «nene» en alemán– cuando se le caían los dientes de leche. Sus prédicas le animaban a procurar a sus súbditos la salvación de sus almas mediante el ejemplo, el trabajo constante y el valor guerrero, lo cual implicaba apoyar a la Iglesia frente a los ardides de políticos y palaciegos, medianías

que trataban de «apoderarse de su ánimo para dominarle». Debía atemperar sus impulsos, elegir bien a sus amigos, tener cuidado con las mujeres y no entrar jamás en la masonería. En definitiva, le aconsejaba que desconfiara de las trampas de la política, negándose a cometer injusticias –como las que perjudicaban a las órdenes religiosas– por inducción de los gobiernos o de los motines populares.[19]

Estas lecciones vinculaban a España con la religión, no cabía duda, pero la identidad nacional que interiorizó el rey se relacio-naba asimismo con las otras materias que completaban su currículum. Para empezar, la historia, objeto preferente de sus estudios, que cayó bajo la responsabilidad de Fernando Brieva y Salvatierra, catedrático en la Universidad de Madrid y hombre de la Unión Católica, el sector tradicionalista que había entrado en el partido conservador y aceptado por tanto las reglas del régimen constitucional. Traductor del teatro clásico griego y especialista en la época de los Reyes Católicos y de los Austrias, admirador de intérpretes del genuino catolicismo contrarreformista como santa Teresa, Pedro Calderón de la Barca y El Greco, Brieva cantaba en sus publicaciones las glorias imperiales de la monarquía. Su defensa de la Santa Inquisición le valió algún alboroto universitario. Para conmemorar el cuarto centenario de la muerte de Isabel la Católica, en 1904, escribió consideraciones que podían trasladarse con facilidad al reinado de su pupilo, pues, de acuerdo con ellas, a finales del siglo XV Castilla había salido en pocos años de su decaimiento y había superado a los otros pueblos europeos, todo gracias al ímpetu de la reina que había patrocinado el Descubrimiento de América, epopeya sólo superada por la redención cristiana. Según Miguel de Unamuno, implacable con Alfonso XIII ya en 1921, en palacio pervivió la huella de aquel profesor que vivía en la España de los Habsburgo y creía en el honor de las armas, la lealtad y el imperio.[20]

En los cuadernos escolares del rey, quien copiaba sus contenidos con buena letra y algunas faltas de ortografía, se plasmaba esa combinación de catolicismo e ideas nacionalistas. El de «Historia Universal», de 1901, ponía la marcha de la humanidad bajo la ley providencial, que gobernaba el mundo con designios difíciles de conocer. Los hombres eran libres y responsables de sus actos, pero el pecado constituía el principal obstáculo para su progreso. Una de las grandes constantes históricas residía en la existencia de las naciones o patrias, comunidades naturales que persistían durante siglos y generaciones, al margen de la voluntad de los individuos. Cada una con sus costumbres, creencias, virtudes y defectos. Los estados, en cambio, eran accidentales, expuestos a las revoluciones, y sólo resultaban firmes cuando coincidían con las agrupaciones nacionales. Más allá estaban las razas, con la blanca en una posición superior y, dentro de ella, la indoeuropea por encima

de la semítica de árabes y judíos. Un destilado de lugares comunes a finales del siglo XIX, que consideraba las naciones necesarias y cuasieternas, daba por bueno el principio de las nacionalidades –que atribuía a cada una su Estado– y aplicaba criterios racistas a un universo de imperios coloniales. Todo ello, en una versión cristiana y providencialista. Además, el conocimiento del pasado servía para amar a la patria, sin olvidar el aprendizaje de lecciones para el futuro, «que en lo que calleron [sic] y erraron los que ya pasaron se precabe [sic] contra nuevas caídas y errores». Como complemento, don Alfonso manejaba una larga listas de fechas en la que la historia de España arrancaba de la llegada de los fenicios, en el 1500 a.C., y estaba marcada por las dinastías y las guerras.21

Jornada en el Real Sitio de San Ildefonso (ca.1904). Foto de autor desconocido. © Patrimonio Nacional.

Más aún, el rey absorbió la mentalidad castrense, pues la mayoría de sus preceptores eran oficiales y con ellos pasaba casi todo el día, incluso las horas de comer. Nada muy distinto de lo que ocurría a otros príncipes europeos y de lo que había experimentado su propio padre, estudiante en la academia británica de Sandhurst. Sus jefes de estudios –primero un general de artillería que había servido con Alfonso XII, después un marino de familia canovista– tenían por debajo dos asistentes que convivían con el monarca y se convirtieron en piezas esenciales dentro de la estructura de palacio. Uno era el teniente coronel de Estado Mayor Manuel González de Castejón, luego conde de Aybar e intendente de la Real Casa, padre del que, con idéntico cargo, llevó a Roma uno de los mantos de la virgen del Pilar. El otro, el teniente coronel de artillería Juan Lóriga, era una figura cuasipaternal para el huérfano Alfonso, a quien al parecer recomendaba no aislarse y entrar en contacto con su pueblo. Más tarde, ya con el título de conde del Grove, sería ayudante de campo y secretario del rey, y también jefe de estudios de sus hijos, a quienes contaba batallas. Muy católico –pues fue terciario franciscano–, Lóriga había sido condecorado no obstante en la guerra carlista y comprendía por tanto el significado liberal del régimen vigente. Ambos maestros pertenecían a los cuerpos más elitistas del ejército español, celosos de sus privilegios.22

Además de ellos, una larga relación de militares se ocupaba del dibujo, los deportes –esgrima, equitación, gimnasia o náutica, además de caza o tenis– y del entrenamiento marcial, que el monarca compartía con un pequeño batallón de jóvenes aristócratas, lo mismo que los juegos con soldados de plomo o barquitos de guerra. También le interesaban la agricultura y la mecánica. Los ejercicios físicos ocupaban muchas horas porque fortalecían su cuerpo, que se juzgaba enclenque y enfermizo, una sospecha que reapareció de vez en cuando a lo largo del reinado y que, en contraste con la idílica imagen de la jura, cebaban con celo los republicanos. Como el escritor Vicente Blasco Ibáñez, que en un artículo de 1903 lo comparaba con Carlos II de Habsburgo, *el Hechizado*, cuya falta de descendencia había provocado la guerra de Sucesión: «la mandíbula inferior pendía inerte, colgaba como muerta, sin esa energía instintiva que nos hace apretarla y mantenerla pegada al cráneo a todos los seres de buena salud». Mimado por sus familiares, y por los cortesanos dispuestos a ganarse su favor, acostumbraba a imponer su capricho antes y sobre todo después de 1902, a juzgar por los recuerdos de su tía la infanta Eulalia, hermana menor de Alfonso XII y mujer libre que chocó a menudo con la rígida corte española. De acuerdo con su testimonio, aquel mundo lo gobernaba la infanta Isabel, *la Chata*, hermana mayor de ambos y mujer de talante absolutista, según la cual había que hacer «lo que el rey mande». Al parecer, sólo Lóriga ponía límites a su audacia. En todo caso, junto al influjo de algunos profesores, lo que moldeó de manera indiscutible el

crecimiento personal de Alfonso fue el cariño de su piadosa y protectora madre, consejera política durante años.[23]

Así, el concepto de patria que manejaba el monarca estaba sujeto por unos cuantos mimbres, simples y compartidos por quienes le rodeaban: España era una antigua nación de esencia católica que había vivido su época más gloriosa, tras la consecución de su unidad, bajo el imperio de los Habsburgo, con un imaginario poblado de batallas contra franceses, protestantes, turcos o indígenas americanos donde habían brillado grandes reyes como Carlos V y héroes armados como el Gran Capitán, el gran duque de Alba y don Juan de Austria. Su admirable imperio mundial se había despeñado luego por una larga decadencia que no había cesado hasta despojarlo de casi todas sus posesiones coloniales en 1898, derrota sentida como un drama nacional. España las perdía justo cuando las grandes potencias se repartían el planeta. De Alfonso XIII podía decirse, como se ha afirmado por ejemplo del filósofo José Ortega y Gasset, sólo tres años mayor que él, que fue un *teenager* del *desastre*, un adolescente marcado por esa experiencia leída en clave nacionalista, como un padecimiento colectivo. Sin ir más lejos, su tutor Lóriga había peleado en las Islas Filipinas y la preocupación del rey por las bajas en ultramar resultaba patente para otros de sus profesores. Quien se contemplaba a sí mismo como un soldado compartía, probablemente, la visión de los acontecimientos cultivada por los militares, según la cual la responsabilidad en la debacle no les correspondía a ellos, que al fin y al cabo formaban una institución nacional, maltratada pero siempre al servicio de la patria y por encima de las divisiones banderizas, sino a los gobernantes, a esos políticos acusados por el regeneracionismo ambiente de egoístas y corruptos. A él, como rey, le correspondía sacar a España de ese marasmo.[24]

Por último, el monarca adquirió algunas nociones acerca del sistema político y de los problemas económicos y sociales, a través de las clases impartidas por el catedrático y senador Vicente Santamaría de Paredes durante varios cursos, entre 1901 y al menos 1904. A diferencia de los profesores de religión e historia, se trataba de un reconocido liberal, perteneciente al partido sagastino, que se distinguía por su defensa del organicismo jurídico, de un nada desdeñable papel armónico para la corona y de una perspectiva nacionalista de la historia de España que la hacía remontarse hasta tiempos primitivos. La regente le encargó que le enseñara sus funciones constitucionales y fortaleciese además en él «la idea del deber, el sentido de la justicia y el amor a su pueblo». Sus métodos docentes obligaban a memorizar la Constitución de 1876, unos cuantos artículos cada día con sus correspondientes comentarios, pero las exposiciones se veían interrumpidas por preguntas al estilo socrático y por las cuestiones que suscitaba el alumno. En opinión de Santamaría, el rey destacaba por su gran patriotismo, que se

concentraba en las posibilidades de engrandecer la economía española y de ayudar a los más necesitados; y por su espíritu práctico, pues preguntaba una y otra vez para qué valía cada precepto. Según algunas fuentes, no se privó tampoco de plantearle a su maestro qué ocurriría cuando sus deberes con España entraran en conflicto con las normas constitucionales. Es decir, distinguía entre el imperativo patriótico y el cumplimiento de la ley, aunque desde luego prometió al catedrático que sería «siempre constitucional».25

Alfonso XIII creía que afrontaba una misión transcendental y salvífica, esa que no dejaba de resonar en los festejos de la jura y que echaba sobre sus hombros la recuperación del país. Era consciente de las dificultades del cometido y a algunos invitados a las fiestas les habló del duro oficio que le esperaba, al que nadie reconocía los méritos y todos echaban la culpa cuando las cosas se torcían. Su sencillo diario íntimo, que mantuvo de manera intermitente entre abril de 1900 y enero de 1903, confirmaba estas convicciones. La mayoría de los apuntes reflejaba un gran aburrimiento, sólo despejado de cuando en cuando por algunos viajes, desfiles militares y maniobras navales, que desgranaba con gran detalle. Al iniciarse el año decisivo de 1902, sin embargo, el rey se detenía a describir un paisaje desolador, con un país quebrantado por *el desastre*, «la bandera ultrajada» y todos los servicios desorganizados, y confesaba un temor casi profético en el cual se traslucían tanto las demandas nacionalistas como las continuas advertencias de sus educadores: «Yo puedo ser un Rey que se llene de gloria regenerando la Patria, cuyo nombre pase a la Historia como recuerdo imperecedero de su reinado; pero también puedo ser un Rey que no gobierne, que sea gobernado por sus ministros y, por fin, puesto en la frontera».26

---

1. Discurso de Alfonso XIII en la Biblioteca Nacional, 24.5.1902, cita en Antón y García (1913-1914), 1, p. 242.

2. *El año político*, 18.5.1902. *El Imparcial* y *El Liberal*, 19.5.1902.

3. Ley de 23.7.1887. Junta del Monumento a D. Alfonso XII, 16.4.1901, *Gaceta de Madrid*, 17.4.1901, p. 238. Fernández-Sirvent (2019). Romero Robledo, en *La Época*, 17.3.1901 y *Heraldo de Madrid*, 20.3.1901.

4. Por ejemplo, *El Día*, 10.6.1901, prefería a Benlliure; y G. Martínez Sierra, «Monumento a D. Alfonso XII», en el republicano *El País*, 12.6.1901, a Querol.

5. *El Imparcial*, 19.6.1901. Romero, en *El Día*, 21.6.1901. Grases Riera (1902), pp. 5-6. Begas, en *Heraldo de Madrid*, 14.7.1901.

6. *Alrededor del Mundo*, 22.5.1902. Grases (1902), citas en pp. 7-9. *La Época*, 4.2.1902. Querol, en *El Liberal*, 18.6.1901. Fernández-Sirvent (2019). El *Vittoriano* de Roma, mucho mayor, se proyectó en 1885, se inauguró en 1911 y no se completó hasta la década de 1920.

7. Cita en *Blanco y Negro*, 17.5.1902. Hall (2003). *El Liberal*, 18.5.1902.

8. *Nuevo Mundo* dijo haber vendido 85.000 ejemplares de su número especial. *Programa-Guía de los Festejos de Mayo de 1902*, Madrid, Imprenta de A. Marzo, 1902. *El Liberal*, 19.5.1902. Monarquismo banal, en Olechnowicz (2007), p. 33. Películas, en AGP Cª 15816/1.

9. *El año político*, 17.5.1902. Almagro (1946), pp. 138-140. Cita en *El Liberal*, 18.5.1902. Cannadine (1983, 1992).

10. *Sol y sombra. Semanario taurino ilustrado*, 25.5.1902. Cita en Antón y García (1913), 1, p. 234. *El año político*, 22.5.1902.

11. *El Liberal*, 20.5.1902. Barreiro (2008).

12. *Guía municipal alfonsina de Madrid*, Madrid, Imprenta de Fortanet, 1902, pp. 157-158. Remón (1994). *Programa-Guía de los Festejos de Mayo de 1902*, pp. 6-16 y 115-125, las oficinas en p. 69. *Guía de la coronación*, Madrid, s.e., s.p.

13. *Guía municipal alfonsina*, cita en p. 158. *El Liberal*, 21 y 26.5 y 6.6.1902. Serrano (1999), pp. 203-226.

14. *El Imparcial*, 25.1.1902. *Nuevo Mundo*, 21.5.1902. Pozo Andrés (1997).

15. Fiestas fuera de Madrid, en *El Imparcial*, 18-19.5.1902. *El año político*, 29.4.1902. *El País*, 17.5.1902.

16. *El Siglo Futuro* y *La Época*, 17.5.1902. José Canalejas y Méndez, «La última tregua», *Nuestro Tiempo* nº 12 (12.1901), pp. 727-728o (citas en pp. 728b y 728ñ).

17. La Unión Nacional, en *El Liberal*, 27.5.1902; también en AGP Cª 15776/16. Montero, en *El año político*, 22.5.1902. *Blanco y Negro*, 17.5.1902. Moreno Seco y Mira (2016).

18. «La educación del Rey», *Nuevo Mundo*, 19.5.1902, pp. 13-15. Testimonio del rey, en Castillejo (1998), pp. 437-440. José Fernández Montaña, «Los errores del Sr. Canalejas en el Congreso», *El Siglo Futuro*, 21.12.1900. *El Imparcial*, 26.12.1900. *El Globo*, 25-28.12.1900.

19. Coloma (1946), cita en p. 107. Cueva (2003), pp. 284-285.

20. Routier (2014), p. 141. Pasamar y Peiró (2002), p. 142. Jover (1995), p. cxxviii. *Hechos y dichos de la Reina Isabel la Católica*, Madrid, M. Romero, 1904, pp. 26-27. Miguel de Unamuno, «Un profesor de historia», *El Mercantil Valenciano*, 27.12.1921.

21. «Historia Universal» (1901), en RB II/4067-10, cita en p. 3. «Épocas notables de la Historia de España», AGP Cª 12911/25.

22. Lóriga, en https://zaguanetedealabarderos.blogspot.com/2018/04/general-de-division-d-juan-loriga-y.html.

23. Navas (1921). Vicente Blasco Ibáñez, «Al pasar», *El Pueblo*, 27.7.1903, citado en Hall (2003), p. 72. Borbón (1935, 1967), pp. 62-63 y 103-104, cita en p. 103.

24. Bonmatí (1943), p. 127. Cacho (1997), pp. 97-115. Navas (1921), p. 61. Núñez Florencio (1990), pp. 299 y ss.

25. Varela (2014), pp. 707-734. Testimonio de Santamaría de Paredes, en Navas (1921), pp. 64-72, citas en pp. 66 y 68. Pabón (1952-1969), II 1, p. 69.

26. Maura y Fernández Almagro (1948), pp. 38-39. Antón y García (1913), 1, p. 218. Alfonso XIII (1961), citas en pp. 109-110. La alusión a la bandera, que aparecía subrayada en el diario del rey, podía referirse tanto a la humillación del 98 como a ataques a los símbolos españoles por parte de catalanistas y nacionalistas vascos.

Alfonso XIII, con el jefe conservador Antonio Maura, en el puerto de Barcelona (1904). Foto: Maciá. © Patrimonio Nacional.

2

Algo más que un árbitro

Sabe la opinión que en los oídos de un joven
alentado por legítimas y nobles ambiciones
suenan como las más eufónicas las palabras
reconstitución militar, consolidación del poder,
freno a los nuevos señores feudales de la política,
y sabe que esas palabras se mezclan
con el recuerdo de aplausos populares,
cuyos ecos no se extinguen nunca
en los oídos a quienes un día halagaron.[1]

AQUEL CONSEJO

En uno de los capítulos más conocidos de sus memorias, el conde de Romanones –un político incombustible, cuya trayectoria recorrió todo el reinado– relató el primer Consejo de Ministros que presidió Alfonso XIII. El conde, como ya se ha visto, encabezaba el departamento de Instrucción Pública y se encargó de organizar algunos actos de la jura. Según su relato, la misma tarde del 17 de mayo de 1902, al final de una jornada agotadora, el presidente Sagasta ofreció su dimisión al rey y este, tras ratificarle su confianza y la continuidad del Gobierno, insistió en celebrar Consejo. «Como si en su vida no hubiera hecho otra cosa que presidir ministros, con gran desenvoltura», el joven monarca discutió con el de la Guerra a propósito de las academias militares y leyó en voz alta, Constitución en mano, el artículo que le asignaba la responsabilidad de conferir empleos, honores y títulos, añadiendo ante su atónito Gabinete que ese derecho se lo reservaba en exclusiva. Otro de sus miembros, el titular de la cartera de Marina, se atrevió a replicarle con un precepto complementario, que exigía el refrendo ministerial para cualquier mandato regio. Exhausto por las altas temperaturas primaverales, el anciano jefe del liberalismo monárquico no concedió importancia al rifirrafe y dejó pasar la oportunidad de dar una buena lección al rey, a lo que Romanones apostillaba: «¡Ah! Si no hubiera hecho tanto calor, quizá la suerte constitucional en el presente fuera otra».[2]

Las observaciones del aristócrata liberal, publicadas en 1929, no eran en absoluto inocentes. Bajo una dictadura que él repudiaba y sostenía don Alfonso, sus recuerdos lo presentaban como un adolescente engreído y temerario, cuya actitud en aquel momento inicial prefiguraba sus excesos

posteriores contra la Constitución. Desde entonces, la anécdota se ha enarbolado muchas veces como prueba de la excesiva injerencia del rey en la vida política española, incluso de sus pulsiones autoritarias, lo cual ha llevado a alguno de sus defensores a poner en duda la misma existencia de ese primer Consejo de Ministros. Las fuentes coetáneas confirmaban no obstante su celebración, que sirvió al monarca para firmar decretos que otorgaban a su madre los honores de una reina consorte reinante, concedían un amplio indulto y configuraban su propio cuarto militar, la sección castrense de palacio. Lanzó del mismo modo dos alocuciones paralelas: una a los españoles, en la que se comprometía a comunicarse con ellos para, de acuerdo con su firme devoción patriótica, trabajar por la paz, la grandeza y la felicidad de la nación; y otra a sus compañeros de armas, representantes de esa grandeza y custodios del orden social e institucional, a los que comunicó su intención de vivir cerca de ellos, como había hecho su padre. La historia de Romanones coincidía además con la que contaba otro prohombre liberal dinástico, Miguel Villanueva, que no asistió a la reunión –pues había dejado de ser ministro un par de meses antes– pero pertenecía al círculo sagastino y transmitió a Manuel Azaña en 1927 una versión muy parecida, en la que Alfonso XIII se arrogaba asimismo los ascensos militares. A su juicio, el caso demostraba que «el rey no ha tenido nunca, desde que empezó a reinar, otro designio que el de gobernar personalmente».[3]

Estas pullas al monarca, difundidas por los adalides del antiguo régimen constitucional, respondían a una coyuntura, el final de la década de 1920, que les ponía enfrente de quien utilizaba su poder para respaldar a Primo de Rivera, el tirano que les perseguía. Pero en la primavera de 1902 nada estaba escrito, mucho menos el golpe de 1923, y las cosas podían desarrollarse aún de maneras muy diversas. Por ahora, la llegada a la mayoría de edad de Alfonso XIII dio pie a inmediatas murmuraciones acerca de su comportamiento político, todavía una incógnita. Un notable liberal mucho más relevante entonces que Romanones o Villanueva, el ministro de la Gobernación Segismundo Moret, advirtió en junio a palacio sobre esos rumores, propagados por medios republicanos que denunciaban la tolerancia del Gobierno con las imposiciones reales. Por lo visto, el monarca se oponía ya a ciertas propuestas ministeriales, como una orden sobre la inspección estatal de los colegios privados, y exigía puestos de mando para determinados generales, como el marqués de Estella, conservador y tío del futuro dictador, y el de Polavieja, regeneracionista y católico cercano a la regente. Tales comportamientos afectaban a dos de los asuntos políticos más sensibles del día, las medidas regalistas del partido liberal –que trataban de promover la enseñanza pública al tiempo que se reducían los privilegios de la religiosa– y la adjudicación de cargos militares. Al decir de Moret, estos actos implicaban

«la falta de sinceridad constitucional en el rey», quien desconfiaba de sus ministros; y la presencia a su lado de otros consejeros que lo guiaban con criterios reaccionarios. Ante esta situación, sólo cabían dos salidas: la dimisión del Gobierno o el cambio en la servidumbre palatina.[4]

Moret aludía asimismo a una cuestión aún más visible y de mayor contenido simbólico: la negativa del monarca a condecorar al famoso escritor Benito Pérez Galdós. Se trataba de la gran cruz correspondiente a una nueva orden civil, creada con motivo de la jura para premiar los méritos en el ámbito de la educación, la ciencia y la cultura: la de Alfonso XII, bautizada así por expreso deseo de su heredero, que había rechazado la sugerencia de ponerle el nombre de Alfonso X el Sabio. Una iniciativa de Romanones, sobrado de ideas, quien deseaba que uno de los primeros galardonados fuera Pérez Galdós, narrador en sus *Episodios Nacionales* de las peripecias de la España contemporánea en un tono patriótico y liberal. Entre los elegidos figuraban a su lado el historiador católico Marcelino Menéndez Pelayo, el científico Santiago Ramón y Cajal y el profesor del rey Vicente Santamaría de Paredes. Pero Galdós era también conocido por sus posiciones izquierdistas y anticlericales, bien visibles en *Electra*, una pieza de teatro estrenada el año anterior en medio de las protestas que había provocado el matrimonio de la princesa de Asturias –María de las Mercedes, hermana mayor de don Alfonso– con Carlos de Borbón-Dos Sicilias. El conflicto entre clericalismo y secularización que agitaba el escenario político afectaba de lleno a la boda, pues el novio –inseparable de su cuñado y una suerte de hermano mayor para él, que le llamaba Nino– era hijo de un comandante carlista y sospechoso por tanto de absolutismo ultramontano. De modo que las intenciones del ministro tropezaron con las reticencias palaciegas, que sólo superaron, junto a las quejas de Moret, los buenos oficios de Sagasta: al final, el escritor tuvo su gran cruz. Tal y como al parecer había demostrado ante su primer Gabinete, a Alfonso XIII le preocupaba la concesión de honores, una palanca muy útil para cualquier soberano a la hora de captar lealtades. Aunque esta vez fallase con estrépito: Galdós, que había sido diputado liberal, volvió al Congreso en 1907 con la etiqueta de republicano.[5]

SOBERANÍA COMPARTIDA

El papel político que había de desempeñar el rey, bajo los focos de la prensa y el Parlamento, estaba definido tanto por la Constitución como por las prácticas asentadas durante sus años de vigencia, que sumaban más de un cuarto de siglo cuando don Alfonso cumplió los dieciséis. El texto constitucional de 1876 se basaba en un concepto clave, el de cosoberanía o soberanía

compartida, que su artículo 18 enunciaba con laconismo: «La potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el Rey». Ambas instituciones, una junto a la otra, conformaban lo que Antonio Cánovas del Castillo, ideólogo del régimen, llamaba *la constitución interna* de España, decantada por la historia en forma de monarquía constitucional, ni absoluta ni tampoco parlamentaria o democrática, limitada pero decisiva. A su parecer, la nación no podía prescindir de ese marco, a través del cual ejercía su poder soberano, y cualquier otro modelo resultaba extraño a su naturaleza. Dentro de aquella pareja institucional, la corona disfrutaba de cierta ventaja, porque el principio monárquico encarnaba la permanencia de la patria y –tal y como lo veía Cánovas– era «profesado profunda, sincerísimamente […], por la inmensa mayoría de los españoles». Tan sólido resultaba su nexo con España, que los títulos sobre la monarquía ni siquiera se sometieron a discusión en las Cortes constituyentes. Alineadas con la tradición liberal doctrinaria más conservadora, y opuestas por tanto a las afirmaciones revolucionarias de la soberanía nacional, las tesis canovistas habían hecho del trono el eje del sistema político español.6

De acuerdo con estas premisas, la Constitución atribuía al monarca múltiples funciones. Algunas de las más importantes se referían al Gobierno y al Parlamento. El poder ejecutivo le correspondía por entero, así que podía nombrar y despedir con total libertad a sus ministros, cuyo refrendo precisaba –como se ha señalado más arriba– para que se ejecutaran sus órdenes. Es decir, la firma del ministro responsable tenía que acompañar siempre a la del rey. En cuanto al legislativo, lo compartía con las Cortes bicamerales –compuestas por el Congreso de los Diputados y el Senado, con atribuciones equivalentes–, lo que le daba derecho a vetar la legislación; nombraba a buena parte de los senadores y disolvía ambas cámaras sin más requisito que volverlas a convocar y reunir en el plazo de tres meses. Como se verá más adelante, tanto el baile ministerial como la disolución de las Cortes compondrían las piezas más codiciadas del juego político. Respecto a la justicia, su principal competencia se circunscribía a los indultos. Más allá, el rey constitucional ostentaba el mando supremo del ejército y la marina y concedía los grados militares, otro de los caballos de batalla política en el reinado de Alfonso XIII, y dirigía la política exterior. En definitiva, el diseño de Cánovas, no muy lejano en estos puntos del moderado que había regido en la época de Isabel II, perfilaba una corona con verdadera influencia, no «una ilusión ni un símbolo… sino un poder positivo y eficaz», en sus propias palabras. Un poder que recaía ahora sobre los hombros del inexperto Alfonso, decidido a tomárselo en serio.7

A comienzos del siglo XX, animado por la perspectiva de un monarca poco maduro y bastante activo, el debate sobre las posibilidades constitucionales de

la corona estaba muy presente en la esfera pública y, al margen de las intenciones canovistas, daba lugar a interpretaciones encontradas. Por ejemplo, entre 1906 y 1907 la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, un foro oficial que reunía a profesores y especialistas de diversas tendencias ideológicas, desde la derecha católica hasta la izquierda republicana, celebró sesiones en las que chocaban los principales puntos de vista sobre la materia. En un extremo se situaban los del conservador Joaquín Sánchez de Toca, quien, acorde con Cánovas, creía que al rey correspondían cometidos esenciales, como decidir en los asuntos de gobierno, garantizar la continuidad y coherencia de las políticas nacionales y, lo más peliagudo, sondear el estado de la opinión para acoplar a él sus determinaciones en cada encrucijada. Este último adquiría una relevancia mayor en el caso español, decía Toca, pues la ausencia de un auténtico cuerpo electoral dejaba todo en manos del monarca. En el otro extremo brillaban los del republicano templado Gumersindo de Azcárate, quien había escrito por extenso contra la *monarquía doctrinaria* y en favor de un régimen parlamentario, donde primara el criterio de las cámaras elegidas por el pueblo. Dado su accidentalismo respecto a las formas de gobierno, ese régimen podía funcionar bajo una monarquía, como en el Reino Unido, o bajo una república, como en Francia. Azcárate ponía por tanto serios límites a la actuación del rey y le asignaba tan sólo dos facultades de enjundia: nombrar ministros que contaran con la confianza de las Cortes, sede de la soberanía nacional; y disolverlas cuando resultase obvia su incompatibilidad con la opinión. En todo lo demás, el rey permanecería ausente y, desde luego, se abstendría de promover una política propia.[8]

Entre ambas posiciones se situaban las de Santamaría de Paredes, el catedrático que resumía con paciencia ante su pupilo Alfonso XIII los contenidos de su obra más lograda, el *Curso de Derecho Político*, memorizado por varias generaciones de universitarios hasta bien entrado el siglo. En él Santamaría, un liberal conciliador con pujos organicistas y sociales, buen amigo de Moret y admirador de Azcárate y de otros institucionistas, hablaba de la jefatura del Estado como de un cuarto poder: el armónico. Monárquica o republicana, esa alta magistratura representaba la unidad estatal y se ocupaba de mantener los equilibrios entre los demás poderes, cuyos desencuentros la obligaban a cambiar de Gobierno o a convocar elecciones, siempre después de consultar a los presidentes de las cámaras parlamentarias y de los partidos, con giros más frecuentes y necesarios allí donde –como ocurría en España– predominara la falsedad en las elecciones. En todo caso, estos y otros expertos, aunque discrepasen en algunos de sus planteamientos, no despojaban al rey de todo influjo sobre la marcha del país ni lo encerraban en el desempeño de meras labores ceremoniales, por encima de los fragores políticos cotidianos. Los más

críticos de las generaciones siguientes exigieron, eso sí, reformas constitucionales que encogiesen el margen de maniobra de la corona y supusieran la completa parlamentarización del régimen liberal.[9]

En realidad, el ordenamiento español apenas se separaba en 1902 de los marcos normativos de otras monarquías en la Europa coetánea. Dejando de lado los sistemas absolutistas, como los que sobrevivían en la Rusia de los zares o en el imperio otomano, en la mayor parte de los estados había monarcas constitucionales que controlaban el poder ejecutivo y se prevalían de ministros responsables, compartían el legislativo y conservaban el derecho a vetar las leyes, se erigían en cabezas de las fuerzas armadas y se ocupaban de los asuntos internacionales. La Constitución monárquica portuguesa, en pie hasta el vuelco republicano de 1910, hablaba también de cosoberanía e incluso reservaba de manera explícita un cuarto poder, el moderador, al monarca. Las diferencias formales entre las monarquías limitadas residían más bien en otros aspectos, como la responsabilidad del Gobierno ante el Parlamento, que se exigía por ejemplo en Bélgica, o solo ante la corona, como en el imperio alemán y el austro-húngaro.

Sin embargo, las convenciones o prácticas habituales en cada lugar marcaban distintos niveles de influencia entre los soberanos europeos, que dependían más de ellas que de la literalidad de los textos constitucionales. En el Reino Unido, los países nórdicos, Holanda o Bélgica, el avance de las elecciones libres, disputadas entre partidos cada vez más sólidos en medio de una ciudadanía en auge, más concienciada y más extensa gracias a las sucesivas ampliaciones del electorado, daba una enorme legitimidad a los parlamentos y permitía a los jefes partidistas imponer su voluntad a la de los respectivos monarcas. Estos progresos les relegaban a papeles subalternos, salvo que no hubiera mayorías ni acuerdos entre los grupos parlamentarios salidos de los comicios y los reyes tuvieran que buscar soluciones alternativas, minoritarias o de coalición. De todos modos, jamás resultaban irrelevantes, pues conservaban en la manga –como dictaba el manual de Walter Bagehot, pensado para Inglaterra pero canónico asimismo en otros lares– las cartas de advertir, animar y ser consultados. Y todo ello sin necesidad de reformar la Constitución, que en el Reino Unido ni siquiera estaba codificada en un solo documento. Las testas coronadas del resto del continente, desde los imperios centroeuropeos hasta los reinos mediterráneos y balcánicos, aún determinaban, en diversos grados, los asuntos públicos.[10]

Retrato de Alfonso XIII (ca. 1905). Foto: Talleres del Depósito de la Guerra.
© Patrimonio Nacional.

La España de la Restauración se ubicaba en este último sector y la corona constituía en ella un poder robusto, a mitad de camino entre el caso de Italia, donde los reyes perdían protagonismo poco a poco, y el de Alemania, sellada por la presencia cuasiomnímoda del káiser. Contribuían a la relativa fortaleza de la corona española varios factores. Por un lado, los partidos gubernamentales, poco más que facciones clientelares y parlamentarias, carecían de andamiajes estables y masas militantes. Por otro, las elecciones generales daban siempre la victoria al que las orquestaba desde el Gobierno, un rasgo nada excepcional en las latitudes meridionales y presente en el país desde décadas atrás. Lo permitía un fraude electoral masivo, inducido de arriba abajo a través de la centralizada estructura administrativa y viable gracias a la escasa movilización política de una sociedad rural y analfabeta. Es decir, un contexto dominado por los caciques o notables locales que la introducción del sufragio universal masculino en 1890 tardó en sacudirse. De manera que el proceso político funcionaba en un sentido opuesto al que se presuponía en cualquier sistema representativo, realzando de paso las decisiones reales: los comicios valían no para relevar a los gobernantes, sino sólo para ratificar el encargo que habían recibido previamente de la corona. El rey ponía así sus dos principales atribuciones constitucionales al servicio de esos mecanismos: nombraba a un nuevo presidente del Consejo y acto seguido le permitía que disolviera las Cortes para fabricar, en los comicios amañados, cámaras afectas a sus intereses. Cortejar al monarca para obtener tanto el nombramiento como la disolución se transformó así en el deporte político por excelencia.

No obstante, el peso del trono estaba sometido a límites consuetudinarios, que frenaban posibles abusos y arbitrariedades. Como ocurría en otros países, los gabinetes designados por el rey debían contar con la llamada doble confianza, una idea coherente con la de soberanía compartida. Es decir, no sobrevivían tan sólo con el respaldo regio, sino que necesitaban además el de las Cortes que aprobaban presupuestos y reformas, con lo que una derrota parlamentaria significaba su dimisión fulminante. Y ningún monarca español de la época ejerció su derecho a vetar una ley. Todavía más, sus acciones se atenían al gran pacto tácito de la Restauración, pensado para acabar con el problema que, a juicio de los contemporáneos, había malogrado hasta entonces el siglo XIX español: el exclusivismo de partido, cuya rigidez obligaba a buscar la alternancia política no en las urnas sino en los cuarteles, con pronunciamientos militares que a veces jaleaban las barricadas. Desterrar el empleo sistemático de la violencia obsesionaba a los fundadores del régimen, con Cánovas a su cabeza. En ausencia de un electorado independiente, era el rey quien facilitaba el *turno pacífico* entre conservadores y liberales, herederos *grosso modo* de los moderados y progresistas que

habían andado a la gresca con anterioridad. Y sólo lo hacía cuando las circunstancias lo aconsejaban, por efecto de una crisis inesperada –como la muerte repentina de Alfonso XII en 1885 o la debacle de 1898– o, algo más frecuente, de la fragmentación de la mayoría parlamentaria que apoyaba al Gobierno y la disponibilidad de una entidad más cohesionada, con un jefe indiscutido, en la oposición. Entonces quedaba libre la prerrogativa regia, es decir, cabía ofrecer el poder al partido contrario y entregarle el arma decisiva, el decreto de disolución de Cortes. La transmutación del monarca en rey-soldado, mando supremo con capacidad para contener las tentaciones golpistas, contribuía asimismo a apartar a los militares de los vaivenes gubernamentales.11

Tanto Alfonso XII como la regente María Cristina se atuvieron, con bastante fortuna, a este esquema constitucional de inspiración canovista. Ambos irrumpieron en el tablero político de cuando en cuando, pero el grueso de las grandes decisiones les vino dado por la conformación progresiva de dos grandes formaciones partidistas, a derecha e izquierda, que convinieron en turnarse sin recurrir a las militaradas: el partido liberal-conservador de Cánovas y el liberal-fusionista de Sagasta, construidos a base de atraer clientelas que se arracimaban en torno a ambas jefaturas. Sólo las divisiones internas de estas organizaciones, las disidencias que desafiaban a los caudillos o las disputas por el liderazgo tras su desaparición abrieron la puerta a las intervenciones de palacio, lo cual marcaría el rumbo para el futuro: la falta de cohesión de los partidos monárquicos implicaba una mayor supeditación del sistema respecto a los deseos regios. Si Alfonso padre, sometido casi siempre a la autoridad del estadista conservador, apenas tuvo ocasión de dejar huella, su viuda, extranjera y en principio ajena a las sutilezas de la política española, no se privó de favorecer a los sectores que más le agradaban. Al comienzo se entendió mejor con los liberales de Sagasta, pero las convulsiones de fin de siglo la impulsaron a apostar por fórmulas de concentración que nunca salieron adelante y por opciones reaccionarias que le valieron –como el escándalo del padre Montaña o la sospechosa boda de la princesa de Asturias– acusaciones de clericalismo. Esa bajada de la corona al ruedo de la polémica no haría sino aumentar tras la mayoría de edad de su hijo.12

CÓMO SE ELIGE A UN JEFE

Los años iniciales del reinado fueron de tanteos y ajustes, de tropiezos y aproximaciones para definir cuáles serían en adelante las prácticas habituales en relación con la corona, dentro de los amplios márgenes que permitía la Constitución y sin desvirtuar las convenciones establecidas en décadas

previas. Don Alfonso anunció en su primer consejo que se atendría a lo acostumbrado y durante años, siempre que resultaba posible, despachó a diario con el presidente, recibió a los ministros de dos en dos y de vez en cuando se sentó a la cabecera del Gabinete. Es decir, estuvo informado con puntualidad sobre el desarrollo de los asuntos políticos y pudo opinar y decidir al respecto. Contaba con el asesoramiento de su experta madre, desde luego, que condicionó al menos hasta 1906 sus resoluciones, marcadas asimismo por su constante contacto con políticos que le sacaban en general más de treinta años de edad y con quienes le gustaba prolongar los despachos para enterarse de todo.13 Y de entrada le tocó afrontar algunos problemas peliagudos, entre los que sobresalía el que se convirtió en eje de la política oficial española de 1902 a 1907: la falta de cohesión, en torno a jefaturas aceptadas por la mayoría de sus notables, de los dos grandes partidos, el conservador y el liberal. Lo cual proporcionaba al rey una crecida capacidad para intervenir en el sistema y a la vez lo exponía a debates abiertos acerca de su papel tanto en la prensa como en el Parlamento, donde los cambios de Gobierno se discutían sin demasiados tapujos. Hubo crisis, ministros y hasta gabinetes palatinos. Así, su actuación provocó controversias desde el comienzo.

Ambas formaciones atravesaban malos momentos y sus disensiones internas se veían acompañadas por una aguda inestabilidad gubernamental. Durante el turno conservador, en los dos años y medio que transcurrieron entre diciembre de 1902 y junio de 1905, se sucedieron cinco gabinetes distintos. El periodo liberal que lo siguió, poco más de año y medio hasta enero de 1907, todavía contempló otros cinco. Esos continuos vaivenes frustraron las respectivas obras de gobierno, concebidas y publicitadas como motores de la regeneración nacional. Los conservadores, en principio, lo tenían más fácil, pues contaban ya con un valioso jefe en la persona de Francisco Silvela, sucesor de Cánovas. Pero su liderazgo, minado por el desánimo y las ganas de dejarlo cuanto antes, apenas escondía el enfrentamiento entre dos personajes que terminaron por representar idearios distintos. Por una parte, Antonio Maura, recién llegado al conservadurismo desde una escisión del otro partido pero coincidente con Silvela en cuáles debían ser los remedios a la lamentable situación de España: reforma de los malos hábitos electorales y de las administraciones locales, comidas por el caciquismo, para atraerse el apoyo de la ciudadanía conservadora y católica, con la consiguiente defensa de la Iglesia, apertura a los regionalistas y reconstrucción de la armada destruida en *el desastre* con el fin de fortalecer la política exterior. Por otra, Raimundo Fernández Villaverde, veterano silvelista y partidario del equilibrio en la Hacienda, que él mismo había saneado tras las guerras coloniales, para emprender luego inversiones en obras públicas, y de

una mayor distancia respecto al catolicismo militante en asuntos como la educación o el control de las congregaciones. En cuanto a sus respectivos vínculos con la corte, el carismático e intransigente Maura, un profesional de clase media provinciana, encontró allí más dificultades que su adversario: Villaverde era marqués consorte de Pozo Rubio y yerno del de Molins, un aristócrata conservador que había ayudado en su día a la restauración de los Borbones; y solía rodearse de personajes palatinos como Eduardo Cobián, abogado de la Real Casa.

Maura, ministro de la Gobernación y dotado de una retórica apabullante que le ganaba tantos admiradores como enemigos, prometió limpieza en las elecciones generales de 1903 y, aunque la realidad distó bastante de la prosapia regeneradora y no privó al Gobierno de la consabida mayoría, permitió una gran victoria de la Unión Republicana en ciudades como Barcelona, Madrid y Valencia. En palacio no gustó nada aquel bombazo antidinástico, inédito desde 1893, y al parecer la reina madre no se contuvo al comentar ante un embajador que la monarquía era más importante que la fama de aquel Catón, tan severo con las costumbres que la cimentaban. No sería el último choque de Maura con la realeza.[14] Al agudizarse las escaramuzas entre las clientelas conservadoras, Silvela aprovechó para marcharse y Villaverde asumió la presidencia en su lugar. De inmediato, la prensa liberal, más enfática cuanto más a la izquierda, denunció este giro tan oscuro y poco constitucional, con las Cortes recién elegidas y el Gobierno ratificado por ellas, que recordaba los peores tiempos de Isabel II. El *Heraldo de Madrid*, cercano a Canalejas, lo calificó de *crisis oriental*, porque se había producido no en el Parlamento sino en el palacio de Oriente –como se conocía desde muy atrás el alcázar de Madrid, asomado a la plaza del mismo nombre–y porque traía a la memoria los numerosos conflictos que sacudían al imperio otomano y por tanto el despotismo del sultán. Había sido, según el mismo diario, una «solución con vistas a Turquía». Los republicanos se encargaron de remachar en la tribuna esta misma impresión: aquel comportamiento cortesano era incompatible con la Constitución. El bautismo de fuego de Alfonso XIII en estas lides no pudo ser menos discreto y la expresión *crisis orientales* hizo fortuna como arma arrojadiza contra las injerencias palatinas en la marcha de los gobiernos.[15]

Como era previsible, tampoco Villaverde disfrutó de una temporada tranquila. De hecho, no consiguió aprobar el presupuesto y decidió dejarlo, lo que entregó su primera presidencia a un Maura bendecido ahora por Silvela. El jefe emergente del conservadurismo español, que ya había cumplido los cincuenta, quiso hacer pedagogía con el rey, de diecisiete, y le salió mal. No por falta de respeto, ya que el monarca le tenía tanto que, saltándose el tuteo borbónico al que estaba hecho, llamaba de usted a don Antonio. Pero nunca

soportó bien sus engoladas lecciones y, sobre todo, los intentos mauristas por recortarle las alas y restringir al máximo sus irrupciones en la política cotidiana para dedicar su agenda a tareas representativas, como los viajes por el país. Los roces alcanzaron extremos pintorescos, como cuando el Gobierno se opuso a la afición del rey por los automóviles, entonces una novedad irresistible, que ponían en peligro a la real persona y le parecían una moda pasajera a algún ministro senil. Por descontado, el audaz piloto no le hizo ni caso. Pero, más allá del anecdotario, la colisión política estalló cuando Alfonso XIII se empeñó, por iniciativa de su madre, en nombrar jefe de Estado Mayor al general Polavieja, contra el criterio del ministro de la Guerra, y Maura se alineó con este último. Su intempestiva salida de la presidencia en diciembre de 1904, más *oriental* aún que su precedente, reafirmó al conservador en sus principios, pues declaró que aquella era una verdadera «crisis de régimen». Meses más tarde, cuando arreciaba en el Congreso la indignación republicana ante un poder real que quitaba y ponía ministerios a capricho, se permitió además criticar a quienes alababan sin necesidad al monarca porque con ello erosionaban su inviolabilidad constitucional. De momento, dejó a Fernández Villaverde, su heredero tras una solución palatina de circunstancias, aislado en las filas de su propia formación. Después de unos meses con el Parlamento cerrado, cuando lo abrió no pudo evitar una derrota contundente: 45 votos a favor y 204 en contra. Le gustara o no a los reyes, madre e hijo, el jefe del partido conservador era Antonio Maura: frente a una organización política unida, o casi, poco podían las prevenciones en palacio.[16]

El partido liberal tropezó con mayores dificultades para hallar una jefatura renovada que impulsara su propia versión del regeneracionismo español. Cuando murió Sagasta, a comienzos de 1903 y pocos días después de abandonar el poder, su territorio político se dividía al menos en tres sectores enfrentados, cuyas diferencias se decantaban alrededor de temas como las iniciativas anticlericales, a flor de piel y núcleo del programa izquierdista al comenzar el siglo, o el intervencionismo estatal en la economía y las relaciones laborales, un horizonte en línea con el nuevo liberalismo europeo. Quienes se veían con más posibilidades de ocupar el puesto eran dos viejos políticos que ya habían destacado en el Sexenio revolucionario, tres decenios atrás: Eugenio Montero Ríos, el más reticente a las desavenencias con la Iglesia y a abandonar el *laissez faire* de los liberales clásicos, y Segismundo Moret, proclive a negociar con el Vaticano las medidas secularizadoras, presidente de la Institución Libre de Enseñanza y próximo a los republicanos *gubernamentales* que reclamaban reformas constitucionales, educativas y sociales. En un espacio más radical se ubicaba el disidente demócrata José Canalejas, de la edad de Maura, menos apegado a los usos tradicionales y lanzado unos meses a la agitación mitinera, quien reclamaba una política

regalista al margen de Roma y un avance substancial en la acción del Estado para impulsar la justicia social y atraerse a la clase obrera. No sin pedir, una y otra vez, que el rey hiciera de ariete contra el clericalismo y a favor de la democracia.[17]

Y es que los liberales, conscientes de su debilidad entre las masas, acudían sin dudarlo a la corona como palanca fundamental de la política progresiva que acariciaban. Si los conservadores podían soñar con un activo electorado católico y de orden, ellos, asentados en distritos rurales y provincianos pero con el republicanismo acechando en ciudades cada vez más movilizadas, preferían modernizar desde arriba la sociedad española, haciéndola más culta, más libre y más cohesionada, para luego arriesgarse en el campo electoral. Por añadidura, sus innumerables cabildeos no lograron investir a un caudillo, por lo que en junio de 1904 acordaron acatar como tal al notable que presidiera el Gobierno, lo cual equivalía a dejar la crucial decisión en manos de Alfonso XIII. De modo que no podían permitirse actitudes tan rígidas como las mauristas. Si Canalejas alentaba a sus partidarios a dar la bienvenida al monarca en sus giras, Moret no dejaba de enviar mensajes a palacio con el fin de buscar su complicidad. Una práctica a la inglesa, afirmaba, «encaminada a dar seriedad y corrección a las indispensables relaciones entre el Rey y los partidos o sus gefes [sic]», en notas que exigían por ejemplo la designación de más senadores vitalicios de su gusto. Algunas de ellas atribuían a don Alfonso gestiones para conseguir la unidad del partido con el fin de disponer de recambio, o, dicho en la jerga del momento, «restablecer la libertad de la prerrogativa regia».[18] Montero, que había anudado una alianza *contra natura* con el canalejismo y tenía cierta ventaja sobre su rival, recibió el poder en junio de 1905.

REFORMAS IMPOSIBLES

En sólo tres años, Alfonso XIII pisó varios charcos políticos de cierta envergadura, por el trajín al que le sometían las rivalidades entre los dirigentes monárquicos o por su propia voluntad de imponer tanto sus preferencias como las de la reina María Cristina. No es que favoreciese con nitidez una política determinada sobre otra, o a los conservadores frente a los liberales –como durante un tiempo había pretendido, sin resultados, Victoria de Inglaterra–, sino más bien que no renunciaba, empujado por su patriotismo providencialista, a dejar huella sobre lo que ocurría. Sobre todo, cuando se juzgaban asuntos que le interesaban de manera especial, como los relacionados con las fuerzas armadas. Aunque a veces se contradijera, pues repetía que España necesitaba una flota pero en el pleito conservador se

inclinó por el bando villaverdista, reacio a financiarla. En cualquier caso, la atribución de puestos castrenses motivó desacuerdos con sus ministros y una grave crisis, la dimisión de Maura en 1904. Tras unos y otra se transparentaban los efectos de una vocación cultivada desde la infancia y hondas convicciones acerca de la centralidad de los militares en el resurgir de España. Se notaba asimismo el empeño por ejercer sin trabas sus competencias como jefe constitucional en ese ámbito, desarrolladas en la ley constitutiva del ejército de 1878, que obviaba el refrendo ministerial cuando se tratara de dirigir unidades y requería el acuerdo previo y directo del monarca a la hora de distribuir los mandos.[19] El rey se consideraba un soldado y compartía los puntos de vista de sus camaradas, pero era a la vez la cabeza del Ejecutivo civil. Un choque entre ambos poderes pondría a prueba ese delicado equilibrio.

Ese choque no tardó en llegar, a cuenta del rápido crecimiento del catalanismo y de la respuesta paralela de los militares, que se erigieron en garantes de la unidad nacional y enemigos por tanto de aquellos que consideraban separatistas, dignos sucesores de filipinos y cubanos. A finales de noviembre de 1905, oficiales de la guarnición de Barcelona arrasaron las redacciones de dos medios impresos alineados con la Lliga Regionalista, la revista satírica *¡Cu-Cut!* y el diario *La Veu de Catalunya*, y se liaron a sablazos con quien no gritara «¡Viva España!». El desencadenante había sido uno de los chistes del semanario: en él, un militar reconocía, a propósito de un banquete catalanista, que si los comensales celebraban una victoria tenían que ser paisanos. Es decir, que el ejército español sólo cosechaba derrotas. Tamaña afrenta –la última de una larga serie de bromas hirientes– indignó a la oficialidad, cuyos actos violentos recibieron de inmediato la adhesión de sus compañeros en otras zonas del país. Y atizaron además la exigencia de una ley que otorgara a sus tribunales la jurisdicción sobre los delitos de injurias al ejército y a la patria. Ante la marea militarista, que traía rumores de golpe y la amenaza cierta de un estado de guerra bajo la autoridad castrense, el Gobierno liberal de Montero Ríos quiso limitarse a suspender las garantías constitucionales y reafirmó su fe en el régimen civil. Pero topó con la actitud de Alfonso XIII, que envió a un general de su confianza a los círculos militares de la capital para asegurarles que se les daría satisfacción. El rey no se alineaba con su presidente, sino que se mostraba comprensivo con quienes quebraban la legalidad en nombre del honor nacional, reconfortados a su vez con las promesas de palacio.[20]

A partir de ahí, la crisis estaba servida: Montero dimitió antes que ceder al militarismo y don Alfonso pasó el testigo a su gran rival, Segismundo Moret, quien se comprometió a hallar una salida que apaciguara los cuarteles. No era desde luego la primera vez que unos uniformados asaltaban por su cuenta un

periódico que les ofendía, o un centro nacionalista al que acusaban de antiespañol. Sin embargo, esta vez se jugaba en el tablero un cambio en las leyes –o sea, una imposición por la fuerza al Parlamento– y también el papel del rey, que se implicó a fondo en la cuestión. Lo hizo de tal modo que, según confesaba al embajador británico, no dudó en apoyar al ejército y él mismo redactó la fórmula legal que finalmente tramitaron las Cortes, mano a mano con su presidente y con el ministro de la Guerra. Se presentó incluso como mediador entre ambos: Moret, más civilista, y el general Agustín Luque, abogado entusiasta de los amotinados. De nuevo, el debate parlamentario subrayó las servidumbres cortesanas de los gobernantes. En realidad, las negociaciones a varias bandas consiguieron no entregar al ejército todo lo que ambicionaba, ya que los ultrajes a los símbolos nacionales, como la bandera rojigualda y la *Marcha Real*, se reconocieron por vez primera pero quedaron en manos de los jueces civiles. Eso sí, atribuyeron a los militares facultades para perseguir a los periodistas que se atrevieran con ellos. Una derrota en toda regla, bendecida por Alfonso XIII, del poder civil y de la libertad de prensa; sumada a un imprevisto acicate para el catalanismo, que concitó más apoyos que nunca al alzarse contra la conocida como ley de jurisdicciones. Y, por supuesto, un clavo añadido en el ataúd de la unidad del partido liberal, cuya pugna por la jefatura no hizo sino agudizarse.[21]

Moret creía que su sacrificio, al ponerse a disposición del monarca para traicionar el ideario civilista del liberalismo, merecía un premio: el decreto de disolución que, fraude caciquil mediante, le proporcionara una mayoría adicta en las Cortes, más cohesionada que la obtenida por Montero. De acuerdo con las tesis de Santamaría de Paredes, ministro en su Gabinete, si el Ejecutivo no se compenetraba con el Legislativo el poder moderador debía actuar. Una estrategia de parte que incluía el acercamiento a la monarquía de los republicanos moderados, de raíz institucionista, que hacían bandera del accidentalismo en política –es decir, más que la forma de gobierno, monárquica o republicana, les importaba su substancia parlamentaria y democrática– y de los intelectuales de ese mismo círculo que solían asesorar a los ministros liberales en sus reformas educativas, científicas y sociales. Tras la boda del rey, que se celebró en mayo de 1906 y generó una crisis asociada a la pésima gestión de su seguridad, el presidente intentó la maniobra. De inmediato, los conservadores pusieron el grito en el cielo, pues unas nuevas elecciones bajo la dirección del mismo partido que había orquestado las anteriores sólo unos meses atrás, y sin que el Ejecutivo hubiera sufrido derrotas parlamentarias, suponía una seria ruptura de las reglas del *turno*. Tampoco las demás facciones liberales parecían convencidas, pues el moretismo las aplastaría y a cambio conseguiría tan sólo la benevolencia de un pequeño grupo antidinástico, prestigioso pero sin mucho recorrido

electoral. En definitiva, Alfonso XIII negó el decreto a Moret y este cayó, para dar el relevo a otro liberal.[22]

El fracaso de aquel prohombre escondía un trasfondo político de gran calado. Sus demandas al rey traían consigo planes inspirados por su amigo Francisco Giner de los Ríos, patriarca de la Institución Libre de Enseñanza, quien le recomendaba una política radical centrada en la educación y los avances sociales y le prometía gente adecuada para realizarla. Pero el programa que hizo público Moret al verse abatido contenía algo más llamativo: una reforma de la Constitución, con dos puntos fundamentales. Frente a la oficialidad del catolicismo y la mera tolerancia religiosa que establecía su artículo 11, el reconocimiento de la libertad de cultos, un elemento decisivo para descabalgar la influencia de la Iglesia oficial, que a juicio de las izquierdas suponía una rémora para la modernización patria. Y la democratización del Senado, es decir, el final de los senadores no electos, para fortalecer el Parlamento. Retoques constitucionales que cabían en una ley, pues el texto de 1876 no pedía más. Ambas propuestas sintonizaban con el accidentalismo republicano, pero despertaban gran contrariedad entre los liberales monárquicos. No sólo en la derecha monterista, sino también entre los seguidores de José Canalejas, quien las creía inviables por la oposición que encontraban en palacio: a su parecer, «el Rey no admitirá, ni ahora ni luego, ni acaso nunca, la reforma de la Constitución, porque esta reforma le han persuadido de que pone en tela de juicio todo el régimen», también los poderes de la corona. Don Alfonso confirmó al embajador inglés su rechazo a la apertura de un procedimiento de imprevisibles consecuencias. En contraste, la democracia canalejista aspiraba a encauzar otros cambios con ayuda del monarca, así que prefería no tocar un tema tan delicado.[23]

El tercero de los notables liberales en probar suerte fue precisamente un hombre de Canalejas, el general López Domínguez, que se dispuso a promover una política de firmeza frente a la Iglesia, piedra de toque para todo el partido. Las escaramuzas anteriores se volcaron ahora, por ejemplo, en eliminar trabas al matrimonio civil, una medida suave que contó con el visto bueno del rey. Lo cual denotaba una mayor independencia de criterio respecto a la reina María Cristina, quien al parecer se veía cada vez más influida por un entorno ultramontano. Pero las iniciativas más conflictivas del Gobierno afectaban sobre todo a las congregaciones religiosas. El concordato vigente, de 1851, sólo citaba dos órdenes y dejaba una tercera sin definir, y eso había permitido que el grueso del clero regular se hallara en una especie de limbo legal, al tiempo que su número aumentaba conforme huía de la Francia laicista. Los liberales aspiraban a alumbrar una nueva ley de asociaciones que las sometiera a la soberanía del Estado, de modo que necesitasen autorizaciones, informaran de sus actividades y se sometiesen a inspección. El

mero anuncio de ese futuro control estatal activó a la sociedad civil católica, que movió todos los resortes a su alcance para impedirlo. Los ambientes confesionales convocaron mítines y manifestaciones, con especial tirón en las zonas de raigambre carlista, contra «el odio sectario a Cristo» que creían alentado por las logias masónicas y el jacobinismo francés. Acudieron a palacio las damas católicas encabezadas por la duquesa de Bailén, cuñada del todavía ayudante del rey y primer conde de Aybar. También los obispos, a quienes don Alfonso respondió que, como monarca constitucional, dependía de sus ministros y no pensaba vetar la ley, aunque los temores acerca de su actitud ante ella no desaparecieron. Además, el proyecto afectaba de lleno a las querellas liberales, pues, retirado ya Montero, su aprobación beneficiaría a Canalejas, que se negaba a negociar con Roma, y perjudicaría a Moret.[24]

El caso es que Moret aún no se había rendido y regresó al Gobierno mediante la que se llamó *crisis del papelito*: es decir, con una nota en la que explicaba al rey que el Gabinete de sus adversarios no disponía de apoyo en las Cortes, para así conseguir que, al mostrársela el monarca a López Domínguez, este se derrumbara. El subsiguiente Gobierno moretista sólo duró cuatro días, los que tardó en presentarse al Parlamento, algo insólito y señal inequívoca de la descomposición que minaba a la mayoría. La siguiente fórmula ministerial aguantó lo justo para que se reprodujeran sus discrepancias internas –y las sospechas sobre la actitud contraria de palacio a la ley de asociaciones– y Alfonso XIII llamara a gobernar al partido conservador, unido en torno a Maura, en enero de 1907. Entre tanto, el rey había aprendido a manejarse por los vericuetos gubernamentales, procuraba informarse de los asuntos y daba indicaciones a los ministros, que vivían pendientes de su opinión, fuera sobre las obras públicas para paliar el hambre en Andalucía o sobre cómo contestar a un obispo indignado.[25] A su paso se elevaban muchas voces que le adulaban por no ser una figura decorativa sino, como sostenía el periodista y autor dramático José Juan Cadenas cuando se modificaron las jurisdicciones, «un rey a la moderna que sabe informarse de lo que conviene a su pueblo y actúa en consecuencia». Políticos como Moret clamaban por la intangibilidad de la corona, dado que, según sus palabras, «lo primero es el Rey […], pues sin la monarquía no quedaría ni patria», pero sus jugadas lo ponían en un brete ante las Cortes y ante la opinión. Enfrente, los republicanos aprovechaban este círculo vicioso de intervencionismo regio y debilidad partidista para señalar el triunfo de un abyecto y caprichoso *poder personal*, ajeno a la soberanía de la nación. Nicolás Salmerón, expresidente de la efímera república de 1873, denunciaba, en mítines y debates, el comportamiento de aquel monarca, opuesto al régimen parlamentario y servidor del papa. El país debía alzarse, a su juicio, contra una institución que lo había desmembrado y había hundido su honor. Alfonso XIII –concluía uno

de sus discursos– «es Rey del Estado en España; no es Rey de España».[26]

---

1. «La política actual», editorial del *Heraldo de Madrid*, 30.1.1905.

2. Romanones (1928-1947, 1999), citas en p. 161. El rey había asistido a algunos consejos de ministros, junto a su madre, antes de la mayoría de edad: RB II/5055 16.

3. Seco (1969, 1992), pp. 66-67. *El Imparcial*, 18.5.1902; *El año político*, 17.5.1902; Antón y García (1913-1914), 1, pp. 211-214. *Gaceta de Madrid*, 18.5.1902. Diario de 4 de junio de 1927, en Azaña (2007), 2, pp. 1039-1040.

4. AGP Cajón 4/28: nota de Segismundo Moret, 29.6.1902.

5. En 1939, la dictadura de Franco creó la orden de Alfonso X el Sabio, que vino a sustituir a la de Alfonso XII. Romanones (1928-1947, 1999), p. 162. Ceballos-Escalera, Cunillera y Ceballos-Escalera (2003).

6. Dardé (1994). Varela (2009), pp. 59-65, cita de Cánovas –de un discurso parlamentario de 1876– en p. 61.

7. Varela (2009), pp. 77-84, cita de Cánovas –de un discurso parlamentario de 1877– en p. 80. Véanse también Calero (1985) y Cabrera (2003).

8. «¿Es compatible el referéndum con el sistema representativo?», en Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (1909), pp. 182-382.

9. Santamaría (1890, 2004), pp. 353-365. Varela (2014). García Canales (1987).

10. Mayer (1981, 1984), pp. 139-145. Bodganor (1995). Bagehot (1867, 2010), p. 82.

11. Varela (1994). Moreno Luzón (2019).

12. Dardé (2001). Lario (1999), pp. 454-463. Moreno Seco (2009).

13. Antón y García (1913-1914), 1, p. 212. Maura y Fernández Almagro (1948), pp. 45-47. Sobre la influencia de la reina madre, Tusell y García (2001), pp. 120 y ss.

14. González Hernández (2003): entrevista de doña María Cristina con el embajador francés, 28.4.1903, citada en p. 121.

15. *Heraldo de Madrid*, 19.7.1903 (crisis oriental) y 20.7.1903 (Turquía). También *El Liberal*, 20.7.1903, según el cual «El régimen que aquí impera no es un régimen constitucional». Véase también la versión de Seco (1995), pp. 31-39.

16. Dimisión de Maura, en AGP Cª 15622/5. González Hernández (2003). Maura y Fernández Almagro (1948), pp. 71-80. *El año político*, 20.6.1905.

17. Canalejas, por ejemplo en *El año político*, 11.9.1904. La división liberal, en Moreno Luzón (1998), pp. 214-229.

18. Alicante, en *El año político*, 14.4.1905. Mensajes, probablemente de Segismundo Moret, en AGP Cajón 4/28, cita en uno de 8.5.1903. AGP Cª 15622/5, cita en nota anónima de 10.1904.

19. Ley de 29.11.1878, artículos 5 y 6. Véase también la interpretación de Bru (2006).

20. El relato de lo ocurrido puede encontrarse en Romero Maura (1976, 2000), Álvaro Dueñas (1989) y Núñez Florencio (1990), pp. 355 y ss. *La Correspondencia Militar*, 1.12.1905.

21. Moreno Luzón y Núñez Seixas (2017), pp. 100-102. Entrevista con el rey, en NA FO371/135, Bunsen a Grey, 13.3.1906. *El año político*, 17 y 20.2.1906.

22. Moreno Luzón (2003). NA FO371/134, Cartwright a Grey, 9.2.1906. Nota de Maura, 10.6.1906,

AGP Cª 15601/13. Cartas de Canalejas a Romanones, AR L44/1.

23. Giner a Moret, 6.6.1906, en Castillejo (1997), p. 328. Cita en Canalejas a Romanones, s.f., AR L44/1, NA FO371/136, Bunsen a Grey, 22.7.1906.

24. Matrimonio civil, en Amalio Gimeno a Romanones, 23.8.1906, AR L7/8. Reina madre, en NA FO371/136, Acton a Grey, 24.9.1906. Cita en panfleto de un mitin católico en Castellón, 4.12.1906, AR L70/22. Cueva (2003).

25. Andalucía, en AGP Cª 15986/6 y AR L46/14. Obispo de Tuy, en *El año político*, 4.10.1906.

26. Citas en José Juan Cadenas, «Lo que los reyes saben», *Abc*, 14.4.1906; Moret a Romanones, 25.8.1906, AR SS (sin signatura). Salmerón, por ejemplo, en *DSC*, 7.12.1906; cita, en *El año político*, 14.5.1905.

Boda de Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battenberg. Representantes diplomáticos de China (1906). Foto de autor desconocido. © Patrimonio Nacional.

3

Fiestas reales

Y a vos, ilustre Princesa,
futura Reina de España,
mensajera de venturas,
iris de paz y esperanza;
a Vos señor, Rey amado
cual ningún otro monarca,
imagen de nuestro pueblo
encarnación de una raza
tan rendida en la victoria
como altiva en la desgracia.

CEFERINO PALENCIA[1]

LOS DÍAS DEL REY

Cada 23 de enero, fiesta de san Ildefonso, la remota colonia española de Guinea, ubicada en el África ecuatorial, celebraba por todo lo alto la onomástica del monarca. A la altura de 1905, la efeméride arrancaba la víspera e incluía en Santa Isabel, la capital, fuegos artificiales, una misa, actos militares y bailes públicos, todo encaminado a que los vecinos probaran «el amor y patriotismo que sienten por la Madre Patria y por la Augusta Persona que hoy rige sus destinos». Con el tiempo, los festejos se hicieron más participativos y se ampliaron hasta abarcar tres o cuatro jornadas en las que la ciudad se iluminaba y engalanaba para acoger dianas y juras de bandera de los soldados, un *Te Deum* en honor al soberano, la recepción y el banquete del gobernador general, campeonatos deportivos, verbenas africanas con *mamarrachos* –máscaras– y *baleles* –danzas– y regatas en las que los indígenas competían con los europeos. En 1914, la Guardia Colonial, que protagonizaba el programa con desfiles y músicas, lució una enseña nacional donada por la colonia entera el 17 de mayo anterior, cumpleaños de Alfonso XIII y también día festivo. La normativa oficial obligaba a los jefes de tribus y pueblos a izar en esas y otras fechas el pabellón rojigualda, que debía saludarse con vivas a España y al rey cuyo retrato presidía las escuelas.[2]

La apoteosis de estos fastos coloniales, tan monárquicos como patrióticos, llegó en 1916, cuando el santo de don Alfonso sirvió para inaugurar con una larga ceremonia la catedral de Santa Isabel, un templo neogótico que había costado quince años levantar; y un monumento encargado por la cámara

agrícola y dedicado al gobernador en ejercicio, el marino Ángel Barrera, que contempló su propio busto en bronce con gran emoción. Los pilares de aquel pequeño dominio imperial, la Iglesia representada por los misioneros y la autoridad sostenida por las fuerzas armadas y los terratenientes, se materializaron en sendas construcciones simbólicas, colocadas una ante la otra en la plaza de España. Ese año el entusiasmo alcanzó otros lugares aún más lejanos. Como el cabo San Juan, en la zona continental, que bendijo un nuevo almacén. O la isla de Elobey, donde un sermón adoctrinó a los presentes acerca de «la relación que debe existir entre los reyes y sus pueblos, y el amor, respeto, obediencia y gratitud que los últimos deben a los primeros», cuyo poder emanaba «del Rey de reyes, de Dios». Un portavoz de los *morenos*, en concreto de los pamúes, manifestó en castellano que, aunque sus hermanos de tribu los bengas estaban más civilizados, ellos no les iban a la zaga en españolismo y estaban dispuestos a superarlos. De ese modo, el monarca aparecía en la cúspide de una jerarquía política y racial envuelta en términos nacionalistas y católicos. La revista de las misiones claretianas aclaraba que aquellas fervorosas celebraciones, más sentidas que las de la metrópoli, se explicaban porque el patriotismo crecía con la distancia.[3]

El calendario español carecía de fechas oficiales que conmemoraran momentos fundacionales en la historia de la nación, como ocurría en Francia con el 14 de julio –síntesis de la revolución de 1789– o en casi todos los países de América con los de sus respectivas independencias; y tampoco consagraba un día a la Constitución vigente, al estilo de Italia o Noruega. Las epopeyas patrias, como la guerra napoleónica de 1808-1814, se diseminaban en múltiples eventos locales. Y no se estableció una fiesta de esa naturaleza, nacional y permanente, hasta que en 1918 se declaró Fiesta de la Raza el 12 de octubre, aniversario del Descubrimiento de América, por iniciativa del hispanoamericanismo. Los días señalados en rojo se referían más bien a festividades religiosas –entre ellas, la de la Inmaculada Concepción, patrona de España– y a las onomásticas y natalicios de los reyes y príncipes. Religión y realeza pautaban el almanaque. Nada excepcional, pues muchas naciones exaltaban a santos –san Vito en Serbia, san Patricio en Irlanda– o se centraban en ocasiones reales, como los Países Bajos y el imperio alemán en los cumpleaños de sus soberanos correspondientes. El Reino Unido, modelo de monarquías, no disponía de una fiesta nacional en sentido estricto y, a efectos diplomáticos, hacía sus veces el aniversario regio. El de la reina Victoria se convirtió a su muerte en *Empire Day*, un brindis por las glorias imperiales británicas. España se distinguía, en todo caso, por la dispersión de sus festivos.[4]

Sin embargo, la necesidad de esta clase de acontecimientos hizo que, durante el reinado de Alfonso XIII, los esfuerzos se concentraran en su santo

y en su cumpleaños, sobre todo en el primero de ellos, que terminó por erigirse en la fecha dinástica con mayor significado político. La corte vestía asimismo de gala, en un tono menor, los días de las reinas y de los príncipes de Asturias. Esas jornadas se adornaban los edificios públicos y se izaba la bandera española: cuando los republicanos que controlaban el ayuntamiento de Barcelona se negaron a hacerlo, en enero de 1908, el Gobierno publicó un decreto para forzarlos. Asimismo, solían cerrarse las oficinas del Estado y se felicitaba a las reales personas con telegramas o firmando en álbumes dispuestos al efecto. Aunque hubo variaciones, en palacio se organizaban hasta cuatro recepciones en agasajo del monarca: la parlamentaria, la general –para la que acudían al salón del trono delegados de diversos organismos–, la de señoras y el besamanos de la servidumbre palatina, más un gran banquete. Eran espectáculos reservados a los escogidos, pero el trasiego de personajes endomingados llamaba la atención de los periódicos y de los curiosos que esperaban sus entradas y salidas, seguían las demostraciones militares y aclamaban al rey cuando se asomaba a un balcón. En coyunturas delicadas, cuando arreciaban los desafíos del catalanismo o su figura se ponía en duda, los vítores se tornaban manifestaciones monárquicas y españolistas. De igual modo, el 23 de enero fue la fecha elegida por quienes deseaban rendir homenajes masivos a Alfonso XIII, durante la Gran Guerra o ya en los años veinte.[5]

El acto con mayor repercusión, tanto en la onomástica como en el cumpleaños del rey, consistía en la visita al alcázar de sendas representaciones del Congreso y del Senado, con discursos de sus dos presidentes que podían tener un cierto sesgo partidista. Si en 1905 el católico marqués de Pidal, de la cámara alta, hablaba de un monarca guiado por la divina providencia, al año siguiente el liberal José Canalejas, de la baja, destacaba su juventud y su patriotismo, garantía de progreso. A estas felicitaciones se sumaban las intervenciones de don Alfonso preparadas por el Gobierno, con lo que participaban en el ritual los dos poderes constitucionales y cosoberanos, las Cortes y el rey. En realidad, este rara vez pronunciaba en público palabras que no hubieran escrito o revisado sus ministros. Vestido con uniforme de gala de capitán general y portando las principales condecoraciones de la monarquía española –las insignias del Toisón de Oro y de la Orden de Carlos III, más las veneras de las órdenes militares–, concedía honores y, como en Semana Santa y en otras circunstancias especiales, también indultos.[6]

La soberanía compartida se escenificaba asimismo en las ceremonias de apertura de Cortes, cuando era el monarca quien se desplazaba. Lo mismo que en el Reino Unido o en los Países Bajos pero con una frecuencia menor, pues en España no se realizaban cada año sino sólo tras las elecciones generales. También la política parlamentaria tenía su vertiente teatral, que en este caso

privilegiaba el papel del trono, centro de la función, de las miradas de los espectadores y del foco mediático. El ritual mandaba disparar cañonazos, trasladar los emblemas regios –el cetro y la corona– y sacar a la calle la impresionante colección de carruajes de la Real Casa, que los aficionados conocían al dedillo y la gente aplaudía. Por ejemplo, en 1910 lo integraban once coches con reyes de armas, gentileshombres, mayordomos, damas, cargos palatinos, el de la reina madre, el de respeto y el que conducía al rey, quien, una vez en el salón de sesiones, leía el discurso con el programa gubernamental. Ambas cámaras se turnaron en las aperturas hasta que, en 1919 y por temor a un atentado, se quebró la alternancia. Desde entonces sólo tuvieron lugar en el Senado, cuya cercanía a palacio minimizó el atractivo recorrido.7

Fuera de Madrid, las autoridades castrenses y civiles de las provincias –también las embajadas– ofrecían sus propias recepciones *de corte* para honrar al rey, a imagen y semejanza de las palatinas y con asistencia de las fuerzas vivas de cada lugar. Se organizaban asimismo funciones teatrales, concursos, desfiles y repartos de dinero entre los reclutas o los pobres, y sonaban salvas o marchas militares. A veces, una efigie del monarca recibía los tributos. La prensa más adicta publicaba alabanzas de don Alfonso y, de cuando en cuando, alguna institución de la élite provinciana, como el Real Nuevo Club de Santa Cruz de La Palma, en Canarias, montaba una velada con el fin de ensalzar en su santo a «un Monarca tan enamorado de su Patria, en pro de cuya grandeza y dignidad viene luchando incesante». En general, se trataba de festivales en los que participaban los miembros de la España oficial y círculos sociales reducidos, donde la presencia de las clases populares resultaba secundaria, de acompañamiento ocasional y a modo de público. Sólo en algunas oportunidades excepcionales, más frecuentes al pasar los años, o dentro de los planes nacionalizadores de la dictadura en la década de 1920, se traspasaron esas fronteras. Tenían razón los españoles de Guinea cuando constataban, a la hora de festejar los días del rey, las diferencias entre sus propias efusiones nacionalistas y las de la madre patria.8

CAPILLA PÚBLICA

La vida cortesana se desarrollaba sobre todo en Madrid, capital de la monarquía, pese a las frecuentes ausencias de la familia real. Sus miembros viajaban a menudo, en especial durante los años iniciales del reinado de Alfonso XIII, y disfrutaban de una larga temporada estival, de julio a septiembre, en el norte del país: primero en San Sebastián, sede oficial de la corte durante esos meses; y luego también en Santander, en el palacio

regalado por la ciudad en 1912. Del mismo modo, les gustaba permanecer en el alcázar de Sevilla, generalmente en invierno o primavera, y hasta 1918 en el real sitio de La Granja de San Ildefonso, cerca de Segovia y a la sombra de la sierra de Guadarrama, algunos días en verano. Pero el grueso de las ceremonias tenía lugar en el palacio real madrileño, una mole dieciochesca que dominaba el perfil de la ciudad desde su cornisa occidental, abiertas sus fachadas sobre la plaza de Oriente, al este, área despejada que cerraba el Teatro Real y comunicaba con el centro urbano; y sobre la de la Armería, al sur, escenario de múltiples rituales que, a la vista de los espectadores, se integraban en la rutina ciudadana. Las memorias del escritor Corpus Barga recordaban, por ejemplo, la parada militar o cambio de guardia que cada mañana entretenía al gentío: «los muchachos, las niñeras, los retirados, los cesantes, los vendedores ambulantes, los provincianos éramos el público que a través de la alta verja de la plaza de la Armería veía a los dos minúsculos ejércitos» –con banderas, cañones y músicas zarzueleras– y vislumbraba a la real familia tras los ventanales, no sin ansiedad, «como siempre ha buscado el hombre en sus fiestas, la presencia de los dioses».9

El núcleo del ceremonial palatino se articulaba en torno a las festividades católicas y su ingrediente básico consistía en la llamada capilla pública, que databa de la época de Felipe IV y podía repetirse unas dieciséis veces al año. Con ese motivo, una procesión solemne recorría las galerías altas del edificio, entre las habitaciones regias y la real capilla, con toda la corte en atuendo de gala. El orden podía variar, pero los reyes solían ir precedidos por gentileshombres de cámara, mayordomos de semana, grandes de España, caballeros de las órdenes militares, autoridades eclesiásticas e infantes, mientras los rodeaba la guardia y los seguían las damas de la reina con mantilla española, los jefes de palacio, el cuarto militar y la banda de alabarderos, que tocaba sus característicos pífanos. Todos asistían a continuación al culto religioso que correspondiese y volvían por el mismo camino a la cámara real, donde los grandes saludaban a la realeza. Lo más llamativo del rito, no obstante, consistía en su amplia accesibilidad, pues a cada una de estas pomposas demostraciones acudían hasta 3.000 o 4.000 personas que, provistas de invitaciones repartidas con generosidad, llenaban todo el espacio disponible y casi se rozaban con el cortejo. Este hecho llevaba a algunos palatinos a hablar de la corte española como una de las más democráticas del mundo. Según el cronista Melchor Almagro San Martín, allí se citaban «la burguesía provinciana, muchos extranjeros y no pocos madrileños abonados a esta clase de espectáculos, entre quienes no habría sido difícil reconocer a las Miau, la de Bringas, las amigas del doctor Centeno y otros personajes galdosianos». Abundaban las noticias y bromas sobre los apretones, desmayos y sofocos que sufría la multitud en palacio.10

En Semana Santa se acumulaban las ceremonias. Había capillas públicas el domingo de Ramos, el jueves y el viernes santos y el domingo de Pascua. Se celebraban misas y oficios de tinieblas, se oían sermones y el viernes deambulaba una procesión con reliquias y el rey aprovechaba para conceder indultos, con la fórmula «Para que Dios me perdone, les perdono». Uno de los acontecimientos más señalados era el lavatorio y comida de pobres del jueves santo, instituido por Fernando III el Santo en la Edad Media, al que también entraban espectadores. Tras una capilla pública y el paseo del santísimo sacramento, trece hombres y doce mujeres, salidos de un sorteo entre las instancias presentadas, aseados, perfumados y vestidos para la ocasión, recibían los honores de los reyes, que, ayudados por aristócratas, lavaban y besaban sus pies y les repartían cestas con viandas. En uno de los principales salones de palacio –el de columnas– presenciaban el acto, junto a los invitados, los grandes y las damas, el Gobierno y el cuerpo diplomático. La gente contemplaba fuera el paso de los nobles y esperaba a los agraciados para comprarles allí mismo sus lotes. Este rito, que identificaba a la realeza con la humildad de Cristo en su última cena, se llevaba a cabo asimismo en otras monarquías católicas, como en el imperio de los Habsburgo, donde la caridad de Francisco José avalaba su poder terrenal. El arcaísmo del lavatorio no supuso su desaparición, pues todavía tuvo lugar en abril de 1931, pocos días antes del advenimiento de la Segunda República.[11]

Más allá de estos eventos tan vistosos, la real capilla acogía casi todos los días alguna función litúrgica, aunque el rey sólo participaba en las más importantes. Otras costumbres devotas de la familia, como rezar la salve los sábados ante la virgen de Atocha en el templo palatino del Buen Suceso, decayeron conforme avanzó el reinado de Alfonso XIII. Pero la corte mantuvo ese marchamo confesional. Algo frecuente durante el largo siglo XIX en otras monarquías europeas, lo cual condicionaba sus relaciones con la idea de nación. En las nórdicas, los monarcas encabezaban las iglesias oficiales, con lo que la síntesis nacional-religiosa y monárquica resultaba fácil. La posición de la corona en el Reino Unido parecía más comprometida, puesto que el monarca presidía la congregación anglicana pero reinaba sobre ciudadanos de otras obediencias, como los de la católica Irlanda. En el imperio alemán, el protestantismo del emperador no le impidió reconciliarse con los católicos para trabajar juntos por la patria común; mientras que en el austro-húngaro el catolicismo sostenía al trono frente a los movimientos nacionalistas centrífugos y tampoco obstaculizaba el culto imperial de sus súbditos musulmanes o judíos. Mientras tanto, el enfrentamiento entre Iglesia y Estado monárquico en Italia dificultaba allí la convergencia entre identidades religiosas y cívicas. Ante la cuasiausencia de confesiones distintas y con la oficialidad de la católica garantizada por el orden constitucional, en España la

cuestión política era otra: la corona, al cultivar sus estrechos vínculos con la Iglesia en su denso calendario ceremonial, tendía a inclinarse por sus intereses y por una de las versiones rivales del nacionalismo español, la que no concebía otra nacionalidad que la uncida a la fe. Lo cual ponía a don Alfonso en tesituras difíciles cuando el papel de los clérigos se colocaba en mitad de la lucha partidista, como ocurrió a propósito de la ley de asociaciones.12

De manera que la corte poseía el valor de un espectáculo y destilaba consecuencias políticas. Es decir, no se cerraba, hermética, al mundo exterior. En ella se sacralizaban algunos rasgos procedentes del Antiguo Régimen, como la pirámide social en cuya cumbre figuraban el monarca y la aristocracia, y la indisoluble ligazón entre trono y altar. Pero sus ceremonias, que sólo se interrumpieron durante los años de la Gran Guerra –pues se juzgaban inadecuadas en mitad de la masacre–, adolecían de un toque anacrónico que les daba, en la incipiente sociedad de masas, un atractivo y una brillantez especiales. No por casualidad, en aquella época protagonizada por medios de comunicación como la prensa de gran tirada, las revistas ilustradas y el cine, las casas reales europeas mostraban todos sus oropeles históricos e inventaban otros que parecían aún más antiguos, con el consiguiente eco popular. La española no llegó a tanto, aunque tenía ante sí una audiencia fiel que consumía esos mismos productos. De hecho, los lectores de la mayoría de los diarios podían seguir con puntualidad la agenda cortesana. Y, en un plano más cercano, contaba con aquellos madrileños galdosianos y visitantes de la capital que seguían las paradas o el ir y venir de los alabarderos y de las carrozas de los embajadores o de las personas reales, esos que se sabían la vida y milagros de reyes, príncipes e infantes. Josep Pla, insuperable observador del Madrid de 1921, anotaba lo mucho que le había impresionado conocer a una señora «que profesaba los ideales monárquicos de una manera normal, esto es, de una manera mágica» y conocía a la familia real como si fuera la suya: «en todas partes donde hay una corte, hay también un público de héroes oscuros, capaces de hacer el sacrificio de aguantar a pie firme tres o cuatro horas para ver pasar una brillante cabalgata».13

GENTE DE PALACIO

Alfonso XIII no estaba solo, sino que vivía rodeado de parientes y cortesanos, que condicionaban su actuación y le servían de apoyo a la hora de abordar cualquier empresa política, cultural o económica. A su frente, la reina madre María Cristina, quien, como ya se ha visto, ejerció una clara influencia sobre las decisiones del rey durante el primer lustro del periodo alfonsino. Al abandonar las tareas de Estado, se dedicó de lleno a las caritativas, como otras

mujeres de la familia, algo que encajaba bien con la imagen de virtud femenina, discreción y piedad compuesta durante su regencia. Y que, en realidad, preocupaba tanto a las estirpes regias europeas que ha podido hablarse de una monarquía del bienestar o *welfare monarchy*, clave en la publicidad dinástica, aunque esas labores no siempre se divulgaran.

Junto a la antigua regente, pero en un lugar subordinado, sus hijas María de las Mercedes –princesa de Asturias– y María Teresa, cuya proyección apenas se distinguía de la materna y se asociaba asimismo a la religiosidad y al cuidado de los pobres. Sus respectivos maridos, Carlos de Borbón-Dos Sicilias y Fernando María de Baviera, contaron con la confianza de su cuñado en diversas misiones. Nino y Nando, ambos militares. Además, y en un segundo plano, las tías de Alfonso XIII, hermanas de su padre, que irrumpían de vez en cuando en escena. La infanta Paz, asentada en Alemania y madre de Nando, se atrevió a escribir en la prensa monárquica española. Su hermana menor, Eulalia, fue un verso suelto, inmersa en un universo cosmopolita –amiga del káiser Guillermo de Alemania y de Leopoldo II de Bélgica– y muy crítica con las rigideces cortesanas de Madrid. La publicación en francés de su libro *Au fil de la vie* (1911), con un suave toque feminista, causó gran revuelo y le valió, por orden del rey, el ostracismo en España durante una década.[14]

Sólo una persona de la familia real podía rivalizar en fama con la exregente, e incluso con el monarca: su tía mayor, la infanta Isabel, que como se ha señalado había sido clave en su formación. Cuando la jura abandonó palacio para instalarse en su propia casa, muy próxima, donde atendía a un sinfín de visitas y recomendaciones, hacía favores y protegía a pintores y músicos. Profesaba ideas ultraconservadoras y en sus conversaciones la monarquía resultaba inseparable de la patria y, por supuesto, de la religión. Corpulenta y simpática, lucía vestidos sobrecargados y grandes joyas, a la vez que patrocinaba hospitales, escuelas y patronatos, como el que luchaba contra la trata de blancas. Pero lo que la hizo más conocida –y difundió el sobrenombre cariñoso de La Chata, que nadie ignoraba– fue su afición por el contacto con la gente común, sobre todo en Madrid. Aparecía en corridas de toros, carnavales, ferias navideñas y, por encima de todo, en las romerías y verbenas que salpicaban el ritmo anual de la ciudad. Allí se bajaba del carruaje para comprar cacharros y baratijas, repartía monedas y se ganaba el aplauso de la muchedumbre. Creía que, para la realeza, el secreto de la supervivencia consistía en tratar de manera regular con el pueblo llano, sin perder por ello su encantamiento, una fe compartida por su sobrino en estos años. Como habían hecho Isabel II y también algunas nobles desde el siglo XVIII, la infanta combinaba un férreo énfasis en el rango y el protocolo con un aplebeyamiento condescendiente, hábitos que, lejanos a los valores mesocráticos, tendían no obstante a confundirse con un genuino españolismo.

Su gran popularidad hizo que en 1931, ya muy anciana, recibiera un permiso del Gobierno provisional republicano para permanecer en el país, aunque ella, fiel a su trayectoria, decidió partir al destierro con los reyes.[15]

Por debajo de los individuos de sangre real bullían los aristócratas, dependientes del monarca, que los frecuentaba en múltiples foros y regentaba las órdenes militares, cuerpos nobiliarios que le placían de manera especial. Alfonso XIII compartía, y moldeaba, la mentalidad de la aristocracia. Su estrato más elevado, la grandeza de España, participaba en primera línea de las ceremonias palatinas y conservaba sus propios rituales privados, como las coberturas de grandes, donde abundaban las justificaciones genealógicas y aparecían de cuando en cuando desahogos nacionalistas que emparejaban al rey con la patria. En la versión femenina, la toma de almohada de las damas, no se pronunciaba discurso alguno. Don Alfonso respetó las convenciones pero impuso sus prerrogativas para premiar con estos títulos a servidores leales, militares, políticos y empresarios, a veces con objetivos españolistas como captar la fidelidad de las élites económicas catalanas y vascas.

Algunos formaban el círculo más próximo al soberano, como jefes de palacio. Sobresalía entre ellos el mayordomo mayor, cabeza del personal palatino. Un puesto habitualmente unido al de sumiller de corps, quien, como encargado de la real cámara, mandaba sobre sus gentileshombres, tanto los grandes que atendían al rey como los llamados de cámara con ejercicio –destinos honoríficos con un acceso privilegiado al monarca– y los de entrada, de menor categoría. Esta jefatura superior la ocuparon primero el duque de Sotomayor, dirigente de Acción Católica, y luego el marqués de la Torrecilla, personalidad más discreta, y el duque de Miranda, con largos años de servicio en la burocracia real. Como intendentes de la Real Casa y Patrimonio, que cuidaban asimismo de las fortunas reales, se sucedieron el marqués de Borja, conocido por su prudencia a la hora de invertir, y el antiguo instructor del monarca y después conde de Aybar, mucho más audaz, cuyo hijo heredó el puesto. El fiel Emilio María de Torres dirigió desde 1909, sin apenas interrupciones, la secretaría particular del rey.[16]

En el entorno de confianza de Alfonso XIII abundaban los hombres extraídos de las filas castrenses. El monarca disponía ya de un cuarto militar, que en 1907 amplió para denominarlo casa militar y fundir su jefatura con la comandancia de los alabarderos, guardias de palacio. De ese ámbito casi doméstico se valió para comunicarse con los ejércitos y premiar a sus compañeros de armas favoritos, procedentes de la nobleza u oficiales que habían llamado su atención por cualquier causa. Los jefes de la casa, por periodos máximos de tres o cuatro años, solían ser personajes con alguna significación política. En la etapa inicial del reinado, lo fueron el marqués de Polavieja, detonante de la *crisis oriental* que costó la presidencia a Maura, y

el general José Bascarán, a quien el rey recurrió para sosegar los cuarteles durante la del *¡Cu-Cut!* También el conde del Serrallo, después ministro de la Guerra conservador; o Ángel Aznar, que ya tenía un bagaje partidista como notable liberal, parlamentario eterno por Murcia y miembro de los gobiernos de Canalejas. La circulación entre el alcázar y los ministerios militares o las capitanías generales, que revelaba el control ejercido por el monarca en este terreno, no sólo era constante, sino que alcanzó cotas más elevadas en etapas posteriores, cuando la casa militar hizo de refugio para mandos en dificultades.17

Por último, entre los jefes palaciegos destacaba el caballerizo y montero mayor, que acompañaba al monarca en sus desplazamientos. Un lugar de privilegio que adquirió enorme importancia gracias a José de Saavedra y Salamanca, marqués de Viana, quien lo consiguió en 1906 y llegó a sumiller de corps durante un breve periodo en la década de los veinte. Sobrino de un noble y senador alfonsino, oficial de artillería –un arma ligada a la aristocracia–, terrateniente en Andalucía y ariete del grupo de presión olivarero, puso sus contactos y sus posesiones a disposición de don Alfonso. Así, hizo de enlace con el mundo de la cultura y con el del ocio deportivo más elitista, del polo a la aviación pasando por el automovilismo. La práctica de la caza en su finca cordobesa de Moratalla dio pretexto a numerosas reuniones mundanas. Más aún, su nombre se asoció a las aventuras amorosas del rey y a una fantasmal camarilla regia –trasunto de la que se había hecho célebre con Isabel II– durante los años finales del régimen liberal. El escritor Pío Baroja comentó que era «un andaluz listo, cuco, y que, al parecer, dominaba a Alfonso XIII». Viana oficiaba, por así decirlo, de pivote central en el núcleo de amigos del rey, al cual pertenecían aristócratas que compartían sus mismas aficiones. Como, entre otros, el duque de Santo Mauro, mayordomo de la reina; el marqués de Villabrágima, hijo del conde de Romanones, diputado, alcalde de Madrid y experto jugador de polo; el de Someruelos, un señorito artillero, primo de Villabrágima; y el de la Vega Inclán, hombre para todo en los proyectos patrimoniales y turísticos del monarca. O José Quiñones de León, diplomático conservador de ascendencia noble y embajador en París largos años, que llegó a darle su apellido a una hija ilegítima del rey. Los últimos mencionados, gentileshombres de cámara con ejercicio.18

Junto a este círculo íntimo se situaban otros aristócratas de renombre. Como el duque de Tamames, decano de la grandeza y caballero castizo; o el de San Pedro de Galatino, prohombre en Granada, empresario del azúcar y anfitrión del rey cazador en su coto de Láchar. Alfonso XIII tendió a recuperar a personas relacionadas con la restauración de la dinastía, como Tamames y Galatino, o descendientes de ellas, como Viana y Vega Inclán. El rey podía contar asimismo con los titulares de las casas nobiliarias más antiguas y

prestigiosas: los duques de Alba, de Medinaceli y del Infantado. Mención aparte merecía Claudio López Bru, segundo marqués de Comillas y padrino del movimiento católico, consejero y discreto servidor en cuyo proceso de beatificación salió a relucir un caso de bilocación que había presenciado el mismo don Alfonso en 1921: al parecer, el marqués lo visitó en palacio y se hallaba a la vez en Barcelona.19

Bajando un escalón, el soberano disponía de otras personas que defendían sus intereses, como el abogado Cobián y el diplomático Manuel González-Hontoria, ambos ministros, o su odontólogo de cabecera, Floristán Aguilar. Casi todos ellos, de una manera u otra, se implicaron en cuestiones políticas. Desde luego, ciertos parlamentarios se identificaban con palacio. Los grandes de España que acreditaran determinada renta podían ser, de acuerdo con la Constitución, senadores por derecho propio; y había asimismo diputados *palatinos*, «gente seria, sólida y grave» según *Azorín*, que apenas participaba en los debates pero corría a informar a su señor cuando pasaba algo peligroso en el hemiciclo. Algunos veían su distrito electoral como un feudo y ejercitaban un «elegante absentismo», como decía Unamuno de Tamames, representante cuasiperpetuo de Ledesma, en Salamanca. Otros salían a la palestra para batirse el cobre por la corona, como Alfonso Ruiz de Grijalba, de las juventudes liberales y adalid del nacionalismo monárquico. Su sola presencia delataba la voluntad regia. Eran, en definitiva, los hombres del rey.20

UNA BODA SONADA

Para ser populares, las monarquías tenían que resultar visibles, una antigua necesidad que se incrementó con la crecida de las opiniones públicas contemporáneas. Cuanto más visibles, mejor. Por eso, las familias reales se ubicaban en el centro de rituales y actividades que mostraban su compromiso con valores reconocibles para la gente, vinculados con frecuencia a la identidad nacional. A finales del siglo XIX y comienzos del XX se armaron fastuosos aparatos en torno a eventos dinásticos muy diversos, desde coronaciones, bodas y entierros hasta grandes conmemoraciones que subrayaban la permanencia de estas figuras en el poder. Las más longevas, verdaderos emblemas vivientes de sus respectivas comunidades políticas, alcanzaron a festejar los cuarenta, los cincuenta y hasta los sesenta años de reinado. Como Victoria del Reino Unido en su jubileo de oro, en 1887, y sobre todo en el de diamantes de 1897, dedicado a enaltecer su imperio colonial; o Francisco José de Austria en 1888, 1898 y 1908, en atención a la lealtad imperial de sus muchos y variopintos pueblos. Quizás el caso más

asombroso fuera el de Rusia, donde en 1913, con motivo del tricentenario de la dinastía Románov, se desplegó una inmensa propaganda que enfatizaba los lazos entre el zar Nicolás II y las tradiciones campesinas autóctonas, bendecidas por la ortodoxia religiosa. En algunos países se reinventaron ritos, como la investidura del príncipe de Gales, heredero británico, introducida en 1911.[21]

España no vivió estas grandes ocasiones monárquicas. Desde luego, Alfonso XIII reconocía la conveniencia de dejarse ver, y así se lo aconsejaba a su protegido y *hermano* Manuel II de Portugal, algo más joven que él, al heredar este último la corona en 1908, tras el asesinato de su padre y de su hermano mayor en el mismo atentado: «verás como te metes en el bolsillo a todos los portugueses cuando conozcan a su Rey. Desgraciadamente, en nuestros Reinos no se reina por la tradición sino por la simpatía y actos personales del Soberano». La dinastía de los Braganza, a la que quedaba tan sólo un par de años en el trono, se caracterizaba por su escasa exposición pública. Pero el monarca español no buscaba pretextos para montar manifestaciones pomposas, como hacían sus colegas europeos: el bicentenario de la victoria borbónica en la guerra de Sucesión o el cincuentenario de la Restauración, por ejemplo, pasaron casi desapercibidos, mientras que las bodas de plata de su reinado efectivo en 1927 se consagraron al proyecto de una ciudad universitaria para Madrid. Don Alfonso prefería otro tipo de espectáculos, como los viajes por la geografía nacional o los desfiles y concentraciones militares, y los gobiernos consintieron sus gustos.[22]

En la familia real española, los funerales, matrimonios y bautizos –otra herramienta de popularización– tuvieron una repercusión irregular. La muerte en el exilio del rey Francisco de Asís ni siquiera afectó a las fiestas de la jura en 1902; la de su esposa Isabel II sólo interrumpió tres días una gira real en la Barcelona de 1904. Como si no se quisiera recordar el pasado, al menos un pasado tan problemático para la corona como el periodo isabelino, y se prefiriese mirar al futuro. La mayoría de los ritos familiares se encerraba en la capilla de palacio en Madrid y tan sólo se asomaba a las calles con breves paseos de los contrayentes o con las comitivas fúnebres que recorrían el corto trayecto hasta la estación del Norte, donde los cadáveres embarcaban rumbo a los panteones reales en el monasterio de El Escorial. Sin embargo, sí que resonaron las desapariciones de las hermanas del rey, fallecidas las dos tras dar a luz, una en 1904 y la otra en 1912. En ambos casos, la prensa se fijó en el personaje trágico de la reina madre, una dolorosa inconsolable, «transida de pena y anonadada», y en los detalles del entierro. En el de la princesa de Asturias, cuya boda había causado ya bastantes problemas, la curiosidad y el ruidoso duelo de los madrileños provocaron graves incidentes cuando consiguieron desbordar a la guardia e irrumpir en el interior de palacio, lo cual

produjo cargas policiales, un muerto por asfixia y varios heridos. Se detuvo a individuos que lanzaban piedras o aprovechaban las apreturas para atacar la moral pública. Según *El Imparcial*, más de 60.000 personas expresaron sus condolencias. Tras la desaparición de su segunda hermana, el rey escribió a un amigo que con ella se iba «un pedazo de España. De mi generación netamente español ya no hay más que yo». También para el dolor contaba la identidad nacional.[23]

Los espectáculos de mayor envergadura que ofreció la corona española fueron la jura de 1902 y la boda del rey con la princesa británica Victoria Eugenia de Battenberg en 1906, ambas organizadas por liberales que deseaban popularizar y nacionalizar la monarquía. Para el Gobierno de Segismundo Moret, salido de la reciente crisis del *¡Cu-Cut!*, el matrimonio de Alfonso XIII traía consigo la oportunidad de presentar una visión positiva de España y de anudar lazos con Gran Bretaña. No en vano, su monarquía parlamentaria constituía el horizonte retórico del liberalismo dinástico y, gran potencia con intereses económicos y estratégicos en la península ibérica, también una pieza básica en el tablero de la Europa occidental donde aspiraban a jugar los españoles. Nadie discutía la anglofilia del presidente Moret –él mismo, de ascendencia materna escocesa– y de los círculos institucionistas a los que pertenecía. El rey británico Eduardo VII actuó como patrocinador de un rápido noviazgo del monarca español con una de sus sobrinas, nieta por tanto de Victoria, y visitó San Sebastián para ratificar su apoyo. Contó con el entusiasmo del novio, que, a sus diecinueve años, se vio deslumbrado por Victoria Eugenia, conocida como *Ena*, una belleza tímida de diecisiete cuyo único contacto con España había sido su madrina Eugenia de Montijo, antigua emperatriz de Francia. Con la presencia confirmada de numerosas casas reales y delegados extranjeros, todo parecía listo para poner de largo a una España regenerada e integrada en el mundo a través de la corona.[24]

La elección de Victoria Eugenia disfrutaba de la aquiescencia de los partidos gubernamentales, entre los cuales reinaba el acuerdo en esta materia, lo mismo que acerca de una política exterior orientada hacia la entente franco-británica. Las preferencias de la reina madre por una alianza matrimonial con alemanes o austriacos no llegaron lejos. Si los conservadores enfatizaban la fusión entre el rey y la patria, quienes tenían mayores esperanzas puestas en el enlace eran sin duda los liberales: la boda real propiciaba la continuidad dinástica, y con ella la estabilidad política, y ayudaría a dejar atrás el aislamiento exterior y a modernizar el sistema de gobierno. Un anhelo que compartía el republicanismo accidentalista, admirador del régimen británico: la *princesa lejana* –decía *El Liberal*– despertaba esperanzas de civilización y progreso. Así que la oposición al acontecimiento procedió sobre todo de la

extrema derecha católica, que descalificaba a la novia por su categoría inferior dentro de la dinastía inglesa, su procedencia protestante, sus conexiones masónicas y sus supuestos ancestros judaicos: Ena era, según *El Siglo Futuro*, «la nieta del judío Hacke y la criada Kettel». En los debates parlamentarios, los tradicionalistas alertaron sobre el sometimiento de España a la categoría de colonia británica. Lo mismo que temía el regeneracionista republicano Joaquín Costa. Los socialistas, por su parte, criticaban los gastos que acarreaba el evento.25

Los reyes, patinando en la Casa de Campo (1911). Foto: Goñi. © Patrimonio Nacional.

Victoria Eugenia fue seguida con minuciosidad por la prensa dinástica y recibida con una ola de elogios a su hermosura, promesa de una descendencia brillante y orgullo nacional. El diario madrileño *Abc*, fundado poco antes como una empresa moderna al servicio de la exaltación monárquica y patriótica, había realizado una encuesta sobre las posibles rivales entre sus lectoras, que preferían a la joven inglesa. Cuando entró en España para casarse, le gritaron «Reina tan hermosa, honra a una Nación». El cuento de hadas que pintaba el enamoramiento entre el joven soldado, representante de una raza apasionada, y la rubia princesa, que parecía un ángel, dominó cualquier otra perspectiva. Aunque de ella se destacaban asimismo cualidades como la sencillez y la afición por la agricultura, lo cual cuadraba con las pasiones de su futuro marido, quien aparte de primer español deseaba ser el primer agricultor del país.

La novia, no obstante, tuvo que someterse a una humillante conversión al catolicismo que, de acuerdo con los deseos de la corte española y del papa Pío X, incluía el arrepentimiento por haber profesado otra fe religiosa. Cuando arribó a Madrid, se topó además con la cultura clientelar de sus nuevos compatriotas, que la acribillaron a peticiones sobre asuntos pendientes y empleos en las oficinas estatales. La multitud se interesó por los regalos de boda y sus prendas nupciales, un *equipo* que se expuso a la curiosidad general, mientras los aduladores no desaprovechaban la oportunidad de augurar grandezas regeneradoras, fruto del casamiento. Un capellán palatino aseguraba que «de la boda de D. Alfonso XIII con la Princesa Victoria Eugenia renacerán, sin duda alguna, aquellos días dichosos en que España señalaba los derroteros de países sometidos al cetro de sus Monarcas».[26]

Los festejos, encargados como los de la jura a Romanones, ahora en el papel de ministro de la Gobernación, resultaron de entrada un gran éxito. A la capital, adornada con retratos de los prometidos y los colores nacionales, afluyeron varios cientos de miles de forasteros, al menos el doble que cuatro años antes, para disfrutar de once días de diversiones. La aristocracia obtuvo un protagonismo indudable, pues acogió a los príncipes extranjeros, ofreció bailes en sus mansiones, participó en caravanas automovilísticas y precedió a la familia real en el desfile de carrozas engalanadas por la ciudad, camino del templo de los Jerónimos. La corte exhibió un lujo sin precedentes y reafirmó las jerarquías tradicionales. Pero el público, crítico con la nobleza e influido quizá por los relatos sobre una moderna pareja que se casaba por amor y no por conveniencia, prefería aclamarla y ondear pañuelos a su paso, desde las tribunas de pago o a pie de calle. Esta vez se programaron muchos números populares, como concursos de orfeones y rondallas, verbenas, fuegos artificiales y vistas cinematográficas al aire libre. El alcalde liberal, Eduardo Vincenti, fuerza viva entre los residentes gallegos y especialista en reformas

educativas y nacionalizadoras –había obligado a izar banderas españolas en las escuelas– daba la bienvenida a una urbe que sintetizaba las virtudes de la nación. En la guía local de las celebraciones, el escritor Eugenio Sellés hablaba de una *Españópolis* «donde los hijos de Madrid son los menos y los forasteros los más». Como en otros muchos sucesos dinásticos, de Austria al Reino Unido pasando por Holanda, los asistentes podían llevarse postales y recuerdos, como medallas y vasos labrados, pasto del monarquismo banal cotidiano.27

No obstante, todo esto quedó oscurecido por la bomba que, en la ruta de vuelta de la iglesia a palacio, lanzó contra la comitiva regia el anarquista Mateo Morral y que, aunque no dio en la carroza que transportaba a los reyes, engendró una matanza. No era la obra de un individuo aislado, sino parte de un vasta red internacional y clandestina que contemplaba el magnicidio como una forma de justicia proletaria y como detonante de una revolución que acabaría de golpe con las sociedades burguesas. Las amenazas se habían materializado ya más de una vez, pues en los años previos habían perdido la vida en estos episodios, entre otros, la emperatriz Isabel –*Sissi*– de Austria, el rey de Italia Humberto I y el presidente de Estados Unidos William McKinley. En lo que atañía a España, los revolucionarios se mezclaban con el radicalismo republicano y apuntaban contra un sistema que consideraban inquisitorial, compuesto por gobernantes reaccionarios, un tirano coronado y el clericalismo rampante. Un activista italiano había asesinado al jefe conservador Antonio Cánovas del Castillo en 1897 y el propio don Alfonso había sufrido un asalto armado en su visita a París de 1905. Tras ese fracaso, Morral, colaborador del pedagogo libertario Francisco Ferrer, se decidió a reventar el cortejo nupcial en la calle Mayor de Madrid. Poco después de su acción, y acorralado por una búsqueda que animó con recompensas el atribulado ministro Romanones, terminó por suicidarse. Pero esta siniestra hazaña, asociada enseguida al procesamiento y absolución de Ferrer, dejó cuentas pendientes en los círculos subversivos y en las desastradas agencias represoras del Estado.28

El atentado de Morral, uno de los más sangrientos de su época, impactó de lleno en la opinión pública española. Causó veintitrés muertos, entre acompañantes del desfile, militares y espectadores, y más de cien heridos. Almagro San Martín resumía de manera muy plástica la terrible escena: «charcos de sangre en las calles, cadáveres humanos, caballos despachurrados, pingajos sanguinolientos, olor de nitroglicerina, rojas manchas en el blanco vestido de novia…». Se suspendió una parte de los festejos, pero la imagen de Alfonso XIII salió reforzada del envite, por su serenidad en el peor momento: entre aclamaciones, pidió calma y ayudó a su mujer a cambiar de carruaje, y un día más tarde ambos salieron sin apenas

escolta a pasear en automóvil por Madrid. La reina guapa y el rey valiente, imágenes acordes con los estereotipos de género vigentes, permanecieron en la memoria. Tanto la capital como otras ciudades del país asistieron a protestas y misas de acción de gracias, al tiempo que se desgranaba un rosario de entierros y decenas de cartas indignadas se dirigían a palacio. En un gesto del rey, la siguiente capilla pública prescindió de las autorizaciones habituales. Las víctimas fueron honradas con un monumento erigido en el mismo lugar de la desgracia por iniciativa de las damas nobles, que volcaron en él sus valores conservadores: tres columnas –símbolos de la aristocracia, el ejército y el pueblo– sostenían a la virgen del Amor Hermoso, que había protegido en su fiesta la valiosa existencia de los monarcas. Las películas que captaron los fastos, y en especial la carnicería de la calle Mayor, se convirtieron en un acontecimiento cinematográfico, proyectadas en salas, en barracas o al fresco, con copias que circularon por Europa y América. Una difusión comparable a la de las filmaciones del segundo jubileo de Victoria o de los funerales de Humberto I.[29]

En cierto modo, el ciclo de la boda real no se cerró hasta un año más tarde, cuando nació el primogénito de los reyes y heredero del trono, Alfonso de Borbón y Battenberg. Su alumbramiento fue anunciado a cañonazos y con izado de bandera en palacio, mientras asistían a la presentación del niño por parte del monarca las autoridades estatales, los embajadores y la alta nobleza. Hubo a continuación tres días de fiesta con indultos, donativos a los pobres e iluminaciones, que condujeron al bautizo en la real capilla. Se impuso asimismo al recién nacido la cruz de la Victoria, emblema de su principado asturiano y del inicio en sus montañas de la Reconquista cristiana frente a los musulmanes, mito fundamental en la narrativa españolista de cualquier signo. Se cumplía de esta manera uno de los objetivos de todo matrimonio regio: dotar de descendientes a la dinastía. De hecho, doña Victoria Eugenia se presentaba como paradigma de esposa y madre abnegada, complemento de un rey dinámico y patriota que se transmutaba en padre responsable de una creciente prole: cuatro hijos y dos hijas, más un bebé malogrado. Es decir, casi un parto al año entre 1907 y 1914. Una ficción doméstica, seguida con gran complacencia por la prensa adicta, a la que recurrieron todas las familias reales de Europa.[30]

La nueva reina se integró en las rutinas cortesanas españolas y adoptó en consecuencia sus propias causas benéficas, como un ropero o comedores de caridad. Pero su llegada a palacio supuso a la larga un cambio de tono, el paso de un ambiente sombrío, marcado por la religiosidad, a otro más brillante y abierto, por el cual entraban en España las modas internacionales de las élites femeninas, desde el maquillaje hasta el deporte y los trajes de baño, los pantalones o los cigarrillos, a las que se sumaron numerosas aristócratas tras

de su señora. Con los años se atrevió incluso a diseñar un nuevo atuendo para las damas de la corte, para que su uniformización en el ceremonial palatino acabara con la competencia ostentosa entre ellas. Esa imagen moderna no estaba reñida con la españolización de la figura regia, ya esbozada con la consorte austriaca y prioritaria ahora con la británica. Desde el comienzo se alabó su asistencia a las corridas de toros –cuya crueldad, al parecer, le repugnaba– y su predilección por la mantilla, prenda nacional que habían lucido monarcas memorables como María Luisa de Parma –esposa de Carlos IV– e Isabel II. O su empeño por dar el pecho a su vástago, considerado asimismo muy español. Como el cambio en las minutas de las comidas palatinas, que poco antes de la boda habían abandonado la lengua francesa para abrazar la castellana, con gran regocijo de los castizos. Además, la reina aprendió a hablar el idioma autóctono en poco tiempo, porque, como soltó a Galdós su bromista esposo, «a la fuerza ahorcan».31

Sin embargo, muy pronto surgieron sombras en este idilio. Ya en 1908, el periodista francés Henri Charriaut comentaba la escasa popularidad de Victoria Eugenia, pues su timidez y su seriedad se interpretaban como desdeñosa arrogancia y le ganaron el apelativo de *la pava real*. Lo opuesto al casticismo populachero de La Chata. Al mismo tiempo, se la acusaba de anglificar la corte, en vez de amoldarse a las costumbres españolas, y se especulaba, con la inevitable indignación de la prensa católica, sobre la posibilidad de habilitar un oratorio protestante en algún real sitio para uso de su madre, la princesa Beatriz. En 1910, el pintor Philip Laszlo, que retrataba a los reyes, notó una gran tensión entre los esposos. Por entonces se hacía evidente, aunque fuera un secreto dentro del país, que el heredero padecía una grave enfermedad, amenaza para el futuro de la dinastía: la hemofilia, que transmitían las mujeres y sufrían los varones de la progenie victoriana –como el *zarevich* ruso, nacido en 1904, y el príncipe de Asturias español– y terminó por socavar, junto a las frecuentes infidelidades de don Alfonso, el matrimonio real. No todo eran fiestas en palacio.32

---

1. Romance leído en la función celebrada en el teatro de El Pardo con motivo de la boda de Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battenberg, 26.5.1906, citado en «Sesión homenaje en memoria de Xavier Cabello Lapiedra», p. 18. Biblioteca de la Fundación Juan March (Madrid), Legado Guillermo Fernández Shaw, 217-402.

2. Véase, por ejemplo, *La Guinea Española*, 12 y 28.1.1905 (cita del 12, p. 7), 25.1.1909, 10.2.1911, 25.1 y 10.2.1913 y 25.1.1914. Miranda Junco (1945), pp. 214-215 (decretos de 22 y 28.2.1907).

3. *La Guinea Española*, 25.1 y 10.2.1916 (cita en p. 34) y 25.1.1917. Almazán (2015).

4. Sobre las fiestas nacionales, véase por ejemplo McCrone y McPherson (2009) y Moreno Luzón (2021). Santiago Apóstol, patrón de España, dejó de ser festivo en 1911 (RD 21.12.1911).

5. RD 25.1.1908. *El año político*, 23.1.1907. Manifestaciones, por ejemplo en *Abc*, 24.1.1919 y *La Época*, 23.1.1922. Para los grandes homenajes, véanse los capítulos 9 y 15 de este libro.

6. *El año político*, 23.1.1905 y 23.1.1906.

7. Velde (2006). Pujol de Planés (1908), pp. 87-88. Carrozas, en AGP Cª 15813/6. *El año político*, 24 de junio de 1919. Discursos del rey, en AGP Cª 12798.

8. RD 27.11.1893. Recepciones, por ejemplo en *Correo de Zamora*, 24.1.1903, *Diario de Las Palmas*, 22.1.1914, y *Abc*, 23.1.1906 y 24.1.1908, retrato el 24.1.1923. Ejemplo de alabanzas, en «Nuestro homenaje al Rey», *La Ilustración Española y Americana*, 22.1.1921, p. 27. AGP Cª 15562/8, cita de las cuartillas leídas en el Club el 23.1.1917.

9. Barga (1965, 1985), cita en p. 87.

10. AGP Cª 8775/6. Almagro (1946), cita en p. 85, en referencia a varias novelas de Pérez Galdós. Por ejemplo, «Capilla pública», *Blanco y Negro*, 22.8.1908, p. 19. Hernández Barral (2014), pp. 181-184.

11. *Espasa*, pp. 1020-1021. *Heraldo de Madrid*, 10.4.1903; *La Correspondencia Militar*, 23.3.1910; *La Época*, 17.4.1919 y 2.4.1931. Unowsky (2005), pp. 26 y ss.

12. Cueva (2003). Wolf (2004, 2010).

13. González Cuevas (2003). Cannadine (1983, 1992). Pla (1929, 1986), citas en pp. 34 y 36.

14. Moreno Seco (2009). Prochaska (1995). Borbón (1935, 1967).

15. Almagro (1946), pp. 85-86. Casal (1951). Una verbena, en *La Época*, 13.6.1921.

16. Hernández Barral (2014). *Espasa*, pp. 1009-1012.

17. Boyd (1990), p. 19. Ceballos-Escalera (2012).

18. Palacios y Primo (2016). Cita en Baroja (1983), p. 264. AGP Cª 1315/48 (Vega Inclán) y Cª 2662/59 (Quiñones de León).

19. Faes (2009), pp. 180-182.

20. Citas en *Azorín*, «Dietas a los diputados», *La Prensa* (Buenos Aires), 19.8.1922; y Miguel de Unamuno, «Responso», *El Día*, 22.5.1917.

21. Cannadine (1983, 1992). Unowsky (2005). Wortman (2014), pp. 71-98.

22. Citado por Hall (2005), p. 106. Ramos (1994, 2001), pp. 88-96.

23. *El año político*, 11.4.1904 y 12.1.1906. *La Monarquía*, 24.9.1912. *El Imparcial*, 18-20.10.1904 (cita del 18). Cita en carta del rey a Joaquín Sorolla, ca. 1912, MS CS1149, subrayado en el original.

24. Negociaciones diplomáticas sobre la boda, en Tusell y García (2001), pp. 152 y ss. *El año político*, 10.3.1906.

25. «La princesa lejana», *El Liberal*, 26.5.1906. Cita en José Juárez y Vicens, «Los negociadores», *El Siglo Futuro*, 22.1.1906. *DSC*, 14.3.1906, pp. 3296-3298. Mira (2016). Hall (2005), pp. 87-92.

26. *Abc*, 14.8 y 10.9.1905. *El año político*, 25 y 28.5.1906. *Blanco y Negro*, 2.6.1906. Detalles, en Hijano (2000). Cita en *Bodas y fiestas reales*, Madrid, José Blas y Cía., 1906, p. 7.

27. Hernández Barral (2012). *El año político*, 31.5.1906. Cita en *Madrid. 31 Mayo 1906*, Madrid, Imprenta Alemana, 1906, p. 12. Olechnowicz (2007), p. 33.

28. Avilés Farré (2006), pp. 145-196. Romanones (1928-1947, 1999), pp. 220-224.

29. Cita en Almagro San Martín (1946), p. 179. *Abc*, 1-4.6.1906. El monumento, en *El año político*, 4.11.1908. Montero Díaz, Paz y Sánchez Aranda (2001), pp. 226-227.

30. *El año político*, 10.5-23.6.1907. Mira (2016).

31. Mira (2016). Borbón (1935, 1967), pp. 131-133. *Thebussem* y Valera (1906). Anécdota con Galdós, en *El Liberal*, 10.1.1914.

32. Charriaut (1908), p. 104. Noel (1984, 1989), pp. 138-144. La capilla protestante, en *El Correo Español*, 18.2.1907. Diario de Lucy de Laszlo, esposa del pintor: https://www.delaszlocatalogueraisonne.com (7928).

Entrada de Alfonso XIII en Badajoz, por el arco del triunfo del ayuntamiento (1905). Foto: Miguel Olivenza. © Patrimonio Nacional.

4

La magia del viaje regio

…I en tots els ulls la idea ficsa:
"Anèm a veure'l Rei".
Vaja: la gent està posseida…

JOAN MARAGALL[1]

HEROÍNAS Y HÉROES

El 15 de junio de 1908, en Zaragoza apenas paró de llover. Pese al molesto aguacero, una larga procesión cívica recorrió esa tarde las calles de la ciudad, entre la basílica del Pilar y la iglesia del Portillo. Bajo la presidencia de Alfonso XIII, trasladaba a un nuevo panteón los restos mortales de tres heroínas que habían descollado cien años antes en la guerra de la Independencia, durante los dos sitios a los que el ejército napoleónico había sometido a los zaragozanos: Casta Álvarez, Manuela Sancho y, la más conocida, Agustina Zaragoza Doménech, *Agustina de Aragón*. En vista del peligro que corría la patria, las tres habían abandonado el espacio doméstico que se adjudicaba a su sexo para aprovisionar a los defensores de la urbe e incluso para enfrentarse por las armas a los franceses: Agustina, en una hazaña inolvidable, había disparado un cañón y ahuyentado a los sitiadores, lo cual le había valido el ingreso en la artillería. Acompañaban los sarcófagos representantes de toda la comunidad cívica, de asociaciones obreras y patronales, casinos y facultades universitarias, además del clero, los militares y las autoridades civiles. Sonaban las campanas, entre el recogimiento de los espectadores y el canto, entonado por quinientas niñas de las escuelas, de un himno dedicado al centenario de la epopeya. Según un religioso que narraba lo ocurrido, muchos semblantes, llenos de lágrimas, «no podían ocultar la gran emoción que aquel acto producía». El rey, a pie, aguantó sin protegerse de los chaparrones que empapaban su uniforme, un sacrificio que mereció la gratitud y las constantes ovaciones del público aragonés.[2]

Don Alfonso visitó Zaragoza acompañado por un amplio séquito en el que figuraban dos ministros, el infante Alfonso de Orleans, hijo de su tía Eulalia, su caballerizo el marqués de Viana y el conde del Grove. Y lo hizo decidido a vincularse con la rememoración de los héroes. Fue de lápida en lápida, por los lugares que marcaban los hitos de la francesada, desde la casa del general José Palafox –jefe de la plaza– hasta el arrabal de donde habían salido los

luchadores más humildes. Y firmó un decreto que sumaba a los títulos de la ciudad el de *inmortal*, por constituir «uno de los símbolos más preclaros del civismo heroico» y un «noble ejemplo del que nos ufanamos todos los españoles». No había mejor manera de escenificar el papel del monarca como cabeza de una nación cohesionada, en una efeméride que recordaba cómo, entre 1808 y 1814, España entera se había resistido a los invasores y había derrotado, en nombre de su libertad, a la principal potencia de la época, uno de los mitos más arraigados en el imaginario nacionalista hispánico. La capital aragonesa no sólo encarnaba de un modo inmejorable aquel esfuerzo, sino que también reproducía, a escala reducida, la pugna por la memoria entre el nacionalismo católico, que insistía en unir el levantamiento con la defensa de la religión y la monarquía absoluta, y el liberal, centrado en la exaltación del pueblo y la búsqueda del progreso. Con motivo de este centenario, la corona mostró su potencial para aglutinar ambos, en una combinación que por entonces agradaba sobremanera al rey y lo sumergía en ardores multitudinarios, combustible para su misión regeneradora. Su sola presencia nacionalizaba las celebraciones locales.[3]

Los sectores confesionales disponían en Zaragoza de un caudal simbólico inagotable: la virgen del Pilar, que según sus fieles se había aparecido al apóstol Santiago el Mayor, evangelizador de la península ibérica, y luego socorrido a los sitiados de 1808 y 1809. Como rezaba una célebre jota, no quería ser francesa, sino capitana de la tropa aragonesa. En reconocimiento a un patrocinio que, como ya se ha señalado, caló bien hondo en su mentalidad hasta el final de sus días, Alfonso XIII acudió al templo de la virgen nada más llegar y allí asistió a las honras fúnebres por las heroínas que precedieron a su traslado. El deán Florencio Jardiel, motor de la movilización católica zaragozana, se despachó en ese sermón contra los enemigos de España, que habían renovado a su juicio las amenazas revolucionarias provenientes de Francia; «un ejército de malhechores de la humanidad, violadores de la pureza del corazón y de los fueros de la conciencia, […] de meretrices y sofistas». Es decir, de depravados anticlericales que atacaban los hogares, colegios y cementerios católicos, sedes del alma española. Menos mal que los frenaba el Pilar, baluarte de la fe religiosa y del verdadero patriotismo. Antes de su siguiente visita en octubre de ese mismo año y a petición del arzobispo, el monarca concedió a la imagen honores de capitán general, cuyo fajín lució en adelante junto a un manto adornado con el escudo y la bandera nacionales. Como él mismo confesó, había sido su madre quien le había inculcado aquella devoción, alimentada por la familia real con repetidos regalos de joyas a la virgen y ahora revitalizada en su faceta guerrera.[4]

Por otro lado, los elementos liberales, monárquicos y también republicanos, preferían atenerse a la versión del españolismo que hacía del

pueblo, cuerpo sano y unido a la milicia frente a las élites entregadas al invasor, el protagonista de la lucha por la independencia. Sus partidarios en Zaragoza confluían con los católicos en el culto al heroísmo y colaboraron con ellos para dejar su impronta en varias estatuas que develó el rey –flanqueado esta vez por doña Victoria Eugenia, Moret y Maura– en octubre de 1908. La de la propia Agustina, vestida de artillera por Mariano Benlliure y custodiada por un *baturro*, el arquetipo popular aragonés y, por extensión, español. Y el monumento a los sitios, en el que un tropel de gente combatía bajo la gigantesca figura enlutada de la patria. Se contaba que el monarca había admirado en su estudio el trabajo del escultor Agustín Querol, desagraviado tras su marginación en el homenaje a Alfonso XII. No obstante, se mostró aún más proclive al gran proyecto de la burguesía progresiva zaragozana en el centenario, la Exposición Hispano-Francesa, animada por el republicano y regeneracionista de primera hora Basilio Paraíso. Todo un manifiesto contra la francofobia tradicional, ya que invitaba al antiguo enemigo a una feria donde se desplegaban las riquezas nacionales y regionales, en una ofrenda a la paz, al comercio y a los avances compartidos. El Real Patrimonio presentó un pabellón que exhibía los logros agrícolas –maderas, caza, trigo de la variedad Alfonso XIII– alentados por el primer labrador del país. Don Alfonso se personó repetidas veces en el recinto expositivo, para ver la muestra francesa y detenerse, una a una, en las mejores atracciones, pues lo mismo se bebía un chocolate que observaba con detalle las máquinas modernas. Actuaba así como el rey patriota, consciente del glorioso pasado de España e impulsor de su prometedor futuro.[5]

El monarca hizo cuanto pudo por realzar las manifestaciones nacionalistas de aquel centenario, sin preocuparle el mal recuerdo que habían dejado las vergonzosas maniobras frente a Napoleón de sus antepasados Carlos IV y Fernando VII. Se volcó no sólo en los eventos de Zaragoza, sino también en los de Madrid, donde se conmemoraba el alzamiento popular del 2 de mayo de 1808, detonante de la contienda. El rey, «muy madrileño» y provisto de un inconfundible deje achulapado, aportó fondos, presidió la consabida procesión cívica, funerales y funciones teatrales y académicas, descubrió los monumentos a los héroes de aquella jornada –hasta permitió que se colocase una placa ante el palacio real– y se desplazó a la vecina localidad de Móstoles para honrar la memoria de su alcalde, el primero en declarar la guerra al francés. Sus intenciones patrióticas quedaron aún más claras cuando asistió al festival escolar organizado por los artilleros en honor a sus mártires, los tenientes Luis Daoiz y Pedro Velarde, y cogió en brazos al príncipe de Asturias –que aún no había cumplido un año de edad– para hacerle besar la bandera rojigualda bajo el arco del cuartel de Monteleón, escenario del martirio. Al decir de la prensa monárquica, el gesto conmovió a los asistentes;

y, según su ala liberal, reafirmó la fusión entre el pueblo y el *primer ciudadano*. Don Alfonso, cuyo compromiso nacional pasaba a menudo por el tamiz castrense, no faltó a los actos que los diferentes cuerpos consagraron a sus respectivas gestas. En Segovia, junto a la Academia de Artillería, puso la primera piedra de la estatua ofrecida a sus dos heroicos oficiales.6

El fervor memorialista de Alfonso XIII no complacía al Gabinete conservador de Antonio Maura, quien trató de rebajar su compromiso con las celebraciones. Rechazó las demandas de numerosas comisiones locales, por lo que el dinero estatal sólo se derramó sobre las fiestas de Zaragoza, y no quiso que el rey acudiera al desfile de Madrid, aunque tampoco pudo evitarlo. De igual modo, atendió a los círculos católicos aragoneses que deseaban separar los viajes regios de la apertura de la exposición dirigida por sus rivales, lo cual no desinfló el entusiasmo del monarca. Quizá pesaba sobre Maura el rechazo a los discursos de tono liberal que ensalzaban a un pueblo airado, o el temor a desahogos xenófobos que molestasen a Francia, aliado imprescindible en la política exterior española. Prefería, desde luego, llevar a don Alfonso a Cataluña, donde aspiraba a encauzar el desafío del nacionalismo autóctono a través de un entendimiento con la moderada Lliga Regionalista. Allí, la infanta María Teresa y su esposo don Fernando asistieron a la conmemoración de la victoria del Bruch en la guerra napoleónica, pero además el Gobierno financió un centenario alternativo, el séptimo del monarca Jaume I, que los catalanistas idolatraban como padre de su nacionalidad. Los zaragozanos se ofendieron porque los reyes no permanecían el tiempo necesario en su suelo y se los llevaban rumbo a Barcelona. Mientras tanto, las izquierdas españolistas se lanzaron contra el presidente, al que acusaban de despreciar las glorias antinapoleónicas y de premiar al separatismo en perjuicio de los buenos patriotas. Es definitiva, los diversos actores y ciudades se disputaban las expresiones nacionalistas e intentaban fortalecerlas con estancias reales, cuya magia resultaba indiscutible.7

DE GIRA POR ESPAÑA

A comienzos del siglo XX, las expediciones de los jefes de Estado disfrutaban de una relevancia extraordinaria, dentro de una política escénica concebida para el consumo masivo y presente en diversas partes del mundo conforme avanzaba la participación social en los asuntos públicos. Así, los presidentes franceses se daban, en sus visitas a provincias, baños de multitudes que les proporcionaban aprobación personal y renovaban las lealtades republicanas. Las monarquías, mucho más numerosas –como se vio– que las repúblicas en la Europa anterior a la Gran Guerra, hicieron de las giras un instrumento

esencial para reinventar los nexos de las coronas con sus respectivos súbditos, en comunidades nacionales pero también imperiales, aunque cada una lo hiciera a su manera. Poco se parecían las entradas triunfales del káiser alemán Guillermo II, entre fanfarrias militares, a las mucho más modestas de la popular Guillermina de Holanda, no menos eficaces. En Italia, donde la cohesión nacional no estaba asegurada por la unidad política, el contacto de los reyes con diferentes regiones y grupos parecía imprescindible.[8] Por su parte, la España del siglo XIX había vivido un uso constante del viaje regio como fórmula para vincular a la población con el soberano. Ya en tiempos de Fernando VII, a quien le gustaba mezclarse con el pueblo, el monarca servía de enlace a los habitantes del reino, que se comportaban como vasallos ante su señor. Los herederos de la dinastía, Isabel II y Alfonso XII, perfeccionaron poco a poco mecanismos que se empapaban de valores nacionalistas, pues la legitimidad tradicional había dado paso a la contemporánea, dependiente de la nación. Un proceso que culminó, con gran intensidad y nuevos medios, durante el reinado de Alfonso XIII.[9]

El rey niño había acompañado a su madre la regente en varias giras, con un éxito notable en la Exposición Universal de Barcelona, de 1888, o en el cuarto centenario del Descubrimiento de América, en 1892, cuando ambos se habían desplazado a los parajes andaluces asociados con la aventura ultramarina. La importancia cultural de semejantes eventos quedó demostrada ese último año cuando los ciudadanos de Granada se amotinaron porque la familia real no quiso acercarse a inaugurar su monumento a Isabel la Católica y a Cristóbal Colón, obra del joven Benlliure, y destruyeron los adornos preparados al efecto. En 1900, don Alfonso hizo una excursión por la costa cantábrica, pensada como complemento a sus estudios. Pero el despliegue de los viajes regios no se hizo efectivo hasta después de la jura, cuando, entre 1902 y 1906, abarcaron la práctica totalidad de las provincias, una versión ampliada de los que había realizado Alfonso XII. El monarca debía darse a conocer a los españoles, alentar su adhesión al trono y enterarse bien de cuáles eran «las necesidades que [sentían] las regiones que visita[ba]», para así afrontar con fundamento la regeneración nacional. Tras el cierre de ese extenso periplo, los traslados continuaron pero ya no siguieron sistema alguno, sino que se distanciaron y especializaron, en función de las demandas y estrategias de cada momento, hasta interrumpirse al estallar la Primera Guerra Mundial.[10]

Aunque la organización de las visitas correspondía al inspector de los reales palacios, dentro de la mayordomía mayor, en la práctica emanaba de negociaciones entre los poderes locales y los centrales, donde el Gobierno fue ganando terreno frente a la corte. En la primera gira, a lo largo del verano de 1902, las intromisiones de los cortesanos que acompañaban al monarca, sobre

todo del jefe de su cuarto militar, lograron enfurecer a políticos, periodistas, fuerzas vivas y espectadores. Al parecer, querían alejar a la gente, ignoraban a alcaldes y parlamentarios y hasta humillaron a un ministro liberal al hacerle firmar en un álbum con la servidumbre. Un diputado le soltó a un alto cargo palatino: «el Rey va sembrando Monarquía y ustedes siembran República». A partir de entonces, el Ejecutivo adquirió un mayor protagonismo y acabó por otorgárselo también a las autoridades de cada parada. En buena medida, la forma final de estos rituales fue obra del gobernante que más defendió su utilidad, Antonio Maura, quien combinaba su empeño por alejar a don Alfonso de las intrigas políticas cotidianas, que ya se ha visto a propósito de las *crisis orientales*, con el de fortalecer su papel simbólico como emblema de la nación. Nadie explicó mejor esta simbiosis, con una mirada masculina y elitista, que el mismo jefe conservador en el Parlamento: «de la propia manera que es difícil que la mujer humilde y sencilla conciba la idea de Dios sin poner su imaginación en la imagen de los altares que le ayuda a elevar el pensamiento a las alturas, así la inmensa mayoría del pueblo español no sabe concebir la nacionalidad […] sin la persona del Monarca, porque él es, viviente, la Patria misma».[11]

De modo que el recorrido exhaustivo por el país tenía por objeto no sólo nacionalizar la monarquía, sino también vigorizar los sentimientos españolistas de sus pobladores. Según el obispo de Mallorca, la tierra natal de Maura, «la visita regia robustecerá y hará más expansivo y eficaz el principio firmísimo de nuestra nacionalidad española». Los actos a los que asistía el monarca se rodeaban de los símbolos nacionales: los colores rojo y amarillo, que salpicaban las decoraciones y los vestidos de la concurrencia mientras se agitaban banderitas; los cuarteles del escudo, con los reinos históricos; y el sonido de la *Marcha Real*, sin letra oficial pero considerada muy solemne por los monárquicos y pronto amparada por la ley de jurisdicciones, cuyos compases se reiteraban hasta el agotamiento. El caos se adueñaba a menudo de la situación, dadas las precarias medidas de seguridad y los trastornos en la agenda, pues no era extraño que el yate real, el *Giralda*, arribara de improviso a un puerto en vez de a otro. Pero todo lo superaban las ganas de que saliese bien. El propio don Alfonso se prestaba al juego y, pese al cansancio acumulado, ponía en él sus infinitas energías juveniles. No podía evitar, eso sí, un deje irónico cuando dejaba correr la broma, en alusión a la insistencia de Maura, de que «deseaba que se concediera la jornada de ocho horas, para disfrutar de ella, pero que seguramente su patrono no se la concedería».[12]

La dimensión nacionalista de estos viajes llevó al rey a frecuentar los espacios de memoria del españolismo, dentro de un relato histórico cuajado en el XIX que enfatizaba la resistencia de la patria frente a las innumerables invasiones que habían tratado de someterla. Una virtud que podía constatarse

desde la antigüedad hasta la guerra napoleónica. Por ejemplo, en las ruinas de Numancia, cerca de Soria, donde sus habitantes se habían inmolado en 133 a.C. para no rendirse ante el asedio de las tropas romanas. Alfonso XIII visitó la zona al menos tres veces, una de ellas para inaugurar en 1905 el monumento construido allí con el fin de «perpetuar el más sublime ejemplo de abnegación y sacrificio en aras de las ideas de independencia y Patria». Su recuperación, iniciada por el senador conservador Ramón Benito Aceña, permitió excavaciones arqueológicas que reservaban el recinto principal a los expertos españoles y sólo dejaban los márgenes a los alemanes. O en los múltiples escenarios que recordaban los triunfos cristianos frente al eterno enemigo islámico, donde la historia nacional no se distinguía de la cruzada por la fe verdadera, encabezada por los reyes. Comenzando por Covadonga, cuna de la Reconquista, un santuario ubicado en el enclave de la batalla que en 718 había librado el rey astur don Pelayo contra los infieles y con la oportuna asistencia de la virgen. Una de las comarcas predilectas del monarca, aficionado tanto a las leyendas edificantes como a la caza mayor que abundaba en sus alrededores, quien empleaba el título de conde de Covadonga cuando viajaba de incógnito. Continuador de una prolongada costumbre dinástica, seguida por los monarcas anteriores y otros miembros de la familia real, peregrinó al lugar en varias ocasiones, ayudó a la construcción de su basílica y presidió el duodécimo centenario de la batalla en 1918.[13]

El culto a la Edad Media se prestaba a esa mezcla entre catolicismo, monarquía y espíritu guerrero, fácil de actualizar en el siglo XX y mimada por Alfonso XIII. En sus viajes no faltó la exhibición de una genealogía que lo ligaba con las coronas de los reinos medievales, en panteones regios como el de San Juan de la Peña, no lejos de Jaca, donde le entregaron un anillo que había pertenecido a Pedro I de Aragón; o al tomar posesión de las canonjías que heredaba, como ocurrió en la catedral de León. El nacionalismo católico bebía de estas fuentes y alcanzaba su máximo esplendor en los ceremoniales religiosos de Covadonga o el Pilar. Y en la ofrenda real ante la imagen de Santiago en su templo de Compostela, que rememoraba su decisiva aparición en Clavijo, otro combate con los musulmanes. Don Alfonso cumplió con el ritual en 1904 y en el año santo compostelano de 1909, y lo hizo como gran maestre de la orden de Santiago, flanqueado por sus caballeros nobles y con discursos en los que pedía la inspiración del apóstol para el engrandecimiento de España. En 1912 fue a Pamplona para celebrar, con una cabalgata, el séptimo centenario de Las Navas de Tolosa, la aplastante victoria de los reyes cristianos –el de Navarra entre ellos– que había precipitado la decadencia almohade. No era difícil relacionar estos episodios gloriosos con las campañas que se desarrollaban ahora en el norte de Marruecos, presentadas como el fruto de la misma misión nacional. Mitos similares al de la antigua Roma en

la monarquía italiana o al del Sacro Imperio en la alemana.[14]

Lo cierto es que cada escala de un viaje regio incluía, como inevitable acto de bienvenida, un *Te Deum* en el templo más importante –al que el monarca, como el santísimo sacramento, accedía bajo palio–, y otros muchos ceremoniales piadosos. Práctica clerical que las izquierdas, como José Canalejas en 1904, consideraban abusiva, aunque nunca se eliminó. Don Alfonso entregó bastones de mando, signo de su sumisión al poder eclesiástico, a varias advocaciones marianas, como la del Pilar, la de Montserrat en Cataluña y la de los Desamparados en Valencia; y participó en coronaciones canónicas, uno de los ritos preferidos por las ofensivas recristianizadoras de la Iglesia. La Inmaculada Concepción de María, un misterio que la monarquía católica había convertido en emblema de su poderío y de su pugna con los papas desde el siglo XVII, recibió asimismo diversos homenajes regios, desde la inauguración de un monumento en el monasterio de Montserrat hasta la apertura de una nueva iglesia concepcionista en Madrid.[15]

La presencia del soberano en los fastos religiosos tuvo uno de sus hitos más logrados durante la Semana Santa de Sevilla en 1906. Primero, en el oficio de tinieblas del miércoles santo, entre miles de personas reunidas en un impresionante silencio dentro de la catedral. Después, en las procesiones del jueves, cuando desfiló con la cofradía de las cigarreras, de las trabajadoras de la fábrica de tabacos, que mantenía una antigua relación con la familia real y le había hecho hermano mayor, uniformado de nuevo como maestre de las órdenes militares y en medio de vivas al rey hombre, católico y valiente. Halagos a una masculinidad recia, nazarena y española, en vísperas de su boda. La letra de una saeta remataba con alusiones al paso que presidía: «La Virgen de la Victoria/está de contento llena/porque le han puesto su nombre/a nuestra futura Reina». Junto al contenido confesional, el castrense llenaba buena parte de las giras, con inspecciones de cuarteles, entregas de despachos en las academias, maniobras y juras de bandera. En diversas estancias, Alfonso XIII rendía homenaje a héroes militares decimonónicos, como el general Luis Lacy en Mallorca, donde había sido fusilado por orden de Fernando VII, o a los jefes de las guerras contra los carlistas, de Baldomero Espartero en Logroño a Manuel Gutiérrez de la Concha en Navarra. Su significación liberal compensaba, hasta cierto punto, el peso del catolicismo.[16]

Como se comprobó en la Zaragoza de 1908, otro de los grandes argumentos de las visitas reales se cifraba en el progreso material. En unas declaraciones a la prensa de 1903, el rey aseguraba desde los Pirineos que unos cuantos años de inversiones y mejoras harían de España una nación «grande, poderosa y fuerte», en lo militar y en lo económico. Aspiración que relacionaba casi siempre con el despegue de sus cultivos, base a su juicio de la

riqueza española. Una meta a la que él mismo, *primer agricultor* de la patria, dedicaba experimentos en sitios reales como El Pardo y concedía premios de su bolsillo. Se le veía eufórico cuando le enseñaban granjas agrícolas o podía alentar obras de regadío con las que fertilizar los campos de las zonas secas. Su particular regeneracionismo coincidía con el espíritu de la época, obsesionado con el uso intensivo del agua disponible. Lo cual ayudaba a explicar, por ejemplo, que se preocupara por la salud del intelectual republicano Joaquín Costa, gloria nacional a la altura de Galdós y paladín de la política hidráulica en su tierra aragonesa, y encabezase en 1911, tras su muerte, la suscripción para erigirle un monumento en el pico del Moncayo. Con ese mismo interés por la economía exploraba fábricas y minas y, piqueta en mano, iniciaba el derribo de viejas estructuras que obstaculizaban el ensanche y saneamiento de las poblaciones. Fomentaba así la modernización de España.[17]

A la Exposición Hispano-Francesa siguieron otras muestras que contaron asimismo con el respaldo regio. Inspiradas por los certámenes internacionales que proliferaban desde mediados del Novecientos, trataban de resumir las aportaciones regionales al desarrollo patrio y de propulsar el autóctono. Como la valenciana de 1909-1910, donde el monarca estuvo hasta tres veces y la reina Victoria Eugenia superó, al menos de forma coyuntural, sus problemas de popularidad, pues encontró una cálida acogida. Una exhibición centrada no sólo en la economía exportadora de la zona, sino también en el entretenimiento masivo. Y la gallega de 1909, a la que el Real Patrimonio envió tapices, armaduras y una colección de objetos vinculados a la Orden de Santiago. La segunda se publicitaba como «apoteosis de nuestra raza, representada por las glorias del pasado, las energías del presente y las esperanzas del porvenir», sin que eso supusiera aflojar los lazos nacionales. Porque estos eventos, como en general las giras del rey, demostraban la perfecta compatibilidad entre las identidades regionales y la española que, lejos de debilitar, apuntalaban.[18] Tampoco escaseaban los gestos caritativos, frecuentes entre las mujeres de la real familia, en hospitales y asilos. El monarca daba dinero para los pobres y los auxiliaba sobre la marcha; en Valencia hasta pagó un entierro con el que se cruzaba. Y acudía de vez en cuando a conocer de primera mano los daños causados por catástrofes naturales. En la Málaga de 1907, arrasada por las inundaciones, compuso estampas patéticas cuando se subía a los montones de barro y entraba en casa de las víctimas, que se aferraban a su buena voluntad. Las ayudas las aprobaba el Gobierno pero las personificaba el rey, un rey que respetaba las tradiciones y a la vez trabajaba, según la propaganda oficial, por la unidad y el bienestar de España.[19]

Los viajes de Alfonso XIII tenían múltiples protagonistas y adoptaban significados diversos para los individuos y sectores sociales que los vivían. A la vanguardia figuraban los personajes locales más influyentes, lo mismo que ocurría por ejemplo en la Italia de los Saboya, hombres que solían detentar el poder político, como parlamentarios y grandes caciques. Desde el futuro conde de Sagasta en León hasta el antiguo republicano Manuel Camo en Huesca. Y que a menudo poseían asimismo grandes empresas. Como los miembros de la casa Larios en Málaga, que asumieron buena parte del coste de los festejos reales; o los de la familia Trénor de Valencia, padrinos de la exposición regional. El monarca se detenía en sus industrias, donde todo les parecía poco a la hora de agasajarlo. Los Figueroa, con el conde de Romanones al frente, dispusieron en su factoría de Cartagena una alfombra formada por planchas de plata y un camino custodiado por altas columnas de plomo puro que desembocaba en un arco hecho de ambos materiales. Muchos notables ocupaban el centro del ritual viajero y se legitimaban así como intermediarios entre sus respectivas comunidades y los centros decisores del Estado. Era el caso de Santiago Alba y los albistas en Valladolid, que se presentaban de la mano del rey como genuinos regeneradores de Castilla y, de paso, de la entera nación española. La sociedad civil elitista contaba con clubes y asociaciones que manejaban estos próceres, condecorados por palacio después de cada visita, y ofrecían su presidencia honoraria al monarca.[20]

Las ciudades echaban la casa por la ventana y se endeudaban sin freno con el fin de montar auténticos festejos en los que se sucedían campeonatos deportivos, corridas de toros y batallas de flores. Se engalanaban con percalinas y puertas efímeras donde se asociaban monarquía y nación, no sin un *efecto Potemkin* que escondía a los visitantes los arrabales menos lucidos. Cada localidad, eso sí, mostraba al rey todo lo que podía ofrecer, sus productos manufacturados y sus instituciones culturales, sus músicas y trajes, señas de identidad que incluían una visión de lo folclórico bien avenida con el imaginario de una España regional. Tampoco se prescindía del atractivo turístico del acontecimiento, que convocaba a numerosos forasteros y para el cual se editaban folletos y guías urbanas, como en la jura y la boda reales. La recepción del monarca incluía a veces un desfile que ilustraba la estratificación social, los periódicos enumeraban los asistentes a cada evento para resaltar su importancia y casi siempre se reservaba un hueco a los niños y niñas, futuro de la patria. Por ejemplo, los de Elche lo acogieron con palmas, como a Jesús en Jerusalén. Aunque los más incondicionales resultaron ser los estudiantes universitarios, que rodeaban a don Alfonso –quien se definía como

uno de ellos– entre vítores y enseñas rojigualdas. En Valencia le orquestaron un concurso escolar con trabajos sobre la monarquía, mientras el rector de Salamanca, un Miguel de Unamuno todavía a buenas con la familia real, recordó la visita de su padre a la Universidad y pidió su protección.[21]

El rey se movía, según sus partidarios, para aprender todo lo posible acerca de España y ayudar a sus paisanos. Lo cual, en el universo cultural de la Restauración, donde el acceso a los recursos públicos exigía la recomendación de amigos bien relacionados, implicaba gestionar favores, también para el jefe del Estado. Favores individuales, como los empleos en organismos estatales o la agilización de cualquier trámite administrativo; y colectivos, que podían afectar al vecindario en su conjunto. De hecho, Alfonso XIII dedicaba un tiempo considerable en sus viajes a saludar a quienes le rendían pleitesía y le entregaban memoriales con peticiones, a veces alcaldes rurales con nutrido acompañamiento. La visita regia se anunciaba como una oportunidad para conseguir ventajas pendientes. El alcalde de Cádiz animaba en 1904 a festejarla, pues «del poder augusto a quien saludaremos en breve, penden hoy soluciones en que acaso esté el enérgico reactivo que de su postración arranque a nuestra ciudad». Los ayuntamientos y cámaras de comercio indicaban a palacio cuáles eran las obras urgentes y hasta las grababan en los arcos de bienvenida: ferrocarriles, carreteras, pantanos, puertos y escuelas. Algunas concesiones eran inmediatas, como la apertura en Palma de Mallorca del parque real de Bellver. Pero la mayoría se tramitaba después en los ministerios correspondientes, no sin resultados palpables.[22]

Cacería en Doñana. El rey, vestido con zahones y torera (1912). Foto de autor desconocido. © Patrimonio Nacional.

El periplo inicial condujo a Alfonso XIII allí donde no había llegado nunca un rey de España, como a las plazas africanas de Melilla y Ceuta en 1904 y a las Islas Canarias en 1906. Si las dos primeras abonaban las aspiraciones coloniales españolas en Marruecos, cuyo estatus estaba en juego, la etapa que redondeó la gira parecía aconsejable con el fin de blindar la españolidad de puntos estratégicos en la ruta marítima hacia América, premiados a continuación con favores colectivos. No fue una expedición fácil, puesto que las infraestructuras insulares dejaban bastante que desear y, aparte de despistes e improvisaciones, el monarca desembarcó en El Hierro y en La Gomera entre temporales que zarandeaban los botes y obstáculos físicos que le obligaban a triscar por las rocas o subir a hombros de marineros. Como en otros momentos, los arranques del mozalbete dejaban mal parados a políticos y cortesanos de más edad y menos arrojo, incapaces de seguirle. Por lo demás, el recibimiento canario siguió las pautas habituales: aplausos populares, números castrenses y protagonismo de los notables, con el acicate de la rivalidad entre ciudades y el añadido exótico de los paseos en dromedario. A la vuelta, Romanones, ministro liberal que había aprovechado la excursión para aproximarse a don Alfonso, expuso ante el Gobierno las aspiraciones de aquellos españoles –comunicaciones, descentralización, centros educativos, canales– que había que atender para «estrechar de manera indisoluble los lazos que los unen a la madre Patria». Los resultados defraudaron a los isleños.[23]

Las crónicas recogían una imagen recurrente: la de un joven rey en estrecho contacto con sus compatriotas. Sin seguridad apreciable, la multitud se adueñaba del espacio, tocaba al monarca, lo estrujaba, ante la impotencia de sus medrosos acompañantes. El interesado sonreía y se adentraba en el gentío solo, con frecuencia a lomos de uno de sus caballos favoritos y por completo ajeno a la amenaza de un atentado: «seguro de sí mismo y de la confianza en su pueblo». Simpático y llano, tomaba fotos cámara en mano, compartía el rancho con la soldadesca, daba propinas a las gitanas que bailaban para él en el Sacromonte de Granada y se detenía a charlar con labriegos y pescadores. Sobre él se tejieron decenas de anécdotas, difundidas para enfatizar su talante democrático: recogía en su automóvil lo mismo a una mujer cargada con un hatillo de leña que a un sacerdote que portaba el viático. Con todos conversaba, de todos se acordaba de una vez para otra. Uno de los baturros con los que había compartido uvas en Ricla, cerca de Zaragoza, decía a sus compañeros: «vaya churrillo buen mozo».

El tipismo de vestimentas y dichos salpicaba los retratos de una España primitiva pero incorrupta y fiel a su señor ancestral, que estallaba jubilosa cuando lo miraba de cerca o descubría quién era si iba de incógnito, como los príncipes de los cuentos. En las industrias condecoraba a los buenos operarios,

que no hacían huelgas y cumplían con su labor, bajo la mirada de los patronos. Pero nadie se olvidaba de señalar asimismo el éxito de don Alfonso en los barrios más problemáticos, donde abundaban los obreros sindicados y nunca hubo una mala palabra, más bien vivas, como en Asturias. Se acercó incluso a los jornaleros andaluces de las comarcas castigadas por el hambre de 1905, que se limitaron a contarle sus penurias. Tales recorridos no podían sino dejar en el rey, como en sus acólitos, la impresión de que se comunicaba con la gente mejor que los políticos, que sólo él sabía lo que de verdad deseaban los españoles.[24]

Las visitas reales desataban experiencias cruzadas por la emoción. Había sin duda ditirambos en la prensa monárquica, pero también sensaciones de unidad en torno a un símbolo común. Según una revista adicta, «los viajes de S.M. el Rey no son para descritos, sino para vistos y gozados». Las reacciones afectivas se achacaban sobre todo a las mujeres, calificadas siempre de hermosas, que se abrían paso para ver al monarca, lo piropeaban y lo ovacionaban con delirio. Sus gritos y lágrimas se alimentaban de gestos, como cuando don Alfonso recogió en Barcelona a un rapaz atropellado por su coche y lo transportó en brazos a una tienda cercana. Se revelaban asimismo actitudes devotas, con personas que se arrodillaban y se santiguaban ante él, y también supersticiosas: en Canarias se ponía su retrato en los hogares, junto a las estampas de los santos, y se vendían los trozos de un espejo roto durante su estancia. Los pobres se abrazaban a sus piernas para implorar piedad. En general, menudeaban las adhesiones monárquicas, a veces con tonos muy nacionalistas, como las de las cigarreras sevillanas, que no quisieron favores y lanzaban vivas a España. Pero también se notaban los deseos de divertirse. Todo tenía el aire inconfundible de una fiesta y de un espectáculo, con tribunas de pago levantadas para contemplar los actos principales. La prensa y el cine se encargaban de ampliar su alcance y de ensalzar la figura del rey bienamado, al que las masas aguardaban, expectantes, y aclamaban en las películas mudas que se difundían de inmediato.[25]

La cansina repetición de los programas ocasionó algunas quejas. *La Correspondencia de España* opinaba en 1904, por ejemplo, que el rey se podía ahorrar tanta fatiga y conocer las poblaciones por medio del cinematógrafo, pues en todas partes veía lo mismo. Otros medios, como *El Diario Universal*, romanonista, creían en cambio que los viajes mostraban la abundancia de monárquicos, más allá de mujeres, aristócratas, funcionarios y clérigos. Los republicanos, por supuesto, criticaban el derroche, acusaban a sus rivales de comprar «bullangueros de todas las clases sociales» para que fingieran su alegría y quitaban importancia a las aglomeraciones, que atribuían a la curiosidad. Pero las protestas, atajadas por la policía antes de que las presenciara el monarca, no pasaron de lo testimonial y nunca

arruinaron una jornada, ni siquiera en los municipios controlados por el republicanismo, como Coruña o Valencia, tras probables acuerdos con el Gobierno. Lo mismo ocurrió en las regiones tradicionalistas e incluso en Estella, capital del carlismo en la última guerra. Sin embargo, las buenas acogidas no trastornaron la correlación de fuerzas electorales, pues los partidos dinásticos, poco duchos en las labores organizativas de la política de masas, no supieron traducirlas en mayores apoyos. En todo caso, la corona probaba su capacidad cohesiva y el propio Alfonso XIII, recibido a su regreso a Madrid por nuevas oleadas de amor popular, veía, una y otra vez, reafirmada su vocación intervencionista y regeneradora.[26]

CONDE DE BARCELONA

Las expediciones regias con más repercusión política fueron, desde luego, las que llevaban a Alfonso XIII a Cataluña. Allí había crecido un fuerte movimiento nacionalista que unos años atrás había pasado de reivindicar su cultura vernácula a sostener demandas de autonomía. Al cambiar el siglo, había alumbrado asimismo un partido –la Lliga Regionalista– capaz de revolver las premisas no ya de la escena catalana sino del entero sistema político español. En Barcelona, una ciudad dinámica e industrial en pleno desarrollo, ese catalanismo compitió con los republicanos de diversas obediencias hasta desterrar a las viejas clientelas dinásticas. Su reto y el revolucionario de los anarquistas convirtieron a la urbe en un lugar tan complejo como explosivo. Dentro de ese marco, las giras reales aspiraban a recuperar terreno para la causa monárquica y a buscar algún acomodo a la identidad catalana dentro de España. Los planes de Antonio Maura, verdadero ideólogo de la operación, pasaban por una alianza del partido conservador con la Lliga y sus bases mesocráticas y confesionales, a cambio del reconocimiento de las peculiaridades autóctonas y de medidas descentralizadoras. Lo cual implicaba la división del catalanismo y la integración de su ala derecha en la monarquía constitucional. Dentro de la estrategia maurista de desactivación política y activación simbólica de la corona, el rey visitó Cataluña varias veces durante sus gobiernos, en 1904, 1907 y 1908.

Las monarquías acumulaban en toda Europa un capital histórico que les permitía cultivar vínculos muy antiguos con territorios de tradiciones, lenguas y trayectorias diversas. En el Reino Unido, la dinastía se colocaba en la cúspide de un nacionalismo imperial que abarcaba varias naciones culturales, para lo cual exhibía sus nexos con cada una de ellas, del principado de Gales a las costumbres escocesas de la familia real. Un esquema que dio réditos,

aunque no pudo evitar el agravamiento del conflicto en Irlanda y la ulterior guerra civil en la isla. La multilingüe Bélgica o Alemania, donde el emperador y rey de Prusia era un *primus inter pares* junto a los monarcas de los demás estados federados, ofrecían otros modelos de unidad en la diversidad. Sin embargo, los catalanistas miraban más bien, desde tiempos de la regente, al ejemplo confederal austro-húngaro. No pensaban en la independencia, sino en alguna fórmula que recogiera sus aspiraciones dentro de un nuevo Estado o imperio español donde ellos mismos marcaran el rumbo y que, como la doble monarquía danubiana, dejase a sus componentes amplias competencias. Si el Habsburgo era a la vez emperador de Austria y rey de Hungría, el Borbón podía ejercer como rey de Castilla o España y conde de Barcelona. De esa manera, Cataluña dispondría de hilo directo con el trono y disfrutaría de autogobierno. No llegaba tan lejos Maura, quien deseaba movilizar a las clases católicas mediante una descentralización local y regional que aprovechara las fuerzas existentes, como las del catalanismo, y –al menos en términos retóricos– acabase con el fraude caciquil para animar a la participación ciudadana. Ambos proyectos se valían de don Alfonso como símbolo compartido.27

De manera que, en abril de 1904, dentro de su agotador itinerario por el país y sin hacer caso a las advertencias sobre el peligro que corría, Alfonso XIII fue a Barcelona y a otros muchos puntos de Cataluña. Hizo un repaso enciclopédico similar al de otras etapas, con ceremonias patriótico-religiosas, como la concentración de los somatenes –las viejas milicias rurales– en el santuario de la virgen de Montserrat y bajo la bandera del Bruch, atención continua al mundo empresarial y agrícola, y bienvenidas más que entusiastas. Tras estas últimas se sospechaba la compra de espectadores por parte del marqués de Comillas, aunque observadores catalanistas como el poeta Joan Maragall constataron la esperanza colectiva que despertaba aquel rey carente de pasado, un «ídolo de carne y hueso». Hubo reuniones republicanas animadas por el populista Alejandro Lerroux, sin mayores consecuencias, y películas sobre el evento. Las sorpresas vinieron de otro lado. Un ala de la Lliga participó en la acogida y, por boca de su concejal barcelonés Francesc Cambó, pidió al monarca instituciones autónomas. Al mismo tiempo, quedó de manifiesto la importancia que el catalanismo atribuía al idioma, nervio de su nacionalidad, cuando arrancó a don Alfonso la promesa, que nunca cumpliría, de aprenderlo y hablarlo en público. Su equivalente en Bélgica, el movimiento flamenco, sí consiguió que su monarca utilizara el neerlandés, tal vez porque allí sus hablantes eran mayoría. Por otra parte, en torno a Maura se arracimó, tras un atentado anarquista que casi acaba con él, la opinión contrarrevolucionaria y confesional: la Cataluña de orden, base firme, si no para el españolismo, al menos sí para la monarquía.28

El episodio del *¡Cu-cut!* y las jurisdicciones rompió el hechizo y dio pábulo a una coalición entre catalanistas monárquicos y republicanos, por lo que el segundo intento de Maura necesitó de más visitas reales. En octubre de 1907, para inspeccionar los destrozos de unas inundaciones; en marzo de 1908, con el fin de recibir a la escuadra austro-húngara e inaugurar las obras de reforma de Barcelona; en octubre de ese mismo año, a tomar posesión de la plaza de canónigo que le correspondía, como conde de Barcelona, en su catedral; y, todavía más, en octubre y noviembre, con otra gira en la que vio el panteón de los condes en el monasterio de Ripoll. Estos viajes facilitaron la aproximación de los *lligaires* a la corona, patrocinada por el Gobierno, y su consiguiente ruptura con el republicanismo solidario. Hasta los nacionalistas vascos más moderados recibían con agrado a don Alfonso, señor de Vizcaya. No pasaron desapercibidas ni las concesiones de un condado al industrial catalanista Eusebi Güell o de la Gran Cruz de Isabel la Católica al presidente de la diputación barcelonesa y alma de la Lliga, Enric Prat de la Riba; ni la voluntad de Cambó, su voz emergente, de establecer una relación sin intermediarios con el rey, actor político mucho más duradero que sus gobiernos y poder constitucional cosoberano: «ayudad a Cataluña en todo aquello en lo que vuestra conciencia os diga que tenemos derecho y razón y Cataluña estará con vos».29

Tampoco el catalanismo quería encerrar a Alfonso XIII en un papel meramente representativo, sino que, como los liberales, alentaba su intervención política en favor de sus propios intereses. Pese a sus constantes alusiones a Budapest, no se aproximó a las cotas alcanzadas por los nacionalistas húngaros, pero sí a las de los checos, que gracias a los cauces parlamentarios condicionaban la política estatal. En conjunto, los viajes regios del primer septenio alfonsino dejaron clara la popularidad del rey y la riqueza de recursos a su disposición para fundirse con múltiples discursos nacionalistas, tanto con los conservadores, que veían en la monarquía católica el eje de la historia española, como con los progresistas, quienes consideraban al joven Alfonso el ariete de su europeización. Más aún, las ambigüedades simbólicas del trono permitían imaginar también un arreglo para el contencioso catalanista. Cada cual –desde los notables locales hasta los obispos, pasando por un público atento a cuanto ocurría– proyectaba sus deseos sobre Alfonso XIII, investido con un halo cuasiprovidencial. En eso consistía su magia.

---

1. Maragall (1904, 1912), p. 53.

2. *El Gancho*, 10.1908, p. 17. *Abc*, 16.6.1908. Cita de fray Ramiro de Munzán, «El Rey en Zaragoza», *La Unión* (Jaca), 18.6.1908.

3. *El Gancho*, 10.1908, pp. 16-18. Cita en *El año político*, 14.6.1908. Más detalles, en Moreno Luzón (2021).

4. *El Noticiero*, 16.6.1908. *El año político*, 29.10.1908. RO 8.10.1908. Ramón (2014), pp. 227-232 y 242-243.

5. Juan y Arruga (2003). *Abc*, 15-17.6.1908. *El Imparcial*, 29.10.1908. Pamplona (dir.) (1911), p. 87. AGP Cª 15502/2.

6. *Abc*, 22.3 y 2-5.5.1908. *El Imparcial*, 3.5 y 15.7.1908.

7. AM L311/17. *El País*, 9.4.1908. *El Liberal*, 3.5.1908. *El Imparcial*, 19.4 y 4.10.1908.

8. Mariot (2006). Kohut (1991), pp. 155-176. Velde (2006). Brice (2010), pp. 251-306.

9. La Parra (2018), p. 564-568. Núñez García (2019).

10. Cita en Sampol (1904), p. 6. Sobre los viajes de Alfonso XIII, Moreno Luzón (2013) y Barral (2016).

11. Las ideas de Maura, en González Hernández (2003). Citas en *El año político*, 18.8.1902; y *DSC*, 21.6.1907. *El Globo*, 30.10.1906.

12. Cita del obispo en *La Vanguardia*, 11.4.1904. Símbolos nacionales, en Núñez García (2016), p. 230; y Moreno Luzón y Núñez Seixas (2017), pp. 126-127. *El año político*, 26.4.1904 y 5.5.1904 (cita atribuida al rey).

13. *El monumento a Numancia…*, Madrid, Ambrosio Pérez y Cía., 1906, cita en p. 6. Díaz-Andreu (2004), pp. cxxi-cxxx. Antón y García (1913-1914), 1, pp. 282-283. *El año político*, 2.8.1902. Naldi (2018).

14. *El año político*, 7.8.1902, 4.9.1903 y 24.7.1904. Barral (2016), pp. 108-113. Luengo y Delgado (2016), p. 93.

15. Brisset (2015). Ramón (2014), p. 217. Sol (2014).

16. Cita en José Mir, «Desde Sevilla», *Abc*, 14.4.1906. *El año político,* 29 y 31.8.1903, 22.4.1904, 11.9.1904 y 11.4.1906.

17. Cita en *Heraldo de Madrid*, 6.9.1903. *El año político,* 12.9.1903, 23.5.1904 y 8.2.1911. Ejemplos, en Urbano (1904, 2000).

18. Valencia, en Archilés y García (2016), pp. 209-213. Sobre Santiago, AGP Cª 15505/1: cita en un folleto titulado «A Galicia, a nuestros paisanos», s.p.

19. Entierro, en Fernández Blanco (1906), p. 9. Málaga, en *El año político*, 17.10.1907.

20. Brice (2010), p. 82. *El año político*, 25.6.1903. El albismo, en Cano (2016), pp. 164-168.

21. *Guía ilustrada de Sevilla*, Sevilla, s.e., 1904. *Concurso escolar*, Valencia, Vicente Boira, 1905. *El año político*, 16-18.10.1903; Unamuno, 1.10.1904.

22. Cita en Gaona (1904), p. 6. Peticiones, en AGP Cª 15803/10 y AM L148/1. *El año político*, 21 y 29.4.1904. Favores recibidos, en *La Monarquía*, 1.6.1912.

23. Melián (2004). Romanones (1928-1947, 1999), pp. 214-217. *Viaje de S.M. el Rey a Canarias*, Madrid, Imprenta de la 'Gaceta de Madrid', 1906, cita en p. 15.

24. *El año político,* 4 y 6.8.1902 y 9 y 11.4.1906 (cita). Urbano (1904, 2000). Fernández Blanco (1906). Cita del baturro, en Antón y García (1913-1914), 2, p. 6. Colección de anécdotas, en «Algunas notas referentes a Su Majestad el Rey» (¿1927?), AGP Cª 15413.

25. Cita en *La Ilustración Española y Americana*, 30.4.1905. Los aplausos femeninos al rey, por ejemplo en *Heraldo de Madrid*, 17.4.1904; y en un discurso de Nicolás Salmerón, en *El año político*,

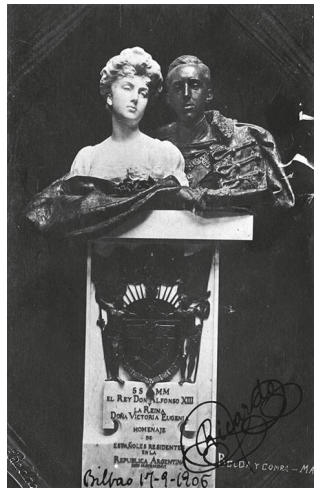
9.6.1904; las cigarreras, 9.5.1904. *Viaje regio*, Barcelona, Tipografía La Académica, 1904, p. 46. Melián (2004), pp. 109-111.

26. *La Correspondencia de España* 16.5.1904. *El año político*, 19.8.1903 y 16.5.1904. Cita de *El Porvenir* (León), en Cano (2016), p. 152. También Archilés y García (2016), p. 200.

27. Olechnowicz (2013). Ucelay-Da Cal (2003), pp. 496-505. González Hernández (1997), pp. 281 y ss.

28. Maragall (1904, 1912), cita en p. 56. Rubí (2012). Riquer (2013), pp. 40-47. Bélgica, en Van den Wijngaert, Beullens y Brants (2002).

29. *El año político*, 20.10.1907, 6.3, 14.7, 20.8 y 21 y 23.10.1908. Riquer (2013), pp. 52-57. Cita en Francesc Cambó, «El que jo diria al Rey», *La Veu de Catalunya*, 22.10.1908.



Bustos de los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia, por Mariano Benlliure (1906). Foto: Belda. © Patrimonio Nacional.

5

Patrimonio nacional

El único símbolo representativo
que perpetúa y queda de los grandes reinados
es el monumento.

MARQUÉS DE LA VEGA INCLÁN[1]

Querido Joaquín! Gracias!
Ya sabes que siempre echaré el resto por España.

ALFONSO XIII[2]

CULTO AL GENIO

El 24 de octubre de 1912, en Valladolid, la notaría de Luis Ruiz de Huidobro otorgó las escrituras de compra de tres casas ubicadas en la calle del Rastro, antiguo arrabal de la ciudad. Las firmó Benigno de la Vega Inclán y Flaquer, oficial de caballería en la reserva y comisario regio de Turismo y Cultura Artística Popular: una en nombre del rey Alfonso XIII, que adquiría el edificio «de su peculio particular»; las otras dos, por encargo de Archer M. Huntington, presidente de la Hispanic Society of America, de Nueva York. Actuaron como testigos el alcalde liberal de la capital castellana, el rector de su Universidad y el capitán general de la región. Con este acto –«modesto en la forma, pero de alta y elevada significación»– nacía la Casa de Cervantes, consagrada a recordar al autor de *Don Quijote de la Mancha* en el lugar donde había vivido a comienzos del siglo XVII, coincidiendo con la publicación de su célebre obra. La prensa local y la nacional se hicieron eco inmediato del acontecimiento y reprodujeron los telegramas que habían intercambiado el marqués de la Vega Inclán y el monarca. Según el primero, aquel sería un «centro de gran cultura y vinculación con América que aquí vendrá a rendir un homenage [sic] a España, solar y patria espiritual de cuantos conocen el habla castellana». Vega Inclán atribuía el mérito a don Alfonso, que así evitaba la ruina de esta joya histórica y daba una prueba más de su interés por ofrecer «el debido tributo a las glorias patrias, ninguna tan alta como Cervantes».[3]

En aquellos momentos, la figura de Miguel de Cervantes había alcanzado, junto a su criatura don Quijote, la categoría indiscutible de emblema de lo español y, por extensión, de lo hispánico. En torno al tercer centenario de la

primera parte de la novela, en 1905, numerosas instituciones públicas y privadas lo habían ensalzado como síntesis de la personalidad nacional, que todos debían conocer para empaparse de patriotismo y tomar aliento para acometer la titánica tarea de regenerar España. Se multiplicaron entonces las procesiones cívicas, las ediciones escolares y los suplementos periodísticos, mientras los intelectuales preocupados por los problemas del país le dedicaban ensayos. En las creaciones cervantinas latían los secretos de la nación, que habían originado su antiguo esplendor y cabía rescatar. Además, sólo Cervantes estaba a la altura de escritores de fama mundial como William Shakespeare o Dante Alighieri, sus equivalentes en otras lenguas, por lo que merecía los máximos honores. Al mismo tiempo, en la América hispana se reivindicaba una forma de ser y sentir que el novelista había captado mejor que nadie: la hidalga, de una espiritualidad idealista que contrastaba con el materialismo anglosajón. En ese contexto, la intervención del rey en el proyecto de la Casa de Cervantes lo vinculaba a un nacionalismo cultural que identificaba a la patria con el idioma y le proporcionaba una lucida dimensión exterior. Don Alfonso había presidido ya festejos quijotiles, de concursos literarios a batallas de flores. Ahora, al respaldar la iniciativa del comisario de Turismo, se disponía a preparar la siguiente conmemoración, que había de superar a las anteriores cuando en 1916 se invocara la muerte del *genio de la raza*.[4]

La vivienda que Cervantes había habitado con su familia entre 1604 y 1606, localizada gracias a su aparición en los papeles de un turbio caso de asesinato, ya había acogido un pequeño museo y un ateneo. Lo había visitado en 1876 Alfonso XII, confeso «entusiasta del *Quijote* y admirador del manco de Lepanto». Pero los intentos de obtener su recuperación por parte del Estado habían chocado con negativas recurrentes, que dudaban de su autenticidad y advertían de la avalancha de peticiones que vendría de concederse la solicitud. Y en esto llegó el marqués de la Vega Inclán, nacido en Valladolid y graduado en su academia militar, quien convenció al rey para que encabezase la campaña de salvamento de un bien que de golpe se volvió imprescindible, por su simbolismo más que por su valor artístico, para el acervo patrio. No fue un compromiso coyuntural, pues don Alfonso siguió pendiente de su fundación: el comisario acudía a su protección cada vez que encontraba dificultades burocráticas y él la recorrió en varias ocasiones, aprovechando su presencia en los actos del arma de caballería. Es decir, se ufanaba de su aportación al culto cervantino. En 1921, entre aclamaciones, se la mostró a la reina.[5]

Bajo el patrocinio regio, la Casa de Cervantes constituía un hito cultural atípico. Los planes de su ideólogo aspiraban a reconstruir el espacio donde había trabajado y sufrido el escritor de manera que, en un «refinado

recogimiento», transmitiera «la más dramática de las emociones al contemplar sus desnudas paredes y disposición primitiva de aquellos sagrados aposentos». Tratados con dignidad, decoro y respeto, estos compondrían una escena sobria, «sin galas ni disfraces ornamentales», imbuida de austeridad y perfecta para exhibir la pobreza que había experimentado Miguel de Cervantes, metáfora apenas disimulada de España. Un auténtico depósito del *Volksgeist*, el espíritu nacional. Para ello bastaría con unos cuantos muebles y libros escogidos con mimo, sin olvidar alguna alusión a la batalla donde el genio se había malogrado el brazo en combate con la flota turca. Vega Inclán recorrió pueblos y molestó a obispos, pero no obtuvo la bandera de Lepanto que buscaba, remplazada por un cuadro. Ante la fachada, un jardín muy español, de boj y mirto, y una fuente en medio con un surtidor que representaba el fluir de la lengua castellana entre dos continentes. Idioma que había que depurar mediante la difusión de la obra cervantina, para que españoles e hispanoamericanos conocieran y reforzasen su propia identidad. Así, el centro se volcaría en sus bibliotecas, una con ejemplares raros y buenos, otra popular para ilustración del pueblo; y sus ediciones baratas de los textos de Cervantes.[6]

El marqués contraponía sus ilusiones a «esos cementerios sin amenidad, sin intensidad y sin vida que son la mayoría de nuestros museos». Indignado con estos almacenes de piezas, sintonizaba con la visión que defendían en España los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, quienes concebían cada museo como un foco pedagógico donde los visitantes aprendieran a través de experiencias, pensadas a menudo para entender y valorar la cultura nacional. Y se incardinaba asimismo en la reciente moda de las exposiciones de ambiente, al alza tanto en Europa como en América, que recomponían interiores en las grandes galerías para proporcionar tanto conocimientos como emociones. Los nacionalismos, que habían hecho de artistas y escritores los símbolos y héroes de sus respectivas patrias, alumbraron asimismo casas-museo de esos personajes. Como ocurrió con la del pintor Rembrandt van Rijn en Ámsterdam, asumida por el ayuntamiento e inaugurada por la reina Guillermina en 1911. Aunque la más relevante, y modelo para otras, era la natal de Shakespeare en Stratford-upon-Avon, conocida desde el siglo XVIII pero recuperada a mediados del XIX cuando, tras el rechazo gubernamental a cargar con los gastos, salió a una subasta que ganaron los fondos recaudados entre particulares. El principal donante fue el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha, consorte de la reina Victoria y patrono del Royal Shakespeare Club.[7]

La Casa de Valladolid resultó posible gracias a Alfonso XIII, decidido a erigirse en imagen y motor de una España renovada, que rescataba lo mejor de su pasado para encarar el futuro. Las empresas de Vega Inclán, donde se

mezclaba el patrimonio histórico-artístico con las promesas económicas del turismo, encajaban sin esfuerzo en su misión patriótica. Pero también fue necesaria la ayuda de Archer M. Huntington, mecenas empeñado en compendiar el alma española en su museo neoyorkino y fuente inagotable de recursos financieros para sus contactos españoles. El marqués acudió a ambos y también a sus más cercanos amigos del entorno institucionista y liberal. Según le contaba con cierta exageración a Huntington, los «tres ejecutores» del plan cervantino eran Manuel Bartolomé Cossío, Joaquín Sorolla y él mismo. Con Cossío, uno de los orientadores de la Institución e historiador del arte, había colaborado en su primera y exitosa creación, la Casa y Museo del Greco en Toledo, y con él calibró la colocación en Valladolid de una virgen dolorosa del pintor, asociada a las penas de Cervantes. A Sorolla, artista extraordinario de ese mismo círculo, le pidió un retrato del monarca para que su efigie estuviera «presente ante la numerosa juventud» que pasaba por la biblioteca. Como no atendió su encargo, hubo de conformarse con el lienzo mediocre de un académico y profesor autóctono. Más útiles le fueron sus influencias políticas, porque en Valladolid mandaba el liberal Santiago Alba, ministro asesorado por los institucionistas, quien propició que el alcalde de su partido diera facilidades a la Casa.[8]

Tanto Alfonso XIII como Huntington cedieron sus posesiones cervantinas al Estado, que aceptó mantenerlas. El millonario lo hizo en 1918 con un documento ratificado en París por el encargado de negocios español y amigo del rey, José Quiñones de León, ante el político conservador y coleccionista Guillermo de Osma, próximo también a Huntington, quien recibió a continuación la gran cruz de Isabel la Católica. En la escritura de donación del monarca, de 1915, se hablaba de «una institución ejemplarísima siempre y ahora especialmente en vísperas de conmemorarse el tercer centenario de Cervantes», a la cual peregrinarían muchedumbres. Según un periodista adicto, se trataba de «un Templo glorioso dedicado al habla castellana y por ende a España entera». Sin embargo, tales ditirambos no encontraron justificación en la realidad, mucho más humilde. Nunca se formó su patronato y tampoco sirvió de sucursal en España de la Hispanic Society, aunque dedicara una sala a su labor, mientras el museo de ambiente tardó lustros en completarse. De las multitudes de creyentes nadie volvió a acordarse. Su principal logro residió en el mantenimiento de una biblioteca local que consultaban cientos de obreros y estudiantes universitarios, tan activa que ni siquiera cerró durante la epidemia de gripe de 1918, cuando hubo que someterla a constantes desinfecciones, acompañadas del reparto de antisépticos y consejos sanitarios. A su vera se distribuían unas cuantas publicaciones de y sobre Cervantes, y los folletos de la Comisaría Regia de Turismo. Fue, más que nada, un gesto patriótico bien publicitado.[9]

Al llegar el centenario de 1916, los fastos oficiales previstos se suspendieron con la excusa de la Gran Guerra: parecía obsceno celebrarlos en mitad de las matanzas europeas. Eso sí, la biblioteca de la Casa de Cervantes abrió ese 23 de abril, fecha del fallecimiento del escritor, cuando se acercaron a verla hasta los jóvenes socialistas de Valladolid; y sus padrinos se implicaron también en otras manifestaciones de la conmemoración. Por ejemplo, el rey alentó un certamen de dibujos sobre el Quijote, convocado por el diario liberal *Heraldo de Madrid*, y se interesó por el gran monumento que debía erigirse en la Plaza de España de la capital, a cuyo concurso se presentó un boceto que inspiraba Sorolla y diseñaba el arquitecto de la Comisaría Regia de Turismo, Vicente Traver. De tono moderno y simbólico, no resultó premiado. Más aún, don Alfonso envió valiosos tapices dieciochescos del palacio de El Pardo a la Hispanic Society, que en 1917 montó una exposición itinerante en la que se incluía la serie *Aventuras de don Quijote*. De ese modo se conocían en Estados Unidos las colecciones reales y rendía nuevos frutos el entramado que, protegido por el monarca, pugnaba por revalorizar el patrimonio nacional para atraer la atención de otros países y, de paso, fijaba el canon de lo español, sus emblemas y mitos principales. Para su estrella más luminosa, Cervantes, la Hispanic orquestó además una muestra bibliográfica y proyectó un arco triunfal que nunca se realizó. Al conocer estas últimas intenciones, el rey comunicó por cable su júbilo a Huntington, en un francés dudoso: «sa majesté recois avec joie oferte societé hispanique erigir monument cervantes elevant nombre origine espagnole regardant millions personnes parlent castillan». Todo se le hacía poco para honrar al genio.[10]

LA IMAGEN DE LA NUEVA ESPAÑA

Aquella red cultural, tejida alrededor de Alfonso XIII en los quince primeros años de su reinado, tuvo uno de sus nudos principales en el pintor Joaquín Sorolla. El regeneracionismo liberal lo elevó a los altares, como verdadero intérprete de la españolidad, y al mismo tiempo la familia real le permitió convertirse en su retratista de confianza y en artífice de la imagen de un monarca identificado con el país. Con una España característica, inconfundible y moderna a la vez, camino de superar la crisis del *desastre* a la sombra de su soberano. No por casualidad, en la época se desenvolvió un áspero debate acerca de qué arte representaba mejor las esencias nacionales: si el del valenciano Sorolla, especialista en captar los reflejos de la luz sobre paisajes y personas, fotógrafo de una España deslumbrante y predilecto de los medios liberales, pues era amigo de los reformistas de la Institución Libre de Enseñanza y de políticos monárquicos como Romanones o Canalejas; o el de

su rival el vasco Ignacio Zuloaga, próximo a la generación literaria del 98, enamorado de una Castilla trágica de enanos, viejas de negro y cristos sangrantes, más lejano al mundo político de la Restauración. Ambos resultaban muy españoles, pero alimentaban miradas nacionalistas divergentes. Zuloaga apenas hizo alguna pintura del rey, que no gustó en palacio. En cambio, Sorolla consiguió realizar los retratos más apreciados por don Alfonso, quien entabló con él una relación de completa –y poco corriente–familiaridad.11

Esta relación comenzó a propuesta del propio Sorolla, cuando ya había recogido triunfos internacionales y ejecutado encargos que atañían a la realeza española. De joven había terminado el enorme lienzo *La jura de la Constitución por S.M. la Reina Regente Dña. María Cristina* (1898), para el Senado; y más adelante, a petición del Ministerio de Estado, trazó los perfiles de la madre y del hijo en el salón del trono para *La Regencia* (1906). Al cambiar el siglo el artista simpatizaba aún con las ideas republicanas, acordes con el liderazgo de Vicente Blasco Ibáñez imperante en Valencia, y se vio atribulado cuando sus regios modelos se disgustaron por las victorias antidinásticas de 1903, las que hicieron caer en desgracia a Maura. En 1907, Sorolla preparaba una gran exposición monográfica en Londres, que había de significar su lanzamiento definitivo, y quiso que la presidieran las figuras del rey español y la reina inglesa, recién casados. Le sirvió de intermediario el caballerizo marqués de Viana, pronto su cómplice en estas lides, que vio con claridad las ventajas de poner al pintor más brillante del momento al servicio de la corona. Sorolla acudió pues al palacio de La Granja de San Ildefonso y produjo allí varios retratos de las personas reales. A partir de entonces, conforme crecían las encomiendas y los tratos con don Alfonso, aumentó también la fe regeneracionista del pintor, que, como la de tantos otros, uncía el porvenir de la patria a sus acciones, en conexión con el pueblo y contra la sucia política al uso. Aunque le gustara declararse con humor un «liberalote furibundo», su monarquismo ya no decaería. En una entrevista de 1913, exclamaba: «¡Ah, el Rey! ¡Nuestro gran Rey! ¡Qué grandes esperanzas me ha hecho concebir respecto al bien de mi país!».12

Ese verano de 1907, Sorolla pintó en La Granja un retrato antológico de Alfonso XIII: bañado de luz en el parque del real sitio, con el ademán arrogante de sus veintiún años y vestido de húsar de Pavía. La indumentaria de gala de este regimiento de caballería –refundido en vísperas de la expedición africana de 1859-60 y guardián exterior de palacio– destacaba por su vistosidad: dolmán rojo y pelliza azul, salpicados de cierres dorados y condecoraciones metálicas. El artista consideraba el vibrante efecto «muy español» y al rey el lienzo le parecía «extraordinario por muchas razones», tanto que lo emplazó en su antedespacho palatino, entre los óleos de otros

Borbones. Transmitía juventud y fortaleza regeneradora. Las revistas ilustradas reprodujeron las sesiones de posado, mientras un opinante tan conocido como el dramaturgo Ramón María del Valle-Inclán –partidario del noventayochista Zuloaga– consideraba que el César hispano, perdido entre luminosos colores, parecía un cangrejo cocido. Una crítica demoledora al autor, superficial a juicio de sus detractores. Aquel uniforme, desde luego, encantaba a don Alfonso, quien un año antes se había puesto de igual guisa para una obra de Mariano Benlliure que el Club Español de Buenos Aires –casino de las élites emigrantes– le ofreció como regalo de bodas. El busto en bronce del rey, que en el original abrazaba a la delicada reina labrada en mármol, fue reproducido después como decoración para los cuarteles. Benlliure, de Valencia y con orígenes republicanos como su compañero Sorolla, obtuvo asimismo la consideración del monarca, quien no anudó con él una amistad tan estrecha pero frecuentaba también su estudio. Eso sí, alcanzó un grado similar de aprecio por parte de las autoridades –como ya se ha visto, ejecutó el monumento a Alfonso XII– y modeló diversos retratos de los soberanos: bustos, medallas y figuras ecuestres a pequeña escala. Ambos definieron la imagen artística oficial de la España alfonsina.[13]

Al pintar a los reyes, Joaquín Sorolla gozaba «de algo que tuvieron en remotas fechas los grandes maestros», mientras la prensa lo ensalzaba como un nuevo Velázquez o un nuevo Goya ante las familias de los Felipes y los Carlos. El óleo sorollesco del monarca tuvo su pareja en otro más contenido de doña Victoria Eugenia, con mantilla negra y abanico que, como ella quería, acentuaban su rápida españolización. Pero, para sorpresa de la corte de Madrid, este último cayó muy mal entre sus parientes británicos, que no concebían una reina castiza y desprovista de majestad. Nada pudo hacer ante ellos el frustrado Viana, que defendió el españolismo de aquel boceto y lo retiró tras la airada respuesta del rey. El rechazo inglés forzó una nueva versión, con armiño y corona, de la que Sorolla no quedó satisfecho. Y es que la soberana le había obligado a rehacer el busto, exagerado a su juicio por la reciente maternidad. El artista no sentía hacia ella la misma admiración que le inspiraba don Alfonso, e incluso –como anotó en su diario Huntington– «odia[ba] a la reina con feroz inquina valenciana» y la juzgaba sin talento, como buena «Battenburg [sic]». Además de a los reyes, su pincel recreó al príncipe de Asturias recién nacido, de cuyo retrato se hicieron varias copias para familiares y admiradores.[14]

La muestra de Londres en 1908, que el rey visitó dos veces en compañía de Viana, permitió a Sorolla dar el salto a América. Tanto el caballerizo como el monarca le animaron a aceptar la invitación de Archer Huntington, ese «chiflado por España» que compró allí algunas obras y quiso abrir la Hispanic Society con una exposición suya, seguida de otra a cargo de Zuloaga. La

España de la luz y la España negra frente a frente. Por descontado, Alfonso XIII prefería la primera, que consintió en poner bajo su patrocinio, y comunicó al artista su contento –«como buen español»– por el enorme éxito obtenido, que le abrió las mansiones y los museos norteamericanos, transformado en una especie de embajador cultural de España. Lo mismo que recogía la prensa madrileña y que hicieron sus amigos institucionistas, Giner y también Cossío, emocionado porque, gracias al talento de Sorolla, «el espíritu de la patria [iba] a fecundar a otros pueblos». Acto seguido, el pintor elaboró en los Reales Alcázares de Sevilla un retrato del rey para la Hispanic, más logrado quizá que el de húsar: cubierto con el manto blanco de gran maestre de las cuatro órdenes militares, cuya prosapia aristocrática y guerrera tanto le agradaba, aparecía de perfil, solemne y reflexivo, iluminado sobre un fondo oscuro. La tradición se remozaba con un toque de modernidad y componía la perfecta autoimagen de don Alfonso, que firmó de su puño y letra la dedicatoria a la sociedad americana y, agradecido, puso una violeta en el ojal de Sorolla. Hasta que cayó enfermo, antes de su prematura muerte en 1923, el pintor sintió por él un cariño paternal y no dejó de pintarlo, le regalaba cuadros por su santo y pedía su asistencia para diversos asuntos, como nombramientos y subvenciones. Con Vega Inclán y Viana, inseparables del rey, su comunicación era constante.[15]

Aunque en tiempos de Alfonso XIII la fotografía estaba más que desarrollada y proliferaban las películas informativas, los retratos al óleo disfrutaban de un prestigio especial, como una de las máximas representaciones de poder y estatus. Al igual que en reinados anteriores –por ejemplo, su bisabuelo Fernando VII se había ocupado de la correcta exhibición pictórica de su autoridad–, don Alfonso cuidó esta faceta. Pero, fuera del descubrimiento de Sorolla, no tuvo demasiada suerte. Un primer conato a cargo del catalán Ramón Casas lo mostraba prognático, frágil y con gesto inquietante, demasiado natural. Muchos otros atendieron la caudalosa demanda pública con efigies casi siempre uniformadas de capitán general, pues el jefe del Estado se presentaba en estas ocasiones, lo mismo que en los viajes, como rey-soldado. A menudo lucía el atuendo de los húsares de Pavía, activos en Marruecos, y no le faltaban ni la banda de la orden de Carlos III ni el toisón de oro ni las cruces de las órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, a veces sobre el blanco manto. Estas insignias, que remitían a las glorias históricas de la monarquía –de la Reconquista a las guerras del siglo XIX– y las enlazaban con las nuevas andanzas coloniales, yacían casi olvidadas hasta que las rescató Alfonso XIII. Sólo un retratista real se aproximó a los aciertos de Sorolla: el húngaro Philip Laszlo, de gran predicamento entre la realeza europea, quien fue introducido por los Battenberg y de 1910 a 1927 hizo varias semblanzas de la real familia. Las del

príncipe y los infantes adornaron en palacio el despacho oficial del rey. La última del monarca, de húsar maduro, hacía juego con otra de la reina ataviada con mantilla española y juntas colgaron en la exposición que celebraba en Madrid las bodas de plata del reinado, orquestada por Benlliure. La huella sorollesca persistió hasta el final.16

Las labores patrióticas del círculo cultural alfonsino no se habrían expandido sin la colaboración de Huntington, quien dedicó buena parte de su fortuna a atesorar y difundir el patrimonio de España. Como el rey, creía en la bondad esencial del pueblo español, que a su juicio conservaba una incontaminada hidalguía: la que encarnaba el Cid Campeador, cuyo poema épico volcó al inglés. Sus contactos con el monarca comenzaron con un episodio rocambolesco, cuando en 1904 se descubrió un importante robo en la Real Biblioteca. Un empleado había sustraído ejemplares valiosos, algunos de los cuales llegaron a manos del coleccionista a través de un librero madrileño. El escándalo causado por el expolio, de un subido nacionalismo, se perdió en una maraña de traficantes y bibliófilos. Pero al enterarse Huntington del caso, devolvió a palacio las obras que poseía, sin coste alguno. A don Alfonso le agradó esta generosa actitud y armó con míster Arquero –como le llamaban en Madrid– una prolongada afinidad, de un ritualismo caballeresco, en la que ambos intercambiaban distinciones: por un lado la medalla de oro de la Hispanic, por otro las grandes cruces de Alfonso XII, la reina católica o Carlos III. Hacían de mediadores entre ellos Sorolla y Vega Inclán, hombres de confianza de ambos. Aunque rechazó un título nobiliario, inaceptable a su juicio para un norteamericano, Huntington tenía la mejor opinión del rey –quien al parecer le ayudó a salir de Alemania cuando estalló la Gran Guerra– y permaneció siempre atento a sus deseos.17

Además de la Casa de Cervantes, la Hispanic Society respaldó otras ideas vegainclanescas y se convirtió en la meca de muchos españoles que aspiraban a triunfar en Estados Unidos. Para intelectuales y artistas, ser miembro de la institución significaba un honor exclusivo, más aún si figuraban en la galería de ilustres que pintaba Sorolla, esculpía Benlliure y encabezaba el rey de gran maestre. Entre los intercambios que fortalecían su amistad con Huntington, sin parangón entre otros personajes extranjeros, don Alfonso envió a Nueva York los tapices de El Pardo y regaló tanto su retrato como la copia de una lámpara que colgaba en San Antonio de la Florida, ermita del Real Patrimonio, para el templo católico que se levantó junto al museo: rematada con la corona real, pendía de eslabones copiados del toisón y la orlaban motivos del escudo español. Pero su mejor vínculo fueron los éxitos sorollescos, propiciados por ambos. El monarca jaleó el gran encargo de la Hispanic al pintor, una *Visión de España* destinada a consumir la última década de su vida. Si el mecenas pensaba en un recorrido histórico por las

glorias hispánicas, el artista prefirió un friso de paisajes y tipos de las regiones peninsulares. Otra manera de percibir el *Volksgeist* español, custodiado por el pueblo en sus entornos genuinos –la variopinta naturaleza, las ciudades monumentales y sus fiestas– y captado no en su siniestra faceta inquisitorial, sino a través del pintoresco colorido de trajes y oficios tradicionales. Al culminar este agotador trabajo en 1919, Joaquín Sorolla lo notificó a su rey y recibió una alentadora impresión: «Sea enhorabuena por haber terminado su colosal obra que seguramente será admirada por las generaciones futuras como la fotografía pintada de la España del siglo XX antes del salto hacia arriba que seguramente daremos. Un abrazo, Alfonso, Rey».[18]

TURISMO PATRIÓTICO

La renovación de la imagen de España que promovían estos monárquicos formaba parte de un proyecto todavía más ambicioso, ligado al turismo. O, con mayor precisión, a un concepto peculiar de las actividades turísticas, más pendiente del tesoro histórico-artístico del país que de crear una industria competitiva, atento a la fijación y publicidad de símbolos nacionales y un tanto despreocupado respecto a las necesidades del incipiente sector: España era un gran museo, atractivo y singular. Un enfoque que se abrió paso con el beneplácito de Alfonso XIII y que llevaba el sello inconfundible del marqués de la Vega Inclán, a quien el monarca garantizó el monopolio oficial en este campo y encomendó múltiples tareas de representación. Y que, aún más, se movía con ambigüedad en el ámbito de la protección del patrimonio: por una parte lo restauraba y compartía la creciente conciencia nacionalista acerca del expolio de obras de arte que sufría España, y, por otra, se beneficiaba de la venta de esos bienes, al tiempo que se congratulaba de su positiva aceptación en el exterior. En cualquier caso, las fatigas de Vega Inclán marcaron la recién nacida política turística durante dos décadas y asociaron al rey a sus logros y fracasos, a la vez que asentaban una sensibilidad patriótica compartida por los diversos integrantes de su entorno social y político.[19]

Benigno de la Vega Inclán, ya se ha dicho, era un militar reconvertido en promotor cultural. Nacido en 1858, sacaba veintiocho años a Alfonso XIII, cinco más que Sorolla, y también lo miraba con ojos paternales. Hijo de un general fiel a los Borbones, pudo acercarse a él por su estrecha amistad con el duque de San Pedro de Galatino, compañero de estudios de Alfonso XII, y con personajes de palacio como Viana y Torres. Al joven monarca el marqués –simpático, algo bohemio y atrabiliario– le caía en gracia. Siempre leal, cumplía sus mandatos y le otorgaba un cierto protagonismo en el mundo de la cultura. Según Aureliano de Beruete, mentor de Sorolla e integrado en esta

misma red, Benigno «va y viene con S.M. como yo con mi hijo». Su primera fundación, y la de mayor recorrido, fue la Casa y Museo del Greco de Toledo, una aventura en la cual le asesoró Manuel Bartolomé Cossío, quien había canonizado a aquel artista cretense, casi perdido, como recipiente artístico de las esencias españolas en el Siglo de Oro, lo mismo que Cervantes en las letras. Vega Inclán recreó el ambiente que había respirado El Greco y luego cedió su parte museística al Estado, en una operación que prefiguró la de Valladolid. La imperial Toledo, sin embargo, tenía un valor añadido, ya que, a juicio de numerosos intelectuales y no pocos artistas, simbolizaba la España más gloriosa y genuina. Don Alfonso estaba conforme, presionó para que se le adjudicara un presupuesto anual y encabezó su patronato, que Sorolla imaginó con él sentado en el centro, entre el marqués de la Vega Inclán y Huntington, y con Cossío, Beruete y el propio autor de la escena a un lado.[20]

Así pues, el rey tomó parte en el redescubrimiento del Greco como pintor español, que ya había motivado una primera exposición durante su jura. El palatino duque de Tamames expuso en el Congreso «el patriótico ofrecimiento» de donación de los predios toledanos, mientras en 1909 el monarca avalaba con su presencia, en la Real Academia de Bellas Artes, la muestra de las obras rescatadas por Vega Inclán. Culminado el proceso, la Casa abrió sus dependencias un año más tarde y, junto al mismo marqués, al de Viana y al ministro liberal de Instrucción Pública, don Alfonso almorzó y departió largo rato en su cocina, el lugar más celebrado de la reconstrucción: los invitados se sentaban, en sencillos bancos de azulejería y ante una mesa de roble, bajo una gran chimenea adornada con cacharros antiguos. Una emocionante y españolísima experiencia. Allí acudieron asimismo visitas oficiales, del presidente de la república francesa al sah de Persia. Un periodista toledano apostillaba: «¡Ay, si la cocinita del Greco pudiera hablar!». El rey asumió también el plan de exhibir en Toledo una antología del arte español, del siglo XVI al XIX, que propuso denominar Museo Castellano, aunque esta idea no cuajó. Lo mismo que en Valladolid, el monarca concurría a menudo a la ciudad para ir a su academia militar, donde patrocinó la apertura de un museo de infantería en 1908. En términos turísticos, la creación vegainclanesca resultó un éxito abrumador, capaz de atraer a 100.000 viajeros en 1925 y de inspirar imitaciones en los sitios más inesperados, como un transatlántico. Si España era Toledo, Toledo era El Greco en su Casa.[21]

Este brillante escenario tenía claroscuros, sobre todo por la dedicación de Vega Inclán y sus colegas al comercio de obras de arte. El marqués hacía de marchante y colocaba en el mercado pinturas y objetos –no siempre auténticos– que codiciaban magnates foráneos, con frecuencia norteamericanos ansiosos por enriquecer sus colecciones o afectados por la

locura española, la moda que aquejaba a su país a pesar del 98. Huntington fue uno de ellos, cliente de una pléyade de buscadores a la que pertenecieron Vega Inclán, Beruete y Sorolla. Ese tráfico financiaba las fundaciones del marqués, al que un escritor toledano, Félix Urabayen, caricaturizó como un chamarilero protegido por las altas instancias y a la caza de nobles arruinados y monjas incautas. Al mismo tiempo, la conservación del patrimonio español entraba en los debates públicos y daba lugar a la primera normativa proteccionista, una ley liberal de excavaciones y conservación de 1911. Los hombres de la Institución Libre de Enseñanza –con Sorolla, Beruete y Cossío al frente– habían firmado años antes un manifiesto contra el despojo de unos Grecos de Toledo, un escándalo nacional que arropó el paso al erario público del museo vegainclanesco.22

Pero don Benigno, que formó parte de comisiones parlamentarias encargadas de estos problemas patrimoniales, no ocultaba a los próximos su ambivalente actitud al respecto. En 1909 se dirigía a Sorolla, entonces en Nueva York, para contarle que iba a enviar a las galerías neoyorkinas Ehrich un Goya –un retrato «delicioso» de la reina María Luisa– y acto seguido le comunicaba que «se ha votado en el Congreso una ley prohibiendo exportación obras arte [sic]. Si me animo a ir a hacerle una visita llevaré media docena de cositas». Contra los frenos a la exportación conspiraban la ineficacia estatal y los intereses de los propietarios que hacían valer su derecho a disponer de sus bienes, sobre todo los de la Iglesia, dueña de una buena porción del arte patrio. No obstante, la preocupación por el expolio estaba ahí y llegaba a palacio: Huntington, durante una comida con los reyes en 1912, los tranquilizó diciéndoles que en España no compraba más que libros, porque las pinturas debían seguir en su lugar. Esa era su norma de conducta.23

Alfonso XIII convivió con esa tensión, entre el orgullo de dar a conocer el patrimonio español –con el riesgo de que marchara rumbo a otros países– y el deber de conservarlo en territorio nacional. Así, apoyó con todas sus fuerzas a la Sociedad Española de Amigos del Arte, compuesta por aristócratas tan cercanos al trono como el marqués de la Torrecilla, el duque de Alba y el imprescindible Vega Inclán. La Sociedad editaba la revista *Arte Español* y organizaba exposiciones enciclopédicas de artes decorativas –cerámica antigua, mobiliario, tapices, encajes o rejería– bajo su presidencia y la de la infanta Isabel. Fomentaba con ello la nacionalización de la vida doméstica, con modelos castizos para los diseñadores contemporáneos. Pero al mismo tiempo hacía de escaparate para que los nobles subastaran sus posesiones y hasta proporcionaba sus señas para localizarlas. Más allá, don Alfonso se implicó en la reorganización del Museo del Prado, emblema cultural de España, con el nombramiento de un patronato al que arribó el marqués; y en

la compra de obras para el mismo: en 1920, por ejemplo, encabezó la suscripción pública para que no se perdiera la *Virgen del caballero de Montesa* –de nuevo, una referencia a las órdenes militares– del renacentista Paolo de San Locadio. Del mismo modo, pidió a los obispos que no permitiesen la venta de piezas artísticas de sus conventos sin notificarla antes al Gobierno, con el fin de dejarlos en museos diocesanos o estatales y «evitar el que marchantes extranjeros por vil precio se lleven una parte importante del tesoro artístico nacional». De todos modos, la sangría no se detuvo.[24]

La Comisaría Regia de Turismo y Cultura Popular se constituyó en 1911, pensando en Vega Inclán, por decisión del Gabinete de José Canalejas, a cuya mayoría parlamentaria liberal se adscribía el marqués como diputado por Coria (Cáceres), antes de ser senador vitalicio. En sus creaciones se notaba el influjo institucionista, desde los museos pedagógicos hasta la búsqueda posterior de paisajes naturales y urbanos para los paradores, siempre tras el espíritu nacional que se encarnaba en los grandes personajes, en las ciudades y en la naturaleza, pero también en oficios y artes decorativas, con un amor inusual por los azulejos y los muebles de estilo castellano, que puso en el candelero. La Comisaría editó numerosos folletos y estudios divulgativos y se preocupó por los alojamientos para viajeros, que dejaban en España mucho que desear. La boda de los reyes había probado que Madrid carecía de hoteles confortables para los turistas de élite, por lo que Vega Inclán y el rey convencieron a empresarios extranjeros para construir y gestionar establecimientos de lujo como el Ritz y el Palace, donde don Alfonso puso dinero para que abrieran en 1910 y 1912, lo mismo que en el Hotel Real de Santander, de 1917. En paralelo hubo otros intentos en el mismo sentido, como el del duque de San Pedro de Galatino, senador conservador muy próximo a Vega y al monarca, que en Granada promovió el turismo a Sierra Nevada –construyó un tranvía y un albergue de montaña– y el Hotel Alhambra Palace, de estilo morisco y a los pies del palacio nazarí, inaugurado por Alfonso XIII en 1909, antes de una cacería.[25]

En los aledaños de palacio germinaron otras iniciativas vinculadas al patrimonio. Viana, por ejemplo, reclamó los consejos de su compinche Vega Inclán para exponer en su mansión cordobesa de Don Gómez arcabuces, libros de caza, cueros, azulejos históricos y papeles nobiliarios, junto a varios retratos del rey, uno de ellos de húsar. Este museo regional, que destacaba por el encanto de sus patios, recibió visitas concertadas en los años veinte. Más enjundia tenía el Instituto Valencia de Don Juan que fundó el conocedor de arte y político maurista Guillermo de Osma –yerno del conde de igual título, quien ejercía de director en la Real Armería–. Osma reunió en su palacete neomudéjar de Madrid una colección de piezas exquisitas a la que sólo accedían los estudiosos: tejidos, lozas, azabaches o joyas documentales y

bibliográficas. Un «laboratorio de trabajo» que se centraba en la catalogación de las riquezas españolas y vetaba la entrada al «simple curioso o desocupado», lejos de las masas de visitantes con que soñaba Vega Inclán. Además, el coleccionista, de fácil acceso al monarca, se ocupaba en España de los asuntos de Huntington, con quien compartía fastuosos regalos, publicaciones y amigables charlas en una elitista tertulia que frecuentaban el duque de Alba y el conde de las Navas, bibliotecario en palacio.[26]

Pero la principal herramienta cultural en manos del rey fue, sin duda, la Comisaría Regia, cuyo titular recurría a su autoridad cuando se topaba con obstáculos en los ministerios que desconfiaban de sus ocurrencias, trabas que él calificaba de «asechanza y almojarifazgo administrativo». En el escritorio del monarca se acumularon los asuntos turísticos, desde el arreglo de carreteras hasta las nuevas agencias de viajes. En 1914, la irrepetible mezcla de atracciones pintorescas y propaganda monárquica que apadrinaba el comisario culminó en la Exposición de Turismo que montó en Londres, bajo el lema precursor de *Sunny Spain*, y que don Alfonso pensaba sería «el acabóse»: un magno panorama de ciudades monumentales y exóticas, rodeado por reales tapices, junto a una sala protagonizada por el rey regenerador, con un retrato militar a caballo y trofeos deportivos. La fórmula condujo a un rotundo fiasco, porque los espectáculos folclóricos que la acompañaban se juzgaron vergonzosos, más impertinentes aun cuando ese verano se desencadenó la guerra europea. Pero los críticos del marqués de la Vega Inclán no consiguieron acabar con su poder, ya que Alfonso XIII siguió protegiéndolo durante más de una década.[27]

SITIOS REALES

La inquietud acerca de los bienes históricos y artísticos de España se dejó notar asimismo en el Real Patrimonio, donde Alfonso XIII podía actuar sin intermediarios, para reconstruir ambientes y edificios y para homenajear a las glorias patrias. La biblioteca de palacio, dirigida con profesionalidad por el conde de las Navas, fiel al rey y defensor de su educación, catalogó sus fondos y se completó con otras colecciones bibliófilas. De igual manera, don Alfonso alentó en El Escorial la recuperación historicista de los aposentos de Felipe II, fundador del monasterio. Como se recordará, su época –y, en general, el imperio español de los Austrias– se había grabado a fuego en sus tempranas nociones de historia, pues señalaba el esplendor de una España guiada por la monarquía católica. Los trabajos que llevó a cabo el conservador José María Florit, respaldado por el conde de Valencia de Don Juan y por el intendente Borja, siguieron una minuciosa investigación en crónicas coetáneas y

testamentarías. A partir de sus resultados, aquellas estancias se decoraron con parámetros similares a los que aplicó Vega Inclán en Toledo y Valladolid, aproximándose en lo posible al original y sin descartar ciertas reinvenciones: se limpiaron puertas y zócalos de azulejo, se recompusieron muebles, lámparas y telas; y hasta se rehízo la silla en que había viajado el enfermo «rey artista». El entusiasmo de Florit –que en 1912 llegó a caracterizarse de Felipe para un torneo escurialense, a la usanza del siglo XVI– fue recompensado por Alfonso XIII, quien consultó a Sorolla y le mandó proseguir la tarea a mayor escala, con requisas de piezas en los diversos sitios reales. El monasterio, lugar de memoria de la época imperial, admitía visitas.[28]

La voluntad restauradora de la época se manifestó con resultados todavía más visibles en los Reales Alcázares de Sevilla, residencia predilecta de Alfonso XIII y Victoria Eugenia, donde el marqués de la Vega Inclán, comisionado por su señor, dirigió las reformas con bastante libertad. Su primer objetivo común consistía en salvar de la piqueta el barrio de Santa Cruz, la antigua judería, y dotarlo de una idiosincrasia que atrajera a los viajeros, para lo cual el rey cedió una porción de su huerta. Lleno de rincones con encanto, fue todo un acierto y marcó la recreación regionalista de la ciudad antes de la exposición iberoamericana de 1929. El segundo se refería a los jardines de palacio, en los que Vega Inclán, por deseo de la reina, trazó un parque inglés y, más a su gusto, un recinto arábigo-andaluz –cuajado de fuentes, bancos y jarrones de cerámica– al cual incorporó la puerta plateresca de un palacio en ruinas que encontró en Marchena: apalabrada al parecer por el millonario norteamericano William Randolph Hearst, *alter ego* depredador de Huntington, pudo rescatarse gracias al derecho de tanteo que contemplaba la ley de 1911. Todo ello formaba un conjunto de gran personalidad, español a fuer de sevillano. Pero donde se barajaron las ideas patrimoniales más relevantes fue en la restauración del patio del Yeso, con arcos y paños calados del siglo XII –de época califal almohade– que el comisario de Turismo procuró consolidar con el mayor de los respetos hacia los materiales originarios. Así, las obras del real sitio, con la aquiescencia del monarca, se alinearon con uno de los bandos en conflicto dentro del mundo de la recuperación de monumentos.[29]

Y es que la revalorización del patrimonio enfrentaba a los restauracionistas, que no dudaban en añadir lo que hiciera falta para mostrar los edificios tal y como a su juicio habían de ser; y los conservacionistas, que abominaban de los pegotes y querían ante todo preservar los restos y documentarlos. Entre los primeros se contaban los discípulos españoles del francés Eugène Viollet-le-Duc, acaudillados por el arquitecto católico Vicente Lampérez; con los segundos militaban los liberales institucionistas y también

Vega Inclán. Su audaz intervención en el patio del Yeso le dio cierta autoridad sobre estos temas, que también hubo de tratar en la Alhambra de Granada junto al rey, muy interesado por el sino del gran monumento hispano-musulmán. Allí se habían cometido muchos abusos y se imponía un cambio de rumbo, con patronatos a los que también fue el marqués. Pero el conservacionismo no era la única opinión cercana al trono, que también escuchaba a sus enemigos. Por ejemplo, Lampérez se entendió con palacio para la recuperación del monasterio de Santa Clara en Tordesillas, que dependía del Real Patrimonio, donde arregló la residencia mudéjar de Pedro I de Castilla, del siglo XIV. En Granada, el monarca no quería contradecir a su poderoso amigo San Pedro de Galatino, quien favorecía los planteamientos tradicionales; de modo que, tras una visita muy esperada, resolvió el pleito en 1915 a favor de los restauracionistas. Vega Inclán, partidario de seguir el mismo sistema empleado en Sevilla y muy crítico con los elementos extraños que se introducían en la Alhambra, prefirió no obstante recoger velas ante don Alfonso, quien, como hacía en la vida política, impuso su criterio.30

La extensión y variedad de sus posesiones dio la oportunidad a Alfonso XIII, por último, de implicarse en el culto a otro héroe indiscutible de la cultura española, Francisco de Goya, que formaba con Velázquez y El Greco el olimpo de la pintura nacional. Sus cartones nutrían la colección real de tapices, facturada a Nueva York o a París como símbolo del prestigio de la corona, pero el patrimonio regio albergaba maravillas goyescas aún más valiosas en la ermita de San Antonio de la Florida, en Madrid, decorada con frescos del maestro. Los restos mortales del pintor, vueltos del exilio, se habían sepultado al cambiar el siglo en el cementerio madrileño de San Isidro; y poco después se habían desatado campañas –iniciadas por el periodista demócrata Alejandro Saint-Aubin, cuñado de Canalejas– con objeto de impedir la venta al extranjero de la cúpula pintada, frenar su deterioro y mover de nuevo las cenizas para convertir el templo en un mausoleo. En respuesta a estas demandas, el monarca emprendió en 1912 largas negociaciones con la Iglesia que lograron el traslado de los ritos católicos a un edificio gemelo de nueva planta, abierto para el centenario de Goya en 1928. Entre tanto, en noviembre de 1919 se depositaron bajo la bóveda del primer oratorio los restos del genio, con una sencilla ceremonia presidida por el jefe superior de palacio, el marqués de la Torrecilla, que colocó sobre la tumba, en nombre de don Alfonso, una corona adornada con los colores nacionales. Asistieron las autoridades ministeriales y personajes como Romanones, Benlliure y Sorolla. Junto a algunos de sus colaboradores habituales, el rey quedó así asociado a la memoria de Cervantes, El Greco y Goya, hitos de la identidad española y razón de ser de políticas culturales y patrimoniales nacionalistas bajo su reinado.31

1. Nota de Vega Inclán, s.d., AGP Cª 15592/1.

2. Tarjeta de Alfonso XIII a Sorolla, s.d., MS CS1146.

3. *Casa de Cervantes en Valladolid*, Madrid, Comisaría Regia de Turismo y Cultura Artística, 1916, cita en p. 3. Cita en Vega Inclán al rey, 24.10.1912, AGP Cª 15630/5. *La Época*, 25.10.1912. *Abc*, 26.10.1912. Citas, en *El Norte de Castilla*, 25.10.1912.

4. Moreno Luzón (2021). El rey en el centenario de 1905, en AGA Presidencia L51/3595 y AGP Cª 8763/6 y Cª 8764/57.

5. Cita en *La Época*, 26.10.1912. AGA Ministerio de Educación Nacional L66/21198. AGP Cª 12367/40. Vega Inclán a Huntington, 18.5.1921, HSA.

6. Citas en Vega Inclán (1918), p. 17; y *Casa de Cervantes*, p. 4. Vega Inclán a Torres, 26.10.1915, AGP Cª 12367/40. Cita en carta a los miembros de la Hispanic Society, s.d.; Vega Inclán a Huntington, 27.10.1915, HSA.

7. Cita en Vega Inclán al ministro de Instrucción Pública, 7.4.1917, AGA Ministerio de Educación Nacional L66/21198. Leersen y Rigney (2014). Lavín (2017), pp. 23-29. Edmonson (2017).

8. Cita en Vega Inclán a Huntington, 20.6.1913, HSA. Vega Inclán a Sorolla, 17.4.1916 MS CS7220. Alba, en *El País*, 24.10.1912.

9. Escritura 31.12.1915, en AGA Ministerio de Educación Nacional L66/21198. Escritura 21.5.1918 y Juan Bacon, «Impresiones en París. Un gran hispanófilo», 4.1918, HSA (Alfonso XIII). Huntington a Vega Inclán, 12.10.1912, AVI FD4091. Vega Inclán (1918), p. 22.

10. *Abc*, 24.4.1916. *Heraldo de Madrid*, 27.1.1916. Traver a Sorolla, 18.9.1915, MS CS5994. *Tapestries and Carpets from the Palace of The Pardo*, Nueva York, G.P. Putnam's Son, 1917. Cita en Vega Inclán a Huntington, 29.4.1916, HSA. Moreno Luzón (2021).

11. Tusell (1999). Fauvey (2009). Varela (1999), pp. 169-176. El acercamiento fallido de Zuloaga se produjo seguramente en 1918, Gómez de Caso (2019).

12. Sorolla a Gil,1.5.1903, en Tomás, Garín, Justo y Barrón (2007), pp. 170-171. Viana a Sorolla, 15.4.1907, MS CS7103; cita, en Sorolla a Viana, 9.7.1912, MS CS7270. Fauvey (2009), cita en p. 162.

13. Citas en Sorolla a Gil, 1-2-7.1907, en Tomás, Garín, Justo y Barrón (2007), p. 242; y Vega Inclán a Sorolla, 16.4.1909, MS CS7158. «Del retrato» (1908), en Valle-Inclán (2002), II, pp. 1506-1509. Fauvey (2009), pp. 14 y 126. Enseñat y Azcue (2013), pp. 206 y 232. Antedespacho o Cuarto del Jerez, en AGP Cª 2963/2. Todavía en 1925, una película de Gaumont mostró al rey vestido de húsar, y a caballo, en el Campo del Moro (https://www.rtve.es/alacarta/videos/archivo-real-alfonso-xiii/alfonso-xiii-uniforme-husar/2833069/).

14. Cita en Sorolla a Gil, 1-2-7.1907, en Tomás, Garín, Justo y Barrón (2007), p. 242. *Nuevo Mundo*, 18.7.1907. Viana a Sorolla, 2.9.1907, MS CS7107. Diario de Huntington, 29.1.1909, citado en Codding (1998), p. 377.

15. Citas en Viana a Sorolla, 27.10.1908; y Alfonso XIII a Sorolla, 12.4.1909, MS CS7113 y CS1144. Torres a Huntington, 5.1.1909; y Huntington a Navas, 27.2.1909, AGP Cª 12428/3. *El Imparcial*, 12.3.1909. Cita en Cossío a Sorolla, 15.3.1909, HSA. Regalos y recomendaciones, en MS CS1154 y CS5951. Violeta, en Sorolla a Huntington, 13.3.1910, HSA.

16. https://www.delaszlocatalogueraisonne.com/catalogue (11735 y 12400). AGP Cª 2963/2.

17. López-Vidriero (2011). Fernández Lorenzo (2018), pp. 81-97. Véanse, por ejemplo, telegrama de Navas a Huntington, 13.11. 1906; y Huntington a Alfonso XIII, 23.4.1918, HSA; y Sorolla a Torres, 12.1911, AGP Cª 12428/3. Alemania, en García-Mazas (1962), p. 474.

18. Fernández Lorenzo (2018). Nota 4.5.1912, AGP Cª 12422/8. Alfonso XIII a Sorolla, 9.6.1911, MS CS1145. Cita, en Alfonso XIII a Sorolla, 29.6.1919, CS7404.

19. Sobre Vega Inclán, véanse Menéndez (2006) y, con otro punto de vista, Moreno Garrido (2004), pp. 108-157.

20. RO 27.4.1910. Traver (1965), p. 106. Storm (2011). Cita de Beruete, en Ortega Cantero (2014), p. 34. Nota de Vega Inclán, s.d., AGP Cª 15630/5.

21. Cita en *DSC*, 31.10.1907, p. 2173. Lavín (2017), cita de Camarasa en p. 225.

22. Menéndez (2006), pp. 443-482. Kagan (2019). Urabayen (1924, 2014). Sama (2016). Búsqueda de piezas, en Vega Inclán a Sorolla, 2.1909, MS C7157. Ley 7.7.1911.

23. Cita en Vega Inclán a Sorolla, 2.1909 [sic], MS CS7177. Diario de Huntington, 17.6.1912, citado en Kagan (2019), p. 494.

24. Gkozgkou (2013). Storm (2020). Alfonso XIII a Huntington, 7.1916, HSA. El Prado, en Vega Inclán a Sorolla,1-3.3.1911, MS CS7187. Cita en Torres a Bilbao, 22.12.1919, AGP Cª 12428/30.

25. RD 19.6.1911. Traver (1965). Titos (1999).

26. Viana a Vega Inclán, 6.11.1918, AVI FD2110. Palacios y Primo (2016), pp. 182-185. Hernández Barral (2019). González Hernández (2000). García-Mazas (1962), p. 499. Cita en Gómez-Moreno al director de *El Sol*, 27.11.1929, IVDJ.

27. Citas en Vega Inclán a Alfonso XIII, 4.1.1915, AGP Cª 15592/1; y Alfonso XIII a Sorolla, 14.12.1913, MS CS1152. Asuntos turísticos, también en AGP Cª 12367/40. Villaverde (2016).

28. López-Vidriero (2011), p. 129. Florit (1920-1923), cita en 1921, p. 306. Pérez de Tudela (2015). Alfonso XIII a Sorolla, 6.1.1914, MS CS1153. AGP Serie Histórica 313/9. *La Ilustración Española y Americana*, 22.9.1912, pp. 174-175.

29. Menéndez (2008). Nieto (1999).

30. López Trujillo (2006), pp. 338-343. Lampérez (1912). Álvarez Lopera (1977). Borrador de Vega Inclán, s.d. (¿1915?), AVI FD2055.

31. Tapices en París, AGP Cª 12428/21; San Antonio, en Cª 12420/26. *Heraldo de Madrid*, 4.1.1905. *La Acción* y *La Correspondencia de España*, 29.11.1919.

Los reyes Manuel II y Alfonso XIII, en la legación de Portugal en Madrid (1909). Foto: Jaime Muñoz de Baena. © Patrimonio Nacional.

6

Embajadas

Puedo decir que soy el autor directo del cambio
producido en la política exterior de mi país.

ALFONSO XIII[1]

NUEVE REYES

El entierro de Eduardo VII de Inglaterra representó, mejor que cualquier otro episodio, el máximo esplendor de la Europa monárquica e imperial. Entre el 17 y el 20 de mayo de 1910 se desplegaron en Londres ceremoniales grandilocuentes para despedir al rey, muerto de forma inesperada a la edad de sesenta y ocho años, tras un reinado breve –de menos de una década– pero decisivo en la escena internacional. El 17, un desfile condujo su ataúd desde el palacio de Buckingham hasta Westminster Hall, el edificio medieval del Parlamento, donde se instaló la capilla ardiente. Era la primera vez que el catafalco de un monarca se exponía en esta sede de la soberanía. Allí, cubierto con los símbolos de su rango –el estandarte real, la corona, el orbe y el cetro–, recibió durante tres jornadas el homenaje de cientos de miles de ciudadanos británicos y visitantes extranjeros. El 20, una impresionante cabalgata transportó de nuevo el cadáver, en un recorrido de cinco kilómetros por las calles de la ciudad, hasta la estación de Paddington, para embarcarlo en un tren rumbo al castillo de Windsor, en cuya capilla sería enterrado. En mitad de un silencio que sólo rompían las salvas y músicas solemnes, unos dos millones de espectadores de luto aguantaron varias horas al sol, con los consiguientes desmayos, al paso de una comitiva compuesta por unidades militares procedentes de varios países y del mayor imperio del planeta. Concentración humana que los medios afectos veían como prueba indiscutible de la unidad del pueblo en torno al trono. Se iba el rey del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y de sus dominios, emperador de la India.

Los participantes que más llamaron la atención del público en estas honras fúnebres fueron los que seguían al armón de artillería cargado con los restos mortales del rey Eduardo. En primera línea, su caballo y su terrier *César*, guiado por un *highlander* escocés. Después su hijo y heredero Jorge V, a quien escoltaban unos cuantos jinetes: el duque de Connaught, hermano de Eduardo, y otros ocho monarcas reinantes europeos. Varios de ellos llevaban uniformes del ejército británico, como jefes honorarios de sus regimientos, y

todos estaban emparentados con el fallecido. A un lado, su sobrino el káiser alemán Guillermo II; detrás, sus sobrinos políticos Alfonso XIII de España y Haakon VII de Noruega; sus cuñados Federico VIII de Dinamarca y Jorge I de los helenos y sus primos segundos el zar búlgaro Fernando I y los reyes Alberto de los belgas y Manuel II de Portugal. Con razón llamaban a Eduardo VII *el tío de Europa*, donde numerosos jefes de Estado integraban una extensa familia enredada en complicados árboles genealógicos que descendían de Guillermo de Orange, un caudillo holandés del siglo XVI. Faltaban algunos, como el zar Nicolás II de Rusia, también sobrino del finado, Francisco José I de Austria o Victor Manuel III de Italia, pero una reunión semejante de cabezas coronadas, protagonistas de una famosa fotografía tomada en Windsor esa misma tarde –la de *los nueve reyes*–, no volvería a repetirse. Se les sumaba un puñado de príncipes y aristócratas, siempre a caballo y provistos de brillantes vestimentas militares, cascos y condecoraciones. Los invitados que iban de paisano en los carruajes, como el expresidente de Estados Unidos Theodore Roosevelt o el ministro francés Stephen Pichon, parecían en comparación actores secundarios.2

Aquella apoteosis dinástica se prestaba a diferentes lecturas. El Reino Unido, primera potencia global, sabía mostrar su grandeza, combinando elementos añejos con otros inventados que de inmediato se convertían en tradición. Todo el continente, regido por monarquías de muy diversos tipos aunque vinculadas entre sí, rendía pleitesía a la más importante de ellas. Los vistosos y varoniles primos, llenos de entorchados, representaban una reminiscencia del Antiguo Régimen, de jerarquías sociales que se arraigaban en la gran propiedad agraria y en valores militares o religiosos. Pero, al mismo tiempo, presidían un mundo sometido a cambios acelerados, donde crecían las sociedades industriales y urbanas salpicadas de conglomerados comerciales, fabriles y financieros, cuya capital se ubicaba precisamente en el Londres que lloraba a su rey. El grueso de los soberanos se identificaba además con la idea de nación, fuente moderna de cualquier autoridad legítima, tanto en las viejas monarquías –Inglaterra o España– como en las muy recientes, de Bulgaria al imperio alemán. Un nacionalismo que, mezclado con otros conceptos como los de raza y civilización, justificaba los regímenes coloniales. El espectáculo londinense escenificaba la solidaridad entre los monarcas ante las amenazas revolucionarias, pero, visto desde una cierta distancia temporal, marcaba también el canto del cisne de la *belle époque* y el deslizamiento de Europa hacia una guerra entre fuerzas nacionalistas que estalló sólo cuatro años después del aparatoso entierro. Los que habían marchado juntos por Londres se enfrentaron en la mayor matanza conocida hasta la fecha.3

Los nueve reyes, y sus colegas ausentes, disfrutaban de muy diversos

niveles de poder político en sus respectivos países, donde, como ya se ha visto, unos estaban sometidos a gobiernos parlamentarios y otros no. Sin embargo, incluso en las monarquías más avanzadas, los soberanos conservaban una notable influencia, sobre todo en dos ámbitos muy conectados entre sí que solían asociarse a la corona: el ejército y la política exterior. Sus uniformes eran algo más que un adorno, pues en general ejercían como profesionales de las fuerzas armadas, más aún en una época imperialista en la que el vigor castrense se consideraba la medida del prestigio nacional. Y la diplomacia, facilitada por su formación cosmopolita y sus múltiples nexos familiares, parecía una extensión natural del cargo. De hecho algunas constituciones, como la española de 1876, atribuían al rey tanto el mando supremo del ejército y de la marina de guerra como la dirección de las relaciones internacionales. Un buen ejemplo de esta doble dedicación era el propio Eduardo VII, pendiente de los asuntos militares y un maestro en las jugadas exteriores, una especie de embajador supernumerario que no prescindía del valor añadido de los acuerdos matrimoniales y los viajes regios. Aunque nunca se moviese al margen de su Gabinete, pues se limitaba a matizar las líneas señaladas por el mismo. Una cuestión que no preocupaba en exceso a su sobrino Guillermo II, eterno adolescente e incorregible teatrero, célebre por sus desplantes diplomáticos y origen de confusión continua en los movimientos alemanes. Entre los miembros de la *Internacional monárquica* podían establecerse acuerdos, pero en el tablero europeo acabaron por pesar más los intereses nacionales que las dinastías.[4]

El puesto preferente de don Alfonso en los fastos de 1910 certificaba su pertenencia a la oligarquía de sangre emplazada en la cúspide de la política europea. Los periódicos británicos lo presentaban como un joven avispado y algo excéntrico, capaz incluso de correr aventuras en Londres: según un relato apócrifo, cierta noche se descolgó por una ventana del palacio de Kensington, su alojamiento oficial, para visitar de incógnito la capilla ardiente en Westminster. No en vano, Eduardo VII le servía de modelo e inspiración y había hecho de padrino informal en su enlace con una de sus sobrinas, Victoria Eugenia, que no pudo viajar a Inglaterra porque terminaba entonces su cuarto embarazo: horas después del sepelio, el niño nació muerto y el padre regresó a España. Como sus congéneres, aspiraba a orientar las acciones exteriores de su patria. Ya había contribuido a aproximarla a la entente forjada por el Reino Unido y la república francesa, que con el imperio ruso se perfilaba como alternativa a la Triple Alianza que componían Alemania, Austria-Hungría e Italia. Y ahora se aprestaba a adoptar una posición más audaz, que pasara a la ofensiva tanto en Marruecos como en Portugal, lo que tal vez conduciría a compromisos más firmes. Así, durante su estancia en Londres habló a Jorge V del peligro de una posible república portuguesa, que

conllevaría una revolución también en España, a no ser que Madrid interviniese para impedir el derrumbe de la monarquía en Lisboa.[5] En este campo, Alfonso XIII quería pasar a la historia con una ambición nacionalista que no siempre calibraba las limitaciones materiales que sufrían los españoles ni contaba con las cautelas de sus ministros o con los temores de la opinión. Ambición que se concentraba en la península ibérica y sus inmediaciones pero que, tirando de lazos culturales, miraba también a América.

LA ENTENTE

El monarca español se implicó poco a poco, y con apasionamiento creciente, en la política exterior, clave a su juicio para una regeneración nacional que –como anotó en su diario de juventud– debía hacer a la patria, «si no poderosa, al menos buscada, o sea que la busquen como aliada». Es decir, librar a España del sambenito de *nación moribunda*, de ser una de aquellas *dying nations* que había mencionado el primer ministro británico en un famoso discurso del fatídico 1898, contraponiéndolas a las *living nations* destinadas a dominarlas, cuando no a desmembrarlas. Este lenguaje, empapado de un crudo darwinismo social, se aplicaba a las relaciones entre estados y, en medio de las pujas imperiales, hería en lo más hondo el orgullo español. De entrada, la coyuntura que le tocó vivir a Alfonso XIII no admitía demasiadas dudas, pues el grueso de las fuerzas políticas y diplomáticas del país compartía la necesidad de superar su aislamiento internacional, que había conducido al *desastre* sin apoyos de ningún tipo y propiciado por tanto no sólo la pérdida de las colonias ultramarinas sino también el hundimiento de la armada. Los españoles tenían que incorporarse al escenario europeo en busca de seguridades para un territorio difícil de defender sin barcos, repartido entre una península con miles de kilómetros de costa, dos archipiélagos en el Mediterráneo y el Atlántico y algunas posesiones en África. El problema consistía más bien en hallar un cierto equilibrio entre las obligaciones externas y las capacidades interiores.[6]

Esta urgencia obligaba a España a entenderse con sus dos grandes vecinos, dueños de extensos imperios e interesados ambos en el eje geoestratégico que pasaba por las Islas Baleares, el estrecho de Gibraltar y las Canarias. De un lado, el Reino Unido, que vigilaba desde el Peñón su ruta imperial hacia la India a través del Canal de Suez. Como bien sabía Alfonso XIII, su flota de guerra representaba la mejor garantía posible para la integridad territorial española. Del otro, Francia, que en 1900 todavía era su rival y aspiraba al control del Magreb, donde los españoles deseaban mantener el *statu quo* y las ciudades de Melilla y Ceuta. Su extrema debilidad les adjudicaba un papel

marginal, meramente reactivo y temeroso de las codicias ajenas. Un panorama que comenzó a cambiar cuando las dos grandes potencias se aproximaron entre sí para dividirse el pastel colonial en el norte de África, por medio de la llamada *entente cordiale* de 1904. Marruecos quedaba en manos de Francia pero se reservaba a España un papel relevante en su zona septentrional, de modo que, como querían los británicos, los franceses no se asomaran al Estrecho. A partir de ese momento, Madrid no debía elegir ya entre ambos gigantes, sino calibrar su grado de acercamiento a la alianza anglo-francesa, definir su propio papel en África y calcular hasta qué punto le convenía embarcarse en campañas que acarreaban un esfuerzo presupuestario y humano enorme. Además, el pacto entre los poderes occidentales se enfrentaba con la emergencia del *Reich* alemán, visible también en el marco africano, donde se produjeron algunos de los incidentes que pavimentaron el camino hacia la Gran Guerra. España se vio afectada de lleno por estos roces.[7]

Alfonso XIII, con el uniforme del regimiento de ulanos de la guardia prusiana (1908). Foto de autor desconocido. © Patrimonio Nacional.

Alfonso XIII aprendió pronto a manejar las herramientas que le permitirían dejar su huella en la política internacional. Para empezar, no estaba solo en sus ansias regeneradoras, pues compartía objetivos con unos cuantos políticos, en especial con los liberales más favorables a la apertura de España al extranjero –de Moret a Romanones, pasando por Canalejas– y con diplomáticos deseosos de dejar atrás las humillaciones del final de siglo. La influencia de la corona en los gobiernos y en el aristocrático universo de las embajadas favorecía el trazado progresivo de una línea acorde con su visión de las cosas. Al mismo tiempo, podía recurrir a sus conexiones dinásticas, como miembro de la red familiar de los monarcas continentales, teatralizada en el entierro de Eduardo VII. La idea de solidaridad entre los tronos, según la cual debían ayudarse unos a otros frente a amenazas comunes, había fracasado ya en la coyuntura del 98 –cuando ninguno se había alineado con el español contra Estados Unidos– y sólo se retomó en algunos casos, como el de Portugal. Pero la primacía de las necesidades nacionales y el pragmatismo en los negocios con la Francia republicana no excluían la utilización de los cauces palatinos. De hecho, en torno al joven soberano se desarrolló un juego de seducción en el que se implicaron tanto el káiser como el rey de Inglaterra, que terminó por triunfar en el envite. Guillermo II, adalid del protagonismo regio en estos asuntos, tomó la delantera. Nombró al español jefe de unidades militares alemanas, un gesto habitual entre monarcas. Y en 1904 ambos intercambiaron impresiones frente a Vigo: por lo visto, el emperador quería tutorizar al rey, quien se sintió tratado «como un recluta por un sargento prusiano». Durante unos años, Alemania no cejó en su voluntad de desviar a España de su rumbo hacia la entente.[8]

Si los viajes interiores de la realeza contribuían a identificar corona y nación, mediante su contacto con las distintas regiones y clases sociales, las visitas de Estado no sólo se ponían al servicio de las estrategias externas, también valían para dar a conocer a los monarcas, erigidos en imágenes palpables de sus respectivas patrias. Tras una excursión de Alfonso XIII a Portugal, que rompía con el prolongado distanciamiento entre los países ibéricos, en 1905 se le organizaron giras oficiales por las capitales europeas: París, Londres, Berlín y Viena. Es decir, primero a los socios de la entente, luego a los imperios centrales. Aunque evitó coincidir con el *Sedantag*, la fiesta nacional que conmemoraba cada año la derrota francesa en 1870, cuando lo recibió en Berlín el káiser volvió a la carga: procuró impresionar a su invitado con exhibiciones de poderío militar y le reclamó la renovación de las promesas secretas que al parecer había hecho Alfonso XII en un encuentro de 1877, las cuales obligaban a España a prestar ayuda a Alemania en caso de guerra con Francia. El monarca respondió que, como establecía la Constitución, no podía actuar al margen de sus ministros, al tiempo que le

señalaba lo mucho que habían cambiado las circunstancias en tres décadas. Este intento de tenderle una trampa, parecida a la que había enemistado a su padre con la república vecina, quedó grabado en su memoria. Durante aquellos tanteos iniciales, sus impresiones personales coincidían con la orientación de los gobiernos españoles y la actitud francófila del rey no hizo sino afianzarse. Lo cual contrastaba con la germanofilia que se atribuía a su aún influyente madre. Por si acaso, los franceses procuraron que Eduardo VII marcara de cerca a don Alfonso.[9]

La visita a París, donde se dio al monarca una acogida imponente, tuvo un eco especial. Su vivacidad contrastaba con la añosa veteranía de sus anfitriones, los políticos de la Tercera República. Se le veía como un tipo sonriente y simpático, curioso, inquieto y difícil de vigilar. Los *chansonniers* le dedicaron tonadillas: «*Viens Fonfonse, viens Fonfonse…*», «*Arrive, bel hidalgo*». La prensa francesa especulaba con sus amoríos y su futuro matrimonio, lo mismo que la alemana, la austriaca o la italiana. En las caricaturas aparecía rodeado de clérigos y con los atributos propios del estereotipo español, de quijote, torero, majo y donjuán. La gruesa Marianne se dejaba cortejar por el apuesto *conquistador*. En fin, se convirtió en una celebridad que prolongó su atractivo durante años y lo transmitió a su familia, cuyos desplazamientos y enfermedades se seguían con puntualidad. Por ejemplo, sus caras se conocían a través de las renombradas conservas de Félix Potin. Una popularidad que tenía derivaciones poco respetuosas en revistas del Moulin Rouge, donde en 1908 se representaba un número picante con el ama de leche del príncipe de Asturias, «*le p'tit trésor comme un matador*». Ese primer viaje a París se recordó además por otra circunstancia menos cómica: un atentado con bomba contra el rey y el presidente de la república. Como ocurrió un año más tarde en Madrid, don Alfonso exhibió su sangre fría. Y le quitó importancia al peligro con frases castizas: aquello había sido un petardo y formaba parte de los gajes del oficio. A su vuelta, las protestas por el ataque desembocaron en una bienvenida desbordante. *El Liberal* atribuía el entusiasmo a las esperanzas del pueblo en un reinado moderno, acorde con las prácticas constitucionales observadas durante el periplo real. Estaba claro que los éxitos exteriores reforzaban también a la monarquía.[10]

Desde el punto de vista diplomático, el factor crucial se hallaba no obstante en el Reino Unido, cuya protección marítima resultaba imprescindible para España. Eduardo VII, interesado como el káiser en don Alfonso –«*dont la jeunesse le touche*»–, estaba dispuesto a apoyarlo y guiarlo. Y, como se ha visto, ayudó a concertar su boda, una baza más en las apuestas internacionales. Aunque la masacre provocada en ella por el anarquista Morral le disuadió de poner pie en tierra española, quiso un acuerdo que, en consonancia con las líneas marcadas por Francia y por su propio Gabinete,

vinculara de manera más estrecha a Madrid con la entente. Tío y sobrino disfrutaban de su mutua compañía en las frecuentes visitas de los reyes españoles a Inglaterra en 1906 y 1907, entre partidas de caza y partidos de polo. El momento clave llegó en abril de ese último año, cuando ambos se reunieron a bordo de sus yates, atracados en Cartagena, para definir los términos del arreglo. En contra de la opinión de Maura, presidente del Consejo, quien prefería un documento tripartito que también firmaran los franceses, Alfonso XIII quiso dejarlo en una cuestión hispano-británica y logró rebajarlo luego a un intercambio de notas con Londres y París. A estas alturas, su empeño por intervenir en la toma de decisiones era ya evidente. En todo caso, España consiguió lo que anhelaban sus gobernantes y celebró la prensa: asegurar la soberanía nacional sobre su disperso territorio sin por ello asumir el compromiso de entrar en una futura guerra europea. Dejaba atrás la soledad del *desastre* y se situaba como una potencia mediana, secundaria pero en absoluto despreciable, en la escena euroafricana. Un paso importante para objetivos nacionalistas más ambiciosos, muy presentes en la mentalidad regia.[11]

ENTRE PORTUGAL Y MARRUECOS

Apenas mediada la veintena, Alfonso XIII se sentía seguro en los laberintos de la diplomacia y, liberado de la sombra materna, se presentaba en ellos como el autor de la estrategia exterior de España. Había perfilado un estilo característico en su trato con embajadores y agregados militares, informal y confianzudo, que aprovechaba cualquier evento –no sólo las audiencias, también un baile o una cacería– para sincerarse y obtener información. Sus interlocutores le reconocían una aguda inteligencia y rapidez de juicio, una espontaneidad que consideraban muy española, lo mismo que su carácter demasiado impresionable y vanidoso, que les convenía halagar para tenerlo contento. Esa confianza le hacía caer a la ligera en opiniones y confidencias inconvenientes, encantado de charlar durante horas acerca de las metas españolas o de una futura guerra europea y su posible desenlace. En su afán por resultar agradable, se identificaba con quien tuviera delante, fuera alemán o francés, y eso acarreaba disgustos, transmitía una sensación de frivolidad voluble y hasta de doblez, cuando decía una cosa y su contraria a los actores en competencia. Imbuido de nacionalismo historicista, más preocupado por las victorias militares y los avances geoestratégicos que por sus costes económicos y sociales, animaba una nueva política, activa y audaz. A sus ojos y a los de las élites que le acompañaban, la situación lo permitía, puesto que España contaba ya con garantías territoriales, una cierta prosperidad y una

escuadra en construcción. Don Alfonso acaudilló este plan revisionista, centrado en dos temas que creía de su personal incumbencia: Portugal, donde se hizo realidad la amenaza de una república; y Marruecos, un ámbito en el que confluían los sueños imperialistas con su vocación castrense.[12]

La crisis y caída de la monarquía de los Braganza en Portugal se transformó en una verdadera obsesión para Alfonso XIII, que por una vez fundió la solidaridad entre casas reales con los intereses nacionales españoles. Unos intereses que, a su juicio, debían preservar la estabilidad del régimen borbónico frente al riesgo de contagio revolucionario. Dejando volar la imaginación y las ganas de representar un papel importante en el finisterre continental, podían exigir asimismo la intervención armada de España y, quizá, alguna fórmula de unidad peninsular. No resultaba difícil detectar en estas actitudes el eco del reinado de los Austrias sobre toda la península, entre 1580 y 1640, o de los proyectos iberistas que tanto predicamento habían tenido en el progresismo del siglo XIX. Joaquín Costa, uno de sus partidarios más conocidos, había afirmado que «Portugal es España, la España irredenta». Tales ensoñaciones provocaban urticaria en los medios nacionalistas portugueses, cuyo patriotismo había crecido en continua alerta frente al peligro castellano o español. Tras el magnicidio de 1908, que mató al rey Carlos I y al príncipe heredero, don Alfonso tuteló al joven Manuel II, a quien ofrecía múltiples consejos de hermano mayor, como el ya citado de dejarse ver por el pueblo y el de cultivar la unidad del ejército en torno a la corona, sus propias recetas para sobrevivir. Mientras tanto, dejaba caer en los foros diplomáticos su inquietud ante un empeoramiento de la situación que le obligara a inmiscuirse en Portugal. Porque España no podía quedar emparedada entre dos repúblicas, más aún cuando sus propios sectores antimonárquicos se alimentaban de las conexiones con otros países y las embajadas en París y Lisboa se dedicaban a espiar a los conspiradores transnacionales.[13]

El triunfo republicano de 1910 disparó las alarmas al otro lado de la frontera. En Madrid y Lisboa corrieron rumores acerca de un bombardeo o una invasión en toda regla. Desde luego, Alfonso XIII presionó a su Gobierno, el del liberal José Canalejas, para injerirse en el conflicto portugués. El presidente amenazó con dimitir si el monarca insistía y, aunque en algún momento se sintió tentado de seguirle la corriente, terminó por frenar en seco estas veleidades imperialistas. Al final, todo dependía de una coyuntura europea en la que la entente, sobre todo la indiscutible hegemonía del Reino Unido sobre Portugal, tenía la última palabra. Las medidas tomadas por los revolucionarios portugueses, de una alta temperatura anticlerical, condujeron enseguida a la solidaridad del republicanismo español y a la movilización de los monárquicos refugiados en España, que entre 1911 y

1912 llevaron a cabo fallidas incursiones armadas. Contaban para ello con la tolerancia de las autoridades locales españolas, en especial de las gallegas, y con la complicidad de la corte madrileña, donde el monarca no ocultaba sus preferencias. Todavía en el verano de 1912, don Alfonso explicaba al secretario del Foreign Office que España debía atajar la propagación de la anarquía por su vecindario y pensar al menos en una unión aduanera ibérica. Recurrió, con poco acierto, al lenguaje prebélico que entendían las potencias imperiales: si no actuaban, Portugal podía disolverse y Alemania apropiarse de sus colonias africanas. Por ahora, los anhelos regios se dieron de bruces con una realidad que los frustraba, pero la experiencia portuguesa reforzó una de sus creencias más firmes: los tronos necesitaban cimentarse en el poder militar.14

La implicación española en Marruecos, prevista en sus acuerdos internacionales y mucho más palpable que las quimeras iberistas, tuvo un impacto agudo sobre el debate político, donde se enfrentaban posturas muy diferentes. En aquel país pobre, múltiples voces abogaban por olvidar las aventuras coloniales para concentrarse en las labores regeneradoras internas, con la educación y el progreso económico a la vanguardia. Incluso en las filas del conservadurismo monárquico imperaba la prudencia a la hora de contraer deberes. Así, actitudes como las de Antonio Maura obstaculizaron un primer reparto franco-español en 1902, frustrado por lo recelos militares franceses. Pero las reticencias chocaban con otros argumentos nacionalistas en favor no ya de atender las obligaciones adquiridas, sino también de hacer valer los derechos de España. Se citaba con frecuencia el testamento de Isabel la Católica, de 1504, que había exhortado a continuar la conquista de África. La cordillera del Atlas solía verse asimismo como la frontera natural del espacio hispánico, mientras el control de la fachada atlántica frente a las Islas Canarias parecía esencial para su resguardo. Es decir, como reiteraban políticos y diplomáticos, Marruecos era una cuestión de seguridad y defensa nacional. También pesaba la idea de una *penetración pacífica*, sin imposiciones violentas, que alimentara el desarrollo español y ofreciese a los marroquíes las ventajas de la civilización. Costa y los colonialistas de primera hora ya habían hablado en estos términos, recogidos después por gentes como Gonzalo de Reparaz, un escritor investido de regeneracionismo que trabajó desde comienzos de siglo por la causa, en París y en Tánger, buscó la protección del rey para sus explotaciones en Marruecos y luego se sintió víctima de sus engaños.15

Una vez la *entente cordiale* condujo en 1904 al trazado provisional de zonas de influencia sobre el sultanato marroquí, se hicieron visibles los grupos de presión que impulsaban la labor colonizadora y disponían de vínculos con palacio. Entre los inversores que apostaron por las minas del Rif, en las

cercanías de Melilla, se contaban políticos como Romanones y empresarios como Eusebi Güell, conde de Güell y yerno del marqués de Comillas, que seguramente dieron al monarca participación en su compañía y le informaban acerca de sus competidores franceses y de los ataques indígenas a sus instalaciones. En palabras de Juan Antonio Güell, hijo del anterior, aquella obra era «algo personal del Rey». También bullían los católicos que invocaban los deberes evangelizadores en tierra de infieles. Pero quienes acabaron por manejar el pequeño imperio, con el rey a la cabeza, fueron los militares, prestos a rememorar los precedentes más o menos gloriosos del siglo anterior, desde la llamada guerra de África en 1859-1860 hasta la de Melilla en 1893. La resistencia local, compatible con los arreglos clientelares entre los españoles y las cabilas tribales, hacía que cualquier actividad civil requiriese de protección armada. Su gusto por los asuntos exteriores y castrenses, con el visto bueno de los gobiernos, llevó a don Alfonso a crearse una especie de coto propio en el ejército de África, donde diseñaba operaciones, rompía la cadena de mando y colocaba enviados y favoritos. Uno de los más destacados, el oficial de caballería Manuel Fernández Silvestre, fue gentihombre de cámara, comandante en Larache y luego miembro de su casa militar. En una memoria de 1911 resumía las razones que compartía con su señor a propósito del desafío colonial: era «un problema de trascendental importancia para nuestra personalidad como Nación europea el dar cima a la empresa confiada de transformar un pueblo en las condiciones de Marruecos».16

Alfonso XIII se sumergió en el día a día de los negocios africanos, casi siempre con el fin de obtener todo lo posible para España y de alentar su nueva misión colonial, que cabía concebir como contrapartida a los sentidos fracasos de ultramar. En el viaje a Ceuta y Melilla de 1904, incluido en su gira de presentación, ya se enfatizaron los contenidos militares y la amistad con los musulmanes, mientras la prensa liberal especulaba con el futuro dorado de España en Marruecos. Por entonces no había otra alternativa que el entendimiento con Francia. Así, cuando el káiser se plantó un año más tarde en Tánger, con el fin de exigir una cuota para Alemania, al rey le pareció un «cerdo insolente». La inmediata conferencia internacional celebrada en Algeciras, en la que los satisfechos delegados españoles se sentaron en la misma mesa que los de las otras potencias, estableció el libre comercio y el respeto a la soberanía del sultán, pero dejó la policía a cargo de Francia y España, por lo que en la práctica convalidó sus planes imperiales. Estos apenas se dejaron notar en la zona norteña hasta que, en 1909, las escaramuzas cabileñas con las avanzadas mineras dieron lugar a unas incipientes operaciones militares, autorizadas a su pesar por el Gobierno Maura. Un telegrama al encargado de las mismas, el general José Marina,

revelaba el estado de ánimo del monarca: «Enorgulléceme la primera acción de guerra librada en mi reinado. Han quedado plenamente confirmadas las grandes esperanzas que tengo cifradas en el Ejército y en el porvenir de la Patria». Pero aquello acabó mal, con la muerte de unos 150 soldados españoles en el barranco del Lobo. Las aspiraciones regias no se correspondían con las habilidades de su chapucera milicia.[17]

La movilización de reservistas para estos menesteres desató en Barcelona un gigantesco motín anticlerical, la Semana Trágica, a la que siguió una represión injustificada contra el pedagogo y librepensador catalán Francisco Ferrer. Las inmediatas protestas internacionales mancharon la imagen de don Alfonso, pues las multitudes que desfilaban por las ciudades europeas, convocadas por las redes progresistas, gritaban contra él, un Felipe II redivivo. En Francia pedían su cabeza o lo representaban al pie de la horca. Las benévolas caricaturas anteriores se tornaron en condenas al tirano sangriento, entregado en Marruecos y en Cataluña a la violencia militarista y a las fuerzas inquisitoriales de la reacción. Los diplomáticos españoles se resentían de la tolerancia del Gobierno francés con una prensa desatada contra su soberano. Un bache en su proyección exterior del que le costaría mucho recuperarse. Por otra parte, la toma de las posiciones perdidas alrededor de Melilla tras la catástrofe, recuperación en la que se decía que Marina contaba con el aliento de palacio, propulsaron también manifestaciones patrióticas donde se daban vivas al ejército, a España y al rey. Se pudo apreciar así un patrón de comportamiento que se reproduciría en otras ocasiones: la amplia impopularidad de aquellas campañas, atribuidas por las izquierdas a los intereses espurios de la plutocracia y la oligarquía política, convivía con el nacionalismo y los deseos de venganza cuando sobrevenían desastres militares. Y, en definitiva, asociaban a la figura del monarca, para bien y para mal, con la empresa marroquí.[18]

Tras una temporada de calma, Alfonso XIII se consagró como motor de la colonización con un nuevo viaje a Melilla, a comienzos de 1911, en el que rindió homenajes a los caídos de 1909 y recibió los suyos de las cabilas amigas. El *Heraldo de Madrid*, próximo al presidente Canalejas, lo comparó con el de Guillermo II a Tánger, al tiempo que el anciano liberal Eugenio Montero Ríos, en la recepción parlamentaria de la onomástica real, parangonaba a don Alfonso con el césar Carlos –I de España y V de Alemania– y predijo que se le conocería con el sobrenombre de *el Africano*. A partir de entonces, los españoles tuvieron que vérselas con la progresión de los franceses, que a su juicio deseaban quitarles lo que les correspondía e incluso expulsarlos de Marruecos. Una sospecha arraigada en el ánimo del rey, que no podía consentir algo así. Identificado con este orgullo patriótico, Canalejas decidió ocupar algunas plazas de la zona noroccidental, como

Larache y Alcazarquivir, con gran contento de don Alfonso y la oposición de la izquierda republicano-socialista y de algunos monárquicos. La reaparición de Alemania, que una vez más puso a Europa al borde de la guerra, infló la francofobia española, mientras París se disponía a contener a Berlín con pedazos de sus colonias para presentar luego la factura a Madrid. En este clima, Alfonso XIII se atrevió a ofrecer a Alemania la adhesión de España a la Triple Alianza, algo que nadie se tomó muy en serio. Pidió asimismo ayuda a su primo *Georgie*, Jorge V de Inglaterra, para conservar Ifni y detener la campaña francesa, contraria «a los derechos, a los intereses y a los sentimientos de mi pueblo». Regateaba a varias bandas para acorralar a Francia, entre el enemigo alemán y el padrino británico.[19]

La jugada salió bien. Al final, España consiguió adelantar el calendario previsto para fijar el régimen colonial, aunque en el tratado definitivo de 1912 quedó como subarrendataria de Francia, único referente para el sultán. Los franceses despreciaban a menudo a los españoles, a los que consideraban orgullosos e imprevisibles, más concernidos por la honra patria que por los objetivos concretos, incapaces en resumen de hacer algo útil. Eso decían, por ejemplo, del diplomático liberal Juan Pérez Caballero, persona de confianza de Moret y después de Romanones, ministro, embajador en París y uno de los principales negociadores en todo este proceso, cuya actitud coincidía con la del rey.[20] Este último seguía de cerca las conversaciones y trataba con cariño y condescendencia a los políticos más dóciles, como el ministro de Estado que firmó el pacto del protectorado, Manuel García Prieto, marqués de Alhucemas, a quien llamaba *Manolo*. No perdía ocasión, además, de subrayar su protagonismo personal en la estrategia exterior, hasta el punto de atribuirse todo el mérito en el giro proentente, y tampoco ocultaba que «nada le agradaría más que figurar en cierta medida en el equilibrio de fuerzas de Europa». Al menos desde 1906, prometía a los franceses asistencia militar en caso de conflicto. En 1908 le espetó a un ministro de la república que «estaría dispuesto a atravesar los Pirineos a la cabeza de mi ejército. ¡Recuerde lo que le digo!». Resuelto de entrada el contencioso marroquí, cuatro años después parecía llegado el momento de dar un salto cualitativo en este sentido. Como a otros gobernantes europeos que habían de lidiar con una sociedad fragmentada, del imperio alemán al austro-húngaro o al ruso, podía tentarle la posibilidad de cohesionarla por medio de una guerra.[21]

La oportunidad de anudar compromisos internacionales más exigentes se presentó en 1913, con una nueva gira europea. En sus conversaciones con el presidente Raymond Poincaré, al que vio primero en París y después en Madrid, el rey le aseguró que Francia podía contar con la asistencia española en caso de conflicto: dos cuerpos de ejército, tranquilidad para desguarnecer la frontera pirenaica, el uso de los puertos y una red ferroviaria dispuesta a

trasladar sus tropas coloniales desde Marruecos. A cambio, manos libres en Portugal. De ahí a la promesa de beligerancia sólo había un pequeño paso. Los franceses analizaron y rechazaron la oferta, ya que su escuadra no necesitaba apoyo costero en la zona y los ferrocarriles peninsulares les merecían una escasa confianza. Respecto a la intervención en Lisboa, todo pendía de Inglaterra, que se dejaba querer pero tampoco contemplaba una alianza estrecha con España. Los diplomáticos recelaban asimismo de las palabras de Alfonso XIII, tan entusiastas que ni siquiera contaban con el pleno acuerdo del Gobierno liberal de Romanones, y de una opinión pública dividida y en buena parte antifrancesa. De manera que las audacias alfonsinas quedaron en nada. Sus viajes dejaron, eso sí, un buen sabor de boca a quienes comprobaron que ya se había disipado el turbión ferrerista y la imagen del monarca –y de rebote la de España– había mejorado por fin entre sus vecinos.[22]

REY DE LAS ESPAÑAS

Las complicaciones estratégicas en Europa y en África, donde España se jugaba su integridad y su relevancia en el concierto de las potencias, contrastaban con la proyección española en América, una vertiente externa en la cual, pese a los desastrosos antecedentes, todo resultaba mucho más fácil y prometedor. Aunque sonase paradójico, la debacle del 98 facilitó la recuperación de las relaciones con las repúblicas hispanoamericanas, que formaban con su vieja metrópoli lo que dio en llamarse *la Raza*. Es decir, una inmensa comunidad de cultura, que muchos intelectuales y políticos peninsulares imaginaban como una superEspaña llena de oportunidades, un realce añadido a la posición internacional del país. Como los nacionalismos británico o ruso de la misma época, el español poseía una vocación misionera e imperial, que no se detenía en Guinea o Marruecos, sino que también aspiraba a la primacía en el ámbito hispánico. En ese marco, el papel de la monarquía, legataria de una historia de esplendor en las Indias, parecía crucial. El propio Alfonso XIII lo veía con buenos ojos y un viaje suyo a América, propuesto por los círculos hispanoamericanistas de ambos lados del Atlántico, se debatió en numerosas ocasiones. Nunca se llevó a cabo, aunque lo suplieron algunos de sus familiares. En realidad, las expansiones en torno a la Raza no abandonaron el terreno de la retórica y, volcadas en la diplomacia cultural, dieron pocos frutos económicos o políticos. Pero sirvieron para apuntalar la identidad española frente a las inciertas fracturas sociales y los movimientos nacionalistas alternativos. Y volvieron a probar el enorme potencial simbólico, en parte desaprovechado, de una corona fundida con la

nación.[23]

El auge del hispanoamericanismo comenzó en España con la conmemoración del cuarto centenario del Descubrimiento de América en 1892, presidida por la regente y el rey niño. Meses después, la infanta Eulalia acudió a la exposición universal de Chicago, dedicada a la hazaña de Cristóbal Colón. Pero su auténtico despegue no se produjo hasta el cambio de siglo y provino en buena medida de las antiguas colonias españolas. Para algunas élites latinoamericanas, tanto liberales como conservadoras, la recuperación de la época virreinal y de los valores hispánicos ayudaba a contrarrestar la nueva hegemonía de Estados Unidos sobre el continente. Después de 1898, España pasaba de ser una amenaza a convertirse en un referente identitario, se enfatizara en él la lengua, la religión o la psicología común. Nadie representaba mejor esa tendencia que el escritor uruguayo José Enrique Rodó, quien en su libro *Ariel* (1900) oponía la herencia hispana, el espíritu humanista y desinteresado de los hidalgos, al mediocre materialismo norteamericano. A su lado, los emigrantes españoles resaltaban su propia relevancia en las sociedades de destino –como dignos descendientes de descubridores y conquistadores– y se reivindicaban a la vez en su país de origen, donde reclamaban un trato mejor por parte de las autoridades. Mientras tanto, en España crecía una sociedad civil americanista, compuesta por múltiples asociaciones: desde la Unión Ibero-Americana, organismo semioficial que, con sus delegaciones ultramarinas, promovía la celebración del aniversario del Descubrimiento cada 12 de octubre; hasta la Casa de América de Barcelona, sostenida por comerciantes e industriales catalanes en busca de mercados. Los gobiernos monárquicos también asumieron los proyectos americanistas.[24]

Algunos intelectuales latinoamericanos admiraban al soberano español. Por ejemplo, escritores que ejercieron como diplomáticos en España, donde descubrieron las esencias de su propia identidad. Rubén Darío, delegado de Nicaragua y uno de los poetas más influyentes a comienzos de siglo, retrataba a un rey de su tiempo, moderno, sensato y bien informado acerca de la política centroamericana. El peruano José Santos Chocano dedicó a Alfonso XIII –al que denominaba «Rey de las Españas», en plural– su libro *Alma América* (1906), patrocinado por Darío, Rodó y el español Miguel de Unamuno. Los afectos al hispanoamericanismo concluyeron que la mejor forma de consolidar sus planes sería un viaje de don Alfonso a América Latina. En 1907, *El Imparcial* se hacía eco de esta sugerencia, que ya se había barajado años antes y que ahora recuperaba una revista mexicana, recogida a su vez por la Unión Ibero-Americana y secundada por los emigrantes españoles en Chile. El periódico liberal equiparaba la posible visita con las que habían girado a la India los últimos príncipes de Gales, los futuros Eduardo VII y Jorge V. A

estas voces se sumaron otras, como la del también poeta y diplomático mexicano Amado Nervo, quien –decía el diario– abogaba por que el monarca, «símbolo de nuestro pueblo y en quien todas las glorias legendarias han sido encarnadas por la tradición y por la historia», estrechara la mano de su presidente Porfirio Díaz. Estos medios opinaban que el periplo no sólo anudaría los lazos de familia, sino que además daría lustre al papel de España en Europa y liberaría a América Latina del imperialismo norteamericano. Había en estas expectativas un componente cuasimágico: en cuanto el rey pisara las playas americanas, surgiría de repente la unidad hispánica, en forma de alianza o incluso de confederación transatlántica.25

En torno a 1910, varios países latinoamericanos celebraron con grandes festivales patrióticos los centenarios de sus respectivas independencias. Ese año clave lo hicieron Argentina, Chile, México y Colombia, que según los relatos nacionalistas oficiales habían iniciado un siglo atrás sus luchas por la emancipación frente a la monarquía hispánica. La oportunidad no parecía, por tanto, la más adecuada para mejorar los tratos con España, heredera al fin y al cabo del imperio que había perdido entonces sus posesiones. Sin embargo, el hispanoamericanismo la interpretó en sentido contrario, como una espléndida ocasión para ello. A su juicio, las fiestas centenarias señalaban, tras un siglo de desencuentros, la reconciliación entre la madre patria y sus hijas emancipadas, una metáfora que se repitió hasta el agotamiento. El fervor nacionalista hacía que algunos opinantes sostuvieran que las guerras de independencia no habían enfrentado a España con las nuevas naciones americanas, sino a unos españoles con otros. Es decir, que habían sido guerras civiles, en las que incluso los criollos podían verse como los auténticos hijos de España, hombres civilizados enfrente de los ignorantes indígenas que habían integrado los ejércitos realistas: para Unamuno, el libertador Simón Bolívar era un perfecto Quijote. En cualquier caso, aquellos guerreros habían peleado contra la tiranía del absolutismo, igual que los liberales europeos del mismo periodo.26

Alfonso XIII se sumó a esta fiebre americanista. Por ejemplo, en sus visitas a Andalucía, donde frecuentó los lugares que incubaron la hazaña colombina. O, con una intención más clara, a través de sus atenciones al intelectual español que mejor representaba esa ola, el historiador Rafael Altamira. En vísperas del centenario, Altamira dio cientos de conferencias en América sobre los beneficios del mutuo acercamiento y disfrutó a su vuelta a España de una bienvenida apoteósica. Sus afinidades republicanas no significaron un obstáculo para los agasajos reales. El rey le concedió la Gran Cruz de la Orden de Alfonso XII y lo recibió varias veces para conocer su programa cultural, asumido de inmediato por el Gabinete liberal de Canalejas: intercambios de profesores, estudiantes y libros, ayudas a las escuelas de

emigrantes y un centro para fomentar las relaciones hispanoamericanas. A partir de entonces, el mismo historiador se convirtió en asesor del monarca para estos temas y el Estado, con fondos de la emigración, promovió las cátedras itinerantes de escritores y científicos españoles en América Latina. Los festejos de aquellos años multiplicaron las travesías, en ambos sentidos, de creadores cuyas obras daban sentido al concepto de Raza.[27]

Así pues, el Gobierno español decidió enviar una embajada extraordinaria al centenario más importante, el de Argentina, un país próspero que albergaba a la comunidad española más nutrida del continente, de cientos de miles de emigrados, destino preferido de los intelectuales y vivero de posibles negocios. Para otorgarle la máxima brillantez, debía encabezarla un delegado personal del rey, preferiblemente un miembro de la familia real, que así paliaría su ausencia. La primera opción fue su cuñado el infante Carlos, pero el interesado rechazó la misión, así que el monarca eligió entonces a su tía la infanta Isabel, cuya popularidad le había proporcionado ya su propia agenda de visitas por España. La Chata, celosa de su condición real, aceptó tras asegurarse de que no tendría que saludar al duque de los Abruzos, hijo de Amadeo I de Saboya y componente por tanto de la dinastía que había desplazado a su familia política napolitana. Junto a ella viajaron en el transatlántico *Alfonso XII*, cedido por el marqués de Comillas, políticos, artistas, escritores e ingenieros, bajo la jefatura de Pérez Caballero, que acababa de dejar el Ministerio de Estado y aún no se había incorporado a la embajada en París. Emblemas todos ellos, como las exposiciones de industrias y pinturas que también cruzaron el océano, de la España recuperada tras *el desastre*. Ante la incomparecencia de Joaquín Sorolla, ocupado con sus encargos norteamericanos, allí triunfó su rival Ignacio de Zuloaga, que vendió cuadros a la gran burguesía argentina.[28]

La acogida de Buenos Aires a La Chata se percibió como algo grandioso: siempre aclamada por las multitudes, en un lugar de honor junto al presidente argentino –el conservador José Figueroa Alcorta– y protagonista absoluta del centenario. Una mujer madura, de casi sesenta años de edad, que al igual que la reina Victoria en el Reino Unido proyectaba una imagen femenina muy ajustada a las circunstancias: era la madre patria personificada. La admiración por sus joyas y vestidos de gala convivía con noticias que subrayaban su democrática llaneza. Es decir, como ya ocurría en España, se alababa su mezcla de alcurnia y misericordia. En opinión del político catalanista Frederic Rahola, muy activo en el mundo del hispanoamericanismo, personas de la realeza como ella encarnaban «la majestad de la raza, superior a todas las dignidades, y más poderosa que las armas y las leyes». Su mismo nombre daba pábulo a las comparaciones con Isabel la Católica, quien había patrocinado la expedición colombina en 1492. La infanta asistió a los

principales números y depositó una bandera española en el santuario de la virgen de Luján, patrona de Argentina, respuesta a la peregrinación de las enseñas hispanoamericanas a la basílica del Pilar. Sólo un atentado terrorista, abortado *in extremis*, estuvo a punto de malograr la estancia.[29]

No obstante, su visita obtuvo sus mayores triunfos entre los emigrantes españoles, cuyo número no dejaba de aumentar. Su compleja red de instituciones asistenciales –como el Hospital Español– y recreativas –como el Club Español de Buenos Aires– recibió con los brazos abiertos a Isabel de Borbón. Como se recordará, el Club había ofrecido al rey un opulento presente con motivo de su boda: el busto doble de los novios, modelado por Mariano Benlliure. Los dirigentes de la colectividad eran en su mayoría republicanos y pensaban que la regeneración de España exigía la desaparición de la monarquía, corrupta y clerical, y su remplazo por un régimen cívico como los vigentes en América. Pero eso no impidió que agasajaran a la tía del monarca, puesto que representaba a la patria añorada. Además, como reconocía uno de sus líderes, Rafael Calzada, la pertenencia de la embajadora a la estirpe real le otorgaba un gran encanto, en especial para las masas incultas. Una parte de la colonia evolucionó incluso hacia posiciones monárquicas e hizo de Canalejas, reformista social al estilo del nuevo liberalismo británico, su ídolo político. Así pues, la presencia real difuminó las divisiones entre los españoles residentes en Argentina, que financiaron un gran monumento y exhibieron sus logros económicos y artísticos en el centenario frente a sus rivales italianos, cuya embajada quedó marginada. La Chata protagonizó un episodio de intensa emoción patriótica cuando desfilaron bajo su balcón casi todas las asociaciones de la diáspora, portando sus insignias. En aquellos instantes, era España misma.[30]

El éxito de doña Isabel, junto a la insistencia de los gobiernos implicados, condujo al envío de tres misiones oficiales más a otros tantos centenarios americanos: México y Chile en 1910 y Venezuela en 1911. Las encabezaron aristócratas españoles con contactos en América, que obtuvieron bienvenidas calurosas. Pero, sin alguien de la familia real, ya no era lo mismo. Madrid respondió a las protestas latinoamericanas diciendo que la embajada enviada a Argentina abarcaba a todo el continente, o que la infanta estaba demasiado cansada para soportar otras navegaciones. Más adelante, el centenario español de la primera Constitución liberal, la promulgada en Cádiz en 1812, movilizó de nuevo a las fuerzas hispanoamericanistas, que devolvieron los cumplidos a la madre patria. El rey parecía dispuesto a asistir, lo cual implicaba respaldar al liberalismo frente a sus adversarios católicos, que abominaban del legado gaditano. Sin embargo, se impuso el luto por la muerte de su hermana María Teresa y los actos quedaron bastante deslucidos. Las delegaciones ultramarinas tuvieron que conformarse con una audiencia en palacio. De todas

estas celebraciones, henchidas de orgullo nacionalista, se derivaron pocos beneficios concretos, pero Alfonso XIII mantuvo viva la ilusión de viajar a América: en una entrevista de 1913, declaraba que deseaba ir para «saludar a esos buenos españoles que allí trabajan por su nación» y «a esos pueblos jóvenes, triunfantes, con los que estamos unidos por la sangre, por el habla, por el carácter, por la Historia… ¡Iré! ¡Iré!».[31]

LA OTRA AMÉRICA

El interés de Alfonso XIII por las cuestiones americanas siguió pautado por las sucesivas conmemoraciones históricas de esos años, un instrumento más a disposición de la política exterior española. Así, el cuarto centenario del *descubrimiento* del océano Pacífico por parte del explorador español Vasco Núñez de Balboa en 1513 terminó asociado en California y en Panamá a diversas exposiciones internacionales, cauces abiertos a la diplomacia económica y cultural. Les valía de pretexto la inauguración del canal interoceánico que atravesaba el istmo panameño, prevista para 1914. Una obra de extraordinaria importancia, pues significaba la consagración de Estados Unidos como potencia dominante en el hemisferio occidental y ofrecía un horizonte de ilimitada prosperidad mercantil. Desde su forzada modestia, España no estaba en condiciones de protagonizar el evento. Pero al menos podía invocar a Balboa como precursor de aquella ruta y aprovechar las reivindicaciones de la herencia hispánica para aproximarse al coloso norteamericano, proclive al acercamiento. De hecho, el pragmatismo de ambos países había alumbrado desde 1902 varios tratados de amistad y arbitraje. En esas circunstancias, el rey se apoyó de nuevo en los círculos liberales decididos a modernizar el país y colocarlo en el mapa, aún a costa de echar al olvido el 98. Debía superar para ello las escaseces financieras, el resquemor militar y el antiamericanismo rampante de los sectores españolistas más reaccionarios, que, al igual que sus colegas latinoamericanos, contemplaban a los estadounidenses como protestantes materialistas, presos del dinero.[32]

Con el fin de explorar estas posibilidades, don Alfonso envió a Estados Unidos al marqués de la Vega Inclán, su hombre de confianza para las empresas culturales y nacionalistas, que disfrutó además del respaldo de su amigo Huntington. Vega Inclán recorrió al iniciarse 1913 el sur de California, donde el tirón económico se acompasaba con las ansias por edificar una identidad propia, aferrada a los puentes con la civilización europea y cristiana que proporcionaban sus raíces hispanas. El enviado del rey de España peregrinó por el Camino Real de las misiones fundadas en el siglo XVIII, entre

San Diego y San Francisco. Fue recibido como un jefe de Estado, con vivas al *king Alfonso* y con el republicano *Himno de Riego* en lugar de la *Marcha Real*, una metedura de pata que atribuyó al influjo de la reciente revolución mexicana. En las cartas que mandaba a palacio, el marqués vislumbraba el dominio espiritual de España en aquellas lejanas tierras que tanto se le parecían y señalaba lo mucho que se apreciaba en esa república la persona del monarca.

No en vano, *The New York Times* hablaba de un rey de mente clara y progresista, una impresión benévola que no decayó en décadas. La influyente revista *Time* le dedicó nada menos que tres portadas, entre 1924 y 1931: era no sólo el amo del país, sino también un hombre apasionado por todo lo norteamericano, desde los negocios hasta el cine. Durante su viaje, Vega Inclán visitó en nombre de Alfonso XIII a los presidentes William H. Taft, que finalizaba su mandato, y Woodrow Wilson, recién elegido y gran admirador de los descubridores españoles. Aunque les anunció que un viaje regio resultaba inviable, despejó el camino para el ascenso de categoría de la legación diplomática en Washington, que se convirtió en la primera embajada española en toda América. Lo cual daba idea del empuje de sus promotores.[33]

El objetivo primordial de la gira vegainclanesca consistía en preparar la participación española en la *Panama-Pacific Exposition* de San Francisco. Sus organizadores –y el mismo Wilson– se empeñaron en contar con ella, igual que el embajador Juan Riaño y Gayangos, un liberal institucionista y gentilhombre de cámara que veía en 1898 no una desgracia para España sino «el primer paso para su regeneración». La falta de presupuesto y el miedo a herir susceptibilidades patrióticas impidieron un compromiso claro. Hasta que el propio rey, convencido por los argumentos acerca de los precedentes hispánicos del canal y del estilo renacentista español todavía previsto para la feria, dio su visto bueno en vísperas de la Gran Guerra, que la dejó en agua de borrajas. En San Francisco hubo piezas de artistas españoles que luego se trasladaron a otra exposición californiana, la puramente hispánica montada en el parque Balboa de San Diego, a la que don Alfonso mandó una bandera nacional, pero la oportunidad se perdió. Mejor suerte tuvo la invitación cursada por Panamá, cuyo hispanófilo presidente, Belisario Porras, acudió al rey para honrar a Núñez de Balboa, elevado a los altares heroicos por una nación recién inventada que subrayaba su pertenencia a la Raza para desprenderse de su mala fama como mero peón de Estados Unidos. Alfonso XIII patrocinó al lado de Porras la erección de una estatua esculpida por Benlliure y eliminó trabas para que el arte español se exhibiera junto al canal. Como ocurrió en otras latitudes, más que alumbrar poderosas corrientes comerciales, aquellos fastos dejaban a España como una atractiva matriz cultural a cuya promoción se entregaba su dinámico monarca.[34]

En definitiva, entre 1902 y 1914 Alfonso XIII contribuyó a moldear una política internacional de nuevo cuño, un esfuerzo regeneracionista en el que puso todas sus energías para que España saliese del aislamiento y se integrara en las alianzas y redes globales. Acompañó sin muchos tropiezos a sus gobiernos, con ayuda de sus contactos dinásticos y de su buena imagen, hasta lograr garantías para la integridad territorial española y su ligazón con la entente anglo-francesa, uno de los bandos en que se dividió la Europa de la paz armada. Convencido de su valía para el regate diplomático, luego se creció y decidió asumir riesgos considerables. Fijó su vista en Portugal, donde alentó una intervención abortada, y más aún en Marruecos, un pantano militar en el que, sin atender avisos y protestas, quiso levantar un imperio que le diera voz en los foros coloniales. Al mismo tiempo, se convenció de los beneficios que traía consigo el hispanoamericanismo, que ganó fuerza de abajo arriba y de fuera adentro como una de las fuentes de orgullo nacionalista para España. También trató de sembrar una relación amable con América del Norte. Sin embargo, ni él ni su entorno político se plantearon la posibilidad de poner distancias con el hervidero marroquí, donde veían en juego el honor nacional, para apostar con todos los recursos disponibles por la alternativa americana, más acorde con las versiones pacíficas del regeneracionismo. Esa decisión condicionó el resto de su reinado.

---

1. Cita en *DDF*, 12, Révoil a Pichon, 10 (12.2.1909).

2. *The Sphere*, 21 y 28.5.1910. *The Queen. The Lady's Newspaper & Court Chronicle*, 21.5.1910. Gelardi (2019).

3. Cannadine (1983, 1992). Mayer (1981,1984), pp. 130-145. Tuchman (1962, 2018), pp. 29-45.

4. Clark (2012, 2014), pp. 207-222. Heffer (1998). MacMillan (2013), pp. 105-122.

5. «King Alfonso's adventure», *Reynolds's Newspaper*, 22.5.1910. Minuta de 2.6.1910, NA FO 371/972, en Torre (2002), p. 170.

6. Cita en Alfonso XIII (1961), p. 110.

7. Jover (1995). Niño (2000).

8. *DDF*, 3, Cambon a Delcassé ,259 (23.5.1903); y 4, Cambon a Delcassé, 347 (17.3.1904). Cita del rey recogida por el embajador británico en Madrid, citada en un informe diplomático francés de 14.4.1905, en Delaunay (2010), 2, p. 193.

9. Jover (1995), pp. cxxxvii-cxxxix. *DDF*, 8, Cambon a Rouvier, 262 (21.12.1905), 267 (23.12.1905) y 314 (3.1.1906).

10. Citas en Delaunay (2010), 1, pp. 6792 y 6864-6874 (edición Kindle). Caricaturas, en Grand-Carteret (1910). *El año político*, 27.5-13.6.1905. Antón y García (1913-1914), 2, p. 53. «El fondo de la ovación», *El Liberal*, 13.6.1905.

11. Cita en *DDF*, 5, Cambon a Delcassé, 328 (30.8.1904); sobre Cartagena, 10, Daeschner a Pichon, 470 (20.4.1907). Niño (2003), pp. 255-256.

12. Torre (1984). Jover (1995), pp. cxxiii-cliv. Niño (2003).

13. Cita de Costa (1882), p. 281. Torre (2002), pp. 76-77.

14. Torre (2002), p. 81. Grey a Bunsen, 10.8.1912, NA FO 371/1463. Tusell y García (2001), pp. 217 y 219.

15. Niño (2000), p. 46. Delaunay (2019), p. 83. Reparaz (1931), p. 17.

16. Balfour (1999, 2002). Boyd (2003), pp. 220-221. Tusell y García (2001), pp. 232 (cita), 241 y 244-249. Cita en Güell a Torres, 12.7.1909, AGP Cª 15986/1.

17. Iglesias (2016). Cita en Delaunay (2010), 2, p. 211. Cita del telegrama en Balfour (2002), p. 68.

18. Robert y Verger (1992). Grand-Carteret (1910), pp. 119-133. Marina, en Bachoud (1988), p. 87. *La Época*, 30.9.1909.

19. Iglesias (2016). *DDF*, 13, Geoffray a Pichon, 141 (4.2.1911); y 14, Geoffray a De Selves, 194 (19.8.1911); y Geoffray a Bapst, 265 (5.9.1911). Cita de la carta de Alfonso XIII a Jorge V, 29.10.1911, en Tusell y García (2001), p. 233. Allain (1976), pp. 414-415. MacMillan (2013), p. 531.

20. Delaunay (2010), 2, por ejemplo p. 483. *DDF*, 13, Geoffray a Pichon, 141 (4.2.1911). García Sanz (1996).

21. Tusell y García (2001), p. 239. Bachoud (1988), pp. 79 (cita en carta de Cambon, 22.12.1912) y 84. *DDF*, 9, Cambon a Bourgeois, 522 (22.3.1906); y cita en *DDF*, 11, nota de Pichon, 238 (1.1908).

22. Torre (2002), pp. 111-112. Niño (2003). Delaunay (2010), 2, pp. 841-843. Bunsen a Grey, 19.5.1913, NA FO 371/1753.

23. Marcilhacy (2010). Kumar (2003).

24. Pike (1971). Sepúlveda (1994).

25. Darío (1909). Chocano (1906), p. v. *Unión Ibero-Americana*, 11.1907 y 3.1908, pp. 12-4. «Alfonso XIII en América», *El Imparcial*, 26.12.1907; y «El rey Don Alfonso en Méjico», con una carta de Nervo, *El Imparcial*, 29.12.1907.

26. Más detalles sobre estos centenarios, en Moreno Luzón (2021). Bolívar, en *Unión Ibero-Americana*, 31.71911.

27. Núñez y Calero (2019). *El año político*, 30.4.1910. Altamira (1911, 2007), pp. 263-266 y 305-315. Cartas de Altamira a Torres, en AGP Cª 15986/14.

28. Isabel de Borbón a Alfonso XIII, 27.2.1910, AGP Cª 12800/7. RD 12.4.1910.

29. Cita en *Mercurio*, 1.6.1910, p. 231.

30. Valdeiglesias (1910). Calzada (1927), p. 370.

31. AMAE, H1441 y 3489. Moreno Luzón (2021). Cita en Antón y García (1913-1914), 2, pp. 373-374.

32. Montero (2011), pp. 37-58. El antiamericanismo, en Fernández de Miguel (2012). Lo que sigue resume en buena parte lo explicado en Moreno Luzón (2021).

33. Cartas de Vega Inclán, en AGP 12367/40, por ejemplo Vega Inclán a Alfonso XIII, 3 y 8.1.1913. Diario de viaje, en AVI FD1466. *The New York Times*, 29.12.1912. *Time*, 22.12.1924, 23.7.1928 y 6.4.1931.

34. Riaño a ministro de Estado, 27.1.1912, AHN Exteriores H-3222; cita en informe s.f. al ministro, H-3219. *La Época*, 15.7.1914. Porras a Alfonso XIII, 17.2.1913, AGA Estado 54/17248.

Alfonso XIII, con uniforme de los Exploradores de España (ca. 1912). Foto: Kaulak. © Patrimonio Nacional.

7

De uniforme

El Rey Don Alfonso Trece
es nuestro jefe supremo,
representa nuestra Patria
y morir por él debemos.[1]

SE LE HIZO PIEL

Las habitaciones particulares de Alfonso XIII, en el palacio real de Madrid, sorprendían a quienes las visitaban. Lejos de la suntuosidad de regusto dieciochesco que dominaba otros espacios palaciegos, parecían sencillas y austeras, casi espartanas. Se componían de tres piezas, separadas de los aposentos de la reina: el despacho particular, un pequeño gabinete y la alcoba. Estancias que, sometidas a pocos cambios a lo largo del reinado, reflejaban bien la personalidad y las preferencias del monarca. En la oficina, dos escritorios, unas librerías y sillones de caoba y cuero rojo, al estilo inglés de comienzos del siglo XX, rodeados de diversos objetos: desde fotografías familiares hasta «retratos de linajudas damas y lindas damitas aristocráticas» o la silueta en papel de una chulapa madrileña. A finales de los años veinte, había asimismo una estatuilla de su madre ofrecida por el Casino de Clases de Madrid, un centro militar; y otra ecuestre de su padre, procedente de la fábrica de bronces de San Juan de Alcaraz, en Riópar (Albacete). A su lado, Miguel de Cervantes. Además, las figuras del emperador Francisco José de Austria y del zar Nicolás de Rusia, junto a las de varios soldados alemanes, húngaros o escoceses. En las paredes, el óleo *La Capilla Real el domingo de Ramos*, con la corte de Alfonso XII, y, sobre todo, cuadros de contenido castrense, como una serie de caricaturas británicas con uniformes o un par de escenas protagonizadas por Napoleón Bonaparte, revistando a sus tropas y contemplando la derrota de Waterloo. Completaban la decoración los cuernos de animales muertos en cacerías por el rey y las pezuñas de sus caballos predilectos, disecadas y montadas en aros de plata. En un reportaje hagiográfico de 1917, el escritor Alejandro Pérez Lugín afirmaba que la luz de ese despacho permanecía encendida hasta altas horas de la madrugada, pues don Alfonso, pese a su fama de frívolo, trabajaba sin cesar por España.

El gabinete, donde el monarca se sentaba a leer la prensa y a tramitar la correspondencia con su secretario, hacía las veces también de baño. Un diván se transformaba por las mañanas en bañera, que disponía de agua corriente; y

en un extremo había un retrete con bidé. Pero el entorno íntimo más característico se hallaba en el dormitorio: una simple cama de hierro dorado, sobre la cual campeaban, al pie del crucifijo, una banderita rojigualda y otra morada del Regimiento Inmemorial, que se llevó al exilio y a su lecho de muerte en Roma. A un costado colocó en algún momento una imagen de la virgen, por supuesto la del Pilar. Alrededor, un gran lavabo, cómodas, un armario, un tresillo y dos vitrinas repletas de pitilleras, regalos habituales a un fumador impenitente. De los muros colgaban paisajes trazados por su hermana María Teresa y más motivos militares, como un húsar del ilustrador Marcelino de Unceta o escenas de batallas medievales. Cerca, una efigie uniformada del príncipe de Asturias. Los acompañaban varias esculturas de cazadores, la de un futbolista y la de Carlos III a caballo. Las obras de arte más destacadas eran sendos bocetos de *La fundación de Buenos Aires*, óleos de José Moreno Carbonero, un académico y retratista de la familia real conocido por sus pinturas de historia y de episodios de *Don Quijote de la Mancha*. La primera versión terminada había viajado a Argentina con la infanta Isabel, para el centenario de 1910, y tuvo que ser rehecha una década más tarde porque incurría en errores históricos. El rey, encantado con un tema que recordaba la epopeya imperial de España en América, visitó en ambas ocasiones el estudio del artista y puso los dos lienzos frente a su cama. Le gustaban tanto que mandó ilustrar con una imagen del segundo el reverso del billete de cincuenta pesetas que conmemoró las bodas de plata de su reinado efectivo, en 1927, cuyo anverso reproducía su propio retrato y una vista del palacio real. Eran, tal vez, lo primero que veía al levantarse cada mañana.[2]

Aquellas dependencias privadas aludían a los principales elementos de la mentalidad política alfonsina: la corona, la patria y el ejército, o la corona al servicio de una patria que miraba con los ojos del ejército. Resultaban desahogadas, pero en absoluto lujosas, con detalles muy masculinos –las fotos de mujeres, las referencias cinegéticas, las petacas para el tabaco– y casi cuarteleras. En resumen, eran propias de un oficial de alta graduación, más que de un rico burgués o de un noble apegado a las tradiciones. El palacio albergaba también un interminable ropero de uniformes para el rey: la mayoría españoles, algunos extranjeros de las unidades que le hacían coronel honorario. Siempre de capitán general o de almirante, de gala, media gala o de diario, de marcha y de campaña, de invierno o de verano, de todas las armas y cuerpos, que variaban con el tiempo. Pudo decirse de él que era el militar más elegante del país, puntilloso hasta la manía con todos los detalles de la vestimenta, incluidas las condecoraciones. Se contemplaba a sí mismo, ya se ha dicho, como un soldado más, que se sentía entre los suyos al entrar en un cuartel. Siempre al tanto de las innovaciones estratégicas y armamentísticas, le complacían y apasionaban las maniobras, revistas y desfiles, las banderas y

músicas, los campamentos y los barcos de la armada. Cada semana, dedicaba tres días de audiencias a los militares, sólo dos a los civiles. Antonio Maura se quejaba de no verlo casi nunca de paisano, mientras algunos diplomáticos creían que sólo le interesaban los asuntos castrenses. En palabras del intelectual republicano Salvador de Madariaga, su destino quedó marcado por aquel uniforme de infantería que, a fuerza de llevarlo, se le hizo piel.[3]

Educado por militares y con un círculo de confianza repleto de ellos, ejercía las funciones de rey-soldado, basadas en la Constitución pero moldeadas por sus propias inclinaciones. Ese papel se había escrito para Alfonso XII, jefe supremo de las fuerzas armadas y foco de su lealtad. Se trataba de amansar a un ejército habituado a constantes injerencias políticas y a pronunciarse para detonar los cambios en regímenes y gobiernos. Una medida que completaba la alternancia pacífica entre dos grandes fuerzas partidistas, capaces de aglutinar a las distintas sensibilidades del liberalismo y de estabilizar el sistema. No es que los espadones desaparecieran de la vida pública, pues ocuparon cargos en los ministerios y en las Cortes, pero al menos se evitó el espectáculo de un país sometido a las amenazas y violencias de los caudillos. Algo que había sucedido asimismo en América Latina, donde las luchas decimonónicas se embalsaron a finales del siglo XIX para dar paso a arreglos oligárquicos, como el presidido por el general Porfirio Díaz en México o el de la república conservadora del también general Julio Roca en Argentina. El caso español se aproximaba más a los de otras monarquías del sur de Europa, desde el Portugal del *rotativismo*, una variante del turno, hasta la Italia *trasformista*. El ejército tuvo que adaptarse a estas circunstancias.

Atenuada durante la regencia, la figura del rey-soldado reapareció con fuerza al calor del regeneracionismo monárquico que animaba el reinado efectivo de Alfonso XIII, aunque lo hizo con otras connotaciones. Pervivieron los generales ministros, afectos a uno u otro partido, pero tras el fiasco de las campañas ultramarinas crecieron las preocupaciones corporativas en los cuarteles y sus rifirrafes con el poder civil. Ahora el soberano, convencido de que su trono no estaría seguro sin el sostén del ejército, más que de tapón hacía de ariete de sus inquietudes. Cultivaba al mismo tiempo su fidelidad a través de favores directos, en una suerte de clientelismo regio que emanaba de su casa y que adjudicaba puestos y categorías. No es que autorizara las decisiones, sino que él era quien las tomaba. Recomendaba lo mismo a candidatos para entrar en las academias que a aspirantes a general de brigada o a gobernador militar de una provincia. Semejante hábito se acentuó durante las operaciones en Marruecos, cantera de ascensos por méritos en campaña para quienes obtenían allí sus destinos, entre ellos los preferidos de palacio, y fuente de agravios para el resto. Por ejemplo, en agosto de 1913 el ministro de la Guerra enviaba al rey borradores de decretos con los espacios de los

nombramientos en blanco, «para que Vuestra Majestad, si conveniente lo estima, se digne rellenarlos». Los saltos en la cadena de mando, cada vez más frecuentes, se hicieron legales cuando una orden de 1914 estableció que, en razón de sus poderes constitucionales, el monarca podía comunicarse con los jefes y oficiales sin pasar por sus superiores ni tampoco por el Gobierno. Como en el imperio alemán o en el japonés. En vez de un rey-soldado, era un soldado-rey.[4]

Este vínculo entre corona y milicia se dotaba de pleno sentido al sumergirse en un nacionalismo particular, donde se mezclaban el culto a las glorias históricas, las recetas para el resurgimiento de España y el espíritu de cuerpo. Como institución que se consideraba a sí misma de veras nacional, por encima de divisiones políticas, sociales y regionales, el ejército se erigía en custodio de la unidad de la patria ante sus enemigos externos y, sobre todo, internos. Frente al *separatismo* –como se comprobó en la crisis del *¡Cu-cut!*– pero también frente a los desafíos del incipiente movimiento obrero. Cualquier disturbio o huelga, dada la calamitosa situación de la policía, dejaba el orden público a merced de las autoridades castrenses, lo cual condicionaba toda su actuación y contradecía sus pretensiones cohesivas. Más aún, la derrota de 1898 había herido el pundonor de los armados, que tendieron a culpar de todos los males a los gobernantes y a abrazar un lenguaje regeneracionista que abominaba de las corrupciones caciquiles. Los verdaderos patriotas, contra los egoísmos banderizos. Alfonso XIII, ya se ha mencionado, compartía muchos de estos lugares comunes. Así, en un acto de 1907 en el Estado Mayor, un general afirmó que, si su padre había recibido el sobrenombre de *el Pacificador*, al joven rey le correspondía el de *el Regenerador*. Al improvisar su respuesta, el aludido vaticinó nuevas victorias guerreras, equiparables a las de Gonzalo de Córdoba en el siglo XV y del duque de Alba en el XVI. Acto seguido comentó las malas relaciones entre los profesionales de la política y los militares y, al parecer, atribuyó a los primeros la responsabilidad en *el desastre*. *El País* calificó estas reveladoras confidencias de «estramboto [sic] político».[5]

Sin embargo, las premisas comunes del españolismo militar no ocultaban la complejidad y lo heterogéneo de sus adeptos. Al filo del 98, del generalato salieron propuestas regeneradoras muy diversas, como la del católico Polavieja, compatible con una descentralización regional; o la de su adversario el liberal Valeriano Weyler, centralizadora y volcada en reformas internas del ejército. En el célebre primer Consejo de Ministros de 1902, Alfonso XIII frustró una de ellas, el cierre de las academias con el fin de propiciar la reducción del excesivo número de oficiales, rémora heredada de los conflictos del siglo anterior. Precisamente, en esos escalafones se desarrolló durante los años de entresiglos una cultura nacionalista bastante

rica, en la que convivían posturas reaccionarias, nostálgicas del imperio de los Habsburgo y de sus tercios, con otras más modernas, vitalistas y nietzscheanas. Tampoco faltaban las liberal-demócratas, que abogaban más bien por formar ciudadanos-soldados al modo francés. Todas ellas coincidían, no obstante, en honrar a los héroes de la guerra de la Independencia o de las campañas coloniales. Y en la necesidad de implantar un servicio militar obligatorio, que comprometiera a los españoles con la nación y con la monarquía, de cuya identidad esencial no dudaba más que una minoría republicana. Pese a la desconfianza que le inspiraban los gobiernos, el grueso de los oficiales no se decantaba aún por soluciones autoritarias, beligerantes con el ordenamiento constitucional.6

Como ocurría con la política exterior, la afición a los problemas castrenses era compartida por casi todos los monarcas europeos. En Italia, por ejemplo, Víctor Manuel II de Saboya, protagonista de la unificación, se había desenvuelto en un rol simbólico semejante al del rey-soldado Alfonso XII, que su nieto Víctor Manuel III renovó durante la Gran Guerra. Sin embargo, la actitud de Alfonso XIII en este terreno se parecía más a la del *káiser* Guillermo II, ligado en persona a oficiales que representaban la grandeza nacional y envuelto en un continuo trasiego de paradas, atuendos marciales y ondear de enseñas. Contrastaba así su aprecio por el espectáculo militar prusiano, que pudo disfrutar en su viaje a Berlín, con su distanciamiento diplomático respecto a Alemania. Entre los oficiales españoles, desde luego, cundía la admiración por el ejército del *Reich*, del que ponderaban no sólo su organización y su armamento sino también su prestigio en una sociedad empapada de disciplina y ardor patrio, donde los funcionarios se comportaban como soldados y las élites aspiraban a servir en la milicia. Durante décadas, gestaron múltiples planes para aproximarse a ese ideal de colaboración cívico-militar, lo cual les exigía convertirse en agentes nacionalizadores de un pueblo que, en su opinión, adolecía de falta de patriotismo. Es decir, no sólo no se aislaron sino que se pusieron a la cabeza de un colosal esfuerzo regenerador, respaldado con entusiasmo por su rey.7

JURAR BANDERA

El rearme patriótico que exigía la situación española, según los militares, empezaba por los cuarteles. Allí los reclutas debían alejarse de tentaciones subversivas para aprender a amar a España y, quizá lo más importante, a morir por ella. O por el rey, que venía a ser lo mismo. Pero el servicio militar despertaba más rechazo que apego nacionalista, como atestiguaban las elevadas cifras de deserciones. La emigración a ultramar delataba la huida

masiva ante la incorporación a filas. No sólo las condiciones de vida para la tropa resultaban lamentables, también pesaba la injusticia radical de sistemas como la sustitución o la redención a metálico, que permitía librarse de estas obligaciones a quien pudiera abonar 1.500 pesetas. Cuando se iniciaron las escaramuzas en Marruecos, la redención se suspendió unas semanas, lo cual no evitó que muchos las interpretaran como una defensa de negocios bastardos que derramaba sangre obrera.[8] Todo ello tenía que dar un giro completo gracias al servicio obligatorio y universal, una vieja demanda de las izquierdas –«¡O todos o ninguno!», clamaban los socialistas durante la guerra de Cuba– que compartían los reformistas militares. El Gobierno liberal de Canalejas consiguió sacar adelante, entre 1911 y 1912, una ley que fijaba esa universalidad. Pero, a la vez, cedió a las presiones de las clases medias y creó los *soldados de cuota*, que acreditaban el conocimiento de la instrucción teórica y práctica, pagaban mil pesetas y se costeaban el equipo y la manutención para reducir de manera substancial su estancia cuartelera en épocas de paz, de tres años a diez meses. Pese a sus deficiencias, la medida canalejista supuso un avance para los promotores de la nacionalización marcial, entre ellos el monarca.[9]

La inmersión patriótica variaba en intensidad de unos rangos militares a otros, con mayor fuerza cuanto más arriba se hallaran. Los soldados de a pie recibían su instrucción en el primer trimestre tras el reclutamiento y la dedicaban sobre todo a saberes técnicos, aunque se preveían unas horas para la formación moral, que integraba contenidos nacionalistas. Además, a partir de 1912 se puso un gran énfasis en la alfabetización, de manera que, en un país con tantos iletrados –a esas alturas, un 40% de los varones–, ningún español saliera de los cuarteles sin saber leer y escribir en lengua castellana, algo clave para la nacionalización. Por su parte, los *cuotas* solían ir a centros preparatorios, donde recibían asimismo nociones de españolidad, igual que los sargentos que estudiaban en escuelas regimentales. El nivel más alto de estas enseñanzas se daba, naturalmente, en las academias para los oficiales de las distintas armas, encargados de educar al resto. Pues bien, en los materiales didácticos disponibles, que no hicieron sino multiplicarse al calor de las preocupaciones regeneracionistas, se recomendaba el uso de determinadas herramientas nacionalizadoras. Con frecuencia se predicaban métodos intuitivos y socráticos, que no se limitaran a imponer el ordeno y mando sino que procurasen convencer con palabras y captar emociones. Para ello se recurría a las cumbres épicas del pasado nacional, con especial querencia por la Reconquista, la gesta americana, el imperio europeo y la rebelión antinapoleónica, enlazadas con las heroicidades en Cuba o Marruecos. Una historia cuyo eje se hallaba en la monarquía y desembocaba en el culto al rey.[10]

La lealtad a España se asociaba, de forma invariable, con la persona del monarca, tanto por la fusión entre ambas como por la entrega de Alfonso XIII a su bienestar. El afecto al jefe del Estado, suma autoridad militar, había de fomentar la disciplina social. Así, uno de los textos más leídos en los cuarteles, el catecismo patriótico *La jura de bandera*, de Augusto C. de Santiago y Gadea, con numerosas ediciones a partir de 1904, lo presentaba como un hombre ilustrado y laborioso, experto agricultor y fotógrafo artista. Todo lo cual permitía «confiar con fundamento, por sus condiciones morales y sus condiciones intelectuales, en la esperanza de un día de gloria y en la regeneración y engrandecimiento de nuestra adorable Patria». Los manuales más sofisticados, dirigidos a las academias, remachaban también ese monarquismo. Entre ellos sobresalía *Educación moral del soldado*, de Enrique Ruiz Fornells, profesor de infantería y uno de los instructores del rey adolescente, una obra de 1894 que estudiaron varias generaciones de cadetes. Su autor era un progresista que propugnaba el concepto revolucionario de la nación en armas, imbuida de patriotismo democrático. Admirador de la razón y la ciencia, juzgaba no obstante imprescindible el sentimiento monárquico: «El amor a la Patria se simboliza en el afecto al *Soberano*. Él representa a la Nación, como el padre a la familia». Más adelante, Ruiz Fornells se adhirió al ideario republicano, asesoró a Manuel Azaña –ministro de la Guerra en los años treinta– y acusó a don Alfonso de haber perjudicado su carrera, pero entonces aún era proclive a castigar con dureza el desprecio al monarca, ídolo de la soldadesca.[11]

Junto a la historia y al rey, la bandera. Sacralizada hasta el frenesí por el ejército y protegida por la ley de jurisdicciones, se consideraba un emblema idóneo para estimular la disposición al sacrificio patriótico de la tropa y, por extensión, de toda la ciudadanía. Su significado atravesaba las enseñanzas y la rutina diaria: aquella insignia roja y gualda encarnaba a España, nunca se dejaba atrás y exigía el supremo holocausto en la batalla. El momento culminante de esa exaltación llegaba con la jura de bandera que redondeaba la instrucción, cuando los reclutas contestaban en voz alta con un sí a una fórmula retórica que procedía del siglo XVIII: «¿Juráis a Dios y prometéis al Rey, seguir constantemente sus banderas, defenderlas hasta perder la última gota de vuestra sangre, y no abandonar al que os esté mandando, en acción de guerra o disposición para ella?». El nacionalismo no había desplazado en absoluto a la fidelidad monárquica, que aún se encontraba en expresiones populares como la de *servir al rey*. Algo que republicanos como Salmerón denunciaron en el Congreso. A modo de recuerdo de esa jornada, los soldados podían recibir carnés o cartillas donde se resumían sus compromisos, un hábito que se extendió tras la puesta en marcha del servicio universal. Una de ellas, de 1913, dedicada por los *cuotas* a sus compañeros de unidad, les

exhortaba a mantener «siempre puro vuestro amor constante hacia vuestra Patria, hacia vuestra Bandera y hacia vuestro Rey, que es el primer defensor de la Nación».[12]

Durante la primera década del reinado, la jura de banderas salió de los acuartelamientos y se transformó en una gran ceremonia con vocación de fiesta nacional. En 1903, el ministro conservador de la Guerra Arsenio Linares decidió seguir el ejemplo alemán y sacar esos actos a la calle, en las ciudades con guarnición, con un ritual que incorporaba una solemne misa, el juramento y un desfile posterior ante el público. La mística patriótica se asociaba así con la religiosa, pues la *Marcha Real* sonaba en el instante de la eucaristía y los reclutas besaban la cruz que formaban la enseña y una espada. Con todo, en 1910 se dio a los objetores la opción de realizar en privado una promesa sin connotaciones confesionales. Alfonso XIII asistió desde el comienzo a múltiples juras, en sus giras por el país, y a la principal de todas ellas, celebrada en el Paseo de la Castellana –la avenida más amplia de Madrid– cada primavera. En uniforme de gala de capitán general, a caballo y rodeado de generales, de otros varones de su familia y de príncipes invitados, el pequeño káiser pasaba revista, hincaba la rodilla ante el altar y presidía la parada, en la que los quintos le gritaban viva el rey. Su gallardía daba pábulo a manifestaciones regeneracionistas, que contraponían las ilusiones que despertaba con el «anonadante peso de las oligarquías», es decir, de los políticos. Al cabo de los años, la función ganó empaque, con crecientes efectivos, arquitecturas efímeras de colorido españolista, tribunas para los espectadores y la participación de tropas indígenas africanas. También se invitaba a los escolares, para que encendieran allí sus pasiones patrias. Por la noche se proyectaban en los cines películas con las mejores escenas y las evoluciones de las reales personas. Un festival pensado para conmover y capaz de eclipsar al mismísimo Dos de Mayo.[13]

Los lazos entre el trono y la bandera no se circunscribían a estos ritos anuales, sino que afectaban asimismo a los estandartes militares, que se bendecían en presencia de la familia real o incluso bordaban las reinas para donarlos a academias, unidades y barcos. Lo hacían, de manera simbólica, no sólo por su condición de mujeres de la realeza, sino también como madres, en representación de todas las que daban sus hijos al ejército para que murieran por España. Doña Victoria Eugenia relevó en estas tareas femeninas a su suegra y quiso coser la enseña del primer acorazado de la marina de guerra que se construía tras la debacle colonial, bautizado con el nombre de *España*. Su esposo, por su parte, apadrinó concursos para honrar al pabellón. Para acabar con el caos que escapaba a las órdenes dictadas a lo largo del siglo XIX, en 1904 se redujeron las banderas a una sola, rojigualda, por cada regimiento. Sólo el Inmemorial del Rey mantuvo, al lado del pabellón nacional, el morado

que se asociaba con Castilla, el mismo tono del estandarte real. Paradójicamente, este adornaba también la tricolor que exhibían los partidos republicanos, en recuerdo de los comuneros que en el siglo XVI habían plantado cara al tirano Carlos I. Para subrayar el compromiso de la dinastía con la nación, cuando venía al mundo un heredero varón –como en 1907– se izaba la bandera española en una esquina del palacio madrileño.[14]

De igual modo, la real familia honró a los españoles caídos en Marruecos, una forma de contrarrestar las imágenes antibelicistas de la Semana Trágica. Llevando otra vez a la arena pública labores que se atribuían a su sexo, ahora las de la *welfare monarchy*, la reina entregó ayudas a las familias de los muertos e inutilizados en el Rif, suscripción nacional recogida por una junta de damas que le valió la Gran Cruz de la Beneficencia. Don Alfonso concedía condecoraciones y ambos impulsaban homenajes a los héroes surgidos en África, como el cabo Luis Noval, que había perdido la vida en 1909 para preservar las de sus compañeros. Era el sucesor natural de Eloy Gonzalo, el hijo del pueblo que, con sus hazañas en Cuba, había merecido ya una estatua, inaugurada cuando la jura. Al nuevo Cascorro, cuyo ejemplo debía inspirar a los demás soldados, se le dedicaron monumentos, calles, piezas de teatro y lecciones en el servicio militar. El monarca puso primeras piedras y seleccionó el emplazamiento de su efigie en la capital, a un costado de la plaza de Oriente, idea del periodista liberal Mariano de Cavia que financió una colecta de aristócratas patrocinada por la reina. Modelada por el inevitable Benlliure, avanzaba ante una bandera de piedra y hacía pareja con otra, más discreta, consagrada a un segundo héroe, el capitán Ángel Melgar, ubicada en el otro extremo de la plaza. Los oficiales, celosos quizá de tanta atención por un simple cabo, también colocaron, con ayuda del rey, a su representante en el entorno urbano de palacio.[15]

LA NACIÓN MILITAR

La colaboración entre ejército y sociedad civil, dirigida a trasladar a toda la población los valores nacionalistas que caracterizaban a los militares, se plasmó en diversas iniciativas. Una de las más exitosas fue la Sociedad del Tiro Nacional, fundada en 1900 por un grupo de notables impresionados por la reciente guerra hispano-norteamericana. Si su desarrollo había certificado las deficientes aptitudes de las huestes españolas, su desenlace había dejado el territorio sin apenas protección, razones que les animaban a promover el manejo de las armas entre sus conciudadanos. En su junta directiva figuraban personalidades como el duque de Rivas, su efímero primer presidente, gentilhombre de cámara y tío del marqués de Viana, el amigo del rey; y sus

sucesores al frente de la asociación, el general de Estado Mayor Julián Suárez Inclán, veterano de los conflictos coloniales, estudioso de la historia y la geografía de África, miembro de una influyente saga política asturiana y perpetuo diputado liberal; y su correligionario Alberto Aguilera, un moretista y alcalde de Madrid proclive a las labores nacionalizadoras, como demostró en la jura de 1902. Con la asistencia de cientos de entusiastas, que se consideraban a sí mismos «una colectividad de caballeros», se dispusieron a extender la afición por el tiro al blanco para preparar la futura defensa de la patria, difundir virtudes como la disciplina o el autocontrol y vigorizar de paso el espíritu social a través de conferencias, fiestas y espectáculos. En una de esas charlas, el teniente de infantería y ensayista Luis Rodríguez afirmaba que «el Tirador diestro e instruido casi debe mirarse como hombre invulnerable». Era aquel un ámbito cívico, masculino y españolista, presto a elevar «un verdadero monumento a nuestra ansiada regeneración».16

Al parecer, la chispa la había prendido un periodista emigrado a Argentina, Emilio del Villar, que deseaba traer a España el deporte que practicaba en la Sociedad Española de Tiro al Blanco, en Buenos Aires. Desde luego, a los fundadores no les faltaban los modelos internacionales, pues en varias zonas de Europa los tiradores, mezclados a menudo con los gimnastas, formaban desde hacía décadas un robusto cuerpo patriótico. Como en Alemania, donde habían proliferado tras la invasión napoleónica y cuajado más adelante en el Tiro Federal, con el fin de acompañar el proceso de unificación. O en Francia, cuyo resurgir tras la derrota en la guerra franco-prusiana se ligaba a estas corporaciones, en guardia ante otro posible ataque germánico. Aunque la principal inspiración provenía de países pequeños que no podían permitirse el sostenimiento de un ejército poderoso, como Suiza, poblada por ciudadanos armados, Bélgica y el Transvaal, que por entonces resistía al imperio británico en la contienda surafricana de los *boers*. Si los planes salían bien, el Estado dispondría de estupendos soldados sin gastar mucho dinero, y hasta cabía imaginar unas fuerzas permanentes más reducidas, con numerosos reservistas en plena forma. El objetivo consistía en implicar a las diferentes clases sociales y, con una estructura federativa, alcanzar a todas las regiones. *La Nación Militar*, un órgano de prensa que había aparecido para exigir el servicio obligatorio y cuyo título era todo un programa, atizaba la propaganda.17

Como era de esperar, Alfonso XIII se convirtió en presidente honorario de la asociación. Pero no se limitó a aceptar ese papel, sino que la alentó con visitas recurrentes a sus instalaciones, donde podía mostrar su habilidad de tirador acostumbrado a la caza y a participar en campeonatos de tiro de pichón en el parque real de la Casa de Campo, en Madrid, o en el veraneo de San Sebastián. Por ejemplo, en la Málaga de 1904 asistió a una «patriótica fiesta»

que separaba a militares de paisanos y a oficiales de soldados. De la misma manera, regaló blancos eléctricos y ofreció premios en los concursos nacionales, como fusiles y pistolas Mauser, medallas, copas y prismáticos. A cambio, los tiradores le comunicaban una «adhesión inquebrantable». Sus parientes, como la infanta Isabel o los infantes Carlos y Fernando, también donaban trofeos. Algo que, por otra parte, hacían asimismo sus congéneres en el Reino Unido o en Italia, donde las sociedades de tiro, amantes del orden, servían de apoyo a la realeza y recibían sus atenciones. La italiana, con un nacionalismo de raíz democrática y garibaldina, estuvo presidida por Humberto I. En España, su misión reunía a conservadores y liberales dinásticos, aunque podía detectarse un mayor empuje inicial en estos últimos, que, como pasaba con el servicio militar obligatorio, detectaban en el organismo un gran potencial integrador, un fermento de unidad patria. Esta actividad mejoraría la condición física de los ciudadanos y los alejaría de aventuras revolucionarias para acercarlos a la monarquía. En el certamen que incluyó la jura, el entonces ministro José Canalejas exhortaba a los participantes, aludiendo a futuras ventajas en su incorporación a filas: «Obreros, seréis menos tiempo soldados; militares, tendréis soldados». La parafernalia patriótica, con banderas y música española, acompañaba estos eventos.[18]

El Tiro Nacional se extendió con bastante rapidez, por lo general en las ciudades, bajo directivas en las que se codeaban aristócratas y oficiales del ejército con políticos, periodistas y empresarios. Recibió subvenciones públicas y la exclusiva oficial en su especialidad. En 1903 tenía unos 13.000 integrantes, 20.000 hacia 1915, cuando contaba ya con más de cincuenta representaciones. Pero, pese a sus fines interclasistas, estos clubes adoptaron el aire inconfundible de las sociedades deportivas de élite. La segregación de los concursos para trabajadores, por ejemplo, revelaba una perspectiva paternalista. Su expansión se benefició de la ley de reclutamiento universal, pues con frecuencia abrieron escuelas preparatorias que presumían de su eficacia a la hora de poner a los jóvenes en condiciones de ser soldados de cuota. La proliferación de academias de este tipo hablaba del escaso enardecimiento que producía en los mozos con medios económicos la perspectiva de pasar varios años en los cuarteles. No obstante, las delegaciones del Tiro se volcaron en la atracción de la infancia y la juventud, embriones de la patria a los que había que llevar por el camino correcto, el de la salud física y las virtudes morales. Es decir, de acuerdo con la mentalidad militar, potenciar en ellas la adhesión a los poderes establecidos, con la monarquía en primer lugar, y el fervor por la milicia y, si la patria lo requería, por la guerra. De modo que se captaron estudiantes y se organizaron competiciones para niños –e incluso para niñas, en insólitas condiciones de

igualdad entre unos y otras–, se montaron aulas de educación física con los hijos de los socios y se procuró que los escolares frecuentaran los polígonos de tiro. Así se regeneraba España.[19]

EXPLORADORES

En su afán por españolizar a los españoles, muchos militares –y, con ellos, el rey– fijaron su atención en niños y adolescentes, soldados del mañana. Y no sólo en las juras de bandera o en el Tiro Nacional. Los libros que escribían algunos oficiales se recomendaban una y otra vez para su uso en las escuelas públicas, donde servían de textos de lectura para los alumnos. Pero, más allá de difundir los catecismos patrióticos –como el de Santiago y Gadea– o narraciones entretenidas sobre las guerras del pasado, se trataba de iniciar a los jóvenes varones en aprendizajes prácticos, que incluyeran alguna clase de disciplina paramilitar. El primer ensayo fue el de los batallones infantiles o escolares, que ya funcionaban en la Francia de la Tercera República como forma de pedagogía nacionalista y que en España se pusieron de moda a finales del siglo XIX. Auspiciados por administraciones locales o por colegios católicos, despertaban el rechazo de educadores y políticos liberales, que los juzgaban inadecuados y ridículos. Don Alfonso recibió instrucción en uno de ellos, exclusivo y aristocrático pero batallón al fin y al cabo, que hacía ejercicios en la Casa de Campo y dentro del palacio real con pequeños uniformes y fusiles fabricados para la ocasión, bajo el mando de tutores como Ruiz Fornells. En consecuencia, patrocinó algunos –como el de Vitoria, modelo para otros, en 1903– y los vio con simpatía en sus viajes.[20]

Sin embargo, aquellas parodias de soldaditos, que adornaban fiestas y actos oficiales, ya no satisfacían a casi nadie al comenzar la década de 1910. Se produjeron entonces varios intentos de fundar en España una rama de los *Boy scouts*, que desde su nacimiento en la Inglaterra de 1907 se expandían sin cesar por otros países. El que se impuso en 1912 sobre los demás provenía del ejército, en concreto del oficial de caballería Teodoro de Iradier y Herrero, inspirado por los *éclaireurs* franceses, que se caracterizaban por un nacionalismo antialemán, laico y militarista. Iradier españolizó sus estatutos y les dio un aliento regenerador, que confiaba en la juventud para superar los problemas patrios, causados en su opinión por vicios como el individualismo y las divisiones endémicas entre compatriotas. Su mejor colaborador, el periodista catalán Arturo Cuyás, quien bebía de las experiencias que había contemplado en Estados Unidos, publicó en 1913 un manifiesto titulado *Hace falta un muchacho*, trasunto del lema regeneracionista «Hace falta un hombre», de connotaciones salvíficas. Su programa consistía en infundir en

los chicos «los tres amores, a Dios, a la Patria y a la familia», y hacer de ellos «hombres de provecho, leales amigos, honrados vecinos y buenos ciudadanos» que supieran valorar todo lo español. Es decir, lo opuesto a los golfos, echados a perder en las tabernas y abocados a la delincuencia. Esta preocupación social, a la vez que patriótica, animaba la empresa.[21]

El escultismo contenía desde sus comienzos rasgos singulares, que facilitaron su avance frente a otras asociaciones dirigidas también a los jóvenes, en una época atravesada por el miedo a la degeneración racial y por ideas pseudodarwinistas acerca de la despiadada lucha de unas naciones con otras. De un lado, su programa educativo, que combinaba autosuficiencia, altruismo y contacto con el medio natural; de otro, su capacidad para adaptarse a los ambientes más variados. En muchos países adquirió, además, un carácter filomilitar y nacionalista. Como en la propia Gran Bretaña, pues su creador, el general Robert Baden-Powell, era un héroe popular de la guerra de los *boers* y deseaba formar buenos combatientes. Eso sí, con un método que huía del entrenamiento mecánico para cultivar aptitudes más provechosas, como la voluntad decidida y la obediencia, las habilidades versátiles y la camaradería. Hasta los años de la Gran Guerra, su lema –*Be prepared*– se vinculaba con la custodia del país y del imperio, al servicio de sus instituciones y alerta ante sus enemigos. En otras latitudes, la organización se amoldó a las idiosincrasias nacionales y a sus respectivos empeños patrióticos, con sus mitos y emblemas. Desde Francia o Estados Unidos, donde se conectó con el paisaje infinito y las costumbres indias, hasta Polonia, aún en busca de un Estado propio, y Japón, que la subordinó a las ambiciones expansionistas en Asia. Casi siempre con un sesgo masculino, aunque poco a poco aparecieran agrupaciones femeninas. Su aceptación por los adolescentes, que se sentían atraídos por las promesas de diversión y auxilio a la comunidad, junto a su utilidad para el encuadramiento, hizo que contara a menudo con la ayuda de las autoridades. En 1914 se había convertido en el mayor movimiento juvenil del mundo.[22]

Los planes de Teodoro de Iradier se concretaron gracias al respaldo de Alfonso XIII, que mostró por los llamados Exploradores de España una pasión tan temprana como sostenida. Al parecer, pidió incluso que se remplazara la mención al rey en la promesa *scout*, copiada de la británica, por la de un indefinido «jefe del Estado», advirtiendo al atónito capitán que un día podría proclamarse la república y que la patria estaba por encima de cualquier régimen. El monarca suscribió un donativo anual, completado por la reina y la reina madre, mientras el príncipe de Asturias y los infantes se incorporaron a sus rangos en cuanto crecieron. En 1913 agregó a Iradier a su casa militar y lo nombró ayudante honorario. Cedió a los Exploradores un paraje en el real sitio de El Pardo, cerca de Madrid, para que instalaran un campamento

permanente, y les prestó otras fincas para sus actividades. Revistó una y otra vez sus concentraciones, inauguró las muestras de sus trabajos y aceptó, cómo no, su presidencia de honor. Sus visitas quedaron grabadas en la memoria de los chicos. Concedió numerosas condecoraciones a sus miembros, en especial las de la orden educativa y cultural de Alfonso XII, y otorgó la de mayor categoría a Baden-Powell. Y, quizá el gesto de más alto valor simbólico, fue el primer soberano que vistió el uniforme *scout*, con el que posó para los fotógrafos. Su familia no se perdió los grandes acontecimientos de la asociación y apadrinó sus banderas. Fue la suya, en definitiva, la más escultista de las dinastías europeas.[23]

Aunque no era la única. En el Reino Unido, el rey Jorge protegió y tuteló sus manifestaciones, como las reuniones de *scouts* imperiales; y el heredero de la corona ejercía como jefe de los galeses. En el imperio ruso, el escultismo arraigó gracias a una sugerencia del zar Nicolás II y progresó bajo dirección militar, al tiempo que el zarévich pertenecía a la sociedad. Muchos de sus activistas acabaron peleando en los ejércitos blancos durante la guerra civil que siguió a la revolución bolchevique de 1917. Bajo Víctor Manuel III, la realeza italiana también se implicó en el Corpo Nazionale Giovani Esploratori ed Esploratrici Italiani, y sus príncipes se inscribieron en él. En varios países, el movimiento ejerció funciones complementarias a las del ejército en la Primera Guerra Mundial. Desde luego, la protección regia hizo que la versión española se consolidara con rapidez, con una nutrida subvención del Estado y el reconocimiento de su carácter oficial, dado que procuraba el «mejoramiento de la raza, creando juventudes robustas […] de sinceros sentimientos morales y patrióticos». Su estructura, centralizada y jerárquica, recordaba a la militar. La organización se desarrolló a toda velocidad, pues en 1914 contaba con 18.000 exploradores de entre diez y dieciocho años, cuando su equivalente francesa no pasaba de los 12.000. Su fama llenaba páginas de periódicos y cines, se anunciaban un anís del Explorador o los «caramelos exploradores», y abundaban los comercios que les proveían del equipamiento reglamentario. Sólo allí donde habían surgido nacionalismos alternativos al español, como en el País Vasco y en Cataluña, encontró obstáculos a su implantación.[24]

La avalancha de favores reales animó a la nobleza, empezando por la de más alto rango. De hecho, el primer presidente de los Exploradores fue el duque de Tamames, hombre de palacio y grande al estilo tradicional, al que se retrataba como un «magnate español» cuyo caserón, en el centro histórico de Madrid, tenía siempre dispuesta la mesa para quien quisiera visitarle, sin previo aviso. A su muerte le sustituyó el duque de San Pedro de Galatino, con lo que la huella del rey quedó siempre a la vista. Hubo aristócratas implicados en varias provincias, por ejemplo en Barcelona, pero también propietarios, profesionales y notables de los partidos liberal y conservador, unidos en la

tarea de dar cuerpo a una verdadera sociedad civil monárquica. Pero los elementos más activos fueron los militares, como ya ocurrió en Inglaterra o en Francia, que nutrieron los cuadros de instructores hasta que se hicieron adultas las primeras hornadas de *scouts*.[25] Su éxito inicial se escenificó en abril de 1913 mediante un gran festejo en la capital, donde 2.000 de ellos mostraron diversas habilidades: construyeron puentes y centros meteorológicos, hicieron ejercicios de gimnasia sueca y cocinaron paellas. La bandera nacional se conjugaba con vivas a España y con la presencia del monarca y de sus parientes. Alfonso XIII recibió un mensaje inequívoco de un aparato telegráfico manejado por los exploradores: «Bendito sea el Rey, que acoge con entusiasmo los afanes de esta juventud que sólo desea ver a España engrandecida, floreciente y respetada». Al acabar, los pequeños uniformados desfilaron hasta «la estatua del explorador más coloso de la historia: Cristóbal Colón».[26]

La preparación de los futuros regeneradores de la patria, recogida por sus cartillas y revistas, con la estatal *El Explorador* a la cabeza, se concentraba en las excursiones de los domingos y festivos –llenas de marchas, ejercicios gimnásticos, juegos y conferencias– y en los campamentos regionales y nacionales. Sus clubes también albergaban talleres, bibliotecas y charlas sobre prácticas escultistas o temas de historia y geografía de España. Los constantes encuentros y visitas entre ellos construían una comunidad imaginada *scout*, que a veces se ampliaba a las redes internacionales. Una comunidad que, en buena ley nacionalizadora, debía integrar a niños de diferentes estratos sociales, una meta que apenas se alcanzó, puesto que hubo gestos caritativos, pero la mayor parte de los muchachos, la que podía pagarse el equipo, procedía de las clases medias y altas. El adoctrinamiento nacionalista estaba muy presente en sus unidades: entre sus metas sobresalía el amor por la patria, enferma pero motivo de orgullo, a la que no se podía despreciar. Los modelos de conducta que ofrecían a sus integrantes se hallaban entre los héroes que se habían distinguido en las epopeyas nacionales, de la conquista de América a la guerra de la Independencia; o entre campeones de la cultura patria como Cervantes, cuyo centenario celebraron con lecciones y una ofrenda de flores. En su ideario, España iba unida a la monarquía, encarnada por la familia real, a la que *El Explorador* –dirigida unos años por el palatino Ruiz de Grijalba– dedicó numerosas portadas. Sus páginas contaban cómo don Alfonso guiaba con acierto los destinos del país y protegía a la asociación de cualquier contratiempo.[27]

El credo de los Exploradores se realizaba en el culto a la bandera: cada tropa tenía la suya, roja y amarilla como la nacional, sometida a continuas ceremonias y cuya bendición contaba a veces con un representante de la familia real. Los chicos debían conocer su historia y su significado para subir

de categoría. Dedicaban su himno a la patria, encarnada por la enseña, y su acto de promesa imitaba la jura de los reclutas, a la que por otra parte asistían con regularidad. Lo mismo que a los campeonatos del Tiro Nacional. El *scout* aspiraba a convertirse en un hidalgo español, el equivalente al *gentleman* británico que promovía Baden-Powell, pero con las trazas castizas de lo quijotesco. Es decir, había de sublimar el sentido de la justicia y del honor, eje de la psicología hispánica, según sus intérpretes, que encajaba sin esfuerzo con la mentalidad nobiliaria y militar. Y, habría que añadir, con la monárquica, pues, como afirmaba *El Imparcial*, aquellos *scouts* formaban «una nueva Orden de caballería, cuyos caballeros son profesos en la religión de la patria». Un argumento que debía agradar a Alfonso XIII. Ese sesgo caballeresco obligaba a un trato exquisito con las niñas, que no crearon su propia sección hasta los años treinta. Y, sobre todo, a convertirse en buenos soldados. Como sentenciaba un proyecto presentado al monarca, el explorador era ya a los dieciocho años un andarín infatigable, hecho a la vida de campaña, presto a obedecer y capaz de sobrevivir en circunstancias difíciles. Convencido de la obligación de morir por España, no había que tener miedo a empujarlo «a pecho descubierto por entre el huracán del plomo enemigo».[28]

En términos generales, los Exploradores de España fueron bien acogidos por la opinión pública. No obstante, recibieron también duras críticas a izquierda y derecha. Si unos les acusaban de militaristas y de ignorar los graves problemas de la infancia, como la pobreza o la explotación laboral, los otros les tachaban de laicistas y denunciaban sus connivencias con la masonería y su propósito de arrancar la fe a los niños. La ofensiva más importante vino de los sectores integristas de la Iglesia, que no podían consentir la neutralidad religiosa que Teodoro de Iradier importó de la matriz inglesa. Algunos obispos, amparados por la confesionalidad del Estado, elevaron sus quejas al rey. Los dirigentes de la sociedad respondieron que la religión se mencionaba en la promesa y garantizaron que los chicos pudieran asistir a misa antes de la excursión dominical. Pero los enemigos internos de Iradier se quejaron asimismo en palacio de su gestión autoritaria y de su intransigencia con los católicos. Las tensiones llevaron en 1914 a la dimisión del oficial, que arrastró a Tamames, luego repuesto. Poco más tarde, los Exploradores se fusionaron con los grupos confesionales alternativos que habían aparecido en Madrid. Se ganaba con ello la paz dentro del movimiento, bendecida por el monarca, pero se perdía el carisma del fundador, adorado por sus pupilos. Su crisis preludiaba la evolución futura del nacionalismo monárquico y militar, que abandonaría los dejes liberales que habían caracterizado a buena parte de los regeneracionistas a comienzos de siglo para abrazar, con Alfonso XIII a su vanguardia, la causa nacionalista católica.[29]

1. Cita en M. M. Vara del Rey, «El Rey», en *La jura de bandera. A S.M. el Rey, los reclutas de la Primera Compañía del Primer Batallón del Regimiento de León, 38 de Línea*, Madrid, El Liberal, 1913, p. 17.

2. La descripción de las habitaciones está basada en Arturo Pérez Lugín, «Notas de un repórter. La vida que hace el rey», *Heraldo de Madrid*, 29.6.1917 (cita del párrafo anterior); Ramón Martínez de la Riva, «El rey de los nobles y piadosos destinos», *Blanco y Negro*, 5.1.1919; Borrador de inventario del Palacio Real de Madrid (ca. 1931), AGP Cª 2963/2; Ruiz Alcón (1980); y la visita a su reconstrucción actual, realizada el 21.5.2021. Moreno Carbonero, en Gutiérrez y Radovanovic (1995).

3. Carlos (1980). Vallotton (1943, 1945), p. 118. Ferrera (2004), p. 261. Madariaga (1974), p. 386. Audiencias, en «Datos referentes a la vida ordinaria de Su Majestad el Rey (q.D.g.)» (ca. 1927), AGP Cª 12413.

4. Boyd (2003). «Soldado-rey», en Cardona (2003), p. 131. También, Lleixà (1986), pp. 79-82. Recomendaciones, en AGP Cª 15668/1, 15669/1 y 15622/11 (cita en nota de Luque al rey, 1.8.1913). RO 14.1.1914.

5. Incidente, en *El año político*, 18.2.1907; cita, en *El País*, 19.2.1907.

6. González-Pola (2003), pp. 327 y ss. Jensen (2000).

7. Colombo (2004). Sobre el káiser, Kohut (1991). La admiración por el ejército alemán, por ejemplo en «Poniéndose la venda», *La Correspondencia Militar*, 13.11.1905.

8. *El Globo*, 14.10.1909.

9. Ley 19.1.1912.

10. Velasco (2020), pp. 278-292. Por ejemplo, Sañudo (1909).

11. Santiago (1904), cita en p. 4. Ruiz Fornells (1894), cita en p. 119. También, Rodríguez (1907). Jensen (2014), pp. 191-218.

12. Moreno Luzón y Núñez Seixas (2017), pp. 124 y ss. Beramendi (2007). Salmerón, en *El año político*, 10.3.1906. *La jura de bandera*, cita en p. 15.

13. RROO 18 y 28.3.1903. *Abc*, 2.4.1903, 19.3.1906, 30.3.1908, 10.4.1910, 25.3.1912 y 24.4.1913. *La Ilustración Española y Americana*, 8.4.1903 y 8.4.1904. *Blanco y Negro*, 17.4.1909, p. 16. Pinto (1999), pp. 106-108. Cita, en *Recuerdo de la Fiesta Nacional*, Madrid, El Trabajo, 1904, p. 73.

14. Pinto (1999), pp. 43-46. *La Monarquía*, 12.4.1913. Un concurso con premio para un *Canto a la bandera*, de 1916, en AGP Cª 19067/31.

15. *El año político*, 4.1, 26.4 y 24.8.1910. *Abc*, 9.6.1912. AGP Cª 16264/5.

16. *Sociedad del Tiro Nacional. Estatutos Generales*, Madrid, s.e., 1900, citas en pp. 3 y 12. Cita en Rodríguez (1900), p. 39.

17. Rodríguez (1900). Ramos (1902). Hernández y Ruiz (2005).

18. «S.M. el Rey Don Alfonso XIII», *La Nación Militar*, 17.9.1904; también 15.10.1904. Urbano (1904, 2000). AGP Cª 16256/2 y 12911/25. El caso de Italia, en Brice (2010), pp. 127-129. Cita de Canalejas, en *El Liberal*, 26.5.1902.

19. Peypoch (ca. 1915), pp. 63-65. *Tiro Nacional. Campeonato de Obreros*, s.a., RB C/XIX/102 (31). *Tiro Nacional de España. Representación de Madrid. Memoria*, Madrid, R. Velasco, 1917. Torrebadella (2018). Velasco (2020), pp. 288-291.

20. Pozo (2000), pp. 249-257. El rey, en Baviera y Chapman-Huston (1959, 1975), p. 69. *El año político*, 26.3.1904.

21. Laneyrie (1985). Iradier (1912), pp. 4-13. Cuyás (1913), p. xii. Más detalles sobre lo que sigue, en Moreno Luzón (2020).

22. Block y Proctor (2009). Springhall (1987). Pryke (1998).

23. Antón y García (1913-1914), 2, pp. 379-380. El rey entregaba 5.000 pesetas al año, AGP Cª 16297/2. RROO 27.2. y 3.7.1913. *El Explorador*, 5.1914, 1.1916 y 9.1916.

24. *El Explorador*, 2 y 3.1914. Cita en RO 12.2.1914. *El Liberal*, 30.4.1913.

25. *Abc*, 12.1.1917. Armada (2009).

26. *Abc* y *El Imparcial*, 28.4.1913. Citas en *El Explorador*, 1.6.1913, p. 5.

27. *El Explorador*, 1.7.1913, 4-5.1914 y 1 y 9.1916. *Cartilla del Explorador nº 3*, s.l., s.a. *Abc*, 24.4.1916.

28. Bandera de los Exploradores de Cullera, en 1916, con representación de la reina, en AGP Cª 8802/67. *El Explorador*, 12.1915 (cita en p. 5) y 9.1916. *Cartilla del Explorador nº 1. Urbanidad, s.l., s.a.* y *Cartilla del Explorador nº 2*, s.l., s.a. Cita en *El Imparcial*, 2.3.1913. *Los Exploradores de España. Proyecto*, RB VI-B 214.

29. *El Liberal*, 23.4.1913 y 26.1.1915. *El Siglo Futuro*, 13.2.1913, 26.5.1913 y 9.3.1914. *Abc*, 11.4 y 1.6.1913. AGP Cª 15720/8 y 12100/62.

El rey, en la inauguración de la Exposición Regional Valenciana, con el jefe liberal José Canalejas (1910). Foto de autor desconocido. © Patrimonio Nacional.

8

Salvador de España

El Rey desde lo alto, como un vigía
que va observando ante su vista un dilatado horizonte,
puede percibir esos movimientos de opinión,
y cuando los perciba, tenga presente que
si acepta estas reformas, que si no es obstáculo á estos ideales,
nosotros podemos darle la savia que le vigorice.

MELQUIADES ÁLVAREZ[1]

SANCHO ALEGRE

El 13 de abril de 1913, un espléndido domingo de sol en Madrid, se celebró la primera gran jura de banderas tras la implantación del servicio militar universal. La mayor parte de los periódicos abría sus ediciones matutinas con llamadas a los lectores para que acudieran al Paseo de la Castellana a presenciar un espectáculo inédito. Porque no sólo participaban en la ceremonia los reclutas humildes, esos que no podían eludir el cuartel mediante el pago de unas pesetas, sino también los hijos de las clases medias y hasta de la aristocracia, además de las exóticas tropas coloniales venidas de Marruecos. *El Liberal* afirmaba con rotundidad que aquel era, por fin, el «día de todos», en el que cualquier corazón español palpitaría a la vista de la enseña. Animados por la perspectiva, decenas de miles de madrileños y forasteros se disputaron un lugar para contemplarlo, de pie en las aceras, sentados en sillas o subidos en las capotas y pescantes de los carruajes. Allí estaban, presidiendo el festival, el rey y su familia, que asistieron a la misa de campaña frente al altar dedicado a San Fernando, el monarca santo de la Reconquista medieval, luego al juramento y por último al desfile. Al alzar a dios en la eucaristía, las bandas atronaron los oídos del público con la *Marcha Real*. Don Alfonso, que montaba uno de sus caballos favoritos, un alazán de nombre *Alarún*, recibió los vivas de rigor, entre pasodobles y aplausos. Una perfecta fiesta nacional, que exaltaba a la monarquía, al ejército y a la patria.[2]

Sin embargo, un atentado rompió la magia del momento. Muchos se temían algo así, pues en jornadas previas habían circulado pasquines que lo anunciaban: «En Abril 13 del año 1913 morirá Alfonso XIII». Nadie olvidaba que, sólo cinco meses antes, un anarquista había abatido al presidente José Canalejas en el centro de Madrid. La amenaza, desmentida por la policía y por la prensa, se materializó poco después de la jura, cuando a primera hora de la

tarde el rey volvía al palacio real por la calle de Alcalá. Al acercarse a su esquina con la antigua del Turco, donde en 1870 habían matado al general Juan Prim, un hombre salió de la multitud, revólver en mano, y disparó, a bocajarro pero sin puntería. Un segundo tiro hirió a *Alarún* y chamuscó el guante derecho de don Alfonso, que derribó al terrorista con un giro del caballo. Todavía se produjeron dos detonaciones más, una de las cuales impactó en la pierna a un agente de seguridad. La reacción del gentío no se hizo esperar, pues hubo serios intentos de linchar allí mismo al interfecto, así que los guardias que habían impedido su huida lo arrastraron hasta un portal cercano y comenzaron a interrogarlo en casa de Floristán Aguilar, odontólogo de la real familia. Mientras tanto, don Alfonso tranquilizó a quienes le rodeaban y mandó que continuara el cortejo al paso, entre los ecos de la mayor ovación –decía el monárquico *Abc*– que nunca había escuchado. Millares de personas pasaron después por palacio a firmar en los álbumes de cortesía, los cadetes de las academias marcharon bajo sus balcones y los reyes se asomaron para saludar a quienes los aclamaban. Afluyeron los telegramas a mayordomía y las visitas a los gobiernos civiles de provincias, al tiempo que, en cines y teatros, los vítores interrumpían la función. El peligro estimulaba a la opinión monárquica.3

Pronto se supo quién era aquel regicida frustrado: Rafael Sancho Alegre, un joven carpintero ácrata que, nacido en Barcelona de madre aragonesa, había vivido en Francia y llevaba un par de meses en Madrid. Le había ayudado a instalarse en la capital su correligionario Mauro Bajatierra, panadero y dirigente sindical, aunque no pudo demostrarse la existencia de un complot. El taciturno Sancho padecía epilepsia, por lo que le habían declarado inútil para el ejército, y tenía malas relaciones con su mujer, a quien culpaba de ser «la autora moral» de sus actos. Militante en sociedades obreras catalanas y grupos como Los Sin Patria, se confesaba devoto lector de Francisco Ferrer, cuya injusta ejecución quería vengar con la muerte de Alfonso XIII. En las cartas que se encontraron en su pensión volcaba un torrente deslavazado de ideas, basadas en una dicotomía libertaria: por un lado, el pueblo ignorante; por otro, los tiranos y capitalistas encabezados por el rey. Hablaba de «una carcomida sociedad regida por unos parásitos explotadores de la clase desheredada», que cometían «crímenes de lesa naturaleza». Ante ese paisaje, prefería «un campo de cadáveres antes que uno de esclavos», de ahí la agresión al monarca: «puesto que él es quien gobierna es el culpable de todo lo que sucede». Una idea fija para el anarquismo español, dentro y fuera del país. En resumen, Sancho se consideraba un digno sucesor de Michele Angiolillo, el verdugo de Cánovas; de Mateo Morral y de Manuel Pardiñas, el de Canalejas, sacrificados como él por la libertad. El médico socialista Jaime Vera, perito en el proceso judicial, trató de probar la

demencia del detenido; su abogado, el republicano Eduardo Barriobero, lo consideraba un inadaptado extravagante. Pero estos argumentos de nada le valieron. Fue condenado a muerte y sólo lo salvó de esa pena su conmutación por la de cadena perpetua, a iniciativa del rey. Estuvo en prisión hasta 1931.4

El rechazo al atentado resultó unánime, desde la extrema derecha católica hasta la izquierda socialista. *El País*, republicano, lo calificaba de «tontería trágica». Así, don Alfonso recibió parabienes del pretendiente tradicionalista, su primo lejano Jaime de Borbón, y también del diputado reformista Gumersindo de Azcárate. Tan sólo algunos medios revolucionarios publicados en el extranjero se atrevieron a alabar el intento y a recordar que le esperaban de nuevo en París. El ilustrado *Ruy Blas* lo presentaba, como *Cheri Bibi*, con las manos manchadas de sangre de Ferrer. En España se ponderaron tanto el temple del monarca –sereno en los peores momentos y de una virilidad probada, que justificaba los vivas continuos al rey valiente– como la adhesión unánime de sus paisanos, o al menos su simpatía. Los círculos monárquicos oscilaron entre los deseos de endurecer las medidas represivas –según un exministro conservador, Javier Ugarte, las libertades no podían amparar «la holgada expansión de todos los odios»– y las apelaciones al trabajo normal de la justicia que hizo el presidente liberal en ejercicio, el conde de Romanones. Lo que estaba claro, como señaló la oposición, era el fiasco de la recién creada Dirección General de Seguridad, que tenía a Sancho bajo sospecha pero no fue capaz de detenerlo a tiempo. La Juventud Conservadora acusó al Gobierno de utilizar el atentado para cebar sus propios intereses.5

A juicio de sus partidarios, Alfonso XIII disfrutaba sin duda de la protección de la providencia divina –se había salvado ya de tres arremetidas, en 1905, 1906 y 1913– y se erigía en la única garantía del engrandecimiento nacional. Todo ello, en mitad de una crisis que fragmentaba a los dos partidos gubernamentales en sectores rivales, enfrentaba al jefe conservador Antonio Maura con la corona y, en cambio, atraía hacia ella al republicanismo moderado, que se convirtió de repente en su principal valedor, tanto en el Parlamento como en los banquetes proselitistas. Nada hacía presagiar esta situación cuatro o seis años atrás, con Maura bien asentado en el Gobierno y al frente de una organización sin apenas grietas; ni siquiera durante el mandato de Canalejas, con una jefatura más frágil aunque también duradera. Pero la quiebra de 1913 recogía los conflictos larvados en aquel largo periodo de relativa estabilidad y colocaba de nuevo a don Alfonso en el proscenio del teatro político. El fracaso de Sancho reforzaba su popularidad, como comprobaban los embajadores, incluso en plazas conflictivas como Barcelona, acostumbrada a los golpes del terrorismo. Y lo hacía en una coyuntura tan insólita como decisiva, cuando se sentía más poderoso y seguro de sí mismo

que nunca. Con veintiséis años, dos más que el aprendiz de magnicida. Algún monárquico certificaba entonces la aparición de gente que, ante los dilemas sobre la forma de gobierno, se limitaba a decir: «yo soy *alfonsotrecista*». En ese contexto, no era difícil verlo como el salvador de España.6

LA NUEVA INQUISICIÓN

En 1907 comenzó un nuevo ciclo político. Tras un quinquenio de divisiones en ambos partidos del turno y una gran volatilidad gubernamental, marcada por las constantes injerencias del recién llegado Alfonso XIII, el nombramiento de Antonio Maura abrió un panorama distinto. Su sólido liderazgo en el conservadurismo, pronto refrendado por una amplia mayoría parlamentaria, le permitía gobernar con su propia brújula y sin depender cada dos por tres de la corona. Un escenario en el que, de manera inevitable, el rey pasó a un segundo plano. Ya se ha señalado el criterio de Maura sobre su papel institucional, que reducía al mínimo la intervención regia en los asuntos cotidianos y potenciaba en cambio sus dimensiones simbólicas. El interesado se avino a ese arreglo, una vez se atenuaron los recelos que le provocaba la imponente figura del jefe conservador y se consolidó su confianza en una situación que, cosa rara, se prolongó durante años: a comienzos de 1909 le escribía que «con gobiernos estables es como el país mejora y se desarrolla, que es lo que los españoles deseamos». Uno y otro intercambiaban, sin más, información y opiniones de actualidad. Eso sí, el monarca conservó una influencia decisiva en los dos terrenos que más le importaban, la política exterior y la militar, dobladas por el inicio de las escaramuzas marroquíes. Se dieron ciertos roces entre ellos, como los que afectaron a la conferencia de Cartagena o a algún viaje de don Alfonso a Inglaterra, que según Maura no podía ser oficial si antes no venía a España Eduardo VII. Pequeños ajustes con escasas consecuencias, pues los dos coincidían en lo fundamental.7

La agenda maurista incluía una singular nacionalización de los españoles, que mezclaba componentes cívicos y culturales: por una parte, estimulaba la participación ciudadana en las instituciones locales; por otra, primaba factores como el catolicismo y los lazos tradicionales con la monarquía. El tejido de esos mimbres de la españolidad se completaba con otras medidas nacionalistas, como el deber de izar la bandera en las fiestas oficiales o la construcción de una marina de guerra que sacara a España de la irrelevancia en tiempos de paz armada, un plan patriótico que agradaba al rey. Pero para Maura la clave consistía en fortalecer y movilizar los vínculos comunitarios del país conservador, donde ser español implicaba ser católico y monárquico. La persona del soberano, que encarnaba a la patria, había de actuar como

catalizador de esas energías. Un ámbito en el cual don Alfonso no estuvo siempre de acuerdo con su primer ministro, como se comprobó a cuenta del centenario de 1808 en Madrid, aunque el escollo se superó sin dificultades porque los esfuerzos se centraron en otra región donde sus metas confluían: Cataluña. La crecida catalanista hacía necesario –a juicio de Maura y de su gobernador en Barcelona, Ángel Ossorio y Gallardo– que el monarca y su familia estimularan con su presencia las lealtades dinásticas de los sectores derechistas de la sociedad catalana, comprometidos con el orden y obedientes a la Iglesia. Ossorio no se cansó de recomendar visitas regias, pues en los pueblos y entre las buenas familias barcelonesas detectaba ansias monárquicas. Más aún, el presidente llegó a sugerir que Alfonso XIII pasara largas temporadas en Barcelona. El avance del monarquismo, creían los conservadores, frenaba la revolución y españolizaba a los catalanes.[8]

Las giras reales a Cataluña se multiplicaron y alargaron por insistencia de Maura, que convenció a los reyes de los beneficios de tan sana política. Y lo cierto es que salían bien, pese a la fatiga que ocasionaban las ceremonias y trayectos por buena parte del territorio. Sin embargo, los propósitos mauristas no sólo pretendían la integración nacional de todas las comarcas, sino que –como ya se ha dicho– albergaban también una estrategia de partido. Más que de reforzar el maltrecho conservadurismo catalán, se trataba de atraerse a la Lliga Regionalista, separarla de los republicanos con los que formaba la Solidaritat y acordar con ella una reforma administrativa que incluyera la creación de organismos regionales, inexistentes en el centralizado ordenamiento español. La ruptura de la coalición solidaria, victoriosa en las elecciones de 1907, entusiasmaba a don Alfonso, quien felicitó a Maura por haberla pulverizado. Pero esta recomposición del tablero no dejaba indiferente a nadie, mucho menos a los liberales monárquicos. Al comienzo, sus portavoces no vieron con malos ojos los viajes del rey, dado que Cataluña era parte de España y no debía convertirse en Irlanda, una zona intratable para el Reino Unido. Pero después criticaron el uso del catalán en las recepciones y denunciaron una estrategia que, lejos de nacionalizar a los catalanes, catalanizaba la política española y fortalecía al caudillo conservador. Tampoco la corona salía bien parada del envite: como recalcaba *El Imparcial* en 1908, «no ha logrado que el catalanismo se haga monárquico y ha impuesto a la monarquía que se haga catalanista». Los debates parlamentarios abundaron en las mismas tesis, mientras se acusaba a Maura de descapitalizar Madrid en provecho de Barcelona.[9]

Los problemas del Gobierno no vinieron de su partido ni del rey, sino de la respuesta de las izquierdas, con las que topó desde el primer instante. Hombre de extremas contradicciones, Maura predicaba la purificación electoral y el descuaje del caciquismo pero en 1907 renunció a la apertura que

había pilotado en 1903 y aplicó una receta muy distinta para obtener la hegemonía que precisaba en las Cortes: la de las presiones y trampas gubernativas, a cargo de su ministro de la Gobernación Juan de la Cierva. Los liberales monárquicos, rota la regla del encasillado que exigía el turno y demediada su representación, tardaron en incorporarse a las cámaras y chocaron al llegar con las reformas mauristas. Sobre todo con la de la administración local, que se anunciaba como un remedio cuasi taumatúrgico a las corrupciones caciquiles e introducía elementos inaceptables para el liberalismo: el sufragio corporativo, que daba ventaja a las asociaciones de mayor arraigo, como las eclesiásticas; y las mancomunidades provinciales, precio pagado a los catalanistas para captar su apoyo. Este borrador no superó las interminables sesiones a que lo sometió el filibusterismo parlamentario. Aunque la gota que colmó el vaso provino del proyecto de ley antiterrorista, que para combatir la propaganda ácrata imponía serios límites a las libertades de asociación y prensa. Frente a él emergió una estrategia desconocida hasta entonces bajo el régimen de la Restauración: la alianza del partido liberal con las fuerzas antidinásticas, en una campaña de mítines por todo el país. Acorralados por el ímpetu conservador y católico, los liberales salían a campo abierto y enviaban mensajes rotundos a palacio.[10]

En realidad, el bloque de las izquierdas que nació acto seguido consistía en un entendimiento básico entre dos sectores concretos: la facción monárquica de Segismundo Moret y el republicanismo conocido como *gubernamental*, donde sobresalían Azcárate y un valor en alza, el abogado Melquiades Álvarez, a los cuales se sumaban, con reticencias, los demócratas de José Canalejas. Es decir, dependía de los mismos entornos institucionistas que en 1906 habían promovido sin éxito la reforma constitucional, junto a los diarios que coordinaba un nuevo *trust* periodístico, capitaneados por *El Liberal*, el *Heraldo de Madrid* y *El Imparcial*. Sus actos de masas, que se prolongaron unos meses entre 1908 y 1909, se distinguieron por el tono de amenaza con que algunos oradores, en especial Álvarez, se dirigían al rey. A su parecer, Alfonso XIII tenía que elegir entre las que Moret –jefe de la coalición– terminó por denominar la masa negra y la masa roja. Es decir, entre los reaccionarios que pastoreaba Maura, de un anacrónico ultramontanismo confesional, y las orientaciones liberales y progresistas, que prometían equipararlo a su admirado Eduardo VII. Dicho de otro modo: si no les entregaba el Ejecutivo, se jugaría el trono. Semejantes avisos hicieron saltar las alarmas palatinas –la reina madre se ofendió por las acusaciones de clericalismo– y el propio monarca mandó recado a los notables de la oposición dinástica, que de seguir por ese camino se alejarían aún más del mando. Por si acaso, en la derecha del partido liberal surgieron voces que renegaban de aquellos discursos y se ofrecían como alternativa. Ambos

adversarios se instalaban así en la paradoja: si Maura predicaba la democracia conservadora sin abrir las puertas a una competición limpia en las urnas, sus contrincantes agitaban a la opinión, no para ganar elecciones desde fuera del Gobierno sino para exigir el poder a la corona.[11]

Y en esto llegó Ferrer. O, mejor dicho, la *ferrerada*. En otra de las discordancias mauristas, el gobernante más reacio a la aventura africana mandó tropas a suelo marroquí para defender las inversiones españolas y se vio envuelto en una insurrección popular contra el embarque de soldados en Barcelona, que se transformó con rapidez en la Semana Trágica. Atizada por la clerofobia republicana y libertaria, desembocó en el procesamiento de Francisco Ferrer, que no había intervenido en las quemas de conventos y colegios religiosos de aquellos días, pero sí en los atentados contra el rey de la visita a París y de su boda en Madrid. Fue sometido a un rápido consejo de guerra y ejecutado sin contemplaciones, todo lo cual levantó un clamor internacional que, como se recordará, ponía a Alfonso XIII en la picota, un nuevo Felipe II a la cabeza de una nueva Inquisición: los gritos que deseaban su muerte resonaron en concentraciones europeas y americanas. El monarca, consciente de cuanto pasaba, había alentado en su momento las operaciones en Marruecos. Al fin y al cabo, cuadraban con su objetivo de encontrar un lugar para España en la partida colonial, con el horizonte anhelado por los militares y con los activos de empresas vinculadas a la corte. Pero ahora, informado con puntualidad de la quema de banderas españolas y retratos suyos en Francia o Argentina, tuvo que asimilar estos ataques globales y gestionar una colisión sin precedentes entre las dos agrupaciones partidistas que sostenían la monarquía constitucional, enfrentadas a cara de perro en los debates de octubre de 1909. Ese conflicto le sacó de su comodidad y le obligó a tomar la decisión más complicada que había afrontado desde la jura.[12]

Los ecos de la *ferrerada*, que impactaron a Alfonso XIII de forma directa y llevaron a palacio las quejas de la prensa por una censura excesiva, sirvieron a la izquierda dinástica para derribar a Maura. Empezó en el Congreso por pedir su retirada, para que –en la canónica expresión de entonces– quedase franca la prerrogativa real. En primera instancia, el monarca respaldó al Gabinete. Pero la propuesta maurista de dirimir las diferencias en las elecciones no hizo sino despertar, dados los fraudulentos precedentes, el escepticismo de los diputados. Tras la irrupción explosiva de Cierva, quien responsabilizó a Moret de la matanza perpetrada por Morral en 1906, las tensiones alcanzaron su grado máximo: los liberales negaron toda colaboración al Ejecutivo y barajaron un viraje aún más dramático. Algunos afirmaban que, si la corona no les llamaba, se distanciarían de ella. A continuación, el rey y el presidente protagonizaron una de las escenas más célebres del reinado: al recibir a Maura, don Alfonso se adelantó para

agradecerle su dimisión, sin dejarle otra salida, y, después de las preceptivas consultas, nombró a Moret. No había mucho que objetar a la luz de las interpretaciones constitucionales al uso, puesto que el monarca había mudado de ministros después de un vuelco en las circunstancias políticas. Tal y como él lo veía, ese Gobierno «no podía prevalecer contra media España y más de media Europa». Para Maura, sin embargo, aquello fue una tragedia: el rey, personificación de la patria, le había abandonado ante un inmoral contubernio del partido liberal con los enemigos del trono. Contra eso no cabía más que una «implacable hostilidad». Es decir, la quebradura, siquiera circunstancial, de las normas básicas del sistema canovista. Desde entonces, esta especie de duelo personal entre ambos personajes derramaría litros de tinta.[13]

UN REY DEMÓCRATA

El relevo de los conservadores por los liberales no rehízo el rompecabezas político, donde las piezas tardaron en encajar de nuevo. Al tremendo enfado de las huestes de Maura se añadió, por la izquierda, la entrada de la conjunción republicano-socialista, una fórmula que rompía con décadas de aislamiento en el socialismo obrero español, alérgico hasta entonces a colaborar con las fuerzas burguesas. Esta confluencia se disponía a vigilar desde fuera al Gobierno liberal y hacía profesión de fe antimaurista. Entre unos y otros, Moret tampoco podía presumir de grandes seguridades, dado que le faltaba la imprescindible cohesión de su propio partido. Y es que las clientelas del liberalismo monárquico discrepaban, igual que en 1906 y en 1908, acerca de sus relaciones con los republicanos. De un lado, el presidente seguía empeñado en aproximarse a ellos, o por lo menos a su ala institucionista, lo cual le empujaba a proporcionarles puestos en las elecciones locales y nacionales, confiando en sacar adelante un programa secularizador y progresivo. Su consejero Giner de los Ríos le animaba a abandonar el *laissez faire* y a emprender el camino del intervencionismo en la sociedad, tal y como ocurría en la Inglaterra de Lloyd George, «para una distribución más justa del bienestar y la cultura». De otro, las facciones rivales se resistían a avalar estas cesiones y miraban de reojo a palacio, entre rumores sobre otras posibles combinaciones. Tampoco ayudaba el malestar militar por los planes para abolir la ley de jurisdicciones o por la proliferación de ascensos en la guerra africana.[14]

De nuevo, Alfonso XIII debía encontrar una salida: o conceder a Moret el decreto de disolución de las Cortes para que se fabricase los correspondientes apoyos, o designar a otro notable liberal que presidiera el Consejo con una base más amplia entre los suyos. No ocultaba sus simpatías por el viejo jefe,

quien se las había trabajado durante años, pero lo consideraba débil, dubitativo y aislado, y temía al parecer que sus favores al republicanismo desencadenaran una dura reacción conservadora y «un conato de guerra civil». La coyuntura decisiva se abrió cuando Romanones, en contacto permanente con el monarca y cabeza del liberalismo madrileño, hizo estallar una protesta por el traspaso a los concejales republicanos del manubrio de las colocaciones en el ayuntamiento de la capital. El rey propició entonces la crisis, no quiso darle el decreto a Moret y se decidió por José Canalejas como primer ministro. Toda una jugada estratégica, que revelaba las rápidas transformaciones que había provocado la avalancha de 1909. Canalejas encarnaba una política izquierdista muy clara, centrada en dos ámbitos complementarios: la cuestión religiosa, donde quería actuar sin medias tintas con el Vaticano, y la social, para atraer hacia el régimen a las clases trabajadoras mediante reformas laborales y fiscales. Pero le separaba de los moretistas su reluctancia a los acuerdos con los antimonárquicos, reacios de todos modos a incorporarse al partido liberal. Al mismo tiempo, aquel presidente por sorpresa, como ya había explicado muchas veces, no creía en una corona constreñida a la esfera de lo simbólico, sino que prefería a un rey activo y comprometido con el ideario progresista, escudo que le permitiera superar los obstáculos que le opondrían sin duda los sectores católicos y conservadores. Era lo que llamaba la *nacionalización de la monarquía.*[15]

Don Alfonso se embarcó en el proyecto canalejista de modo consciente, pese a los miedos que despertaban en la corte sus aristas radicales. La reina madre le rogó a Romanones: «por Dios, en Vd. confiamos». Esta solución le convenía al monarca después de la amarga experiencia de la *ferrerada*, pues le permitía presentarse como el campeón de una cierta idea de democracia y viajar con tranquilidad por Europa. Además, España podría modernizarse sin depender de las exigencias republicanas. Mientras el moretista *El Imparcial* hablaba de una caída fraguada «en las tinieblas», las izquierdas la achacaron de inmediato al influjo de Maura, conchabado con palacio y con Canalejas. Este último, desde luego, pudo celebrar elecciones y componer una mayoría liberal-demócrata, heterogénea pero suficiente. Conforme a lo establecido en 1904, reclamó también la primacía en el liberalismo dinástico, refrendada por su elevación a la presidencia: «el Rey me ha hecho jefe del Gobierno y en ese mismo momento me he convertido en jefe del partido». Pero este último propósito necesitó de paciencia y del respaldo incondicional de la corona, crisis a crisis, en remodelaciones ministeriales que acabaron por sellar la unidad de los liberales con la incorporación de los partidarios de Moret. Durante una visita al feudo electoral de Canalejas en Alicante, de enero de 1911, se produjo una anécdota muy celebrada: durante el baile del rigodón, el presidente se tropezó y el soberano le ayudó a levantarse y le aseguró, entre

risas, que siempre haría lo mismo. Un año más tarde, el Gabinete permitió que ganara los aplausos progresistas al indultar al valenciano Chato de Cuqueta, revolucionario y brutal asesino, por el cual habían intercedido sus paisanos Sorolla y Benlliure. Canalejas dependía hasta cierto punto del rey, pero su capacidad de liderazgo limitaba a la vez el considerable poder regio, discutido sin sordina en los conciliábulos políticos y en las Cortes.16

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado trajeron consigo las principales discrepancias de Alfonso XIII con su presidente. No faltaron desde el inicio del periodo liberal confidencias del monarca en las que renegaba de su pasado reaccionario y se mostraba proclive a medidas progresivas, incluso al control del clero, aunque le costase un disgusto con el papado. Una actitud que el embajador francés, escéptico ante estas efusiones regalistas, atribuía a su influenciable juventud. El núcleo del asunto residía, como en 1906-1907, en el trato que debía darse a las órdenes religiosas, vanguardia del catolicismo militante, que engrosaban sus efectivos con los huidos de Francia y seguían en un limbo legal, apegadas a las lagunas del concordato. Las expectativas sobre el programa de Canalejas, que comenzó por expandir la tolerancia constitucional hacia las confesiones no oficiales, complicaron las negociaciones con Roma y desencadenaron una intensa movilización de laicistas y católicos. En el verano de 1910, las manifestaciones republicanas le recomendaban acelerar y las confesionales –orquestadas por los tradicionalistas y por grupos con tanto futuro como la Asociación de Propagandistas– denunciaban su anticlericalismo. Pronto se notó la frialdad del rey con su Gobierno, que los círculos liberales achacaban a las presiones de su madre y de los palatinos clericales. El bache no pasó de una recomendación de prudencia, aunque la política canalejista quedó demediada: se redujo a la retirada temporal del embajador español ante la Santa Sede y a la aprobación de la *ley del candado*, que prohibía el establecimiento de nuevas congregaciones durante dos años, en espera de una normativa sobre asociaciones que nunca llegaría.17

El monarca no quería interrumpir el mandato canalejista, pero tampoco estaba dispuesto a tolerar una completa ruptura con el Vaticano. Uno de sus hagiógrafos le atribuía cierta condescendencia con su primer ministro: «No tiene más inconveniente que el estar un poco verde en la cosa religiosa, pero ya acabaré yo por catequizarlo». En cualquier caso, la actitud de don Alfonso se perfiló con motivo del congreso eucarístico internacional celebrado en Madrid en 1911. Un fastuoso despliegue de fuerza con el que la Iglesia católica disputaba a sus enemigos el territorio de la política de masas, en una urbe transformada en espacio ceremonial y salpicada de altares y arcos del triunfo con emblemas cristianos. El Ejecutivo consiguió que el rey no asistiera a su jornada inaugural, pero no pudo evitar que fuese a la clausura, cuando

pronunció unas palabras de afecto al papa en el templo de San Francisco el Grande. Más aún, animado al parecer por el marqués de Comillas, acogió en palacio a la gran procesión que había recorrido la ciudad y, cirio en mano, acompañó a la santa hostia hasta el salón del trono, donde un sacerdote palatino, Juan Postíus, leyó la consagración de los españoles al santísimo sacramento: «Somos vuestro pueblo. Reinad sobre nosotros». *El Liberal* opinaba que aquel acto ponía a España al mismo nivel que Paraguay o Ecuador, ofrecidos por sus excéntricos presidentes a Jesucristo. Por muchas promesas de modernidad que hiciera, Alfonso XIII no iba a renunciar a su condición de rey católico, que le proporcionaba hondas raíces sociales. Pero en aquel contexto, donde la fractura entre clericalismo y anticlericalismo ocupaba el centro del conflicto político y activaba movilizaciones contrarias, la perfecta identificación de la corona con la Iglesia resultaba divisiva y dificultaba el acomodo de las tendencias secularizadoras en el recinto monárquico. En esos episodios, el trono se alineaba con quienes no concebían más España que la devota.[18]

La buena sintonía entre Canalejas y el rey se cimentaba en una gran confianza personal entre ambos, cultivada por el seductor político e inimaginable en los casos de Maura o de otros *primates*. Sus despachos diarios se prolongaban en charlas amistosas sobre temas históricos y culturales, que el presidente aprovechaba para instruir a su interlocutor. Por ejemplo, le ponderaba el valor de Fernando el Católico, el monarca renacentista, frente a su beata esposa Isabel, idolatrada por las derechas y por los antiguos profesores de don Alfonso. Al propio Maura le indignaban las humillantes familiaridades que sufría el liberal, quien no dudaba en tirarse al suelo para jugar con los infantes. De todos modos, esa afinidad se sostenía en la mutua conveniencia y mejoró conforme los planes anticlericales se dejaban de lado y ambas personalidades se concentraban en las metas nacionalistas que compartían, tanto dentro como fuera del país. Así, palacio respaldó la legislación laboral, el servicio militar obligatorio y la abolición del impuesto de consumos, muy impopular porque gravaba los bienes de primera necesidad. Eran iniciativas nacionalizadoras, que integraban a las clases trabajadoras en la comunidad, y cuando hizo falta obtuvieron el voto de los senadores palaciegos. Una vez se sortearon las apetencias regias sobre Portugal, Marruecos ocupó sus desvelos: como se ha visto, el monarca triunfó en Melilla y alentó la ocupación de la zona, irrenunciable para Canalejas. Una apuesta que agudizó la enemiga de los republicanos y sobre todo de los socialistas, que convocaban huelgas y motines para detener la guerra. El partido liberal, alineado con las preferencias de la corona, consiguió atraer a algunos antidinásticos pero no a los sectores que, desde la izquierda, despreciaban su política social y lo asimilaban al conservador.[19]

Pero, de golpe, el magnicidio lo cambió todo. El 12 de noviembre de 1912, el presidente del Consejo de Ministros fue asesinado a balazos en la Puerta del Sol por el anarquista Pardiñas, quien había vagado por Madrid sin encontrar a su primer objetivo: el rey. Don Alfonso se presentó enseguida en el Ministerio de la Gobernación para contemplar, meditabundo, el cadáver del gobernante con quien mejor se había entendido. Y presidió después, a pie detrás del féretro, la comitiva fúnebre que marchó del Congreso de los Diputados al Panteón de Hombres Ilustres, junto a la real basílica de Atocha. Una prueba de valentía que le ganó las aclamaciones del público, con gritos de ¡así se hace!, ¡olé! y ¡viva tu madre! Acto seguido, las juventudes gubernamentales guiaron a quienes se acercaban a palacio para vitorear a los reyes y dar mueras a la anarquía. Allí, el monarca se creció: «He jurado servir a mi Patria, y ya pueden cometerse atentados. Mientras me quede una gota de mi sangre en mis venas, nada me arredrará, y he de permanecer en mi puesto cumpliendo mi deber». Unos días más tarde, los estudiantes universitarios, con el rector de Madrid al frente, pidieron el procesamiento de Pablo Iglesias, el jefe socialista, porque en el Parlamento había amenazado a Maura. Al recibirles, continuó la remontada regia: «Yo, desde hoy, si he caminado hacia el progreso por camino vecinal, haré construir una carretera». En los actos que siguieron, las expresiones de Alfonso XIII –que ligaban españolismo y sacrificio– se emplearon para alimentar discursos de gran virulencia, que dividían al país en dos: a un lado, los sectarios ferreristas; al otro, la gente decente que confiaba en su valeroso soberano.[20]

Muchas miradas se volvieron hacia él. Durante aquellos años de gobierno liberal, en respuesta a la coalición republicano-socialista, habían surgido ya medios monárquicos dedicados a defender a la corona con mensajes beligerantes y populistas. Uno de ellos–titulado *La Monarquía*, dirigido por el escritor y duelista Benigno Varela y financiado seguramente por Comillas– glosaba las vidas ejemplares de las reales personas y los vínculos directos entre el honrado pueblo y el trono, al margen de los políticos corruptos. Allí escribía la infanta Paz, tía de don Alfonso, para quejarse de lo mal que la miraban los obreros envenenados por la propaganda. Es decir, la familia real bajaba a la arena, algo insólito. Según estas opiniones, el patriotismo conllevaba la exaltación del monarca, mientras que los republicanos no merecían llamarse españoles: así lo afirmaba Óscar Nevado, un militar y dirigente de los Exploradores de España. A finales de 1912 se agudizaron estas impresiones y se habló también de un partido nacional bajo la jefatura de Ángel Urzáiz, un exministro independiente que, como otros parlamentarios, buscaba al soberano. En términos inmediatos, la muerte de José Canalejas supuso su remplazo interino por Manuel García Prieto, marqués de Alhucemas y ministro de Estado, para atender tareas urgentes, como los

presupuestos y el acuerdo con Francia sobre el protectorado en Marruecos. Pero el relevo se complicó. Romanones no consintió que Alhucemas le pasara por delante y forzó su dimisión para que el rey lo nombrara a él, alentado por la mayoría de la mayoría liberal. En espera de acontecimientos, Alfonso XIII parecía a los monárquicos incondicionales el único recurso disponible –«uno de los pocos españoles que creen en España», afirmaba el regeneracionista Miguel de los Santos Oliver en *Abc*– para la ineludible reacción patriótica ante la desgracia.[21]

EL MOMENTO REFORMISTA

El último día de 1912 y el primero de 1913 contemplaron un repentino terremoto político. Superados ya los efectos a corto plazo de la muerte de José Canalejas, Alfonso XIII había de trazar la ruta mediante el ejercicio de sus funciones constitucionales. Según el embajador británico, tenía tres opciones: mantener al conde de Romanones, para proseguir la obra canalejista y gestionar las próximas elecciones provinciales; designar a Segismundo Moret, que aún disponía de seguidores; o llamar a Antonio Maura, algo lógico después de tres largos años de gobierno liberal, pero difícil a juzgar por los abundantes enemigos que había acumulado el carismático estadista: la prensa, las masas que lo creían un clerical y los demócratas de toda laya. Estas materias, añadía el diplomático, no se arreglaban nunca en España con un voto parlamentario, por lo que la decisión correspondía al monarca. De hecho, *La Época*, órgano oficial de los conservadores, reclamaba el poder con una tesis similar a la que había esgrimido Moret en 1909: las costumbres electorales no permitían encomendar la solución a las Cortes y, por tanto, debía actuar la corona. Por su parte, Romanones comunicó a don Alfonso, con quien compartió una cacería de perdices en los predios manchegos de Santa Cruz de Mudela, que le respaldaba un partido cohesionado. De manera que, el 31 de diciembre, anunció a las puertas de palacio que veía renovada la confianza y, tras la reunión de los exministros liberales, dio al rey la lista de su Gabinete. No hubo consultas. Ya que la mayoría no se había dividido, el presidente del Consejo continuaba en su puesto con normalidad. O eso creía él, porque la contestación que vino del conservadurismo sobrepasó cualquier expectativa razonable.[22]

El 1 de enero, *La Época* publicó una nota en la que Maura dimitía de sus cargos y retaba al monarca. El partido liberal –decía– se había habituado a coaccionar a la corona, valiéndose de alianzas viciosas con los republicanos, por lo que aquella debía prescindir de él. En caso contrario, el partido conservador se negaría a sucederle en el Gobierno y el rey tendría que buscar

una formación distinta, idónea para seguir con el turno. Sangraba aún la herida de 1909. A pesar de los intentos de Canalejas por retomar los contactos con la oposición monárquica, la hostil actitud maurista seguía en pie, despreciaba los años transcurridos como un cúmulo de desbarajustes y consideraba rota la normalidad constitucional. Sólo una completa rectificación, el arrepentimiento respecto a lo que Maura entendía como un contubernio vituperable, podía evitar la catástrofe. Algunos conservadores –como el antiguo presidente del Congreso Eduardo Dato– no aprobaban este desplante y se pusieron a disposición de la corona. Los notables del partido consiguieron que su jefe retirara la renuncia, pero ya era tarde para reparar el daño. A Alfonso XIII le pilló de improviso y, por supuesto, no le hizo la menor gracia aquella «pistola en el pecho». Aseguró a Maura que él había actuado conforme a las enseñanzas de Vicente Santamaría de Paredes: si el grupo parlamentario gubernamental permanecía unido, no había por qué cambiar el color del Gabinete. La conjunción, en cambio, echó a volar las campanas, pues el veto a su odiado antagonista había surtido efecto.[23]

La siguiente entrega de aquella novela política tampoco defraudó a nadie. A mediados de enero, y por iniciativa de Romanones, el rey recibió a varios personajes de la izquierda política e intelectual, bien integrados por lo demás en las estructuras estatales. Acudieron a palacio Manuel Bartolomé Cossío, director del Museo Pedagógico Nacional y segundo de Giner en la Institución Libre de Enseñanza (ILE); Santiago Ramón y Cajal y José Castillejo, presidente y secretario de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, centro público dedicado a financiar becas y acoger laboratorios científicos; y Gumersindo de Azcárate, presidente del Instituto de Reformas Sociales y portavoz de la minoría republicano-socialista en el Congreso. Es decir, algunos de los hombres más sobresalientes del mundo institucionista y del republicanismo templado, asesores de los gobiernos para las políticas culturales y laborales y dispuestos en aquella coyuntura a acercarse a la monarquía. Un paso muy bien recibido por la opinión liberal. Al salir de la cámara regia, los invitados elogiaron al rey, que les parecía un hombre agradable, al corriente de los problemas y abierto a avances democráticos. Azcárate, el de mayor significación política, le había pedido que no se metiera en cuestiones partidistas y que apostase por elevados fines morales. El viejo catedrático se reafirmó en sus ideas republicanas, pero declaró abolidos los obstáculos tradicionales; es decir, las rémoras reaccionarias que habían impedido en el pasado la modernización de la monarquía. Todos podían entenderse porque usaban la lengua del patriotismo: don Alfonso les glosó el entusiasmo que sentía por España, de ahí su disposición a escuchar a cualquier español, y a Cossío le perdonó su vehemencia porque revelaba un gran amor a la patria.[24]

Lo cierto es que Alfonso XIII ya se había interesado con anterioridad por la labor del institucionismo. Su tutor Santamaría le había llevado en 1904 a clase de Azcárate en la universidad, aunque sus contactos sólo se hicieron frecuentes a partir de 1911. Ese año, el marqués de la Vega Inclán y Joaquín Sorolla ejercieron de intermediarios y el rey visitó la Residencia de Estudiantes, parte de la Junta para Ampliación de Estudios. Le impresionó aquel oasis de civilización, tan alejado de la mugre castiza y dedicado a formar caballeros, aprobó la idea patriótica de enviar a los jóvenes a aprender en otros países para luego fecundar España y se ofreció a encontrar una mejor ubicación a los residentes, promesa que renovó en las audiencias de 1913 y que se cumplió ese mismo año, cuando el Estado les ofreció terrenos en los madrileños altos del Hipódromo. No obstante, el nexo más directo de palacio con la Institución lo proporcionaba Rafael Altamira, cuyas ambiciones hispanoamericanistas encandilaban al monarca. Este presidió su acceso a la Real Academia de Ciencias Morales, algo infrecuente, y apoyó en público el refuerzo de la escuela nacional y centralizada que el historiador llevó a cabo desde la recién creada dirección general de Primera Enseñanza, útil para ahuyentar los sentimientos separatistas. Asimismo, en 1913 sufrió una gran contrariedad –«por la simpatía que tiene hacia la ILE», anotó en su diario el político liberal Natalio Rivas– cuando los desencuentros entre liberales y las campañas católicas echaron al director. En una carta al secretario Torres, Altamira decía que «S.M. el Rey (q.D.g.) es la única persona a quien he de estar agradecido, porque es la única que siempre ha acogido con benevolencia mis peticiones y la única también, que ha tenido voluntad de satisfacerlas».25

Esta sorprendente sintonía del monarca con los institucionistas producía ahora consecuencias de calado en la política española. Romanones, que había asumido el legado y la clientela de Canalejas, deseaba fortalecer su posición con un abrazo a la estrategia del moretismo. Es decir, con su aproximación a los republicanos *gubernamentales* que habían fundado en 1912 el partido reformista, creyentes en la accidentalidad de las formas de gobierno y admiradores por tanto de monarquías parlamentarias como la británica, la belga o la italiana. Sin tocar aún la Constitución, el Gabinete retomó la agenda secularizadora y se atrevió a eximir de la enseñanza de la religión oficial a los niños cuyos padres no la profesaran. Una avalancha de quejas inundó palacio, más de 12.000 cartas de la sociedad civil confesional que, animada por las congregaciones y por las damas católicas, denunciaba los peligros revolucionarios del ateísmo. Con todo, Alfonso XIII mantuvo su respaldo al presidente liberal, antes y después de los tiros de Sancho Alegre, y hasta se molestó por la actitud de las órdenes militares, que recordaron al conde de Romanones –caballero de Santiago– su compromiso con la fe cristiana. Ambos intentaron que Azcárate accediera a la presidencia del Congreso de los

Diputados, un puesto que se consideraba el más relevante tras la jefatura del Gobierno y que conllevaba la incorporación del reformismo al régimen. El veterano jurista no aceptó la oferta, aunque en las discusiones parlamentarias subsiguientes sus compañeros de bancada se separaron de la conjunción al erigirse en adalides de la corona. Lo nunca visto.[26]

Las Cortes acogieron aquella primavera un debate a fondo sobre el papel político de Alfonso XIII, cada vez más implicado en la brega cotidiana. Maura se despachó contra los liberales, a los que acusaba de entregarse al poder personal del monarca y, en frase muy recordada, de confundir «el uniforme de ministros con las casacas, muy honrosas, pero muy distintas de la servidumbre palatina». Por ende, su política religiosa socavaba el alma católica de España, lo cual conducía a la perdición del régimen: «una Monarquía renegada de su significación quebranta la continuidad de la vida nacional». A su parecer, el soberano no sólo intervenía en exceso, sino que atacaba también las esencias patrias. Las denuncias mauristas arrancaron unas palabras tibias del presidente Romanones, que cantó las ventajas del arrimo republicano y volvió a conseguir, esta vez mediante consultas, la confianza regia. Pero chocaron sobre todo con las alabanzas de Melquiades Álvarez a don Alfonso: aquel joven había visto con acierto la realidad del país y se había comportado como un monarca parlamentario, que no intervenía en la vida de los partidos pero obedecía a los deseos de la opinión pública. En consecuencia, el reformismo se ofrecía a figurar en la baraja monárquica. Como había ocurrido ya en la campaña del bloque de las izquierdas, los reformistas desconfiaban de unos comicios a la intemperie, que a falta de la palanca gubernativa habrían revelado su debilidad electoral, y ponían sus esperanzas en la voluntad progresista del rey. Álvarez parecía el verdadero líder del liberalismo monárquico español.[27]

A esta endiablada ecuación se sumó enseguida un nuevo factor, la división del propio partido liberal en dos facciones enfrentadas por el pleito de la jefatura y por la búsqueda de alianzas: fallecido Moret, contaban la del conde de Romanones, bloquista redivivo, y la de García Prieto, heredero de Montero Ríos y ubicado a su derecha. El pretexto para el rompimiento se halló en las mancomunidades regionales, que Canalejas había resucitado para congraciarse con los catalanistas y que ahora trató de aprobar Romanones con el rechazo de sus rivales, que temían por la unidad de España. El rey, enfangado a estas alturas en sus luchas intestinas, respaldó por enésima vez a su primer ministro contra los disidentes y dejó correr las especulaciones. Hasta se permitió asignar carteras a los nuevos miembros del Gabinete. Sus alternativas se resumían en dos: suplir la receta romanonesca con otra garciaprietista para aguantar una temporada y facilitar a la larga la vuelta al timón de Maura, que así no tendría que retractarse; o la *idónea*, acaudillada

por un conservador que aceptara remplazar al liberalismo gobernante y dejase fuera de juego la postura maurista. Don Alfonso prefería, como Romanones, la segunda de las opciones. Pero cortejaba a todos, lo cual aumentaba la confusión en los agitados ambientes políticos.[28]

Cabía incluso una tercera posibilidad: preparar de alguna forma el terreno a Álvarez para que, decreto de disolución en ristre, mudara la situación, como deseaban las gentes de la ILE. A finales de agosto de 1913, Giner de los Ríos escribía a Castillejo: «las cosas se afirmarán si al cabo durasen estos ¡liberales! hasta que entrase Melquíades (como aseguran ya está concertado) y al cabo hiciese las elecciones. –Sueños?». Los reformistas enviaron a palacio un memorando que recordaba el compromiso de los primeros Borbones con la europeización de España y animaba a don Alfonso a seguir su ejemplo, convertido en un monarca imparcial que alentara el progreso de acuerdo con la opinión y sin excluir a nadie. Sin embargo, no reclamaban el poder de inmediato, pues antes debían realizar una ardua labor de propaganda; y tampoco se avenían a fundirse con el partido liberal, lo cual habría vertido «vino nuevo en odres viejos». Preferían que el liberalismo dinástico siguiera un tiempo al mando, o –como último recurso– que llegaran los conservadores, previa abjuración del ultimátum maurista que les vetaba. El reformismo, desde fuera, ayudaría a la corona. En contacto con él a través de Sorolla, el rey contestó, a estos argumentos o a otros parecidos, dando su beneplácito al programa pero no a las personas que debían aplicarlo. Dueño de la situación, remataba su respuesta con expresiones muy suyas: «sigo *siendo el de siempre, l'enfant terrible*», y «me alegro mucho que cada día se afirmen más los vínculos que nos unen y que se resumen en dos palabras "Viva España"».[29]

CENTRO DE LA VIDA POLÍTICA

La esperada conclusión del mandato liberal iniciado en octubre de 1909 se precipitó cuatro años más tarde en el Senado, donde el Gabinete Romanones perdió una moción de confianza. Entonces Antonio Maura, coherente con su postura, se negó a turnar, por lo que el rey recurrió a Eduardo Dato, y con él a los conservadores que aceptaron el reto por sentido del deber. De ese modo se consagró el desgaje a su derecha de una minoría maurista. Al otro lado, el romanonismo pasó a la oposición con el grueso de las clientelas liberales de su parte. Los reformistas quedaban en la reserva, apoyados por la nueva generación de intelectuales y profesionales que, como proclamaba su cabeza visible, el filósofo José Ortega y Gasset, querían realizar la experiencia monárquica para sustituir la vieja política, caduca y corrupta, por una nueva, dinámica y europeizadora, guiada por los más preparados. En una vuelta de

tuerca al lema canalejista, Ortega afirmaba que «necesario es nacionalizar la Monarquía», una institución que sólo sería legítima si fomentaba cada día la vitalidad nacional. A su manera, reclamaba también un rey activo. Hacía décadas –desde el entendimiento entre Emilio Castelar y Sagasta– que no se acercaba tanto al trono un sector de los republicanos, pertrechado ahora con planes muy ambiciosos: del nuevo liberalismo social y educativo a las mejoras en la Constitución, para promover un salto en el nivel cultural de los españoles, introducir la libertad religiosa y parlamentarizar el régimen. Su victoria habría marcado un rumbo distinto para el sistema político de la Restauración, algo que las circunstancias políticas no permitieron.30

Alfonso XIII salió de aquellos embates como protagonista absoluto de la política española. Pasada la calma del *Gobierno largo* de Maura, se había implicado más y más en el hervidero partidista: al cambiar a Maura por Moret, a Moret por Canalejas, a García Prieto por Romanones y a Romanones por Dato, al sostener primero a Canalejas y luego a Romanones, el rey se alejaba más aún de un rol meramente representativo para convertirse en el actor que daba la cara en cada crisis. Los notables de los partidos gubernamentales, también los republicanos, acudían a él para que les diera la razón y el poder, para que despidiese o vetara a sus contrarios, en un juego sin fin que ponía a la corona en mitad de las discusiones públicas, en la prensa y en el Parlamento. Nada más ajeno a la máxima ya citada de Walter Bagehot –según la cual el monarca perfecto «parece mandar, pero jamás parece luchar»– que su publicitado duelo teatral con Maura. Y es que sus polémicas injerencias se multiplicaban no sólo a causa de las divisiones internas en las formaciones caciquiles, ya conocidas aunque más profundas que nunca, sino también por el choque violento entre las estrategias de ambos partidos gubernamentales. En España aún faltaba un elemento clave en los regímenes constitucionales más avanzados: unas elecciones fiables donde dirimir las diferencias ante el tribunal de la ciudadanía, que dieran a las cámaras parlamentarias la legitimidad necesaria para recortar las intervenciones regias. Sin embargo, los masivos movimientos de las derechas católicas y las izquierdas laicistas, junto a los conflictos que bullían en Cataluña y los relacionados con la guerra en Marruecos, contribuían a resquebrajar el turno pacífico, pensado para una época de desmovilización y apatía. En cualquier caso, las resoluciones de palacio dejaban tras de sí un rastro de agravios.31

El monarca no ejercía sus facultades de forma arbitraria, pues siempre encontraba motivos que sustentaran sus decisiones, como la excepcionalidad de las circunstancias o el grado de cohesión de las mayorías. Las lecciones de Santamaría de Paredes le servían de escudo. Pero a don Alfonso le gustaba jugar «el *poker* del poder». Hablaba con unos y con otros para sondear ambiciones y tener al alcance diversas bazas de futuro, condicionaba las

iniciativas gubernamentales, provocaba dimisiones y jugaba con los titulares propuestos para los ministerios. Su tono burlón e irónico mostraba un íntimo disfrute, apuntalado por su convencimiento acerca de la labor regeneradora, cuasi providencial, que le correspondía: la de un joven káiser que, al frente de su ejército y en comunión con su pueblo, laboraba por la patria. Los efectos sobre su fama de la Semana Trágica le inclinaron a la izquierda, en un giro que debía favorecer políticas integradoras y reducir los privilegios de la Iglesia, *ma non troppo*. A la altura de 1913, su halo de salvador de España no resultaba incompatible, sino todo lo contrario, con el de rey demócrata. Aguantaba las murmuraciones del *Court Party* –la élite palatina– y dejaba caer que, si mañana se proclamaba la república en España, él se pondría a sus órdenes. Al comenzar 1914, otro gesto subrayó aquella imagen progresiva: el rey asistió a la representación de una obra del republicano y reformista Benito Pérez Galdós, ya ciego y achacoso, y encabezó una suscripción para proporcionar una renta vitalicia a aquella gloria nacional. Atrás dejaba su resistencia a condecorarlo tras la jura.32

De vez en cuando, la prensa deslizaba críticas a la excesiva dedicación del rey a los viajes de placer. Pero, como se vio tras el crimen libertario que quitó la vida a Canalejas y en el conato de Sancho Alegre, tampoco le faltaban aplausos y ditirambos. Eran múltiples las voces que ensalzaban a don Alfonso. Los periodistas Luis Antón del Olmet y Arturo García Carraffa publicaron en 1913 y 1914 dos volúmenes dedicados a su persona dentro de la serie «Los grandes españoles», que destacaban su compromiso con la regeneración nacional e incluían testimonios variopintos. Si el exministro conservador Faustino Rodríguez Sampedro lo definía como «el primer español», el republicano José Manuel Pedregal lo creía capaz de transformar el Estado. Rafael Altamira veía en él a un nuevo Carlos I, mientras Miguel de Unamuno, todavía rector en Salamanca, opinaba que «todo español que se sienta con deseos y ánimos de trabajar desinteresadamente en pro de su Patria, encontrará en nuestro actual Rey, Alfonso XIII, un amigo». Esperaba más del trono que del Parlamento. Casi a la vez, Benigno Varela editó un libro titulado *Así es nuestro Rey*, que repetía los mismos tópicos sobre el patriota preocupado por su gente y respetuoso con sus tareas constitucionales. Allí, el liberal barón del Sacro Lirio matizaba que aquel monarca no podía ser sólo un símbolo, como el de Gran Bretaña, porque en España no había una opinión pública con energías suficientes. Todo lo justificaban los propósitos nacionalistas, que se proyectaban también sobre la política exterior. La proximidad de la guerra europea empapaba ya el ambiente.33

---

1. Discurso de Melquiades Álvarez en el banquete del partido reformista, en *El año político*,

23.10.1913.

2. Cita, en «Día de todos», *El Liberal*, 13.4.1913. Descripción de la jura, en *Abc*, 14.4.1913; y *La Ilustración Española y Americana*, 22.4.1913.

3. *Abc*, 12-14.4.1913. *El año político*, 13.4.1913.

4. *Abc*, 5.7.1913. *El Socialista*, 6.7.1913. Citas procedentes de la sentencia de 8.7.1913, reproducida en Encinar (2014), pp. 47-49.

5. *El País*, 14.4.1913. AMAE H-2753, 14.4.1913, informe de Reynoso que cita las amenazas de *Bataille Syndicaliste*; y 27.4.1913, otro con detalles de *Ruy Blas*. Ugarte y otras muchas opiniones, en *La Monarquía*, 19.4.1913. *El año político*, 20.4.1913.

6. NA FO 371/1753 Bunsen a Grey, 21.4.1913. González Calleja (1998), pp. 468-469. Sueiro (2008). El término *alfonsotrecista*, en Alberto de Segovia, «El Rey y el pueblo», *La Monarquía*, 19.4.1913.

7. Cartas de Maura al rey, en AGP Cª 15622/10: visita a Inglaterra, 4.7.1909. Tusell y García (2001), pp. 172-175, cita en p. 174.

8. González Hernández (1997), pp. 161-162, 269, 285-288 y 292-296.

9. Maura a Alfonso XIII, 10.10.1908, AGP Cª 15622/10. Alfonso XIII a Maura, 6.1907, AM L341. *El Imparcial*, 5.4.1904, 27.10.1908 (cita) y 31.10.1908.

10. Más detalles, en Moreno Luzón (1998), pp. 245-259.Véase también la explicación del comportamiento liberal de Joaquín Romero Maura, «Apéndice a la sección 2» en Carr (1966, 1992), pp. 467-474.

11. *El año político*, 28.5, 5.9 y 18.11.1908 y 4 y 17.1, 22.2 y 1.3.1909 (palabras de Moret). Las inquietudes de palacio, en ANR L11-8888 y 8893/1, notas sobre bloque de las izquierdas.

12. Avilés (2006). Informes sobre la campaña, en AGP Cª 15601/2, por ejemplo el del embajador en París al ministro de Estado, 14.10.1909. Para el rey y Marruecos, véase el capítulo 6.

13. La crisis y la escena, en Maura y Fernández Almagro (1948), pp. 145-156; cita del testimonio del rey, en p. 156. *DSC*, 19.10.1909, p. 65; y 20.10.1909, pp. 69-84. También *El año político*, 19-25.10.1909. Arranz (1996). Al parecer, el rey dijo a Cambó que era Maura quien le había abandonado, Cambó (1987), pp. 170-171.

14. Cita en borrador de carta de Francisco Giner a Segismundo Moret, 24.10.1909, AILE FG 21/519. Rumores, en ANR L8896, 5.1.1910; y L8897, 21.1.1910. Carta de Romanones a Moret, s.f., AR L57/12. Militares, en NA FO 371/745, Bunsen a Grey, 19.12.1909; y 371/985, 14.1.1910.

15. ANR L8898, 27.1 (cita); 4, 7 y 9.2.1910. *El año político*, 9.2.1910.

16. Fernández Almagro (1933, 1977), p. 147 y 149. «Comentarios sobre la crisis», *El Imparcial*, 9.2.1910. Por ejemplo, *DSC*, 4.4.1911 y 24 y 31.1.1912. Arranz (1996). Forner (2014), cita en p. 136.

17. Declaraciones al embajador, en González Hernández (1997), p. 336. ANR L11/8888, Alba a Moret, 29.8.1910; y L11/8893, 14 y 15.9.1910. Andrés (1975), pp. 363 y ss.

18. Cita, en Bonmatí de Codecido (1946), p. 90. *El Liberal*, 14.7.1911. Cueva (2003). Faes (2009), p. 221. Núñez Bargueño (2018).

19. Antón y García (1916), p. 221. Cambó (1981, 1987), p. 179-180. Tusell y García (2001), pp. 204 y ss.

20. Citas del rey en *El año político*, 13 y 16.11.1912. *El Imparcial* y *Abc*, 18.11.1912. Gritos, en *La Monarquía*, 16.11.1912.

21. Barreiro (2001). Véanse, por ejemplo, *La Monarquía*, 11.11.1911 (infanta Paz); 27.7 y 21.9.1912 (Óscar Nevado, «Por patriotismo») y 16.11.1912. *El año político*, 12-15.11 y 18.12.1912.

Cita, en Miguel S. Oliver, «El ejemplo del Rey. Pesimismo nacional», *Abc*, 19.11.1912.

22. NA FO 371/1475, Bunsen a Grey, 26.12.1912. «El problema político», *La Época*, 30.12.1912. AR L5/10. Más detalles, en Moreno Luzón (1998), pp. 282-285.

23. «Documento histórico. El señor Maura renuncia a la jefatura del Partido Conservador», *La Época*, 1.1.1913. *El año político*, 1-12.1.1913 (cita del rey el 1). AGP Cª 15978/4: nota para el diario de Su Majestad, 1.1.1913; Romanones a Alfonso XIII, 1.1.1913 (¿10.1.1913?).

24. *El año político*, 14.1.1913. AR L4/2 y L33/18. Romanones a Alfonso XIII, 17.1.1913, AGP Cª 15978/3. Sencourt (1946), pp. 161-164.

25. Castillejo a su familia, 20.2.1911, en Castillejo (1998), pp. 437-440. Pérez-Villanueva (1990). García García (2000). Cita en ANR 11/8893, 27.9-1.10.1913. Cita de Altamira en AGP Cª 15986/14, Altamira a Torres, 23.2.1914.

26. Protestas, en AR L36/18; el rey y las órdenes militares, L36/16. *El año político*, 31.1, 25.2, 12.3 y 5 y 25.4.1913.

27. El debate, en Arranz (1996). Citas de Maura, en *DSC*, 29.5.1913, pp. 6235 y 6239. Consultas, en AGP Cª 15978/4 y AR L33/7. Suárez (1986), pp. 93-95.

28. ANR L8893, 6.6-1.7.1913. Telegrama de Alfonso XIII a Romanones, 13.6.1913, en AR L33/7.

29. Citas en Giner a Castillejo, 27.8.1913, en Castillejo (1999), p. 92; «Informe a Alfonso XIII del Partido Reformista» (ca. 9.1913), RB Foll 4/171; y Alfonso XIII a Sorolla, MS CS1151, 9.9.1913. Parece que también hizo de mediador el duque de San Pedro de Galatino, Suárez (1986), p. 93.

30. José Ortega y Gasset, «Vieja y nueva política» (1914), en Ortega (2004), I, pp. 707-737, cita p. 730. Zamora (2002), pp. 134-145. Juliá (2004), pp. 153-164.

31. Cita en Bagehot (1867, 2010), p. 56.

32. Cita en Madariaga (1974), p. 379. *Court party*, en NA FO 371/1754, Bunsen a Grey, 26.5.1913. Al servicio de la república, según Azcárate, en *El año político*, 23.10.1913. Galdós, en *El Liberal*, 10.1.1914 y *La Correspondencia de España*, 12.4.1914.

33. «Los viajes del rey», *El Mundo*, 12.2.1911. Antón y García (1913-1914), 2, pp. 385-479., cita de Unamuno en p. 460. Varela (1914).

Retrato de la reina Victoria Eugenia, con uniforme de enfermera de la Cruz Roja (ca. 1917). Foto: Franzen. © Patrimonio Nacional.

9

Prince de la pitié

Imagínese ahora el hermoso servicio
que el Monarca presta a la humanidad dolorida,
y a través de ella, a la patria hispana,
de la que es un símbolo.

ADOLFO POSADA[1]

ESPAÑOLES SIN PATRIA

El orientalista británico Abraham Shalom Yahuda, catedrático de Lengua y Literatura Rabínicas en la Universidad Central de Madrid, no paró hasta ver a Alfonso XIII. Judío sefardí de Jerusalén, era un hombre enérgico y decidido, de un ímpetu que a los contemporáneos les parecía alemán. Acudió a su embajador en España, *sir* Arthur Hardinge, pero también al empresario Ignacio Bauer, al secretario real Emilio María de Torres y al jefe del partido conservador, Eduardo Dato, que le había apoyado en otras ocasiones. Y por fin lo consiguió: la tarde del 23 de mayo de 1917, el rey lo recibió en una audiencia privada de media hora. Yahuda habló con él de las desgracias que padecían sus correligionarios de Palestina, perseguidos por el ejército otomano y –según las alarmantes noticias que llegaban desde comienzos de mes– en serio riesgo de correr la misma suerte que otra de las minorías de aquel imperio, la armenia, casi exterminada en mitad de sangrientas deportaciones. Porque, según algunas fuentes, el avance de las tropas aliadas en la Gran Guerra había llevado al gobernador militar Jamal Pashá a evacuar a las poblaciones judías, empezando por las costeras de Jaffa o Tel Aviv, sometidas a un sinfín de saqueos, humillaciones y asesinatos. El profesor explicó al monarca que miles de hebreos esperaban su mediación, como cabeza de una potencia neutral, ante el emperador de Alemania, el de Austria y el propio sultán. Con idéntico objetivo se dirigieron a palacio los sefardíes de Nueva York y las embajadas aliadas en Madrid.

De entrada, don Alfonso se mostró reacio a actuar. Su neutralidad en el conflicto le ponía en una tesitura delicada, que le había impedido por ejemplo ayudar a los armenios, y eso que eran cristianos como él. Pero Yahuda insistió. Le aseguró que se trataba de una iniciativa particular del general Pashá, no del Gobierno otomano, y que el káiser alemán le haría caso si le mandaba un mensaje personal. Pero el argumento que convenció al soberano

fue otro: «suplico que tome en cuenta a los miles de judíos de origen español que se encuentran en una mala situación y que ruegan a S.M. en la misma lengua que han conservado durante siglos y en la que aún cantarán las canciones populares más bellas y más agradables que hay en la lengua española». Aquellas palabras impresionaron a su interlocutor, que le respondió: «usted cree que yo puedo justificar mi intervención, como rey de España, en el tema de los judíos sefarditas. Bien; voy a pensarlo y el señor Dato le comunicará mi decisión». El catedrático vio confirmadas sus positivas sensaciones a través del político y, unos días más tarde, supo que el monarca había enviado telegramas, no sólo a sus embajadores sino también a Guillermo II, para abogar por esos «miles de judíos españoles». Según sostenía en sus memorias, aquella gestión regia hizo que se detuviese el acoso y se permitiera a los desterrados regresar a sus hogares. Así se habría salvado el *ishuv*, es decir, la comunidad judía asentada en la tierra de Israel.2

El interés de algunos círculos españoles y de Alfonso XIII por los sefardíes, descendientes de los judíos expulsados en tiempos de los Reyes Católicos, venía de atrás y se había convertido en un rasgo visible de cierto españolismo regeneracionista. El movimiento filosefardí había tomado cuerpo gracias al empeño del senador liberal Ángel Pulido, que vio en los grupos de origen hispánico presentes en los Balcanes y en el Mediterráneo oriental una gran oportunidad para aumentar la influencia de España y sus redes comerciales. Sus libros *Los israelitas españoles y el idioma castellano* (1904) y *Españoles sin patria y la raza sefardí* (1905), de una serie titulada «Intereses nacionales», tuvieron un eco notable. A él se sumaron numerosos intelectuales y políticos de muy distintos colores ideológicos, pues sólo el catolicismo tradicionalista, que ligaba de manera férrea españolidad y religión, se resistió a la corriente. Les parecía conmovedora la preservación de la antigua habla castellana, modificada por siglos de mestizaje pero aún reconocible, por parte de gentes que añoraban Sefarad, el solar de sus ancestros. Una ventaja capaz de completar la dimensión americana de la identidad nacional. En términos de Pulido, «España, madre fecundísima de naciones […], tiene desparramados por casi todos los pueblos de Europa, por Asia y África, mucho más de medio millón de familias israelitas que defienden su idioma patrio». Sobre ellas podía ejercer una especie de soberanía cultural. Para los sectores más liberales, las atenciones a aquellos hijos perdidos demostrarían el carácter tolerante y moderno de una nación regenerada, aunque muchos conservadores estaban asimismo dispuestos a sumar la cultura judaica al legado medieval patrio. Si bien no eran españoles en sentido estricto, habían contribuido con sus saberes a la grandeza de España.3

A efectos políticos, el filosefardismo adquirió verdadera importancia

cuando el horizonte del protectorado en Marruecos colocó en primer plano a sus pobladores judíos, que sumaban unas 25.000 almas y poseían una capacidad económica innegable, como posible apoyo para las autoridades españolas. Un hecho que atrajo las simpatías de Alfonso XIII, quien ya había conocido en sus viajes a algún patricio sefardí. Pronto aparecieron asociaciones hispano-hebreas que aspiraban a incorporar a esas comunidades a la obra colonizadora de España en África. Eso era lo que el propio rey esperaba de ellas, como les transmitió en 1912 y les repitió en 1920, cuando quedó claro lo poco que se había avanzado en metas como la dotación de escuelas españolas que contrapesaran el creciente influjo de la Alliance Israélite Universelle, difusora de la lengua francesa. Pese a los obstáculos, los gestos se multiplicaron. El marqués de la Vega Inclán consiguió en 1911 que la sinagoga del Tránsito de Toledo, un magnífico edificio mudéjar en ruinas y símbolo del judaísmo peninsular, se asignara a su Museo del Greco, que la restauró y ubicó en ella un pequeño centro de estudios hebraicos, bajo la protección de un monarca que la incluyó en los recorridos culturales de sus invitados por la ciudad. Del mismo modo, aceptó la presidencia honorífica de las sociedades y apartó a un cónsul antisemita que maltrataba a los judeoespañoles. Tal y como indicaba a palacio un diplomático español en Tánger, había que atraerse a «las "fuerzas vivas" del país: capital, banca, comercio, etc.»[4]

La visita a España de Abraham S. Yahuda, profesor hasta entonces en Berlín, fue uno de los principales frutos de estos acercamientos, ya que el Gobierno liberal de Romanones auspició en 1913 una serie de conferencias suyas acerca de la España judía. Junto a ella surgió la propuesta de ofrecerle una plaza universitaria en Madrid, lo cual condujo a su primera audiencia con el rey, quien le prometió atender a los sefardíes –sobre los que hizo múltiples preguntas– y alentó sus expectativas académicas. Al parecer, Yahuda se emocionó al sentirse el primer hebreo que pisaba un palacio real español desde 1492, mientras los medios internacionales se hacían eco de su insólito encuentro con el sucesor de Isabel y Fernando. Aunque no quiso renunciar a su nacionalidad británica, la cátedra se le adjudicó finalmente en 1915, no sin nuevas apelaciones al monarca, a quien regaló el oído en otra entrevista comparándolo con su magnánimo antecesor Alfonso X el Sabio. El hebraísta formó parte de un entorno madrileño en el que destacaban, además de Pulido, personajes como el escritor Rafael Cansinos Assens, dedicado a reivindicar su herencia judía, o Max Nordau, sefardí húngaro expulsado de Francia, que combinó durante la guerra su activismo sionista con el estudio del arte español. También hubo de contar con Ignacio Bauer, millonario hebreo y liberal que presumía de su íntima amistad con Alfonso XIII –con quien se murmuraba que corría juergas–, editor de múltiples publicaciones y mecenas

de la primera sinagoga de Madrid, autorizada en 1917. Que Dato asesorara como abogado a la Casa Rothschild, representada en España por los Bauer, lo vinculaba con este ámbito. De manera que, cuando se difundieron las malas nuevas de Palestina, todos ellos se movilizaron para que el humanitarismo alfonsino beneficiara a su pueblo.5

Los filosefardíes no fomentaban la migración de judíos a España, sino que preferían aprovechar sus posiciones estratégicas en otros países. Pero los conflictos internacionales estimularon las demandas de salvoconductos diplomáticos que les protegieran de los ataques antisemitas. Así, las guerras balcánicas que precedieron a la europea dejaron a los 80.000 sefardíes de Salónica, súbditos hasta ese momento del sultán, a merced del nacionalismo griego, que desconfiaba de su lealtad. Algunos cónsules realizaron cientos de inscripciones con el fin de protegerlos, pero las dificultades continuaron y se tuvieron que firmar acuerdos con Grecia para otorgarles un estatus especial. Su enviado a España, introducido por el republicano Gumersindo de Azcárate, trató en 1916 de captar la benevolencia regia. La contienda hizo que varias familias de Salónica se instalaran en Barcelona y hubo asimismo diligencias, esta vez con éxito, para que los sefardíes no encontraran los mismos contratiempos que otros ciudadanos de los imperios centrales en territorio enemigo. Además, en el palacio real de Madrid se buscó información acerca de personas atrapadas en las provincias otomanas y se tramitaron ayudas económicas para ellas. Por ejemplo, giros de hebreos argentinos a sus parientes en la ciudad turca de Esmirna y peticiones de los sefardíes de Jerusalén a notables judíos norteamericanos.6

Sobre el papel de Alfonso XIII en el salvamento del *ishuv*, las pruebas resultaban un tanto borrosas. Tal vez enviara un recado particular al káiser Guillermo, tal vez no. Pero sí ordenó a sus embajadores que trasladasen en su nombre el ruego de las personalidades israelitas a los emperadores en Constantinopla, Viena y Berlín, verdadero centro rector de aquella coalición bélica. Las respuestas gubernamentales desmintieron, por difamatorios y exagerados, los relatos sobre matanzas y vejaciones en Palestina: la evacuación había afectado a todos, o a todos los no musulmanes, y las vidas y propiedades judías se habían respetado. No existía por tanto un propósito aniquilador entre los militares otomanos, como expuso en sus memorandos el general Pashá, que ante los requerimientos del cónsul de España en Jerusalén se había negado a revocar sus órdenes. El concernido, conde de Ballobar y de ascendencia materna hebrea, creía que «se trata[ba] no sólo de una medida militar, sino también anti-sionista». Sin embargo, algunos diplomáticos españoles exhibieron una magra sensibilidad por las tribulaciones judías: el germanófilo embajador Luis Polo de Bernabé confirmó sin más la versión alemana, que exculpaba a sus socios; y el ministro plenipotenciario en la

capital otomana, Julián María del Arroyo, aunque dudaba de la necesidad de las expulsiones, asumía los tópicos antisemitas cuando achacaba a los hebreos la difusión de mentiras y una gran codicia por beneficiarse de futuros negocios con los ingleses. «Pagarán esos judíos cara pero merecidamente su conducta», concluía.7

En cualquier caso, Yahuda y sus amigos creyeron que, si bien la propaganda inicial había cometido algún exceso, las acciones de don Alfonso habían determinado el curso favorable de los acontecimientos: los desmentidos oficiales, la oferta para que una delegación neutral comprobara sobre el terreno lo sucedido, la repentina amabilidad de Pashá con las colectividades hebraicas y hasta los informes forzados de los rabinos de la zona, que absolvían a los turcos. Sendos artículos del erudito sefardí recordaron más adelante la gratitud que se debía por ello al rey, cuando cayó la monarquía en 1931 y tras su muerte una década más tarde. Esa misma convicción permeó los comunicados contemporáneos del Ministerio de Estado y las crónicas de periódicos españoles y extranjeros. Como *La Correspondencia de España*, donde trabajaba Cansinos Assens, que en junio de 1917 hablaba de la «hidalga intervención» de «tan humanitario monarca», tanto en los Balcanes como en Palestina. Lo mismo decían las notas de agradecimiento del barón Rothschild, de las organizaciones judías de Jerusalén y de Nueva York; y, lo que era aún más relevante, de la de Tetuán, que se expresaba con ditirambos nacionalistas para halagar al soberano: sus hermanos habían tenido «lugar preferente como Españoles en corazón tan sublime, lleno de generosidad y ternura, tendiendo su mano protectora a estos hijos de España, que ostentan con orgullo su origen Español [sic]». La campaña en Oriente revertía en favor de los objetivos reales en el protectorado marroquí.8

A juicio de Yahuda, que en cada audiencia comenzaba de nuevo y repetía las mismas tesis, la mejor forma de atraer la atención de Alfonso XIII por los asuntos judíos consistía en aludir al patriotismo sentimental de los sefardíes, a su perenne añoranza por España y a su uso de la lengua castellana, esencia de la nación. Pero el rey no se veía en absoluto libre de los prejuicios antisemitas, agudizados a raíz de la revolución rusa de 1917, e igual bromeaba sobre la tacañería de los hebreos que les atribuía afanes cosmopolitas y subversivos: «son algo inquietos, peligrosos», le comentó a Pulido. En sus conversaciones con él, Yahuda y Pulido se vieron obligados a contrarrestar esa mentalidad, que en el mejor de los casos distinguía entre los judeoespañoles y los afectos al bolchevismo, con hombres como León Trotski al frente. Patriotas *versus* internacionalistas. Cuando el senador le señaló en 1920 que, dada la brillantez que caracterizaba a la raza judía, no era extraño que hubiera dirigentes de ese origen entre los revolucionarios, como los había en todos los estamentos

sociales y políticos, «don Alfonso no respondió». Si a los buenos sefardíes cabía proporcionarles la ocasión de adquirir la ciudadanía española, como hizo la dictadura de Primo de Rivera en 1924, tras el recrudecimiento de las persecuciones turcas, a los demás se les amalgamaba con la masonería y con los otros enemigos eternos de España. El caso de Palestina, de todas maneras, alcanzaba un significado aún más vasto al ilustrar con nitidez la resonante labor emprendida por el monarca durante la Primera Guerra Mundial, de una enorme ambición.9

ARCHIVO DE LAS LÁGRIMAS

El fracaso de la estrategia proentente desplegada por el rey en sus contactos internacionales de 1913, que todavía coleó en los primeros meses de 1914, impidió que España entrara en guerra. Entre julio y agosto, cuando el dominó de las alianzas europeas encadenó una declaración bélica tras otra, el Gobierno conservador de Eduardo Dato emitió una tanda de notas oficiales que anunciaban la posición neutral del país y amenazaban con castigar a quienes la pusieran en peligro. Intentaba con ello disipar sospechas, inevitables en una época de diplomacia secreta, acerca de los compromisos adquiridos con otras potencias. Alfonso XIII se mostró conforme con la actitud de su Gabinete, aunque lo cierto es que le costó aceptarla. Según el marqués de Lema, ministro de Estado, tuvieron que convencerle con detalles sobre la calamitosa situación de las fuerzas armadas españolas, que refrenaron sus ansias de participar en el conflicto junto a Francia y al Reino Unido. Después de uno de los consejos de esos días, Dato le envió unos renglones que confirmaban la impotencia militar y añadían a ese motivo la división y falta de aliento de la opinión pública: «si la [campaña] de Marruecos está representando un gran esfuerzo y no logra llegar al alma del pueblo, ¿cómo íbamos a emprender otra de mayores riesgos y de gastos iniciales para nosotros fabulosos?». No tuvo otro remedio que aceptar la neutralidad.10

A don Alfonso le molestaba reconocer las flaquezas de España, que le impedían culminar la política seguida bajo su reinado con una completa integración en la liga de sus socios occidentales. Pero esa contrariedad no le llevó a abandonar su veterana inclinación por los asuntos internacionales, sino todo lo contrario. Sin prescindir de sus ministros, con los que procuraba entenderse, dejaba claro a todo el mundo que él seguía marcando el rumbo de la acción exterior española. Contaba para ello con varios recursos. Por un lado, se comunicaba sin intermediarios con los embajadores en las capitales clave, por ejemplo en París, donde situó desde el comienzo a uno de sus hombres, el marqués de Valtierra, teniente coronel y antiguo subalterno suyo,

que se apoyaba en el alfonsino José Quiñones de León; en Bruselas, donde tenía al marqués de Villalobar, primo de su caballerizo Viana, gentilhombre de cámara con ejercicio y leal colaborador que ya le había prestado buenos servicios desde Lisboa, al auxiliar a los monárquicos portugueses; en Petrogrado con el de Villasinda, también gentilhombre de cámara y casado con otra prima del caballerizo; y en Londres, con su viejo profesor de inglés Alfonso Merry del Val, tercer gentilhombre de la lista. Más complicadas eran sus relaciones con Luis Polo de Bernabé, inamovible en la embajada de Berlín por su perfecto encaje en el entorno del káiser.

Por otro lado, disponía de un acceso preferente a los palacios de Europa y se ganaba la confianza de los diplomáticos acreditados en Madrid. Sobre todo de los agregados militares, sus compañeros de armas, a quienes hacía confidencias con soltura. Sus interlocutores lo calaban enseguida y no se fiaban de sus palabras, pues decía a cada cual lo que deseaba oír y no dudaba en criticar ante ellos no ya a sus adversarios sino también a sus amigos: así, con los franceses se mostraba anglófobo, y al revés. Dada su fama de indiscreto, a veces le pasaban información falsa, en la seguridad de que acabaría en manos del enemigo. «Le gustaba jugar a los soldados», sentenciaba el jefe del contraespionaje francés. Desde el comienzo manifestó su simpatía por los aliados –«sólo yo y la *canaille* somos francófilos», espetó al embajador republicano–, pero también cortejó a los alemanes, a quienes aclaraba que, pese a sus sentimientos personales, a España le convenía la derrota de sus eternos antagonistas, Gran Bretaña y Francia. Las obsesiones de su nacionalismo territorial –en Portugal, pero también en Tánger, ciudad marroquí sometida a una administración compartida, incluso en la plaza irredenta de Gibraltar– permanecieron muy vivas.11

Con el fin de compensar la obligada abstención, el rey y sus gobiernos descubrieron la neutralidad activa. Es decir, las funciones que se permitían ejercer a los neutrales, abordadas con especial ahínco para convertir a España en el primero de todos ellos y dotarla de un perfil relevante en la contienda y en su posible final negociado. Para empezar, el Estado español asumió la representación de los intereses de unos beligerantes en otros, un listado de encargos que no dejó de crecer: los más significativos le atribuían los asuntos de la mayor parte de los aliados en los imperios centrales, como los de Francia en Alemania y los de Rusia en Austria-Hungría, y los de esta última en Italia y también en Rusia. Sobre esa base se alzó poco a poco la actividad más conocida de Alfonso XIII durante la guerra: la humanitaria, que le permitió presentarse y ser percibido como *le prince de la pitié*, un *angel of mercy* en mitad de una Europa arrasada por las armas. A raíz de la encomienda de los negocios franceses, aterrizaron en el palacio de Madrid unas cuantas peticiones de información sobre desaparecidos. Lluvia fina que se tornó

inundación cuando, en el verano de 1915, la prensa hizo famosa a una mujer girondina que había localizado a su hijo gracias a la pesquisa ordenada por Alfonso XIII. Desde entonces esta misión, calificada de «obra humanitaria patriótica», ocupó un lugar central en sus preocupaciones y en su imagen pública.[12]

La Oficina de la Guerra Europea se instaló en palacio bajo la responsabilidad de Emilio de Torres, el secretario particular del rey, con el duque de Miranda –futuro mayordomo mayor– como su segundo. Fue agrandándose con empleados que, en sus escalones superiores, solían unir su condición de aristócratas a la de diplomáticos, además de al necesario manejo de idiomas. Uno de los más modestos, Julián Juderías, trabajaba como intérprete en el Ministerio de Estado y dominaba una quincena. Su habitual fidelidad a la monarquía la ejemplificaba bien otro de ellos, Alejandro Despierto, que durante el exilio de don Alfonso se encargaría de enviarle cada dos o tres meses saquitos de tierra recogida en la plaza de la Armería, bajo las ventanas de sus habitaciones. También se incorporaron como auxiliares algunas mujeres y parientes de funcionarios palatinos, hasta un total de 46 individuos, entre fijos y eventuales. El plantel lo completaban religiosas que realizaban, gratis, tareas rutinarias en conventos de Madrid. Cubría la práctica totalidad de los gastos la partida que correspondía a la Real Casa en los presupuestos generales del Estado, no la fortuna privada del rey, como afirmaban sus hagiógrafos: se destinaron a este fin de 3.000 a 6.000 pesetas mensuales, de las casi 600.000 que se asignaban a la corona. Y sus gestiones se realizaban a través de las embajadas y consulados españoles, imprescindibles casi siempre. Constituyó, en esencia, un servicio estatal.[13]

El grueso del trabajo consistía en tramitar una correspondencia gigantesca, dirigida por lo general al monarca para obtener noticias de personas perdidas en la vorágine de los frentes y zonas ocupadas o enviar dinero a familiares tras las líneas enemigas. Predominaban las cartas procedentes de Francia o Bélgica, aunque también abundaban las británicas, rusas o austriacas. Su tono intentaba captar la benevolencia del destinatario con alusiones sentimentales. Así, una de 1915 le comunicaba que «hemos leído todas, aquí, emocionadas hasta las lágrimas, esos artículos en los periódicos, donde se presentaban nuevos testimonios de la amistad dada, por V. M. a las familias francesas, que buscan a sus desaparecidos». A veces recurrían a símiles religiosos, que comparaban al monarca con la virgen y los santos, o bien hablaban de la «sacra persona» real. Don Alfonso salpicaba de anotaciones las misivas y se ocupaba con especial cuidado de los prisioneros de guerra, que la neutralidad de España ponía asimismo bajo su protección. Abogaba por la mejora de sus condiciones de vida, la suspensión de sus condenas y el cese de las represalias sobre ellos, propiciaba su canje y el internamiento en Suiza o la repatriación

de los heridos. Desde la embajada en Berlín se organizó un complejo sistema de inspección del extenso y duro universo concentracionario alemán, a cargo de cónsules, militares y oficiales médicos. Una misión que no gustaba demasiado a Polo de Bernabé, que consideraba delincuentes a los cautivos franceses, pero que funcionó bien y superó con creces a las de Viena y Roma. Los informes daban detalles que podían agradar al rey, como el de los presos serbios que se identificaban como españoles en los campos austriacos: «por supuesto, todos sefardines [sic]», aclaraba el impresionado embajador Antonio de Castro.14

De vez en cuando, don Alfonso fijaba su atención en algún asunto concreto. A comienzos de 1917 reparó en las solicitudes –por parte de hombres apresados en Alemania– de libros en castellano, lengua que ya conocían o que deseaban aprender. Le parecieron demandas importantes, puesto que no sólo ayudarían a entretenerse a aquellos desdichados, sino que también revelaban un insólito renacimiento del hispanismo en medio de los horrores y, conforme a su forma de pensar, atenderlas incrementaría el futuro ascendiente de España. Ese afán patriótico difundiría «el conocimiento de nuestro idioma y de nuestros mejores escritores presentes y pasados en circunstancias tales que harían difícil, si no imposible el olvido de los mismos», al tiempo que daría a conocer el buen nivel de las artes gráficas hispanas. La voluntad regia hizo movilizarse de inmediato a la Asociación Española de Librería, que agrupaba a los principales editores y libreros, para regalar los ejemplares necesarios, encuadernados con los colores españoles de modo que aquellos presos aprendieran «a respetar y bendecir la bandera de una nación que tiene la dicha de merecer tal Monarca». Un detalle que este agradeció. Se acumularon peticiones parecidas que venían de Italia, Holanda y Bélgica, también de los acogidos en Suiza. Y allí se enviaron volúmenes de acuerdo a un canon que incluía las obras de clásicos de los siglos XVI y XVII, de Cervantes a Pedro Calderón de la Barca, y de algunos modernos del XIX y del XX como Galdós, Juan Valera y Jacinto Benavente. Títulos acompañados por otros sobre el arte en España y su idioma, diccionarios y gramáticas. Lamentablemente, el sesgo culto y nacionalista de la selección no coincidía en absoluto con los gustos de los interesados, que, como informaban desde Berlín, preferían la divulgación científica o la literatura de viajes.15

La huella del rey se dejó sentir, asimismo, en el capítulo de indultos y conmutaciones de penas, que encaraba con mensajes a los otros gobernantes de sangre real. Así, intervino en el célebre caso de las damas condenadas en la Bélgica alemana por haber facilitado la huida de militares aliados: fusilada la enfermera Edith Cavell, emblema británico de heroísmo femenino, Alfonso XIII contribuyó a salvar las vidas de la baronesa Jeanne de Belleville y de la maestra Louise Tulliez, francesas; y a obtener una reducción de pena

para la princesa belga Marie de Croÿ. Bastó una solicitud personal al káiser Guillermo, en la que le señalaba que «el más hermoso privilegio del señorío es perdonar». Los reyes de España se compenetraban con el «estado de inquietud y angustia de los que aguardaban ejecución de aquella sentencia» y recibieron satisfechos su suspensión. Se sumaron más causas, por ejemplo en favor de serbios condenados por alta traición en Bosnia, ante el emperador austriaco. No resultaba difícil detectar la inclinación de don Alfonso por mejorar la suerte de jóvenes nobles, como el príncipe alemán de Salm-Salm, casado con una sobrina de la reina madre española; o los hijos del marqués de Monreal, enrolados en la legión francesa. Y la de miembros de los regimientos que le habían nombrado coronel honorario. También obtenían su favor con facilidad los recomendados por personajes poderosos, como el expresidente Roosevelt, o quienes daban pruebas de su amistad con España: el historiador belga Henri Pirenne y su colega Paul Fredericq se beneficiaron de haber escrito en contra de las leyendas que denigraban la actuación del imperio español de los Austrias en Flandes.16

Hubo otros logros, como el embarque de delegados españoles en las naves-hospitales, para que no fueran torpedeadas por submarinos alemanes. Pero, en conjunto, la oficina arrojó escasos resultados palpables. De los soldados desaparecidos que buscó, cerca de 100.000, sólo encontró –vivos o muertos– a poco más del 7%. Sus intervenciones se solapaban por añadidura con las de los demás neutrales y, ante todo, con las de otras instancias humanitarias, como la Cruz Roja Internacional establecida en Ginebra, con mejores medios y sede de una agencia especializada en el trato a los prisioneros de guerra. De ella y de sus delegaciones nacionales dependía la española para muchos de sus procedimientos. También el Vaticano contaba con su propio aparato benéfico. Como era de esperar, los ruegos desesperados que alimentaban el *archivo de las lágrimas* en el alcázar madrileño se repetían hasta la extenuación en los diversos organismos solidarios disponibles. Cuando el nombre de un caído o de un preso salía en las listas oficiales, sus allegados recibían la noticia de todos ellos al mismo tiempo.17

LA REINA ENFERMERA

La guerra propulsó no sólo la labor humanitaria del rey, sino también la de la reina, a quien iban dirigidas algunas peticiones. Las familias de desaparecidos apelaban a su condición de madre: por ejemplo, una carta de 1915, firmada por cuatro niños franceses, aludía a los infantes de España para rogarle que buscara a su padre, un soldado extraviado en Bélgica. La propia Victoria Eugenia sufrió el zarpazo de la violencia cuando su hermano pequeño,

Mauricio de Battenberg, cayó muerto en el frente de Ypres pocos meses después de iniciarse las hostilidades. Atizadas quizá por la desgracia, sus obligaciones en el terreno benéfico y social se transformaron a lo largo del conflicto y, más allá de las tradicionales en la familia real, canalizaron la profesionalización de los servicios sanitarios. En el marco, eso sí, de una mentalidad que concebía esas tareas públicas como una prolongación de su papel doméstico, siempre a la sombra de su marido. No es que abandonara las atenciones consuetudinarias a roperos, asilos, hospitales o comedores de caridad, muy ligadas a la Iglesia. Dio su nombre además a instituciones nuevas, como una clínica para niños pobres en el alcázar de Sevilla. Pero a todo ello agregó el reordenamiento de la Cruz Roja española y la constitución de un cuerpo de enfermeras seglares. La monarquía del bienestar solía asociarse a las mujeres y se modernizó durante la Gran Guerra, lo mismo que en otras casas reales europeas, aunque el rey de España, concentrado en los asuntos políticos, prestó menos atención a esa veta filantrópica que sus congéneres con poderes más limitados, como Jorge V del Reino Unido, al menos en el interior del país.[18]

La Cruz Roja española, sección de la Internacional, se vio agitada por el contexto bélico y afrontó una profunda reorganización estimulada por la reina, entre 1915 y 1917. Uno de sus problemas más agudos se refería a la rama femenina, desenvuelta con anterioridad por grupos auxiliares, pues había que decidir si seguía subordinada a la directiva general o debía disfrutar en cambio de cierta autonomía organizativa, como deseaba la soberana. La organización había disfrutado en su día del patrocinio de la regente María Cristina, pero su nuera llegó mucho más lejos. Respaldada por su esposo, doña Victoria fue designada autoridad suprema de la sociedad, por delegación del rey, y presidenta ejecutiva en la asamblea de mujeres, que obtuvo la independencia en lo tocante a nombramientos y cuentas. En sus observaciones a estos proyectos, al monarca le parecía «que no cabe mejor arreglo entre señoras y hombres que en todas las cruces rojas se han tirado los trastos a la cabeza que la separación casi completa». A las socias, los informes oficiales les adjudicaban una doble misión: cuidar de los heridos en combate y velar por los niños, soldados y ciudadanos patriotas del mañana, «con esa tierna solicitud que solo puede inspirar el divino sentimiento de maternidad». Para financiar a la Cruz Roja se celebraron veladas y corridas de toros en presencia de los reyes y se recurrió a colectas y donativos de la oficina humanitaria. La reina ejerció asimismo de madrina en la bendición de banderas para sus brigadas de camilleros, fiestas «de propaganda y patriotismo» que remedaban el ceremonial militar.[19]

No obstante, la principal novedad en este campo provino de la creación de las damas enfermeras de la Cruz Roja, un cuerpo voluntario en el que se volcó

la reina. Diferenciadas de las religiosas que hasta ese momento se habían ocupado de estos menesteres, a partir de 1915 recibieron cursos teóricos y prácticos que se consideraban adecuados para encauzar «el influjo que el alma femenina ejerce en cuanto significa abnegación, desinterés y consuelo en la desgracia». En sus primeras promociones abundaron las mujeres de la alta sociedad, como algunas nobles palatinas, Rosa Landauer –madre de Ignacio Bauer– e Isabel Dato, hija del político conservador. Ese cariz elitista les costó críticas acervas que molestaban a doña Victoria, como las que vertió en 1919 la escritora feminista Margarita Nelken, quien denunciaba aquella moda de los ángeles de la caridad que vestían el uniforme y las insignias de la institución para posar, con elegancia y vanidad, en reportajes fotográficos de la prensa. Carentes de cualquier capacidad de decisión, las damas permanecieron bajo la autoridad de los médicos. De todos modos, abrieron camino a la enfermería en España, pues en 1918 se hicieron cargo en Madrid del Hospital de San José y Santa Adela, escuela para profesionales que ya cobraban por su trabajo y foco a partir del cual germinó una red de hospitales y centros formativos en otras ciudades. Su verdadero desarrollo se daría durante las campañas de postguerra en Marruecos, bajo la guía de una animosa y eficaz colaboradora de la reina, la duquesa de la Victoria.[20]

MEDIACIÓN FRUSTRADA

El humanitarismo de Alfonso XIII se explicaba con alusiones a la piedad de un príncipe cristiano, o a la típica hidalguía española, pero sólo revelaba su pleno sentido en un horizonte más amplio, marcado por metas políticas de largo alcance. Se trataba de realzar la actitud neutral de España y de poner al rey en condiciones de representar un papel protagonista a la hora de la paz. La protección y la ayuda permitían la mediación. Una vez fijada la neutralidad, más por la fuerza de las circunstancias que por voluntad propia, don Alfonso quiso intermediar en el conflicto y no cejó en ese empeño hasta el final. Es decir, hizo de la necesidad virtud. Sin apenas éxito, porque se topó con la rivalidad de otros actores neutrales, como Estados Unidos –hasta su alineamiento con la entente en abril de 1917– y el papa de Roma, en mejores condiciones que él para asumir ese desafío. Y, sobre todo, chocó con la desconfianza de beligerantes que rechazaban todo acercamiento a sus enemigos porque sólo veían en él la concesión de ventajas. Esos anhelos alfonsinos eran, como decía el embajador francés, «vuelos de fantasía». Disponían, desde luego, de lazos exteriores y dinásticos, también de la diplomacia. Pero sólo disfrutaron de ciertas oportunidades, bien efímeras, cuando los reclamó alguno de los países en guerra.[21]

La predisposición del monarca español a terciar entre los combatientes se planteó ya en los primeros días, cuando se auguraba un enfrentamiento breve. El rápido avance alemán sobre París, engullendo Bélgica a su paso, se vio en España como la ocasión de buscar una tregua y, quizá, una conferencia de paz en Madrid, otro de los *ritornellos* hispánicos. El embajador marqués de Villaurrutia, presto a seguir al Gobierno francés en su huida a Burdeos, fue destituido de manera fulminante y remplazado por el cortesano Valtierra, que continuó en la capital. No había que perder pie frente a Estados Unidos, como sabía también Villalobar, autor desde Bruselas de varias gestiones en la misma dirección. Durante los meses siguientes cundió la idea de un bloque latino de España con Italia, todavía al margen del conflicto, para aproximar a las partes. Todo en vano, pues franceses y británicos no podían admitir semejante prueba de debilidad frente a la prepotencia de Alemania, aunque de cuando en cuando se dispararan los rumores y las maniobras. Una vez Italia decidió unirse a los aliados, en mayo de 1915, Alfonso XIII quiso ganar notoriedad con una llamativa propuesta: como «monarca del país católico por excelencia», ofreció refugio al papa en el monasterio de El Escorial. Desde allí se oiría su voz «cuando juzgue llegado el momento de elevarla en favor de la paz». El imponente edificio, mitad palacio y mitad cenobio, arrastraba un peso simbólico innegable, el de la conjunción entre la monarquía hispánica y la contrarreforma católica. Además, como se recordará, don Alfonso lo había devuelto a su configuración primigenia, la de Felipe II. Soñaba con la provechosa cercanía de Benedicto XV, pero su ocurrencia tenía un dudoso encaje constitucional, dado que el rey no podía ceder una porción del territorio patrio. Tampoco el pontífice pensaba mudarse, así que declinó con amabilidad la invitación.[22]

Los tropiezos no desanimaron a Alfonso XIII, que en 1916, con la guerra atascada en las trincheras de Verdún, siguió intentándolo. El Gobierno puso en sus labios un llamamiento pacifista en el mensaje de la corona ante las Cortes, mientras los diplomáticos españoles y alemanes animaban la mediación. A finales de ese año, una oferta formal de negociaciones por parte del canciller del *Reich* dio alas al monarca y a sus ministros. Hubo tanteos prometedores con el papa y Guillermo II no dejó de empujar, pero el norteamericano Woodrow Wilson se adelantó con su propio plan. La reacción de los aliados, que se negaron a equiparar a ambos bandos y a consolidar las ganancias germánicas, desinfló las expectativas e hizo descolgarse al aliadófilo Romanones: adherirse a la nota wilsoniana, emitida sin consultas previas –afirmaba el presidente liberal–, habría rebajado «el rango que tenemos» y malogrado las bazas de España. La prensa especulaba con el porvenir de don Alfonso como *peacemaker*, más aún cuando Estados Unidos se aproximó a la entente y, ante los repetidos ataques submarinos, acabó por

entrar en la guerra. Pero poco cabía hacer cuando las iniciativas apaciguadoras implicaban hacerle el juego a los imperios centrales, reacios a reconocer sus responsabilidades o a retornar al *statu quo* prebélico. Ni siquiera Benedicto XV pudo sacar adelante soluciones más precisas, como la desmilitarización de la castigada Bélgica.[23]

A comienzos de 1918 se abrió por fin un resquicio a la ansiada intervención mediadora del rey. El último emperador de Austria, Carlos I de Habsburgo –casado con Zita de Borbón-Parma, hija de un infante carlista español– recurrió a él para sondear una paz por separado. Con esa tentativa daba la razón a quienes, desde mucho antes, sólo veían una salida a la interminable lucha: la separación entre el imperio alemán y el austro-húngaro, pieza endeble de la alianza, que así podría salvar su corona y su estado multiétnico. La función de Alfonso XIII se limitaba a servirle de correo con Wilson, a quien hizo llegar en febrero unas bases para el diálogo. Don Carlos decía compartir las premisas wilsonianas para una paz duradera, de justicia y satisfacción de las legítimas aspiraciones nacionales, pero el presidente desconfiaba de los tratos secretos y le pedía concreción.

Pese a las buenas vibraciones que notó el embajador español Juan Riaño y comunicó su señor, el Habsburgo no estaba dispuesto a perder poblaciones y repudiaba las apetencias expansivas de italianos y eslavos. A su juicio, los problemas de la zona resultaban irresolubles en términos nacionalistas, porque se pedía una «unidad nacional que por consecuencia de la mezcla de nacionalidades en estas regiones de Europa no puede realizarse en beneficio de una sola nación sin perjudicar los derechos equivalentes de otros pueblos». Algo obvio, que no evitó el triunfo de los nacionalismos en la zona. Los esfuerzos de Alfonso XIII, ya harto complicados, se filtraron a la prensa francesa por un descuido de su confidente el agregado militar Joseph Denvignes, cesado y sometido a consejo de guerra. Todavía hubo, en vísperas del armisticio, algún intento añadido, con las consabidas pegas aliadas. Unos años más tarde, destruida ya la doble monarquía danubiana y muerto el exemperador, don Alfonso ofreció refugio a Zita y a sus hijos, mientras otro miembro de la misma dinastía, el aventurero archiduque Guillermo –sobrino de la reina madre María Cristina–, probaba suerte en España para financiar la causa nacionalista que había elegido, la ucraniana, y se metía en negocios turbios. En todo caso, la mediación alfonsina había fracasado: la gratitud por la búsqueda de desaparecidos no equivalía, como pensaba el monarca, a atribuirle la autoridad que requería ese papel.[24]

La carnicería mundial hizo que se suspendieran, por decoro, casi todos los rituales cortesanos y los viajes oficiales de los reyes, cauces preferentes de su contacto con los españoles hasta entonces. Pero esas ausencias no condujeron al desvanecimiento de la proyección pública de la familia real, sino que, más bien, la transformaron, dentro y fuera del país. En los medios monárquicos, don Alfonso dejó de presentarse como un joven que paseaba promesas de regeneración para emerger, en torno a los treinta años de edad, como el gobernante maduro que libraba a sus compatriotas del horror, trabajaba por una tregua y, sobre todo, practicaba la caridad con los afligidos y recogía reconocimientos para su nación. Doña Victoria, uniformada como enfermera de la Cruz Roja, completaba la imagen benéfica. Buena muestra de esa propaganda eran los escritos de Víctor Espinós, especialista en la corona del diario conservador *La Época*, que publicó un libro encomiástico sobre la generosa acción de aquel adalid del patriotismo, «personificación augusta» de España. Pero también la izquierda moderada esparcía alabanzas al rey humanitario: en unos artículos de 1916, Adolfo Posada, intelectual reformista, exaltaba su «obra admirable, admirablemente llevada, obra delicadísima, emocionante». En Francia, con una de las sociedades más favorecidas por sus gestiones, ese perfil laudatorio se reproducía sin rebozo. Por ejemplo, el derechista *L'Echo de Paris* sostenía, cuando el monarca cumplió la treintena, que «todos los aliados, sobre todo las familias francesas, deben al noble soberano de la caballeresca España el recuerdo emocionado de su gratitud». Hasta el socialista catalán Antonio Fabra Ribas aseguraba en *L'Humanité* que el servicio palatino de la guerra le parecía tan útil como conmovedor.[25]

En cuanto al compromiso con la paz, la secretaría real recibía continuos planes arbitristas, sustentados a menudo por valores cristianos, y ruegos que animaban al rey a porfiar en la mediación. Así, las fuerzas vivas de Barcelona le elevaron en 1914 un álbum que firmaban desde el obispo hasta los presidentes de las corporaciones patronales de la ciudad, pasando por las damas católicas y destacados catalanistas: «Acoged, Señor, este anhelo de la muchedumbre». Las loas a don Alfonso terminaron por pedir para él el premio Nobel de la Paz. Un canónigo de Tarragona lanzó la idea en 1916, en un homenaje conjunto al rey y al papa, «campeones del verdadero amor». Recogió el guante el jurista conservador y senador vitalicio Francisco Lastres, quien pidió documentos a palacio para sostener una candidatura que presentó, con cierta premura, al Parlamento noruego en 1917. En ella desgranaba las características y las cifras de la oficina humanitaria, en sintonía con la neutralidad española y los bríos pacificadores. Ese año hubo veintidós nominaciones, entre ellas las de otros monarcas europeos, como Alberto de Bélgica y –aunque sonase extraño– Guillermo de Alemania. El galardón no correspondió a ninguno de ellos, sino a la Cruz Roja Internacional, cuya

ingente campaña parecía indiscutible. Sin embargo, los méritos de Alfonso XIII tuvieron sus defensores en la arena global: Max Nordau, que no olvidaba sus desvelos por el pueblo judío, discrepaba de la recompensa otorgada a una organización que dependía de la guerra para existir, y daba su voto al hombre que se había consagrado de forma espontánea al bien de las víctimas. La propuesta en su favor se repitió –con el mismo resultado– en 1933, en pleno destierro.[26]

Las repercusiones de las tareas filantrópicas alfonsinas se ramificaron en cientos de casos, entre los cuales aparecieron algunas celebridades. Una de la más conocidas en la época era el bailarín ruso Vaslav Nijinski, liberado de su arresto domiciliario en Budapest gracias a los buenos oficios de Madrid, que le permitieron viajar a América y a otras zonas neutrales. Nijinski ejercía de gran estrella en los ballets de Serguéi Diáguilev, su intercesor ante Alfonso XIII. En 1916, la compañía emprendió la primera de sus cuatro giras españolas bajo el patronazgo de los reyes, que asistieron a sus funciones en el Teatro Real, en San Sebastián y en Bilbao. Esta excepcional coyuntura hizo de España, durante la guerra, un asilo de la vanguardia cultural europea, con la que sintonizaban algunos artistas locales. Aquí se vieron sus montajes más rompedores, como *El pájaro de fuego*, que atrajo al mismo Igor Stravinski, compositor de la pieza, o *Scherezade*, que levantó cierto escándalo pero se representó en el recinto de la Alhambra. Y se incorporaron a su repertorio temas hispánicos, desde *Las Meninas* –un tributo a Velázquez, con diseños de José María Sert– hasta *El sombrero de tres picos* de Manuel de Falla, estrenada en el Teatro Alhambra de Londres en 1919, con vestuario y decorados de Pablo Picasso. Otro de los renovadores del nacionalismo musical español, Joaquín Turina, dirigió la orquesta de los llamados *bailes rusos*, que en 1918 actuaron en lugares tan inesperados como Salamanca y Logroño. El rey, que mantuvo largos años su vinculación con la empresa de Diáguilev, intervino de nuevo para que, al salir de España, pudiera transitar por Francia y el Reino Unido.[27]

Más aún, el capital propagandístico acumulado por don Alfonso dio lugar a una inusual manifestación de monarquismo: el 23 de enero de 1917, con motivo de su santo, los alcaldes de las capitales de provincia, encabezados por el de Madrid, le entregaron una petición para que se concediera a sí mismo la Gran Cruz de la Beneficencia. El agasajo había partido de un ayuntamiento vizcaíno y sumaba las firmas de la práctica totalidad de los regidores, alentados por el ministro de la Gobernación –del cual dependían– y erigidos en representantes del pueblo. El rey legitimó ante ellos sus inquietudes caritativas con acentos nacionalistas, pues él se limitaba a recoger «el sentimiento unánime» de los españoles, «a escuchar atentamente sus latidos», al tiempo que auguraba a España un porvenir similar al de la época de Carlos

V y les alentaba a combatir la endémica mala administración local. Para asociar la feliz iniciativa a «la bandera gloriosa de la Patria», mandaría colocar aquellas insignias en el estandarte del regimiento de caballería de Cazadores de Alfonso XIII. La jerarquía civil homenajeaba al jefe del Estado, y este trasladaba el gesto al ámbito militar. El presidente Romanones relacionó la misericordia regia con su inevitable correlato, la búsqueda de la paz. Mientras tanto, el escritor Mariano de Cavia recuperaba en *El Imparcial* el lenguaje regeneracionista al identificar a Alfonso el Benéfico con su gente, como un «espíritu escogido sin duda por la Providencia» para redimirla de los pecados cometidos por los políticos. Una vez más, la íntima conexión entre la corona y España, frente a frente con la oligarquía.[28]

El *prince de la pitié* recibió múltiples agradecimientos privados y públicos, provenientes en su mayoría de Francia y de Bélgica. Como los del Institut de France y el cardenal arzobispo de París, los de municipios, asociaciones y particulares. Disfrutó de algunos honores, entre ellos la medalla francesa de la Gratitud o el ingreso en la orden serbia de la Estrella de Karadjordje. En 1919 pudo acercarse a Verdún para ver las ruinas y coleccionó en París y Londres otros parabienes retóricos. Seguramente, la gran acogida que encontró con la reina en Bruselas, durante su viaje oficial de 1923, fue la mejor prueba de la persistencia de su legado humanitario, cuyos rescoldos aún calentaban cuando tuvo que huir a Francia en 1931. Sin embargo, las ambiciones políticas que albergaba, a propósito de la Gran Guerra, se vieron por completo frustradas. No sólo fracasaron sus persistentes ofertas mediadoras, sino que España no obtuvo papel alguno en las negociaciones de paz entre los vencedores. Al menos uno de los principales, el primer ministro francés Georges Clemenceau, sospechaba de las taimadas inclinaciones germanófilas de don Alfonso, ocultas tras sus afanes pacifistas. En realidad, el reto más difícil para el monarca se hallaba dentro de su propio país, donde el impacto de la contienda amenazó la neutralidad, el sistema político e incluso el trono. Más que hacer de estratega en el tablero europeo, tuvo que emplearse a fondo para evitar una revolución.[29]

---

1. Adolfo Posada, «El Rey de España y la Guerra. Entrevista con S.M. Alfonso XIII», *La Lectura. Revista de Ciencias y Artes*, XVI/189 (9.1916), pp. 316-329, cita en p. 329.

2. Yahuda (1951), citas en pp. 48-49 (traducción de Eliezer Nowodworski). Documentos e informe sobre el asunto, con información aportada por Yahuda, s.f., en AGP C^{a} 12262/11. Retrato de Yahuda, en Cansinos-Asséns (1982), 2, p. 50.

3. Cita en Pulido (1904), pp. 27-28. González (1991).

4. Lisbona (1993). *La Noche*, 30.3.1912; *El Liberal*, 12.7.1912. Menéndez Robles (2006), pp. 352-358. Cita en Villasinda a Torres, 26.10.1912, AGP C^{a} 8792/12.

5. Cartas de Yahuda al rey, 10.2 y 17.10.1914, en BNI AASY Alfonso XIII AC-1171. *The Jewish Chronicle*, 22.5.1914 y 2.1916. El ambiente y las sensaciones de Yahuda, en Cansinos Assens (1924, 2011) y (1982).

6. Alcheh (1917). Pérez (2005), pp. 304-305. Azcárate a Torres, 27.11.1906, AGP Cª 15986/19. Algunos casos, en AGP Cª 28684/13, 29081/20, 29190/4 y 15531/5.

7. Ben-Bassat y Halevy (2018). Ballobar (1996), pp. 196-197 (cita en p. 197). Arroyo a Torres, 15.6.1917, AGP Cª 15431/5. Polo a ministro de Estado, 31.5.1917; y Arroyo a Torres, 1 y 2.6.1917 (cita en esta última carta), AGP Cª 12262/11.

8. Abraham S. E. Yahuda, «King Alfonso and the Jews», *The Jewish Chronicle*, 24.4.1931; y «King Alfonso XIII and the Jews», *The Sentinel* (Chicago), 24.4.1941, pp. 6, 22 y 27. *La Correspondencia de España*, 3 (citas) y 10.6.1917. Rothschild a Bauer, 16.16.1917, AGP Cª 12262/11. Yahuda (1951), p. 71. Cita en Abraham Israel, presidente de la comunidad israelita de Tetuán, al alto comisario de España en Marruecos, 4.7.1917, AGP Cª 15452/2.

9. Yahuda (1951), p. 72; y «King Alfonso» (1931). Citas en Pulido (1920), pp. 28-29. Álvarez Chillida (2002), pp. 287-288.

10. González Calleja y Aubert (2014), p. 271. Cita en nota de Dato al rey, s.f., en Seco Serrano (1995), p. 332.

11. *Guía oficial de España* (1923), pp. 919-934. García Sanz (2014), p. 263. González Calleja y Aubert (2014), pp. 42-43, 54-55, 73 y 268-271 (citas en p. 271). Tusell y García (2001), pp. 285-288. Los alemanes, en Acosta (2020), pp. 283-284.

12. AGP Cª 12240/31. Cita, por ejemplo en carta de la secretaría a Polo, s.f., Cª 12241/1. Las expresiones en francés e inglés, en Espinós (1918, 1977), p. 20.

13. Mairal (2018), las cantidades en pp. 198-199. La tierra, en Pando (2002), p. 475.

14. Espinós (1918, 1977). Mairal (2018). Fernández y Martínez (2018). Pando (2002), citas en pp. 131 y 157.

15. AGP Cª 12100/86 y 12241/1: citas en secretaría a Polo, s.f.; y en Núñez Samper a Torres, 5.3.1917; sobre las preferencias, Polo a Torres, 16.5.1917.

16. Alonso (2018). Van Bosstraeten (2008, 2019), pp. 67-72 y 79-81. Pando (2002). Cita en AGP Cª 12240/31; regimientos, en Cª 12231/9.

17. Alonso (2018). Mairal (2018). RB C/750/18. La expresión «archivo de las lágrimas» (*archives des larmes*) proviene de *Les Nouvelles du Nord* (Groningen), 10.6.1916: Pando (2002), pp. 473 y 509.

18. Pando (2002), p. 23. Prochaska (1995). Cannadine (1998), pp. 25-32. «La Reina y los niños pobres», *El Fígaro*, 20.10.1913.

19. Hijano (2000). Bases para la reorganización, en RD 16.1.1916; reglamento de la asamblea de señoras, RD 19.6.1916. Citas en documentos s.f., AGP Cª 12419/2. «Caridad y realeza», *La Mañana*, 25.10.1916. Banderas y otros actos, en AGP Cª 15380/1.

20. Margarita Nelken, «La vida social y las mujeres. La Cruz Roja», *El Fígaro*, 12.5.1919, p. 7. Cita en proyecto de decreto, 19.5.1915; y listas de damas matriculadas y aprobadas, en AGP Cª 12419/2. Sellán (2010), p. 152.

21. Delaunay (2003). Tusell y García (2001), cita en p. 288. García Sanz (2014), p. 33.

22. Van Bosstraeten (2008, 2019), p. 42. García Sanz (2014), pp. 54-56, citas en pp. 54-55.

23. Delaunay (2003) y (2019). Las gestiones, en AGP Cª 12911/22: el papa, en Calbetón al rey, 16.12.1916; carta del káiser al rey, s.f.; y Merry a Torres, 22.12.1916. Cita en Romanones a Calbetón,

30.12.1916, AR L8/1. *Peacemaker*, en *The Washington Post*, 5.1.1917; y también en *Abc*, 15.1.1917.

24. AGP Cª 12911/22 y 23; y 12230/9. León a Torres, 1.7.1916, en AGP Cª 12241/2. Cita en carta del emperador a Wilson, 22.3.1918, AGP Cª 12442/15. El *affaire Denvignes*, en González Calleja y Aubert (2014), pp. 43-44. Delaunay (2003). Snyder (2008, 2014), pp. 189-192.

25. Espinós (1918, 1977). También Mousset (1917). Posada, «El Rey de España y la Guerra», cita en p. 329. Cita en «Les trente ans du roi Alphonse», *L'Echo de Paris*, 17.5.1916. *L'Humanité*, 19.7.1916.

26. Proyectos pacifistas, en AGP Cª 12241/2 y RB II/4397. *Barcelona a S.M. el Rey Alfonso XIII*, RB II/3874. Candidatura al Nobel, en *Diario de Tarragona*, 16.6.1916, AGP Cª 12261/9 y RB II-4059 (caja) nº 6. «Un artículo de Max Nordau. El Rey de España y el Premio Nobel», *España Nueva* (Río de Janeiro), 8.3.1918.

27. García-Pérez (1983). Hess (2000), p. 216.

28. Espinós (1918, 1977), pp. 83-94 (citas en pp. 88-89). Hall (2005), pp. 188-189. Mariano de Cavia, «Despacho del otro mundo», *El Imparcial*, 23.1.1917.

29. Reconocimientos, en AGP Cª 12240/31. Barral (2019). Clemenceau, en Delaunay (2019), p. 91.

El rey posa con el Gobierno nacional tras la jura de los ministros (1918).
Foto de autor desconocido. © Patrimonio Nacional.

10

Ni guerra ni revolución

Al oír esto exclamó el Rey:
Ojo, ante todo soy español y
[...] no pretendo que mi persona
sea causa de que se produzca
una división del país [...].
Después de esta entrevista,
el Rey mostróse dispuesto a abdicar.[1]

RUSIA

El 13 de marzo de 1917, el rey puso unas letras urgentes a su amigo Pepe Quiñones de León, destinado en la embajada de España en París: «Entérate verdadera situación en Rusia, según informes revolución toma momento. Sé por Roma[nones] se han sublevado tropas matando jefes y oficiales. Telegrafíame todo lo que oigas pues puede repercutir guerra. Te abraza, Alfonso R.» En su inmediata respuesta, el diplomático comparaba lo que sucedía en Petrogrado y lo ocurrido en la Francia de 1789, con la duma en el papel de convención revolucionaria, y se preocupaba más por la dinastía Románov que por la continuidad rusa en la contienda. Durante los días siguientes, los telegramas volaron a docenas. El 16, camino de su jornada en Sevilla, los reyes se detuvieron en varias estaciones del recorrido, donde el público los aclamaba. Desde la de Bélmez, un pueblo en Sierra Morena, don Alfonso mandó otro mensaje a su secretario: «Recibo telegrama [...] transmitiendo noticias abdicación Zar Rusia anunciada ayer Cámara Comunes. Deseo pida Embajador Rusia detalles y si es cierto manifieste mi sentimiento por determinación tan grave». En efecto, el canciller británico, Andrew Bonar Law, había desvelado en el Parlamento la retirada de su aliado Nicolás II. Torres comunicó a sus contactos parisinos que «S.M. desea conocer objeto de la Revolución rusa, razones abdicación Emperador y si ese era partidario de paz y pueblo de la guerra o viceversa». Las noticias llegaban confusas, pero ya se barruntaban las implicaciones de aquellos hechos tan lejanos: golpeada por su compromiso bélico y por una insurrección cívico-militar, la monarquía rusa se derrumbaba y proyectaba un halo de incertidumbre sobre el conflicto europeo.[2]

Este proceso revolucionario, que hundió en pocos días uno de los imperios más poderosos del mundo y se radicalizó hasta entregar unos meses más tarde

sus restos a la vanguardia bolchevique, impactó con fuerza en Alfonso XIII. «Lo de Rusia inquieta aquí mucho en las altas regiones, y con razón», resumía el presidente Álvaro de Figueroa, conde de Romanones. Desde el comienzo, en palacio estuvieron atentos al destino de la familia imperial. No en vano, la reina Victoria Eugenia y la zarina Alejandra eran primas hermanas, nietas ambas de Victoria del Reino Unido, lo mismo que Jorge V. Cuando se esfumó la idea de una regencia y la coyuntura se aclaró un tanto, el 23 de marzo, el rey dio instrucciones al embajador Villasinda: debía hablar al Gobierno provisional de las obligaciones que le ataban a Nicolás, quien le había encargado sus intereses en Alemania y Austria, solicitar que le permitiesen salir de Rusia, visitarle en su nombre y ofrecerle alojamiento en España. Aquella invitación no tuvo recorrido alguno, pues se cruzó con la británica y se dio de bruces con la negativa rusa a liberar al zar y a los suyos en tanto no se apagaran las campañas contra ellos. Como contestó el monarca al carlista don Jaime, creía «por el momento toda gestión contraproducente». Un año más tarde, en agosto de 1918, el asunto se reavivó al conocerse la ejecución de Nicolás II y del *zarévich*, cuando aún se pensaba que la emperatriz y sus hijas seguían con vida: don Alfonso trató de negociar su exilio en un país neutral y buscó el beneplácito del primo inglés Jorge. Pero el magnicidio hizo inútil semejante empeño, que sólo consiguió la gratitud de unos cuantos zaristas.3

Aquello daba qué pensar, pues, a juicio del soberano español, la desdicha de los Románov no se habría consumado sin «la vergonzosa deserción [...] del ejército, la nobleza y la misma familia imperial»: los grandes duques se habían revelado unos «canallas». Convencido como estaba de que la corona tenía su base más firme en la milicia, debieron impresionarle las escenas de indisciplina que le describían Villasinda y el agregado militar en Petrogrado, Enrique Uzquiano, que dirigía sus cartas al conde de Aybar –ayudante del rey, miembro como él del cuerpo de Estado Mayor–, quien se aseguraba de que su señor las leyera. Si el embajador contaba cómo los oficiales, asesinados o presos cuando se resistían, se veían obligados a jurar fidelidad al pueblo y a la duma, el comandante observaba, perplejo, cómo la tropa politizada mandaba en sus jefes, desertaba y se presentaba sin más ante el ministro de la Guerra. Sólo un dictador podía acabar con el caos. Un informe de junio de 1917 afirmaba que «el amo de la situación es el soldado»; mientras el de octubre certificaba que en el Sóviet de obreros y soldados-diputados ganaban terreno los elementos más intransigentes, esos *bolchevics* que le parecían anarquistas. Una de las señales más llamativas y amenas de aquel universo transtornado era a sus ojos el reclutamiento de mujeres, que desfilaban con uniformes de hombre aunque sin renunciar a las medias y al zapato femenino, «acaso por dificultades para equiparse o bien por algo de coquetería». No obstante,

reconocía asimismo que «todos las respeta[ba]n» y que las enviadas al frente se portaban con valor. Uzquiano subrayaba cada dos por tres la «pasividad e indolencia orientales» de la raza eslava y culpaba a la burguesía y a la nobleza de haber consentido la debacle.[4]

En cuanto al curso de la Gran Guerra, las primeras conjeturas daban ventaja a los aliados, pues la revolución de marzo –febrero en el calendario ruso– se hacía contra la germanofilia de la corte, donde se sospechaba en especial del influjo de la zarina alemana sobre su pusilánime esposo. El Gobierno liberal que remplazó al autocrático estaba decidido a proseguir la lucha con mayor orden y los ingleses, posibles instigadores de las revueltas, se sentían satisfechos. Como proclamaba la prensa aliadófila española, el final de la tiranía zarista daba coherencia y energías a la entente. Pero los mejores observadores no se dejaban engañar por esta propaganda, pues aquel ejército, desobediente y deshecho, era incapaz de acudir con garantías a la batalla. El rey pedía su opinión a Villasinda, quien –escritor e hijo del gran novelista y también diplomático Juan Valera– resultaba bastante convincente en sus crónicas cuando, desde los episodios iniciales, se mostraba por completo pesimista: no podía aceptar «que Jefes y Oficiales que acaban de entregar sus espadas a sus soldados, tengan ya gran prestigio y autoridad sobre ellos». Por lo tanto, el triunfo revolucionario beneficiaba a los imperios centrales, como, según el embajador Arthur Hardinge, repetían en el palacio real de Madrid el agregado militar alemán y los cortesanos germanófilos: el rey estaba convencido, en la primavera de 1917, de que Rusia haría la paz por separado. Además, no podía obviarse el pacifismo de la agotada población rusa. Uzquiano comprobaba en noviembre –el octubre juliano– la victoria de los derrotistas, dispuestos a deshacer los regimientos con promesas de reforma agraria entre la tropa campesina: «acaso el Emperador –concluía– fue desposeído del trono por haberlo visto como vio [sic] que en un principio debía evitarse la guerra».[5]

Conforme se calibraban las dimensiones del cataclismo, muchos opinantes trasladaban con facilidad el ejemplo ruso a la realidad española. Tal y como aseveraba León Trotski, que antes de la revolución pasó unos meses por Madrid y por Cádiz, España parecía la Rusia de Occidente: agraria y desigual, tierra de apatía y extremismos violentos. Buena parte de las izquierdas hispánicas razonaba que, si había sucumbido el omnipotente zar, ¿qué impedía que cayese un rey apoyado en una estrecha oligarquía caciquil? Las derechas, a su vez, temían el contagio revolucionario. Al mismo Alfonso XIII le preocupaban estas consideraciones, como confesaba a los diplomáticos. La experiencia rusa, que podía extenderse a Italia y a Rumanía, le aconsejaba el blindaje de la neutralidad española frente a las tentaciones intervencionistas y el aseguramiento de la disciplina en el ejército, para apuntalar el trono y

también para aplicar mano dura a los sindicalistas autóctonos. En julio le explicó a Joseph Denvignes que las huelgas anunciadas formaban parte de «la ola de revolución iniciada en Rusia, que termina aquí»: «la causa de todo son la Revolución Rusa y los ingleses», remachaba. Desde luego, España no era Rusia, pues la monarquía constitucional y su gobierno semiparlamentario se parecían poco al autoritarismo zarista; y ni siquiera las tensiones económicas de un país que prosperaba gracias a la contienda se aproximaban a la tempestad de penalidades que sufrían al otro extremo de Europa. Más aún, en el escenario español no había sóviets de obreros y soldados que rivalizaran con las autoridades legales, tampoco un partido bolchevique dispuesto a todo. Pero no faltaban militares contestatarios ni fuerzas expectantes y decididas a volver la situación del revés: a partir de marzo de 1917, la sombra de Rusia no hizo sino agrandarse.6

NEUTRALIDAD A ULTRANZA

Hasta ese momento, la vida política discurría bajo una cierta apariencia de normalidad, tan frágil como engañosa. Entre el otoño de 1913 y la primavera de 1917 gobernaron los dos partidos tradicionales, primero el conservador de Eduardo Dato, hasta finales de 1915, y a continuación el liberal del conde de Romanones. Pero aquellos tiempos no eran ya los de sus predecesores Maura y Canalejas, sino que ahora ambas formaciones adolecían de una evidente debilidad. El conservadurismo *idóneo* u ortodoxo, lejos de abarcar todo el campo de la derecha dinástica, tenía a su vera una escisión consolidada, la maurista, que velaba las armas de un jefe maltratado por el rey y emitía continuas críticas a un sistema que creía podrido, y otra menor que encabezaba el duro Juan de la Cierva, ministro de la Gobernación con Maura. Tras las elecciones de 1914, el Gabinete datista sólo podía fiarse de unos 176 diputados, menos de la mitad del total. Por su parte, el liberalismo reconstituido no era sino un convenio de circunstancias entre facciones rivales, con fuertes dudas acerca de la jefatura romanonista. Frente a su némesis Manuel García Prieto, pero también frente a la nueva estrella de la izquierda monárquica, Santiago Alba, adalid de una estrategia intervencionista y redistribuidora por parte del Estado, al estilo de los nuevos liberales europeos y del desaparecido Canalejas. La mayoría de 222 asientos que obtuvo en el Congreso el ministerio Romanones en 1916 se veía agitada por continuas discordias. A ello había que sumar el creciente protagonismo de la Lliga Regionalista, presta a emplear todas las herramientas que ponían en sus manos los reglamentos de las Cortes con el fin de bloquear medidas gubernamentales y erosionar el turno: así podría forzar la concesión de un

estatuto de autonomía para Cataluña. En resumen, la única manera de sobrevivir, para ambos presidentes del Consejo, era apoyarse el uno en el otro.

Ese equilibrio precario contaba con el respaldo de Alfonso XIII porque proporcionaba la estabilidad precisa para manejar las sacudidas de la guerra, y porque ambos jugadores no sólo custodiaban a la monarquía, sino que se entendían bien con su titular. Dato consagró su carrera al servicio del monarca, arrostrando hasta su muerte todos los sacrificios que le pedía, Romanones disfrutó casi siempre de una comunicación fluida con él. De modo que el rey, enfrascado en las cuestiones exteriores que tanto le apasionaban, no se sintió impelido a inmiscuirse en el día a día de la política interna, aunque siempre hubo rumores sobre sus preferencias. Por ejemplo en 1916, cuando soltó en una academia que no tomaba iniciativas porque los gobiernos le ponían trabas, o al lanzarse la idea de un Gabinete Alba. Mientras tanto, sus ministros tuvieron que lidiar con un desasosiego social en alza, producto de la neutralidad. La economía se disparó, gracias al aumento del valor de las exportaciones a los contendientes, que enriquecieron a unos sectores y dejaron atrás a otros, al tiempo que las importaciones se desplomaban. Para quienes no podían actualizar sus rentas, la inflación se convirtió en una pesadilla. Los trabajadores mejor organizados emprendieron protestas contra el encarecimiento de las subsistencias y con vistas a mejorar sus salarios. A su vez, los gobernantes se mostraron incapaces de actualizar las estructuras estatales –los proyectos de una fiscalidad más justa que presentó Alba sucumbieron al ariete de empresarios y catalanistas– y tampoco frenaron el desborde de los precios. Cuando acababa 1916, la socialista Unión General de Trabajadores y la anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo llevaron a cabo su primera huelga conjunta.[7]

La Gran Guerra provocaba además un enconamiento ideológico desconocido hasta entonces. Como solía ocurrir en los países no beligerantes, los partidarios de uno y otro bando se enzarzaron en ásperas polémicas porque la obligada neutralidad española admitía diversas modulaciones y su aplicación podía inclinarse por cualquiera de ambos. De hecho, pronto se perfilaron dos posibilidades contrarias: acercarse a los aliados occidentales y socios económicos de España, para, si las circunstancias lo aconsejaban, identificarse por completo con ellos; o sostener una posición neutral *a ultranza* que en la práctica, y dado el inviable alineamiento con los imperios centrales, laboraba en favor de Alemania. Aliadofilia *versus* germanofilia. También cabían posturas más templadas, de perfil bajo y minoritarias en la esfera pública de debate. Con una prensa efervescente y financiada con generosidad por las embajadas, numerosos ciudadanos seguían las informaciones sobre los frentes y volcaban filias y fobias en su vida cotidiana. Una intensa movilización en la que coincidían partidos, sindicatos, periódicos

y asociaciones, y donde se mezclaban políticos y hombres de letras que publicaban manifiestos y daban mítines masivos. Planteado el debate en términos domésticos, el régimen monárquico y el comportamiento del rey –clave en los instantes críticos– acabaron por situarse en su mismo centro.

Militaban dentro del campo aliadófilo quienes defendían a la entente por motivos estratégicos y, sobre todo, por una cuestión de principios. La mayoría se ubicaba a la izquierda del escenario político y veía encarnada en el Reino Unido y en Francia, luego también en Estados Unidos, la causa de la justicia, la libertad y la democracia. Sus dos grandes vecinos proporcionaban a España sendos modelos políticos, bien para transformar la monarquía constitucional en una monarquía parlamentaria como la que se practicaba en Londres, previa reforma de la Constitución de 1876, o bien para instaurar, con un giro revolucionario, una república como la que regía en París. En contraste con estos imanes del progreso, los imperios alemán y austro-húngaro representaban el pasado absolutista. El cambio de piel ruso en marzo de 1917 causó gran alivio en estos medios, pues, como se ha visto, eliminó las disonancias que introducía en su ecuación la autocracia del zar. En la aliadofilia figuraban algunos liberales monárquicos como Romanones, que abogaban por seguir en lo posible la línea prooccidental marcada por la política exterior alfonsina. Pero abundaban sobre todo los republicanos y los socialistas, desprendidos estos últimos del internacionalismo que denunciaba la guerra como un instrumento burgués. Y sobresalían los intelectuales de diversas generaciones, que atisbaban una oportunidad para el resurgimiento de España: veteranos como Miguel de Unamuno, que esperaba una sacudida en la charca hispánica, y jóvenes como el secretario del Ateneo de Madrid Manuel Azaña, comprometidos con la europeización definitiva del país.

En las trincheras contrarias se apostaban los germanófilos, que admiraban el orden imperial germánico pero, francófobos o anglófobos a machamartillo, odiaban aún más a sus contrincantes. No olvidaban los agravios infligidos a España por las potencias de la entente, pasto de algunos mitos fundacionales del españolismo: desde la invasión napoleónica a comienzos del siglo XIX hasta la herida abierta del Gibraltar irredento, cedido a los ingleses en el XVIII. Estos enemigos históricos impedían a España dominar el estrecho, conquistar Portugal y ejercer sobre la América hispana toda su influencia. Para la jerarquía eclesiástica, lo decisivo era el combate contra la Tercera República francesa, pozo de los males del ateísmo y la secularización. Nacionalismo y religiosidad convertían así a España, a ojos de muchos circunstantes, en el más germanófilo de los neutrales. Junto a los católicos se situaba el grueso de las derechas, dentro y fuera de los partidos gubernamentales, los cuadros del ejército y la aristocracia. Aunque había excepciones sobresalientes, como el muy anglófilo duque de Alba. Si los mauristas admiraban los adelantos

alemanes, los oficiales querían imitar la eficacia de la milicia prusiana. Un puñado de escritores, como el dramaturgo y premio Nobel Jacinto Benavente, compartía estas preferencias. Según los amigos de Alemania, su apoyo permitiría reconstituir la patria, algo que les parecía inconcebible sin la institución castiza de la monarquía, personificada por don Alfonso o quizá por otro Borbón, como quería el tradicionalismo de raíz carlista. Tanto ellos como los aliadófilos empleaban razonamientos regeneradores y acusaban a los otros de no ser buenos patriotas y hasta de constituir la anti-España.8

Este contexto, polarizado con los años, afectó también a la corte. Un factor obvio, considerado a menudo como una de las razones que empujaron a Alfonso XIII a abrazar la neutralidad, se hallaba en los sentimientos de ambas reinas, determinados por sus países de procedencia y sus conexiones familiares. Tanto la inglesa Victoria Eugenia como la austriaca María Cristina tenían parientes cercanos en campaña. Sin embargo, mientras doña Victoria carecía de todo peso político, a la exregente y reina madre se le atribuía una influencia notable, más austrófila que germanófila, que no dejaron de señalar los diplomáticos aliados. En general, los círculos cortesanos, de aristócratas y militares, se inclinaban hacia los imperios centrales, y por tanto hacia un refuerzo del abstencionismo español, salvaguarda del orden establecido y de la integridad patria bajo la sombra del rey. Tampoco faltaban las ambigüedades: si al marqués de Viana –su hombre más cercano– se le atribuían tendencias filoalemanas, recibió no obstante la Legión de Honor francesa. El duque de Santo Mauro, mayordomo de la reina, viajó al frente para acercarse a la tumba del príncipe de Battenberg, pero rechazaba los cargos contra Alemania y caviló a su vuelta sobre la perdida grandeza de España, humillada por las afrentas de Gibraltar, Tánger y Portugal. Su patriotismo coincidía con el de su monarca. El agregado militar y jefe del espionaje alemán Arnold von Kalle, contrapeso eficaz de su equivalente francés Denvignes, disfrutaba asimismo de un acceso privilegiado a don Alfonso. Es posible que la célebre agente doble *Mata-Hari* fuera amante de ambos oficiales y asesores del rey.9

Tamaña división, una especie de guerra civil incruenta entre fracciones de las élites y también de las clases medias, hacía poco verosímil una *union sacrée* que agavillara a los españoles en torno a la corona si el país entraba en guerra, como pasaba en el Reino Unido –los soldados luchaban bajo el lema *for king and country*– o en Alemania. Incluso en Italia, donde Víctor Manuel III, rey-soldado que frecuentaba las trincheras y permanecía ajeno a las intrigas políticas, logró erigirse en «símbolo viviente del país». Don Alfonso navegaba estas aguas emponzoñadas sin pronunciamientos públicos acerca de sus predilecciones, pero apegado a una posición neutral acorde con su humanitarismo y anhelos mediadores, integrada a la vez en los parámetros

comerciales y estratégicos de los aliados, cuya hegemonía sobre España no cabía discutir. Al mantener ese anclaje contra viento y marea, la ubicación del trono en el tablero político experimentó variaciones: si al comienzo resultaba compatible con la aliadofilia, al desatarse los ataques submarinos alemanes contra la flota mercante española –que pertrechaba a los aliados– pasó a coincidir con las inquietudes progermanas. Es decir, la neutralidad benévola se transformó, en palabras del propio rey, en una «neutralidad estricta». Por el camino, Alfonso XIII perdió la confianza del reformismo político, con un peso cultural mucho mayor que sus capacidades electorales y desengañado de sus esperanzas accidentalistas en una evolución democrática, guiada por la entente, de la propia monarquía. En mayo de 1917, la aliadófila revista *España* publicaba expresivos dibujos de Bagaría, el mejor caricaturista político de su época, en los que la corona aparecía como una pieza de museo.10

Las vicisitudes de la política exterior finiquitaron asimismo el turno entre los conservadores de Dato y los liberales de Romanones. Hasta mediados de 1916, los tanteos con los bandos en conflicto no habían pasado de ciertas promesas por parte de los imperios centrales, cultivadas por Alfonso XIII para guardarse esa carta en la manga. Los gestos amistosos del káiser culminaron cuando un submarino trajo un mensaje personal al rey, con el fin de agradecerle su asistencia a los alemanes evacuados de la colonia africana de Camerún. Poco más tarde se animaron los aliados y tanto el monarca como el presidente hablaron con ellos de Portugal, Gibraltar y Tánger, las obsesiones nacionales que también aparecían en las conversaciones con el embajador alemán. Pero los acontecimientos no se decantaron hasta los meses iniciales de 1917, cuando el *Reich* radicalizó la campaña submarina y la situación se hizo insoportable. A la altura de abril, había hundido una sexta parte de la marina comercial española. El conde de Romanones creyó llegado el momento de reaccionar ante semejantes tropelías mediante la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania, paso previo a la implicación bélica. Algo que ni siquiera deseaban las potencias aliadas, pues España era demasiado grande y demasiado frágil para realizar aportaciones significativas a su bando. En marzo, un memorándum británico valoraba pros y contras, y alcanzaba una conclusión rotunda: «las ventajas residen sin duda en que España permanezca neutral».11

En cualquier caso, el rey hizo uso de sus funciones constitucionales para impedir que Álvaro de Figueroa siguiera adelante. Atacado por la propaganda alemana, que deseaba la desaparición de su principal oponente en las alturas gubernamentales, tampoco tenía el conde de su parte al grueso del liberalismo monárquico, pues sus rivales no quisieron seguirle en sus audacias. La revolución rusa, perjudicial en apariencia para los aliados, ayudó a don

Alfonso a mantener el *statu quo* neutral, hubiera los hundimientos que hubiera, sin que la beligerancia de Estados Unidos y de algunos países hispanoamericanos le obligase a recapacitar. Romanones sentía en su nuca el aliento de la germanofilia cortesana, en cacerías aristocráticas y en las estancias palaciegas: así, se quejaba al monarca de la hostilidad que percibía «en las personas que rodean a V. M. [...] las caras arrugadas, los saludos salidos con esfuerzo, los periódicos que veo en manos de unos y de otros...». Antes de terminar abril, fue remplazado por Manuel García Prieto, con Santiago Alba a su lado. Habían vencido los ultraneutralistas. Pero esta salida, lejos de calmar los ánimos, hizo exacerbarse la pugna entre los germanófilos, garantes de la neutralidad, y los aliadófilos, ansiosos por romper con Alemania y críticos por tanto con el rey, sobre el cual cayeron sospechas de germanofilia. Como en 1909, en 1910 y en 1913, sus resoluciones se colocaban en mitad de la arena política, con la corona embarrada en las peleas partidistas, y ahora servían además de detonante a las ilusiones revolucionarias de volcarla. El debate se trufaba de argumentos nacionalistas: ¿quiénes demostraban ser mejores patriotas?, ¿quienes dejaban a España al margen de las masacres, o quienes, en sintonía con los pueblos de su raza, respondían a las cobardes agresiones contra naves indefensas que portaban su bandera?12

Las dimensiones de estos dilemas pudieron comprobarse en sendas concentraciones celebradas en la plaza de toros de Madrid durante la primavera de 1917. Primero la llenó Antonio Maura, ante un auditorio germanófilo que permaneció frío cuando recordó la pertenencia de España a las naciones occidentales, pero aplaudió a rabiar cuando reafirmó el deseo del pueblo español de seguir al margen de la guerra, donde no se dirimían sus intereses, negó la existencia de agravios que justificaran el rompimiento con Alemania o glosó el maltrato sufrido por la patria a manos de los aliados, que obstaculizaban en el estrecho su expansión marroquí. Otra vez, las palabras del prócer dejaban un regusto agridulce, pero no había dudas sobre su llamamiento a «destruir la gusanera del caciquismo que nos corroe, y hacer una Constitución verdad», con ministros que no dependiesen de la prerrogativa regia. Sus seguidores le aclamaban como a un mesías político. A continuación, el protagonismo correspondió a las voces de izquierdas, desde Unamuno hasta los jefes republicanos, quienes exigieron al monarca un cambio de rumbo si quería evitar el destino del zar. Como en la campaña del bloque de 1908, los oradores se dirigían, más que a los electores, a Alfonso XIII. En un coso decorado con los nombres de los barcos hundidos, el reformista Melquiades Álvarez repudió el aislamiento internacional del país y aludió veladamente al monarca: «estamos aquí para salvar la dignidad de España. Si alguien se opone, por alto que esté, desaparecerá». El radical

Alejandro Lerroux elevó el tono mirando al palco regio de la plaza: «aquí está presente la soberanía popular; pero la que está ausente es la soberanía real. Ausente, como en Rusia, la queremos siempre».[13]

EN MITAD DE LA TORMENTA

Las apelaciones republicanas a la corona preludiaban una breve y profunda crisis que desvaneció algunas de las bases del sistema político español, desde el civilismo hasta el turno bipartidista. Por decirlo así, se abrió una ventana de oportunidad a los descontentos. Sin embargo, con ella entraron en juego actores heterogéneos que, incapaces de coordinar sus esfuerzos, no pudieron tumbar a la monarquía constitucional. Por mucho que a veces se inspiraran en Rusia, les faltó la dinámica acumulativa que propiciaban los desastres de la guerra. Eso sí, el rey se topó, de golpe, con una inédita revuelta militar que ponía en solfa su actuación y socavaba su autoridad, lo cual equivalía a desestabilizar los cimientos del trono. Además, a rebufo de los oficiales díscolos elevaron sus reivindicaciones los catalanistas y su acompañamiento de izquierdas, que exigieron un régimen parlamentario libre de corruptelas y proclive a las autonomías regionales, mientras los sindicatos obreros se lanzaban a la huelga general para proclamar una república o, sencillamente, para dinamitar el Estado. En el torbellino de aquellos días, don Alfonso llegó a plantearse abdicar, un recurso mental y político que esgrimió después en varias coyunturas. Pero no tuvo que hacerlo, dadas las divisiones y debilidades acumuladas por los movilizados. Los oficiales germanófilos no se entendían con la aliadofilia progresista, al catalanismo burgués le repugnaba una revolución social-anárquica, atajada a su vez por el ejército. Quizá, como sostenía el escritor reformista Salvador de Madariaga en agosto de 1917, «si España hubiera sido un beligerante, habría en Madrid un Gobierno Provisional con un Kerenski español a su cabeza». Con la neutralidad atornillada y cesiones parciales, los políticos monárquicos y Alfonso XIII se las apañaron para restablecer el orden.[14]

La chispa saltó en Barcelona, donde tenían su cabeza las juntas de defensa de infantería, asociaciones de oficiales aparecidas en 1916 para oponerse a la política vigente. Castigados como otros empleados públicos por la inflación, los militares de rango medio asentados en la península acumulaban agravios en relación con sus colegas del contingente colonial en Marruecos, que ascendían mucho más deprisa que ellos; y rechazaban los planes gubernamentales para modernizar un ejército sobrecargado de mandos y falto de preparación y armamento. La Gran Guerra había dejado al desnudo sus carencias, pero los torpes intentos por remediarlas chocaban con los pujos

corporativos y no consiguieron sino exacerbar su descontento. Una de las ofensas que sentían a flor de piel se hallaba en el clientelismo regio, en las recompensas patrocinadas por el rey a través de su casa militar y de los generales políticos. Los ministros de la Guerra, que firmaban los nombramientos, no podían serlo sin el beneplácito y hasta la recomendación del monarca, así que se plegaban a sus deseos. Entre los más odiados figuraban el liberal Agustín Luque, el mismo que había negociado la ley de jurisdicciones, famoso por promover en masa a los africanistas; o el también liberal jefe de la casa y de los alabarderos desde 1913, Ángel Aznar. Bajo su mando se situaban los ayudantes personales y antiguos preceptores de don Alfonso, el conde de Aybar y el del Grove, fuente de prebendas. Entre otras reivindicaciones, las juntas aspiraban a establecer tanto un sistema estricto de antigüedad –la escala cerrada, que terminase con los méritos coloniales y las arbitrariedades– como la rotación de los puestos en el círculo castrense palatino.15

La respuesta de Alfonso XIII al surgimiento de las juntas en el arma de infantería, la más numerosa y plebeya, resultó tan oscilante como explosiva. Al principio estuvo dispuesto a tolerarlas si seguían la senda de las que ya funcionaban, de modo informal, en artillería e ingenieros. Pero en la resaca de la revolución rusa, donde las rebeliones militares habían conducido a la ruina de la monarquía, cambió de opinión y encomendó a sus ministros, primero Luque y después el africanista Francisco Aguilera, que las disolvieran sin contemplaciones. La reacción juntera al encarcelamiento de sus cabecillas no pudo ser más tajante: al iniciarse junio de 1917, reclamaron al Gabinete que los liberara y legalizase su reglamento, bajo amenaza de insurrección. Un órdago acompañado por un manifiesto que, más allá de las aspiraciones profesionales del cuerpo, se adentraba en territorio político con un rampante *ethos* regeneracionista. Así, señalaba que, desde *el desastre* de 1898, en lugar de producirse la anhelada renovación sólo habían gobernado las oligarquías, «con constante desprecio de los verdaderos intereses del país», en el seno de una política sin brújula, oportunista y caciquil, que había incluido «a nuestra colectividad en la repugnante infección del favoritismo». Un discurso corriente en las diatribas mauristas y republicanas, pero que, puesto en labios militares, representaba todo un desafío. Para don Alfonso, además, implicaba una absoluta novedad: el regeneracionismo de sus camaradas no le tenía por el paladín del bien patrio, como venía siendo habitual, sino que consideraba a su camarilla parte del problema.16

La conmoción no se hizo esperar. El rey, que había enviado por su cuenta emisarios a terciar con los junteros, se rindió ante ellos y facilitó la libertad de sus jefes presos. Su fijación consistía, como en 1905, en pacificar los cuarteles a base de concesiones. Poco más tarde cayó el Gobierno García Prieto, que

primero se resistió a aprobar los estatutos bajo presión y después se encontró con la revancha de Romanones, quien se negó a respaldarlo si lo hacía. Las adhesiones a los sindicatos de oficiales se propagaban por todo el país y rondaron incluso a los militares de la familia real, como Fernando de Baviera o Francisco de Borbón, primos de don Alfonso. Las juntas se proclamaban defensoras de la patria y del rey, pero algunos de sus integrantes daban vivas a la república. El soberano no marchó a Barcelona a calmar a los sublevados, como le aconsejaba un militar próximo, pero ofreció a otras guarniciones promesas de amor y mejoras que transmitió el veterano general Valeriano Weyler. En aquellas jornadas se veía al joven monarca –que acababa de cumplir 31 años– muy nervioso, delgado en extremo y con los rasgos faciales más afilados que nunca. Tras las consultas de costumbre, fue designado presidente el conservador Eduardo Dato, que venía a suplir la división liberal pero no contaba con mayoría en las Cortes. Entre quienes pensaban en un cambio regenerador, del tipo que fuera, su nombramiento supuso una gran decepción, pues el aldabonazo juntero desembocaba en un Gabinete del más leal representante de la política turnista. Los fieles de Maura no pudieron contenerse y la emprendieron a bastonazos con los retratos del rey que presidían sus círculos. Durante una función de los ballets rusos en el Teatro Real, el público aristocrático no se levantó al sonar la *Marcha Real* cuando se retiraban los reyes, una insólita falta de respeto.17

A juicio del embajador Hardinge, «el descubrimiento de que la lealtad del ejército hacia el rey es dudosa ha sido tremendo». Alfonso XIII escogió para el Ministerio de la Guerra al general de mayor categoría, el primer marqués de Estella Fernando Primo de Rivera, uno de los restauradores de su padre, que dio satisfacción a las juntas: aparte de aprobar el famoso reglamento, un mes después reorganizó la casa militar del rey, con un plazo limitado a cuatro años de permanencia para todos sus miembros, y de esta manera no sólo sacó de ella a Aznar, sino también a Grove y a Aybar, recolocados en palacio. Pero al monarca le costó calmarse, tanto que barajó su propia abdicación. No sólo desconfiaban de él sus queridos oficiales o le insultaban los airados mauristas, el catalanismo hablaba de la posibilidad de una república y se le revolvía el partido reformista, hasta poco antes la meca de quienes aún creían compatible monarquía y democracia. Su regia figura, homenajeada en enero por la obra caritativa en la guerra, provocaba ya más desavenencias y enconos que consensos nacionales. También se supo entonces que el rey de los helenos, Constantino I, un germanófilo y neutralista a ultranza, había cedido su corona para dejar a Grecia amarrada a la entente. Otro monarca europeo que desertaba en mitad de la tormenta. Al parecer, don Alfonso consultó con su familia una posible regencia que aguardara la mayoría de edad del heredero, algo que la reina madre le quitó de la cabeza. Cuando el anciano Gumersindo

de Azcárate, reclamado de urgencia, le reprochó su desprecio por el reformismo y su connivencia con la inmoralidad, pues ya era demasiado tarde para volver al redil accidentalista o evitar la agitación obrera, el rey le habló también de su retirada. Los republicanos confeccionaron un panfleto con esa confesión de fragilidad.[18]

El principal reto que afrontaba la monarquía era, desde luego, el militar, sin el que ninguna revolución resultaba viable. Pero diversos elementos civiles se subieron en seguida al carro de las juntas de defensa, cuyos dirigentes se dejaban querer. Sobre todo los capitaneados por el crecido coronel Benito Márquez, caudillo de los junteros en Barcelona y con inclinaciones republicanas que no compartía el grueso de los oficiales, monárquicos a pesar de todo. Se adelantó Francesc Cambó, quien pensó en una reunión de parlamentarios apoyada por el regeneracionismo militar para obtener la convocatoria de Cortes constituyentes o al menos para liquidar el turno. Cambó mandó sin éxito emisarios al rey con el fin de defenestrar a Dato, cuyo Gobierno clausuró en julio la asamblea ilegal –formada por catalanistas, republicanos y algunos liberales– con notable facilidad. Pese a Márquez, fracasó asimismo en la atracción de los militares, cuyo héroe providencial no era otro que Antonio Maura, reacio a participar en aquella *duma* que despreciaba. Acto seguido salieron a escena las organizaciones obreras, convocantes de una huelga general revolucionaria en agosto, mal orquestada y reprimida de modo contundente por el ejército, que apenas encontró insumisos entre los encargados de cañonear y ametrallar edificios sospechosos y manifestantes. Si alguien había soñado con un sóviet de soldados y obreros, despertó de repente: España no seguía el modelo ruso. En aquellas jornadas, al monarca le preocupaban sobre todo los supuestos manejos de franceses e ingleses para provocar un trastorno que metiera a España en el reñidero europeo, abonados por acciones aisladas pero desmentidos por los embajadores y por el evidente interés aliado de mantener la calma en su retaguardia. El Gobierno esparció con habilidad el temor a la guerra.

Aplastado el conato revolucionario, el mundo político no volvió a su ser, sino que acusó los efectos de la sacudida. Los repetidos mensajes de Márquez y los suyos al rey nunca llegaron a su destino, pero la infantería volvió a la carga con un programa que coincidía con el de la asamblea, siempre en un tono nacionalista que debía sonar bien a los oídos regios: España no estaba muerta, sino «absorta en ficciones de mentida civilización importada», por lo que su futuro consistía en «la reconstrucción integral del tipo español, robusto de cuerpo, noble de sentimientos», capaz de llamar a glorias comunes con los pueblos iberoamericanos. Ahora sí, Alfonso XIII podía ponerse a la vanguardia de la regeneración patriótica, mediante la formación de un

Gobierno neutro que convocara elecciones limpias. Si bien no compartían todas sus propuestas, los enemigos del bipartidismo se conjugaron para ofrecer una solución al monarca. Desde Cambó y Álvarez, en los márgenes del sistema, hasta Maura y Romanones, minoritarios en sus respectivos campos ideológicos, buena parte del arco político se oponía a la recuperación del turno y prefería alguna fórmula pluripartidista que alumbrara una nueva etapa. La asamblea de parlamentarios, reeditada en octubre, diseñó una reforma constitucional que afirmaba la soberanía de la nación frente a la cosoberanía vigente. Otra vez, la llave estaba en manos de don Alfonso, a quien unos y otros reclamaban el poder. Tras negar al presidente conservador el decreto de disolución necesario para fabricar un Parlamento afín –es decir, tras renunciar a la herramienta predilecta del turnismo– celebró consultas con vistas a formar un Gabinete heterogéneo, no sin antes mandar a su ayudante Fernández Silvestre a sondear a las juntas. Aquello no suponía el fin del régimen constitucional, que seguía en pleno vigor, pero cambiaba las reglas de sistema para penetrar en un terreno ignoto.[19]

GOBIERNO NACIONAL

El fin del turno, encarnado por un Gobierno de concentración multicolor, se impuso como arreglo para tender puentes y salvar a la monarquía. Condensaba el programa mínimo de la Lliga Regionalista de Francesc Cambó, el político que supo llevar la iniciativa a lo largo de la crisis, en connivencia por un lado con las juntas militares y por otro con el reformismo. Sobre el asunto se había murmurado en los mentideros políticos al menos desde el mes de abril de 1917, con especulaciones acerca de una dictadura de notables; y también lo había tratado Alfonso XIII con el propio Cambó, a quien en julio había prometido carteras si desconvocaba la asamblea y convenció en octubre para que abandonara sus exigencias más radicales. Algo parecido aconsejaban mauristas y romanonistas. La voluntad de los junteros de acabar con Dato, y colocar de paso a un ministro de la Guerra de su gusto, hizo el resto. De todo ello salió el primer Gabinete de gran coalición en la historia del régimen: presidido por Manuel García Prieto, que tuvo que discutir con sus seguidores pero aceptó el cargo para contentar a su señor, reunía a todos los monárquicos gubernamentales –salvo a los conservadores ortodoxos– con catalanistas seleccionados por la asamblea, un *lligaire* y también un republicano. Un paso insólito para un momento excepcional. El candidato favorito de las juntas, Juan de la Cierva, apareció como responsable civil de un departamento militar, otra novedad. La negativa inicial de este último produjo un nuevo conato de abdicación, pues el rey, decidido a atraerse

a los oficiales, no podía prescindir de él. Tampoco se unieron los reformistas, apegados a los cambios en la Constitución que repudiaba la corte.

La tarea fundamental de aquel *monstruo* frankensteiniano consistía en organizar unos comicios sin encasillado ni fraude, dirigidos desde Gobernación por un magistrado del Tribunal Supremo, garantía de probidad, aunque las constituyentes pronto quedaron en el olvido. Esas elecciones *limpias*, celebradas en febrero de 1918, no favorecieron la gobernabilidad estatal, sino todo lo contrario. La falta de un acuerdo por arriba destapó el mapa de las influencias caciquiles en el país, incrementó la competencia y destiló un Congreso sin mayorías. Pero las dificultades provinieron asimismo de las dichosas juntas, que ya habían derribado dos gabinetes y quisieron manejar un tercero, con Cierva como hombre fuerte. Su propósito, respaldado por Alfonso XIII, consistía en evitar el surgimiento de sindicatos de suboficiales, que despertaba los miedos a una deriva soviética, y en someter a la monarquía los de sus superiores. De hecho, logró marginar al ambicioso Márquez –motejado ya de *Benito I* o de *Rey II de España*, por su capacidad para quitar y poner ministros– y reconciliar al rey con sus compañeros moderados. Poco antes de las elecciones se celebró el rencuentro en torno a una bandera bordada por la reina madre, que culminó con un banquete en el Palace Hotel de Madrid donde el monarca prometió sostener en alto la enseña de la patria. No obstante, el juntismo seguía en vigor y obtuvo una reforma militar que subía sueldos y consagraba la escala cerrada. Y de paso se contagiaba a otros cuadros de la administración, como los de correos y telégrafos, que se revolvieron contra don Alfonso cuando se les castigó. En medio de rumores sobre un golpe y con Cierva erigido en un cuasidictador pretoriano, el Gobierno García Prieto se vino abajo y el sistema político tocó fondo.20

La coyuntura era tan delicada que el rey tuvo que inventar un método distinto para salir del atolladero. A muchos parecía inevitable alguna clase de dictadura, pero el remedio se halló en otro sitio. Aconsejado por Romanones, el 21 de marzo citó a los jefes monárquicos en palacio y les exhortó a sacrificarse por la patria con el fin de esquivar una situación caótica a la rusa. Más aún, les aseguró que, si no se repartían los departamentos ministeriales allí mismo, él cruzaría de inmediato la frontera. Había descubierto que jugar con su retiro daba a sus palabras un gran dramatismo y una capacidad de convicción extraordinaria. Todos, también Dato y por supuesto Cambó, se sintieron obligados a figurar en un equipo presidido por Maura, que regresaba de su ostracismo de casi nueve años para capitanear un verdadero Gobierno de salvación nacional. Al conocerse el concierto, el público que llenaba las calles de Madrid estalló en inusuales muestras de entusiasmo, aclamando durante tres jornadas a los políticos y al monarca que salvaba a España. El diario

alfonsino *Abc* aventuraba que «quizá cruzó ante los reunidos el fantasma de una nación quebrantada»; el republicano *El Liberal* titulaba «¡Loado sea Dios, que no ha permitido que la nación española pereciese de una hiperestesia nerviosa!». A los ministros los perseguían para aplaudirles y Cambó vitoreaba a Cataluña, a España y al rey, cuyo automóvil no podía avanzar entre las gentes que estrechaban su mano. Los personajes ilustres firmaban en los álbumes palatinos, como en las fiestas regias; la reina lloraba de alegría, desde su balcón, ante la multitud enfervorecida en la plaza de Oriente; y los estudiantes universitarios ondeaban una bandera en apoyo a los readmitidos empleados de Correos. Nunca tantas emociones habían acompañado una crisis gubernamental en la Restauración.

El Gabinete de los *primates* llevó a cabo algunas reformas provechosas, como la introducción de la *guillotina* en los reglamentos parlamentarios, para que no se eternizaran los debates; o la del funcionariado, con la cual desaparecieron los cesantes que malvivían al azar de los favores clientelares. El malestar juntero se calmó un tanto, mientras en el Ejecutivo chocaban las personalidades sobresalientes del momento, en especial Cambó, quien preparaba el traspaso de competencias a la *Mancomunitat*, creada por los conservadores en 1914, tras la fractura de los liberales, y Alba, empeñado en dar un empujón decisivo a la enseñanza pública. Con la Gran Guerra en sus últimos meses, la neutralidad se puso de nuevo en riesgo a causa del continuo hundimiento de buques españoles por parte de los sumergibles alemanes. Como había ocurrido en 1917, en el verano de 1918 los ministros se plantearon la ruptura con el *Reich* y el rey, incólume en su neutralismo activo, la volvió a frenar, aunque en compensación España obtuvo algunos vapores. Con tal de impedir el rompimiento, toleró incluso los desplantes del embajador Polo de Bernabé. Ya en otoño, cada ministro preparaba a su modo el final de la contienda, un escenario que se presumía movido, y el Gobierno nacional se deshizo. Le siguieron una retahíla de efímeras recetas de facción, compactas pero carentes de soportes parlamentarios, con lo que la política española no se dio tregua en su búsqueda de fórmulas gubernativas, más dependientes que nunca de la labor arbitral del monarca.[21]

Cuando se firmó el armisticio, en noviembre de 1918, pudo hacerse balance de aquella vertiginosa etapa. La Gran Guerra había traído prosperidad y cambios sociales, pero también había trastornado el ambiente político, con protestas laborales, discusiones apasionadas sobre la neutralidad y el progresivo convencimiento de que las circunstancias podían transformar la vida pública española. Los ataques alemanes al comercio y la repentina proximidad de una posible intervención al lado de la entente, mezclados con las sensacionales noticias que venían de Rusia, tensaron las costuras del sistema, reventado por la insubordinación militar. Los discursos nacionalistas

se acumularon y compitieron entre sí, con un regeneracionismo generalizado que abominaba de los partidos tradicionales y sus hábitos, reacios a la democracia. Pero los diferentes agentes subversivos, separados por demasiadas fracturas ideológicas, no supieron valerse de la ocasión, que ya no se repetiría. Flanqueado por los políticos más afines, Alfonso XIII creyó que sólo la posición neutral que patrocinaban los germanófilos, por difícil que fuese sostenerla, permitía salvar el trono. Sus ministros sacaron provecho de las diferencias entre sus enemigos para ayudarle.

No obstante, el rey hubo de adaptarse a una desagradable realidad: ya no era Alfonso *el Regenerador*, aceptado por la mayoría de la opinión –incluso por los republicanos más prestigiosos– como el propulsor de una España moderna, sino un actor político cada día más controvertido. Las críticas de 1913 se tornaron ataques directos que le hacían responsable en 1917 de todo lo que sucedía en un país dividido, lo cual provocó, por ejemplo, una avalancha de suplicatorios para procesar a diputados por injurias a la corona. Aunque su acierto en 1918 le diera un respiro, nada había más distante de un emblema nacional compartido. Sobre todo, se vio forzado a reconocer que una parte substancial del ejército –carne de su carne, pilar del españolismo y de la corona– renegaba de su politiquería clientelista. El arbitrio teatral de la abdicación no se materializó, sino que se impuso su reflejo de ceder ante las demandas militares que respetaran la monarquía, aun a riesgo de actuar a espaldas de sus gobiernos y –con ese aliento a injerencias inconstitucionales– de hipotecar para mucho tiempo la supremacía civil.[22]

Con todo, y de manera paradójica, el poder de Alfonso XIII salió fortalecido del peor bache de su reinado. España no era Rusia y la neutralidad sirvió de cordón sanitario frente a una revolución inmediata. Pero el turno saltó en pedazos y, desmigajados de manera permanente los ya baqueteados partidos gubernamentales, se redujeron de manera drástica los frenos a la influencia regia, así que el monarca se erigió en dueño de la escena. Con los grupos monárquicos divididos entre proclives y reacios al bipartidismo, el panorama se complicó aún más a causa de las demandas nacionalistas subestatales y de las huelgas obreras, redobladas al esfumarse la bonanza bélica y tras las cuales acechaba el espectro bolchevique. Al contrario de lo que pudo creerse a lo largo de 1917, las revoluciones rusas no habían imposibilitado el triunfo de la entente, respaldada por el enorme potencial norteamericano, pero el éxito soviético trajo consigo movilizaciones en todo el continente y levantamientos izquierdistas en los países derrotados, de Alemania a Hungría. Siguiendo su instinto, el monarca se echó en brazos de un nacionalismo español cada vez más conservador y católico, fortaleza segura frente a las amenazas revolucionarias de postguerra. Ante el peligro que avanzaba desde la no tan lejana Rusia, España vivió un repliegue

reaccionario.

---

1. Cita en «El Rey quiere abdicar. La entrevista de Azcárate con el Rey. La verdad de lo ocurrido», en «Documentos reservados. 1917», AGP Cajón 15/7.

2. Citas en nota del rey a Quiñones, 13.3.1917; telegrama del rey a Torres, 16.3.1917; y nota de Torres, s.f.; todo ello en AGP Cª 12251/1. El viaje, en *La Época*, 16.3.1917.

3. Cita en Romanones a Merry del Val, 24.3.1917, AR L8/9. AGP Cª 12251/1, cita en nota del rey a Castro, 11.4.1917.

4. Cita en Hardinge a Cecil, 19.5.1917, NA FO 371/3033. Informes de Uzquiano, en AGP Cª 12219/2; citas en los de 18.6.1917 y 23.7.1917.

5. Avilés (1999), pp. 19-24. Cita, en Villasinda a Torres, 15.3.1917, AGP Cª 12251/1. Hardinge a Cecil, 19.5 y 14.6.1917, NA FO 371/3033. Cita en Uzquiano a Aybar, 9.11.1917, AGP Cª 12219/2.

6. Meaker (1988), p. 2. Hardinge a Cecil, 19.5.1917, NA FO 371/3033; y 8.1917, NA FO 371/3034. Cita en Denvignes a ministro de la Guerra, 1.7.1917, AMAE-F Guerre 1914-1918 Espagne vol. 479. Romero (1999), pp. 94-95.

7. Martorell (2011b). González Calleja (coord.) (2017). Declaraciones del rey, en *El año político*, 14.5.1916. Rumores sobre un posible Gobierno Alba, apoyado por el rey según Vega Inclán, en ANR 11-8903, 11.12.1916.

8. Meaker (1988). Fuentes (2014).

9. Meaker (1988), pp. 9 y 13- 14. González Calleja y Aubert (2014), pp. 73-74, 269-270 y 325-326. Palacios y Primo (2016), p. 98. Duque de Santo Mauro, *Unos días de los meses de abril y mayo de 1915*, s.e., s.a.

10. Ungari (2018), cita en p. 89. *España,* 17.5.1917.

11. Ponce (2008). Romanones (1928-1947, 1999), pp. 392-395. Romanones al rey, 1.9.1916, AGP Cª 15978/3. Romanones a Geoffray, 19.4.1917, AR L8/6. Cita en «War Cabinet. Potential value of Spain as an Ally (Memorandum by the Foreign Office)», 3.1917, NA CAB 2417/98.

12. Más detalles, en Moreno Luzón (1998), pp. 329-335. Cita en Romanones al rey, 15.4.1917, AR SS. Romanones (1928-1947, 1999), pp. 394-397. Informe de Hardinge, 14.6. 1917, NA FO 371/3033.

13. Fuentes (2014), pp. 160-165. Citas, en *El año político,* 30.4 y 27.5.1917.

14. Salvador de Madariaga, «Spain and Russia: A Parallel», *The New Europe,* 30.8.1917, 4, pp. 198-204 (cita en p. 198). Se refería al político social-revolucionario Aleksandr Kérenski, primer ministro ruso entre julio y noviembre de 1917. La idea de oportunidad recorre González Calleja (coord.) (2017).

15. Boyd (1990), pp. 66-67 y 69-84.

16. Romero (1999), pp. 94-95. Citas del manifiesto, en *El año político,* 1.6.1917.

17. Francisco de Borbón al rey, 5.6.1917; y Jesús Coloma a Aybar, 5.6.1917, en AGP 15621/15. Aspecto del rey, en Geoffray a Ribot, 7 y 9.6.1917, AMAE-F Guerre 1914-1918 Espagne vol. 479. Cartas entre Antonio Goicoechea, presidente de la Juventud Maurista, y Torres, 11-20.6.1917, AGP Cª 12100/72. Buxadé (1918), pp. 84-85; al día siguiente, un aplauso compensó el desaire. *El País,* 12.6.1917. El 23.6.1917, *Heraldo de Madrid* publicaba una halagüeña entrevista con el rey (véase capítulo 7).

18. Cita de Hardinge, 3.7.1917, NA FO 371/3033. González Hernández (1997), pp. 372-373. Tusell y

García (2001), pp. 305-306. Villa (2021), pp. 273-280 y 310-311. Panfleto, en AGP Cajón 15/7. «Consulta a Azcárate'', *El Liberal,* 30.6.1917.

19. Martorell (2011a), pp. 224-239. González Calleja y Aubert (1914), pp. 293-301. Villa (2021), cita en p. 460.

20. Cierva (1955), pp. 188-189. Riquer (2013), pp. 82-94 y 96-99. Boyd (1990), pp. 123-138. Otra versión, en Villa (2021), pp. 480-483 y 530-549.

21. Romanones (1928-1947, 1999), pp. 421 -422. *El año político,* 21.3.1918. Márquez y Capo (1923), p. 114. Maura y Fernández Almagro (1948), pp. 311-312. *Abc,* 22-23.3.1918 (cita del 22); *El Liberal,* 22-23.3.1918 (cita del editorial del 22); y *La Acción*, 23.3.1918. Seco (1995), pp. 437-441.

22. Suplicatorios, en Hall (2005), p. 208.

Alfonso XIII, en el acto de consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús, Cerro de los Ángeles, Madrid (1919). Tarjeta postal (ca. 1927). Foto de autor desconocido.

© Patrimonio Nacional.

11

Sagrado Corazón

Hoy, la idea de Patria, en España, resulta ser
patrimonio exclusivo de la Monarquía,
y ésta es la única garantía del orden
y de la unidad de la nación española.[1]

DÍA DE LA RAZA

El 12 de octubre de 1917, pese a la gravedad de la crisis político-militar que vivía el país, los reyes disfrutaban aún de su estancia veraniega a orillas del Cantábrico. Esa tarde asistieron por primera vez a la Fiesta de la Raza, aniversario del Descubrimiento de América, con la que el Ateneo Guipuzcoano inauguraba sus cursos en San Sebastián. El senador liberal Fermín Calbetón hizo allí un alegato contra la «leyenda de crueldad» que rodeaba la obra civilizadora de España al otro lado del Atlántico. Acto seguido se levantó Alfonso XIII y, con tono firme, subrayó el gozo que le provocaba la conmemoración e insistió en la necesidad de incrementar el «comercio espiritual […] y material» entre «viejos y jóvenes españoles». Se enorgulleció además de ser descendiente de los monarcas católicos que habían dado a la patria «la gloria más preciada de su larga y grandiosa historia». Ese mismo día se multiplicaron los eventos en buena parte de las provincias, desde el monasterio de La Rábida, en Huelva, donde Cristóbal Colón había preparado su travesía, hasta la Cámara de Comercio de Barcelona. Abundaron en ellos los discursos ditirámbicos sobre la gesta colombina y el espléndido futuro que esperaba a las relaciones hispanoamericanas, aparte de un notable protagonismo de los escolares y estudiantes, ciudadanos del mañana, que se encuadraron en procesiones cívicas y probaron suerte en concursos literarios. En Madrid, los niños y niñas de los centros públicos de enseñanza y beneficencia, precedidos por los Exploradores de España, depositaron flores ante la estatua del descubridor. Autoridades, activistas y diplomáticos emitieron saludos al rey y recordaron que su viaje a América seguía pendiente.[2]

Aquella efeméride se alimentaba del movimiento hispanoamericanista, expandido gracias a los centenarios de las independencias y reforzado durante la Gran Guerra. Las circunstancias llevaban a reivindicar una cierta primacía española en América, basada en el aumento de los intercambios económicos –ahora que las potencias europeas habían dejado de exportar– y en el prestigio

que proporcionaba la neutralidad entre los estados que también la mantuvieron. España, con el rey a su cabeza, podía levantar el estandarte de la paz y de una posible mediación entre los antagonistas. En 1917, el presidente argentino Hipólito Yrigoyen declaró el 12 de octubre fiesta nacional, a instancias de la asociación patriótica de los emigrantes españoles y en honor a España, «progenitora de naciones», lo cual supuso un incentivo irresistible. En la *madre patria* reclamaban ya su proclamación oficial no sólo los hombres de la veterana Unión Ibero-Americana, sino también personajes como Mariano de Cavia, desde *El Imparcial*, o el concejal conservador madrileño y vendedor de bicicletas Hilario Crespo, responsable de los festejos en la capital. La participación de Alfonso XIII en la ceremonia de San Sebastián terminó de propulsar la idea, que se hizo ley en junio de 1918 bajo el Gobierno nacional presidido por Maura, con alusiones a las repúblicas ultramarinas que se habían adelantado. Desde entonces, la Fiesta de la Raza se erigió en el principal festivo permanente con un carácter nacionalista inequívoco, que dominaba sobre el dinástico o el religioso, y así siguió hasta el final del reinado.

En el 12 de octubre confluían varios significados que contribuyeron a su asentamiento. Sin ir más lejos, la prensa daba cuenta en 1917 de las celebraciones ofrecidas en distintos lugares a la virgen del Pilar, que a las connotaciones patrióticas sumaba el patronazgo de Zaragoza y de los aragoneses expatriados, de la Guardia Civil y hasta del cuerpo de Correos. Pero los contenidos americanistas se impusieron a partir de la oficialización de la fiesta: ofrendas, premios, desfiles, misas, himnos, funciones de teatro clásico y un desbordado caudal de retórica acompañaron los actos en numerosas ciudades, centrados en rememorar las hazañas de la conquista y en afirmar la vigencia de la comunidad cultural transatlántica. Don Alfonso no pudo acudir a los de 1918, pues sufría una persistente enfermedad, quizá relacionada con la *gripe española* que se llevó por delante a 250.000 compatriotas y a unos cincuenta millones de personas en todo el mundo. Pero sí presidió en 1919 la sesión regia del Ayuntamiento de Madrid, que pugnaba con otras instituciones por la preeminencia en estas lides conmemorativas. Allí pudo escuchar a oradores de diversos orígenes, entre ellos al escritor argentino Manuel Ugarte, representante de las tendencias hispanófilas que en América trataban de recuperar las raíces españolas e incluso de articular una sola entidad hispánica. En su conferencia, Ugarte definió la Raza como un organismo único, alabó a la «santa madre España» y terminó con un homenaje «a S.M. el Rey, que, por lo que representa y por lo que vale, sigue siendo soberano de los espíritus en el amplio mundo abierto por Colón a la iniciativa y al esfuerzo de todo el género humano». Más aún: como destacaban los medios hispanistas argentinos, Alfonso XIII había conservado durante la

guerra «una neutralidad noble, hidalga, en la que vibraba toda la generosidad de la raza». Por todo ello, mantenía su condición de emblema hispanoamericano.[3]

El hispanoamericanismo se fortalecía así, durante la guerra y la inmediata postguerra, como un recurso que realzaba el papel exterior de España y buscaba la cohesión interna, alrededor de una fiesta nacional, en tiempos convulsos y llenos de amenazas revolucionarias y separatistas. Para ello miraba hacia atrás más que hacia adelante, en una labor de exaltación del imperio español en América, de su epopeya evangelizadora, que también implicó a la corona. Había que recordar para volver a ser. Uno de los hitos más destacados en esta tarea fue el libro *La Leyenda Negra*, de Julián Juderías, regeneracionista y admirador de Maura, traductor unos meses en la oficina humanitaria de palacio. En su trabajo recogía con ánimo polémico el vocablo acuñado por Emilia Pardo Bazán y las tesis de otros autores, como Unamuno, para responder a la campaña antiespañola desatada por la ejecución de Ferrer en 1909. Con el fin de restaurar el buen nombre de España, refutaba la propaganda que desde el siglo XVI se había cebado con la monarquía católica y –en connivencia con los sedicentes malos españoles– le había achacado toda clase de horrores, de la intolerancia inquisitorial a las incontables crueldades cometidas en el nuevo mundo. No aludía sólo a la conquista americana, pero abonaba su defensa, apoyada en las benéficas leyes de Indias y en la acción de las órdenes religiosas, en las universidades, las obras públicas y el mestizaje. La primera edición, de 1914, pasó casi inadvertida, pero la segunda, de 1917, salió con muchas más páginas y una sentida dedicatoria al rey, a quien atribuía la reversión del «antiguo y desfavorable concepto que de nuestra patria se tenía en el Extranjero». Nuevo Francisco de Quevedo ante el sucesor de Felipe III, Juderías veía en Alfonso XIII el garante del porvenir patrio.[4]

La versión de *La Leyenda Negra* dedicada al monarca resultó todo un éxito de ventas, mereció unas cuantas ediciones más y se repartió en institutos y facultades, como semilla del orgullo nacional. Contaba con la financiación del ingeniero, arquitecto y millonario español residente en Estados Unidos Juan C. Cebrián, un incansable promotor del hispanismo que erigió allí un monumento a Cervantes, donó publicaciones a las universidades y sostuvo la asociación de los profesores de lengua castellana. Don Alfonso, hombre de pocas lecturas, sentía predilección por el libro de Juderías y, cuando el joven erudito murió de forma repentina a causa de la gripe, envió a un delegado al entierro y encabezó la suscripción abierta por el diario confesional y germanófilo *El Debate*, donde colaboraba el fallecido, para auxiliar a su familia. Más aún, Cebrián pagó y difundió de un modo similar la versión española de la obra del escritor y aventurero norteamericano Charles F.

Lummis *The Spanish Pioneers*, que se tituló *Los exploradores españoles del siglo XVI*, un panegírico de la conquista de América como muestrario de heroicidades. Prologada por Altamira y traducida por Arturo Cuyás, uno de los fundadores del escultismo que patrocinaba el rey, esta publicación de 1916 intentaba fomentar entre los españoles –en especial entre los jóvenes– las virtudes de sus antepasados, enterradas por las calumnias legendarias. A juicio de Juderías, aquella historia debía recomendarse «a todos los amantes de la verdad y de la justicia». Alfonso XIII condecoró al concejal Crespo y a Cebrián. También a Lummis, quien lucía encantado, sobre su ruda ropa campera, la insignia de la orden de Isabel la Católica.5

Más aún, el final de la Primera Guerra Mundial avivó el debate público sobre la gira americana del monarca. El Día de la Raza de 1919, un real decreto le implicó en el cuarto centenario de la expedición transoceánica capitaneada por Fernando de Magallanes, portugués al servicio de la monarquía hispánica, en 1520-1521. Mientras tanto, Chile invitaba a España a participar en la conmemoración del *descubrimiento* del estrecho que comunica el Atlántico y el Pacífico, denominado como aquel marino que no había podido completar la vuelta al mundo. Pero los círculos americanistas tampoco lograron esta vez que marchara el rey, pues fue enviado en su lugar su primo y cuñado Fernando de Baviera y Borbón, quien ya le había representado en la coronación de Jorge V. El infante viajó en el acorazado *España*, símbolo de la reconstrucción de la armada, rodeado de militares y con un civil, el político liberal José Francos Rodríguez, como jefe de la misión. Partieron el 12 de octubre de 1920 y pasaron por Puerto Rico y Panamá, donde les acogieron las colonias españolas. En Chile, que recorrieron de norte a sur, el recibimiento fue magnífico y pudieron ponderar las grandezas de los conquistadores y los vínculos que establecía la lengua común. Por fin, en el extremo sur del continente descubrieron una estatua de Magallanes, financiada por capital español, en un ritual encabezado por la embajada regia y donde no estuvo Portugal. Se consiguió de esa forma españolizar las fiestas magallánicas, objetivo político de Madrid.6

Pero la torpeza de los enviados a Chile provocó un incidente diplomático con Perú: se dejaron llevar hasta la zona fronteriza disputada por ambos países y allí el infante pasó revista al ejército chileno, mientras Francos alababa su brillantez. La prensa peruana interpretó estos gestos como un apoyo de España a las reivindicaciones territoriales de su vecino, lo cual inhabilitó al Gobierno español para ejercer arbitrajes entre ambos estados. El periplo de don Fernando dio lugar a muchas alusiones al rey Alfonso, con cuyo nombre se bautizó un faro en la Patagonia, como personificación de la madre patria y también como un monarca moderno, clave en el progreso de su nación. Algunos de ellos revelaban además la admiración que producía la realeza

europea en tierras americanas: un diputado radical chileno opinaba que Su Alteza personificaba «la más alta selección humana». El infante ocupó un lugar de privilegio en los actos castrenses y presidió una sesión del Congreso nacional. Él mismo recordaba las muestras de cariño de la gente que rompía el protocolo para saludarle. Pero su papel resultó bastante convencional y desde luego no alcanzó los niveles de popularidad y repercusión mediática que había obtenido la infanta Isabel en Buenos Aires diez años antes. También a causa de su género: el desgarbado príncipe y oficial no podía competir con la encarnación femenina de España.

Esta comisión reflotó las expectativas puestas en el viaje de Alfonso XIII. Don Fernando declaró que «era la pregunta de todos, españoles y americanos: ¿Cuándo viene Su Majestad?». Descartado el traslado a México, donde la revolución de 1910 había producido agresiones hispanófobas que contrastaban con el anterior filohispanismo del Porfiriato, ahora las ofertas provenían principalmente de Chile y sobre todo de Argentina. Entre 1919 y 1922, el propio rey Alfonso reiteró a menudo su voluntad de aceptarlas. El tema se discutió de vez en cuando en las Cortes, con las razones habituales: anudar lazos, promocionar el comercio y atender las demandas de los emigrantes. A comienzos de 1921 y en el verano de 1922, con la visita a España del presidente electo argentino, el desplazamiento parecía seguro. Pero la conflictiva situación en la España de postguerra no permitió que se hiciera realidad. El 8 de marzo de 1921, el primer ministro Eduardo Dato confirmaba a un periodista que el monarca podría viajar ese mismo año: unas horas más tarde, Dato era asesinado por unos pistoleros anarquistas. Las ambiciones del hispanoamericanismo español, consolidadas a partir de 1918 con la Fiesta de la Raza, apenas pasaron del ámbito discursivo e identitario, de las conmemoraciones que desmentían la Leyenda Negra, y en su mayor parte quedaron pospuestas para mejor ocasión. Mientras tanto, avanzaban otras fórmulas nacionalistas y monárquicas.[7]

LA FIEBRE WILSONIANA

La victoria aliada en la guerra conllevaba asimismo la aplicación de los principios enunciados por el presidente norteamericano Woodrow Wilson, jefe moral de los vencedores, entre los cuales sobresalía el de autogobierno de los pueblos. Aunque el concepto se refería de modo preferente al establecimiento de regímenes democráticos, los nacionalistas de todas partes lo interpretaron como el refrendo a una autodeterminación nacional que implicase el derribo de imperios multinacionales y la coincidencia de estados y naciones. Algo que, con regular fortuna, condujo a desbaratar Austria-

Hungría y a redibujar el mapa de la Europa central. En España, la perspectiva wilsoniana dio nuevas energías a catalanistas y nacionalistas vascos, y extendió las demandas territoriales a otras zonas. Una fiebre que entre 1918 y 1919 puso sobre la mesa, en términos que parecían factibles, la aprobación de sendas recetas autonómicas para Cataluña y el País Vasco y Navarra, pero que produjo como respuesta una crecida del españolismo que, mezclada con el auge de las protestas sindicalistas, acabó por hundir un posible arreglo. Alfonso XIII adquirió una doble relevancia en el proceso. Por una parte, como uno de los negociadores clave con el catalanismo y como sostén de los gobiernos, sin mayoría en las Cortes tras el fracaso de las concentraciones multipartidistas. Por otra, como emblema y valladar para los defensores de la unidad de España, que veían en las reivindicaciones catalanas una inminente ruptura de la soberanía nacional. Enfrentado a semejante dilema, se decantó por estos últimos.

Con aquellas condiciones tan favorables, externas e internas, la Lliga Regionalista se lanzó a pilotar una campaña por la autonomía desde la *Mancomunitat*, dedicada a construir una nación a base de políticas culturales y educativas. Su portavoz en las Cortes, Francesc Cambó, andaba preocupado por el ascenso del republicanismo nacionalista, que podía sobrepasarle, y confiaba en convencer a otros partidos y al rey para obtener lo que quería. Como se ha visto, la derecha catalanista no dudaba en combinar estrategias muy diversas, desde las alianzas parlamentarias y la participación gubernamental hasta las presiones ilegales, pero persistía en anudar lazos con la corona, referente simbólico y atajo en momentos críticos. Más aún a finales de 1918, cuando Alfonso XIII aparecía de nuevo como el factor decisivo en la vida pública española y, con los izquierdistas y filobolcheviques envalentonados en la humillada Alemania, buscaba secar las fuentes autóctonas de la revolución. Fuentes que resultaban bien palpables en Barcelona, donde los republicanos federales y unos cuantos partidarios de la independencia convivían con los anarcosindicalistas, quizá también con la soldadesca rebelde. En una conversación reveladora, el monarca propuso a Cambó, recién salido del ministerio nacional, conceder a la Lliga el ansiado estatuto a cambio de asegurarse su adhesión a la monarquía y de distraer con sus reclamos «a las masas de cualquier gobierno revolucionario». «¿Entendidos?», le preguntó al parecer el rey, y ambos sellaron el acuerdo con un apretón de manos. La cosa parecía resuelta.8

Sin embargo, la repentina movilización de fuerzas españolistas y monárquicas, contrarias al catalanismo, colocó a Alfonso XIII en una tesitura diferente: de manera más o menos explícita, quienes le cubrían de alabanzas le obligaban al mismo tiempo a hacer declaraciones patrióticas y le advertían de que no fuera tan lejos en sus compromisos con Cambó, que ya se conocían.

Un día eran gentes de derechas –conservadores, tradicionalistas, obreros católicos– que vitoreaban a España y a su soberano, otro los universitarios que, tras una concentración, afirmaban que «quien no defienda a su Rey no es español». Aunque las manifestaciones arreciaron con la irrupción de otros actores mejor organizados, aplaudidos por periódicos como *Abc* y *El Imparcial*. De un lado, las diputaciones de Castilla la Vieja y de León, que recordaban los interminables agravios que sufrían sus paisanos frente a los privilegios de Cataluña y alertaban contra la quiebra de la integridad patria, portadoras de un mensaje para don Alfonso. De otro, los sectores económicos guiados por el Círculo de la Unión Mercantil de Madrid, enemigos de los aranceles que favorecían a la industria catalana, cuya multitudinaria marcha fue seguida de ovaciones a la familia real y vuelo de gorras y sombreros en la plaza de Oriente. En ambos casos, entre sus dirigentes abundaban los liberales albistas, convertidos en freno a las tendencias centrífugas. Cuando recibió a los delegados castellanos, el rey alabó su patriotismo y reafirmó el propio: «Al testimonio de adhesión que Castilla y León me traen –terminó el Monarca– he de corresponder recordándoles el juramento de fidelidad que presté a la bandera de mi Patria».9

En el plano político y parlamentario, la cuestión se presentaba difícil. Las demandas de la *Mancomunitat* habían reventado el precario Gobierno de coalición entre liberales que había sustituido a su vez al nacional, lo cual permitió el regreso al Ejecutivo del conde de Romanones, ahora sólo con sus partidarios y en franca minoría, pero respaldado por el rey gracias a su aliadofilia sin tacha. Tanto Alfonso XIII como el conde pensaban en transacciones que el primer debate en el Congreso tiró por tierra, porque enseguida chocaron ideas contrapuestas acerca de la soberanía. Los catalanistas aspiraban a una autonomía integral que fundara un poder pleno en las materias atribuidas a las futuras instituciones catalanas, dejando al Estado español las competencias sobre defensa o asuntos exteriores. Pero muchos diputados monárquicos, felices con su inusual respaldo popular, agudizaron su españolismo y se negaron desde luego a devaluar las capacidades constitucionales de un cuerpo cosoberano. Cambó interpretó este rechazo inicial como un bloqueo insuperable y de inmediato escribió una emotiva nota a don Alfonso. En ella certificaba «el fracaso de toda nuestra actuación en la política española» y le agradecía las atenciones recibidas, no sin confesar que «al escribirle estas líneas paso por el trance más amargo de mi vida». Luego vio estos episodios como un regate borbónico, pero todavía no se habían roto los puentes, pues el rey buscó mediadores –probablemente el marqués de Comillas– y Romanones pactó con el catalanista una comisión extraparlamentaria para resolver el pleito. Entre tanto, Cambó, que no quería ceder el liderazgo a los republicanos, fijaba su accidentalismo: «¿Monarquía?,

¿República? ¡Cataluña!».[10]

La ola del españolismo dinástico no hizo sino engordar en las semanas siguientes. Su epicentro se ubicó en Barcelona, donde un puñado de aristócratas y hombres de negocios quiso honrar al monarca el 6 de enero de 1919, día de Reyes, con una recogida masiva de tarjetas y firmas. El manifiesto de esa fecha aseguraba que «con la Monarquía y dentro de la Monarquía deben resolverse todos los problemas porque en ella se encarna el orden social». Con ello captó a algunos catalanistas moderados y logró la solidaridad de unas 40.000 personas, según la prensa adicta. Días más tarde se publicó un segundo texto con llamadas más rotundas a preservar la unidad de España, fundida gracias a la corona. A estos esfuerzos coadyuvaba el capitán general de Cataluña, Joaquín Milans del Bosch, un africanista catalán receloso del catalanismo y muy unido a palacio: estaba casado con una prima del embajador en París, el alfonsino Quiñones de León, y había sido ayudante de la regente y del mismo monarca, que le había nombrado gentilhombre de cámara con ejercicio. Leal a su señor, le sugirió algunos nombres de notables catalanes cuyo monarquismo debía premiarse. El secretario real recogió de este y otros recomendantes indicaciones para condecorar a numerosos personajes con diferentes grados de las órdenes de Carlos III, Isabel la Católica y el Mérito Agrícola; hacerles gentileshombres o mayordomos de semana; y otorgar bandas de la reina María Luisa a sus esposas e hijas y canongías a los clérigos afectos. La mayoría de los preferidos eran nobles, pero en las listas también figuraban profesionales, alcaldes, jueces y hasta un empresario teatral que había exhibido la obra patriótica *Alma de España*, interpretada en Barcelona por la famosa cupletista Pastora Imperio.[11]

Este impulso se expandió con motivo de la onomástica regia, el 23 de enero, que llevaba cuatro años sin celebrarse por causa de la guerra y que ahora estalló en múltiples festivales. Las recepciones palatinas y sus réplicas a pequeña escala en las provincias estuvieron muy concurridas, hubo edificios engalanados y bandas de música a las que el público pedía el himno nacional, entre vivas al ejército y al rey. En determinados lugares –Barcelona, Madrid, Santander y las plazas militares– se desarrollaron concentraciones españolistas donde los medios más favorables detectaban gentes de todas las clases sociales. El real sitio de El Escorial escuchó a mauristas y católicos vincular en un mitin el temor a dios, el amor a la patria y el honor al soberano, al tiempo que denigraban la política romanonista. Un comité barcelonés, nada original, propuso regalar una nueva Gran Cruz de la Caridad a don Alfonso. Aún subsistían el catalanismo de matices dinásticos y el españolismo republicano, pero, no sin ciertos sesgos confesionales o militaristas, quedaba clara la identificación entre monarquía y unidad nacional. El propio monarca la subrayaba en una entrevista publicada en *Abc* y en sus discursos oficiales,

donde insistió una y otra vez en la necesidad de superar las diferencias entre españoles para hacer a España grande, lo cual significaba acordarse de «glorias cuya omisión haría incomprensibles los anales humanos», en alusión a la Raza. Ni separatismo ni revolución: una nación cohesionada, orgullosa de su pasado y capitaneada por su rey.[12]

Mientras tanto, la vida política seguía enredada en el pleito catalán, seguido de cerca por un nacionalismo vasco que exigía la reintegración de los fueros abolidos por los liberales en el siglo XIX. Romanones viajó a París para entrevistarse con los estadistas aliados y se tranquilizó al saber que Wilson desconocía las tribulaciones de Cataluña, pues los mensajeros de la Lliga no habían recibido allí más que portazos y evasivas. Se malograron, en cambio, sus deseos de agasajar al presidente con una escala en Palos de Moguer, cuna colombina del Descubrimiento. En Madrid, la comisión extraparlamentaria echó a andar sin el catalanismo –Cambó hizo caso a las recriminaciones republicanas y se bajó del barco antes de que zarpara– pero cumplió su cometido. Presidida por Maura, que resucitó sus planes descentralizadores de 1907, propuso la creación de un organismo regional, la Generalidad, con amplias facultades y el uso oficial de las dos lenguas, catalana y castellana. Algo inédito en la España constitucional. Respecto a vascos y navarros, dejó a los ayuntamientos las propuestas de actualización foral. Los catalanistas rebajaron las exigencias soberanas e incluyeron en su proyecto la figura de un poder moderador a imagen y semejanza de la corona, designado por el Gobierno central. Sin embargo, no aceptaban nada que no fuese su mera ratificación por parte de las Cortes. Aún se dieron maniobras para facilitar el pacto parlamentario, auspiciadas por Alfonso XIII, pero no hubo manera. El choque de legitimidades –que contraponía la supuesta voluntad del pueblo catalán a la mayoría del Parlamento español– daba al traste con la oportunidad de encontrar una salida al contencioso. A la larga, Cambó se arrepintió de haberla desaprovechado.[13]

UNIÓN MONÁRQUICA

Los conflictos de postguerra hicieron cuajar varias organizaciones políticas que proclamaban su españolismo y, en mayor o menor medida, consideraban a la monarquía como la principal garantía del *statu quo* frente a las corrientes disgregadoras, fueran territoriales o de clase. Para empezar, en la convulsa Barcelona de finales de 1918 e inicios de 1919 apareció una Liga Patriótica Española que se vio envuelta en peleas callejeras con los elementos más agresivos del nacionalismo catalán, entre ellos los dependientes de comercio republicanos que comenzaban a agitar banderas independentistas, esteladas

como la de Cuba. La componían militares en activo y en la reserva, mauristas, tradicionalistas y exrepublicanos desengañados ante la deriva proautonómica de Alejandro Lerroux, antiguo baluarte de la españolidad barcelonesa. En sus rifirrafes, donde no faltaron los palos y tiros y algún muerto, pugnaban por imponer los símbolos españoles sobre los catalanes –coreaban la *Marcha Real*, no se sabe con qué letra– y daban vivas al rey y al ejército. Provistos de un lenguaje demagógico y antiparlamentario, acabaron por formar grupúsculos protofascistas. Junto a ellos se movían otros círculos, como el Ateneo Obrero de Gracia, que celebraba por su cuenta el cumpleaños del monarca.[14]

No obstante, estas expresiones españolistas, arrabaleras y a veces violentas, no llegaron muy lejos. Mayor alcance político tuvieron las iniciativas desde arriba, protagonizadas por la alta burguesía y la aristocracia bajo el patrocinio, o al menos con el beneplácito, de palacio. En Cataluña se articuló la Unión Monárquica Nacional (UMN), anunciada en el santo del rey y fundada a continuación por mauristas, conservadores y liberales encabezados por el industrial del textil y diputado romanonista Alfonso Sala, quien ya había intervenido en el pleito autonómico. Alfonso XIII conoció de antemano y aprobó esta confluencia dinástica, pensada para competir con la Lliga entre las gentes de derechas. El propio Cambó le atribuyó la máxima responsabilidad en la operación. Sus impulsores, como le contaba el jefe del maurismo regional Gustavo Peyra al secretario del monarca, estaban hartos de la persecución catalanista y del abandono al que les condenaban los gobiernos, siempre sometidos a los *lligaires*, «que nada agradecen porque creen que todo les es debido», por lo que daban un paso adelante. En su declaración fundacional, la UMN enarbolaba la defensa de los «tres grandes principios que forman la base secular de la nación española: Monarquía, Unidad política y Orden social». La corona no sólo representaba la historia unitaria, sino que también moderaba las pasiones, daba coherencia a la actuación internacional y aseguraba la tranquilidad interior. A su sombra serían posibles las «prudentes libertades locales» y una «próvida legislación de previsión y amparo» para los obreros. Ante todo, los unionistas se mostraban leales al «primer español, nuestro rey».[15]

Los vínculos de Alfonso XIII con las élites catalanas se desplegaban a partir de su estrecha amistad con el magnate marqués de Comillas, grande de España, presidente honorario de la Unión Monárquica y siempre listo para acudir en auxilio del soberano. A su lado figuraron otros nobles, como el maurista y empresario minero conde de Fígols; el fabricante de hilaturas y exministro liberal conde de Caralt; el propietario conservador marqués de Sentmenat; el liberal conde de Godó, dueño del diario *La Vanguardia*; y el militar conservador y dueño de tranvías Mariano de Foronda, futuro marqués

de Foronda. Alfonso Sala, cabeza visible de la formación, terminó también por obtener un condado, el de Egara, y, como la mayoría de sus correligionarios, ocupó cargos bajo la dictadura en los años veinte. Frente a este grupo surgió en 1919 una opción dinástica alternativa en Cataluña, la Federación Monárquica Autonomista, que competía con la Unión por su cercanía a Alfonso XIII pero aspiraba a recoger los votos que perdiera una Lliga radicalizada, con el fin de hacer realidad la autonomía bajo la protección del trono. Sus miembros se aglutinaban alrededor de los hermanos Güell, sobrinos de Comillas: el conde, el vizconde y el barón de Güell. Las buenas familias de Barcelona, emparentadas entre sí y conectadas por múltiples intereses financieros y societarios, formaban un núcleo alfonsino estimulado por numerosos ennoblecimientos, grandezas y honores a lo largo del reinado, en una clara estrategia palatina para captar fidelidades dentro de la zona más compleja, en lo político y en lo social, de la geografía española.16

La Unión Monárquica Nacional alcanzó algunos éxitos electorales, cimentados en las redes de influencia de sus notables en las comarcas catalanas y en el apoyo gubernamental. Por ejemplo, Sala era inamovible en Tarrasa y Fígols en Berga, distritos de la provincia de Barcelona donde tenían sus fábricas. En cada uno de los comicios de 1919, 1920 y 1923, los unionistas cosecharon una docena de escaños para el Congreso, lo cual suponía una considerable remontada respecto a la debacle de 1918, cuando ellos mismos o sus predecesores sólo habían recogido ocho. Mientras tanto, la Lliga pasó de su cota máxima, una veintena en 1918, a sólo trece en 1919 y 1920, aunque se recuperó en 1923 con dieciocho y podía contar además con los dos o tres de la federación autonomista, apéndice suyo. Los dirigentes de la UMN se quejaban al rey del desprecio con que los atendían los ministerios, deseosos de contentar a los *lligaires*, y solicitaban beneficios –juzgados, senadurías vitalicias o sedes episcopales– para ganar elecciones y mantener fidelidades. Sus cuadros compartían con los de la Lliga asociaciones patronales y el somatén, la milicia tradicional que se reactivó para auxiliar a las fuerzas estatales en su lucha contra el anarcosindicalismo. Sin renunciar nunca a la carta política de Cambó, don Alfonso procuró contentar a sus amigos catalanes. En 1920, tras un alboroto en el que resultó herido un universitario españolista, accedió a que el príncipe de Asturias apadrinase la Unión Española de Estudiantes de Cataluña, con la que los unionistas combatían al catalanismo en la universidad.17

En el otro foco de nacionalismo subestatal, el vasco con centro en Vizcaya, los dinásticos se coordinaron dentro de la Liga de Acción Monárquica, también de 1919, concebida para plantar cara a la Comunión Nacionalista Vasca, que para entonces dominaba las instituciones locales. Reeditaban así la llamada *piña*, un expediente que había resultado útil en el

cambio de siglo para contrarrestar la aparición del obrerismo socialista en la zona. La componían tres ramas –mauristas, liberales y conservadores– y la lideraban un liberal, el abogado albista Gregorio Balparda, y el comerciante maurista Ramón Bergé. Se integraron en ella asimismo grandes dinastías empresariales como las de los Chávarri, Gandarias o Ybarra, con inversiones en siderurgia, minería, astilleros, navieras o banca. Sus objetivos vinculaban «el desarrollo de los intereses monárquicos» con el «afianzamiento y defensa de la soberanía del Estado español», frente a «los partidos que trata[ba]n de quebrantar la intangible unidad de la Nación». Entre los lazos que les ataban a la corona se repetía la concesión de títulos y otras mercedes a personalidades que don Alfonso frecuentaba en sus visitas a la ría del Nervión para las regatas de verano. En 1920, por ejemplo, los marquesados de Triano y Zuya adornaron el prestigio social de Víctor Chávarri y Alberto Aznar, diputados ese mismo año.[18]

Mejor organizada que la Unión catalana, con la que se federó, la Liga vizcaína redujo de forma drástica el peso de los nacionalistas vascos gracias a su alianza tácita con el socialismo moderado de Indalecio Prieto, en riñas políticas marcadas por la violencia y las compras de votos de unos y otros. En las elecciones a Cortes de 1923, Prieto fue elegido sin competencia por Bilbao y el resto de la provincia quedó en manos de los alfonsinos, sin que sus rivales *bizkaitarras* consiguiera una sola acta. Tanto en Cataluña como en Vizcaya, las fórmulas españolistas contaban con uno de los sectores en auge dentro de las derechas, el de los seguidores de Antonio Maura, que no había perdido su carisma. El caudillo nunca quiso ponerse al frente de una organización de masas, aunque se dejaba querer por militantes que, con un pie en el Parlamento y otro en la calle, cultivaban distritos rurales pero no hacían ascos al público urbano en ciudades como Madrid. Aficionados a las refriegas con las izquierdas, los mauristas atrajeron con su propaganda a muchachos de clases medias, sostuvieron círculos obreros y engrosaron guardias cívicas –al estilo de los somatenes catalanes– para custodiar propiedades y romper huelgas. Su ideario, nacionalista, católico y contrarrevolucionario, era en sustancia también monárquico. Si más de una vez –1913, 1917– habían abominado de las decisiones de Alfonso XIII, la reconciliación de su jefe providencial con el monarca en 1918 despejó sus resquemores y les permitió avanzar en comicios nacionales y locales.[19]

Aquel clima de movilizaciones cruzadas contempló asimismo algún intento por convertir a la crema de la aristocracia en un sujeto político al servicio de la corona y de España. De modo intermitente, el nuevo Centro de Acción Nobiliaria había abogado por un consejo consultivo para el monarca, conforme a un antiliberalismo estamental. Su promotor, el conde de Torres Cabrera –tío del mayordomo palatino marqués de la Torrecilla– mereció tan

sólo buenas palabras por parte de Alfonso XIII. Más lejos llegó el duque del Infantado y marqués de Santillana, latifundista, productor de electricidad y diputado independiente. Su principal empeño consistía en la confluencia de los monárquicos en torno a la patria, la corona y la religión, baluartes antisubversivos. A finales de 1918 agitó las aguas con un discurso parlamentario que, con el título de *Por la Patria y el Rey*, se imprimió en miles de ejemplares gracias al Centro. También orquestó un acto por la unión de las derechas, incluidas las tradicionalistas, presidido por nobles y cuyos mensajes respaldó la Diputación de la Grandeza. «Cuando los bárbaros est[aban] a las puertas de Roma», advertía Infantado, no había tiempo que perder. La revista dinástica *Blanco y Negro* lo presentaba como «el paladín del rey», pero a don Alfonso no le agradaban estas salidas de tono y le dejó notar su «disminución de confianza y afecto», que el duque trató de paliar. Sin embargo, el afán de concertar a los derechistas, o por lo menos a los conservadores de diferentes matices, subsistió en las actuaciones reales durante años. El diario liberal *El Sol* desenmascaraba en 1919 a Infantado, Torrecilla y Viana, «favorito mayor», como componentes de una camarilla cortesana con ambiciones políticas. A esas alturas, esa fantasmal presencia, desconocida desde el reinado de Isabel II, parecía verosímil.[20]

Todos estos grupos emparejaban sus afanes nacionalistas con la preocupación por las agitaciones revolucionarias, que en los primeros meses de 1919 acabaron de improviso con las discusiones sobre la autonomía y dieron aún más influencia al ejército, guardián del orden público en un país escaso de policías. Las trifulcas entre nacionalistas catalanes y españoles ya habían tensado las relaciones de las autoridades civiles con las castrenses: al comienzo, algunos militares habían tolerado a los *lligaires*, amparados por el rey, pero las *estelades* y los gritos antiespañoles se les hicieron insoportables, por lo que exigieron mano dura. No obstante, lo que desencadenó el choque final fue la estrategia de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), que aprovechó una huelga en La Canadiense –la compañía que suministraba energía eléctrica a Barcelona– para mostrar la potencia de sus sindicatos únicos y paralizar la ciudad. El Gobierno Romanones cerró el Parlamento y declaró el estado de guerra, aunque negoció con los sindicalistas. Cuando le pidieron el cese de sus colaboradores implicados en la represión, el capitán general Milans del Bosch despachó a Madrid a los mediadores gubernamentales. Otra humillación para el poder civil. Don Alfonso, atento a los avisos contra el reconocimiento del sindicalismo como interlocutor, aceptó la dimisión del conde de Romanones y entregó el Ejecutivo a Maura, quien formó un Gabinete con sus partidarios y los de Juan de la Cierva. Es decir, con los elementos más derechistas del arco dinástico, dispuestos a dar un golpe de timón reaccionario. No volvió a haber un presidente del Consejo

liberal hasta finales de 1922, mientras que la cuestión catalana no se planteó de nuevo en las Cortes hasta la Segunda República.[21]

JESÚS REINA EN ESPAÑA

Si se trataba de combatir a los enemigos de España y de sus glorias pasadas y futuras, de preservar la unidad nacional y las jerarquías sociales bajo el paraguas de la corona y con ayuda del ejército, el rearme ideológico conservador podía y debía completarse con otro ingrediente fundamental: la exaltación de la fe católica. De esa manera, y en contraste con la categórica victoria global de las democracias aliadas, en la postguerra española avanzaban los principios más queridos por la germanofilia autóctona. Pocos disponían de un tejido tan denso y de una capacidad movilizadora tan eficaz como la Iglesia, buena parte de la cual predicaba la armonía social y la consubstancialidad entre religión y patria, al tiempo que confiaba en la monarquía para seguir disfrutando de una posición privilegiada, amparada por la oficialidad del catolicismo y a despecho de las interpretaciones más liberales de la Constitución. Los clérigos catalanistas o vasquistas se veían superados por una cúspide episcopal y asociaciones confesionales con una fuerte impronta españolizadora. Si el acomodo eclesiástico en el Estado desincentivaba la creación de un partido político al estilo del popular italiano, nacido en 1919 y acaudillado por el sacerdote Luigi Sturzo con el visto bueno del papa, los desafíos revolucionarios condujeron a una intensificación de las iniciativas encaminadas a empapar a la sociedad de valores religiosos. Alfonso XIII, cuyas opiniones oscilaban a propósito de otros planes monárquicos y nobiliarios, trató de reducir los alientos eclesiásticos a los nacionalismos alternativos y respaldó de forma inequívoca la catolización de las relaciones laborales y de la misma idea de España.[22]

El catolicismo social había desarrollado ya algunos sindicatos obreros de alcances limitados que, bajo el padrinazgo del marqués de Comillas, solían aplicar un paternalismo patronal centrado en el fomento de la religiosidad y el respeto a las autoridades. No obstante, sus perspectivas más prometedoras se ubicaban en el campo, donde en 1917 nació la Confederación Nacional Católico-Agraria (CONCA), que penetró con rapidez en regiones con gran abundancia de pequeños y medianos agricultores a través de cooperativas guiadas por los obispos. Una organización enorme, pues llegó a reunir a unos 600.000 socios, número sólo comparable al que declaraba la CNT. Don Alfonso veía en la red católica una inmejorable herramienta para apartar a los campesinos de las tentaciones revolucionarias: según varios testimonios, pensaba que su crecimiento apuntalaría el orden y, al rescatar de ese modo a

España, «salvar[ía] con ella a la Monarquía». La identificación entre patria, fe, estructura de clases y régimen monárquico no podía ser más explícita. Así se lo dijo al cardenal primado, Victoriano Guisasola, y al presidente de la directiva católico-agraria, el propietario y abogado castellano Antonio Monedero, de estirpe noble. Director general de Agricultura con Maura en 1919 y cercano al duque del Infantado, Monedero mantuvo junto a sus colaboradores una asidua correspondencia con palacio. Poco antes había detonado en Andalucía un intenso ciclo de protestas jornaleras, el conocido como *trienio bolchevique*, bajo predominio ácrata.[23]

Alfonso XIII no se limitó a dar ánimos a los sindicatos católicos, sino que se embarcó asimismo en su expansión por las zonas latifundistas andaluzas y extremeñas: a comienzos de 1919, aconsejó a los aristócratas más significados que arrendaran o vendiesen a buen precio algunas tierras a sus ramas locales para que las adjudicaran a los obreros inscritos en ellas. Se trataba de robustecer el sentimiento religioso, la familia y la propiedad –afirmaba la CONCA– frente al reparto de las fincas y «de las mujeres y las hijas de los ricos» que planeaban los izquierdistas. Para ello convenía concienciar a los más acomodados, adictos al caciquismo y al lujo. Algunos títulos, como el maurista conde de los Andes, contestaron que ya estaban suscritos a la causa; otros prometieron hacerlo. El caballerizo Viana favorecía ese arraigo pero rechazaba cualquier conminación a los hacendados. Aunque la tarea no parecía fácil: en Jerez de la Frontera, por ejemplo, se quejaban del «odio más que repugnancia» que sentían los trabajadores hacia la Iglesia. Más adelante, el rey financió la campaña católico-agraria que llevaba a cabo el propietario Indalecio Abril, de Jaén, a cambio de que diera a conocer «el interés que Le inspira[ban] la mejora moral y material de las clases proletarias y el bien de España». En la primavera de 1920, Abril y el sacerdote Juan Francisco Correas dieron un paso más al promover dentro de la CONCA la Liga de Terratenientes Andaluces, que el monarca recomendó con éxito a los obispos. Monedero renegó enseguida de esta Liga, que creía una mera sociedad de resistencia patronal, adversa por tanto a los objetivos católicos de justicia social.[24]

El sindicalismo confesional encontró en el valle del Guadalquivir obstáculos insuperables, que los propagandistas endosaban a la inconsciencia suicida de los pudientes y a la libertad que los gobiernos concedían a las «gentuzas» revolucionarias. Al final, se impuso la represión militar. Pero sus experimentos llegaron hasta el Real Patrimonio, pues el monarca quiso fundar en El Pardo su propio gremio rural. Como ya se dijo, desde niño se había interesado por la innovación agraria y había hecho sus pinitos en el real sitio, donde ahora encontró la oportunidad de crear una particular comunidad utópica de pequeños colonos sometidos a la obediencia católica y presididos

por el príncipe y los infantes. Una empresa –cantaba el ingeniero agrónomo real– que serviría «para sublimar las orientaciones del Primer Agricultor de la Nación». Recurrió con ese fin a la Federación Valenciana de Sindicatos Agrícolas, parte de la confederación española, que recibió en arriendo parcelas de secano y regadío destinadas a hombres de buena conducta moral y religiosa, bajo la mirada de un sacerdote. Siempre que no protestaran, los afiliados al sindicato recibían casas, yuntas, máquinas y anticipos en abono y dinero. No obstante, su armonía se vio amenazada por los roces entre los administradores de palacio y los dirigentes valencianos, que se quejaban de las interferencias producidas por la caza, de la holgazanería de los campesinos locales y de «determinadas mujeres cuya vida no se compagina con nuestro carácter católico». Monedero se resentía del despilfarro de recursos que ocasionaba este capricho regio. En cualquier caso, la modélica colonia sobrevivió hasta el final del reinado.25

Por otra parte, los lazos simbólicos entre monarquía, nación y fe, cultivados con anterioridad en viajes y liturgias, disfrutaron en 1918 de un momento muy sonado, semanas después de la declaración del día del Pilar como Fiesta de la Raza. En los Picos de Europa se conmemoró, bajo la égida de los reyes, el decimosegundo centenario de la batalla de Covadonga, inicio de la Reconquista cristiana. La ocasión se aprovechó para coronar a la imagen mariana del mismo nombre, conocida también como Virgen de las Batallas, cuya devoción –como se ha señalado– contaba desde antiguo con el sustento de la realeza y complacía al propio Alfonso XIII. Un ritual que concedió la palabra a Francesc Cambó, ministro de jornada, quien desde allí emitió una resonante llamada a la nueva reconquista, cultural y económica, que necesitaba España. No dejó de sorprender que el prohombre del catalanismo ponderara uno de los mitos más queridos del imaginario español. El monarca inauguró por ende el primer parque nacional de España, un paisaje patriótico, *viril* y sagrado. Su principal impulsor era el excéntrico parlamentario conservador y alpinista Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa de Asturias e integrante de la dinastía católica que había controlado durante años la política provincial, impuesta en los festejos al liberalismo regionalista. La preservación de la naturaleza, aliento para el espíritu nacional, venía de Estados Unidos y se propagaba por otros países. Pidal, «perro fiel» de don Alfonso, quería asociarle no sólo a sus aficiones montañeras y cinegéticas –a ambos les apasionaban la caza mayor y el tiro de pichón–, sino también a una especie de «Religión Natural, Racional o Filosófica», un «catolicismo de Dios» que ponía por encima de Roma. Resulta difícil saber hasta qué punto compartía el rey estas creencias heterodoxas, aunque desde luego las toleraba.26

Al cabo, nada representó mejor la progresiva fusión de la monarquía

alfonsina con el nacionalismo católico que la solemne consagración oficial de España al Sagrado Corazón de Jesús, efectuada por el monarca el 30 de mayo de 1919. Es decir, el día de san Fernando, rey medieval de Castilla y de León que había *reconquistado* a los musulmanes una buena porción de Andalucía, canonizado en el siglo XVII. Lo cual le proporcionaba un carácter inequívoco, con un matiz militar porque el rey santo prestaba su nombre a la condecoración más preciada en los ejércitos españoles. La realizó ante un gran monumento religioso elevado a las afueras de Madrid, en el cerro de los Ángeles, supuesto centro geográfico de la península ibérica. En realidad, no era sino una de las manifestaciones más llamativas de un culto que progresaba en Europa y América desde la segunda mitad del XIX, como ariete en la recuperación del espacio público por parte de una Iglesia asediada por el liberalismo, el socialismo y los adelantos secularizadores. El *reinado social de Cristo* –en todos los terrenos, incluido el político– se afirmaba con un lenguaje regeneracionista y monárquico: el salvador era el rey de reyes. Lo difundían la Compañía de Jesús, otras órdenes creadas al efecto y asociaciones transnacionales como el Apostolado de la Oración, con decenas de millones de miembros en todo el mundo. De origen francés, sirvió de estandarte a los enemigos del legado revolucionario de 1789 y erigió en París una basílica en la colina de Montmartre, completada en 1914, pero su onda expansiva afectó a otras latitudes, desde Bélgica e Irlanda hasta Ecuador y Colombia.[27]

España contaba con su propia tradición corazonista, la de la *gran promesa*, según la cual Jesucristo, con la santa víscera bien visible, se había aparecido a un jesuita en la Valladolid del siglo XVIII para anunciarle que reinaría en el país «con más veneración que en otras muchas partes». Su cumplimiento insufló energías al catolicismo de finales del XIX y comienzos del XX, cuando se clavaron en los hogares miles de plaquitas con la figura del Sagrado Corazón y se colocó la primera piedra de un templo expiatorio en la montaña del Tibidabo, en Barcelona. La advocación, mimada en su día por el carlismo, distinguía a los integristas que tachaban de pecaminoso al régimen liberal. Pero faltaba un monumento patriótico que ratificara las creencias religiosas de los españoles, sueño revitalizado tras las pugnas con los anticlericales que siguieron a la jura de Alfonso XIII. La polémica consagración al *santísimo*, formulada ante sus ojos en el congreso eucarístico de 1911, no parecía suficiente. A la Compañía y a la congregación de los Sagrados Corazones se unió la Acción Católica que capitaneaba Comillas para dar el empujón final al proyecto, estrechamente unido a la Real Casa. Porque la duquesa de la Conquista, camarera mayor de la reina madre, conducía a las damas que lanzaron la correspondiente suscripción, a la cual contribuyeron, de forma más o menos voluntaria, casi todos los empleados y dependientes

palatinos. La amable figura de Cristo, obra del escultor Aniceto Marinas, se erguía sobre un pedestal en el que dos ángeles elevaban el escudo de España hacia la Inmaculada Concepción, mediadora ante su hijo. Arriba campeaba el lema «Reino en España», que daba por consumada la profecía.[28]

Vestido de capitán general, precedido de Maura y de su Gabinete maurociervista, acompañado además por su familia y por representantes de la aristocracia y del clero, el monarca subió al cerro, oyó misa y recitó con voz serena un texto que no ofrecía dudas sobre el significado de aquel acontecimiento: junto al altar y a una gran bandera nacional, recordó la confluencia histórica de las regiones españolas en una sola patria, «fuerte y constante en el amor a la Religión y en su adhesión a la Monarquía», atribuyó a las leyes cristianas «el imperio del orden y de la paz» y rogó al «Señor de los que dominan» que bendijera a los obreros, «para que en la pacífica armonía de todas las clases sociales encuentren justicia y caridad», y a los militares, «salvaguardia de la nación y defensa del derecho». El rey ponía al Estado que encabezaba a los pies de la Iglesia e identificaba españolidad y catolicismo, a la vez que santificaba la lucha contra separatistas y revolucionarios, asignada al ejército. Leído el discurso, siguió en procesión a la custodia –prestada por la real capilla– y escuchó entusiastas aclamaciones al rey católico. Ese mismo día repicaron las campanas a lo largo y ancho de España, los fieles comulgaron y se renovaron en todos los templos los votos al Sagrado Corazón, entronizado aquel año en numerosas localidades. Por ejemplo, en la conflictiva Jerez de la Frontera, a iniciativa de la familia bodeguera de los Domecq. La CONCA se consagró asimismo al reinado de Cristo el 12 de octubre de 1919, Fiesta de la Raza.[29]

Al parecer, don Alfonso no había decidido hacer la consagración él mismo hasta el último momento, cuando, en la resaca de la huelga de La Canadiense, se dejó seguramente convencer por su amigo Comillas, inspirador de un discurso perfilado por la mano real. Como era de esperar, la ceremonia mereció agudas críticas de las izquierdas, que acusaban al Gobierno responsable de avalar la implicación del monarca en un contubernio derechista, opuesto a la tolerancia constitucional en materia religiosa y a la deseable secularización de las instituciones estatales. El dinástico *Diario Universal* lamentó semejante «reto para el liberalismo español»; el republicano *El País* denunciaba un acto contrario a «las tradiciones patrias, a la libertad, a la civilización». Urgido por las fuerzas reaccionarias, Alfonso XIII abandonaba su probada ambigüedad, capaz de compatibilizar los hábitos devotos de la corona con moderadas reformas anticlericales en época de Canalejas o de Romanones. A cambio, sellaba un contundente pacto con la Iglesia, cuya doctrina aceptaba como guía de su acción pública. En palacio se recibieron cientos de adhesiones de corporaciones, cofradías y cabildos, que

formaban, a juicio del obispo de Osma, «una caudalosa corriente de opinión católica, de afirmación patriótica»: un buen español, remataba, sólo podía gritar «¡Viva el Rey!». Para comprender la evolución simbólica del periodo alfonsino, bastaba comparar el monumento de 1919 con el que había comenzado a construirse durante las fiestas de la jura, en 1902, para homenajear a Alfonso XII, síntesis de un nacionalismo monárquico que celebraba el triunfo liberal sobre los absolutistas y prescindía de cualquier signo religioso.30

La memoria de aquel episodio, sin equivalentes en la Europa coetánea, perduró durante décadas. La piadosa soflama se recitó a menudo, en diversos contextos, y fue reivindicada por el propio Alfonso XIII como una de las cumbres de su biografía política: en 1933, desde el exilio en París, reclamaba un trato especial por parte del Vaticano, pues, razonaba, «se ha(bía) jugado la cara en veinticinco años de reinado por la fe católica. ¿Qué Rey en el mundo ha consagrado a su Patria al Sagrado Corazón de Jesús, soslayando el consejo de los "prudentes" y rechazando las amenazas del anticlericalismo y de la masonería?». Al borde de la muerte –ya se vio– volvió a reivindicarlo. La estatua, emblema predilecto del nacional-catolicismo, fue destino de peregrinaciones y de ataques violentos que la destruyeron al iniciarse la guerra civil. La dictadura de Franco prefirió conservar sus ruinas, testimonio de la barbarie enemiga, y construir una copia de mayor tamaño, como un hito de la recuperación nacional. Cuando Juan Carlos de Borbón y Borbón, nieto del rey Alfonso, fue enviado a España en 1948 para educarse bajo tutela franquista, lo condujeron de inmediato al cerro de los Ángeles para que allí, en una fría mañana de noviembre, repitiera el gesto de su abuelo y leyese de nuevo sus mismas palabras. En ellas se resumía la esencia de una verdadera monarquía católica.31

---

1. «Palabras oportunas. Una arenga patriótica», por G. N., *Abc*, 18.1.1919.

2. «La Fiesta de la Raza», *Abc*, 13.10.1917 (citas, en p. 11). También *La Voz de Guipúzcoa* y el *Diario Vasco*, 13.10.1917.

3. Marcilhacy (2010), pp. 267 y ss. *Abc*, 30.9 («La gripe») y 23.10.1918 («La salud del rey»). «Palabras de Manuel Ugarte», en *Unión Ibero-Americana*, xxxiii/viii (12.1919), pp. 26-27 (cita en p. 27). Fuentes (2022), pp. 258-259 (cita de *América Hispana*, 7.1920, en p. 258).

4. Español (2007). Villanueva (2011). Juderías (1917), cita en p. 10.

5. Villares (1948), p. 31. Español (2007), pp. 61-65, 145-149 y 313-325. Lummis (1893, 1916). Varela-Lago (2008), pp. 102-119. Schmidt-Nowara (2008). Cita en *La Lectura*, 1.1916, p. 197.

6. *Mercurio*, 13.10.1919, p. 257. RD 5.10.1920. Francos (1921). Baviera y Chapman-Huston (1959, 1975), pp. 162-164.

7. Cita del diputado Antonio Pinto Durán, en Francos (1921), p. 98. *Revista de la Real Academia*

Hispanoamericana de Ciencias y Artes, 3 (1921), 24-30 (cita en p. 28). *El Siglo Futuro*, 22.2.1921. *Heraldo de Madrid*, 4.8.1922. Debates parlamentarios, en *El Sol*, 18.3.1920 y 16.2.1921. Dato, en *El Sol*, 10.3.1921.

8. Cambó (1981, 1987), pp. 285-290 (citas en p. 289). Balcells, Pujol y Sabater (1996), pp. 118 y ss. Todo este proceso, en Moreno Luzón (2006).

9. *Abc*, 19.11.1918 y 7.12.1918 (cita de las palabras del rey). *El año político*, 21.11.1918. *El Imparcial*, 10.12.1918.

10. *DSC*, 10-12.12.1918. AGP Cª 15601/5: Cambó al rey, 12.12.1918 (cita) y Juan Antonio Güell a Torres, 17.12.1918. Comillas, en *Abc*, 14.12.1918. Cita del discurso, en Cambó (1981, 1987), p. 296. Riquer (2013), pp. 122 y ss.

11. Ambos manifiestos, en *Abc*, 6 y 10.1.1919. *El Imparcial*, 7.1.1919. Gentilhombre, en 1908, AGP Cª 2651/45; Mercedes, en Cª 15601/6. El empresario era Abelardo Cots, dueño del Teatro Eldorado.

12. *El año político*, 23.1.1919. *Abc*, 7 y 24.1.1919 (cita). También *El Debate*, 24.1.1919.

13. Romanones en París, en AMAE H-3054/21. *DSC*, 28.1-15.2.1919. Balcells, Pujol y Sabater (1996), pp. 138-142. Cambó (1981, 1987), pp. 301-302.

14. Liga Patriótica, en *El año político*, 18.12.1918. También AR L12/31. González Calleja (1999), pp. 347-349. El Ateneo Obrero, en AHCB-Hemeroteca 5E.II-680.

15. *Abc*, 4.2.1919. Cambó (1981, 1987), p. 315. UMN, en AGP Cª 15601/6: carta de Peyra a Torres, 20.3.1919 (cita); y ejemplar del manifiesto en pruebas de imprenta. Última cita, en *La Nación*, 7.3.1919.

16. Firmantes, en AHCB-Hemeroteca. Fulls Volanders 5E.II-648. Puy (1984). Ennoblecimientos, en Riquer (2013), pp. 233-249. McDonogh (1986, 1989).

17. Resultados, en Cabrera (dir.) (1998), p. 355; y Varela Ortega (2001), pp. 716-728. AGP Cª 15601/6 y Cª 8792/73. «Homenaje al estudiante Moneva», *La Vanguardia*, 4.6.1920.

18. Arana (1982), pp. 33-49. Cita, en Cangas (1990), p. 219.

19. Arana (1982). El maurismo, en González Hernández (1990).

20. González Cuevas (2003). Hernández Barral (2014), pp. 280-304. Ramón Martínez de la Riva, «El paladín del rey», *Blanco y Negro*, 1.12.1918, pp. 8-10. Cartas de Infantado al rey, 23.3.1918 y a Torres, s.f. (ca. 3.1919), con cita, en AGP Cª 15601/6. Cita en *El Sol*, 19.7.1919.

21. *La Correspondencia Militar*, 18.11.1918 y 26-27.1.1919. AR L20/5. Nota de 25.3.1919 en AGP Cª 15601/6. Más detalles, en Moreno Luzón (1998), pp. 366-371.

22. Informe al rey sobre el obispo Vidal y Barraquer, 2.1919, en AR SS. Palacio a Villasinda, 25.5.1920, AGP Cª 15601/10.

23. Castillo (1979), cita en p. 264. Moreno Baró (1999), p. 19.

24. AGP Cª 15601/10: citas en hoja de la CONCA, 3.1919; marqués de Mochales a Torres, 3.4.1919; y Torres a Abril, 20.9.1919; también, Andes a Torres, 8.3.1919; nota a Viana, 9.4.1919; y Monedero al rey, 15.5.1920. Castillo (1979), pp. 141-143 y 259.

25. Cita en nota de Abril, 10.11.1919, AGP Cª 15601/10. AGP Cª 15883/9 y Cª 2996/37 (cita en carta del ingeniero Rafael Janini a Aybar, 11.9.1920) y 2996/24 (cita en carta de la FVSA, 1.1922; también Escobar a Aybar, 14.5.1921). Castillo (1979), pp. 26 y 263-264.

26. Cambó (1981, 1987), pp. 278-279. Boyd (2007). García Álvarez (2013). Citas en carta de Pidal al rey, 10.1.1919, AGP Cª 15601/13. «Perro fiel», en Pidal al rey, 18.9.1923, cuando le proponía encabezar la unidad de todos los cristianos, AGP Cª 15382/1.

27. Menozzi (2001). Rodríguez (2009).

28. Cueva (2003). Cano (2009), pp. 44-47 y 72-86. Suscripción, en AGP Cª 16225/30.

29. Citas, en *Abc*, 31.5.1919. Custodia, cedida a Comillas, en AGP Cª 8783/2. Cano (2009), pp. 86-94. *El Mensajero* (Jerez), 30.3.1919. *El Debate*, 13.10.1919.

30. La convocatoria del acto, el 24.5.1919, no mencionaba la participación del rey, Cano (2009), p. 86. Faes (2009), pp. 302-303. Citas en «¿Pastoral o Discurso de la Corona?», *Diario Universal*, 31.5.1919; y «El Paraguay de Europa», *El País*, 1.6.1919. AGP Cª 19067/30: citas en obispo de Osma a Aybar, 2.7.1919; y *Boletín Oficial del Obispado de Osma*, 14.6.1919, p. 171.

31. Cortés-Cavanillas (1966), cita en p. 344. Ortiz de Urbina (1941), p. 5. Caballero (1977). Juan Carlos, en Preston (2003, 2004), pp. 64-66.

Viaje a Las Hurdes (1922). Un grupo de mujeres y niños conversa con el rey, durante su almuerzo en Las Mestas. Foto: Campúa. © Patrimonio Nacional.

12

Los españoles y la corona

Tiembla mi mano al considerar
que me dirijo al que tiene el poder sobre la tierra
o sea sobre nuestra amada España.[1]

UN PAÍS LEGENDARIO

La sala Royalty de Madrid, un cine de arquitectura modernista y pretensiones aristocráticas, estrenó el 30 de junio de 1922 «la única información gráfico-animada» de la visita que el rey había realizado, unos días antes, a la comarca extremeña de Las Hurdes. Duraba sólo trece minutos, algo habitual en las actualidades, pero –según los anuncios de las semanas siguientes– obtuvo un «grandioso éxito», junto a cintas de ficción norteamericanas como *El enemigo*, del célebre actor de *westerns* Tom Mix; o la comedia vodevilesca *Zapatitos que duelen*, del productor Lewis J. Selznick. En el reportaje español podían verse «las principales escenas de la estancia de Su Majestad en las alquerías, conversando con los depauperados campesinos, confortándolos con cariñosas frases y luengos socorros», además de «las mil peripecias del accidentado viaje». No se limitaba a reproducir el repertorio de actos oficiales y ocios regios que solía proyectarse en las sesiones cinematográficas, sino que ofrecía al público algo más excitante: una peligrosa excursión en la que se había embarcado Alfonso XIII para conocer y auxiliar a sus súbditos más pobres y aislados. Obra del camarógrafo Armando Pou –autor ese mismo año de una aventura de ambiente marroquí, *Alma rifeña*–, formaba parte de una de las campañas propagandísticas más logradas del reinado, cuya memoria persistió largo tiempo.[2]

La película, titulada *El Rey en Las Hurdes* o –de un modo más literario– *Las Hurdes, país de leyenda*, combinaba imágenes con carteles explicativos, en una mezcla que apelaba a las emociones y no escondía sus fines pedagógicos. Tras hablar de 7.000 habitantes que morían «de hambre y abandono», sumidos en una pobreza que causaba enfermedades como el cretinismo, mostraba a ancianos harapientos y a jóvenes discapacitados. Trasuntos de los personajes pintados por Velázquez en la corte de los Austrias, versiones lastimeras de los modelos escogidos por Sorolla para su *Visión de España*. Con ellos contrastaba «nuestro Rey», apuesto y de uniforme, que afrontaba fatigas y riesgos con el fin de «conocer los males de

este pueblo y hallar el remedio necesario». En un paisaje árido y montañoso, en primitivas aldeas de pizarra, los pobres acudían a recibirlo con música y le dirigían palabras arcaicas –«Gracias a Dios, Siñol, que le ha cumplido a Usía venir a vernos»– y expresiones dialectales –«¡Ya tendremos caminos, y medecinas y toitu cuanto las personas…!»–. Gentes de otro tiempo, de otro lugar. Aparecía asimismo el acompañamiento del monarca, de hombres bien vestidos, periodistas, guardias civiles y curas. El obispo, sin bajarse del caballo, daba a besar su anillo a los paisanos. Y don Alfonso, ahora con corbata pero en mangas de camisa, hacía su entrada en los pueblos, saludaba quitándose el sombrero y charlaba con el vecindario. En las zonas más apartadas, la cámara se fijaba otra vez en los cretinos, que parecían niños pero tenían de veinticinco a treinta años de edad, mientras un palúdico agonizaba ante su choza. Chocaban dos mundos: el del bienestar urbano y el mísero de los campesinos. Por último, el rey cabalgaba sonriente con su comitiva, liaba un cigarrillo y terminaba el recorrido a las puertas de un convento.[3]

Las Hurdes no eran un rincón más de la España rural, sino que arrastraban una fama singular, la de un territorio misterioso donde vivían seres semihumanos y salvajes, una raza degenerada de idólatras y pecadores, culpables en suma de sus desdichas. De ahí el mote de *país de leyenda*, que titulaba el noticiero y también algunas crónicas de la gira real. Desde el último cuarto del siglo XIX, sin embargo, se habían hecho diagnósticos solventes sobre su economía y, al iniciarse el XX, había eclosionado un movimiento hurdanófilo guiado por el catolicismo social, de clérigos como el canónigo y obispo Francisco Jarrín. Esta rama autóctona del regeneracionismo mantenía la sociedad La Esperanza de Las Hurdes y atrajo a un congreso de 1908 a notables liberales como Segismundo Moret, con intereses económicos en la provincia, y el doctor Ángel Pulido, el apóstol filosefardí, que abogaba incansable por mejorar la situación sanitaria. La hurdanofilia consiguió subvenciones, al tiempo que se recopilaba información sobre lacras morales y materiales, o sobre costumbres tan perversas como la mendicidad de oficio o la lactancia mercenaria de los expósitos dejados por las instituciones benéficas al cuidado de las aldeanas. Diversos viajeros difundieron sus propias ideas sobre la materia. Como Miguel de Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca y responsable por tanto de la instrucción en la zona, que en 1913 se centró en la lucha de los indígenas con una naturaleza hostil. El mismo Alfonso XIII, en su visita a Salamanca de 1904, había contemplado a danzantes hurdanos, por iniciativa de Jarrín, y oído los versos del poeta católico José María Gabriel y Galán, que le exhortaba a ocuparse de las paupérrimas Hurdes por puro patriotismo: «¡Patria sois también señor!».[4]

En 1922, los debates en el Ateneo de Madrid y las presiones del diputado por el distrito electoral al que pertenecían Las Hurdes –el terrateniente Juan

Alcalá-Galiano, sobrino de Cánovas y conde de la Romilla– consiguieron que el Gobierno conservador enviase una misión científica a la comarca, encabezada por el médico Gregorio Marañón. Su posterior informe rechazaba los tópicos legendarios de la literatura al uso, pues –sentenciaba Marañón– allí no habían encontrado «ni razas distintas, ni seres salvajes y de costumbres extrañas, ni pueblos de liliputienses, sino sólo alquerías habitadas por pobres gentes, inteligentes y dulces, pero aisladas, ignorantes, y, sobre todo, terriblemente hambrientas y enfermas de gravedad». Su mensaje quedaba muy claro: aquel era, en esencia, un problema sanitario, y por tanto debía resolverlo el Estado. Porque se trataba de una verdadera cuestión nacional. Según otro de los expedicionarios, el doctor José Goyanes, semejantes niveles de mortalidad, sólo comparables con los que padecía Rusia durante la guerra civil postrevolucionaria, suponían una vergüenza, un baldón para España. En resumen, la tragedia hurdana resultaba inadmisible en una nación civilizada.[5]

Marañón, endocrinólogo y ensayista, pertenecía al grupo de intelectuales que había salido a estudiar fuera de España y aspiraba a su definitiva europeización. Sólo un año menor que el rey, aunque sus formaciones se hallaran en las antípodas, compartía con él un inconfundible *Zeitgeist* regeneracionista. Su encuentro decisivo se produjo gracias al marqués de Villavieja, habitual en los partidos de polo que tanto gustaban a don Alfonso. Durante una cena celebrada en casa del marqués, Marañón impresionó al soberano con descripciones del panorama desolador que había presenciado en Las Hurdes. Según su testimonio, el monarca tomó entonces la iniciativa: «"Voy a ir yo mismo a recorrerlo todo y a remediar lo que se pueda"– dijo hace pocas noches, al escuchar, unas veces ceñudo y otras conmovido, la relación que le hicimos». El doctor le proporcionaba una tarea patriótica y le señalaba de paso en qué había de consistir su papel como rey de España, ya que no lo sería por completo hasta acabar con «la noche de hambre y de ignorancia de aquel puñado de españoles sin ventura». Un activo patrón, que atendía las cuitas ciudadanas al margen de los vaivenes gubernamentales. Los viajes regios por la península, que habían marcado con enorme éxito la primera década de su ejercicio constitucional, se habían reducido durante la Gran Guerra a jornadas y cacerías, y sólo en la postguerra se recuperaban, a cuentagotas, con breves periplos por Castilla, Andalucía o Cataluña. El de Las Hurdes, casi improvisado, sería sin duda el más relevante del periodo, la consagración –siquiera coyuntural– de un papel paternal que prolongaba en la madurez sus promesas regeneradoras de juventud con realizaciones concretas.[6]

Dicho y hecho. El 20 de junio el rey se puso en marcha, acompañado por un séquito de veinte individuos que contaba con el duque de Miranda, palatino de confianza, el ministro de la Gobernación, Marañón, un ayudante

militar, guardias y varios criados, del cocinero al encargado de la guardarropía, a los cuales se sumaron luego las autoridades locales. Sólo hubo un fotógrafo y un cronista autorizados, además de Pou, pero otros muchos se acercaron y recogieron por su cuenta múltiples detalles significativos para sus diarios y revistas ilustradas. Don Alfonso, quien se vio obligado a comer conservas y a dormir en tiendas de campaña, no dejó de avanzar, a caballo y a pie, por caminos nefastos, empecinado en llegar hasta las poblaciones más remotas. En su exploración de cuatro días repartió dinero a espuertas, también quinina para combatir el paludismo, se interesó por los recursos públicos que nunca habían llegado a sus destinatarios, conversó de buen grado con mozos que habían servido en Marruecos, rezó en las capillas y, por encima de cualquier otra cosa, derrochó cordialidad y compasión hacia los desamparados y dolientes lugareños. A veces se quedó en silencio y lloró, emocionado ante el horror. La gente, sorprendida por su llaneza y resistencia, le regalaba ramilletes de flores silvestres y cerezas, le besaba las manos entre lágrimas. Al menos eso se desprendía de los relatos coetáneos, que de manera unánime alabaron el gesto de Alfonso XIII, quien eclipsaba en ellos a sus acompañantes, Marañón incluido, y se erigía en el auténtico redentor de Las Hurdes. El veterano periodista José Ortega Munilla enfatizaba el poderío y la caridad del «primer Caballero de la Patria, el Señor y Guía de ella».7

Esa unanimidad en los comentarios sobre el monarca convivía con posturas encontradas acerca de las soluciones para aquellos males, y de su significado general. Entre las derechas cundió un cierto escepticismo frente a los ambiciosos planes marañonianos, que consideraban desproporcionados y hasta contraproducentes. En los parajes más aislados, bastaba con trasladar a sus habitantes, en opinión de mauristas y conservadores que las declaraciones del rey terminaron por avalar. El monárquico *Abc* recomendaba prudencia, porque aquellos degenerados no se recuperarían a golpe de inversiones, y consideraba preferible hospitalizarlos e impedir que se reprodujeran, un método eugenésico adecuado, pues «las razas deben tener el supremo egoísmo de la depuración». El escritor nacionalista José María Salaverría acusaba a intelectuales como Marañón de manchar con estos escándalos la reputación de los españoles en el mundo. Las izquierdas, en cambio, tendían a criticar que se presentase el caso de Las Hurdes como una pequeña mancha en un entorno perfecto, cuando lo cierto era que el país rural estaba lleno de los mismos lunares –incultura, pobreza, caciquismo–, menos concentrados quizá pero igual de sangrantes. El lema «Toda España es Hurdes» circulaba en los ámbitos progresistas, que no dejaron de señalar el injusto reparto de la tierra como núcleo del problema agrario. Tal vez, afirmaba la revista *España*, «las Hurdes sean una nueva Covadonga, el principio de reconquista de nuestra propia conciencia histórica». Con taras tan cercanas, el empeño de civilizar

Marruecos parecía absurdo.[8]

El conservadurismo ambiente no sólo expresaba sus reticencias a la intervención estatal y a grandes reformas en el campo español, también las envolvía en la lógica de la caridad, en la cual la corona figuraba al frente de un esfuerzo cristiano que debía inspirar la Iglesia. Nadie representaba mejor esta opción que el obispo de Coria Pedro Segura, quien recibió a Alfonso XIII en Las Hurdes y bendijo sin descanso su «buen corazón de rey bueno», «padre de tantos desvalidos», en las homilías sobre el terreno y en sus memoriales, de poso estamental. Desde luego, la brillantez y el sólido monarquismo del prelado se ganaron el favor regio, que impulsó su fulgurante ascenso dentro de la jerarquía eclesiástica, primero al arzobispado de Burgos y luego, en 1927, a la sede primada de Toledo y a la dignidad cardenalicia. No obstante, el fruto principal del viaje fue la inmediata creación del Patronato de Las Hurdes, que hizo retroceder el paludismo y construyó carreteras, escuelas y templos para incorporar a los feligreses al culto. En su informe de actuaciones, un quinquenio después de la visita, en plena dictadura y sin el concurso de un Marañón que se inclinaba hacia el campo antimonárquico, el Patronato dijo haber eliminado aquella «úlcera en el cuerpo de la Patria», que afeaba el resurgimiento nacional a ojos de los extranjeros.[9]

En 1930, el rey Alfonso volvió a Las Hurdes. Lo hizo en un trayecto de sólo dos jornadas en automóvil, sin mucha publicidad y con la certeza de que se habían cumplido sus promesas de 1922, resultado a su vez de los ruegos de 1904. La rapidez y la comodidad del segundo paseo demostraban esos logros. Pero, proclamada ya la república, una nueva película vino a desmentirlos: el director de cine Luis Buñuel rodó, en los mismos andurriales que había pisado la comitiva regia, el impactante documental *Las Hurdes, tierra sin pan*, que exhibía de modo truculento las seculares heridas hurdanas y obtuvo un eco internacional que su prohibición por parte del Gobierno no logró evitar. Poco más tarde, el oportunista polígrafo José María Carretero, apodado *El caballero audaz*, colocaba en la cubierta de su libro *Alfonso XIII, ¿fue un buen rey?* una insólita foto tomada en 1922, donde el monarca aparecía desnudo junto al doctor Marañón, ambos de pie en un arroyo. Carretero tapaba los reales atributos con el título de su obra, pero aseguraba que enviaría la instantánea completa a quien se la solicitara por correo. Hasta entonces, esta increíble travesura de don Alfonso, que había llamado al retratista para inmortalizar el momento, había permanecido oculta, pero con ella se revelaba una personalidad segura de su condición inmune y pendiente siempre de resultar simpática, al precio que fuera. En todo caso, su ínclito viaje, cuyo impacto se prolongó varias generaciones, había hecho de Las Hurdes no ya un país legendario, sino una metáfora sin rival de España, de esa España pobre, hundida en el atraso y el abandono, que nadie había sabido regenerar.[10]

Las aptitudes de Alfonso XIII para relacionarse con sus compatriotas estaban, a aquellas alturas, más que probadas. Decenas de actos públicos y viajes habían mostrado que el monarca era un personaje popular, capaz de convivir con la multitud y de conversar en términos cordiales con cualquiera, fuerza viva o ciudadano corriente. Una popularidad que los medios afines exageraban, sin duda, pero que disponía de evidencias innegables. Sin embargo, esos no eran los únicos medios que los españoles empleaban para comunicarse con la corona, pues en palacio se recibían a diario montañas de cartas con mensajes y peticiones para los reyes, en un flujo que no cesó hasta las últimas horas del reinado. Según algunos cálculos, entre 1898 y 1931 se recibieron y archivaron por parte de la secretaría particular del monarca unas 13.000 misivas de particulares y unas 15.000 de «anónimos y locos», género que se clasificaba por separado. Era pues una costumbre bien asentada, que concitaba expectativas variopintas y adoptaba los lenguajes más adecuados para captar la benevolencia de sus destinatarios y obtener de ellos lo que cada cual pretendía. En conjunto, ese ingente cuerpo epistolar proporcionaba pistas acerca de qué pensaban los españoles sobre los monarcas, sus capacidades y su papel, a qué se dedicaban y qué debían hacer. En definitiva, dibujaban la percepción social de su poder.[11]

Muchas de las cartas que recibía don Alfonso buscaban una ayuda económica o un empleo. Para ello se dirigían a él con una deferencia exagerada, lo calificaban de «padre cariñoso del pueblo español», obligado por tanto a socorrerlo, o le hablaban «de su magnánimo y bondadoso corazón», de una piedad demostrada, cercana a la de un santo. Expresiones similares a las oídas durante el viaje a Las Hurdes, que tocaban fibras emocionales. A menudo, las remitentes eran mujeres, que se presentaban como personas desamparadas, esposas o viudas y madres pobres, conforme al papel de cuidadoras y dependientes de los varones que se les solía asignar. Algunas apelaban a doña Victoria, con la que buscaban una cierta complicidad, femenina y maternal, o la intercesión ante su esposo. Pedían dinero o una plaza para sus maridos e hijos. La reina madre, con secretaría propia, alimentaba un registro ordenado de peticiones, casi siempre de auxilios o donativos. También firmaban los mensajes a los monarcas jóvenes huérfanos y hombres enfermos o caídos en desgracia. En ocasiones, sus ruegos eran atendidos, cuando los respaldaba algún palatino o por pura casualidad: un valenciano «humilde y honrado» contaba que, al hallarse desesperado en Madrid, sin hospedaje y a punto de suicidarse, se le ocurrió escribir al rey, quien le concedió de inmediato un billete para volver a su

tierra. En agradecimiento, se mostraba dispuesto a dar su vida por la familia real.[12]

Junto a los socorros, los trabajos en la administración pública. Empezando por la Real Casa y Patrimonio, que contaba con cientos de puestos disponibles para los oficios más variados, del mozo de limpieza al veterinario. Si eran destinos más lejanos, el secretario real podía responder que no conocía al solicitante o que «Su Majestad no hace recomendaciones». Una verdad a medias, pues lo cierto es que se interesaba por múltiples casos, de candidatos a una plaza o de quienes procuraban agilizar un expediente burocrático. La cultura de la recomendación impregnaba entonces cualquier acercamiento a las oficinas estatales, y cuando procedía de palacio solía atenderse. Así, el monarca prometía su apoyo a un nombramiento –o a una demanda local, como se ha visto en los viajes– y transmitía luego esos deseos a la instancia gubernamental competente. Algunos de los trámites más habituales se referían al ejército, a propósito de un ascenso, de un traslado o del cobro de haberes y pensiones. Menudeaban asimismo las misivas de emigrantes españoles en América que querían librarse del servicio militar –del que habían huido– para regresar a España, y las de familiares que imploraban indultos a presos condenados, a su juicio con manifiesta injusticia. Otro capítulo muy nutrido correspondía a los beneficios y canongías eclesiásticos, como los atribuidos a los capellanes de honor de palacio. Y, por supuesto, se recibía una avalancha de súplicas orientadas a obtener condecoraciones, un recurso mucho más abundante y barato que los demás.[13]

Una manera segura de captar la benevolencia regia consistía en establecer con las personas reales algún nexo directo, como el que anudaba un bautizo o una boda. En un país donde resultaba habitual el compadrazgo, que ataba para siempre al padre y al padrino de un niño, algunos buscaban el apadrinamiento del rey para su descendencia, aunque se concediera en pocas ocasiones. Por ejemplo, cuando la criatura había nacido el día de la jura y recibía el nombre de Alfonsa. Lo mismo que en los casamientos, el patrocinio de los monarcas se concentraba en las familias nobles o militares más cercanas, como las de los gentileshombres y damas, previa delegación en alguna personalidad relevante. Así sucedió en los enlaces del duque de Sotomayor, en 1910, o del teniente coronel Francisco Franco Bahamonde, en 1923. Otras estrategias consistían en felicitar a los reyes en su onomástica o en su cumpleaños, o tras un atentado fallido, y en transmitirles los mejores augurios para su salud o el pésame por el fallecimiento de un pariente. O en el envío de regalos, rechazados en general porque no se aceptaban los de particulares corrientes. Cualquier vía parecía válida para crear lazos de patronazgo con la corona, un fenómeno habitual en otras monarquías europeas. Como en Italia, donde podía delimitarse incluso un clientelismo regio, que llevaba hasta la corte la lógica

del intercambio de favores que caracterizaba el comportamiento político en un mundo dominado por los notables. De cualquier modo, las relaciones de esta naturaleza exigían su mantenimiento en el tiempo, dentro de un juego de expectativas a largo plazo, algo que, salvo excepciones, en la España de Alfonso XIII sólo garantizaban ámbitos como el servicio en palacio, la amistad con la realeza, la aristocracia, la Iglesia o el ejército, además de los honores o prebendas concedidos a instituciones, empresas o individuos. Un grupo amplio pero limitado.14

A la sombra de los reyes, despachaban también estas solicitudes sus hombres más próximos. Como el secretario, Emilio María de Torres, y el ayudante militar conde del Grove, que no sólo gestionaba encomiendas castrenses sino que también se ocupaba de las civiles y eclesiásticas. O el todopoderoso caballerizo mayor: Viana repartía tarjetas de invitación para entrar en el parque de la Casa de Campo o asistir al lavatorio de los pies en Semana Santa; y lo mismo agenciaba empleos en las dependencias palatinas, o en empresas donde don Alfonso poseía acciones, que diligenciaba la adjudicación de oficinas expendedoras de tabacos ante el ministro de Hacienda o de carterías a través del director general de Correos. Senador además de cortesano, promovía el voto por candidaturas monárquicas de fiar en el distrito madrileño de Palacio, lleno de gentes que vivían de la Casa Real, y el nombramiento de un alcalde para San Sebastián o de un cónsul honorario en Tenerife. El coronel director de la Academia de Infantería procuraba atender a uno de sus recomendados, pues no en vano Viana también era militar, pero –se lamentaba– el mozo en cuestión había estado «tan deficiente en el examen de Aritmética que a pesar de que el tribunal hizo cuanto pudo no hubo medio de poderlo aprobar». Ni el cumplimiento de la ley, ni mucho menos la igualdad de oportunidades o la meritocracia, inquietaban demasiado al entorno del rey, como a los políticos de la Restauración: lo que importaba era exhibir su propio influjo y beneficiar con ventajas estatales a fieles y amigos.15

Mención aparte merecían los miles de mensajes catalogados como «anónimos y locos», bajo una lista de términos bien expresiva: cartas, poesías, manifiestos, tesis desatinadas, opiniones pseudocientíficas, advertencias, profecías, inventos, saludos, recortes de prensa, peticiones de pagos y subsidios, panfletos, impresos de sociedades y sectas, visiones, denuncias, consejos, imposturas, sueños… todo eso y más enviaban a los reyes. Ahí iban a parar quienes deliraban, pero también quienes se expresaban con plena libertad, al margen de lo convencional, o proponían soluciones políticas que en palacio se consideraban fuera de lugar. Un carlista que maldecía a los Borbones alfonsinos porque «deshonran a mi querida Patria»; una mujer enamorada del monarca o pseudofamiliares que decían ser «el niño perdido de

Dña. Isabel II» –cansado de no recibir contestación tras veinte años de insistencia– o el verdadero padre de Alfonso XIII. Probablemente, el rey no veía estos textos, que, aunque resultase paradójico, reflejaban el sentido común del momento, el clima social y las preocupaciones acerca de la monarquía. A su lado se ubicaban los avisos de atentados y las amenazas de muerte, que se tomaban mucho más en serio y daban origen a investigaciones, a través del Gobierno y de sus delegados. Como los de anarquistas que emulaban a Sancho Alegre; o el de un teniente alcalde de la provincia de Huelva que en 1904 acusaba al rey de «verdugo porque no les das de comer a los pobres» y le advertía que «cuando te escriba otra vez, será otra cosa». El ministro de la Gobernación averiguó que, de forma incomprensible, aquel hombre estaba cuerdo y tenía buenos antecedentes.16

Más allá de las peticiones concretas, las cartas al rey solían ajustarse al marco discursivo usual en la época, empapado de nacionalismo. Salvar a España, una expresión ubicua y de regusto religioso, resumía los objetivos de quienes acudían al monarca porque pensaban que él podía hacerlo. Algunos autores se identificaban como españoles y patriotas, sobre todo en relación con las guerras coloniales en Marruecos. Por ejemplo, en 1909 una mujer asturiana mandaba pañuelos estampados con la bandera que habían alzado los voluntarios de su pueblo en la guerra de la Independencia, con intención de facturar unos miles de copias a Melilla «para que nuestros heroicos soldados enjuguen su sudor», mientras otra le informaba en 1914 de la gloriosa muerte en combate de su hijo, nieto de un general. Unos niños catalanes pedían juguetes a los reyes, como si fueran los magos –entre ellos, «un automóvil de cañones», un castillo y «un máuser del 69»–, y a cambio les prometían ser «los mejores guerreros de vuestra nación». La patria se asociaba con cierta frecuencia a motivos católicos, fuera a la Inmaculada Concepción o al Sagrado Corazón de Jesús: un religioso y «loco» subrayaba en 1924 las semejanzas entre la vida del rey y la del mismo Cristo, pues este había redimido al mundo en el Calvario a los 33 años, la misma edad que tenía el monarca cuando le había consagrado a España en otro monte, el cerro de los Ángeles. Aquella era «la obra más trascendental de vuestro reinado» y un seguro contra las revoluciones, por lo que le recomendaba la erección de una nueva estatua del salvador, junto al corazón inmaculado de María, en el mismo palacio real.17

Dentro de ese continuo españolista cabía distinguir varias etapas, de acuerdo con los tópicos más frecuentados de cada una. Al comienzo don Alfonso, esperanza de la patria, recibía planes de reformas para una regeneración progresiva y europeizadora, que abarcaban desde los impuestos hasta las dotaciones para el ejército. Según uno de los «locos», «nuestra idolatrada España, en el delirio del entusiasmo y frenesí, ve en Vos […] el

esforzado campeón que la conduzca, serena y majestuosamente victoriosa, por los derroteros del progreso y de la civilización». Durante la Gran Guerra, predominaban las defensas de la neutralidad y de la obra humanitaria del monarca, «el más hidalgo de los españoles». Se repetía, de forma creciente, el tópico del buen rey y el mal gobierno, la contraposición entre la figura regia y los que le rodeaban, que le mantenían aislado respecto al pueblo, pues su «solo fin es medrar a costa del Estado». De vez en cuando se le aconsejaba qué hacer con los ministros, por ejemplo no otorgar el decreto de disolución a Moret en 1910, por su peligrosa cercanía a los republicanos, o nombrar en 1917 a Antonio Maura, como única forma de rescatar al país y preservar la monarquía. Si no hacía lo correcto, estallaría la revolución como en Rusia. O, a juicio de los más audaces, debería abdicar, pues no tendría ya «derecho a conservar la corona que el país le confió y que ahora le reclama».[18]

Los comentarios políticos y partidistas se intensificaron tras el golpe de 1923, cuando Primo de Rivera estimuló las denuncias anticaciquiles y se encontró con la multiplicación de críticas a su caciquismo de nuevo cuño. Las cartas al rey, que también conservaba algunas enviadas al dictador, calificaban a este último de ridículo, demente y cínico, o exigían que defenestrara a los ineptos militares. Ya en vísperas de las decisivas elecciones municipales de 1931, algunos incondicionales se ofrecían a votar por las listas monárquicas y a luchar por el soberano. En conjunto, la correspondencia mezclaba actitudes deferentes con la búsqueda de reconocimiento por parte de la familia real, adhesiones plenas pero también razones instrumentales y consejos condicionados, que dejaban la puerta abierta a la disidencia en caso de no encontrar respuestas positivas. Por contradictorio que sonara, el lenguaje nacionalista, teñido de afanes regeneradores, resultaba compatible con la autodefinición de los interlocutores de don Alfonso como sus súbditos, igual que en Las Hurdes. El patriotismo iba ligado a la lealtad personal al monarca, basada en las tradiciones y renovada en el mundo contemporáneo a través de la confianza, más frágil que los vínculos antiguos, en quien ejercía como primer español. No se mencionaba el derecho de petición al rey, recogido en el artículo 13 de la Constitución, y tampoco había muchas referencias a los límites constitucionales que debía respetar el monarca, a quien se adjudicaba un poder cuasiabsoluto. Las alusiones a la ciudadanía, entendida como pertenencia a una comunidad compuesta por individuos con obligaciones y derechos, escaseaban y aparecieron sobre todo bajo la dictadura. En el espejo de los españoles que se dirigían a palacio, Alfonso XIII aparecía como un personaje omnímodo, responsable último de los destinos nacionales.[19]

El papel público de la monarquía se alimentaba asimismo de otro tipo de demandas, que permitían a ciertos sectores de la sociedad civil cobijarse bajo el prestigio de la corona y al mismo tiempo asociaban a la Casa Real con determinadas actividades sociales. El rey aceptaba, como en menor medida hacían también la reina y el príncipe de Asturias, la presidencia honoraria de toda clase de congresos y asociaciones, desde círculos hípicos hasta sindicatos obreros de orden, un reconocimiento que se retiraba si se metían en problemas políticos o legales. Y sobre palacio llovían las peticiones para añadir el adjetivo «real» a los nombres de diversas entidades, como hoteles, colegios y sociedades recreativas. Por ejemplo, el Club Deportivo Español de Barcelona, que acabó por representar a los españolistas catalanes enfrentados con el catalanismo, lo consiguió en 1912; y en 1920 lo hizo el Madrid Football Club, por intermediación del capitán general de la zona y tras acoger un campeonato nacional entre equipos militares. Cuatro años más tarde, el Real Madrid inauguró su campo de Chamartín en el cumpleaños del monarca. Durante la postguerra mundial abundaron los honores concedidos a organismos eclesiásticos, lo mismo una cofradía o un convento que una agrupación consagrada a la vela perpetua de las almas del purgatorio. También en 1920 se dio la categoría de «real» a la Asociación Católica de Represión de la Blasfemia, cuyos integrantes celebraban misas en desagravio por los insultos a lo divino y reprendían a los blasfemos en medio de la calle, lo cual daba lugar a denuncias, juicios municipales y multas, esquivadas a veces con aparatosos arrepentimientos por parte de los acusados.[20]

Más aún, la corona se prestaba al uso comercial de su simbología y de sus imágenes. Algunos establecimientos obtenían el membrete de proveedor de la Real Casa, un hábito que procedía del siglo XVII y que tuvo un especial desarrollo en la Restauración, más durante los años de Alfonso XII y de la regente que en los de su hijo. No obstante, los de Alfonso XIII vieron multiplicarse los anuncios que exhibían en la prensa esa distinción palatina, tal vez animados por la omnipresencia en los medios de un monarca tildado de joven y moderno. Pero su mayordomo mayor no se limitaba a permitir esa práctica, sino que autorizaba asimismo la utilización de los nombres, títulos y emblemas regios en productos escogidos, casi siempre de lujo, como perfumes, licores, chocolates o guantes, con frecuencia destinados a la exportación y señalados con un sello de españolidad: la corona real decoraba un *lapicero español* y los automóviles de la marca *España*. La efigie del príncipe de Asturias protagonizaba la etiqueta de un anís, el escudo real el rótulo de un taller de hojalatería; el rey daba nombre a un gran hotel, el infante don Jaime a un cine. Para conceder esos privilegios, palacio investigaba la conducta moral de los pretendientes, o se dejaba guiar por la influencia de algún aristócrata o político monárquico. Así, una fábrica de

conservas de Alicante, propiedad del hermano del senador liberal Joaquín Chapaprieta, logró en 1918 el permiso para utilizar el retrato de la reina Victoria en una serie destinada a Inglaterra. Decía contribuir con ello al esplendor de la monarquía, «aprovechando los actuales momentos en que los bondadosos rasgos de nuestra Soberana la hacen acreedora de las bendiciones de los desvalidos». El trono, convertido en objeto de consumo.[21]

Tanto el patrocinio regio como su proyección mercantil se acomodaron a los gustos y conveniencias de Alfonso XIII, entre los cuales sobresalía el deporte, que adquirió un relieve excepcional gracias a él. Ya se ha señalado su dedicación temprana al ejercicio, que, fomentada por sus tutores para combatir una naturaleza aparentemente débil, le proveyó de un físico flexible y resistente, capaz de aguantar esfuerzos como el del viaje a Las Hurdes. También su entusiasmo por la caza, una actividad clásica de los monarcas que proporcionaba ocasiones para la sociabilidad más selecta, las giras al extranjero, las conspiraciones políticas y el amor por ciertos parajes patrios, desde los Picos de Europa hasta el Coto de Doñana en la desembocadura del río Guadalquivir. El Tiro Nacional y el de pichón se beneficiaron de esa predilección alfonsina por las armas, que se desplegaba en los reales sitios o en las fincas rústicas de la nobleza cortesana. Era «la primera escopeta de España», afirmaba el conde de Romanones, y llevaba contabilidad minuciosa de las piezas que se cobraba. Pero el rey fue más allá y promovió aficiones deportivas acordes con las modas cosmopolitas que procedían casi siempre del Reino Unido, molde para la realeza y las clases altas de toda Europa, también para la corte española una vez hubo llegado a ella la reina británica. Encerradas en clubes de élite, se trataba de prácticas inaccesibles para la mayoría de la población. Algunas no exigían demasiados recursos, como el tenis o el golf, pero otras resultaban tan caras que llevaban la marca inconfundible de lo exclusivo, como la vela, el automovilismo y el polo. El rey Alfonso dedicaba buena parte de su tiempo libre a estas actividades, seguidas con delectación por las revistas ilustradas y los noticieros cinematográficos, sobre todo entre 1908 y 1913, cuando se le presentaba en ellos como un ejemplo de ánimo y coraje.[22]

En principio, el deporte remitía a la regeneración de un pueblo venido a menos que, según diversos opinantes, necesitaba resurgir de sus cenizas a través del fortalecimiento del cuerpo y de sus virtudes anexas. Hacían falta españoles sanos y en forma para sacar a España del atraso. Una obsesión que cundía en círculos muy alejados entre sí, como los de la Institución Libre de Enseñanza, apegados a la idea de educación integral e introductores en España del *foot-ball* y del excursionismo en contacto con la naturaleza; y los militares más avanzados, adalides de la gimnasia y –como se ha expuesto– de la preparación de los ciudadanos para la guerra mediante el manejo de

armamento y el ardor juvenil de los Exploradores. Don Alfonso compartía estos afanes patrióticos y los trasladaba a sus ocios predilectos. Por ejemplo, en 1907, al entregar los premios de un campeonato, aseguró que «las regatas contribuyen a vigorizar la raza, avivan el cariño a las cosas del mar y dan impulso a las industrias que con el mar se relacionan». Términos eugenésicos, renovación de las costumbres autóctonas y avance económico. Su manía automovilística, que trajo de cabeza a los políticos y cortesanos más conservadores, le hizo comprar coches de buenas marcas y promover las carreras del Real Automóvil Club de España, fundado por el duque de Santo Mauro. Una predilección compartida por otros soberanos europeos. Pero también mostraba una vertiente nacionalista, pues invirtió en la compañía Hispano-Suiza –de capital español– y lució sus modelos y los de otras empresas, avanzadilla del despegue fabril peninsular. Uno de los Hispano más veloces se llamó Alfonso XIII.[23]

Sin embargo, en los placeres deportivos del rey se imponía un sesgo aristocrático que, más que de su entrega a España, hablaba de la distinción y del cosmopolitismo que fomentó a su alrededor. Nada encarnaba esta tendencia mejor que el polo, traído de Inglaterra por Alfonso XII pero desarrollado más tarde por su hijo, junto a un puñado de nobles. Entre ellos destacaban dos marqueses: Villavieja, rico de origen mexicano y organizador de torneos en varios países, y el ubicuo Viana, que construyó un campo de juego en su cazadero de Moratalla, donde cada año se citaba la crema de los *sportsmen*. El propio monarca jugó en el Hipódromo madrileño y habilitó instalaciones en la Casa de Campo y en La Granja, mientras los grandes polistas –como los mencionados, Villabrágima y sus hermanos– se le volvieron compañeros inseparables. Sólo unos pocos privilegiados reunían posibles con que participar en semejantes pasatiempos: según el agudo observador Melchor Almagro, era «preciso tener mucho dinero para comprarse las jaquitas y entretenerlas». La corona cedió terrenos en Madrid para el Real Club Puerta de Hierro, donde se practicaban el golf, el tenis y por supuesto el polo. De cara a la opinión pública, este estilo de vida conjugaba el brillante atractivo de la gran sociedad con el estigma del ocio improductivo, que se atribuía a señoritos dedicados a divertirse y a agasajar a su señor, sin preocupación alguna por los problemas del país. Hacia 1911 comenzaron a asomar en la prensa críticas a don Alfonso por estas distracciones, asociadas tras la Gran Guerra a la *camarilla* palatina. En 1917, el embajador italiano comentaba que lo «ponían en contacto con categorías de personas que no gozan de gran consideración».[24]

La continua exposición a que se sometía Alfonso XIII lo erigió en un modelo de comportamiento para las élites y, más aún, proyectó un prototipo masculino muy reconocible. Siempre bien vestido, con el tiempo traspuso su

aprecio por los detalles de los uniformes a la ropa civil, conforme a la moda del *dandy* internacional, de gala en fiestas de postín, montado en magníficos caballos o al volante de un bólido, con una copa en la mano y un cigarrillo perenne en la boca. El tabaco, que nunca abandonó, terminó por perjudicar su salud, sobre la cual corrieron rumores de vez en cuando. En todo caso, quería representar el papel de hombre activo y de nervios bien templados, el deportista incansable y el militar valiente que afrontaba sin pestañear el peligro de los atentados, que se relacionaba con lo más prestigioso de la sociedad global pero no perdía su toque castizo y un patriotismo a prueba de bomba. Moderno pero español. En su masculinidad hubo algún atisbo burgués, cuando la propaganda quiso subrayar su dedicación responsable al trabajo y a la familia, pero en ella predominaban los valores nobiliarios ligados a una vida excepcional y al estereotipo del don Juan. Un rol heredado de su padre, que encajaba a la perfección con los sobreentendidos acerca de la españolidad: el galán moreno, encantador y romántico, libre y dominante. Como pusieron de manifiesto sus andanzas deportivas, don Alfonso no era un mero español, sino más bien –y con las actualizaciones precisas– un aristócrata español.25

El señoritismo y la virilidad donjuanesca del rey conllevaban continuas aventuras amorosas, en flagrante contradicción con la moral de la que, como rey católico y paladín de la Iglesia, se decía custodio. A juzgar por las habladurías, sostuvo relaciones extramatrimoniales con numerosas mujeres, por lo común institutrices o artistas, también alguna dama de la nobleza, y engendró al menos cinco bastardos. Su encanto varonil causaba estragos no sólo en España, sino también en otras latitudes donde se apreciaba su aura de exotismo hispano. Por ejemplo, la novelista británica Agatha Christie confesó un amor imposible por el monarca. Entre sus infidelidades más prolongadas sobresalió la que mantuvo durante quince años con la actriz Carmen Ruiz Moragas, de físico similar al de la reina. La instaló en un hotelito de Madrid, cerca de la avenida de la Reina Victoria, para disfrutar allí de una especie de familia alternativa, a la que atendió hasta el final. Con ella fue padre de una niña y un niño cuya buena salud contrastaba con la de sus hijos legítimos, dos hemofílicos –Alfonso y Gonzalo– y uno sordomudo –Jaime–. Persona nada vulgar, Ruiz Moragas fue una profesional respetada, protagonista en las obras teatrales de Jacinto Benavente, y pareja más tarde del escritor republicano Juan Chabás.26

En este comportamiento adúltero pesaba tal vez la pulsión por escapar de un matrimonio infeliz, pero también la desenvoltura del varón poderoso, acostumbrado a hacer su real gana. Era el signo del pillo, galante y aficionado al sexo. Según una historia difundida medio siglo después de su muerte y difícil de probar, la pasión por el cine, que le animó a invertir en compañías

productoras y a realizar pases privados en palacio, le condujo también a encargar filmes pornográficos, ya en los años veinte, a una empresa llamada nada menos que Royal Films. Otro entretenimiento que sólo podían permitirse ricos y aristócratas, y que al parecer deleitaba a los participantes en las cacerías regias los días de lluvia. En dos de esas películas, un ministro y un confesor abusaban de su posición para obtener favores sexuales, lo cual revelaba un nítido concepto del mando y del sometimiento femenino, aparte de una actitud irreverente ante la política y el clero.[27] No trascendió censura alguna a la conducta del rey por parte de los medios eclesiásticos, aunque sí un machismo popular que admiraba sus devaneos y expuso con desparpajo El Caballero Audaz, en el libro que difundió la impúdica foto de Las Hurdes: al rey mujeriego «nadie podrá negarle esa virtud de la hombría». En cambio, doña Victoria Eugenia –una *sportswoman* que adoraba el aire libre, el tenis y la equitación– se veía constreñida por una vida privada intachable y una domesticidad tradicional: en la película *Corazón de Reina*, rodada en 1926 para financiar la lucha antituberculosa, las infantas y ella bordaban en su jardín.[28]

DE SANTANDER A DEAUVILLE

La temporada estival, que se prolongaba desde mediados de julio hasta bien entrado octubre, liberaba a la familia real del corsé cortesano y le permitía vivir de manera más desenvuelta, conforme a sus preferencias. Durante el reinado de Alfonso y Victoria, el veraneo regio cambió de piel. Se mantuvieron las jornadas de San Sebastián y de La Granja, aunque un catastrófico incendio en este vetusto palacio descartó sus estancias habituales a partir de 1918, pues tardó decenios en reconstruirse. Allí habían pasado su luna de miel y habían nacido tres de sus hijos. Pero la principal novedad consistió en la búsqueda de lugares de esparcimiento distintos, donde transformar sus hábitos y la imagen paradigmática de la dinastía. Para el sitio que resultara elegido, la visita anual de la realeza prometía enormes beneficios económicos, por lo que hubo cierta competencia entre localidades costeras. La puja se abrió unos meses después de la boda real con el regalo al monarca, por suscripción pública, de la isla de Cortegada, en Galicia. Influían los deseos de la joven reina, quien había vivido en la de Wight, en el Canal de la Mancha, y deseaba reproducir en España aquel bucólico ambiente, y hasta se especuló acerca de una mansión adicional para Eduardo VII. Intervinieron los ministros gallegos y el inevitable Viana, uno de cuyos primos ostentaba el señorío local de la Casa de Rubianes y respaldaba la idea. Sin embargo, ni la rápida expropiación de los terrenos, ni la bienvenida patriótica al rey cuando fue a

recibirlos en 1907, tampoco los bocetos neomudéjares o de estilo barroco francés que se barajaron, hicieron cuajar el proyecto. Pese a su temprano olvido, don Alfonso no devolvió a los vecinos la propiedad, que su heredero don Juan vendió a un promotor inmobiliario setenta años más tarde.[29]

Frente a Cortegada, Santander ganó la competición al ofrecer a los reyes la magnífica península de La Magdalena, junto al casco urbano y en condiciones inmejorables, que incluían –a diferencia de la candidatura gallega– el pago del palacio por parte de la suscripción local. La ciudad contaba además con la ventaja de su relativa proximidad a San Sebastián, lo cual facilitaba las idas y venidas a la que siguió siendo capital de estío y alojamiento en esos meses de la reina madre María Cristina. Más cerca aún quedaban los Picos de Europa, donde el rey disponía de un coto reservado de caza desde 1905, se montó para él un cómodo refugio y se rodó una notable película sobre su expedición cinegética de 1912. A la elección contribuyeron asimismo los notables de la zona y, en primera línea, el duque de Santo Mauro, mayordomo de la reina, que poseía una casa en las inmediaciones y supervisó las obras. Porque el veraneo cántabro quedó marcado por la personalidad de doña Victoria Eugenia, encantada con un emplazamiento que incluía zonas de baño, un extenso horizonte marítimo y montañoso, y suficiente espacio para una gran residencia, instalaciones deportivas y parques donde sus hijos se sentirían a sus anchas. El propio edificio se inspiró en la posesión de Santo Mauro, de estilo inglés como las caballerizas, con toques franceses y españoles. Se decoró con un gusto muy alejado del predominante en los demás reales sitios, más alegre y salpicado de zócalos de madera, muebles georgianos y pinturas modernas, como el retrato de la reina con mantilla, de Sorolla.[30]

Entre 1913 y 1930, las semanas que cada año pasaban los reyes en La Magdalena, antes de marchar a San Sebastián, no se caracterizaron por la indolencia. Todo lo contrario, sus días estaban llenos de actividades, seguidas por un puñado de familiares –con el infante don Carlos, Nino, a la cabeza– y una amplia colección de élites nacionales, empezando por Santo Mauro y Comillas, más unos cuantos apellidos santanderinos. En espacios segregados, que se acotaban hasta en la playa, agotaron el muestrario de los deportes distinguidos, eje de su proyección pública: del Real Club de Tenis al Marítimo, pasando por el Polo habilitado en la propia península. El Hotel Real, de cuya sociedad compró acciones el monarca, alojaba a los visitantes; mientras el nuevo casino acogía óperas, espectáculos y funciones patrióticas en favor de los militares que peleaban en Marruecos. Entre los compromisos culturales, en 1919 hubo un homenaje a Marcelino Menéndez Pelayo; en 1923, otro a Benavente por su premio Nobel y unas sesiones hispanoamericanas repletas de lírica. El programa se completaba con fiestas

benéficas a cargo de la reina, que apenas se distinguían de los saraos elitistas pero ayudaban a financiar a la Cruz Roja o a la Gota de Leche, auxilio para madres y niños pobres. Los políticos frecuentaban al rey y allí recaló asimismo alguna visita de Estado, como la del presidente argentino. Réplica española de otros lugares de veraneo europeos, pese a carecer de su pátina cosmopolita, Santander experimentó una prosperidad evidente y se volcó con la realeza, a base de recibimientos y despedidas multitudinarios. Como Cortegada, La Magdalena se incorporó al caudal privado de la real familia.[31]

Bien establecido el calendario vacacional, don Alfonso quiso picar más alto. Se veía tentado por los lujos de la alta sociedad europea y decidió viajar a uno de los *resorts* internacionales más cotizados: Deauville, en la costa francesa de Normandía. Allí había levantado un emporio turístico el empresario Eugène Cornuché, responsable del célebre restaurante Maxim's en París, que abrió un casino y varios hoteles ubicados frente al mar, donde se reunían cada verano gentes adineradas, aristócratas, cantantes y ventajistas, con un entusiasmo renovado tras el final de la Gran Guerra. El rey se incorporó a este hervidero en agosto de 1922, dos meses después de su periplo por Las Hurdes, para instalarse en una villa alquilada por los marqueses de Viana, donde antes habían recalado banqueros y políticos como David Lloyd George, el primer ministro británico que había negociado la paz. Por ella pasaron amigos como José Quiñones de León –ya embajador en París– y parientes como su tía la infanta Eulalia, experta en el gran mundo y reconciliada con su sobrino. A Deauville acudieron en las mismas fechas el príncipe Nicolás de Rumanía, la reina de Grecia y el sah de Persia, que unos meses después visitó Toledo con el rey Alfonso, guiados ambos por el marqués de la Vega Inclán. Fueron tan sólo veinte días en aquel paraíso, pero hicieron mucho ruido.

El rey y sus hijos hacen gimnasia en una terraza, posiblemente en el palacio de La Magdalena, Santander (ca. 1920). Foto de autor desconocido. © Patrimonio Nacional.

El duque de Toledo, como se hacía llamar el rey, se convirtió en la estrella de la estación estival. La prensa francesa y la española seguían sus apariciones con detalle: paseaba por la playa y con su caballo entre las olas, asistía a misa y tomaba el aperitivo en La Potinière, el café de moda en la zona comercial, donde comía gambas con las manos, saludaba a todo el mundo y compraba regalos; presenciaba el tenis o las carreras y jugaba al polo con sus potros, en un *team Madrid* compuesto por Viana, Villabrágima, el conde de la Maza y el duque de Peñaranda; y por las noches iba al casino, donde bailaba con las jóvenes más atractivas y echaba alguna partida. Se habló entonces de su predilección por las gemelas Dolly Sisters, bailarinas norteamericanas que encandilaron a varios monarcas. Hubo en su honor cenas, proyecciones de películas del Zorro y revistas de variedades, como una titulada *Potinons*, que ironizaba sobre la velocidad del Hispano-Suiza regio: «*Voilà l'autos/ D'Alphonsos* [dos veces]*/ Requinos/ Pauv'poissonnos/ Fout't le camp, s'débinent au galos/ Sauv'qui peut, car voilà Alphonsos*». Se bautizó una tortilla como *la Alfonsina*, un cóctel de champán como *Alfonso*. Era *le roi charmant*, que, taumaturgo como sus antepasados franceses, hacía el milagro de que no lloviera en la costa normanda. Un amigo de Francia, aceptado con regocijo en los circuitos con los cuales se medía la elegancia en toda Europa, para orgullo de los medios conservadores españoles.[32]

Tanta frivolidad, no obstante, tuvo un alto precio para la reputación de Alfonso XIII. Más aún cuando los soldados morían por miles en África y sobre el jefe del Estado recaían sospechas acerca de sus responsabilidades en el fiasco colonial. El devaneo regio coincidió con una grave huelga en el servicio de Correos, durante la cual los gobernantes tuvieron que comunicarse con él a través de Quiñones y Viana. *El Liberal* de Bilbao sentenciaba que «en Deauville no se nos ha perdido nada por el momento. Donde estamos perdiendo todo es en Marruecos». Más aún, asomó por vez primera una sombra de corrupción. La revista *España*, portavoz de la izquierda intelectual, aireó con sorna un supuesto contrato firmado por el *roi «galantuomo»* con Cornuché, para promocionar sus atracciones a cambio de 50.000 francos por temporada y el 1% de las ganancias en las apuestas. Así lo aseguraban los críticos franceses y los espectáculos musicales que ridiculizaban en París las andanzas borbónicas. El propietario de Deauville soñaba con que el rey le vendiera Madrid, ironizaba *Le Gaulois*, e incluso se especulaba con su interés por el negocio del juego en la zona española del protectorado marroquí. En noviembre de 1922, el diputado socialista Indalecio Prieto afirmó en las Cortes que el pueblo debía rebelarse contra actos que salpicaban a España «de chacota y desprestigio, como esa revista que, entre el regocijo del público parisién, se representa todas las noches en "Folies Marigny"», con la realeza asociada «al reclamo de una playa de moda».[33]

Sus argumentos coincidían con los que venía desgranando el personaje que se había erigido en el más visible antagonista público del rey: Miguel de Unamuno. Destituido del rectorado de Salamanca en 1914, Unamuno había abandonado su admiración por Alfonso XIII y atribuido su desgracia a la reina madre. Durante la guerra se había hartado de denunciar el régimen absoluto, habsbúrgico y por tanto germanófilo, que alentaba el hijo. En su correspondencia, criticaba asimismo la amistad del Borbón con Georges Marquet, un empresario belga que había abierto varios hoteles de lujo y casinos en España gracias a sus favores, a cambio de proporcionarle caballos y mujeres. En definitiva, le calificaba de «rey del cabaret» o «Káiser Codorníu», epítome de un ambiente podrido. No le habían arredrado las sanciones, siempre levantadas. Tampoco una polémica audiencia en palacio, en abril de 1922, donde se presentó con retraso y vestido con un traje corriente. Allí espetó al interesado que, como monarca constitucional, lo mejor era que no tomara iniciativa alguna. El encanto regio apenas le hizo mella.

Romanones, presente en aquella tensa conversación, opinaba años después que don Alfonso había cambiado mucho desde que en enero de 1913 había recibido a los institucionistas, pues ahora «añoraba más a los grandes Reyes de la Casa de Austria que a aquellos, como su madre, fidelísimos practicantes de la Constitución». Unamuno, que concebía su relación con el rey como un duelo personal entre caballeros, iba más lejos: a su juicio, el despotismo y la debilidad por el dinero resultaban inseparables en aquel hombre, que se había retratado al afirmar que antes sería destronado que tronado, es decir, arruinado. A causa de su asiduidad a los casinos, lo motejaba de *Fernando Siete y media*, apodo que combinaba el nombre de su antepasado Fernando VII, absolutista a machamartillo, con el de un popular juego de cartas. «Por una timba va rodando el reino de España», concluía don Miguel. Con esta polémica había echado a andar una fama de corrupto que no hizo sino crecer durante el resto del reinado. En términos de imagen, el bálsamo de Las Hurdes se había disuelto en las arenas de Deauville.34

---

1. Inocencia Murillo (Dúrcal, Granada) al rey, 1.4.1917, en AGP Cª 12102/1.

2. Citas en *Abc*, 30.6 y 9.7.1922. También *La Libertad*, 4.7.1922.

3. *Las Hurdes, país de leyenda. El viaje de S.M. el Rey Don Alfonso XIII* (1922), copia restaurada por la Junta de Extremadura en 2006: https://www.youtube.com/watch?v=U0oHjp8A1Yk. Montero, Paz y Sánchez (2001), pp. 241-244.

4. Por ejemplo, «A través de un país de leyenda», *La Correspondencia de España*, 26.6.1922. Granjel (2003, 2010). Blanco (2008), pp. 109-126. Cita de José María Gabriel y Galán, «A Su Majestad el Rey» (1904), citado por Carandell (1993), p. 28.

5. Cita de Gregorio Marañón, «Advertencia», en *El problema de Las Hurdes es un problema sanitario*, Madrid, Antonio Marzo, 1922, pp. 6-7. J. Goyanes, «Las Hurdes, baldón de España», *El Sol*, 15.6.1922.

6. Hall (2005), p. 301. Gregorio Marañón, «El rey a Las Hurdes», *El Liberal*, 6.6.1922.

7. Preparación del viaje, en AGP Cª 1689/8. Crónicas, resumidas en Carandell (1993); para la actitud del rey, véanse las de *Abc*, 22-25.6.1922 y Pérez-Cardenal (1922, 2017), pp. 181-235. Cita en José Ortega Munilla, «Chispas de yunque. El gentil caballero en Las Hurdes», *Abc*, 25.6.1922.

8. Granjel (2007, 2010). Cita en «La colonización de Las Hurdes no puede ser una obra de misericordia», *Abc*, 22.6.1922. José María Salaverría, «Algo más sobre el caso de Las Hurdes», *Abc*, 21.6.1922. Citas en «Las Hurdes y Marruecos. Nueva reconquista de España», *España*, 24.6.1922; y Pablo Sánchez, «Estela jurdana. Personas, cosas, dichos, hechos…», *España,* 15.7.1922.

9. Pedro Segura, «Del obispo de Coria al rey», *El Debate*, 29.6.1922. Callahan (2000, 2003), p. 152. Cita en Blanco (2008), p. 127.

10. «Fue palabra de rey…», *Abc*, 19.3.1930. Ibarz (1999), pp. 19, 28 y 35-36.

11. Los cálculos, en Campos (2004).

12. Citas en Guardiola al rey, 19.4.1909, AGP Cª 15986/1; Díaz a Torres, 26.8.1914 y Douderis (?) a los reyes, 5.11.1914, Cª 15986/8. Uno de los registros de la reina madre, más sistemáticos que los de su hijo, en AGP Libros y Registros 6983.

13. Cita en nota adjunta a Mayoral al rey, 23.3.1917, AGP Cª12102/1. Capellanes, en Cª 8783/5.

14. Bautizos, por ejemplo en AGP Cª 8783/99 y 102; bodas en 8783/18, 19 y 26. Italia, en Brice (2010), pp. 66-73.

15. Grove, en AGP Cª 15668/2; Viana, en Cª 16326/2, cita en Losada a Viana, 17.3.1922.

16. Citas, en carta anónima, 24.8.1903, AGP Cª 15471/4; y Jaime Alfonso a la reina Victoria, 14.12.1914, Cª 14476/1. Atentados, en Cª 15561/2, citas en Carranza al rey, 22.1.1904.

17. Cita en García del Valle al rey, 28.9.1909, en AGP Cª 15986/1; hermanos Mont a Grove, s.f., Cª 15668/2; y anónimo al rey, s.f. pero de 1924, Cª 15476/5. Véase también Caamaño (2019).

18. Citas en Viure al rey, 5.5.1905, en AGP Cª 15554/3; carta de 18.11.1917, en Caamaño (2019), p. 69; y anónimo, 8.7.1917, Cª 15476/4.

19. La correspondencia de los ciudadanos con Primo de Rivera, en Gow (2018).

20. AGP Cª 8792 y Cª 8820/41 (*Memoria de la ACRB*) y 44. Retirada, por ejemplo en Cª 8802/61 (Sociedad «La Vida», de Palma de Mallorca, 1915). *Abc*, 18.5.1924.

21. Hall (2003), pp. 74-75. Laguna y Martínez (2022). AGP Cª 8820, cita en Díez y Chapaprieta a Torrecilla, 1.5.1918, expediente 21.

22. Cita en Romanones (1928-1947, 1999), p. 174. Montero, Paz y Sánchez (2001), pp. 239-234.

23. Cita en *El año político*, 8.9.1907. Hall (2003).

24. RB II/3852. Hernández Barral (2019). Citas en Almagro (1944, 2013), p. 310; y García Sanz (2014), p. 184.

25. Moreno y Mira (2016). Barral e Iglesias (2022).

26. Hijano (2000). Christie (1977, 2019), p. 151.

27. Este encargo lo daba por bueno el historiador del cine Román Gubern, que añadió detalles –pero no pruebas documentales– en sucesivos escritos y entrevistas, como «El sexo y el cine según Alfonso XIII», http://cineclubfetiche.blogspot.com/2007/12/el-sexo-y-el-cine-segn-alfonso-xiii.html.

Cacerías, en Ramiro Cristóbal, «Mujeres gordas y "pornos" nobles», *El País*, 31.5.1996.

28. Cita en *Caballero audaz* (1934), p. 41. *Corazón de Reina. Película nacional en la que toma parte S.M. la Reina de España*, Barcelona, La Novela Semanal Cinematográfica, s.a.

29. *El año político*, 24.9.1907. Barral (2016), pp. 116-118. Paulos y Sánchez (2012).

30. *El año político*, 24.4.1908. Flores-Gispert (2012).

31. Rodríguez Alcalde (1991). Garrido (2016), pp. 130-141.

32. Versos, en AGP Cª 15519/6. *Excelsior*, 12-15.8.1922. *Le Gaulois*, 20-26.8.1922. *Le Figaro*, 24.8.1922. *Le Temps*, 25.8.1922. *L'Echo de Paris*, 27.8.1922. *El Pueblo Vasco*, 20.8.1922. *La Época*, 26.8.1922.

33. Telegramas entre el rey y Sánchez Guerra, presidente del Consejo, en AGP Cª 15519/6. Cita en *El Liberal* (Bilbao), 16.8.1922. André Dahl, «Alfonso XIII y el ingenio galo», *España*, 9.9.1922. *Le Gaulois*, 25.8.1922. Cita de Prieto, en *DSC*, 22.11.1922, p. 4233.

34. Rabaté y Rabaté (2009), pp. 420-439 (cita en p. 424). Miguel de Unamuno, «El gran mentidero» y «Batalla y baraja» (cita), *España*, 22.4 y 11.11.1922. Cita en Romanones (1928-1947, 1999), p. 463.

La reina Victoria Eugenia, en el acto de toma de posesión del mando del regimiento de caballería que llevaba su nombre, acompañada por el rey (1921). Foto de autor desconocido. © Patrimonio Nacional.

13

Cid Campeador

El rey tiene un gran defecto: todavía sueña con las glorias militares
de los Reyes Católicos, el Gran Capitán y Carlos V,
y encuentra muy difícil adaptar su mente a las realidades modernas.[1]

EL SEPULCRO DEL GUERRERO

Burgos conmemoró en julio de 1921, por todo lo alto, el séptimo centenario de su catedral, con decenas de festejos y un gran despliegue simbólico. Vino de Sevilla para la ocasión una reliquia –parte de un dedo– de Fernando III el Santo, el monarca castellano que reinaba cuando se erigió el gran templo gótico y que arrebató además el Guadalquivir a los musulmanes. Otra vez san Fernando, esencia de una Reconquista tan cristiana como monárquica. El día 21, el heredero de su trono Alfonso XIII presidió el episodio más sonado de las celebraciones: el traslado, del ayuntamiento a una sepultura dispuesta en el crucero de la basílica, de los restos mortales de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, guerrero burgalés que había protagonizado algunos de los episodios más memorables de la cruzada medieval. El culto al héroe del siglo XI seguía vivo en la España del XX. Llegado poco antes con su séquito desde Santander, don Alfonso tributó al Campeador honores de capitán general con mando en plaza. Se hizo cargo de la caja funeraria y recorrió la ciudad –a pie y de uniforme– tras el armón de artillería que la portaba, en un cortejo que integraban elementos civiles, eclesiásticos y militares. Los vecinos de los pueblos cercanos marchaban junto a sus curas, portando cruces parroquiales con crespones negros, entre músicas lúgubres y calles engalanadas con la efigie del Cid.

Antes de llegar a la catedral, el rey Alfonso presidió un desfile en el que participaron todas las armas del ejército español y contempló las evoluciones de varios aeroplanos, uno de los cuales acabó por estrellarse en las afueras. Por fortuna, sin víctimas. Le acompañaban la reina Victoria Eugenia, de luto y con mantilla, y el infante don Fernando de Baviera, quien, una vez en la iglesia, ayudó a enterrar a ras de suelo los despojos de Rodrigo y de su esposa Jimena. La losa funeraria lucía una inscripción elegida por el historiador Ramón Menéndez Pidal, eminente especialista en el personaje: «A todos alcança ondra/por el que en buena ora nació». Unas palabras del *Cantar de Mío Cid*, poema épico compuesto un siglo después de su muerte, que

evocaban y extendían la fama del caballero. En realidad, aquella fiesta había sido obra del arzobispo de Burgos, el valenciano Juan Benlloch, recién ungido cardenal con la bendición del rey: Castilla y Valencia, escenarios de las hazañas cidianas, confluían a través de su persona. Benlloch se distinguió muy pronto como activista dentro del nacionalismo católico español, animó peregrinaciones a Roma y viajó por América para exaltar el legado confesional del imperio hispánico. Emocionado por el traslado del legendario hidalgo, lanzó un grito estremecedor: «¡Viva el Cid muerto!».2

El mito del Cid Campeador venía de antiguo, pues el *Cantar* de sus gestas lo había convertido en un emblema inconfundible. Su renombre había ocasionado la dispersión de sus huesos, tras el saqueo de su tumba por parte de las tropas francesas en 1808. Después de viajar del monasterio de San Pedro de Cardeña a Burgos y viceversa, la desamortización eclesiástica había obligado a tornar a la ciudad lo que quedaba de ellos, así que el traslado de 1921 no era sino el último capítulo de una larga peripecia. Sin embargo, la conversión del caudillo en bandera del españolismo contemporáneo tropezaba con algunas dificultades. Los estudiosos no se ponían de acuerdo acerca de la pureza y la veracidad de sus hazañas en la guerra secular contra los árabes. Existía un Cid progresista, el del *Himno de Riego* de los revolucionarios liberales, que reivindicaban su amor por la justicia frente al rey Alfonso VI, a quien –según se creía– había pedido cuentas por el asesinato de su hermano Sancho II: «y en nosotros mire/los hijos del Cid», rezaba la célebre canción de 1820. Pero resultaba difícil encajarlo en los relatos conservadores, pues no sólo había desafiado a su señor sino que también había servido como mercenario tanto a cristianos como a musulmanes. A comienzos del Novecientos, a la sombra del 98, se impuso de todos modos una rotunda visión positiva, aceptable en cualquier esquina ideológica, que hacía de él un recipiente perfecto de las virtudes patrias. Gracias, sobre todo, al incansable quehacer de Menéndez Pidal, que continuaba los esfuerzos de su maestro Menéndez Pelayo y de aficionados como Archer M. Huntington. A juicio de don Ramón, que en el centenario burgalés refutó las tesis anticidianas ante los monarcas, se trataba de un abnegado defensor de España frente al islam. El clima nacionalista de la postguerra, que asociaba monarquía, religión y militarismo, lo hizo suyo.3

Nadie discutía el valor patriótico de los rituales escenificados en la capital castellana. Para subrayarlo había acudido desde la localidad guipuzcoana de Azcoitia un orfeón de setecientos miembros que, en la misma puerta de la catedral, estrenó un arreglo de la *Marcha Real* con letra. El himno nacional, de origen castrense y naturaleza monárquica, estaba protegido por la ley de jurisdicciones pero carecía de unos versos que emocionaran a los españoles. Lo cual, sin duda, le restaba empuje. Los músicos vascos emplearon los del

escritor catalán Eduardo Marquina, autor de dramas históricos como *Las hijas del Cid* (1908), que atendió los deseos del rey: «Danos, Patria, las armas de Cantabria/y el valor del Cid,/¡queremos campear!», arrancaban. Una iniciativa que no se consolidó pero reflejaba bien el significado de la efeméride. Los discursos de aquellas fechas relacionaban el pasado ejemplar que encarnaba el caballero cristiano con el presente y el futuro del país. El obispo de Vitoria, monseñor Eijo y Garay, dedicó su oración fúnebre a los que, a su parecer, eran dignos sucesores del caudillo: los soldados que peleaban en Marruecos contra el moro, eterno enemigo de España. Alfonso XIII, en tono de arenga y ante un público entregado, subrayó la consubstancialidad entre nación, ejército y fe católica para, acto seguido, perfilar su visión del héroe: «yo no veo en él más que al patriota, al guerrero genial que, además de su obra, sembró con el ejemplo de sus huestes la semilla de aquellos soberbios Tercios de Flandes que tantos triunfos consiguieron». No había en ello una ambición imperialista, aclaraba, porque, «con lo que es España en la Península y con lo que nos pertenece al otro lado del Estrecho, tenemos lo suficiente para figurar entre las primeras naciones de Europa».4

La Reconquista y sus derivaciones se utilizaban, pues, para remarcar el destino histórico de España en el norte de África, donde el cierre de la guerra europea había reactivado las campañas coloniales. Para justificarlas volvía a la palestra el testamento de Isabel la Católica, que el orador tradicionalista Juan Vázquez de Mella evocó ese mismo 21 de julio en Burgos: «era escalofriante escuchar aquella voz –recordaba una oyente de su conferencia: –¡A Marruecos! ¡A Marruecos!». Los argumentos historicistas señalaban la antigüedad de las plazas de soberanía española, Melilla –incorporada a la corona en tiempos de Carlos V– y Ceuta –cedida por los portugueses en el siglo XVII–; y los episodios bélicos del XIX, donde se había derramado sangre española. No se olvidaban tampoco las consideraciones geopolíticas y las obligaciones contraídas por España en los tratados internacionales. Pero se esgrimían al tiempo las tesis más comunes en el imperialismo coetáneo, como las económicas, que prometían grandes beneficios a los colonizadores, y las filantrópicas, que obligaban a las naciones o razas superiores a guiar hacia el progreso a los pueblos inferiores, bárbaros o atrasados. Una misión providencial que se vinculaba sin esfuerzo a la preeminencia de la religión católica sobre la islámica, y desde luego sobre las prácticas heterodoxas que se atribuían a los habitantes de la pequeña zona que había tocado a los españoles en el reparto del sultanato.5

En todo caso, el protagonismo del ejército sobre cualquier otro actor colonial no ofrecía dudas a sus propagandistas. Lejos de echar «doble llave al sepulcro del Cid», como había recomendado en 1898 Joaquín Costa, abogado –como se dijo– de la penetración pacífica, España se convertía otra vez en un

Estado guerrero. Y lo hacía contra el moro, uno de los *otros* más presentes en el imaginario español, sobre el cual se acumulaban los estereotipos negativos: el romanticismo de las visiones decimonónicas había perdido vigencia ante los retratos racistas, que contemplaban a los magrebíes como gentes sucias, salvajes y primitivas, feroces y a la vez poco trabajadoras, ingenuas pero traidoras, cuya resistencia debía ser aplastada sin piedad. Nada muy lejano de los tópicos que circulaban por otros imperios. En teoría, se trataba de asegurar la autoridad del sultán y su Estado –el majzén– sobre todo el territorio, y de promover en él el orden y la prosperidad, lo cual obligaba a los protectores a impulsar las obras públicas o la educación. En la práctica, la presencia española se centraba en las operaciones de control y sometimiento de las cabilas o tribus autóctonas, que oscilaban entre el soborno y el castigo, siempre bajo el mando de los militares. Y se confundía el despliegue del protectorado con auténticas conquistas, a mayor gloria de la patria y del rey, que, no obstante la creencia generalizada en la superioridad de la civilización española, tropezaban con recurrentes fracasos, fruto de la incompetencia.6

Después de rendir homenaje al Campeador y de asistir a una corrida de toros, los monarcas partieron de Burgos rumbo a San Sebastián, para festejar allí el sexagésimo tercer cumpleaños de la reina madre. Esa tarde del jueves 21 de julio de 1921, las autoridades españolas comenzaron a recibir noticias alarmantes desde la parte oriental del protectorado africano: el general Manuel Fernández Silvestre, comandante general de Melilla, comunicaba que el campamento de Annual sufría ataques rebeldes, que la vecina posición de Igueriben se hallaba cercada y que el convoy destinado a socorrerla no había podido llegar hasta ella. Al día siguiente, el viernes 22, los telegramas –siempre con horas de retraso– y las conferencias descubrían lo desesperado de la situación. De madrugada, Fernández Silvestre informaba de una retirada muy sangrienta desde Igueriben y decía que se encontraba rodeado por el enemigo en Annual, con escasa munición y las comunicaciones cortadas. Pedía refuerzos urgentes y anunciaba su propósito de retroceder. Más tarde, todo empeoraba, pues se conocían la caída de Annual, el desperdigamiento de las tropas y el suicidio del propio comandante.

A toda prisa, el rey tomó el expreso nocturno para regresar a Madrid. El ministro de la Guerra y el alto comisario no salían de su asombro, y achacaban lo sucedido a la improvisación y la falta de moral de las fuerzas españolas. El titular de la cartera de Estado prevenía a las embajadas contra las posibles exageraciones de la prensa extranjera. La mañana del sábado 23, don Alfonso se dirigió al ministerio castrense para conocer la última hora y luego presidió el Consejo en palacio. Para entonces, las tertulias madrileñas no hablaban de otra cosa. Esa misma noche, los diarios daban cuenta de la catástrofe, aún sin cifras de bajas, y de la tragedia de Silvestre. «Lo ocurrido

es el derrumbamiento total de la comandancia militar de Melilla», resumiría un ministro. Aquello era sólo el comienzo de una crisis de enorme magnitud, no sólo militar sino también política, que costó la vida a miles de españoles y salpicó de lleno a Alfonso XIII. La herencia del Cid se venía abajo.7

IMPULSIVA CABALLERÍA

La victoria de la entente en la Gran Guerra puso de manifiesto la endeblez de España en la arena global, aunque también su peso relativo, en absoluto despreciable. Su neutralidad la dejó fuera de la mesa donde se diseñó el futuro del planeta, que los aliados trazaron en París según sus respectivos intereses y –al menos sobre el papel– con vistas a un orden basado en la paz, la diplomacia abierta y los valores democráticos. De ahí salió la Sociedad o Liga de las Naciones, el sueño wilsoniano de una organización que resolviera los conflictos por medio del arbitraje y fomentase causas como el desarme y el respeto a las minorías. Los gobernantes de Madrid, con Alfonso XIII a la cabeza, procuraron encontrar un lugar visible en ese marco, algo que a su juicio merecían por varios motivos: representaban al mayor de los neutrales, que había descollado gracias a la acción filantrópica de su soberano, y mantenían relaciones privilegiadas con la América hispana. Esas fueron las bazas que el conde de Romanones llevó ante Wilson en diciembre de 1918, una vez que las Cortes pidieron la adhesión a la futura Sociedad y en medio de una tregua patriótica que lo respaldaba. Al aliadófilo presidente liberal y a sus sucesores, todos conformes en este punto, no les fue del todo mal: España recibió una invitación para integrarse en el organismo y el grueso de los grupos políticos apoyó su entrada. Obtuvo además un asiento en su consejo ejecutivo, aunque no el permanente que reclamaba. Estas labores recayeron en dos diplomáticos alfonsinos: Manuel González-Hontoria llevó las negociaciones y José Quiñones de León sumó la delegación en la Liga a la embajada en Francia y, dada la endémica inestabilidad gubernamental, la dirigió de manera autónoma. El entorno del rey seguía sosteniendo el timón de la política exterior.8

No obstante, el logro de los objetivos españoles en el tablero internacional se demostró más que difícil. Si el hispanoamericanismo quedaba muy por debajo de sus ambiciones, la posible intervención en Portugal chocaba, y ya era una costumbre, con los recelos británicos. Las convulsiones portuguesas, que habían traído un experimento autoritario en el último año de la contienda, animaron a don Alfonso a hacer alguna gestión promonárquica, como siempre sin éxito. Por no hablar del imposible retorno de Gibraltar. Sólo quedaba Marruecos, donde el Reino Unido solía inhibirse y Francia mostraba, tras su

contundente triunfo bélico, pocas ganas de ayudar a España. En realidad, era más un rival que un colaborador. El difuso *parti colonial* denunciaba la impotencia española y quería entero el pastel marroquí. Por otra parte, la diplomacia española y el rey –en sus viajes a Londres y a París– reivindicaron la ciudad de Tánger, el gran puerto del Estrecho. Pero tampoco avanzaron mucho y, a la hora de la verdad, tuvieron que aceptar una zona internacional regida por varias potencias. Tanto el puesto permanente en la Sociedad de Naciones como el control de Tánger permanecieron como demandas insatisfechas, mientras se abría paso una única certeza: para reafirmar la posición de España y frustrar las tentaciones francesas, no había otro remedio que dominar la franja norte del protectorado. El abandonismo era cosa de minorías extremistas y de algún militar aislado, aunque cabía emplear distintos medios para ocuparla. La desconfianza de la opinión pública y la falta de recursos suficientes se interponían en el camino de los imperialistas, pero se hallaba en juego el honor de la patria.9

El ejército español en África podía inspirarse en el Cid y en los Tercios de Flandes, pero no alcanzaba la altura moral y la eficacia en el combate que se atribuían a tales ídolos. Al contrario, sufría graves problemas, que iban de los administrativos a los estrictamente castrenses. La propia disposición de las jerarquías –el alto comisario dependía del Ministerio de Estado y no siempre era el general en jefe, los comandantes militares podían entenderse también con el de la Guerra, todos los mandos lo hacían con el rey– dejaba bastante que desear. Una crónica escasez de medios y de conocimientos sobre la sociedad indígena, la abundancia de reclutas mal instruidos y la desidia de muchos oficiales, hasta la corrupción rampante que encarecía los suministros y las infraestructuras, lastraban la eficacia de cualquier avance. Y el propio espacio que debía someterse a la soberanía del jalifa –representante del sultán– estaba poblado por cabilas poco dóciles, cuya lealtad resultaba dudosa, y sólo se había ganado en parte. De hecho, entre la zona occidental, donde la alta comisaría de Tetuán actuaba junto a las comandancias de Ceuta y Larache, y la oriental, que se articulaba en torno a la de Melilla, aún no existían comunicaciones terrestres a la altura de 1919. Durante la contienda europea, el temor a ver comprometida la neutralidad española había recomendado prudencia después de las conquistas anteriores, lo cual equivalía a primar el trabajo político. Es decir, a comprar a los jefes tribales para mantener la calma y propiciar una cierta bonanza. Ahora, las circunstancias habían cambiado y se imponía la vuelta a actitudes más agresivas.

Los oficiales africanistas desarrollaron una peculiar cultura patriótica, que en su relativo aislamiento radicalizaba algunos rasgos corrientes en su oficio. No ya el ejército en su conjunto, sino el destinado en Marruecos, se alzaba como heredero exclusivo de los prestigios de España y como su salvador en

momentos de zozobra. La implicación directa en la batalla exacerbaba su aprecio por el honor, la hombría, el coraje y el heroísmo. Más que la eficiencia, valoraban el arrojo. Hasta que las juntas de defensa impusieron sus reglas corporativas, con turnos y promociones por antigüedad, habían ido voluntarios y ascendido con gran rapidez, de modo que a sus recelos hacia los políticos, a quienes hacían culpables de sus miserias, sumaban con frecuencia un rencor poco disimulado a los junteros, que creían burócratas inútiles. Alfonso XIII congeniaba bien con algunos de estos principios, en especial con la exaltación de la virilidad y la valentía. Para su predio de África, tendió a favorecer a jefes que encajaban en ese perfil y que a menudo formaban parte de la caballería, un cuerpo de naturaleza ofensiva al que pertenecían personalidades tan cercanas al monarca como el marqués de la Vega Inclán, Teodoro de Iradier, Joaquín Milans del Bosch o sus cuñados los infantes don Carlos de Borbón y don Fernando de Baviera. La predilección regia por el uniforme de húsares no nacía de la casualidad. Bien surtida de mitos históricos, que se remontaban a las órdenes militares de la Reconquista, aquella rama de la milicia se definía por un rasgo que el rey sintetizó de un plumazo: era «el Arma de la impetuosidad».10

Entre quienes llevaron a cabo las operaciones armadas a partir de 1919 sobresalían dos generales de caballería apadrinados por don Alfonso: Dámaso Berenguer y Manuel Fernández Silvestre. Ambos provenían de familias castrenses y habían nacido y luchado en Cuba, con lo que enlazaron las dos experiencias coloniales, como otros muchos africanistas. Estudiaron juntos y se consideraban amigos, aunque tenían caracteres y planteamientos estratégicos diferentes. Berenguer, más reflexivo y estricto, confiaba en las unidades de indígenas y mercenarios con el fin de ahorrar vidas españolas. Silvestre, fiado en su buena estrella, era más audaz, poco disciplinado y partidario neto de hacer la guerra con soldados de remplazo. Más aún, toleraba el juego y la prostitución como distracciones convenientes para sus hombres, a los que exigía tener «tres cojones». Si uno confiaba en el Estado Mayor, el otro lo tachaba de «estorbo mayor». Ambos sabían árabe, ascendieron deprisa y contaban con buenos amarres en la corte. A lo largo de su carrera, Berenguer pasó por el palacio de Aranjuez y por África antes de llegar a subsecretario y ministro de la Guerra. Tras un conato fallido de nombrar al mejor experto civil en Marruecos, el ya mencionado González-Hontoria, se convirtió en alto comisario con el beneplácito del rey. Silvestre estaba aún más ligado a palacio, lo cual le permitió recomendar a su colega para cargos ejecutivos.

Alfonso XIII trataba a Fernández Silvestre como a uno de sus favoritos. En 1910 le hizo gentilhombre de cámara y en 1915, a raíz de un conflicto con sus superiores, ayudante de campo en su casa militar. En esa calidad, el oficial

pasó cuatro años al lado del rey y tuvo ocasión de ganarse su plena confianza. Así, le servía de escolta a todas horas, no sólo en actos públicos –como el del Sagrado Corazón en el cerro de los Ángeles– sino también en escapadas de incógnito a las verbenas. Entre sus amistades figuraron Sorolla, Benlliure, Romanones y Cierva. Tipo aguerrido y fanfarrón, lleno de cicatrices y con un llamativo bigote, recibía homenajes de sus iguales y alimentaba una popularidad trufada de rumores acerca de duelos de honor y aventuras amorosas. A don Alfonso le caía bien. Cuando a mediados de 1919 llegó a la comandancia de Ceuta, Silvestre dio a entender que debía esta designación a su alto protector, impuesto sobre la voluntad del Gobierno. Su uniforme lucía de continuo los cordones dorados que le identificaban como asistente del soberano y cada día se cuadraba ante el retrato real. En Melilla, adonde fue trasladado en 1920, se rodeó de unos cuantos oficiales conocidos como *los manolos*, que compartían su gusto por los redaños masculinos, y propulsó una aproximación desde el interior a la bahía de Alhucemas, para cumplir el anhelo de sellar ambas áreas del protectorado. Estos planes, que contaron con la autorización de Berenguer, siguieron un método harto peligroso: esparcir por una geografía infernal posiciones mal conectadas y sin apenas agua, en una línea extensa que sólo se sostenía mientras las cabilas próximas, que no eran desarmadas en el trayecto, la respetaran.11

En la primavera de 1921, Silvestre se dio un respiro para asistir a una gran celebración de su querida arma de caballería. Porque Valladolid acogió, a comienzos de mayo, un festival protagonizado por la íntima unión entre el ejército y la realeza. El pretexto consistía en la entrega de un estandarte bordado por doña Victoria Eugenia y en su toma de posesión, como coronel honorario, del mando en el regimiento que llevaba su nombre, con un bastón traído por los frailes agustinos de las perdidas Islas Filipinas. Si por un lado cumplía con su tradicional papel femenino, el de tejedora de banderas, por otro daba un paso más al vestir el uniforme y ponerse al frente de los jinetes. Era la primera vez que una reina consorte –lo había hecho una titular, Isabel II– representaba semejante papel. Los comentaristas adictos equiparaban a aquella soberana con otra rubia de ojos claros, Isabel I la Católica, cabalgando también en la toma de Granada y empeñada en construir «una España mayor». Mariano Benlliure inmortalizó después este gesto de compromiso con las fuerzas armadas en un bronce para el Ministerio de la Guerra. Extasiado ante aquella imagen, el poeta Rafael Sánchez Mazas sintetizaba en ella los anhelos de un nacionalismo monárquico e imperial: «fina reina a caballo, graciosa y diamantina,/victoriosa señal de la hora africana».

Además, los monarcas pusieron en Valladolid la primera piedra del nuevo edificio de la academia militar y visitaron la Casa de Cervantes, genio de la Raza. Pero lo decisivo para los propagandistas residía en el entusiasmo por la

corona que albergaba el pueblo de Castilla, cuna de la nacionalidad, y en el visible esplendor de la caballería, reunidos para la ocasión sus jefes y oficiales. Entre ellos Silvestre y otros mandos como Milans del Bosch, el capitán general de la huelga de La Canadiense; Fernando Primo de Rivera, hermano del futuro dictador; o José Cavalcanti de Alburquerque, conde de Taxdirt y marqués de Cavalcanti, curtido en las campañas marroquíes. Y el joven Alfonso de Borbón-Dos Sicilias, hijo del infante don Carlos y alumno de la academia, quien recibió la enseña de manos de su tía la reina Victoria. El rey, por supuesto, tuvo un recuerdo para las unidades que peleaban en África, donde los españoles se erigirían en «emperadores de la civilización».12

El comandante militar de Melilla estaba eufórico. En Valladolid no cesó de recoger parabienes y aseguró a quienes se le acercaban que, si bien la tarea no era fácil y conllevaría múltiples sacrificios –es decir, la muerte de muchos combatientes–, para el ejército español no había nada insuperable y por tanto lograría trepar a las cumbres más escarpadas para llegar cuanto antes a Alhucemas. Unos días más tarde le colocaron en Madrid las insignias de la Gran Cruz del Mérito Naval, regaladas por los centros coloniales hispano-marroquíes, y aprovechó para reivindicar los derechos de España sobre Tánger. *El Liberal* le llamaba «ilustre caudillo». Al ir a desembarcar en su comandancia, se puso *jaquetón* y presumió de haber obtenido permiso de Alfonso XIII para marchar con decisión hacia la codiciada bahía. Cosa que hizo a las pocas semanas, con resultados catastróficos. Enfrente tenía a Abd el-Krim, un antiguo aliado y servidor de España que se había revuelto contra su poder, inspirado por la autodeterminación wilsoniana y los nacionalistas turcos. Aunque aún encontraba obstáculos a su liderazgo, los bombardeos españoles contra civiles le permitieron sublevar a miles de buenos tiradores rifeños, una guerrilla que hostigaba sin cesar a los europeos. La caída de Igueriben provocó el pánico inmediato en Annual, donde Silvestre decidió el repliegue, que se transformó en desbandada, de los miles de efectivos allí concentrados. Antes de morir, tuvo tiempo de salvar a su hijo, alférez de caballería, con sus condecoraciones y cordones palatinos, y de ordenar a un subordinado que extrajera de su despacho papeles confidenciales. Pocas fechas más tarde, don Alfonso escuchó en persona los testimonios de ambos.13

No se detuvo ahí la debacle. Los tiros y cuchilladas que perseguían a las tropas en su huida produjeron una terrible matanza, mientras desaparecían uno a uno los fortines que, como nudos en la frágil cordada que habían tendido los estrategas coloniales, señalaban la ruta hacia Melilla. A comienzos de agosto aún aguantaban varios millares de soldados, en parapetos ubicados a tan sólo unos kilómetros de la plaza. Llegaban abundantes refuerzos por mar, pero Berenguer primaba la custodia de la ciudad y se negó a emplearlos para salvar

a los resistentes. Informado el rey, les mandó mensajes de aliento y les felicitó por su bravura. Las negociaciones para la rendición fueron respetadas por los magrebíes en algunos lugares, aunque no en Monte Arruit, donde los defensores sucumbieron en las peores condiciones imaginables. En definitiva, perdieron la vida en torno a 11.000 españoles y más de 2.000 indígenas del ejército español, en un desastre con escasos precedentes en la historia del imperialismo. Para encontrarlos había que remontarse a la retirada de los británicos de Kabul, en 1842, cuando los afganos liquidaron una columna de 16.000 almas, más de 4.000 de ellas de soldados; o su derrota en 1879 ante los zulúes, en Isandlwana, que había costado unas 1.300 bajas. La más reciente de Adua, una dolorosa humillación de Italia ante los etíopes en 1896, había supuesto alrededor de 6.000. En cualquier caso, la reputación de España tocaba fondo.14

RECONQUISTA Y VENGANZA

Si alguien pensaba que la masacre de Annual, como la del barranco del Lobo en el verano de 1909, iba a avivar motines revolucionarios en las ciudades peninsulares, se equivocaba. En cambio, lo que ocurrió en 1921 sí se asemejaba a lo sucedido después de la Semana Trágica, cuando la recuperación del terreno perdido en Marruecos había encendido el ardor nacionalista en la sociedad española, que ahora adquirió dimensiones desconocidas desde las campañas coloniales que habían salpicado el siglo XIX. De finales de julio en adelante, una oleada patriótica sacudió el país, dirigida a suministrar efectivos para lanzar la reconquista, a asistir a los afectados y a vengar a los muertos. Oleada que se reforzó cuando, ya en el otoño, se conocieron los detalles de lo sucedido en Monte Arruit. Las descripciones e imágenes de cadáveres desnudos, quemados y con huellas de un indecible martirio dispararon la indignación con la barbarie rifeña. Ayudaban tanto la prensa, sin apenas matices políticos en su práctica unanimidad, como la Iglesia, que repartió rosarios, crucifijos y socorros. También los noticieros cinematográficos, las obras de teatro y las cancioncillas llenas de alusiones a la nostalgia de los soldaditos españoles por su tierra y su amor por los colores nacionales. La más cantada, *La banderita*, alcanzó un eco espectacular, en calles, hogares y cuarteles, hasta transmutarse en el himno del momento, más emotivo que la desangelada *Marcha Real*: «Banderita tú eres roja/banderita tú eres gualda/llevas sangre, llevas oro/en el fondo de tu alma». Se decía que Alfonso XIII, que condecoró a su autor, la tarareaba al afeitarse.15

La familia real se volcó en la exaltación del patriotismo belicista. En Madrid no era raro ver frente a palacio a multitudes que, antes o después de

despedir a los regimientos que partían hacia África, aclamaban a los reyes cuando saludaban desde los balcones. Don Alfonso pronunciaba sentidos discursos en los que se presentaba como padre de los luchadores encargados de una revancha que trocaría en jornadas de gloria aquellos días de luto. Pero quien atrajo más miradas fue doña Victoria Eugenia, que realzó su faceta caritativa con visitas a los heridos, incluida una gira por Andalucía, y su patrocinio de la Cruz Roja. La organización que había refundado durante la Guerra Mundial mereció amplios elogios cuando se desplegó en Melilla, pues su asistencia contrastaba –por su calidad y eficacia– con la habitual en los corrompidos sanatorios castrenses. Por encargo suyo, la duquesa de la Victoria supo encauzar no sólo esos cuidados, sino también el retorno de los heridos y su correspondencia familiar. En plena labor, ochocientas damas enfermeras homenajearon a su fundadora y presidenta honorífica con un pergamino y una placa.

La euforia atrajo a voluntarios en armas, entre ellos a emigrantes desde el Río de la Plata, y desencadenó múltiples llamamientos para recaudar fondos con los que asistir a combatientes, heridos y prisioneros, y comprar material. A comienzos de octubre de 1921 ya se habían regalado al ejército más de veinte aviones, bautizados por lo general con los nombres de las ciudades y provincias de donde procedían los recursos. Algunos, a cargo de periódicos o de magnates, como el controvertido empresario Georges Marquet. Pues bien, la reina asistió junto a su marido a funciones benéficas, encabezó con éxito varias suscripciones y, sobre todo, consiguió donaciones para los hospitales de la Cruz Roja. Enviaron giros los españoles residentes en otros países, de Alejandría (Egipto) a Nueva York, pasando por los de las innumerables sociedades fundadas en Argentina o en Cuba. La colonia del departamento de Atlántida (Honduras) informaba de «su amor a la que fuera su Madre Patria» y de los dolores que le producían «las traiciones de que ha sido objeto por los moros». La Cruz Roja británica ofreció, por su parte, tablillas para brazos y piernas. Entre los contribuyentes a las iniciativas reales, en España se contaron maestras y niñas de las escuelas nacionales, empleados de empresas mineras, casinos de pueblo o los museos de Vega Inclán. Con estos y otros fondos, la soberana se encargó de gestionar toda clase de suministros, desde pijamas y colchonetas hasta suero y ambulancias. Las desdichas nacionales ensalzaban su compasiva figura.16

Aquella emergencia hizo que abriera de nuevo la oficina humanitaria en el palacio real de Madrid, donde se aprovecharon los mecanismos ya engrasados para suministrar noticias, durante unos meses, a los familiares de los desaparecidos en África. Las cartas, cuya homogeneidad delataba el uso de modelos y ayudas, repetían los rasgos acostumbrados en la correspondencia habitual, con alabanzas a los monarcas y alusiones a la reina como mujer y

madre. Había entre sus autores gentes variopintas, desde jornaleros, artesanos y amas de casa hasta alcaldes y nobles. Sólo que ahora, sumergidas en el contexto guerrero, acentuaban los contenidos nacionalistas. Un peticionario afirmaba que «todo tenemos en defender nuestra querida Patria [sic]». Desde Las Hurdes, el padre de un legionario –él mismo excombatiente en Cuba– reclamaba información, «como Cristiano y Caballero» que había servido «por mi patria y Rei Don Alfonso [sic]». Pero se encontró con que no se la proporcionaban, porque, según un telegrama de Ceuta, «no desea dicho soldado se comuniquen a nadie sus noticias». Algunos emigrantes dominaban con soltura el lenguaje patriótico y militar: desde Buenos Aires, un paisano se interesaba por un contendiente que defendía «en los campos de batalla de Melilla el glorioso, heroico e hidalgo pabellón español», de quien no sabía si «ha[bía] sido muerto, herido, desaparecido o se enc(ontraba) prisionero de las huestes enemigas». Los empleados de la secretaría palatina daban las explicaciones pertinentes y transmitían en nombre del rey un sinfín de pésames.[17]

La fiebre nacionalista se explicaba por la convergencia de diversos motivos. La desgracia, que afectaba a tantas familias, movilizó al grueso de los medios y de la ciudadanía, en actitudes cruzadas donde costaba distinguir entre los sentimientos patrióticos de fondo, el efímero afán de desquite y la compasión inmediata por los pobres heridos. El ondear de banderas se mezclaba con el odio al moro: hubo ferias en las que se pagaban unos céntimos por abofetear a un muñeco que caricaturizaba a Abd el-Krim. A todo ello contribuyó asimismo la suspensión de desigualdades en el servicio militar obligatorio, que implicó en el contraataque a miembros de todas las clases sociales. Los soldados de cuota ya no podían eludir los destinos en Marruecos y, por tanto, se veían obligados a bregar con los magrebíes, como los demás. Varios miembros de la realeza se incorporaron a la guerra a efectos propagandísticos, igual que habían hecho sus congéneres británicos o italianos en la contienda europea: el príncipe Genaro de Borbón-Dos Sicilias, hermano de don Carlos y teniente de navío honorario; y su sobrino Alfonso, húsar recién graduado en Valladolid. Este último partió a África «lleno del mayor entusiasmo», con su pensamiento puesto en el rey y «en nuestra amada España».

Por otra parte, los desfiles y funciones benéficas se acompañaron de una rápida búsqueda de héroes que limpiaran el honor del ejército, pues muchos oficiales, como reconocía Alfonso XIII ante los diplomáticos, se habían comportado de manera indigna. No se erigieron esta vez monumentos a hijos del pueblo, como el cabo Noval, sino que se centró la atención en la oficialidad. Y se recurrió a la omnipresente caballería. Por ejemplo, se ponderó la audaz carga del general Cavalcanti –sucesor de Silvestre y hecho

de su misma pasta, también cercano al rey y jefe más adelante de su casa militar–, quien ya había destacado en 1909 y ahora salvó la posición de Tizza de otro fiasco. O a los caídos del regimiento de Alcántara, que habían protegido la caótica retirada y entre los cuales brillaba el teniente coronel Fernando Primo de Rivera. El soberano le impuso a título póstumo la Cruz Laureada de San Fernando y en 1923 presidió su cortejo fúnebre hasta un cementerio madrileño, donde Benlliure le levantó una estatua. El patrón del arma y de España, Santiago el Mayor, constituyó uno de los emblemas de la revancha, pues la reina madre, con dudoso gusto, honró a los de Alcántara donando una imagen del apóstol *matamoros* al templo que llevaba su nombre en Nador: un empeño de la marquesa de Cavalcanti en la ciudad recuperada. Aparecido de modo providencial en una legendaria batalla de la Reconquista, el santo aplastaba a un musulmán, pateado por su caballo.[18]

Sin embargo, la verdadera estrella de la revancha fue una unidad militar recién estrenada, el Tercio de Extranjeros –Tercio, como los de Flandes, naturalmente–, creado en 1920 y que hasta entonces no había intervenido en Melilla. Su fundador e ideólogo, el teniente coronel de infantería José Millán-Astray, un personaje estrafalario y con olfato para la propaganda, logró que sus hombres aparecieran como salvadores de la plaza y protagonistas de las operaciones ulteriores. Moldeado a imagen y semejanza de la Legión extranjera francesa, el Tercio –conocido también como la Legión– se componía de mercenarios que lavaban su pasado a cambio de luchar en las campañas coloniales, donde demostraban un valor suicida que enseguida se hizo popular. Atraído por sus posibilidades, puesto que sustituían a los reclutas y daban el do de pecho varonil y patriota que tanto le placía, Alfonso XIII los respaldó desde el comienzo y se deshizo en atenciones con Millán-Astray, que figuró desde entonces entre sus jefes predilectos. Lo cierto es que la familia del teniente coronel había tenido contactos previos con la real y que él mismo había servido en el Regimiento Inmemorial del Rey. Pero su cercanía se forjó a raíz de los éxitos africanos. Cuando en septiembre de 1921 sufrió la primera de sus gravísimas heridas en combate, don Alfonso le felicitó por aquella gloriosa marca y el militar le contestó que «caer por la Patria, y pensando en Vuestra Majestad, es la alegría más grande que puedo sentir». Más aún, de inmediato le convirtió en gentilhombre de cámara con ejercicio, lo cual le permitía ver a los reyes, jugar con sus hijos y hasta comer con ellos, algo que le encantaba. El monarca atendía complacido las peticiones de los *Millanes-Astray.*[19]

Al agasajar al carismático jefe del Tercio, como haría más tarde con su lugarteniente Francisco Franco, el monarca se asociaba a sus particulares ideas y métodos. De una parte, la creencia compartida en la intangible unidad y en la misión histórica de España, que debía proyectarse en África, lo mismo

que antes lo había hecho en la Reconquista peninsular y en América. Un patriotismo sin fisuras que no retrocedía ante la evidencia de la composición del cuerpo, en buena medida internacional. De otra, su mística guerrera, una especie de religión caballeresca basada en el código samurái: entre los legionarios se establecía una camaradería sin límites, de varones conjurados por una causa nacionalista y unidos en el culto a la muerte, supremo sacrificio ante el altar de la patria que encarnaba la bandera. Morir con honor era mejor que vivir como cobardes. De manera que no podían retroceder y justificaban además una absoluta falta de humanidad, una brutalización común a otras tendencias extremas e irracionalistas en la Europa de entreguerras, como el fascismo en auge. Así, practicaban la caza cuasideportiva de los *pacos* –los francotiradores magrebíes– y la mutilación ritual del enemigo. Según denunciaron los socialistas en el Congreso, llegaron a regalar a la duquesa de la Victoria un cesto de flores adornado con cabezas de rifeños.[20]

La violencia radical caracterizó, sin rebozo, el desquite español. Sólo cuatro días después de Annual, las fuerzas vivas de Melilla pedían al rey que España castigase «con sin igual dureza la afrenta recibida y el martirio cruel con que se han ensañado ingratos y desleales indígenas en millares de sus hijos». El salvajismo de los marroquíes y sus traiciones –es decir, el cambio de bando de algunas cabilas– legitimaron el uso de técnicas despiadadas contra guerreros y civiles. Y de herramientas inusuales, como las devastadoras armas químicas, ya probadas en las trincheras europeas y ahora disponibles a través del contrabando, surtido sobre todo por el derrotado ejército alemán, y de la fabricación propia. Un recurso que contó desde muy pronto con el calor de don Alfonso, que se había interesado por ellas desde 1918 y durante la ofensiva del otoño de 1921 escribía a Berenguer: «Lástima que no te hayamos podido mandar una escuadra de bombardeo, para con gases llevar la desolación al campo rifeño». La promesa de un final rápido y victorioso parecía irresistible a periodistas y políticos de varias tendencias, y desde luego al monarca. Ya en 1922 se firmaron contratos con los alemanes para construir una factoría cerca de Madrid –bajo el poco disimulado nombre de *Alfonso XIII*– y sus bombas comenzaron a lanzarse al año siguiente. Las condenas internacionales a estos productos venenosos no detenían a los colonialistas españoles, que recordaban las barbaridades cometidas por los británicos en la India. En confidencias con el agregado militar francés, de 1925, el rey habló de exterminar a las malas bestias rebeldes por medio del hambre y «del más dañino de los gases». Con el enemigo no cabía un ápice de piedad cristiana.[21]

Así pues, la identificación de Alfonso XIII con los africanistas fue en aumento a comienzos de los años veinte, cuando las circunstancias en el Rif les animaron a plantar cara a sus rivales los junteros. El monarca debía

mantener la unidad del ejército, una de sus preocupaciones constantes, pero terminó por inclinarse en favor del africanismo. No sólo de las unidades ordinarias –como las de caballería– o de los legionarios, también de los regulares, fuerzas indígenas mandadas por oficiales españoles. El manejo de los símbolos le fue de utilidad en esa progresiva toma de postura. Ante la inconveniencia de ascender a sus caudillos, una palanca que seguían rechazando las juntas, nombró gentilhombre de cámara –a la vez que a Millán-Astray– al jefe de esas fuerzas, el teniente coronel Santiago González-Tablas, muerto poco más tarde. En octubre de 1922, la reina entregó su bandera a los regulares de Larache, con un nuevo canto a los colores nacionales y a la difusión en Marruecos de una civilización superior. La oficialidad de infantería se negó a participar en los actos, mientras Millán-Astray promovía una colecta para obsequiar a doña Victoria con una joya. Lanzó graves críticas a los junteros y a continuación dimitió, con gran ruido mediático y la admiración de miles de estudiantes, que le consideraban un modélico patriota. En resumen, se hacía evidente la división interna de los militares y se complicaba aún más una escena política en la que no cesaba la injerencia pretoriana. Un conflicto endemoniado por las demandas parlamentarias de responsabilidades en el desastre.[22]

RESPONSABILIDADES

No todo era entusiasmo por la guerra colonial. Las protestas en el transporte de tropas, tapadas por la censura pero recogidas en los informes diplomáticos, menudearon conforme se asentaba la recuperación y se apagaba el fervor patriótico. Al mismo tiempo se solidarizaban con los magrebíes, que al fin y al cabo luchaban en su tierra, los sectores independentistas de los nacionalismos vasco y catalán, y también los comunistas, un pequeño grupo recién desgajado del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) para incorporarse a la internacional bolchevique. Sin embargo, lo que, por encima de cualquier otro factor, complicaba el panorama africano era la investigación oficial para establecer la culpabilidad en la catástrofe de 1921, encargada ese mismo agosto por el Gobierno al general de Estado Mayor Juan Picasso, togado del Consejo Supremo de Guerra y Marina. Su pesquisa, confeccionada a base de minuciosas entrevistas, puso de manifiesto las deficiencias del despliegue y el desorden de la retirada, y valió más adelante para procesar a varios jefes, entre ellos al alto comisario Dámaso Berenguer, que siguió en su puesto unos meses más para dirigir los avances. En mitad de la polémica, Alfonso XIII mostró una y otra vez su solidaridad con Berenguer, hacia quien tuvo deferencias resonantes, como ir en persona a recibirle a la estación ferroviaria en Madrid,

para sorpresa del interesado, o enviar a un ayudante para felicitarle en su onomástica. Cuando, ya bajo la dictadura, fue condenado por negligencia, resultó amnistiado y el monarca acabó por llamarlo a encabezar su casa militar, en 1926, y el Consejo de Ministros, en 1930.[23]

Más allá del procedimiento jurídico-castrense, la petición de responsabilidades anegó el debate político cuando se abrió paso en el Parlamento, que a partir de entonces experimentó un resurgir de su importancia dentro del sistema de la Restauración. Si los conservadores, en el poder cuando Annual, querían circunscribirlas a los mandos militares, los liberales apuntaban al ministerio conservador. Pero fueron los socialistas, que apenas sumaban tres escaños, quienes supieron sacar partido del reglamento de la cámara para, con su retórica, colocar al rey en el banquillo de los acusados. Aunque sonase extraño, en aquella coyuntura preferían los debates parlamentarios a las huelgas. Sus afirmaciones, que recogían detalles difíciles de comprobar, engordaron los rumores sobre la implicación del monarca en el cataclismo, regueros de pólvora en la imaginación social, y alimentaron las críticas antidinásticas hasta el final del reinado y más allá. Indalecio Prieto, después de ejercer como corresponsal de *El Liberal* en Melilla, perfiló en octubre de 1921 la principal acusación: tal y como había confesado Silvestre en mayo, don Alfonso había ordenado la maldita cabalgada sobre Alhucemas. El diputado confirmaba así la pésima opinión que mantenía, desde su juventud, acerca de aquel tipo tan frívolo. A su juicio, miles de víctimas rodeaban el trono, obnubilado por ambiciones cuyo origen había que buscar en el cerro de los Ángeles. Es decir, en el inventario de la España reaccionaria. Su compañero Julián Besteiro sostenía en noviembre que Marruecos conformaba el fundamento del régimen, con lo que la derrota suponía su derrumbe. Dicho de otra forma, atacaban al rey para acabar con la monarquía.

Los oradores de la izquierda obrera también pusieron sobre la mesa la peliaguda cuestión de los cientos de prisioneros españoles en manos de los rifeños, que pedían por ellos un substancioso rescate. Prieto aludió a una expresión que se atribuía a Alfonso XIII, sorprendido al parecer por la elevada cuantía exigida, y que el presidente del Congreso reconoció de inmediato al amonestar al diputado: «Hay quien atribuye esta actitud del Gobierno a una frase altísima, según la cual resulta cara la carne de gallina». Semejante sarcasmo real, sobre el valor de los apresados, no se olvidaría con facilidad. Los círculos liberales propendían a aceptar el pago por su liberación, aunque eso supusiera dar más divisas al enemigo, pero el mundo militar, sobre todo el africanista, contemplaba esa posibilidad como una traición intolerable. El duque de Alba, tan próximo al monarca, coincidía con los intransigentes: «desde el punto de vista nacional o patriótico», declaraba a la prensa, no cabía

negociación alguna con los rebeldes, de cuyas garras había que arrancar por la fuerza a los presos. Todavía en noviembre de 1922, Prieto repetía sus argumentos y les añadía la vergüenza de las francachelas de Deauville para descalificar por completo al rey, culpable aunque la Constitución declarara su irresponsabilidad y los ministros cubriesen sus acciones.24

Las intervenciones de Alfonso XIII en los asuntos de Marruecos parecían un secreto a voces. El presidente Antonio Maura las certificó al llegar al poder tras el desastre, cuando expresó su intención de quitarle la iniciativa en ese campo. Pero esto era ya demasiado. Si el patriotismo cundía en casi todo el arco político y en buena parte de la sociedad, lo ocurrido en África deterioraba, sin duda, la imagen del monarca. El implacable Unamuno se atrevió a insinuar por escrito otro de los cargos que circulaban contra él: que había remitido un telegrama a Silvestre con un «¡Olé los hombres!», en señal de aliento. Según otras versiones, el texto rezaba «¡Olé tus cojones!» u «¡Olé los hombres, el 25 te espero!», en referencia al 25 de julio, día del apóstol Santiago, supuesta fecha pactada –tal vez, en el encuentro de Valladolid– para tomar Alhucemas. Ni este ni otros mensajes, si alguna vez habían existido, llegaron a encontrarse.25

Según el socialista Arturo Barea, que abordó el asunto dos décadas después, tanto en el protectorado como en Madrid se daban por ciertas en 1921 las peores sospechas acerca del monarca, lo cual animaba a los republicanos: «Al Narizotas –concluía uno de los amigos del protagonista– se le ha acabado el chupen. Dentro de un año tenemos la República». Algunas opiniones reprochaban a don Alfonso que, justo el día en que se había venido abajo el ejército de África, participara en las fiestas burgalesas dedicadas al Cid Campeador y contemplase allí las acrobacias de los aeroplanos que tanta falta hacían en Marruecos. Desde luego, el sobrenombre de El Africano, que desde 1911 reconocía la influencia regia en el pequeño imperio marroquí, era más un sambenito que un timbre de prestigio. La mancha de Annual no dictaba una sentencia de muerte sobre el régimen constitucional, mucho menos sobre la monarquía, pero sería difícil de limpiar.26

---

1. Jefferson Caffery, encargado de negocios de Estados Unidos en España, al Departamento de Estado, 30.7.1921, NA RG59 M1369/3, citado por Hall (2005), p. 289.

2. «Las fiestas de Burgos», *Abc*, 21-22.7.1921. *Diario de Burgos*, 19-22.7.1921. Cita en *El Debate*, 19.7.1921. Ebro (1952), pp. 381-383. Iglesias y Zaparaín (2004).

3. Porrinas (2019), pp. 326-337. *Abc*, 21.7.1921.

4. Cita en «La Marcha Real con letra de Marquina», *La Época*, 21.7.1921. Gutiérrez-Ravé (1955), cita en p. 210. También en *Abc*, 21.7.1921.

5. Cita de Ebro (1952), p. 384. Macías (2019), pp. 187-240.

6. Joaquín Costa, «La Cámara Agrícola del Alto Aragón» (1898), en Costa (1900, 1924), cita en p. 17. Estereotipos, en Martín Corrales (2002), pp. 99-149. Albi (2021).

7. Telegramas y conferencias, en AGP Cª 15510/10. Crónica de esos días, en *El año político*, 21-23.7.1921 (cita del 23). Véase también *La Correspondencia de España*, 23.7.1921.

8. Solé (1976). Moreno Luzón (1998), pp. 360-361.

9. Tusell y García (2001), pp. 331-336. Sueiro (1993) y (2000).

10. Macías (2019). Cita del rey, en *La Correspondencia Militar*, 5.5.1921.

11. AGP Cª 1248/4. Serrano Vélez (2018). Martínez Reverte, Ramos y Chafih (1921), pp. 83 y ss. Albi (1921).

12. *Abc*, 5-6.5.1921 (cita del 6, en M. R. Blanco Belmonte, «Hacia una España mayor») y 15.7.1923 (cita de Rafael Sánchez Mazas, «Soneto de la reina, a caballo»). Enseñat y Azcue (2013), pp. 230-231. *La Correspondencia Militar*, 5-6.5.1921 (cita del 5).

13. M. R. Blanco Belmonte, «Hablando con el general Silvestre», *Abc*, 24.7.1921. Cita en *El Liberal*, 10.5.1921. La jactancia de Silvestre fue reconocida por el vizconde de Eza, ministro de la Guerra entonces, en *DSC*, 29.11.1922, p. 4404. Pando (1999), pp. 162 y 183. Martínez Reverte, Ramos y Chafih (2021).

14. Mensaje del rey, en *El año político*, 29.7.1921. Iglesias (2014), pp. 301-302.

15. Las impresiones sobre Monte Arruit, en *El año político*, 24.10.1921. *La banderita*, en Moreno Luzón (2018a).

16. Despedidas, en *La Época*, 24.8.1921, y *La Correspondencia Militar*, 17.10.1921. *El año político*, 3 y 7.10, 30.11 y 13.12.1921. También *La Época*, 28.3.1922. Emigrantes, en *La Correspondencia de España*, 3.8 y 16.9.1921. Donaciones, en AGP Cª 15510/13 (cita en carta de la Sociedad Española de Beneficencia de Atlántida al rey, 25.10.1921); y compras en Secretaría particular de Alfonso XIII/Sección militar/Guerra de África, caja sin numerar.

17. AGP Cª12958/2: citas de Antonio Ríos Brajones, Villafranca de los Barros, 11.3.1922; Eladio Albalá, Granadilla, 25.1.1922; y Raimundo Canella al rey, Buenos Aires, 15.12.1921. También Cª 15502/1 y 2.

18. La Porte (2003), p. 259. Martínez Reverte, Ramos y Chafih (2021), pp. 278-279. Cita, en Alfonso de Borbón-Dos Sicilias al rey, 29.7.1921, AGP Legajo 5601. Iglesias (2014), pp. 278-280. Santiago, en *La Época*, 23.1.1922.

19. Cita en *El año político*, 17.9.1921; también *El Siglo Futuro*, 7.10.1921 y *El Globo*, 11.11.1922. Togores (2003), p. 50. Por ejemplo, Pilar Millán-Astray al rey, 8.6.1925, para conservar la concesión de un kiosco en Barcelona, recomendada por el rey al alcalde, AGP Cª 15389/1.

20. Jensen (2014), pp. 219-237. Cabezas, en *DSC*, 27.10.1921, p. 3827.

21. Cita en *El año político*, 27.7.1921. Pando (1999), cita en p. 310. Balfour (2002), pp. 241-300; cita en p. 263. Viñas (2001), pp. 85-112.

22. *El año político*, 14.10.1922. Jensen (2014), pp. 224-225.

23. La Porte (2003), pp. 286-289. Gestos del rey con Berenguer, en *El año político*, 27.11.1921 y 13.12.1922.

24. *DSC*, 27.10.1921, pp. 3818-3832 (cita en p. 3822), y 3.11.1921, pp. 3938-3948; 21.11.1922, pp. 4198-4204, y 22.11.1922, pp. 4225-4233. Alba, en *El año político*, 12.12.1921. Fuentes (2016), p. 35.

25. Maura, en ANR L8907, 16.8.1921. Miguel de Unamuno: «De actualidad. Hespanholadas», *El*

Liberal, 9.10.1921; y «La acción civil en África», *El Socialista*, 2.6.1922. En octubre de 1921, un panfleto publicado con el pseudónimo *Joaquín Costa* reproducía la versión del telegrama con la fecha del 25: La Porte (2003), p. 357. Más versiones, en Petrie (1965, 1967), p. 176.

26. Cita en Barea (1943, 2000), p. 163. Iglesias (2014), p. 296.

Viaje regio a Barcelona, con el jefe conservador José Sánchez Guerra (1922).
Foto: taller de Domínguez. © Patrimonio Nacional

14

Contra el Parlamento

Los Reyes modernos no somos como los antiguos;
somos el primer ciudadano de la Patria
y en lugar de estar inmóviles sobre un Trono,
vamos guiando a las naciones por la senda del progreso.

Alfonso XIII[1]

CÓRDOBA

Dos meses antes de Annual, el 27 de mayo de 1921, el Congreso de los Diputados vivió otro incidente que afectaba de lleno a Alfonso XIII. La manzana de la discordia eran esta vez las palabras que el rey había pronunciado en un reciente viaje a Córdoba, donde había criticado con dureza el papel del Parlamento español. No se trataba de su conocida implicación en la guerra de Marruecos, ni de sus devaneos veraniegos, sino del núcleo del orden constitucional: las relaciones entre la corona y las Cortes, órganos cosoberanos, interpretadas por el titular del primero. Durante un debate sobre el monopolio de tabacos, esa tarde se discutía la posible aplicación del artículo 112 del reglamento, la famosa *guillotina*, que desde 1918 permitía poner una fecha final al trámite de los proyectos de ley. Entonces protestó el reformista Manuel Pedregal, porque el abuso de tal medida suponía a su parecer la supresión del régimen parlamentario, al tiempo que insinuaba que el monarca tenía al Parlamento por una rémora. De inmediato, los socialistas se subieron al carro para apuntar sin remilgos a don Alfonso: Julián Besteiro recordó que circulaban hojas impresas con el discurso regio, que menospreciaba a las cámaras; Indalecio Prieto, en medio del barullo, proclamó a gritos, hasta en tres ocasiones, que «El parlamento tiene más dignidad que el Rey». La mayoría conservadora se quejó, mientras los liberales se sumaban con cautela a la defensa de las Cortes, herederas de las luchas del siglo XIX. La rotunda frase de Prieto no figuró en el *Diario de las Sesiones*, aunque corrió al instante por los cenáculos de Madrid.[2]

Pero ¿qué había dicho el monarca? Los periódicos ofrecieron, en principio, una versión escueta y anodina: en un banquete celebrado el 23 de mayo, el soberano había afirmado que el progreso de Córdoba, como el de España entera, exigía que el Parlamento sacara adelante los planes necesarios. Él no se metía en política, aunque esperaba que todos cumplieran con sus

deberes nacionales. Según las memorias del ministro que le acompañaba, el de Fomento Juan de la Cierva, don Alfonso se había dejado llevar por el ambiente para denunciar los obstáculos que impedían las grandes reformas y asegurar «que él, dentro o fuera de la Constitución, tendría que imponerse y sacrificarse por el bien de la Patria». Cierva procuró que los periodistas sólo difundieran el suave resumen que les había preparado. Pero no le sirvió de nada: un noticiero cinematográfico recogió en carteles el discurso íntegro, «por su interés y tonos patrióticos», con frases que recriminaban a las cámaras parlamentarias que no cumplieran con sus fines y sólo sirviesen a «móviles políticos». El texto apareció en la película después de su visita a un cuartel y antes del tiro de pichón. Por primera y última vez, una intervención real se daba a conocer de este modo. Al día siguiente del rifirrafe en el Congreso, el diario católico *El Debate* aplaudía a Alfonso XIII, buen intérprete a su juicio de los deseos españoles, y reproducía con detalle las *verdades* que había señalado: el orador constataba los problemas del país, aquejado por ejemplo de malos transportes, pero como monarca constitucional no podía hacer que se aprobaran las buenas leyes que su Gobierno presentaba, porque en el Parlamento las oposiciones lo impedían; de modo que «las provincias deb[ían] comenzar un movimiento de apoyo a su rey», y así las Cortes honrarían sus deberes y acatarían lo que él firmara. Nadie iba a coger en una falta constitucional, advertía, a quien tantas veces se había jugado la vida por España.3

El ambiente al que se refería Cierva propiciaba la sinceridad del rey, quien agradeció su prudencia al ministro porque –según le confesó– «se [l]e fue el corazón a los labios». En el Círculo de la Amistad, el casino más exclusivo de Córdoba, rodeado de la alta sociedad local encabezada por los grandes propietarios, que le jaleaba con aplausos. Allí expresó opiniones que compartía su entorno más cercano. Como el marqués de Viana, en cuyo palacio se alojó y preparó la sonada diatriba, en absoluto improvisada: el caballerizo mayor, pronto presidente de los olivareros, estaba tan orgulloso de esa circunstancia que mandó colocar en su comedor un artístico pergamino con la alocución, compuesta en fina caligrafía y rubricada por el propio monarca. Lo mismo que el círculo cordobés, que quiso grabarla en letras doradas porque, como afirmaba la marquesa del Mérito a su amigo Viana en 1921, «siguen locos y borrachos de entusiasmo por Su Majestad». En íntima complicidad con su interlocutor, a quien llamaba *Pepín*, la marquesa se sentía muy satisfecha con el comportamiento regio en el programa que ambos habían orquestado: «la verdad –concluía– es que ni tú ni yo esperábamos tanto éxito en nuestro empeño, lo que sí se ha probado es que no nos equivocamos al pensar que hacía falta».4

En definitiva, aquel desahogo revelaba la concepción que tenía

Alfonso XIII, quien acababa de cumplir 35 años, de su papel político: legitimado por su patriotismo y su palpable popularidad; con el arropo de su ejército –que pocos días antes había disfrutado en la fiesta de la caballería en Valladolid– se sentía fuerte para apelar al pueblo español y reforzar su propia influencia frente al otro depositario de la soberanía, el Parlamento, corroído según sus enemigos por los manejos egoístas de oligarcas y caciques. Un sesgo populista que le animaba a seguir activo en la política cotidiana y que terminó, no muchos meses más tarde, por convencerle de las bondades de administrar algún remedio dictatorial a los males de España. No resultaba difícil, como le pasó al embajador francés, ver en todo ello «una afirmación del poder personal, a la vez marcada e imprudente». Atravesada, además, por un talante tecnocrático que se desesperaba ante los meandros del parlamentarismo liberal y prefería las soluciones directas y eficaces, a cargo de gobiernos expeditivos ayudados por expertos. Siempre le habían fascinado las obras públicas, que frecuentaba en sus giras, y no soportaba retrasos en su ejecución. Le preocupaban sobre todo las relacionadas con las comunicaciones y con la agricultura, como las hidráulicas que inspeccionó esa misma semana en Andalucía. En 1922 confirmó al liberal Niceto Alcalá-Zamora que en Córdoba había dicho lo que pensaba. Por el momento, se asustó ante el impacto de sus manifestaciones y negó cualquier intención antiparlamentaria.[5]

Aunque lo desmintiese, don Alfonso sintonizaba con los críticos del parlamentarismo, que abundaban en España –como en toda Europa, también en América Latina– durante aquellos años. En tiempos de regeneración, la ironía habitual entre los comentaristas se había tornado sarcasmo en las crónicas, ensayos, caricaturas y novelas que retrataban el funcionamiento de las Cortes: si el fraude pervertía las elecciones, los diputados y senadores –sospechosos de corrupción– sólo se ocupaban de sus intereses clientelares y perdían el tiempo en interminables debates, ajenos a las preocupaciones de la gente. Por ejemplo, Unamuno sentenciaba en 1914 que «nada disuena más allí, en aquella campana pneumática, que la voz de la calle». Todo se resumía en una farsa, sin apenas utilidad. La vida parlamentaria no gozaba, pues, de buena prensa y sufría continuos ataques, que empeoraron en la postguerra mundial, cuando se agudizaron las acusaciones de ineficacia ante los múltiples conflictos que tensionaban las sociedades de masas. Las izquierdas extremas, ilusionadas con la fe que venía de Moscú, despreciaban su carácter burgués; las derechas denunciaban su incapacidad para afrontar las amenazas revolucionarias, una de las obsesiones del rey y de los militares, agudizadas con el tiempo.

En los medios se replicaban estas acusaciones y se mezclaban con las tradicionales proclamas regeneracionistas contra el régimen oligárquico de la

Restauración, que germinaban en los bordes del entramado constitucional. Tan implacables resultaban los dibujos caricaturescos de Bagaría, que trabajaba para la revista *España* y el diario *El Sol*, pilares de la intelectualidad progresista, como las incisivas sátiras de escritores conservadores, como el maurista Wenceslao Fernández Flórez en *Abc*. Así, las quejas del rey merecieron el respaldo inicial del republicano Alejandro Lerroux, mientras el reformista Melquiades Álvarez atisbaba una reforma constitucional con patrocinio de la corona. Pero, sobre todo, recibieron los parabienes de los círculos católicos y del maurismo, cada vez más proclives a una salida autoritaria bajo el paraguas monárquico. El propio Antonio Maura insistió en su visión anticaciquil, ahora esperanzada por el aliento alfonsino, que terminaría de una vez con «la rotación de fingimientos escarnecedores de la voluntad nacional». En palacio se recibieron adhesiones a los «valientes conceptos» vertidos por el rey, fuera desde un centro español en Argentina o desde La Rioja, en España. Resultaba llamativo, eso sí, que esta avalancha cayera cuando, después del susto de 1917-1919, las Cortes daban pruebas de mayor eficacia –con herramientas como la *guillotina*– y de una vitalidad que probaría más adelante la exigencia de responsabilidades por el desastre africano.6

Lo cierto es que Alfonso XIII no dejó de dar muestras de su voluntad intervencionista y de su hartazgo ante las ineficiencias del ordenamiento político vigente. Con la piel muy fina, pues –se lamentaba– «cuando interpreto el sentir nacional, se trata de inconstitucional lo que digo». Al inaugurar el curso académico 1921-1922 en la Universidad Central, desgranó una peculiar teoría acerca de los lazos entre corona y democracia. Tras reclamar la fusión de los intelectuales con un fervoroso españolismo, aludió otra vez al amor popular hacia su persona y se dijo dispuesto a guiar a la nación por la senda de la prosperidad. Nada de permanecer inmóvil en el trono: «es un concepto nuevo, pero mucho más fundamental para la Monarquía ese concepto democrático». Semejante idea tenía poco que ver con la universalidad del voto, las elecciones limpias o las mayorías parlamentarias, más bien se aproximaba a una completa identificación entre el rey y su pueblo. En otro viaje, esta vez a Almería a finales de 1922, se indignó en público porque no se gastaban los presupuestos para la construcción de carreteras, ante un ministro y un parlamentario local. Sus protestas de constitucionalidad, que aludían a las facultades del poder armónico imaginado por Vicente Santamaría de Paredes, daban lugar a «muy calurosos comentarios». No sin ambigüedades, Alfonso XIII contraponía el interés de España con la política al uso: la deseable unidad de la nación *versus* las luchas y divisiones faccionales. «Los políticos tienen que convencerse –dijo en 1919– de que hay que hacer política nacional, excluyendo en absoluto la

partidista». Con una Iglesia hegemónica y un ejército unido, con los españoles arracimados en torno a un monarca que escuchaba sus deseos, encarrilaría el progreso de la patria.[7]

La Gran Guerra había dejado un panorama teñido de claroscuros para las coronas europeas. Se llevó por delante a los imperios ruso, alemán, austro-húngaro y otomano. Pero su desaparición no implicaba el fin de las monarquías en el continente, puesto que, aparte de la británica, quedaron las de otros vencedores, como la belga, la italiana, la rumana o la griega, las de perdedores como Bulgaria y Hungría –bajo un regente–, la holandesa, las nórdicas y las de nuevos estados como el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, la futura Yugoslavia. Unas y otras tuvieron que convivir con los valores democráticos impuestos por la paz de París, que en principio las abocaban a transformarse en monarquías parlamentarias donde rigiese la soberanía nacional. Pero también se vieron envueltas en la crisis de las democracias liberales de la postguerra y, frente a las turbulencias económicas y los fantasmas de la revolución, algunas implantaron o aceptaron dictaduras nacionalistas y corporativas. El activo y patriota Alfonso, imbuido de providencialismo regenerador desde su jura, temía un contagio bolchevique y desconfiaba del Parlamento. Más que una evolución democratizadora, que suponía la progresiva pérdida de poderes por parte del trono, sus tendencias contrarrevolucionarias y populistas le hacían atisbar un orden social y político garantizado por el rey, quien actuaba en nombre de la nación.

Como antes de la contienda mundial, había varios modelos de monarcas disponibles. Por una parte, el de Jorge V del Reino Unido, respetado pero con una influencia limitada y ahormada por el gobierno parlamentario. De acuerdo con las recetas de Bagehot, podía sugerir y aconsejar, incluso decidir en algunas crisis importantes, pero flotaba por encima de las polémicas partidistas. Y, desde luego, debía someterse al veredicto de las urnas, que en 1923 propiciaron un primer Gabinete a cargo del laborismo obrero. En el lado opuesto, el ejemplo de Constantino I de Grecia, tan enfangado en los conflictos políticos y militares que se erigió en cabeza de uno de los dos bandos enfrentados durante el cisma nacional producido por la guerra, cedió el trono a su hijo Alejandro y volvió a asumirlo tras su muerte, hasta su definitiva abdicación en 1922. Ambos se seguían con interés en España. En cuanto al avance de la democracia liberal, contrastaban actitudes como la de Alberto de Bélgica, árbitro entre las nacionalidades que formaban el país y defensor de un sufragio universal auténtico, herramienta para integrar a las clases trabajadoras, con las de otros soberanos que, alarmados por las luchas sociales de postguerra, se entregaron al autoritarismo, como Víctor Manuel III de Italia, también en 1922. Don Alfonso descartaba encerrarse en un papel representativo y acabó por seguir la senda italiana. Pero no fue un tránsito

sencillo ni automático. Antes tendría que lidiar con dos graves problemas: el militar, donde la pugna entre junteros y africanistas se conjugaba con la crecida castrense frente al sindicalismo y con la constante intrusión de las juntas en el devenir de los ministerios; y las dificultades para articular un nuevo sistema de partidos que facilitara la gobernabilidad.[8]

TODO POR EL ORDEN

Más allá de Marruecos, el otro foco conflictivo que condicionaba las relaciones entre el poder civil y el militar se hallaba en Barcelona, que sufrió un largo periodo de violencia social y terrorismo. El ejército, dueño del orden público en cuanto se disparaban las protestas, hizo de la zona su feudo indiscutible, donde estuvo ausente no ya una parte del orden constitucional –las garantías básicas permanecieron suspendidas entre 1919 y 1922– sino cualquier atisbo de legalidad, en lo relativo a la represión del obrerismo revolucionario. Las autoridades castrenses hicieron piña con el ala más radical de la patronal catalana y después con los sindicatos *libres*, de raíz católica y tradicionalista. También autorizaron el resurgimiento de la vieja milicia catalana del somatén, alimentada por los hombres de la Unión Monárquica Nacional y de la Lliga Regionalista. En pleno reflujo económico de postguerra, frente a ellos se levantaba la gigantesca Confederación Nacional del Trabajo (CNT), anarcosindicalista, con sus sindicatos únicos y los grupos ácratas de acción que competían a tiros por las calles con los pistoleros de derechas. Dentro de un marco dibujado por la atomización de los partidos gubernamentales, los gabinetes se sucedían a un ritmo frenético –ocho crisis totales en cuatro años– y ponían en práctica diversas estrategias. Oscilaron entre la mano dura, que dejaba hacer a militares, policías y sicarios, y actitudes más templadas, abiertas al diálogo con el sindicalismo y enfrentadas por tanto con la reacción. A todo ello se añadían las presiones corporativas de las juntas de oficiales, cuyo centro se hallaba también en Barcelona. Alfonso XIII, consciente de su papel decisivo y siempre identificado con el orden y con los cuarteles, se veía impelido a intervenir.

La huelga de La Canadiense, en los primeros meses de 1919, fijó el tono del conflicto. El empeño del Gobierno Romanones por negociar con los dirigentes de la CNT, que incluyó el anuncio de la jornada laboral máxima de ocho horas y de un nuevo sistema de seguros sociales, se dio de bruces con la intransigencia que acaudillaba el capitán general Joaquín Milans del Bosch, quien confiaba en el beneplácito regio y logró derribar al político liberal. Mientras tanto, los oficiales se quejaban de su exposición pública en los contenciosos industriales y de la falta de castigo a sus culpables. Con maneras

desafiantes y entre rumores de golpe, exigieron remedios en un documento dirigido al monarca, comprensivo con sus demandas. El Gabinete Maura que remplazó al romanonista avaló la línea severa de Milans del Bosch, pero duró poco, mientras el siguiente, del conservador ortodoxo Joaquín Sánchez de Toca, dio un nuevo giro para hablar otra vez con los cenetistas y calmar los ánimos. Aunque contaba con el apoyo de los junteros más tolerantes, se le pusieron en contra tanto la Federación Patronal Catalana, que se embarcó en un *lock-out* (cierre de empresas), como el capitán general, protegido por el rey. La junta de infantería, enredada en una compleja cuestión de honor vinculada a su rivalidad con el Estado Mayor, terminó por derrocar al dialogante Sánchez de Toca. El embajador británico opinaba que don Alfonso era incapaz de plantar cara al juntismo y a cualquier otro movimiento proveniente del ejército, que tenía por el principal baluarte de la monarquía. Con ello, el monarca perdía pie entre quienes abogaban por las formas constitucionales y parlamentarias, pues el Gobierno legal existente quedaba marginado por la corona en los asuntos militares.9

El baile de los ministerios, síntoma de su debilidad frente a las fuerzas armadas, de las cuales dependían para mantener el orden y sortear un posible desbordamiento izquierdista, dio aún más alas a la capitanía de Cataluña. Con el Gabinete de concentración presidido por el conservador independiente Manuel Allendesalazar, a partir de diciembre de 1919, Milans del Bosch reafirmó su autonomía y se desataron cientos de detenciones y la clausura de sindicatos y periódicos. Además de declarar el estado de guerra, Milans obtuvo plenos poderes, como en una plaza sitiada. Llegó entonces la hora de la venganza para el conde de Romanones, quien aprovechó la salida a la luz de unas cartas del capitán general para exigir su retiro, por su descarada insubordinación. Los junteros amenazaron entonces con agredir al político. Renacidas las especulaciones acerca de un *putsch* militar, tanto los jefes de las juntas como el Gobierno recurrieron al rey, que al fin solicitó la dimisión al polémico general de caballería. Eso sí, encontró para él una salida honrosa: la jefatura de su casa militar. El mando que durante un año había puesto en solfa la supremacía constitucional del Ejecutivo y había chocado una y otra vez con quienes abogaban por tratar el cáncer barcelonés como un problema social, no como una mera agitación subversiva, era bienvenido en palacio. Al frente de su estructura castrense permaneció durante un mandato completo, hasta que en 1924 le sustituyó el también palatino Cavalcanti, que precedió en unos años a Dámaso Berenguer.10

El incólume compromiso de la corona con el ejército se fortaleció en la primavera de 1920 a través de un ceremonial inédito: la jura de bandera del príncipe de Asturias, de apenas trece años de edad. Nada menos que tres jornadas cargadas de simbología, con uniformes y estandartes, desfiles,

banquetes y arengas patrióticas. El acto central tuvo lugar en la cancha de polo de la Casa de Campo, adornada con el dosel bajo el cual Carlos I había abdicado en Felipe II, en la Bruselas del siglo XVI. Es decir, la dinastía actualizaba episodios de tiempos imperiales. El Regimiento Inmemorial del Rey recogió su nuevo pendón y el príncipe hizo el juramento de rigor, rodeado de un público compuesto por militares, cortesanos, diplomáticos, políticos y comisiones asturianas. Si su madre entregó a la unidad la enseña, asociada a la cruz, y a su propio hijo, el padre le recordó sus deberes como soldado español y heredero del trono, que le obligaban a desprenderse de su libertad para no pensar más que en una España grande y fuerte. Al día siguiente, el emocionado joven compartió una comida con sus compañeros de armas, entre músicas castizamente españolas, y fue ascendido a cabo. Y en la última jornada atravesó a pie el centro de Madrid para dirigirse con ellos a Toledo, donde se depositó en el Museo de Infantería el viejo estandarte y don Alfonso dio otro discurso sobre el sacrificio por la patria. Millán-Astray añadió un fervoroso brindis. Tradición y aplauso popular, camaradería y refuerzo de los lazos entre la familia real y los militares en favor de un nacionalismo guerrero, sintetizado por la totémica bandera.

La prensa adicta lanzó las campanas al vuelo al constatar la solidez de aquella fusión patriótico-dinástica. *La Correspondencia Militar* contraponía la *democracia* palatina, donde la realeza comía lo mismo que la tropa, con la de quienes sembraban el odio entre españoles. José Ortega y Munilla, antaño liberal, escribió en *El Debate* que la jura del heredero representaba «la prueba de la continuidad de la raza»; mientras el *Heraldo de Madrid* destacaba su fortaleza física: había caminado ocho kilómetros, con su equipo a cuestas, y cavaba trincheras; se trataba de un «hombre fuerte, llano, efusivo y cordial». Tales palabras trataban de desmentir lo que muchos ya sabían: que Alfonso de Borbón y Battenberg estaba enfermo, era un chico frágil que no garantizaba la sucesión. En el diario íntimo que comenzó más tarde, parecido al de su padre, hablaba de mañanas aciagas, de muchos días en que no podía salir de paseo y de la visita de Leopoldo Saro, antiguo comandante de su regimiento. Tampoco se encontraba bien su hermano menor don Gonzalo, de cinco años y hemofílico como él, filiado en la misma unidad con notas sobre su «color sano» y su «aire marcial». Algo que no impedía al rey hacerse ilusiones acerca de su primogénito, cuyo futuro reinado preveía cada vez que jugaba con la abdicación. En el verano de 1922, la carrera del pequeño Alfonso se completó con su nombramiento como guardiamarina del acorazado *España*. Así se insertaba en las dos grandes ramas de la milicia, administradoras –según las arengas del monarca– de las glorias alcanzadas por los Tercios y por descubridores y navegantes. El príncipe, cabo de infantería; la reina, coronel de caballería. La imagen castrense de la real familia se ensanchaba en la

turbulenta postguerra.[11]

La jura coincidió con un relativo apaciguamiento del hervidero catalán. El nuevo Gobierno conservador, presidido por el jefe del partido Eduardo Dato, dio otro volantazo para priorizar las reformas dirigidas a los trabajadores, como la creación de un Ministerio de Trabajo o una normativa sobre prórroga de alquileres, y el simultáneo acercamiento a los sindicalistas. Al fin y al cabo, el veterano político monárquico representaba un conservadurismo compasivo de procedencia cristiana, que había alumbrado las primeras leyes laborales y trabajaba junto a los liberales y republicanos en el Instituto de Reformas Sociales. Como parte de su estrategia conciliadora, llevó al rey a Barcelona, en su primera visita oficial desde 1908, doce años antes. La estancia estuvo salpicada de recibimientos en instituciones moderadas con vocación social, como *L'Aliança*, mutualidad que gestionaba un hospital con miles de miembros; y el *Ateneu Obrer* de la ciudad, un centro católico; aparte de una revista a la futura exposición de industrias eléctricas, el gran proyecto de la burguesía local. Al mismo tiempo, se limaron asperezas con la Lliga y se pusieron las bases de lo que sería en 1922 el arancel Cambó, hecho a medida de ese empresariado. En sus intervenciones, don Alfonso habló de la unidad de la patria y de su propia comunicación con el pueblo al margen de las pequeñeces políticas, sus temas recurrentes.

Sin embargo, la estrategia de Dato cambió de forma radical en el otoño de 1920, cuando cedió a los apremios patronales y se abrazó a una dura reacción derechista. La CNT no parecía muy sensible a sus aperturas y seguía deslumbrada por los logros bolcheviques, hasta el punto de mantener su paradójica adhesión a la Internacional de los sindicatos comunistas. Los crímenes callejeros alcanzaron uno de sus picos. Pero el extremismo terminó de imponerse con el paso del gobierno militar al civil de Barcelona del general Severiano Martínez Anido. Otro antiguo ayudante de Alfonso XIII, antipático y tenaz, que obtuvo del Gobierno –en la estela de Milans de Bosch, con quien había colaborado– una completa independencia para emplear métodos draconianos contra los anarquistas. Implantó pues un régimen de terror que se valía del sindicalismo *libre*, perseguía a los dirigentes cenetistas y aplicaba la llamada *ley de fugas*: algunos detenidos eran ejecutados sobre la marcha por las fuerzas del orden, con el pretexto de que habían intentado huir. Pronto se convirtió en un héroe para *lligaires* y empresarios, sin pensar que la guerra sucia dejaba a las organizaciones obreras en manos de los más violentos. La respuesta fue implacable: el 8 de marzo de 1921 tres militantes, subidos a una motocicleta con sidecar, acribillaron a balazos en Madrid el automóvil de Dato, que volvía a su casa desde el Senado. Era el tercer magnicidio español en un cuarto de siglo. Desaparecía de este modo uno de los prohombres más apegados a la Constitución canovista y al turno, dispuesto

–en 1920, lo mismo que en 1913 o 1917– a servir a su monarca.[12]

Como había hecho tras el asesinato de José Canalejas, en 1912, Alfonso XIII no dudó en sumarse al cortejo fúnebre de su primer ministro, con el consiguiente riesgo de atentado. Vestido de capitán general de la armada, con corbata y guantes negros, el monarca recorrió los paseos de Recoletos y del Prado, desde la presidencia del Consejo hasta la plaza de Cánovas del Castillo, codo con codo con oficiales de su familia, Milans del Bosch y Viana. La presencia militar resultaba abrumadora y hasta incluyó un desfile de varias unidades por delante del féretro. Según el conservador *La Época*, el numeroso público gritaba vivas a España y a los hombres valientes, mientras el rey saludaba con ademanes marciales. Personificaba el orden frente a la subversión. La muerte de Dato no modificó la política aplicada por Martínez Anido en Barcelona, que, igual que el intervencionismo político de las juntas de defensa, aún reinó un año largo más antes de que pudiera atisbarse la vuelta a una cierta normalidad constitucional.[13]

LAS DERECHAS

En medio del caos que provocaban las continuas interferencias militares, cabía vislumbrar una cierta evolución de la vida política española, polarizada desde 1917 en torno a dos alternativas. Por una parte, la búsqueda de fórmulas contrarias al turno, de gabinetes de concentración multipartidistas o multifaccionales, incluso de un solo grupo minoritario. Por otra, la reconfiguración de dos grandes fuerzas que se alternaran en el poder, reproduciendo las costumbres tradicionales o, de manera más factible y a falta de partidos hegemónicos, pivotando alrededor de coaliciones, bien conservadoras o bien de los liberales. Dado el veto de las juntas a estos últimos, entre 1919 y 1922 predominó el conservadurismo de varios matices, donde el rey encontró recambios y promovió entendimientos. A la larga, el fracaso de las combinaciones antiturnistas dio oxígeno a la alternativa bifronte. La democratización efectiva del régimen no ocupaba un lugar destacado entre las prioridades de los notables monárquicos, que bastante tenían con salvar el cañamazo constitucional de las embestidas militaristas y revolucionarias. Pero la ausencia de una opinión articulada por organizaciones de masas y activa en elecciones fiables, que habría otorgado a los ministerios la fuerza necesaria para resistir el ímpetu castrense y poner frenos al monarca, dificultaba cualquier labor gubernamental. No obstante, al final del periodo se abrieron paso tanto el auge del parlamentarismo como el declive de la agitación juntera, lo cual posibilitaba reformas de algún calado.

Las derechas monárquicas abarcaban también dos opciones diferentes. De

un lado, la maurista, o mauro-ciervista, que recelaba del turno, como sus ocasionales aliados de la Lliga y del romanonismo, y anhelaba un frente contrarrevolucionario capaz de encuadrar a los grupos españolistas y confesionales afectos a la monarquía. Muy crítica con el Parlamento e intransigente en las disputas sindicales, frecuentaba las actitudes autoritarias. De otro, el partido conservador *idóneo* o datista, deseoso de ofrecer al monarca un plantel de gobernantes que reflotara los pactos con los liberales y respetase tanto la ley como las formas parlamentarias, en detrimento de las ensoñaciones dictatoriales. De entrada, la coyuntura beneficiaba a los primeros y Alfonso XIII no tuvo demasiados problemas a la hora de entregar el poder a Maura en 1919 y otorgarle además el decreto de disolución de las Cortes, para que se confeccionase la consabida mayoría. Este fue el Gabinete que le siguió al cerro de los Ángeles. Pero las elecciones, aún con las garantías suspensas, arrojaron un Congreso insólito, donde el Gobierno sólo sumaba un centenar de diputados –de un total de más de cuatrocientos– y cayó a las pocas semanas, pese a los esfuerzos del rey por que todos los conservadores lo sostuvieran. Ya no bastaba con el manubrio electorero para obtener una victoria sobrada, pues las demás facciones disfrutaban de influencia en numerosos distritos y no se podía barrer a sus candidatos. La falta de un gran partido católico, comparable al *Partito Popolare* italiano o al *Zentrum* alemán, contrastaba con la potencia adquirida por las clientelas caciquiles en el ámbito rural y provinciano.[14]

De modo que, después de un intervalo conservador y de una concentración temporal pensada para sacar adelante los presupuestos –los primeros aprobados desde 1914–, se impuso la solución representada por Eduardo Dato, que también exigió el decreto clave. Esta vez el rey se resistió a concederlo, como en 1917, por motivos coyunturales. Serían los terceros comicios seguidos en tres años, los segundos bajo un Ejecutivo de derechas. No obstante, Dato sometió al monarca a un continuo asedio y, bajo la amenaza de marcharse, se salió con la suya. Así que en diciembre de 1920 se eligió, con las garantías recuperadas de modo provisional, una cámara baja con más de 170 ministeriales, producto del peso gubernativo y del arraigo del datismo en la España desmovilizada. Don Alfonso creyó que ya era tiempo de forjar un acuerdo sólido entre las diversas derechas, de manera que trató de convencer a Dato para guiar a sus huestes a una formación encabezada por Antonio Maura, algo que por lo visto había conseguido cuando su leal súbdito perdió la vida a manos de los terroristas. Tras el entierro, Maura diseñó una amplia coalición que abarcaba desde los romanonistas hasta el tradicionalismo de Vázquez de Mella, algo que de cuajar habría supuesto la entrada de antiguos adeptos a la rama borbónica rival en un Gobierno de Alfonso XIII. No se dio ese paso, pero su verosimilitud indicaba hasta dónde había subido la

marea reaccionaria de postguerra.[15]

A la altura del fatídico verano de 1921, la implicación del monarca en los entresijos gubernamentales, lejos de desinflarse, se hallaba en plena forma. Romanones consideraba que «se metía demasiado en los asuntos políticos y que a este paso acabaríamos por que el Consejo de Ministros lo presidiría el Rey y se suprimiría de paso el cargo de Presidente». Se tomaba muy en serio su papel de interlocutor privilegiado en los choques entre civiles y militares, a los que respondía no como un rey-soldado constitucional –obligado a garantizar, con su autoridad, la subordinación del ejército– sino como un caballo de Troya que engrasaba las cesiones ante las exigencias corporativas y frenaba los castigos a la indisciplina. El general Valeriano Weyler, un enérgico anciano de afinidades liberales, le acusaba de ser el principal responsable de la desobediencia castrense. Las fragmentaciones partidistas ensalzaban su protagonismo en el manejo de las crisis gubernamentales, pertrechado con la herramienta suprema de la disolución parlamentaria, y en la búsqueda de complicidades que favorecían al conservadurismo y, dentro de él, a su ala más derechista, encarnada por personajes como Antonio Maura y Juan de la Cierva. Los avalaba su espíritu contrarrevolucionario. Y tampoco se privaba de opinar acerca de los hombres que debían componer su Consejo de Ministros. Por ejemplo, cuando Annual obligó a formar otro Gabinete de concentración multipartidista para reconquistar el terreno perdido, don Alfonso repasó con José Sánchez Guerra, sucesor de Dato en la jefatura conservadora, cada uno de los elegidos y de los descartados. Envuelto en un lenguaje nacionalista que legitimaba su comportamiento y menospreciaba a las Cortes, actuaba como un agente decisivo, el único fijo en una escena cambiante, lo cual traía de cabeza al mundo político.[16]

La catástrofe colonial trastocó los componentes de la ecuación. Dentro del ejército, los africanistas ganaron enteros y, al enfrentarse en público a las juntas, propiciaron su paulatino decaimiento. Desde 1920 estas se denominaban comisiones informativas, sujetas en teoría al Ministerio de la Guerra, pero ese maquillaje no engañaba a nadie. Al comenzar 1922, sin embargo, buena parte de la clase política apostaba por el heroico ejército de África y contra el díscolo juntismo. Cierva, antiguo adalid de los oficiales sindicalizados y autor de la reforma que había proscrito los ascensos por méritos guerreros, quiso ahora, como ministro en el nuevo equipo de Maura, recuperar esas recompensas y poner firmes a las comisiones. Para ello, preparó un decreto que hacía realidad su control por parte del Ejecutivo, pero se encontró con que el rey no se avenía a firmarlo. Al parecer, comunicó a la oficialidad que, «como [era] bastante torpe», tardaría un tiempo en hacerlo. Una vez más, y aunque compartía con su consejero la querencia por el africanismo, no deseaba contradecir a sus compañeros de armas. Ante este

abierto *borboneo*, Maura presentó su renuncia. Las izquierdas denunciaron el gesto autoritario de don Alfonso, mientras en Madrid los cachorros mauristas daban voces contra él. Las discrepancias en la milicia y la presión política le convencieron, por lo que decidió embridar a los junteros. Era uno de los requisitos imprescindibles para la normalización civilista. La exigencia liberal de recuperar las garantías constitucionales –después de tres años de excepcionalidad– trajo los siguientes.[17]

Por fin, la llegada de un Gobierno de coalición conservadora, en marzo de 1922, pavimentó el camino hacia la plena vigencia de la Constitución y del Parlamento, el eclipse de las juntas y el final de la satrapía de Martínez Anido en Barcelona, facilitada por el descenso de la conflictividad sindical. Lo presidía el centrista José Sánchez Guerra, decidido a llevar a cabo este enderezamiento y a tender puentes con los liberales, para lo cual restauró las garantías, aún a costa de perder a los ministros del maurismo y de la Lliga. Alfonso XIII, cuya inclinación africanista era ya evidente, colaboró en el capítulo militar y remachó los clavos del ataúd juntero. En junio pronunció una contundente soflama en Barcelona, ante los oficiales de la guarnición, en la que realizó las acostumbradas alusiones al esplendor de los Tercios y recordó también al derrotado ejército del imperio alemán, que pese a todo merecía admiración por su amor a la patria; pero descalificó las intromisiones militares en la vida política, claves en la decadencia de España, y a ese «movimiento particularista y colectivo» que se comportaba de forma histérica, en inconfundibles alusiones al juntismo montaraz. El rey, jefe supremo del ejército, pedía su sujeción a la legalidad, y por tanto muchos opinantes quedaron desconcertados, sin saber quién prevalecía, si el monarca antiparlamentario de Córdoba o el constitucionalista de Barcelona. Pero a don Alfonso, como al africanismo, le dolían las indisciplinas y hasta los ocasionales resabios republicanos de algunos oficiales. Y, desde luego, mantenía sus prioridades: cohesión de los militares alrededor de su figura –lo cual implicaba su defensa ante los responsabilistas– y custodia del orden social vigente. Como en otras ocasiones, el Parlamento discutió si su intervención era o no un acto constitucional.

En el otoño, el primer ministro conservador se atrevió a despedir a Martínez Anido, para finiquitar sus abusos, y superó con ese fin las reticencias de su valedor Alfonso XIII, quien se resignó a rubricar el cese para no producir otra crisis. Eso sí, le espetó un comentario muy suyo: «hay que convenir que tienes unos… (aquí empleó una frase muy varonil, pero que no debo consignar –anotó el diarista Natalio Rivas) como la catedral de Toledo». Poco después, animado por el plante de Millán-Astray, el Gobierno liquidaba las juntas de defensa. Subsistía aún la peliaguda cuestión de las responsabilidades en la debacle de Annual, con la discusión en las Cortes del

expediente Picasso y los redoblados ataques socialistas al rey. El prurito parlamentario del primer ministro abocaba a un debate espectacular, que se lo llevó por delante: los liberales, removidas ya las barreras que se alzaban ante ellos, reclamaron el poder que no disfrutaban en exclusiva desde 1919. Para forzar la caída de los conservadores, acusaron de manera formal a todos los ministros que gobernaban en julio de 1921, incluidos algunos que figuraban en el Gabinete Sánchez Guerra. Su fulminante dimisión fue contenida por don Alfonso, que quería retenerlo, pero todo fue inútil: en diciembre de 1922 cambiaba el ciclo político. Parecía definirse un nuevo turno, y ya no derribaban al Gobierno los militares, sino el Congreso, lo cual suponía un obvio avance en la parlamentarización de la monarquía, aunque fuera entre imprecaciones contra el monarca. Y es que los torneos oratorios terminaron con gritos de «¡Viva Grecia!», que festejaban la reciente abdicación del rey de los helenos. Pero la última palabra, mientras la Constitución no se reformara, correspondía a la corona.[18]

CONCENTRACIÓN LIBERAL

Entre tanto, las izquierdas monárquicas habían atravesado el desierto de su ostracismo hasta formar una coalición que dio en llamarse Concentración liberal. Desde 1917 se dividían en tres núcleos principales, más algunas clientelas menores. En el centro del arco, el más numeroso era el *demócrata* de Manuel García Prieto, marqués de Alhucemas, un hombre poco carismático y, ya se vio, de férrea obediencia alfonsina. Como le ocurría al conservadurismo ortodoxo, la envergadura de este grupo se basaba en la geografía de las influencias locales y apuntalaba su fe en el bipartidismo. Su ideario bebía de los principios decimonónicos, individualistas y contrarios a la descentralización. A su derecha se situaba el sector minoritario de los seguidores de Romanones, no menos afecto al rey que su compañero, escorado hacia el entendimiento con Maura y, como no le convenía el turno, reacio a entrar en la concentración. En el otro extremo, la Izquierda Liberal de Santiago Alba, representante del liberalismo social, defensor de un Estado más fuerte y decidido anticatalanista. Alba aspiraba a encabezar una amplia fórmula de progreso, capaz de abarcar al reformismo republicano y de captar incluso el favor de los socialistas, ajenos por completo a sus cantos de sirena. Sí se asoció a la confluencia el partido reformista de Melquiades Álvarez, escarmentado por la fallida aventura del verano de 1917 y deseoso de justificar su evolución hacia la monarquía, del brazo de Alba, con una reforma constitucional que la hiciera parlamentaria.

El drama de los liberales residía en su persistente dependencia respecto al

trono, pues contaban con abundantes recursos clientelares y parlamentarios pero carecían tanto de liderazgo como de un electorado masivo que les permitiera sortear el juego político habitual. De modo que recorrieron un largo camino de convergencias y desencuentros, siempre atentos a las señales que venían de palacio. Alfonso XIII podía simpatizar con los intentos de Alhucemas, que prefería una coalición sin antiguos republicanos, pero opinaba de cuando en cuando que, a la vista del infierno pistoleril y de los peligros bolcheviques, el liberalismo dinástico tardaría mucho en volver al Ejecutivo. Sus notables olfateaban los altibajos en el ánimo del rey, que igual sonreía a Romanones que alababa el valor de Alba, de quien al parecer tenía muy buen concepto. Bajo la última situación conservadora, en 1922, garciaprietistas, albistas y melquiadistas emprendieron una campaña de banquetes monstruo y mítines en teatros y plazas de toros, reminiscencia del bloque contra Maura de 1907-1908, para pedir el mando al monarca. Con ese fin se dotaron de un programa que incluía una mayor progresividad fiscal, la reforma agraria y el control civil sobre Marruecos. Y la ansiada reforma constitucional, en una versión templada que, sin arriesgarse a abrir un periodo constituyente, estableciera la libertad religiosa, la elección de todo el Senado y límites a los cierres parlamentarios y a la suspensión de garantías, aunque no tocase las funciones de la corona. Así se anunciaba la futura democratización del régimen, a la cual no debía oponerse el rey, pues –proclamaba Alhucemas– era un «hombre de su tiempo, valiente, sereno y culto, conocedor de lo que pasa en otros pueblos».19

Pero don Alfonso no lo veía claro y tanteó otras opciones. Habló de un nuevo Gabinete Maura, apoyado quizá por Romanones, con el pretexto de que el veterano jefe derechista debía escoltarle durante su próximo viaje a Bélgica. Exploró también la baza de Francesc Cambó, quien se ofendió cuando, para su sorpresa, se vio ante la propuesta de abandonar el catalanismo con el fin de presidir un Gobierno español. Según recogía en sus memorias, el monarca le ofreció una completa capacidad de maniobra, con Cortes o sin ellas, y «cogiéndo[le] las manos, vino a decir[le]: "¿Por qué se tiene que sacrificar usted y nos tiene que sacrificar a todos por Cataluña...?"». Era como si Alfonso XIII no hubiese digerido la evolución política catalana de las dos décadas anteriores y creyera que bastaba con la zanahoria del poder para desvincular de la causa nacionalista a Cambó –un político conservador que le gustaba, por su dureza con el sindicalismo y su eficacia ministerial–. Cuando Sánchez Guerra capituló en el Parlamento, durante el debate sobre las responsabilidades, los romanonistas se unieron por fin a la concentración liberal y al rey no le quedó otro remedio que llamarla a gobernar, bajo la jefatura de García Prieto. Si realizaba sus proyectos, cambiaría el rumbo de la nave monárquica.20

Aquella coalición traía algunas novedades nada desdeñables. Por vez primera, los reformistas ocupaban altos cargos –el Ministerio de Hacienda y la presidencia del Congreso de los Diputados, reservada para Melquiades Álvarez– y completaban así la integración en la monarquía de las fuerzas externas que aspiraban a renovarla. Dejando muy atrás su órdago conjunto de 1917, la Lliga de Cambó se había convertido en una pieza más en el puzle conservador y el reformismo melquiadista, esperanza de intelectuales y profesionales de las clases medias urbanas, se incorporaba ahora al liberal. Pero el conglomerado gobernante resultaba muy quebradizo, a causa de sus divergencias ideológicas y de las rivalidades electorales y clientelares. Y tuvo además que enfrentarse con dos enemigos poderosos, la Iglesia católica y el ejército, ambos sostenidos por Alfonso XIII. Poco seguros de sus posiciones, los primates liberales sospechaban unos de otros y todos de palacio, con un constante nerviosismo acerca de los pálpitos cortesanos que frisaba la paranoia. Algunos asumían que aquel Gobierno duraría muy poco porque se había formado «contra la voluntad del rey», que en cualquier momento les daría «el puntapié».

Para empezar, la Iglesia. Romanones, desde la cartera de Gracia y Justicia, sondeó el terreno con una norma para impedir la exportación de bienes artísticos pertenecientes a instituciones religiosas, un paso significativo en la custodia del patrimonio nacional que, como se vio, venía de lejos. Pero los apremios confesionales consiguieron que el rey retrasara la firma del decreto y se rebajasen sus contenidos. Don Alfonso realizó asimismo gestos explícitos en favor del mundo católico, como asistir a la fiesta de sus estudiantes con motivo del día de santo Tomás de Aquino, que, en aras de la neutralidad educativa, había perdido su carácter oficial. Otro desaire al Gobierno. Era sólo el aperitivo de la controversia sobre la reforma del artículo 11 de la Constitución, pensada con el fin de autorizar las ceremonias y manifestaciones públicas de las confesiones no oficiales –todavía prohibidas– y punto irrenunciable para el reformismo. Se quejaron los obispos y el cardenal Benlloch, de peregrinación en Roma, dijo confiar en que el monarca «no dejar[ía] de defender la religión católica, base de la grandeza de España». Ya no hacían falta las grandes movilizaciones de la sociedad civil cristiana, que habían animado a palacio a enterrar la ley de asociaciones en 1906 y 1910, bastaba con declaraciones de la jerarquía. García Prieto encabezó la retirada de la medida, lo cual conllevó la dimisión del ministro reformista José Manuel Pedregal, inmune a las atenciones regias, y serias dudas sobre la viabilidad de cualquier revisión constitucional, que Alfonso XIII, igual que tres lustros atrás, seguía rechazando.[21]

Sin embargo, el problema crucial se planteó a cuenta de Marruecos. Santiago Alba, ministro de Estado, sacó adelante el rescate de los prisioneros

españoles en manos de Abd el-Krim, que liberó por unos millones de pesetas. Para buena parte del ejército, ese pago suponía una insoportable humillación, por lo que hizo del político su bestia negra, lo mismo que algunos periódicos dinásticos y mauristas. El rey nunca interrumpió sus contactos con Alba –que le regalaba jamones con regularidad– y llegó a felicitar a Horacio Echevarrieta, el empresario republicano y amigo del caudillo magrebí que había conducido las negociaciones. No obstante, luego se mostró de acuerdo con los oficiales que apostaban por una operación de castigo, para vengar los malos tratos infligidos a los cautivos. Una fantasía que tuvo que descartar. El Gobierno consiguió reducir las operaciones y nombrar a un alto comisario civil, el demócrata Luis Silvela, pero pronto aparecieron disputas entre quienes querían limitarse a consolidar lo conquistado, o incluso retroceder con vistas a repatriar tropas, y los que ansiaban, por enésima vez, un costoso avance hacia Alhucemas. Esta fractura afectó de lleno al Gabinete, donde el ministro de la Guerra, Niceto Alcalá-Zamora, tomó postura a favor de los más audaces, y por tanto en contra de su colega de Estado, y terminó por abandonar el puesto. Los choques acerca del protectorado minaron la coalición hasta el final.

El clima político mejoró en la primavera de 1923. Los liberales obtuvieron del rey la disolución de las Cortes y orquestaron las elecciones al viejo estilo, entregados a pactos que evitaban la competencia entre facciones y beneficiaron incluso al socialismo. En los planes gubernamentales figuraban adelantos como el sufragio proporcional, arma contra los distritos caciquiles, mas para cumplirlos se precisaba una mayoría amplia, que consistió en más de 180 diputados. Una contradicción similar a la que había atrapado a Maura en 1907, resuelta esta vez con acuerdos en lugar de con imposiciones gubernativas. La subsiguiente agenda parlamentaria incluía, eso sí, el asunto de las responsabilidades políticas por lo ocurrido en Annual, que mantenía en vilo a cualquier español interesado por la cosa pública. Los socialistas, con Indalecio Prieto al frente, se habían encargado de avivarlo con artículos y conferencias que reiteraban sus acusaciones contra Alfonso XIII, a las que añadieron la de haber interrumpido los debates con la última crisis. El Congreso nombró una comisión multipartidista al efecto, que debía presentar sus conclusiones en octubre. Durante el verano volvieron los dilemas acerca del protectorado, con un informe del Estado Mayor que aconsejaba mayores esfuerzos militares, algo difícil de aceptar cuando se producían motines de soldados que se resistían a ir a la guerra. El presidente del Consejo quería mantener lejos de la polémica al monarca, quien ayudó a decantar la balanza en favor de los militaristas, con la inesperada aquiescencia de Santiago Alba. A comienzos de septiembre, los contrarios a nuevas acciones coloniales abandonaron el Gobierno, más débil que nunca.[22]

Al correr de aquellos años tan complicados, la idea de dictadura aparecía con frecuencia en diversos círculos políticos y militares. Entendida por lo común como un expediente temporal, solía implicar la manipulación, enmienda o suspensión del orden constitucional y el apartamiento de las fuerzas más comprometidas con el liberalismo, en beneficio de algún caudillo provisto de poderes excepcionales. Desde Sidónio Pais en el Portugal de 1917-1918 hasta Benito Mussolini en Italia a partir de 1922, ejemplos había en la Europa coetánea. Unas veces, el deseo procedía de la impotencia de políticos que no lograban sus objetivos por medios ordinarios, como Cambó en 1917; o del desahogo de quienes ya no soportaban los órdagos castrenses, como el de Romanones ante un diplomático en 1920. Otras, más numerosas y coherentes, emanaban de la extrema derecha, donde se sentía como un remedio necesario para liquidar las luchas de clases y partidos con un mandoble autoritario. Por ejemplo, el diario *El Universo* –financiado por el marqués de Comillas– la presentaba como una receta inevitable en 1921. La Confederación Nacional Católica Agraria solicitó al monarca, poco después de Annual, alguna salida extraparlamentaria, «fuera de las Cortes y del mundo político», y *El Debate* hacía lo mismo al iniciarse 1923.

No obstante, el grueso de las amenazas a la Constitución quedaba en nada sin la complicidad de los cuarteles, origen habitual del ruido golpista, fuera en 1905, en 1917 o en 1919. Ruido que aumentó bajo la concentración liberal. En diciembre de 1922 asomó un confuso malestar entre los oficiales, en el que se vio mezclado el cortesano conde del Grove; un par de meses más tarde, corrieron habladurías sobre el descontento castrense con el propio monarca y las apuestas acerca de su remplazo por su cuñado don Carlos o por una regencia. Hubiera lo que hubiese, las divisiones en el seno del ejército entorpecían por el momento cualquier plan.[23]

Ante este panorama, Alfonso XIII acarició la posibilidad de asumir él mismo todo el poder. Una inquietante novedad, que procedía de su patriotismo providencialista y regenerador, inculcado desde la juventud y sostenido por la creencia en su perfecta conexión con los españoles; de su desconfianza en el Parlamento y de su evolución reaccionaria, paralela a la de buena parte de su entorno y de su ejército. Así se lo demandaban algunos partidarios. Como un empleado militar que, desde Barcelona, le exhortaba a proclamarse «salvador de la Patria como Rey ejecutivo, Presidente de República o Dictador, según qué más convenga»; o un catalán a cuyo parecer «hac[ía] falta la *dictadura del Rey* […], del *Rey del Pueblo* que limpie el árbol Patrio de la roña de los parásitos». Es decir, de los caciques y sus clientelas.

Las mil lisonjas que recibía alimentaban a diario su convencimiento acerca de la misión salvífica que le correspondía.24

A fines de 1922 y comienzos de 1923, por su cabeza rondaba un proyecto que contó a varios políticos y que, por disparatado, costaba tomarse en serio. Consistía en esperar al 11 de mayo, cuando el príncipe de Asturias cumpliría dieciséis años –la edad para reinar que señalaba la Constitución– y entonces convocar un plebiscito que le dotara a él, Alfonso XIII, de facultades especiales para gobernar sin intermediarios. Si esa opción se veía rechazada por los españoles, podría abdicar en su hijo y preservar el trono. Así se lo explicó a personalidades como Sánchez Guerra, García Prieto, el vizconde de Eza y –probablemente– Romanones. En febrero, el periódico maurista *La Acción* se hizo eco de una hipotética renuncia de don Alfonso y le pedía que «pensando en Dios, en la Patria y en la Monarquía, nos guíe en la lucha y nos lleve a la victoria». El interesado desmintió que contemplase una deserción, aunque tuvo la deferencia de recibir al director del diario, adalid de una salida dictatorial.25

Pasaron las semanas sin que volviera a saberse de esta tentación, pero el empeoramiento de la coyuntura dio nuevas alas a las veleidades autoritarias del rey, ahora sin tantas seguridades. Así, en junio afirmó al ministro de Instrucción Pública que vislumbraba un Gabinete militar, «libre de las trabas que para determinadas acciones pesan sobre los gobiernos constitucionales y parlamentarios». A continuación reflexionó en público acerca de la dificultad de implantar dictaduras políticas en los países latinos, donde sólo se admitían en circunstancias graves y por un plazo tasado. Ya en agosto, comentó a un delegado británico que tanto los liberales como los conservadores carecían de coraje, mientras los socialistas deseaban aprovechar esa fragilidad para derribar a la monarquía, pero que «antes de que las cosas alcancen ese punto él sab[ía] cómo dar un golpe (*strike a blow*) que no sólo sorprendería a los socialistas y revolucionarios, sino a otras muchas partes». Ese mismo mes consultó otra ocurrencia a Antonio Maura, cuya opinión escuchaba, estimulado al parecer por la torpeza de los gobernantes respecto a Marruecos: emplearía la Junta de Defensa Nacional –un órgano que capitaneaba él mismo y formaban los principales mandos militares y los antiguos presidentes del Consejo– para establecer un Ejecutivo fuerte. Dos años más tarde, convocaría Cortes para que sancionaran su obra. «Sé muy bien que toda la gente está a mi lado, porque lo que está contra mí no vale nada», especulaba don Alfonso, que temía sin embargo el fracaso de una dictadura estrictamente personal. El anciano estadista, ya muy cansado, le desaconsejó que arriesgase la corona en semejante empresa, un suicidio para el «Instituto en que se encarna y vive la unidad perenne de la nación». A su juicio, resultaba preferible que diese el poder al ejército.26

Si se descartaba una dictadura regia, hacía falta otro personaje que acaudillara el movimiento golpista. Y los candidatos no escaseaban, más aún cuando la coyuntura favorecía el encogimiento de las sempiternas rivalidades dentro del ejército. La desactivación de las juntas y las dudas sobre Marruecos, donde el honor de la milicia se situaba en primer plano, así como un repunte en el goteo de huelgas obreras y crímenes callejeros, hasta de algún asomo separatista, calentaban el caldo conspirativo. El general que recogía más adhesiones era Francisco Aguilera, presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, quien, a raíz del expediente Picasso, pujaba por procesar a los culpables militares de la debacle africana, empezando por Berenguer. Aguilera se erigió en el hombre de la izquierda responsabilista, que se apuntó asimismo a la ola autoritaria, pero una trifulca en el Senado lo inhabilitó para la tarea. Así que el testigo pasó a Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña y muy vinculado a la dinastía, pues era el segundo marqués de Estella, título con grandeza de España, y gentilhombre de cámara con ejercicio desde 1921. Aparte de buen amigo de Martínez Anido, projuntero y reconocido abandonista en materia colonial. En sus maniobras de aquellos meses, Primo se aproximó al africanismo más cercano a Alfonso XIII, el del *cuadrilátero* que formaban Federico Berenguer, hermano del antiguo alto comisario; Leopoldo Saro, protagonista en la jura del príncipe y habitual en palacio; Antonio Dabán, hijo de uno de los restauradores de Alfonso XII; y José Cavalcanti, héroe de la caballería en la reconquista del Rif y procesado por aquellas responsabilidades. De acuerdo con las memorias de Alcalá-Zamora, el monarca se jactaba de que ni Saro ni Dabán hacían nada sin su consentimiento.

El rey sabía lo que se estaba cociendo, aunque no fuese fácil precisar si conocía los detalles. Los ejecutores del golpe negaron que estuviera al corriente y, por supuesto, que dirigiera el movimiento, como creían sus enemigos. Pero sin duda tuvo noticias de lo que ocurría, procedentes de los generales alfonsinos implicados: Cavalcanti le aseguró en agosto de 1923, o al iniciarse septiembre, que «se imponía dar un golpe militar y hacer una dictadura que impidiese una catástrofe en España». El monarca le pidió tan sólo que le tuviera informado de cuanto hiciesen. Según la versión posterior del propio Alfonso, advirtió también a los conspiradores –seguramente, a Saro y al mismo Cavalcanti– del peligroso desorden que podían ocasionar, comunicó a Manuel García Prieto lo que se le venía encima y le recomendó que llegase a un arreglo con ellos. Quizá se dedicara al disimulo, a nadar y guardar la ropa, quizá no. Sin embargo, algunos condicionantes no admitían medias tintas: la insatisfacción regia con la marcha de la vida política y del quehacer parlamentario, su simpatía por los sectores antiliberales y su insistente búsqueda de una receta autoritaria. Del aviso de Córdoba a sus

propias ensoñaciones como dictador. Le preocupaba, desde luego, el futuro del trono si abrazaba un acto inconstitucional y violento cuyos resultados parecían inciertos. El proyecto más trabado sólo convencía por entonces a unos cuantos mandos del ejército, no a su mayoría. Pero sus convicciones nacionalistas y contrarrevolucionarias le exigían hacer algo para curar a la patria de sus males, desde el mal gobierno hasta el terrorismo subversivo, y le predisponían a aceptar cualquier pronunciamiento que garantizara la unidad de los militares. Y en esto llegó el golpe.27

---

1. Discurso de Alfonso XIII en la apertura del curso académico de la Universidad Central, 1.10.1921, en Gutiérrez-Ravé (1955), p. 215.

2. *DSC*, 27.5.1921, pp. 2097-3003. ANR L11/8907, cita del 27.5.1921.

3. Primera versión, en *Abc*, 24.5.1921. Cierva (1955), pp. 232-235, cita en p. 234. Segunda versión, en *El Debate*, 28.5.1921. También AR L3/20. Noticiero, en https://www.rtve.es/play/videos/archivo-historico/rey-alfonso-xiii-cordoba/2917498/; *Diario de Córdoba*, 25.5.1921; y Montero, Paz y Sánchez (2001), pp. 238-240.

4. Cita, en Cierva (1955), p. 235. Palacios y Primo (2016), pp. 109-114. Cita, en *Carmela* (Mérito) a Viana, 3.6.1921, AGP Cª 1672/2. *Diario de Córdoba*, 2.6.1921.

5. Cita, en Defrance a Briand, 1.6.1921, AMAEP Europe Espagne Politique Intérieure 1918-1929. *El año político*, 1.5.1922. ANR L11/8907, 30.5.1921.

6. Moreno Luzón (2012, 2015). Citas de Miguel de Unamuno, «Algo sobre parlamentarismo», en Unamuno (1958), 5, p. 308; y de Maura, en «El Rey y el pueblo», *El Debate*, 21.6.1921. AGP Legajo 5601, cita en Centro Español de Corrientes al rey, 30.5.1921.

7. Citas en Gutiérrez-Ravé (ed.) (1955), p. 215 y 223; y *El año político*, 18.12.1922. Gómez-Navarro (1991), pp. 121-126, cita en p. 125.

8. Olechnowicz (2007). Rose (1983), pp. 224-280. Van den Wijngaert, Beullens y Brants (2002).

9. Boyd (1990), pp. 159-161. Romanones (1928-1947, 1999), p. 436. NA FO 371/4120: Informe de Howard, 30.12.1919. Véase también Lleixà (1986), pp. 80-81 y Rey (1992), pp. 449 y ss.

10. ANR L11-8910: «Páginas curiosas para mis Memorias». Milans al rey, 10.2.1920, AGP Cª 15601/6. Cardona (2005), pp. 281 y ss.

11. *Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey nº 1. Jura de la Bandera de S.A.R. El Príncipe de Asturias y filiación de S.A.R. El Infante Don Gonzalo*, Madrid, junio de 1920 (RB), citas en pp. 23, 24 y 26. *Diario del príncipe de Asturias* (3-7.1922), RB II/3992. *El año político*, 2.8.1922. Velasco (2020), pp. 261-268.

12. Rey (1992), pp. 524-553. Seco (1995), pp. 526 y ss. Romero Salvadó (2020), pp. 303-329. *El año político*, 26-28.6.1920.

13. *La Época*, 10.3.1921.

14. Martorell (2011a), pp. 241-253. Tusell y García (2001), pp. 348-349.

15. Seco (1995), pp. 533-539 y 558-560.

16. Cita de Romanones, en ANR L11/8907 8.7.1921; Weyler, 22.7.1921; el rey y Sánchez Guerra, 16.8.1921.

17. Boyd (1990), pp. 242-244. *El año político*, 6-16.1.1922, cita de *La Libertad*, 11.1.1922.

18. Martorell (2011a), pp. 279-326. Citas, del discurso del rey, en Gutiérrez Ravé (ed.) (1955), p. 221; y de su conversación con Sánchez Guerra, en ANR L8910. *El año político*, 9.6.1922.

19. AA L9/115-4, Rivas a Alba, 2.4.1921; y L9/116-1, 25.2.1922; ANR L11/8907, 14.5, 18.6, 5 y 11.7 y 16.8.1921. Cita, en *El año político*, 11.6.1922. Más detalles, en Marín Arce (1990), pp. 100 y ss.; y Moreno Luzón (2003).

20. ANR L8908, 24-28.11.1922. Cambó (1981, 1987), pp. 351-352 (cita en p. 351). Riquer (2013), pp. 143-152.

21. Citas en ANR L11/8909 8.2.1923 (impresiones de Sánchez Guerra y Rivas) y 12.2.1923 (de Álvarez); y *El año político*, 3.4.1923.

22. ANR L8909, 5 y 12.2.1923. Véase, por ejemplo, conferencia de Prieto en el Ateneo de Madrid, *El Liberal*, 8.4.1923. García Prieto al rey, 23.8.1923, AGP Cª 15601/13. Howard a Curzon, 4.9.1923, NA FO 371/9489.

23. Cambó, en Riquer (2013), p. 82. Howard a Curzon, 20.2.1920, NA FO 371/4121. «¿Vamos a una dictadura militar?», *El Universo*, 4.1.1921; y exposición de la CNCA, 20.8.1921, en Castillo (1979), cita en p. 339. *El año político*, 30.12.1922. ANR L11/8909, 5 y 16.2.1923.

24. Citas, en Antonio Fortea Garrido (Barcelona), al rey, 19.2.1921, en AGP Cª 12159/1; y Segismundo Pey Ordeix (Dos Rius, Guinardó), al rey, s.f. (1923), Cª 15382/1.

25. Plebiscito, en ANR L11/8909, 20.1 y 5, 10 y 18.2.1923. También, en Alcalá-Zamora (1977, 1998), pp. 108-109. *La Acción*, 26.2.1923. García Prieto al rey, 3.3.1923, AGP Cª 15601/13.

26. Testimonio del ministro, Joaquín Salvatella, en Fernández Almagro (1933, 1977), p. 333. «Las dictaduras en los países latinos», *El Liberal*, 26.6.1923. Cita en Gurney a Lloyd Thomas, 2.8.1923, NA FO 371/9490. Seco Serrano (1986, 1998), pp. 245-248 (citas en pp. 246 y 247).

27. Primo de Rivera, nombrado gentilhombre por el rey el 17.5.1921, en AGP Cª 2661/37. Se cubrió como grande ante él en 1924. Alcalá-Zamora (1977, 1998), pp. 113-114. Cavalcanti, en «Episodios del golpe de estado, 13-septiembre-1923», en AA, sin signatura. AGP Libros y Registros 6052 Diario de S.M. el Rey, 2.9.1923, recoge la visita al monarca de Cavalcanti y Saro, y la cena posterior del rey con García Prieto. Petrie (1965, 1967), pp. 185-187. Tusell (1987), pp. 127-133. Para todo lo dicho en este apartado, véanse también González Calbet (1987) y Olábarri (1996).

Viaje regio a Italia. Vista de la tribuna en la escuela de equitación militar de Tor di Quinto, Roma (1923). Foto de autor desconocido. © Patrimonio Nacional.

15

Campeón de la nueva cruzada

Basta ya de rebeldías mansas, que, sin poner remedio a nada,
dañan tanto y más a la disciplina que esta recia y viril
a que nos lanzamos por España y por el Rey.

MIGUEL PRIMO DE RIVERA[1]

LAS DOS ROMAS

Al desembarcar en el puerto de La Spezia, en la costa occidental de Italia, Alfonso XIII irradiaba satisfacción. Eran las once de la noche del 18 de noviembre de 1923. A la reina y a él les acompañaba un amplio séquito, encabezado por el presidente del Directorio militar constituido dos meses antes, el general Miguel Primo de Rivera. El recibimiento resultó bastante lucido, pues el duque de Génova –delegado de su sobrino Víctor Manuel III– había ido al encuentro de la escuadra española en alta mar. Contaba asimismo con las autoridades locales y unas cuantas tropas. Sin embargo, el monarca echó algo de menos. Cuando estaba a punto de salir el tren real hacia Roma, llamó a Italo Balbo, jefe de las milicias fascistas, y le contó que deseaba ver a muchos más de sus miembros. El comandante italiano le tranquilizó, pues en Nápoles, la última etapa de su gira, tendría ocasión de pasar revista a numerosos escuadristas armados. El monarca añadió: «Admiro el fascismo; felices vosotros que terminái; nosotros empezamos ahora». Para demostrarle su simpatía por el movimiento político que dominaba el reino de los Saboya, don Alfonso le presentó a Primo de Rivera con palabras contundentes: «Este es mi Mussolini». Unas horas después, al iniciarse la tarde del día 19, don Alfonso se postraba de rodillas ante el papa Pío XI y besaba su pie en el gran salón consistorial del Vaticano, durante una ceremonia que le dio ocasión de pronunciar uno de los más famosos discursos de su reinado. Porque no se limitó a cumplir con las cortesías propias del momento, sino que se declaró dispuesto a participar, al frente de su pueblo, en una nueva cruzada contra los enemigos del catolicismo. Desde luego, aquel no era un viaje cualquiera.[2]

La visita oficial de los reyes Alfonso y Victoria implicó un doble compromiso: con el Gobierno presidido por el fascista Benito Mussolini desde hacía un año, tras su teatral marcha sobre Roma; y con el papado, que acogía al rey católico por excelencia. El viaje se había ideado bajo el último Gabinete liberal, pero adquirió un sentido más profundo después del golpe

primorriverista, como herramienta de legitimación de la dictadura. Para llevarlo a cabo hubo que superar algunos obstáculos diplomáticos, pues las relaciones entre el Estado italiano y la Iglesia arrastraban espinosas dificultades y sólo recientemente habían empezado a suavizarse. La Santa Sede exigía un tratado para reconocer la soberanía italiana sobre los antiguos dominios pontificios, a cambio de la eclesiástica sobre el Vaticano, mientras Italia consideraba al papa un mero inquilino en territorio nacional. Entre tanto, la curia rechazaba las estancias romanas de los mandatarios católicos. El clima de distensión que siguió a la Gran Guerra abrió la puerta a esa posibilidad, con un protocolo muy medido que permitió a Pío XI recibir en 1922 a los reyes de Bélgica, precedente que los españoles querían emular y mejorar. Los dos embajadores de España en Roma se emplearon a fondo en la tarea. El marqués de Villasinda, superados sus apuros en la Rusia revolucionaria, se las arregló para dar la máxima brillantez a la vertiente vaticanesca, regateando cada detalle del programa. Su colega y rival Francisco de Reynoso, protagonista de la acción humanitaria alfonsina en Suiza, hizo lo propio con la italiana.[3]

Durante nueve días, la pareja real y el dictador recorrieron varias ciudades –aparte de Roma, Florencia, Bolonia y Nápoles– y disfrutaron de una bienvenida apoteósica, entre aclamaciones del gentío y una atención extraordinaria de la prensa. Mussolini la había preparado con gestos amistosos. Por ejemplo, cuando el *Corriere della Sera*, un diario crítico con el fascismo, se hizo eco de las murmuraciones francesas sobre los turbios pasatiempos de Alfonso XIII en Deauville, le obligó a rectificar. Se multiplicaron los banquetes, las rondas por museos y sitios arqueológicos y los actos en las instituciones de raigambre española, desde la academia donde se formaban los artistas hasta el colegio que albergaba a estudiantes en la Universidad de Bolonia. No faltaron los honores a las tumbas de los dos primeros reyes de Italia, en el Panteón romano, y a los caídos en la Gran Guerra, ante el altar patriótico del *Vittoriano*. Y tampoco los desfiles y exhibiciones militares, en los que el rey aprovechó para comprobar no sólo las habilidades técnicas del ejército sino también la energía de las legiones fascistas: en Nápoles, como le había prometido el general Balbo, 7.000 camisas negras pasaron ante él al ritmo de su himno *Giovinezza*. Los brindis señalaron vínculos históricos entre ambas naciones e intereses comunes en América, donde abundaban los emigrantes italianos y españoles. La retórica arropaba una perfecta sintonía.[4]

Más aún, los cantos a la hermandad de la raza latina y al carácter mediterráneo de ambos pueblos anunciaban el nacimiento de una alianza hispano-italiana, favorecida sin reparos por Alfonso XIII. Desde la perspectiva de Madrid, aquel periplo servía de tanteo para un posible giro en

la política exterior, que permitiera trastocar la correlación de fuerzas con Francia. Los españoles consideraban humillante el trato que les daban los franceses en Marruecos y les acusaban de complicidad con los rebeldes rifeños, en su afán de deteriorar las posiciones de España para quedarse con todo el protectorado. A la altura de 1923, la francofobia se desbordaba en despachos, cuarteles y redacciones, donde se llegaba a culpar a Francia del desastre de Annual. El acercamiento a Italia ofrecía, pues, un cierto desahogo, una forma de presión para adquirir una mayor autonomía y lograr que París cediera a las pretensiones españolas. En lugar destacado, el estatuto de la ciudad de Tánger, que aún estaba sobre la mesa. Desde Roma se buscaba la colaboración de España para aumentar su propio influjo sobre el Mediterráneo, en detrimento del francés y con la complicidad del Reino Unido. Los fascistas no ocultaban sus ambiciones y querían también una cuota en la administración tangerina. De modo que se firmó un tratado comercial y se preparó incluso un borrador político-militar de más alcance. Los medios periodísticos y gubernamentales franceses alertaron sobre ese vuelco estratégico, que dificultaría las comunicaciones con las colonias de África.

No obstante, la cosa quedó de momento en nada. Primo de Rivera dio largas a la prevista alianza y terminó por aceptar en 1924 el arreglo franco-británico sobre Tánger, que, al afirmar la teórica soberanía del sultán, consagraba en la práctica la hegemonía francesa. No integraba a la ciudad en el protectorado regido desde Tetuán y reducía además las atribuciones españolas en su gestión. Es decir, el dictador reconocía su debilidad y se subordinaba a Francia, sin que Italia consiguiera una porción del pastel. Lo llamativo es que, en este contencioso, el rey se revelase más nacionalista –y, por tanto, más italianófilo y más francófobo– que su Gobierno. Daba crédito a las noticias que corrían sobre la asistencia francesa a Abd el-Krim, a la vez que alentaba el entendimiento con Roma y reiteraba sus quejas en múltiples conversaciones diplomáticas. Al agregado militar francés le reprochó que París planteara la solución tangerina como una purga que los españoles debían tragar por la fuerza, sin envolverla en alguna lisonja que, a modo de caramelo, la hiciese menos amarga. Con el embajador elevó el tono: el convenio dejaba a España funciones ridículas y denigrantes, como la vigilancia de la prostitución. Decía que siempre se había comportado como un caballero y que, visto el resultado, habría sido preferible hacerlo como un cerdo, por lo que se opondría al estatuto. Una vez concluido, proclamó su escepticismo acerca de las intenciones de Francia. En definitiva, protestaba pero se veía obligado a acatar el criterio de Primo de Rivera en política internacional. Lejos quedaban los tiempos en que se creía el motor de la acción exterior española.[5]

A lo largo de los años veinte, don Alfonso siguió dando muestras de su

querencia por la Italia mussoliniana y jugó en varias coyunturas con la idea de una entente que plantara cara a la insoportable actitud de Francia. Pero su visita de 1923 traía consigo otra derivada: la adopción del modelo político fascista en España. En torno al viaje, Primo de Rivera no ahorró halagos a Benito Mussolini, del que se confesaba discípulo: su ejemplo era mundial y había inspirado su propio golpe. Lo cual inflaba la autoestima del *duce*, que tampoco escondía sus deseos de orientar y tutelar al Directorio, con consejos acerca de la necesidad de nombrar ministros civiles o de atraerse a las clases altas. Mientras tanto, el rey se admiraba, una y otra vez, de la disciplina que advertía en el fascismo y del orden que reinaba en todas las regiones de Italia, donde comprobaba las ventajas de una nación unida bajo la guía de un gobernante viril. Lo mismo que esperaba del general andaluz. Nadie desconocía sus diferencias: la solución italiana provenía de un impulso desde abajo, la española de una fronda militar. Sin embargo, tanto el monarca como su dictador, a quien al parecer apodó también *mon petit Mussolini*, hallaban causas e intenciones comunes. Frente al descontrol subversivo y a la ineficacia de los políticos liberales, se habían impuesto remedios equiparables, que primaban el trabajo y la tranquilidad sobre las maniobras parlamentarias de los caciques. El patriotismo, opinaba el corresponsal de *Abc* Rafael Sánchez Mazas, debía acabar, en España como en Italia, con las huelgas obreras. Así pues, podía augurarse una identificación entre los dos sistemas, al menos en sus rasgos fundamentales.6

Pese a tales afinidades, y como ocurría en la arena internacional, las expectativas no se cumplieron. Los diplomáticos italianos tomaron buena nota de las divergencias que separaban a ambas dictaduras. El Somatén, una milicia burguesa que se extendió por decreto de Cataluña al resto de España, nada tenía que ver con las dinámicas escuadras mussolinianas, bregadas en la lucha callejera. La española ni siquiera disponía de uniformes. Lo mismo pensaron más adelante de la Unión Patriótica (UP), organismo oficial del primorriverismo y «palidísima imitación» del imponente Partido Nacional Fascista. Si los fascios habían creado el régimen italiano, la UP era hechura del Estado. Cuando a Primo de Rivera se le ocurrió mandar al maestro Mussolini sus proyectos constitucionales, en 1929, los asesores italianos argumentaron que al edificio dictatorial español le faltaban el acicate de la guerra europea, sentida como una victoria mutilada por los nacionalistas, un verdadero *condottiero* o caudillo y un mito movilizador. Dicho de otro modo, no se encontraba por parte alguna una religión política de aliento totalitario. Por lo pronto, el jarro de agua fría de Tánger hizo que el *duce* no se trasladara a España en 1924 con los reyes Víctor Manuel y Elena, cuya gira pasó sin pena ni gloria. Contemplaron las maravillas de Toledo –explicadas por el fiel alfonsino Vega Inclán– y asistieron a las funciones y paradas habituales, eso

sí, pero no despertaron el entusiasmo que habían recogido sus anfitriones en Italia el año anterior.[7]

En contraste con el relativo fracaso de los conatos fascistizantes, el homenaje regio a Pío XI dio frutos substanciales de inmediato. Su escenificación sobrecogió a los testigos y cronistas: la pompa vaticana de jerarquías cardenalicias y guardias suizos, el silencio que se produjo al entrar los reyes en el fastuoso aposento y su beso a la sandalia papal, un ritual de sumisión que insistieron en cumplir, despertaron sensaciones que no se olvidaban con facilidad. Según Sánchez Mazas, la solemnidad empalideció los rostros reales. Aunque lo más comentado fueran, sin duda, las palabras que allí pronunció Alfonso XIII. En ellas desgranó los hitos del relato católico acerca del pasado español, tejido de eventos religiosos y hazañas bélicas: la aparición de la virgen del Pilar al apóstol Santiago, la conversión del rey visigodo Recaredo, la Reconquista cristiana contra «los sectarios de Mahoma», la unidad nacional rehecha bajo los Reyes Católicos, los tercios de Flandes y los teólogos enfrentados a los protestantes, la pugna con los turcos en la batalla de Lepanto y la conquista y evangelización de América. Una trayectoria que devenía misionera, siempre en defensa de la Iglesia, y delataba las esencias patrias: «si la Cruz de Cristo dejara de sombrear nuestro territorio nacional, España dejaría de ser España». La doctrina nacionalista elaborada por Menéndez Pelayo, hecha dogma oficial. Acto seguido, el monarca recordó su ofrenda ante el Sagrado Corazón y se erigió en portavoz de la Raza al solicitar el nombramiento de más cardenales hispanoamericanos. Por último, pidió bendiciones para el ejército de África y aseguró que los españoles no faltarían a su deber si el papa los llamaba a la guerra santa.[8]

Este alegato, que impresionó al pontífice, contenía fórmulas mucho más militantes que las barajadas por el embajador Villasinda y los cuadros ministeriales y palatinos de Madrid, en las cuales no se mencionaban las futuras cruzadas. Su ardor se atribuyó al jesuita Alfonso Torres, uno de los promotores de la consagración en el cerro de los Ángeles y, años después, confesor del rey en su exilio romano. Aun así, de la última versión se cayeron en las horas previas a la audiencia algunas frases que sonaban demasiado radicales, de manera que el secretario real tuvo que desplazarse al Ministerio de Estado para corregir el texto destinado a la prensa española: sustituyó la «lucha contra el secular enemigo de nuestra Patria y de nuestras creencias», en alusión a las campañas coloniales, por «implantar la justicia, la cultura y la civilización»; y eliminó el anuncio redundante de que España y su soberano «formarían como en pasados siglos a la vanguardia de los cruzados, y pelearían y morirían, si preciso fuera». Aunque se limaran los matices más agresivos, el mensaje principal quedaba en pie: España no podía ser más que una nación católica y, como tal, estaba dispuesta a coger las armas por la

Iglesia.[9] Durante el resto de su viaje, los reyes no descuidaron las huellas hispanas en el catolicismo romano; desde el Colegio Pío Latino, donde se recordaron las hazañas de una monarquía que «blandió contra el islam la cimitarra/y con la Cruz domó al americano», hasta la casa de san Ignacio de Loyola. Alfonso de Borbón, orgulloso ante el papa de las órdenes militares, se definió allí, lo mismo que el fundador de la compañía de Jesús, como un capitán español.[10]

Viaje de vuelta desde Italia. El rey, con Primo de Rivera, en Barcelona (1923). Foto de autor desconocido. © Patrimonio Nacional.

Los católicos, sobre todo los más conservadores, cerraron filas en España con su rey. Tanto los medios derechistas como el correo postal se llenaron otra vez de parabienes que hablaban de la identidad entre don Alfonso y su pueblo. Por ejemplo, el maurista *La Acción* opinaba que nunca como entonces había podido «el Rey sentirse tan Rey de los españoles». Escribieron a palacio no sólo arciprestes y obispos, también estudiantes y jóvenes, señoras catequistas, sindicatos agrarios, el apostolado de la oración, congregaciones marianas y los americanos impresionados por la iniciativa regia en favor del catolicismo ultramarino. Desde Francia, una española resumía el espíritu de las misivas: «Viva el Rey del Corazón de Jesús». Cierto marqués iba más allá y sostenía que don Alfonso encarnaba «los grandes principios tradicionales: Dios, Patria y Rey». Es decir, los del lema que había empleado el carlismo en las guerras civiles contra los liberales del siglo XIX. Una de las adhesiones más significativas fue la de Manuel Senante, director de *El Siglo Futuro*, el mismo diario integrista que en 1906 había condenado la boda con Victoria Eugenia por sus presuntos ancestros judíos. El integrismo, una escisión muy combativa de la extrema derecha tradicionalista, se alineaba ahora con su esposo, destinado a presidir, como Recaredo, el renacimiento de la fe castiza: «basta ya de europeización», sentenciaba el periódico. El monarca puso a Senante unas cariñosas letras de agradecimiento. Por su parte, el episcopado español ordenó que la arenga del rey a Pío XI se leyera en todos los templos. Con ello se alcanzaba la meta marcada en el cerro de los Ángeles: la fusión política del trono y el altar.11

La vuelta a España no desmereció en absoluto de los fastos italianos. Los reyes hicieron escala en Mallorca y arribaron a Barcelona, donde les esperaba una celebración grandiosa del autoritarismo españolista, contrarrevolucionario y católico. Hubo, cómo no, *Te Deum* y banquetes, y hasta apareció un pequeño grupo fascista, La Traza, que desfiló por el puerto con sus camisas azul celeste. Pero el número principal consistió en la concentración de unos 35.000 somatenes de Cataluña, con el pretexto de ofrecer a Alfonso XIII una medalla de la constancia. Premiaban con ella veinte años de un reinado que había protegido, lo mismo que la vieja milicia armada, el orden y la paz social. Allí acudieron los de Manresa e Igualada con sus banderas y el tambor del Bruch, que rememoraban el triunfo contra los franceses en 1808. Si el marqués de Comillas leyó la concesión de la medalla, un cabo gritó en catalán vivas al rey y al capitán general, jefe del cuerpo que se expandía para cubrir todas las provincias españolas. Miguel Primo de Rivera fue vitoreado, como su compañero en el Directorio Severiano Martínez Anido, represores ambos del anarcosindicalismo. En un ceremonial no menos simbólico, el círculo militar de la ciudad ofreció al dictador la espada que había pertenecido al general Manuel Pavía, quien en 1874 había entrado en las Cortes para liquidar

el parlamentarismo republicano. Dos golpes de Estado paralelos, que habían salvado al país del caos. Primo empuñaba el arma de Pavía para conducir a España a su definitiva regeneración.[12]

El agotador itinerario tuvo una última etapa en Zaragoza, con la obligada visita al Pilar. La virgen vestía un manto decorado con los colores de la bandera y un escudo nacional que lucía el omnipresente Sagrado Corazón. Los monarcas rezaron ante ella y rindieron pleitesía a dos mártires de la causa católico-militar española, enterrados en la basílica: el cardenal Soldevila, muerto en un atentado anarquista meses atrás, y el comandante aragonés Rafael Valenzuela, jefe de la Legión que había remplazado a Millán-Astray y perdido la vida en África. Don Alfonso transmitió este pésame a Franco, sucesor del finado al mando del Tercio. Ya en Madrid, la acogida culminó entre soldados y somatenes, campanas y aviones que sobrevolaban palacio. Los cines proyectaban varias películas, del mismo realizador que la de Las Hurdes, para repasar los éxitos de la gira, alabar a los dirigentes y subrayar tanto el perfil amable del rey, atento a todos los problemas, como el entusiasmo de las multitudes a su paso. Las anécdotas del viaje se comentaban en cualquier rincón de mapa, también en las guarniciones de Marruecos, donde cayeron bien las frases del monarca sobre *su* Mussolini. Con el fin de aprovechar el tirón popular del acontecimiento, en el Teatro Rey Alfonso de la capital se estrenaba un anodino juguete cómico titulado, precisamente, *Pío Mussolini*. La dictadura monárquica, auxiliada por la censura de prensa, no podía comenzar con mejor pie: Primo de Rivera se asociaba al pujante fascismo y Alfonso XIII se convertía además en héroe del universo católico. Pero ambos quedaban vinculados entre sí y uncidos a un ideario extremo, tan nacionalista como antiliberal, que sólo convencía a una parte de España.[13]

EL REY TERGIVERSA

Alfonso XIII negaba una y otra vez su implicación en el pronunciamiento de septiembre de 1923. Sabía que la entrega del poder a los militares no se reducía a un mero canje de ministros, sino que conllevaba un vuelco político crucial. El más importante en España desde finales de 1874, cuando otro golpe había facilitado el regreso de la dinastía borbónica y la apertura de una etapa diferente, la Restauración. Bajo un sistema que, gracias al *turno pacífico*, había eclipsado a los espadones, protagonistas de la vida pública hasta entonces. Convalidar aquel acto de fuerza, como mínimo, ponía en cuestión las funciones moderadoras que asignaba al monarca el texto constitucional de 1876, basadas en su soberanía compartida con el Parlamento y en su autoridad sobre las fuerzas armadas. Más aún, ahora no se hacía cargo del Gobierno un

caudillo al servicio de un partido concreto, sino el ejército como corporación. Todo lo cual traería consecuencias imprevisibles. Por eso, don Alfonso quería librarse de las sospechas de complicidad y presentaba su decisión como una especie de deber, ineludible dadas las circunstancias. A los embajadores les contó enseguida que desconocía los preparativos de la militarada y que, pillado por sorpresa, había elegido la única salida sensata. En los días que rodearon el viaje a Italia, una larga nota preparada por la secretaría real repasaba sus sacrificios en las crisis gubernamentales previas para remarcar que sólo acudió a Primo de Rivera después de certificar la amplitud del alzamiento, la imprevisión del Gabinete García Prieto y «cuál era el sentir unánime del ejército y del país». La nación así se lo demandaba.[14]

Los hechos, no obstante, resultaban más complejos. Dejando aparte el indemostrable estupor real, entre el 12 y el 15 de septiembre se desarrolló un drama en tres escenarios: Barcelona, capitanía del marqués de Estella; Madrid, sede del Gobierno; y San Sebastián, donde el rey pasaba la última parte de su jornada veraniega. A lo largo de la tarde y la noche del 12, el presidente del Consejo le informó varias veces de la gravísima situación provocada por Primo de Rivera, quien, según todos los indicios, iba a sublevarse de inmediato. El monarca contestó al jefe liberal que sus temores le parecían exagerados y, en vez de autorizar el cese fulminante del sedicioso, le aconsejó que se cerciorara de sus propósitos y le hiciese desistir. También le recordó que ya le había avisado del peligro que corría y le reprochó su actitud pasiva. A modo de respuesta, Primo interrumpió de mala manera su conferencia telegráfica con el ministro de la Guerra, quien seguía las indicaciones regias. En la madrugada del 13, el propio general –rodeado de monárquicos como el conde de Güell y el marqués de Comillas– envió mensajes a don Alfonso que arremetían contra los gobernantes y enfatizaban su lealtad al trono: «Señor: en solemne momento para la Patria decidimos pedir a V. M. aparte de su lado a los políticos corrompidos […] que dañan honor e interés de España. Ofrecemos una vez más nuestra incondicional adhesión». El rey encargó a Milans del Bosch que sondeara la actitud de las diversas guarniciones y se retiró a dormir, con orden de que no se le molestase durante unas horas. Como se recordará, Milans, quien había derribado en 1919 al liberal Romanones y ejercido de sátrapa en la Barcelona del pistolerismo, dirigía la casa militar del rey. Cuando García Prieto llamó de nuevo, el Borbón no se puso al aparato.[15]

El 13 de septiembre se fue en un ir y venir de comunicaciones, rumores e incertidumbres. Ya se conocía el manifiesto del marqués de Estella, una diatriba regeneracionista y patriótica, henchida de masculinidad cuartelera. Al grito de «¡Viva España y viva el Rey!», abominaba de la política vigente y exigía un Directorio militar. Pero Alfonso XIII, de quien dependía el

desenlace de la crisis, no partió hacia Madrid para tomar medidas de acuerdo con sus ministros, sino que permaneció la jornada entera en San Sebastián. En palabras del reformista Manuel Azaña, «el rey tergiversaba», daba largas al Gobierno. Al parecer, en torno al mediodía confirmó al conservador Sánchez Guerra que pensaba nombrar a Primo de Rivera y permitir una dictadura con apariencias constitucionales, cosa que hizo al día siguiente. Las unidades armadas se definían poco a poco, aunque eso no significaba que se sumasen de manera abierta al levantamiento. Sólo lo hicieron las de Zaragoza, al tiempo que la marina se inclinaba por las autoridades civiles. El resto utilizó términos ambiguos y, en cualquier caso, se puso a disposición del monarca, su comandante supremo. En la España de 1923, parecía inimaginable que los generales se negaran a obedecerle. Esa tarde, Primo alardeaba de los aplausos que recogía en Barcelona. «Vuelvo a ofrecer a V. M. testimonio fiel adhesión», insistía, mientras el rey, sin un reproche siquiera, se limitaba a encomendarle el orden público. Los ministros, que habían tratado de mandar emisarios al foco rebelde y transmitido su voluntad de resistir, veían cómo se deterioraba su posición y continuaban esperando la llegada del jefe del Estado. Al fin, este se presentó en Madrid a las nueve de la mañana del día 14, con uniforme de capitán general y una sonrisa de oreja a oreja, dispuesto a resolver.16

Cara a cara en palacio, el presidente del Consejo de Ministros le propuso destituir a los sublevados y acudir a las Cortes, pero Alfonso XIII respondió con evasivas: antes debía oír a sus asesores. En aquel régimen cosoberano, tales dudas significaban que el Gabinete había perdido la confianza de la corona, así que García Prieto dimitió. Por su parte, el general Diego Muñoz Cobo, exministro romanonista y jefe de la decisiva guarnición de Madrid, aseguró al rey que apoyaría lo que él decidiera. La disciplina monárquica no se había roto. Entonces, don Alfonso quiso abrir consultas, el trámite habitual en las crisis gubernamentales. Sin embargo, los golpistas reclamaban una decisión rápida. Tras entrevistarse con los miembros del *cuadrilátero* palatino y conocer un telegrama en el que Primo de Rivera amagaba con emplear métodos sangrientos, el monarca le pidió que se presentara ante él para formar Gobierno y designó un Directorio provisional encabezado por Muñoz Cobo. Se declaró asimismo el estado de guerra, como deseaban los insumisos.

En el diario de las actividades regias, alguien anotó las razones de aquel salto sin retorno, repetidas luego hasta la saciedad: «El Rey no puede ponerse contra el Ejército y debe evitar una Guerra Civil». Un riesgo poco verosímil, dado el monarquismo que exhibía el grueso de los oficiales. El 15 de septiembre, conforme a su preocupación por guardar las formas, don Alfonso consiguió que el pronunciado se convirtiera en ministro responsable. Provisto de su llave de gentilhombre de cámara, inconfundible signo cortesano, el

marqués de Estella tomó ese día posesión del cargo de jefe del Gobierno y presidente de un inédito Directorio militar. Por insistencia del monarca, le tomó juramento el ministro de Gracia y Justicia saliente. Extraña manera de otorgar su real beneplácito a la primera dictadura del siglo XX español. Agotado y enfermo, con un enfriamiento que había cogido en el viaje desde San Sebastián, durmió mal aquella noche.17

Así pues, Alfonso XIII resultó decisivo en el triunfo del golpe. Compartía las ideas y actitudes que lo justificaban –nacionalistas, contrarrevolucionarias, pretorianas, antiliberales– y a ellas sumaba la fe en su propia misión, como soldado y salvador de España. Conocía al menos las líneas generales de la trama, pero eso no fue lo más relevante. A la hora de la verdad, abandonó a su Gobierno: difirió las medidas disciplinarias y no hizo uso de su autoridad sobre el ejército, que casi nadie discutía, para atajar la rebelión. Consciente de la trascendencia de los acontecimientos, todo un ataque al régimen constitucional que había jurado preservar, se empeñó en mantener los aspectos legales. Pero esa relativa normalidad se evaporó cuando violó no sólo el espíritu de la Constitución, sino también su letra. El artículo 32 imponía al rey la obligación de convocar y reunir las Cortes tres meses después de disolverlas, lo que garantizaba la cosoberanía. Como la disolución se publicó el 17 de septiembre, había que celebrar elecciones y abrir las cámaras antes del 17 de diciembre de 1923. Con esta inquietud, los presidentes del Congreso de los Diputados, Melquiades Álvarez, y del Senado, conde de Romanones, visitaron al soberano en noviembre, en vísperas de la gira italiana, para refrescar su memoria constitucional, de la que tanto había presumido desde sus clases juveniles con Santamaría de Paredes. Don Alfonso les atendió de forma descortés –«de pie y en el quicio de una puerta», se resentía Romanones– y escribió luego, muy ofendido, a su viejo colaborador. Como si se tratara de una obra teatral del Siglo de Oro, reivindicó su honor de caballero cristiano, amén de patriota: «Por España y por Dios ciño una espada», se definía. Frente al estigma de perjuro, le aclaró que cumplía «el artículo tácito de toda Constitución [:] “salvar a la Patria”».18

Los meses iniciales de la dictadura rebajaron las inquietudes que pudiera albergar el monarca, al que se notaba eufórico en la nueva coyuntura. A juicio del embajador francés, se asemejaba a «un escolar el primer día de vacaciones», liberado y satisfecho cuando presumía de ser «un rey absoluto». El grueso de los periódicos acogió con simpatía, o con expectación benévola, el estreno del Directorio avalado por el trono. Claro que la censura gubernativa, impuesta con el estado de guerra, no permitía las discrepancias. Lo cierto es que escasearon los resistentes al cuartelazo, sostenido o tolerado por sectores políticos y sociales muy diversos. Desde luego, por las derechas autoritarias y católicas, las organizaciones empresariales –en primera fila, las

catalanas– y la Iglesia, que bendijo al general Primo de Rivera antes de su viaje a Madrid. También por los catalanistas conservadores, preocupados por el orden social. En las filas de los partidos gubernamentales dominaron la prudencia y cierto escepticismo resignado, con reservas ante lo ocurrido pero sin una sola crítica al monarca. Algunos medios liberales y reformistas, como *El Sol*, dieron la bienvenida a los enemigos de los caciques. Y el socialismo optó por tímidas protestas. Sólo los anarquistas y comunistas parecían decididos a oponerse al Ejecutivo militar, que enseguida los metió en cintura. Don Alfonso podía estar contento, porque, como comentó a diestro y siniestro, su máxima obsesión consistía en dar la batalla a la izquierda subversiva.19

Y es que el temor a la revolución, perenne en su ánimo desde 1917, valía de coartada a sus actos inconstitucionales y al mismo tiempo le situaba a la vanguardia de la moderna lucha contra el bolchevismo. Pues, a estos efectos, no hacía distingos entre marxistas y libertarios. Italia había tomado la delantera, España la secundaba y no tardarían en seguirlas otras naciones, amenazadas por el mismo peligro. En las numerosas declaraciones de don Alfonso acerca del asunto, el autoritarismo se transformaba en remedio necesario frente a la incapacidad liberal para preservar el orden. Una manera de discurrir frecuente entre los reaccionarios europeos en la época de entreguerras. Si no hubiese sido por Primo de Rivera, opinaba, los revolucionarios habrían vencido. Más aún, los éxitos del general en ese terreno apuntalaban su permanencia en el poder, de modo que el anuncio inicial de un paréntesis quirúrgico, seguido de una veloz vuelta a la normalidad constitucional, pasó pronto a la historia.

En 1925, en una resonante entrevista que publicó el diario francés *Paris-Midi* y reprodujo *El Sol*, el rey desafiaba a los reporteros a encontrar señales de represión en las calles. En cambio, ahora se podía pasear sin amenazas y, en ausencia de huelgas, los patronos no se topaban cada mañana con obreros dispuestos a asesinarlos. Tras esa preocupación se traslucía el sueño de una patria cohesionada y en paz, cuyo interés quedaba por encima de las constituciones. Como había dicho tantas veces, él conocía mejor que nadie los deseos de su gente, que exigía la eliminación de las banderías partidistas, prestas a reanudar sus intrigas parlamentarias en cuanto se les permitiera actuar. Sólo unos cuantos miles de profesionales añoraban el parlamentarismo, pocos en comparación con los veinte millones de españoles. Las cartas que recibía en palacio, de contrarios a los «políticos aviesos», reforzaban ese convencimiento.20

Alfonso XIII respaldó, por completo, los pasos iniciales de la dictadura. La suspensión de los derechos cívicos y las libertades fundamentales, empezando por las de prensa y asociación, así como el olvido de las pesquisas

sobre responsabilidades políticas en Annual, que podían salpicarle. La cirugía anticaciquil, más retórica que efectiva, a base de denuncias de corrupción que no condujeron a nada y del envío de delegados gubernativos a las administraciones locales. La génesis de un Somatén nacional y, más tarde, de la Unión Patriótica, contemplada por el rey como una agrupación de hombres buenos que, ajenos a la política, se dedicaban a fomentar los intereses vitales del país. El aplastamiento de las organizaciones anarcosindicalistas. Y, en contraste con lo prometido por Primo de Rivera en Barcelona, también el del catalanismo, que condujo al cambio de color político en la *Mancomunitat* y al cierre de este órgano regional. Hasta la retirada estratégica en Marruecos, contradictoria con la política anterior. Todo ello contó con la aquiescencia regia. Sin embargo, el monarca tuvo que aprender a convivir con el dictador, un personaje al que motejaba de «pavo real», y a aceptar la disminución de su propio poder. Como mostró su derrota en el choque acerca de Tánger, las diferencias entre ellos no podían llegar muy lejos, pues una quiebra haría fracasar el experimento autocrático: como le señalaba Primo al rey, «la primera crisis, si no nace de nosotros mismos, será crisis de régimen, no crisis de gobierno». Cualquier dictadura moderna conllevaba, por ende, la unidad de mando. Aunque sonara paradójico, el sistema constitucional otorgaba más peso al jefe del Estado que el autoritario.

En definitiva, don Alfonso había contribuido, de forma determinante, a instaurar un sistema político que amenazaba con encerrarlo en un papel representativo que siempre había creído insuficiente para sus capacidades y ambiciones. El rey regenerador y patriota, en sintonía con los deseos de un pueblo que le amaba, se veía condenado a una vida oficial centrada en los ceremoniales anejos al cargo, sin dejar su huella particular en la marcha de los asuntos candentes. Esta mutación no acercaba sus funciones a las de un monarca parlamentario, puesto que no implicaba su alejamiento de las querellas partidistas en favor de gobiernos que sólo respondían ante los representantes elegidos por los ciudadanos. Más bien todo lo contrario, pues lo identificaba con una alternativa política concreta, nacida de la reacción derechista a profundos trastornos sociales. Dicho de otro modo, perdía influencia pero no se asimilaba a un emblema nacional compartido. A partir de entonces sería, de manera irremediable, el polémico consentidor de la dictadura. Algo similar le ocurrió a su colega Víctor Manuel III con el fascismo de Benito Mussolini, al que también había llamado a gobernar en uso de sus facultades constitucionales. Aunque Italia venía de una coyuntura distinta, marcada por la irrupción de la democracia, y el Saboya hubo de acostumbrarse a un movimiento de masas muy potente, capaz de crear consensos amplios entre la población y de consolidar un marco institucional propio. De cualquier modo, en ambas situaciones surgieron tensiones entre las

figuras prominentes de sendas diarquías desiguales.[21]

DESENMASCARADO

La balsa de aceite dictatorial se vio removida, un año después del viaje a Roma, por una súbita tempestad. A finales de 1924 se publicó un panfleto en varias lenguas, titulado en francés *Alphonse XIII démasqué. La terreur militariste en Espagne*, y en castellano *Una nación secuestrada (el terror militarista en España)*. Era obra de Vicente Blasco Ibáñez, que sumaba a su vocación política una notable fama internacional. No sólo había dominado durante años la ciudad de Valencia, a la cabeza del republicanismo populista que había seducido al joven Sorolla. Tras su retiro de la brega electoral, también se había convertido en el escritor español vivo más conocido en el extranjero: su relato *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, sobre la Gran Guerra, vendió cientos de miles de ejemplares en Estados Unidos y se hizo película en Hollywood. El texto sobre el rey Alfonso emulaba el artículo «*J'accuse*», del escritor Émile Zola, que había dividido Francia en el cambio de siglo a propósito del *affaire Dreyfus*. El intelectual, encumbrado como oráculo de la sociedad y agitador de conciencias. Su inspiración resultaba transparente: «Sí, como español que soy, lo declaro desde el principio: por patriotismo, por el honor nacional, acuso a Alfonso XIII» (*«j'accuse Alphonse XIII»*). Aquí, el autor asumía el papel de verdadero patriota, dispuesto a sacrificar su bienestar con tal de hundir al culpable de los males de España. En la senda de Miguel de Unamuno y de Indalecio Prieto, se erigía en rival del monarca.[22]

Para elaborar sus argumentos, Blasco se valió en París de la ayuda de otros ilustres exiliados. Como el mismo Unamuno, que había huido de su destierro en la isla de Fuerteventura y le proporcionó buena parte de los cargos contra don Alfonso; el periodista republicano Eduardo Ortega y Gasset, hermano de José; o el exministro liberal Santiago Alba, el único que citaba Primo de Rivera en su manifiesto y símbolo de la *vieja política* que quería barrer. Según el novelista, la monarquía de la Restauración había desnacionalizado a los españoles, pues había sustituido su proverbial idealismo por despreciables valores materiales: don Quijote, transmutado en Sancho Panza. Alfonso de Borbón se parecía ante todo a su bisabuelo Fernando VII: simpático, taimado y cruel. Una tesis unamuniana, lo mismo que el mote del «Káiser Codorníu», tan distante de su modelo Guillermo II como esa marca de cava catalán respecto al champán francés. Envanecido por los aduladores desde la infancia, no era sino un subteniente pretencioso y populachero. Contra él lanzaba Blasco varias recriminaciones que, al basarse en realidades reconocibles, sonaban verosímiles y cuarteaban la imagen regia.

Por un lado, lo tachaba de germanófilo durante la contienda europea, una imputación de gran eco en Francia. Bajo su tapadera humanitaria, el rey había trabajado en favor de Alemania y protegido sus mortíferos submarinos. Por otro, revelaba su inagotable sed de poder, que había encizañado los partidos dinásticos, se había fabricado un ejército a medida, lo había conducido al desastre en Marruecos y, por fin, había preparado el golpe de un general lenguaraz y mujeriego. Alfonso y Miguelito, tal para cual.

La dictadura desvelaba asimismo, en las hojas blasquistas, el afán de lucro de Alfonso, quien se creía pobre pese a la nutrida lista civil que cobraba y nunca tenía suficiente para su fastuoso tren de vida: «Hace falta ser el señor absoluto para poder amasar una fortuna». De acuerdo con sus datos, el rey codiciaba las minas del Rif; promovía obras públicas, como las del Metro de Madrid, para enriquecerse; y recibía acciones liberadas –es decir, gratuitas– de sus empresas preferidas, como la Hispano-Suiza. No dudaba en asociarse con negociantes de moral dudosa, que le sacaban concesiones y ventajas del Estado. Así lo probaban los ejemplos de Eugène Cornuché, el de las ruletas de Deauville; o de Georges Marquet, que gestionaba salones de juego y hoteles en España gracias a su real padrino. Blasco sumaba a la lista la amistad del monarca con un tal Isidro Pedraza, expresidiario y aventurero que le ofrecía primas a cambio de monopolios. Poco antes había circulado otro pasquín que detallaba las maniobras de Pedraza, quien había contactado con Alfonso XIII en Deauville y le había hablado de obtener una licencia para construir un ferrocarril de ancho europeo entre Hendaya y Algeciras, y de otros chanchullos, a cambio de un millón de libras esterlinas. Como el Gobierno de concentración liberal –decía el escritor– no había otorgado al buscavidas lo que solicitaba, el soberano reunió un incentivo más para animar a Primo de Rivera. De todos modos, la operación había salido mal, ya que tampoco el dictador había consentido semejantes manejos.[23]

Blasco no aportaba muchas novedades a las acusaciones y rumores que ya circulaban, pero les proporcionó un impacto espectacular. Fuera de España, donde las recogieron periódicos hasta de Nueva York, Viena o Tokio. Como subrayaba un diario de provincias francés, el monarca debía incluirse «entre los hombres funestos que contribuyen a la pérdida de las naciones». Y también dentro del país, pese a la censura y a la vigilancia policial, pues miles de ejemplares se colaron a través de las aduanas. Por encima de todo, provocó el cierre de filas en los medios oficiales españoles, con discursos que, para contrarrestar el patriotismo republicano, fundían corona y nación: quien difamaba al rey ofendía a España. El lenguaje de la patria y del honor caballeresco cundía en ambos bandos. Se movilizaron desde los diplomáticos que desmentían la germanofilia regia –rechazada también por el expresidente de Francia Raymond Poincaré– hasta los ingenieros del Metro. Respondieron

asimismo los medios de prensa afectos a la dictadura y numerosos libros y folletos, de primorriveristas pero también de monárquicos a secas o de hombres que se decían agraviados en su españolidad, a menudo inducidos desde palacio o desde las embajadas. En ellos se exaltaba al monarca idolatrado por el pueblo, caritativo y –de manera abrumadora– patriota y valiente ante los atentados. Presto «a regar con su sangre el altar del martirio», como decía Alfonso Ruiz de Grijalba, antiguo liberal y paladín de la honra dinástica en la América hispana. El periodista y político conservador Salvador Canals, que se encargó de replicar en la prensa de París, no descartaba por completo las habladurías acerca de los ventajistas, pues aseguraba que el rey había aceptado de forma patriótica las inversiones de Pedraza, apoyado a su vez por los políticos liberales.24

Abundaron también los insultos contra Blasco, que le denigraban como un sucio cobarde y traidor a la tierra que le había visto nacer, y volvían en su contra el pecado de codicia. A veces, con un fondo antisemita, como en *El novelista que vendió a su patria*, de El Caballero Audaz, quien retrataba así a su colega valenciano: «Tiene el instinto del mercader moderno que ama el reclamo y la rapacidad y la dureza de entrañas del judío dueño de una casa de préstamos». Más aún, detrás del republicano se adivinaba la ubicua conspiración soviética, ansiosa por destruir España. Judaísmo y bolchevismo, enemigos acérrimos de la nación. Hubo mítines y manifestaciones de la sociedad civil más reaccionaria, en especial de los grupos confesionales y mauristas que sustentaban la dictadura. La junta de Acción Católica atacó a los «malos españoles», que querían «mancillar el honor de España y de su Rey», y promovió que se le dirigieran mensajes de afecto. La aristocracia y las órdenes militares, como el ejército, salieron en auxilio de su máxima autoridad. A Blasco se le abrieron procesos castrenses y civiles. Incluso en Francia, donde el asunto se zanjó con una preventiva renuncia del monarca a la querella contra el escritor, que el primer ministro Édouard Herriot anunció en el Parlamento. El propio don Alfonso se mostró magnánimo en una carta donde deseaba que Blasco abandonara los libelos y volviese a la literatura.25

El escándalo propició una de las mayores demostraciones monárquicas celebradas en España, con motivo del santo de Alfonso XIII en 1925. Comparable a la jura en 1902 o a la boda en 1906, y muy superior al tributo de 1917. Todos los ayuntamientos del régimen nombraron a los reyes alcaldes honorarios y, junto a las diputaciones provinciales y a las agrupaciones primorriveristas, participaron aquel 23 de enero en un homenaje nacional para desagraviar al soberano. Aunque, según el presidente de la Diputación madrileña, impulsor del evento, no se le pudiera ofender porque estaba demasiado alto. Con ello se escenificaba la unanimidad de los españoles en torno suyo: tal y como suscribieron en un cartapacio los vecinos de Lejona, en

Vizcaya, de ese modo elevaban «la protesta más dura contra quienes al desacatarle hirieron a la patria gloriosamente encarnada en su augusta persona». Las instituciones locales facilitaron el desplazamiento a Madrid de sus paisanos, que se contaban por cientos de miles. La víspera de la efeméride, los munícipes hicieron entrega de estos títulos honoríficos a Alfonso y Victoria, en el Palacio de Hielo que explotaba el sospechoso Georges Marquet, donde el monarca, metido en su papel de padre de los españoles, reclamó la colaboración de todos con su Gobierno. Durante unos días se repartieron fotografías suyas y se promocionaron filmes como *La hidalguía del rey*, que reproducía las benévolas palabras de Herriot en la cámara francesa. Más allá de la capital, algunas ciudades y pueblos dedicaban calles a Alfonso XIII e hilaban toda clase de actos, monárquicos y españolistas al mismo tiempo. El aludido aprovechó la ocasión para indultar a Dámaso Berenguer, amnistiado por el dictador y vuelto a condenar por asistir a un acto antiprimorriverista.

El núcleo central de la fiesta consistió en un pintoresco y masivo desfile de las comisiones llegadas de todo el territorio nacional a Madrid. Encuadradas por provincias y en orden alfabético, tardaron cuatro horas en recorrer el trayecto entre el parque del Retiro y el palacio real. Vestían trajes típicos y portaban estandartes históricos de sus respectivas localidades, como la *senyera* medieval de Valencia o la bandera del Bruch, presente ya en la concentración barcelonesa de los somatenes. El espectáculo recordaba a otras fiestas folclóricas, pero prefería las alusiones provinciales a las regionales, que ahora despertaban resquemores antiseparatistas entre las derechas. Se trataba, eso sí, de exhibir la solidez de la vieja nación española, cubierta de prestigios y siempre ligada a la monarquía. El rey Alfonso, que esperaba en palacio rodeado de cardenales, se veía como heredero y representante de ese carácter patrio y, a la vez, como la garantía de su pervivencia frente a las amenazas subversivas. Todo lo cual se vinculaba a la religión, al ejército y, como colofón lógico, a la dictadura que el monarca había abrazado. Quedaba fuera la otra España, la de los españoles que no se reconocían en aquel conglomerado nacionalista, católico, monárquico y autoritario, el mismo que se había desplegado en la gira a la Roma de Mussolini y Pío XI. Los españoles que, como Vicente Blasco Ibáñez, reivindicaban un patriotismo cívico y, cada vez con más seguidores, asociaban democracia con república. El ruido se prolongó unos meses, pero la fuerza de su propaganda decayó un tanto y no obtuvo efectos políticos a corto plazo.26

---

1. «El Manifiesto del General Primo de Rivera», *Abc*, 14.9.1923.

2. Los hechos y citas, en *La Voz*, 19.11.1923 y *El Sol*, 20.11.1923. La expresión «Mi Mussolini»,

recogida en *El Sol* por su corresponsal, también se adjudicó a Alfonso XIII, pero dirigida al rey de Italia, en el diario francés *Le Temps*: «Comentando el Viaje de los Reyes a Italia», *Abc*, 1.12.1923, p. 9.

3. Enrique Tedeschi, «El Vaticano y el Quirinal», *El Imparcial*, 13.11.1923. AGP Cª 15521/1 (Villasinda): protocolo, en Villasinda a Torres, 24.7.1923. AGP Cª 15520/2 (Reynoso). Posible rivalidad, en Villasinda a Torres, 20.12.1923, AGP Cª 15433/29.

4. El *Corriere*, en Reynoso a Torres, 16.10.1923, AGP Cª 15520/2. *La Correspondencia de España*, 27.11.1923.

5. Tusell y Saz (1982). Sueiro (1993), informes citados en pp. 59 y 112-113.

6. Consejos de Mussolini, en Reynoso a Miranda, 19.9.1923, AGP Cª 15520/2. *El Sol*, 22.11.1923. *El Imparcial*, 23.11.1923. *Abc*, 25 (Sánchez Mazas) y 29.11.1923. «Mon petit Mussolini», en Federzoni (1967), p. 259.

7. Tusell y Saz (1982). Avilés (2017). Viaje de los reyes de Italia, en AGP Cª 15521/4.

8. Según *Corriere della Sera*, 20.11.1923, la costumbre les dispensaba de postrarse. *Abc*, 20.11.1923.

9. Villasinda a Torres, 2.11.1923, AGP Cª 15521/1. Ministerio de Estado a Villasinda, 15.11.1923; Torres a Miranda, 19.11.1923; y textos ya impresos y luego corregidos, en AGP Cª 15520/6. La atribución, en Blasco (1924), p. 74.

10. Cita en una ofrenda del subdiácono Luis Bertoni, en AGP Cª 15520/6. *Abc*, 27.11.1923.

11. José Jiménez Corral, «La Majestad y la Santidad», *La Acción*, 28.11.1923. Telegramas, en AGP Cª 15521/3, citas de María Villapanes (Berkplage, s.f.) y el conde de Villanueva (s.l., s.f.). También AGP Cª 15520/4. Cita en *El Siglo Futuro*, 20.11.1923. María (2020a).

12. La Traza, en *El Sol*, 2.12.1923. *La Correspondencia de España*, 29.11 y 3.12.1923. *Abc*, 4.12.1923.

13. Ramón (2014), p. 281. *Abc*, 5.12.1923. Montero, Paz y Sánchez (2001), pp. 234-237 y 245-247. Marruecos, en Cordón (2008), p. 248. *La Libertad*, 24.11.1923.

14. Olábarri (1996), pp. 235-236. Howard a Curzon, 20 y 23.9.1923, NA FO 371/9490. Texto a máquina, con abundantes enmiendas a mano, probablemente del propio rey, en AGP Cª 15720/16 (expediente del viaje a Italia).

15. Tusell (1987), pp. 166-172 y 200-203. Petrie (1965, 1967), pp. 187-188. Cita en Primo de Rivera al rey, 13.9.1923, 3:30h, en AGP L5605. Los Comillas, en Faes (2009), p. 352.

16. Conversación con Sánchez Guerra, en ANR L11/8909, 13.9.1923. González Calbet (1987), pp. 68-71. Olábarri (1996), p. 237. Martorell (2011a), pp. 346-347. Citas, en Manuel Azaña, «La dictadura en España» (11.1923), en Azaña (2007), 2, pp. 355-368 (p. 356); y Primo de Rivera al rey, 13.9.1923, 18:50h., AGP L5605.

17. Tusell (1987), pp. 228-234. Boyd (1990), pp. 316-317. González Calleja (1999), pp. 266-269. AGP Libros y Registros 6052. Diario de S.M. el Rey. 14-16.9.1923 (cita del 14). *El año político*, 15.9.1923.

18. El rey a Romanones, 14.11.1923, AGP Cª 15601/13. Sobre todo lo anterior, véase también Ben-Ami (1983, 2012), pp. 61-70.

19. Informe de Defrance, 24.9.1923, citado en González Calleja (1999), p. 274. González Calbet (1987), pp. 81-94.

20. Gómez-Navarro (1991), pp. 110-126. Jerôme y Jean Tharaud, «Impressions d'Espagne. Une interview d'Alphonse XIII au Palais Royal de Madrid», *Paris-Midi*, 22.4.1925. Cita en Antonio Prieto

(La Habana) al rey, 19.11.1923, AGP Cª 15382/1.

21. «Pavo real», en testimonio de Santiago Alba citado por Tusell (1987), p. 205. Gómez-Navarro (1991), pp. 129-133; y (2003), cita en p. 350. *Paris-Midi*, 22.4.1925. Colombo (2010).

22. Para lo que sigue, véase Varela (2015), pp. 828 y ss., y Moreno Luzón (2018b). Cita, en Blasco (1924), p. 10.

23. Cita, en Blasco (1924), p. 40. Casassas (1983), pp. 226-229: era un folleto en catalán, publicado en Leipzig en 1924.

24. Varela (2015), pp. 858-878. Citas, en A.-Ferdinand Herold, «Un roi», *Populaire de Nantes*, 16.12.1924; y Ruiz de Grijalba (1925), p. 42. *El año político*, 1.12.1924 y 23.1.1925.

25. Cita en *Caballero audaz* (1924), p. 23. Cano (2009), p. 166. Varela (1925). También Varela (2015), pp. 878-901.

26. María (2021b). Cita, en AGP Libros y Registros 10275. *El año político*, 23.1.1925. *Abc* 23-25.1.1925.

El príncipe de Asturias, nombrado canónigo honorario en la basílica de Covadonga, junto al general Berenguer (1925). Foto de autor desconocido. © Patrimonio Nacional.

16

Patria, Dios, Rey

M.–¿Cuál es la forma de gobierno más adecuada para España?

D.–La Monarquía, porque la Monarquía, en España, es consubstancial con nuestro pueblo; es la esencia misma de nuestra vida política.[1]

FUEGO DE CAMPAMENTO

«El 4 de noviembre de 1923 será –anunciaba la revista *El Explorador*– la fecha cumbre del Escultismo». Del escultismo español, claro está. Ese día se celebró en un teatro de Madrid la promesa anual de bandera de los exploradores más jóvenes, entre los cuales figuraban dos hijos de Alfonso XIII: Juan y Gonzalo. Sus dos hermanos mayores, Alfonso y Jaime, recibían a su vez una medalla de oro de la asociación, por cumplir casi un decenio de permanencia en ella. A todos ellos, vestidos con el uniforme reglamentario, los acompañaba su profesor Juan Lóriga, conde del Grove, que ya lo había sido de su padre. La ceremonia siguió el guion previsible: entrada de la enseña rojigualda al ritmo de la *Marcha Real*, canto de himnos patrióticos y corporativos –*¡Salve a ti, vieja España!*, *Mi campamento*– y lectura de la memoria de actividades, más el reparto de condecoraciones y diplomas. Tras el acto de promesa, los sesenta niños desfilaron bajo el estandarte y hubo vivas a España y al rey, ante un público emocionado, de militares y parientes de las criaturas: las señoras agitaban sus pañuelos, muchos enronquecían, algunos lloraban. El presidente provisional de los Exploradores, Fernando García Molinas, destacó en su discurso la coincidencia de fines e ideales entre la institución y los hombres que regían entonces los destinos de la patria. Es decir, los del Directorio militar que acaudillaba Miguel Primo de Rivera, quien envió un saludo. No en vano, el general había patrocinado desde el inicio aquella rama nacional de los *Boy scouts*, y sus propios hijos, empezando por José Antonio, habían formado en sus filas. Por último, la tropa de pequeños soldados atravesó entre aplausos el centro de la capital.[2]

No sería la última vez que los Exploradores de España orquestaran un ritual consagrado a la familia real, fundida con su causa nacionalista. En 1925, su promesa de bandera –tan parecida a la jura de los reclutas– tuvo lugar al aire libre, en el parque del Retiro madrileño, con presencia de los reyes y de

Primo de Rivera, y sirvió para investir al príncipe de Asturias como instructor honorario. Los *scouts* asistieron a la misa de campaña formando un anagrama con la letra A, de Alfonso, y la corona. Tres años más tarde, el infante don Jaime obtuvo el mismo grado, ante representantes del Tiro Nacional, el Somatén y la Unión Patriótica. Ahora eran cerca de mil los niños que se comprometían con la enseña y con el jefe del Estado, «erguido el pecho, extendido el brazo y con robusta y unánime voz». Del mismo modo, los monarcas y sus deudos acudieron a otros festivales escultistas, como el montado en 1924 por el último presidente de la *Mancomunitat* catalana, Alfonso Sala, en su feudo político de Tarrasa. Allí hubo hasta una escuadrilla de aviadores y un dirigible, que sobrevolaron la ceremonia religiosa. Bajo la dictadura se reforzó el compromiso del trono con esta organización, que ejemplificaba mejor que ninguna otra el patriotismo monárquico, de raíz castrense y obediencia confesional, que fomentaban desde hacía tiempo las autoridades.3

Cuando comenzó la incierta experiencia autoritaria, los *Boy scouts* españoles se hallaban en franco declive. No levantaban cabeza desde la crisis que en 1914 había defenestrado a su carismático fundador, Teodoro de Iradier, para dar la razón a sus enemigos católicos. El esplendor inaugural se desinfló pronto y en 1923 sus efectivos rondaban unos «seis u ocho mil muchachos y algunas decenas de hombres de buena voluntad». Lejos de los 18.000 de una década atrás, pero el doble que declaraban en 1921 las juventudes socialistas, en un país donde el asociacionismo juvenil se resistía a arraigar. Y eso que el Estado les ayudó una y otra vez, al concederles el monopolio del escultismo en España y duplicar las subvenciones. Lograron sobrevivir gracias a las escuelas de preparación militar para *cuotas* y futuros oficiales de complemento, al entusiasmo de unos cuantos promotores locales y al de los oficiales implicados, que agudizaron su ardor bélico. En contraste con el rumbo pacifista que emprendió el movimiento internacional *scout* después de la Gran Guerra, el español compartía el nacionalismo maurófobo caldeado por la resaca de Annual. Sus agrupaciones multiplicaron las colectas y regalos para los combatientes, figuraron en sus despedidas y se comunicaron con los que habían militado en ellas, quienes confesaban lo provechoso que les resultaba en África el entrenamiento escultista. Esta conexión con el ejército colonial se acentuó cuando Millán-Astray entró en su directiva.4

Las críticas al militarismo de los Exploradores no hicieron sino arreciar. Así, el siempre incisivo Miguel de Unamuno predecía su fracaso porque acababan con la espontaneidad y producían entre los niños un hartazgo «del uniforme y del palo y de la fila y del tambor». Aplicaban a su juicio una pedagogía vacua, con liturgias que transmitían un patriotismo «de trapo», no «de fibra viva», como el que por ejemplo alentaba la Institución Libre de

Enseñanza. En respuesta a estas y otras descalificaciones, dentro de la organización surgieron métodos más modernos y acordes con las orientaciones de la cúpula transnacional. Entre ellos, el sistema de patrullas, núcleos autónomos que dotaban a los chicos de iniciativa; y más diversiones, como los juegos indios –tipis, plumas y pinturas de guerra– al estilo norteamericano. Sin renunciar, desde luego, al culto a la bandera o a los nexos palatinos, que les mantenían a salvo y justificaban sus constantes agradecimientos al rey. El principal motor de las reformas, el abogado Juan Antonio Dimas, apodado *Lobo gris* y jefe de la tropa de Madrid, creía en las virtudes del fuego de campamento, cuya magia estremecía a los adolescentes sedientos de aventuras. Una inmersión emocional en el nacionalismo, fuente de disciplina voluntaria. Esta filosofía, común a otras sociedades juveniles europeas y americanas, se practicaba cada semana en El Pardo, en los terrenos cedidos por el Real Patrimonio. Allí se rememoraban «los nobles fastos españoles», las hazañas de los monarcas que habían labrado la historia nacional en batallas contra los musulmanes, y se exaltaban las virtudes de Alfonso XIII, «Rey de la Juventud». Dimas fue nombrado gentilhombre de entrada en 1929.5

El resurgimiento de los Exploradores se vio propulsado, de manera decidida, por el Gobierno de Primo de Rivera. El presidente que había sustituido a su muerte al duque de Tamames, el de San Pedro de Galatino, era también –como se ha señalado– un personaje muy cercano al rey. Sin embargo, se enfrentó con el dictador y con el propio monarca a propósito de la concesión de títulos nobiliarios. Así que tomó el relevo García Molinas, senador de gran predicamento en Madrid, donde manejaba una extensa red de organismos benéficos y dedicaba su atención a la infancia, por ejemplo a través de los tribunales de menores en los que trabajaba Dimas. Su militancia previa en la Izquierda Liberal de Santiago Alba no impidió a García Molinas colaborar con el poder autoritario. De modo que la asociación se convirtió en una pieza más en las políticas nacionalizadoras del primorriverismo, junto al ejército, la escuela, la Iglesia, la Unión Patriótica o el Somatén. El Directorio ordenó que se promoviera su reproducción y se le procurasen auxilios, mientras su asistencia resultaba casi obligada en toda clase de efemérides. En las ya tradicionales, como la fiesta del árbol, una fórmula ecologista con tintes religiosos y patrióticos, o la de la Raza, aderezada por las consabidas ofrendas a Colón, explorador de exploradores. Pero también en la celebración de las victorias militares o en los momentos de fervor monárquico, como los días del rey, el homenaje antiblasquista de 1925 y las bodas de plata del reinado.6

Más aún, el escultismo nacional colaboró en el esfuerzo de la dictadura por dar a luz un gran organismo de formación premilitar y gimnástica, vivero de ciudadanos de orden, y recibió ciertos privilegios, como la reducción de

unos días en el servicio militar de sus integrantes. Sirvió asimismo de herramienta para españolizar Cataluña, uno de los objetivos más problemáticos del dictador. En la ciudad catalanista de Gerona, por ejemplo, la tropa fue hechura del gobernador civil, un antiguo guardia de fronteras que se empeñó, con el municipio y la guarnición, en convertir a los estudiantes del instituto de segunda enseñanza en perfectos españoles. Empleaba la lengua castellana, no la catalana, animó múltiples eventos y desapareció en cuanto cayó Primo. Dentro del nacionalismo catalán surgieron entonces, precisamente, rivales serios dentro del ámbito escultista, los *Minyons de muntanya*, con sus variantes confesional y republicana. Hacia 1926, la renovación emprendida y el respaldo oficial habían dado sus frutos: los Exploradores contaban ya con unos 22.500 miembros. Un avance más que significativo, aunque en absoluto equiparable a la enorme pujanza de los grupos católicos, que en aquellos años multiplicaron por diez estos números y se transformaron en el principal tejido juvenil de España.[7]

La militante españolidad de los Exploradores estaba fuera de duda, lo mismo que su adhesión a la realeza y, por ende, al autoritarismo primorriverista. Su caso mostraba a las claras la capacidad de la dictadura para aprovechar los recursos disponibles de cara a la nacionalización de los españoles, destinada a hacer de ellos ciudadanos ejemplares, según los moldes castrenses y conservadores, en absoluto conformes con los experimentos de vocación totalitaria. En Italia, como luego en Alemania y en la España de Franco, los *scouts* fueron disueltos y remplazados por apéndices de los aparatos fascistas. Pero Primo de Rivera prefirió adaptar los proyectos existentes, dentro de una estructura más jerarquizada, a la que sumó no obstante algunos elementos nuevos, como la extensión de las milicias civiles y un partido oficialista. Sin descartar las improvisaciones caóticas y las contradicciones internas, características de su régimen. El papel del rey en este entramado resultó ambivalente. Por una parte, el encogimiento de su radio de acción política caminó a la par que el desarrollo de su potencial representativo. La monarquía escénica ganó terreno, como a comienzos del reinado. Por otra, su protagonismo rivalizaba con el de Primo y, aunque disfrutó de momentos exclusivos de gloria, se ligaba de manera inevitable a los fastos dictatoriales y despertaba el rechazo de los enemigos de la tiranía. El trono sólo se fusionaba con una parte de la nación, no con la nación entera. Además, ni el españolismo militar ni el católico, triunfantes en la década de 1920, garantizaban una fidelidad incondicional al régimen monárquico. Como indicaban el lema tradicionalista –Dios, Patria, Rey– y el adoptado por la Unión Patriótica –Patria, Religión y Monarquía–, España y la fe se situaban por delante de la corona.

Los planes para españolizar a la población se dejaban notar en primer lugar sobre las escuelas e institutos. Una tarea que asumieron con particular ahínco los agentes autoritarios, pero cuya vigencia hundía sus raíces en los años de entresiglos. Como se vio en la jura del rey, en 1902, la atmósfera estaba empapada de pedagogía y se encomendaba la regeneración de España a su progreso cultural. Lo cual significaba combatir la ignorancia y dotar a los españoles de los instrumentos necesarios para crecer como nación, entre ellos un patriotismo que estimulara su trabajo en pro de la comunidad. Semejante desafío conllevaba el refuerzo de la educación estatal, algo que repelía a los pujantes colegios católicos y gustaba sobre todo a los liberales, autores de las medidas más relevantes en este campo. Aunque sonara paradójico, la dictadura imprimió un mayor ritmo a algunas de ellas, como el establecimiento de nuevos centros y la alfabetización rural, pero con contenidos reaccionarios y mañas represivas que amortiguaron las reticencias de la Iglesia. Antes y después de 1923, la pugna nacionalista se reflejó en la enseñanza, con un énfasis especial en el aprendizaje de la historia, de los comportamientos cívicos y del aprecio por los símbolos nacionales. De una forma o de otra, la monarquía entraba en las aulas.

La Historia de España apareció en la enseñanza básica con el programa de estudios de 1901, fruto de ese aliento regenerador, que se aplicó con lentitud pero perduró hasta la guerra civil. En los libros de texto y de lectura que se recomendaban para sus grados y para el bachillerato, el pasado nacional solía articularse a través de los relatos míticos asentados durante el siglo XIX, según los cuales la vieja nación española había peleado siempre por su independencia contra toda clase de invasores. Si los escritores progresistas exaltaban las virtudes populares y las instituciones representativas, empezando por las Cortes, los católicos enfatizaban el carácter religioso de ese devenir, desde la Reconquista hasta la lucha contra los turcos. En todo caso, la monarquía desplegaba funciones esenciales, como artífice de la unidad o defensora de la Iglesia. Se contaban así episodios edificantes, donde los destinos de la patria dependían de los rasgos personales de sus reyes. Cuando los soberanos eran fuertes, sabios y valerosos, como Recaredo, Fernando III, los Reyes Católicos, el emperador Carlos V o Carlos III, el país progresaba y los españoles vivían felices. Cuando no cumplían sus altos deberes, por debilidad o doblez, como Felipe III, Carlos II y Fernando VII, los abocaban al declive. Las discrepancias se manifestaban en personajes ambivalentes, como Felipe II, tirano para unos y héroe cristiano para otros.[8]

Al llegar a la contemporaneidad, las historias escolares se volvían escuetas, pero culminaban con cierta frecuencia en la figura de Alfonso XIII,

presentado como regenerador y patriota. Así, un maestro monárquico y liberal afirmaba en 1902 que «podrá proseguir la obra regeneradora emprendida por esta nación tantas veces grande como desgraciada». Ezequiel Solana, pedagogo muy conocido, añadía que el rey «dirige sus energías al desarrollo de la riqueza del país y a la regeneración política». Por su parte, el publicista católico Saturnino Calleja, autor de *Haciendo patria*, una obra reeditada en numerosas ocasiones e ilustrada con los retratos de la familia real, sentenciaba en 1915 que se trataba de «un patriota enamorado de su pueblo», provisto de un coraje casi temerario y presto a derramar hasta la última gota de su sangre por España. A continuación, proponía esta cuestión para los niños: «¿qué concepto nos merece como rey Don Alfonso XIII?». La respuesta caía por su propio peso. Al lado de la historia, las expectativas nacionalistas se depositaban en otra asignatura, denominada Rudimentos de Derecho en la primera enseñanza y Ética y Rudimentos de Derecho –con pequeñas variaciones– en la segunda. Sus textos resumían el ordenamiento legal y contemplaban el patriotismo como ingrediente básico de la ciudadanía. A menudo, la corona asomaba allí de forma sumaria y distante, encarnación de la soberanía y mando supremo de las fuerzas de mar y tierra. En términos de un magistrado, el rey se encargaba «de velar por la integridad del territorio y el honor de España».9

El régimen dictatorial no cambió la estructura de la educación primaria, donde se prolongó el reinado de los métodos didácticos tradicionales, basados en la memorización y fiados por lo común a un sistema catequístico de preguntas y respuestas. Sin embargo, se empleó a fondo en el control de los maestros, con amenazas de expulsar a quienes no propagaran la religión verdadera –forzándoles incluso a ir a misa– y la sacrosanta unidad de España. Una represión que obligaba a utilizar tan sólo el castellano en clase y cayó con ferocidad sobre los profesores catalanistas. De poco sirvieron las quejas, que llegaban a palacio, de quienes consideraban contraproducente esa rigidez si quería estimularse el amor a España en la infancia: «Que Cataluña sea española de espíritu –exhortaba una inspectora al rey–. Que diga, si quiere, "Visca Espanya!" y "Visca el Rei!"; pero que le salga del alma». Las innovaciones introducidas por las autoridades, con el ministro católico Eduardo Callejo al frente, se centraron en la secundaria: otorgaron mayor importancia a la historia, hicieron compulsiva la doctrina cristiana y cercaron la libertad de cátedra con la implantación del texto único, obligatorio en cada disciplina. En el de civilización española, uno de los pocos que se publicó a tiempo, se exaltaba el nacionalismo confesional de Menéndez Pelayo y se refutaba la Leyenda Negra, pero no se mencionaba al rey. Los que se ajustaban al cuestionario de Deberes Éticos y Cívicos y Rudimientos de Derecho, que así se denominaba ahora la materia, subrayaban como antes los

deberes patrios, aunque al describir las instituciones se veían forzados a tomar nota de la suspensión del Parlamento, sin mayor énfasis en la monarquía.[10]

El nervio nacionalista había que buscarlo en otra parte: en los catecismos patrióticos y libros *de cultura patriótica popular* dirigidos a niños y jóvenes. Un género en boga desde los años de la Gran Guerra, con un característico deje contrarrevolucionario y unitarista, al que se recurrió de manera intensiva bajo los Directorios. No por casualidad, los Exploradores de España se distinguieron por sus certámenes para premiar estos ejercicios. En 1919, un jurado en el que figuraba Primo de Rivera reconoció el trabajo de Dimas, que distinguía entre el patriotismo sentido a diario y la patriotería simulada, ponderaba las bellezas naturales del país y desaconsejaba las huelgas. Al año siguiente ganó un sacerdote escolapio que equiparaba al buen patriota con el buen cristiano, advertía de los peligros de la incontinencia sexual y señalaba a antimilitaristas y anticlericales como enemigos de España. Teodoro de Iradier, quien persistió en sus afanes nacionalizadores después de su caída, escribió en 1924 el *Catecismo del ciudadano* oficial de la dictadura, un folleto de apenas veinte páginas que pretendía infundir el orgullo de ser español y el aprecio por la bandera. Lo curioso era que insistía no sólo en la obediencia cívica, sino también en los derechos y libertades constitucionales, énfasis que compensaba con sus esperanzas en una política moralizadora como la que promovía Primo. El rey se mencionaba, simplemente, como uno de los poderes estatales. De este opúsculo se imprimieron cientos de miles de ejemplares y su uso se exigió al profesorado. El padre de los *scouts* admiraba, desde luego, el «espíritu justiciero» del dictador.[11]

Circulaban con profusión, asimismo, los llamados *libros de la patria*, producto de un concurso –convocado en 1921 por el ministro maurista César Silió– que quedó desierto. De acuerdo con las instrucciones gubernamentales, narraban un simbólico viaje infantil por todas las provincias, en el que se insertaban sus logros históricos y fortalezas actuales. La mayoría de estos catecismos y guías patrióticas citaban al monarca sólo en las dedicatorias, al repasar los poderes estatales y cuando tocaba recordar a los chicos la obligación de seguir sus banderas hasta la muerte. O al ver los palacios reales, cuando se mencionaba a quienes los habitaban. Había no obstante algunas excepciones, que reflejaban el tránsito de la imagen del rey regenerador a la del rey católico, clave en el reinado. Como *La emoción de España* de Manuel Siurot, incansable difusor del catolicismo españolista y devoto de Primo de Rivera, quien rememoraba una escena en la cual Alfonso XIII, castizo y demócrata, saludaba a los alumnos pobres de las escuelas confesionales andaluzas. O el *Manual cívico-patriótico* de un maestro de Guadalajara, Gregorio Víctores, que mostraba a la monarquía como el régimen político ideal para España porque, «personificada en nuestro gran Rey, Alfonso XIII,

éste la basa en la Religión, que es cimiento de la misma».[12]

Más allá de la memorización de manuales o de las lecturas cotidianas, los escolares se incorporaban al culto patriótico por otros medios. Como la convivencia con los emblemas nacionales en sus espacios educativos, que los liberales habían promovido desde finales del XIX, según el ejemplo de la Tercera República francesa, mediante la exhibición en ellos de la bandera, a la que se ofrecían rituales y cantos. En la crisis de postguerra, el mismo ministro Silió se sintió obligado a recordar con una real orden que también había que mostrar, «en lugar preferente y a la vista de los alumnos», «los símbolos de la Religión del Estado y del Poder moderador que representa a la unidad de la Patria». Es decir, la efigie de un Cristo crucificado y el retrato del soberano reinante. Si no se cumplía la directiva, habría sanciones económicas. Por otro lado, durante la dictadura se multiplicaron las salidas de los niños y niñas a las concentraciones nacionalistas: a las que ya acudían con anterioridad, como los desfiles militares, la Fiesta de la Raza o la del árbol; y a las añadidas, como el aniversario del golpe de 1923 y la bendición de las enseñas del Somatén. También participaban como figurantes en los grandes homenajes a Alfonso XIII, aunque la celebración escolar de su santo o su cumpleaños sólo se realizaba allí donde había maestros incondicionales. Como uno de la localidad murciana de Cieza, que en 1924 informaba a palacio que llevaba años dando a la onomástica regia la solemnidad debida, con himnos y poesías. Pero, no sin cierta exageración, confesaba acto seguido que era el único en toda España que lo hacía.[13]

El interés de la dictadura por la nacionalización de las nuevas generaciones engordó los presupuestos para edificar centros y contratar profesores, que se incrementaron entre un 10 y un 30%. Del mismo modo, los ceremoniales patrióticos permearon rincones del país antes olvidados. Sin embargo, aún había mucho terreno por recorrer. Además, ese empujón educativo vino envuelto en medidas represivas que molestaban a los profesionales y podían obtener el efecto contrario al deseado, sobre todo en las zonas con idioma propio. Tampoco los católicos parecían satisfechos con la injerencia creciente del Estado en sus asuntos didácticos. En cuanto a los contenidos españolistas, dependían en buena medida de la voluntad de los enseñantes, a menudo reacios a las imposiciones, y no carecían de ambigüedades acerca de la monarquía. Porque se trataba ante todo de crear españoles, desde un prisma filomilitar o religioso, más que de afianzar los sentimientos monárquicos, que como mucho se consideraban un complemento a la formación del espíritu nacional, compatible en el fondo con diversas configuraciones políticas.

El sostén fundamental de la dictadura y de la monarquía se hallaba en los oficiales de las fuerzas armadas, que –como se recordará– no estaban aislados del resto de la sociedad, sino que se atribuían un rol protagonista en las labores nacionalizadoras. Dentro de los cuarteles y también de las escuelas, a través de sus libros patrióticos, o en organizaciones como la de los Exploradores. A nadie extrañó, por tanto, que el general Primo de Rivera recurriera a la oficialidad para aplicar sus ambiciosos planes, que de paso paliaban el excesivo tamaño de la misma. Una de sus primeras medidas consistió en el nombramiento de jefes y capitanes como delegados del Gobierno en cada partido judicial, bajo la autoridad de los gobernadores provinciales –también militares– y encargados de una doble faena: por una parte, acabar con el caciquismo rural, mediante una estricta vigilancia sobre las administraciones municipales; por otra, la movilización patriótica de las poblaciones, con ayuda de los notables del lugar, a través de los somatenes o de la instrucción cívica. Sus mandatos concretos les empujaban tanto a promover los grupos *scouts* como a difundir el *Catecismo ciudadano* de su compañero Iradier. Enfatizaban además sus visitas a los colegios, donde «el Delegado hablará a los niños del Ejército, de la Bandera, del Rey, de la Patria, todo ello en términos sencillos». Lo mismo que en las conferencias para los vecinos, que debían predicar el respeto «a la ley, al Jefe del Estado y a la autoridad». Eran, en definitiva, misioneros «de la Patria, de la moralidad y la cultura».[14]

Esta trascendente misión tropezó con dificultades considerables, derivadas de los roces con gobernadores y concejales. Pronto se acusó a los delegados gubernativos de arbitrariedad y partidismo. Desde finales de 1924 se redujo su número varias veces, hasta que al acabar 1927 sólo quedaban uno o dos por provincia. Más éxito tuvo el Somatén, asimismo bajo responsabilidad castrense, dedicado a mantener la paz social pero también a engrosar las concentraciones primorriveristas, que llegó a sumar unos 200.000 efectivos. En sus libros de cabecera se glorificaba la historia de su matriz catalana, bajo su patrona la virgen de Montserrat –proclamada ante el rey en 1904–, y se rememoraba el grandioso festival monárquico de 1923, a la vuelta del viaje a Italia. Todavía hubo más, cuando la dictadura, ya en 1929, quiso extender la preparación premilitar y ciudadana y envió de nuevo oficiales a los pueblos, tras un curso impartido en el alcázar de Toledo, la Academia de Infantería. Allí peroraron algunos de los intelectuales comprometidos con el primorriverismo, sin demasiadas alusiones a la corona. En su prólogo, el dictador imaginaba una «Arcadia próspera y feliz», tan católica como obediente, apartada de las urbes viciosas donde –cabía sospechar–

proliferaban ya los contrarios a su régimen. Sólo la conferencia sobre la unidad de España, del catedrático de Geografía Eduardo Pérez Agudo, animaba a los comandantes a apuntalar el trono ante sus pupilos campesinos: «decidles que la Monarquía es consubstancial a la existencia de la Patria; ponedles de relieve las excelsas cualidades de nuestro Rey…».15

En otro orden de cosas, el ejército actualizó los viejos métodos de socialización nacionalista. Como las juras de bandera, que en 1924 recuperaron el esplendor vivido hasta la Gran Guerra, con vistosas ceremonias callejeras que habían de excitar el amor de los asistentes por la enseña nacional y combatir «un morboso materialismo y una indiferencia enervante» que –a juicio del legislador– campaban por sus respetos. La de Madrid, como había sido costumbre, se celebró esa primavera bajo la presidencia de Alfonso XIII, cabeza de un ritual militar y religioso que se completó con un minuto de silencio en honor a los caídos. Incorporaba de ese modo el culto a la memoria de los muertos en la batalla que corría por Europa tras el conflicto mundial y que en España se asociaba, como era lógico, a las pérdidas en África. Aunque el experimento festivo resultó efímero, pues al año siguiente, y sin mayores explicaciones, las juras regresaron al interior de los acuartelamientos. De todas maneras, se modificó el protocolo –ahora no sólo era dios, también la patria, quien pediría cuentas a los soldados si no cumplían– y se inventaron otros eventos, como la despedida de quienes partían hacia Marruecos. En cuanto al servicio en filas, se redujo su duración y se mejoró la formación de los reclutas, aun sin extinguir a los de cuota, de acuerdo con el concepto autoritario de ciudadanía. En los manualitos que circularon para estos menesteres, se remachaba el papel del rey como representación política de España, de una carga emotiva inferior a la de la bandera.16

Las mayores novedades en el ámbito militar provinieron en realidad de la guerra de África, una causa a la que Alfonso XIII seguía entregado. Como le ocurría en otros terrenos durante la dictadura, más en el plano propagandístico que en el ejecutivo. Así, en diciembre de 1924 grabó en palacio un disco para la obra benéfica del Aguinaldo del Soldado, en un acto que dejó imágenes en la prensa y uno de los escasos registros de su voz que se han conservado. Con el tono enfático de una arenga, los mensajes de ambas caras redondeaban un discurso españolista que cifraba la grandeza nacional en las ambiciones exteriores, dotadas de un halo providencialista y antirrevolucionario. En el primero, un saludo a las repúblicas de la América hispana, el rey evocaba el imperio de la Raza, unido por la fe, y renovaba su deseo de cruzar el Atlántico. Pero supeditaba la gira al término de las campañas en Marruecos, irrenunciables por la sempiterna voluntad española de abrir caminos a la civilización y al progreso: «España, la designada por Dios como compartidora

de su creación», conmemoraba sus glorias de ayer para proyectar un porvenir justiciero. El segundo, dirigido a su pueblo, reclamaba una comunión patriótica con las tropas coloniales, corrigiendo las equivocaciones cometidas pero sin admitir desalientos. Porque, «en la gran perturbación material y espiritual del mundo –concluía el monarca– más que nunca ha de afirmarse el noble ideal del amor a la patria».17

Aquella empresa condujo esta vez a una victoria definitiva. No fue fácil alcanzarla, dada la probada incapacidad de las fuerzas españolas para ocupar el territorio que les correspondía en el reparto imperial. Durante las etapas iniciales de su gobierno, Primo de Rivera terminó por emprender la retirada, en coherencia con sus posiciones anteriores y contra las sostenidas por los mandos africanistas. Una maniobra tan penosa que, probablemente, superó en bajas a la de Annual, aunque una eficaz censura de prensa impidió airearlas. En cualquier caso, el repliegue no suponía el final de la aventura. A mediados de 1925, el rey daba crédito a los rumores sobre un levantamiento general del mundo musulmán, detonado por Abd el-Krim con ayuda comunista y de la judería internacional, lo cual justificaba a sus ojos –como se ha señalado– el empleo de armas químicas. Por fin, el giro en la actitud de Francia, también hostigada por los rifeños, facilitó la colaboración entre ambas potencias y el desembarco en la hasta entonces inalcanzable bahía de Alhucemas, llevado a cabo en septiembre de ese mismo año. Temeroso ante otra posible avalancha de muertes, su preocupación principal en aquellos meses, Alfonso XIII se oponía a dar ese paso, pero hubo de plegarse al cambiante criterio del dictador y reconocer más tarde su propio error de cálculo. El triunfo subsiguiente marcó la apoteosis de la dictadura, pues había logrado lo nunca visto en el periodo constitucional: no sólo se salvaba la honra de España, sino que ya no perecerían tantos de sus hijos en suelo marroquí.18

El desembarco disparó los fuegos artificiales nacionalistas, que contaron con el respaldo entusiasta del rey y culminaron con un gran homenaje a los vencedores en Madrid. Las crónicas, por ejemplo las de *Abc*, se dejaban llevar por la épica: eran los héroes que, entre otras hazañas, habían «purifica[do] con el incendio el poblado de Axdir –la cuna de Abd el-Krim– y clava[do] la bandera española en el aniquilado foco de la rebelión». Una venganza en toda regla. Los escolares se conmovían, según los periódicos, lo mismo que las mujeres que lloraban con orgullo ante los triunfadores o se compadecían por los inválidos. Los Exploradores entonaban sus «¡hip, hip, hurra!». Un lugar especial, con gritos a su paso, correspondía a los legionarios, a los regulares y al batallón del Infante, defensor de un puesto complicado. Marcharon de la estación de Atocha hasta la plaza de Oriente, donde les esperaba con su familia don Alfonso, «generalísimo del Ejército, primer soldado de la nación». Ya en su cuartel, el rey confesó a los soldados: «Una tristeza tengo, y

es no haber estado con vosotros, pero mi puesto ha sido a retaguardia». Su función se reducía a darles las gracias en nombre de España. Sobre el africanismo castrense, que en buena medida era un ejército alfonsino, cayó a continuación una lluvia de condecoraciones y títulos nobiliarios otorgados por la corona: Dámaso Berenguer recibió el condado de Xauen; Leopoldo Saro, el de la Playa de Ixdain; y José Sanjurjo, el jefe más sobresaliente del momento, el marquesado del Rif, aparte de una ciudad con su nombre, Villa Sanjurjo. Al dictador le estaba reservado el máximo galardón guerrero, la laureada de San Fernando.19

Esa identidad monárquica con el redivivo imperio español tuvo un digno colofón en el viaje de 1927 al protectorado, una vez se hubo desarmado a los resistentes. Los reyes, acompañados por Primo de Rivera, realizaron un periplo completo –de Ceuta a Melilla, con escalas en Tetuán y Alhucemas– y compuesto por tres vertientes complementarias. Una, la visita a los soldados, que alcanzó su cenit en el campamento central de la Legión, donde doña Victoria entregó su bandera a los hombres de Francisco Franco, ya un general treintañero. En sus charlas amistosas con Millán-Astray, Alfonso XIII ponderó la ejemplaridad de aquel cuerpo de choque. Dos, las aparatosas escenas de sumisión de los pobladores musulmanes, que se dieron incluso entre parientes del caudillo Abd el-Krim –preso de los franceses– y reconocieron ante el monarca el dominio de España, no sin mostrar su arrepentimiento por las hostilidades previas. Y tres, el homenaje a los caídos en sus lugares de martirio, como Monte Arruit, donde el soberano se recogió ante su panteón. La extraordinaria atención de los medios incluyó una larga película titulada *La paz en Marruecos*, cuyo estreno valió para ayudar a los mutilados. Pese a las divergencias coyunturales, el compromiso del trono con la colonización no había hecho sino afianzarse, igual que su carácter nacionalista y militar. Eso sí, en connivencia con los jefes del africanismo, que despertaba más que recelos en otras divisiones armadas de la península. Un conflicto condenado a gangrenarse en los años siguientes.20

CORONACIONES

Y, junto al ejército, la Iglesia, que veía en Alfonso XIII al gran valedor de su influencia. Sus activistas no olvidaban el insuperable gesto real del cerro de los Ángeles, al que atribuían el origen del renacer religioso consolidado bajo la dictadura. El monarca constituía, pues, «la punta diamantina que salva[ba] la causa de los católicos españoles del rayo». Ni más, ni menos. Los creyentes, movilizados como nunca, formaban una variopinta constelación de asociaciones, algunas de ellas próximas a la corona, sometidas por lo general

a la autoridad del episcopado y con ramas femeninas de éxito arrollador. Gracias a su quehacer, decenas de miles de mujeres conservadoras se incorporaron a la esfera pública en los años veinte, lo mismo que sus jóvenes correligionarios. Por otra parte, don Alfonso patrocinaba al ala integrista del catolicismo nacional, a través de grupos con un fuerte sesgo aristocrático y de sus clérigos predilectos. Como el prelado Pedro Segura, alfonsino de una pieza tras el viaje a Las Hurdes, que le había atraído el favor real. Es decir, el rey apostaba contra quienes se mostraban más flexibles en el terreno de la confesionalidad y caminaban hacia una suerte de democracia cristiana. Desde su atalaya, intervenía en las disputas que agitaban a la jerarquía y a su sociedad civil, donde las lealtades monárquicas abundaban más que los apoyos al dictador.

Los eclesiásticos españoles se volcaron con su protector tras la audiencia regia en el Vaticano. Lo visitaron en palacio y fijaron una fiesta anual para conmemorar la consagración de 1919. Pero su plan más llamativo consistía en erigir una estatua a Alfonso XIII en el mismísimo cerro de los Ángeles, en ademán de leer su plegaria ante la efigie del Sagrado Corazón. Partió de los arzobispos y la consiguiente colecta se encargó a la Acción Católica de la Mujer, vanguardia en el crecimiento de la militancia seglar. Debía subrayarse con ello la piedad del pueblo sobre el cual reinaba y su adhesión a la sagrada persona del soberano, por quien se pregonaba una veneración casi religiosa. Según sus dirigentes, era «la esencia inmortal de las Monarquías cristianas que prefieren la Cruz sin la Corona a la Corona sin la Cruz». Por añadidura, en su persona se resumía la historia entera de España, desde el Toledo de los concilios visigodos hasta el triunfo sobre los turcos en Lepanto. Es decir, la verdadera y única españolidad. Las reacciones indignadas contra los ataques de Blasco Ibáñez animaron la suscripción, en la cual participaron incluso señoras del patronato español de Buenos Aires. Sin embargo, la idea acabó por abandonarse.21

La familia real estaba vinculada a múltiples asociaciones confesionales, con lazos a veces muy estrechos. Entre las más cercanas sobresalía la Unión de Damas Españolas del Sagrado Corazón de Jesús, una entidad fundada en 1908 para contrarrestar la ola laicista y representante de España en la organización internacional de mujeres católicas. El intransigente cardenal Rafael Merry del Val, secretario de Estado con Pío X y hermano del antiguo profesor de inglés del rey y embajador en Londres, coordinaba esa red. La infanta María Teresa había ostentado la presidencia honorífica de la Unión, dedicada en su día a protestar contra las medidas secularizadoras de los liberales Canalejas o Romanones y a promover el ubicuo culto corazonista. Con su patrocinio, la cripta de la Almudena –catedral inacabada de Madrid, en terrenos del Real Patrimonio– se declaró templo nacional de la devoción y

sede de infinitas súplicas por la patria. El mando efectivo correspondía a Piedad de Arana, marquesa de Unzá del Valle y dama de la reina, y a una junta compuesta por otras aristócratas y cónyuges de personajes dinásticos. En enero de 1925, sus seguidoras completaron la exaltación patriótica de Alfonso XIII con un homenaje específico a doña Victoria Eugenia, al que se sumaron 80.000 donantes –entre ellas, varias maestras y obreras– para financiar un hospital de la Cruz Roja en África. Sus mensajes remarcaban, en palabras de la escritora Blanca de los Ríos, las tres majestades femeninas que encarnaba la soberana: «la maternidad, la misericordia y la hermosura». María Perales, secretaria de la sociedad y periodista en *Abc*, recordaba en aquella oportunidad una copla que mezclaba monarquismo y fe: «España pidió a la Virgen/reina para su corona/y la Virgen le dio un ángel/con el nombre de Victoria».

Estas señoras enarbolaban los ideales de «Religión, Familia, Patria y Trono», bajo una bandera nacional adornada con la santa víscera, y sostenían diversas obras caritativas y propagandísticas, siempre a tono con una concepción tradicional del papel de la mujer. Les preocupaban ante todo la inmodestia y la falta de recato, en la moda o en los entretenimientos, y la necesaria recuperación del paradigma de la «esposa abnegada, madre ejemplar, protectora de sus servidores». Virtudes que se atribuían a la reina Victoria y que procuraban infundir en las asistentes a sus conferencias y cursos sobre religión, labores del hogar o historia. También buscaban colocaciones decentes para secretarias o niñeras y vendían trabajos artesanales; al tiempo que disponían de sus propias juventudes y de una liga para el bien, baluarte de las buenas costumbres. Localizaban a sus principales enemigas en el feminismo de izquierdas y, con especial ahínco, en los grupos liberales –o neutrales– que admitían a mujeres de diversas creencias, algo que se les antojaba inadmisible. No obstante, a la altura de los años veinte tuvieron asimismo que afrontar el rápido avance de la Acción Católica femenina, creada en 1919, pastoreada por el cardenal primado y con bastantes títulos nobiliarios en su directiva, aunque en ella cabía detectar posiciones más abiertas y partidarias de una mayor implicación de las españolas en la vida pública. La Unión de Damas se resistió a ser absorbida por su rival y para ello esgrimió el respaldo de Alfonso XIII, quien por lo visto trató de mediar en el contencioso, barajando el reparto de tareas entre ambas sociedades. Aunque perdió su monopolio en la arena internacional, la favorita de palacio conservó su independencia.22

Del mismo modo, la huella del rey católico se dejaba sentir en los viajes regios, resucitados con brío después del paréntesis de la Gran Guerra y las dificultades del periodo posterior. Nada impedía que don Alfonso retomara sus periplos por el país, en los que solía interesarse por las obras que le

apasionaban. Si Primo de Rivera se presentaba como el «Cirujano de hierro» que había reclamado Joaquín Costa para acabar con el parlamentarismo corrupto, no sin obviar el talante republicano del intelectual regeneracionista, heredó también la fijación costiana por las infraestructuras hidráulicas. Como se ha señalado, el Borbón la compartía plenamente, con lo que en la década de 1920 no paró de inaugurar pantanos, saltos de agua y extensiones de riego. La naturaleza militar del régimen exigía asimismo continuas inspecciones de bases navales, academias y cuarteles. Pero los años primorriveristas se caracterizaron además por la abundancia de acontecimientos religiosos, en santuarios y catedrales, conforme a la alianza explícita entre la Iglesia, el monarca y la dictadura. Las instituciones locales entronizaron incontables imágenes del Sagrado Corazón y las coronaciones de vírgenes –concebidas para simbolizar la sumisión de todos los poderes al eclesiástico– se multiplicaron hasta alcanzar una media de casi cuatro por año. Algunas de ellas, como la de la virgen del Carmen en el Jerez natal del dictador, contaron con la asistencia de los reyes.[23]

Todavía más, el calado confesional de la figura de Alfonso XIII se incrementó gracias al talento de su protegido el obispo Segura. No ya cuando se hizo cargo del arzobispado de Burgos, en 1926, sino al ascender unos meses después, con menos de cincuenta años de edad, a la sede primada de Toledo –jefatura de la Iglesia española– y al cardenalato. Siempre por deseo del rey, quien ejercía el derecho de presentación de los prelados ante el papa y señalaba sus preferencias para las dignidades cardenalicias, a las que imponía su birreta en palacio. A estos efectos, poco importaba que la dictadura quisiera liquidar el llamado *caciquismo eclesiástico*, practicado por los gobiernos constitucionales, y hubiese concedido a las jerarquías una mayor intervención en los nombramientos. El monarca admiraba la enérgica tenacidad de aquel hombre de origen humilde e ideas tradicionalistas, que defendía a machamartillo e imprimió en el conjunto de la Acción Católica. A su parecer, el desprecio de dios que malograba aquella época se debía a «la doctrina nefasta de la libertad, que ha dado nombre a la herejía moderna del liberalismo, dragón de siete cabezas que ha desolado la tierra, agostando el germen de toda verdadera moralidad». La perdición provenía, en buena medida, de la democracia o soberanía popular, incompatible con la fe cristiana. Nada de transigir con la impiedad liberal-democrática, de mezclar la luz con las tinieblas, fuera en un sindicato o en un Gobierno. Para España, la solución pasaba por un regreso decidido a su época dorada, cuando el catolicismo impregnaba la vida nacional e inspiraba grandes gestas a la sombra del trono.[24]

La monarquía, garante ayer y hoy de la imbricación entre Iglesia y Estado, constituía un sustento imprescindible en la titánica labor de recristianizar el

país. Por suerte, su titular encarnaba a ojos de Segura el ideal del príncipe cristiano, bueno y piadoso, dispuesto a actuar en cuantos ceremoniales escenificaran la toma católica del espacio común y la preeminencia terrenal de la Iglesia. El primado halagaba a don Alfonso y este aceptaba sus invitaciones. Se presentó, por ejemplo, en las fiestas del *Corpus Christi* toledano, realzadas a partir de 1928. Ese año siguió en la catedral el rito mozárabe, tenido por muy español, y al *santísimo* en procesión, custodiado por los Caballeros del Santo Sepulcro, una orden recién inventada. Con sus ademanes asentía a la plática del cardenal, quien evocaba a un pueblo español que, dirigido por su soberano, volviera a ser «fiero, como el león, en el campamento, y manso, como el cordero, en la iglesia». Acto seguido, el monarca contempló una cabalgata histórica que demostraba la inmemorial relación de España con la eucaristía, compuesta por cuadros de figurantes donde aparecían varios reyes, con los Católicos al frente, y personajes del apogeo imperial, desde fray Luis de León hasta los jesuitas de la Contrarreforma. En pleno siglo XX, se recreaba una atmósfera de Antiguo Régimen.

No mucho después, el primado orquestó la coronación de la virgen de Guadalupe, con un fastuoso ritual también protagonizado por el monarca, el 12 de octubre de 1928. Como recogía la película rodada entonces, el cardenal Segura y don Alfonso apenas se despegaban y colocaban al unísono, sobre la imagen mariana, la corona que la proclamaba reina de las Españas o «virgen de la Raza». Poco antes el rey, con uniforme de gala, le había ofrecido su más valioso bastón de mando. No se trataba de una exaltación regional de la patrona de Extremadura, sino de un acontecimiento revestido de «españolismo auténtico», al que acudían obispos, militares, ministros y peregrinos de toda la península ibérica. Según el primado, la nación atravesaba una profunda crisis y la virgen salía en su ayuda para iniciar una nueva era, la de su restauración cristiana, que le devolvería su fuerza esencial como la elegida de dios. Esa que le había permitido culminar la Reconquista contra los moros, revivida en Alhucemas, y expandirse por América. La substancia monárquica resultaba abrumadora: el reinado de María auguraba el del Sagrado Corazón, y allí estaba el rey de España, heredero de las glorias históricas y «soberano espiritual de la gran familia hispánica», para asegurarlo. El cronista oficial explicaba que la compenetración entre los españoles y Alfonso XIII, de no haber tropezado con obstáculos políticos, habría asegurado ya su felicidad. En definitiva, un rey católico y español sin tacha, vasallo de la Iglesia y dueño de los secretos necesarios para, si le dejaban, librar a su patria de los pecados modernos y hacerla de nuevo poderosa. Esa era la esperanza del catolicismo más apegado a la corona.[25]

De una forma o de otra, bajo la dictadura del general Primo de Rivera se

movilizaron múltiples medios para españolizar a los ciudadanos, de acuerdo con un patrón autoritario, confesional y monárquico. El grueso de los mismos procedía de antes, pero ahora se aplicó de manera sistemática y se le adjuntaron otros nuevos, para influir en escolares y soldados, y en el resto de la población, mediante actividades variopintas y espectáculos patrióticos, militares y religiosos. La corona, y el propio Alfonso XIII, se implicaron en esa misión, aunque las metas nacionalistas solían preferirse a las dinásticas, que se consideraban suplementarias. Hubo, no obstante, sectores sociales de estricta obediencia alfonsina, al estilo de los Exploradores de España o de determinadas partes del ejército y de la Iglesia. Como el africanismo, con su carga belicista y de extrema violencia, al gusto de Franco o Millán-Astray, y el integrismo católico, antiliberal a ultranza como quería Segura. Aparte de las ineficacias que aquejaban al aparato estatal, semejante construcción sufría de fallas apreciables. Porque no todas las fuerzas armadas compartían los principios africanistas, ni todo el universo eclesiástico se reflejaba en los valores de la Unión de Damas o seguía hasta el final la voluntad del primado. Más aún, en ambos círculos afloraron roces con las autoridades dictatoriales, enemistadas con las izquierdas, los catalanistas y los políticos supervivientes del régimen constitucional. Para buena parte de los españoles, el rey parecía inseparable de su dictador. Mientras tanto, don Alfonso, doblada la cuarentena, se ocupaba de su legado.

---

1. Víctores (1928), p. 37.

2. Citas en «Acto solemnísimo», *El Explorador*, 23.11.1923, pp. 1-4 (cita en p. 1). *Abc*, 3-5.11.1923.

3. *Promesa de la bandera e investidura de S.A.R. el príncipe de Asturias como instructor honorario* (RB). *El Sol*, 21.4.1925. *El Explorador*, 5.1928, cita en p. 5. *Gran festival que el consejo de alto patronato y la junta de damas protectoras de los Exploradores de Tarrasa…celebrarán en Las Fonts* (RB).

4. *El Explorador*, 25.11.1921 y 23.10.1923 (cita en p. 2). González y Souto (2007), p. 80. RD 26.2.1920, RO 23.7.1923. Millán-Astray se incorporó en 1927.

5. Miguel de Unamuno, «Juego limpio», *Nuevo Mundo*, 16.2.1917, p. 7; y «Boyscouts y footballistas», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 31.1.1921, pp. 14-15. Juan Antonio Dimas, «Los exploradores españoles», *Unión Patriótica*, 15.10.1925; y «El Rey y los Exploradores», *Unión Patriótica*, 17.5.1927 (cita). A. Suárez Guillén, «Los Exploradores de España», *Heraldo de Madrid*, 14.1.1928. AGP Cª 2616/34.

6. Galatino, en Hernández Barral (2014), pp. 354-357. RD 20.10.1923. Quiroga (2008b), pp. 170 y 175. La Raza, en *La Correspondencia de España*, 12.10.1923; o *El Sol*, 13.10.1926; y Marcilhacy (2010). *Abc*, 24.1.1929. García Molinas, en *El Sol*, 23.1.1930.

7. González y Rey (1995), pp. 190-195. RO 16.1.1926. Marqués (1992). Martínez Navarro (1985), p. 159. Montero (1987), p. 109. Más sobre los Exploradores, en Moreno Luzón (2020).

8. Boyd (1997, 2000). Pozo (2000), pp. 181 y ss.

9. Citas en Casero (1902), p. 286; Solana (1907), p. 32; Calleja (1915), p. 351; y Gallo (1901), p. 54.

10. López Martín (1994). Ostolaza (2007). Quiroga (2008a). Cita en Francisca López (Gerona) al rey, 12.6.1925, AGP Cª 15601/7. Yela (1928). Por ejemplo, Rioja (1929).

11. Dimas (s.a.). Serrate (1920). Iradier (1924). López Martín (1994), p. 38. Cita en Iradier a Primo de Rivera, 5.10.1926, AGA Presidencia 9/2.8 51/154/56.

12. Boyd (1999). Siurot (1923, 1924), p. 397. Víctores (1928), cita en pp. 37-38.

13. Citas en RO 4.10.1921. Quiroga (2008b), p. 211. Diego Sevilla a Torres, 15.3.1924, AGP Cª 15562/8. Otro caso, de Morón (Sevilla), en *Abc*, 25.1.1924.

14. Ostolaza (2007). Citas, en RD 20.10.1923; y en «Prevenciones que para el mejor desempeño de su cargo deben tener presentes los Delegados gubernativos», 12.1923, AHN Gobernación Serie A L17/12.

15. Navajas (1991), pp. 79-101. Fontán (1924). Citas, en Primo de Rivera y otros (1929), pp. xi y 34.

16. Cita, en RO 21.3.1924. RD 20.2.1927. Pinto (1999), pp. 108-109. Quiroga (2008b), pp. 152-167. Moreno Luzón y Núñez Seixas (2017), pp. 172-175. Mosse (1990, 2016). Un ejemplo de libro para el soldado, en Mas (1926).

17. *Saludo a las Repúblicas Americanas; Alocución al pueblo español*, por Alfonso XIII (1924), La Voz de su Amo, en http://bdh.bne.es/bnesearch/detalle/bdh0000176791. *Blanco y Negro*, 21.12.1924.

18. Sueiro (1992), pp. 125-140 y 187 y ss. Iglesias (2014), pp. 370-375. Balfour (2002), p. 263. La discrepancia, en Tusell y García (2001), pp. 498-499.

19. María (2020b). Citas en *Abc*, 11.10.1925.

20. Iglesias (2016).

21. Citas en «Un monumento dedicado al rey», *Abc*, 9.1.1925; también 20.12.1924. Cano (2009), pp. 165-168. Montero (2017), pp. 156 y ss. Buenos Aires, en RB II/3955.

22. *El Siglo Futuro*, 25.6.1910. *La Correspondencia de España*, 6.7.1911. Homenaje y citas, en *La Unión*, 25.1.1925, pp. 4, 6 y 17. *Blanco y Negro*, 6.6.1926, pp. 116-119. Arce (2008), pp. 80, 92-93 y 100-103 y 150-152 (cita en p. 51). Blasco (2003), pp. 65, 93 y 128. Merry del Val al rey, 8.1.1926, en AGP Cª 12416/28.

23. Ramón (2021). Virgen del Carmen, en *Abc*, 25.4.1925.

24. Zamora (2011). Martínez Sánchez (2004), cita de una pastoral de 1925, en p. 129.

25. El *Corpus*, en *El Castellano*, 9.6.1928. María (2020a). Ramón (2021). Citas, en Molina (1928), pp. viii y 46. La película, *Coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe* (1928), en https://www.youtube.com/watch?v=d-_8AGSN__M.

El rey Alfonso XIII, por Modesto Teixidor (fecha desconocida). Retrato hecho para la Asociación de Navieros y Consignatarios de Barcelona. Inventario Fotográfico del Tesoro Artístico, Patrimonio Nacional. Foto: Francisco Villanueva. © Patrimonio Nacional.

17

Escaparates de España

His Majesty, King Alfonso XIII,
Welcomes You to Hospitable Spain.[1]

VEINTICINCO AÑOS

La emisora Unión Radio difundió, el domingo 15 de mayo de 1927, un programa especial sobre «las bodas de plata con la monarquía» de Alfonso XIII. Es decir, sobre el cuarto de siglo transcurrido desde su juramento de la Constitución en 1902, cuando había alcanzado la mayoría de edad fijada en ella. La jura y la Constitución apenas se mencionaban en los medios oficialistas, pues el propio rey había suspendido sus principales artículos, así que al nombrar la efeméride primaban los eufemismos compatibles con la dictadura, como el de la coronación o el de ese vínculo matrimonial con la corona. La emisión radiada, uno de los primeros ejemplos de propaganda política a través de las ondas, se escuchó en gran parte del país, gracias a las estaciones repartidas por Barcelona, Bilbao, Salamanca, San Sebastián y Sevilla. En la Gran Vía de Madrid, donde se hallaba el estudio central, se instalaron potentes altavoces para que el público siguiera desde la calle el acontecimiento: una retahíla de alocuciones –a cargo de autoridades y fuerzas vivas– acompañadas de músicas autóctonas, desde la *Serenata española* de Isaac Albéniz hasta la jota *La Dolores*, de Tomás Bretón. Cerró el acto el estreno de una letra para la *Marcha Real*. Los responsables de la empresa se enorgullecían de este tributo a quien había inaugurado sus transmisiones dos años antes y reafirmaban su voluntad de ensanchar «los altos prestigios de la Nación española».

Aquel homenaje radiofónico pretendía dar a conocer la figura del rey a los aldeanos más aislados y llevar consuelo a los emigrantes o a los militares que seguían en África. Empezaba con el relato de anécdotas sobre la caritativa actitud de don Alfonso hacia los pobres o su llaneza con los desconocidos, para incidir después en tópicos bien asentados acerca de su temple varonil o su incansable dedicación al trabajo. Los sucesivos oradores alababan al benefactor de la ganadería o del deporte. Si el periodista Víctor Espinós leía cartas de mujeres que, angustiadas por la desaparición de sus deudos, imploraban ayuda al príncipe humanitario durante la Gran Guerra; el comisario de la Cruz Roja Española recordaba los desvelos de la reina

enfermera y el marqués de la Vega Inclán detallaba los favores regios a sus museos y creaciones, que culminaban por entonces con el primer parador de turismo, en un paraje montañoso de Gredos que agradaba al rey cazador. El obispo de Madrid, Leopoldo Eijo y Garay, contrastaba el predominio de la apostasía y la ciencia atea en otras naciones con la preservación de la fe que, gracias al devoto monarca, convertía a España en la Covadonga del mundo; mientras el presidente de los sindicatos católicos madrileños, en nombre de los obreros, ponderaba su labor patriótica y pedía a dios por su vida. El último de los intervinientes, Miguel Primo de Rivera, improvisaba unas palabras para indicar a los *radioescuchas* que la salud real estaba unida a la de la madre patria que simbolizaba. La modernidad del cauce no impedía llenarlo de mensajes ya trillados.2

La conmemoración se imbuyó de una atmósfera postregeneracionista, que daba por cumplidas las promesas anunciadas cinco lustros atrás, en la cual se sumergieron tanto los elementos oficiales como la sociedad civil monárquica. Al pintar de color de rosa el conjunto del reinado, asomaba el riesgo de poner en entredicho la justificación del golpe de 1923, trompeteado como un remedio necesario al caos anterior, pero eso no arredró a los primorriveristas, muy activos en las celebraciones dinásticas a lo largo de aquellos años. Por ejemplo, la revista *Unión Patriótica* dedicó un grueso número al jubileo. El recuerdo de lo vivido a comienzos de siglo se mezclaba en él con ditirambos que convertían a don Alfonso no sólo en caballero cristiano y patriota, amigo de su pueblo, sino también en lector curioso, pianista y buen pintor. A él se atribuían el progreso y la prosperidad evidentes en el país, que había renacido sin perder sus esencias. «Alfonso XIII –afirmaba un admirador– es el eje principal y el protagonista de la Historia de España desde que en ella reina». Tales planteamientos conducían a la exaltación del «Rey político que honra el noble significado del arte de gobierno», en términos del jurista Fernando Pérez Bueno. El veterano escritor Armando Palacio Valdés concluía que, frente a la pestilencia en que chapoteaba el parlamentarismo, el monarca poseía las cualidades de un auténtico caudillo: «por eso los españoles desean que, a lo menos, durante años, gobierne por sí solo». Aunque sonara contradictorio, el partido de Primo de Rivera acogía en su órgano de prensa estos cantos al ejercicio del poder personal por parte del jefe del Estado, cuya sintonía con el dictador no se ponía en duda.3

Por lo demás, las bodas de plata se desplegaron en múltiples iniciativas, como una versión ensanchada del cumpleaños regio. Se dieron en palacio las mercedes, donativos y ceremonias de costumbre, aunque no apareciera por sus salones comisión parlamentaria alguna. El indulto alcanzó a los somatenes. Los capitanes generales y las autoridades provinciales y locales encabezaron recepciones, completadas con colgaduras, iluminaciones y pasacalles

militares. En casi todas partes se abrieron álbumes para firmar, se oficiaron *Te Deum* y abundaron las comidas para los pobres, a veces obligados a rezar por el homenajeado. No faltaron las funciones teatrales y los bailes populares, tampoco unos cuantos mítines monárquicos. Muchas ciudades designaron calles o barriadas con el nombre de Alfonso XIII. A la secretaría real se transportaron sacas con cartas de felicitación, de las cuales se seleccionaron algunas para el archivo. Entre ellas predominaban las de personas reales, aristócratas y gentes fieles a la corona, como el político maurista Antonio Goicoechea o la dramaturga y antigua espía alemana Pilar Millán-Astray, hermana del coronel. Y otras más excéntricas, como la de algún nostálgico de la Constitución o la del científico Odón de Buen, quien –pese a su marchamo republicano y librepensador– desempeñó una dirección general bajo la dictadura. También una avalancha de instituciones religiosas que ofrecían misas y comuniones, de españoles en el extranjero y de maestros nacionales, cuyos alumnos enviaban versos o dibujos. Una anciana sirvienta, desde Alcalá de Henares, escribía que el rey engarzaba en la corona «el amor/para esta su querida España».4

Porque el significado de la fecha se sintetizaba, como siempre, en la amalgama entre monarquía y nación. Si los discursos señalaban el servicio a la patria como principal fuente de legitimidad para el rey, la bandera rojigualda enmarcaba sus retratos, estampas y poesías conmemorativas. Más aún, el aniversario podía concebirse como otro impulso a la nacionalización monárquica. Señal inequívoca de estos propósitos fue el intento de dotar a la *Marcha Real*, protegida como himno nacional desde la ley de jurisdicciones, de una letra cantable. No era el primero, pues –como ya se contó– hubo otro en el traslado de los restos del Cid, en 1921, cuando se estrenaron versos de Eduardo Marquina. El rey habló de nuevo con este autor de confianza para que preparase unas cuantas variantes y elegir luego entre ellas. No debían parecer agresivas ni mostrar excesivas connotaciones políticas. Al final, el propio Alfonso eligió tres estrofas, de inequívoco contenido nacionalista: «La bandera de España», que glosaba los colores de la enseña; «España guiadora», sobre el gozo de morir por ella; y «¡Viva España!», con alusiones a los países de lengua castellana. El rey sólo aparecía en una de ellas, unido al pueblo para obedecer a la patria. Estas fueron seguramente las divulgadas en el programa de Unión Radio y las entonadas después en la capilla real –al alzar a dios, durante la misa de ofrenda del cumpleaños– y en otros actos solemnes. Las incorporaron a su repertorio orfeones como el de la Unión Patriótica y se grabaron en discos de gramófono. Sin embargo, no convencían a los círculos católicos, que echaban de menos menciones a la médula religiosa de la identidad nacional, y tampoco al dictador, que promovió una alternativa compuesta por su paisano y upetista José María Pemán. Por una u otra razón,

la letra de Marquina nunca se imprimió en la *Gaceta*.[5]

Los fastos afinaron las herramientas universales del monarquismo banal. La efigie de Alfonso XIII ya resultaba familiar a los españoles en múltiples objetos de uso corriente. Como las monedas, que desde los tiempos de su padre contemplaban un doble soporte para la monarquía, religioso y nacional-constitucional: el anverso reproducía su busto, cambiante conforme maduraba y rodeado por el lema «Alfonso XIII por la G. de Dios»; el reverso, el escudo estatal con la divisa «Rey Const. de España». La dictadura hizo desaparecer estos apelativos, reducidos a un «Rey de España» sin connotaciones constitucionales, y lanzó emisiones donde se asociaba la simple corona con una carabela o, en 1927, con un haz de espigas, referencias a América y a la riqueza agrícola. Los billetes del Banco de España, ilustrados por lo común con glorias nacionales, incorporaron en los años veinte a los Reyes Católicos y a los de la casa de Austria y, con motivo de las bodas de plata, añadieron uno de cincuenta pesetas que, como se recordará, incluía la cara de don Alfonso y el cuadro *La fundación de Buenos Aires*. En los sellos de correos, que habían seguido una evolución similar, con un «España» junto al rostro del monarca, bajo el primorriverismo se multiplicaron las imágenes de la familia real, incluida una de grupo, en series dedicadas a financiar a la Cruz Roja. Sobre ellas se imprimió una corona de laurel con las claves de aniversario: «Alfonso XIII/17 V 1902/17 V 1927». A todo esto había que sumar las tarjetas postales publicadas para el evento, que recorrían las edades del monarca, servían para expresar adhesiones o –como la que le dedicó la Acción Católica de la Mujer– rememoraban la consagración del Cerro e invitaban a orar por el rey. En resumen, su presencia cotidiana aumentó de manera significativa.[6]

Aquel jubileo, de todos modos, no se asemejaba demasiado a los grandes acontecimientos monárquicos de la época. No hubo desfiles ni manifestaciones multitudinarias, y el interesado se dejó ver muy poco. Su equivalente más cercano, las bodas de plata de Víctor Manuel III de Italia en 1925, se caracterizó por una formidable parada militar y un cortejo compuesto por antiguos combatientes, súbditos coloniales, delegaciones de los municipios y milicias mussolinianas. Un ceremonial fascistizado que se inclinaba ante el rey y rendía culto a los caídos en la Gran Guerra. En cambio, Alfonso XIII dejó claro que renunciaba a los honores nacionales y prefería concentrar sus energías en una obra útil y duradera: la Ciudad Universitaria de Madrid. La resolución fue alabada por sus corifeos, que enseguida le tildaron de *rey universitario*, pero no dejaba de resultar sorprendente, pues apenas se le conocían inclinaciones hacia el mundo intelectual. Su luna de miel con los institucionistas, en torno a 1913, había dado paso a una relativa indiferencia, salpicada de vez en cuando por encuentros fortuitos, como el de Marañón en

vísperas del viaje a Las Hurdes. No obstante, en 1927 recuperó los pujos regeneracionistas de la jura para pasar a la historia con una fundación que pusiera a España a la vanguardia de la ciencia. Unos meses antes había comprobado el valor representativo de la Universidad en Oxford, adonde se acercó para recibir el doctorado *honoris causa* y aceptar la cátedra Alfonso XIII de literatura española. Además, con la Ciudad Universitaria grababa su marca en la capital de la monarquía, en la que escaseaban los hitos del reinado, al tiempo que se volcaba en las exposiciones de Barcelona y Sevilla, inauguradas dos años más tarde. En esas tres ciudades, escaparates de la nación, don Alfonso dejó huella.[7]

UNA CIUDAD IDEAL

Madrid, sede de la corte y del Gobierno, vivía condicionada por la monarquía y sus quehaceres. Elevado sobre uno de los flancos del núcleo urbano, el mismo palacio de Oriente podía concebirse como una metáfora del poder efectivo y simbólico que aún ejercía la corona sobre la ciudad y, por extensión, sobre el país entero. Según la perspicaz mirada de Josep Pla, si se contemplaba «desde la base de la elevada geología que lo sostiene, aparec[ía] como una fortaleza dominadora, impresionante». Además, sus extensos parques limitaban el crecimiento del caserío madrileño. Alfonso XIII no llevó a cabo muchas reformas en esas posesiones, fuera de sus cuartos particulares, de las áreas de esparcimiento en la Casa de Campo –para practicar el polo o el tiro de pichón– y del mausoleo de Goya, ya mencionado. Sí que ofreció un predio del patrimonio dinástico, para satisfacer los gustos de las élites nobiliarias y burguesas más escogidas de la capital: en el Real Club de la Puerta de Hierro, abierto en 1914 y presidido por el duque de Alba. Seguía el modelo de los *country clubs* anglosajones, el mismo que se estilaba en el veraneo regio de Santander.[8]

En realidad, la influencia del rey Alfonso sobre el urbanismo capitalino se concentró en las inversiones privadas, que combinaban las expectativas de rentabilidad con la renovación de las infraestructuras civiles. Un modo de intervenir que, si bien proporcionaba un marchamo empresarial y progresivo a la figura del monarca, alimentaba a la vez las sospechas de lucro indebido que le persiguieron hasta el final. Junto a los hoteles de lujo, el mejor ejemplo de sus implicaciones económicas en el desarrollo de Madrid se hallaba en el metro, idea de unos ingenieros vascos que lograron no sólo su respaldo sino también su aportación personal de un millón de pesetas, de los ocho que necesitaban para ponerla en marcha. La compañía, denominada Metropolitano Alfonso XIII y por tanto asociada a él de forma abierta, excavó dos líneas a

toda velocidad –la primera, estrenada por el propio monarca en 1919– y obtuvo un beneficio notable, gracias al creciente número de viajeros. Miel sobre hojuelas, puesto que la indudable mejora para el vecindario justificaba el negocio, del que la familia real acumulaba en 1931 el 12% del capital. Don Alfonso se embarcó en otras aventuras financieras de igual origen, para construir un barrio atravesado por la avenida de la Reina Victoria y edificar en él un gran estadio, también llamado Metropolitano. Por añadidura, el dinero real llegó, del brazo de algunos nobles, a dos bloques nuevos de la Gran Vía, el gran proyecto que él mismo había iniciado piqueta en mano en 1910 y que a finales de los años veinte se había transformado en el paisaje más reconocible del Madrid moderno.9

Sin embargo, a la capital le faltaba un emblema alfonsino, resumen del reinado. Hubo algunos bocetos de monumento a Alfonso XIII, ubicados la mayoría en la prolongación hacia el norte del paseo de la Castellana, el eje de sabor aristocrático que acogía las juras de bandera. El diseño más espectacular fue adoptado por el ayuntamiento en 1916 e incluía una amplia glorieta, al modo de la place de l'Étoile de París, con una gigantesca ofrenda monumental al rey en su centro. El arquitecto Alberto de Palacio la trazó sin complejos, con una gran puerta de ingreso sobre la cual campeaba la estatua ecuestre de don Alfonso, varias cascadas, un espacio para concentraciones o conciertos y, como remate, una colosal cúpula sobre la que ondearía la bandera española. Alrededor, grupos escultóricos de reyes y personajes célebres, cerca de setenta estatuas de bronce. El nexo entre la patria y la corona, sublimado en una zona privilegiada de la ciudad, no podía resultar más evidente. Contaba al parecer con el beneplácito del monarca, que deseaba «una cosa grande y grandiosa», pero los litigios entre el municipio y el Gobierno, a cuenta de la titularidad de los solares, impidieron que el sueño se realizara. De manera que, al aproximarse las bodas de plata, en palacio se buscaba aún la fórmula adecuada para legar a Madrid una herencia memorable.10

La Ciudad Universitaria comenzó a perfilarse cuando, en la década de 1910, se dejó sentir la urgencia de sacar del casco antiguo de Madrid la facultad de Medicina y su hospital clínico, ambos encerrados en inmuebles estrechos y cochambrosos. Una necesidad que llevó a improvisar en las afueras barracones para los heridos en Marruecos. Entre los promotores del traslado destacaba una personalidad bien conectada con la corte: Floristán Aguilar, pionero de los estudios de odontología en España, catedrático y dentista de la real familia, quien habló de aquellos planes al soberano. Como ocurrió en otros casos, este se dejó convencer –y entusiasmar– por alguien de su entorno. Tras este afán acabaron por alinearse profesores conservadores y católicos, ansiosos por tomarse la revancha frente a sus rivales de la Institución Libre de Enseñanza, que, a través de la Junta para Ampliación de

Estudios (JAE), habían montado los mejores organismos científicos del país. Además, los más apegados a intereses corporativos recelaban de una Junta que, con becas y laboratorios, acaparaba fondos que en su opinión correspondían a la universidad. En el catolicismo militante cundía la consigna de reconquistar la enseñanza superior, penetrada por los liberales. Es decir, por la *ciencia atea* que denunciaba monseñor Eijo y Garay en Unión Radio.

La dictadura puso la proa al institucionismo y quiso controlar la JAE, aunque los nobles asociados a ella, como el duque de Alba, movieron hilos en palacio y en los ministerios hasta salvarla. El anglófilo duque presidía el comité hispano-inglés en la Residencia de Estudiantes de la Junta, un sitio que había escogido tras descartar, por su anquilosamiento, los posibles anclajes universitarios. En cualquier caso, el director de la Residencia, el institucionista Alberto Jiménez Fraud, opinaba que Alfonso XIII mantenía «una última actitud de reserva» ante aquel espacio tan tolerante. Había facilitado su instalación y lo respetaba, pero no estaba dispuesto a unirlo al proyecto estelar de su jubileo. Como contrapunto, el ala más progresista del claustro de Madrid se negó a concederle el título de doctor *honoris causa* y el rectorado honorario con que le obsequiaban las autoridades primorriveristas en 1927. Su rechazo se fundaba en la alergia a mezclar academia y política, pues la monarquía no se hallaba a salvo de querellas partidistas. Tal y como contaron las *Hojas Libres* que distribuían desde Francia los exiliados del círculo unamuniano, el nombramiento del monarca había ganado por 45 o 47 votos a favor y catorce en contra, pero también había producido sesenta abstenciones a modo de protesta. El revuelo hizo que el rey pospusiera la aceptación de estas distinciones hasta el futuro remate del campus.[11]

En su concepción y andamiaje administrativo, la Ciudad Universitaria se pensó como un ámbito reservado a don Alfonso, donde el Gobierno y el dictador tenían poco que decir. El día de las bodas de plata se creó por decreto su junta constructora, un ente autónomo que disponía de sus propios recursos y presidía el rey, quien se informaba de todos los pormenores y actuaba a través del secretario Floristán Aguilar, al que un año más tarde hizo vizconde. Como si se tratara del consejo de una compañía, cuya dirección se le adjudicaba por entero. Situada en los terrenos de La Moncloa, al noroeste de la capital, que habían sido de la corona pero llevaban más de medio siglo a disposición del Estado, recibía continuas visitas del monarca, que incluso guiaba a los periodistas extranjeros cuando acudían a conocerlos. Algunos intelectuales lamentaron la pérdida para Madrid de su zona verde más accesible y popular, sin éxito alguno. Pronto se ampliaron sus contenidos, que sumaron las disciplinas de letras y las técnicas a las sanitarias y de ciencias, y se trazaron dos avenidas en aspa, la de la Universidad y la de Alfonso XIII, que salvaba barrancos y colinas camino de la sierra. Se previeron toda clase

de servicios, alojamientos estudiantiles y campos de deportes, y se bosquejaron edificios de gran tamaño, entre los que predominaban los racionalistas de las facultades. También un templo católico y un paraninfo neobarroco que nunca se construyó. Por fin, una obra a la altura de la figura regia. En palabras del arquitecto republicano Luis Lacasa, que trabajó en ella, «iba a ser como el Versalles del nuevo Rey Sol».

A ojos del monarca, semejante programa sólo adquiría su pleno sentido al relacionarse con la proyección exterior de España, que no renunciaba a sus ambiciones nacionalistas en América. Como creía ya en 1924, los estudiantes hispanoamericanos que migraban a Francia o a Estados Unidos debían recalar en la madre patria para recibir «una formación científica y cultural netamente española». Es decir, aquella sería, según un folleto propagandístico, «la majestuosa Ciudad Universitaria de la Raza». Su modelo funcional se halló en los campus norteamericanos, donde convivían todas las actividades universitarias al margen del tejido de la ciudad y de los alrededores rurales, en un extenso jardín moteado de construcciones singulares. Pero su substancia ideológica remitía a las glorias imperiales y católicas, las de los colegios mayores de Alcalá y Salamanca en la edad moderna. Un ideal de vida, casi un Escorial puesto al día, patrocinado –más que por un Luis XIV–por el digno sucesor de Felipe II. Aquel año fundacional de 1927, el cuarto centenario del nacimiento del *rey prudente* se conmemoró en el real sitio de El Escorial, con un festival al que asistió la infanta Isabel. En fin, los universitarios de ambos lados del Atlántico encontrarían todo lo necesario para su cultivo, incluso una «preparación militar indirecta», en aquel ambiente hispánico, recreado en los parajes que comunicaban el palacio real y el monasterio escurialense. El embajador Quiñones, el duque de Alba y el rey promovieron en paralelo un colegio de España en la Cité Universitaire de París, de un estilo neoplateresco acuñado por el mismo arquitecto que la de Madrid, adonde habían de peregrinar asimismo los jóvenes de ultramar.[12]

Alfonso XIII tenía prisa. En consecuencia, la Ciudad Universitaria avanzó muy rápido, financiada con remanentes públicos, con la lotería nacional –que celebró cada año, en el natalicio del rey, un sorteo por la causa– y con una inmensa suscripción que tocó a todas las puertas. El aparato estatal hizo cuanto pudo, desde los gobiernos civiles o los rectorados. Se montaron funciones benéficas en teatros y plazas de toros. La real intendencia se convirtió en uno de los principales focos de recogida de fondos, al que enviaron sus cheques aristócratas, grandes sociedades, corporaciones profesionales, regimientos y el grueso del clero, a través del cardenal primado. Hubo asimismo donativos de maestras y carteros de pueblo. Fuera de España, la colecta tuvo especial impacto entre emigrantes que vivían en países americanos como Argentina y Cuba, siempre alerta a la hora de expresar su

patriotismo y su lealtad al monarca. No sólo de forma espontánea, sino también animados por el personal diplomático. Ramiro de Maeztu, embajador en Buenos Aires, señaló en una conferencia, frente a la flor y nata de la colectividad, que el aliento regeneracionista procedente del 98 podía alumbrar, por voluntad del rey, el mayor centro científico del mundo. El encargado de negocios en La Habana pedía a las sociedades regionales que su «aporte supere, a ser posible, el de las demás Repúblicas». Hasta en el revolucionario México, el cónsul de Tampico logró un «perenne testimonio de adhesión» al soberano, de casi todos los compatriotas residentes en su territorio. La familia real se involucró algo menos: el príncipe de Asturias puso veinticinco pesetas que había ganado en el tiro de pichón.[13]

Más allá de las redes hispanoamericanas, Alfonso XIII reactivó sus conexiones con las élites económicas y culturales de Estados Unidos, donde su fama conservaba un apreciable atractivo, para captar fondos. Como sabemos, el hispanismo alfonsino nunca había excluido al vecino del norte, pese al antiamericanismo tradicionalista español. Su amigo Archer Huntington no le falló, pues acogió en la sala Sorolla de la Hispanic Society una muestra con planos y maquetas, e hizo de intermediario ante los magnates de la ciudad. Les vio asimismo el infante Alfonso de Orleans, primo y delegado informal del monarca. La Metropolitan Opera House ofreció a beneficio de la Ciudad Universitaria una representación de *La Traviata* –de Giuseppe Verdi– que organizó la soprano española Lucrecia Bori, habitual en las vacaciones cortesanas de San Sebastián. Los implicados recibieron condecoraciones. Por otro lado, las giras transatlánticas de Aguilar anudaron contactos para traer fundaciones e intercambios. En definitiva, las bodas de plata dejaron, como quería don Alfonso, una impronta duradera en la geografía de la capital. El fin abrupto de su reinado, cuatro años más tarde, le impediría continuar con su fecundo patronato.[14]

BARCELONA, URBE ESPAÑOLA

Barcelona y Sevilla siguieron otras vías. En su empeño por reaprovechar los proyectos que le fueran útiles, la dictadura decidió abrir las grandes exposiciones que hacía una década preparaban ambas ciudades. Algo inédito desde la regencia, pues, en contraste con las ferias regionales de comienzos de siglo, se trataba de certámenes de largo alcance –internacional el uno, iberoamericano el otro– que aspiraban a dinamizar sus respectivas economías y a servir de escaparates globales. Los dos podían sintetizar, además, el éxito del regeneracionismo conservador –combinación de orden autoritario, campañas españolizadoras y progreso material– que alentaba Primo de Rivera.

No parecía sencillo sacar adelante a la vez tan ambiciosas empresas, surgidas de las respectivas élites locales y apoyadas por el rey Alfonso. De hecho, había rivalidades entre ellas, pues la catalana, que giraba en torno a la industria, concibió también una muestra artística, mientras la andaluza, centrada en los contenidos culturales, tampoco renunciaba a una sección comercial. Las autoridades, que en ambos casos se hicieron con las riendas a través de comisarios de trayectoria militar, procuraron evitar solapamientos y alumbraron un organismo centralizador, que debía facilitar la colaboración. La corona se sumó sin reservas, pese a los recelos de algunas dependencias palatinas a prestar los tesoros que les reclamaban, y contribuyó con ello a forjar la imagen de un rey que, a fuer de patriota, hacía de reclamo para quienes quisieran conocer la nueva España. Estos festejos realzaron las capacidades de la monarquía escénica.[15]

Desde luego, Barcelona no era una plaza fácil para Alfonso XIII. Entre las fuerzas que se enfrentaban a los sindicatos revolucionarios, las clases medias catalanistas y católicas seguían adscritas a un cierto accidentalismo, cuyo apego al trono oscilaba en función de la coyuntura. Desvanecidas las ilusiones de un conde-rey que arbitrara recetas autonómicas, este sólo disponía de una pequeña pero selecta casta de partidarios incondicionales, dominada por hombres de negocios ennoblecidos gracias a su política de atracción dinástica. Como ya se mencionó, en su cúspide se hallaba la familia Comillas-Güell, que en la crisis de la Restauración tomó la iniciativa de erigir en la ciudad un palacio para el monarca. Y es que, ante la falta de una residencia adecuada, durante sus viajes tenía que alojarse en capitanía o en un hotel. Juan Antonio Güell y López, conde de Güell y luego marqués de Comillas, aportó una finca en Pedralbes, zona alejada del centro que buscaba la prolongación de la avenida Diagonal, y fomentó una colecta entre las clases pudientes. A pesar de las ventajas inmobiliarias que se les ofrecían en el barrio, los capitales se mostraron bastante tímidos, mientras el monarquismo se veía incapaz de engordar una suscripción masiva. Sólo el empuje primorriverista permitió estrenar la quinta, en 1924, y agregarla dos años más tarde al patrimonio regio. El resultado fue un edificio de factura neoclásica o *noucentista*, con un interior poco lucido, decorado con alegorías de artistas secundarios y una mezcla de objetos procedentes de los reales sitios y las mansiones barcelonesas. Los jardines, donde había intervenido en su día Antoni Gaudí, constituían la pieza más interesante. Al cabo, fue la principal construcción vinculada al rey en toda la ciudad.[16]

La idea de una nueva exposición provenía de las capas emprendedoras de la metrópoli catalana. Nació entre los industriales eléctricos y fue adoptada por la Lliga Regionalista. Uno de sus jefes, Josep Puig i Cadafalch –arquitecto y presidente de la *Mancomunitat* a partir de 1917– fue su principal

responsable. Al comienzo se quería replicar la operación urbanística de la muestra universal de 1888, con el foco puesto en la moderna industria de la electricidad, aunque después se añadieron apartados específicos para el arte y el deporte. El rey dio su visto bueno, y el Gabinete conservador de Eduardo Dato una subvención, cuando la junta directiva se trasladó para pedirlos al alcázar de Sevilla en 1914. En consonancia con la estrategia política de la Lliga, que pensaba en una España multinacional, incluso en un imperio ibérico, pero no en la independencia de Cataluña, el plan se empapó de temas españoles. Por ejemplo, en una calle salpicada con muestras de arquitectura vernácula, extraídas de todo el país. Desde la plaza de España, donde se encontraba con el Ensanche, el recorrido expositivo subía por la montaña de Montjuich, que había perdido su uso militar, entre las naves dedicadas a Alfonso y Victoria, con toques valencianos. En la cumbre se elevaba el palacio de la luz, luego dedicado al arte antiguo y de estilo clasicista, cuyas torres recordaban a la Giralda sevillana. Dentro debían ubicarse las contribuciones catalanas y españolas a la cultura universal. A sus puertas, cuatro esbeltas columnas remitían a las barras de la *senyera*, bandera de Cataluña.17

El pronunciamiento militar de 1923 frenó los avances constructivos y puso en la picota al director de la exposición, y en general al catalanismo político. Primo de Rivera olvidó con rapidez las promesas de autogobierno que había realizado a las gentes de la Lliga para obtener su respaldo inicial, y desencadenó en cambio una dura represión contra los signos de la identidad nacional catalana. De inmediato se persiguieron no sólo los emblemas separatistas, como las banderas esteladas, sino también los catalanes a secas, de la *senyera* al himno *Els Segadors*. Lo mismo ocurrió con la lengua, confinada en los ámbitos locales y privados, mientras se trasladaban a los tribunales militares los delitos contra la patria. Alfonso XIII compartía en principio estas medidas draconianas. Por ejemplo, regañó a Puig i Cadafalch cuando, a la vuelta de Italia, observó que los rótulos de una muestra científica estaban en catalán: «en este asunto no acepto ni discusión», le espetó. Ante los alcaldes catalanes reivindicó asimismo a su antepasado Felipe V, bestia negra del nacionalismo, quien a su juicio había tomado medidas uniformizadoras al concluir la guerra de Sucesión «para salvar a Cataluña».

Más aún, el general Joaquín Milans del Bosch, viejo conocido de los barceloneses, se convirtió en gobernador de la provincia en 1924, a sugerencia del rey y tras cumplir el periodo reglamentario en su casa militar. Por lo tanto, hasta su cese en 1930 fue el ejecutor de la política anticatalanista, que incluyó multas, suspensiones e incluso el cierre del campo del Fútbol Club Barcelona, donde se había pitado la *Marcha Real*. Puig se marchó pronto y la *Mancomunitat* cayó en manos de Alfonso Sala, el fundador de la Unión

Monárquica Nacional, aunque en 1925 se disolvió sin contemplaciones. Don Alfonso sabía que aquello resultaba contraproducente y peligroso, pues le llegaban múltiples mensajes –por ejemplo, de profesores y obispos– que advertían contra la españolización forzosa. Sin embargo, nada se corrigió. A modo de coda simbólica, las cuatro barras de Montjuich fueron derribadas.[18]

Para compensar tanta inquina, durante la dictadura el monarca realizó continuos viajes a Cataluña, en especial a Barcelona. Uno al año, más o menos, frecuencia sólo comparable a la alentada por los ministerios de Antonio Maura en la primera década del reinado. En ellos abundaron las aproximaciones a la economía regional, lo mismo daban unas granjas avícolas o un salón del automóvil que un congreso de transportes o determinados trabajos hidráulicos. También menudearon las entregas de estandartes a cuerpos armados, del Somatén a la Guardia Civil. Pero, ya con la exposición internacional en marcha, sobresalieron los espectáculos religiosos. Como el *Corpus Christi* de 1929, cuando Alfonso XIII y su hijo Jaime se arrodillaron en la calle ante el *santísimo* y procesionaron, del ayuntamiento a la catedral barcelonesa, custodiados por un piquete de alabarderos. Unos días antes, el propio rey había donado a la virgen de Montserrat una bandera nacional, ofrenda de todas las diputaciones provinciales. Al hacerlo, declaró que se trataba de rendir culto «a la Religión nuestra, una y católica, del mismo modo que todos los españoles queremos también que España sea una e indivisa». Un acto que le valió calurosas felicitaciones de la infanta Isabel y del cardenal Segura. Crecimiento económico, tranquilidad policial y catolicismo patriótico, en eso consistían los mensajes de la corona para los catalanes.[19]

En cuanto a la exposición, los mandos dictatoriales resolvieron terminarla y, para ello, respetaron muchas de sus características pero trastocaron otras. El catalanismo anterior se vio remplazado por una tajante actitud españolista, estimulada por el nuevo director, marqués de Foronda: otro de los notables de la Unión Monárquica, oficial de caballería y nombrado enseguida grande de España y gentilhombre con ejercicio y servidumbre. Se reconfiguró el edificio más visible, ahora palacio nacional, y sus giraldas se cambiaron por torres barrocas, como las de la catedral de Compostela. Allí se desplegó un programa iconográfico centrado en «la importancia de la producción artística de autores nacionales y extranjeros, creada o situada en España, y su relación con los momentos culminantes de la historia patria». Capítulos que se recreaban en cuadros plásticos con figuras vestidas, de intención didáctica, a lo largo de un trayecto centrado en la Edad Media y el siglo XVI, cuyo hilo conductor lo proporcionaba la monarquía. En su parte más noble se habilitaron dependencias a disposición de los reyes, con un salón del trono dispuesto para los momentos más solemnes. No muy lejos se levantó el pabellón real, a cargo del arquitecto mayor palatino, que empleó moldes

herrerianos y reprodujo estancias de El Pardo o La Granja, adornadas con cartones para tapices de Goya. Es decir, primaban las diversas etapas dinásticas, sin apenas alusiones nacionalistas, y se prescindía de sus conexiones catalanas.[20]

A Alfonso XIII, la muestra barcelonesa se le antojaba una maravilla. En sus telegramas soltaba expresiones de admiración –«esto es enorme», «realmente asombrosa»–, le parecía un triunfo de la patria. La prensa, como era previsible, desmentía la malquerencia de los catalanes y subrayaba su cariñosa acogida a los reyes. En aquellos espacios se celebraron muy distintas manifestaciones, como una *jamboree* internacional *scout* organizada por los Exploradores, hito para el movimiento juvenil monárquico, y la familia real acudió a toda clase de congresos e instalaciones. Una de las más populares fue el Pueblo Español, que recogió los bocetos de Puig y una extensa investigación sobre el mundo rural para componer una aldea *potemkin*, donde encajaban con gracia fragmentos de todas las regiones del país y se daban saraos costumbristas. Como España, pero en miniatura. Don Alfonso, quien lo estrenó asistiendo a una zambra flamenca, había pedido que no se prescindiera en él de Andalucía, pese a la voluntad de no duplicar los temas del certamen sevillano. La misma norma que había excluido a las delegaciones americanas e impedido que el de Barcelona adquiriese la categoría de universal. La exposición –cuyo eco aconsejó su prórroga, ahora como certamen exclusivamente nacional– encauzó grandes mejoras urbanas, desde la recuperación de Montjuich hasta la nueva estación de Francia, sin olvidar la monumental plaza de España, en torno a una fuente berniniana que representaba los ríos de la península. El monarca había avalado, con su presencia y unos cuantos consejos, aquella demostración de vitalidad económica y cultural.[21]

SEVILLA REGIA

El rey Alfonso hizo mucho más por Sevilla que por Madrid o Barcelona, hasta el punto de encauzar el rumbo de sus transformaciones durante el primer tercio del siglo. Su intimidad con la capital andaluza sólo podía parangonarse con la que unía a toda la familia con Santander. Como ya se vio, pasaba frecuentes temporadas en los alcázares y, servido por el marqués de la Vega Inclán, apadrinó el revoque de sus alrededores, donde el comisario regio de Turismo inventó el pintoresco barrio de Santa Cruz, provisto más tarde de hospederías para norteamericanos. El marqués se encargó también de hacer realidad otro deseo de su señor, la construcción de casas baratas para obreros, gestionadas por la intendencia real. Junto a ello, el monarca siguió con interés

la llamada corta de Tablada, un canal abierto entre los meandros del río Guadalquivir para prevenir las constantes inundaciones, mejorar la navegación desde el océano y alejar el puerto del casco histórico. Un adelanto crucial, que no funcionó hasta 1926. Apostó, de igual modo, por la exposición hispanoamericana que la localidad reivindicaba, en paralelo a la de Barcelona, como garantía de su futuro progreso económico. Sus orígenes se remontaban a una fiesta españolista pergeñada en el centenario de la guerra de la Independencia, en 1908, cuyo director difundió la idea. Sevilla disponía del abolengo necesario para justificar el evento, dado el protagonismo imperial que documentaba su Archivo de Indias, pero tuvo que pugnar con las candidaturas de Madrid o Bilbao. El Gobierno sólo se decantó cuando una multitudinaria demostración, con el alcalde a la cabeza, logró el respaldo de palacio en 1910. La pareja real saludó desde las ventanas del alcázar el paso de unas 30.000 personas. Esa actitud permitió al presidente, José Canalejas, certificar que el rey se había erigido en «el primer sevillano».22

Desde entonces, la implicación de don Alfonso en la muestra no pudo ser mayor. Inspeccionó el terreno a menudo, en las jornadas anuales o camino de alguna cacería, pues giró hasta 32 visitas a la ciudad durante las dos décadas siguientes. Con su beneplácito, el diseño quedó en manos del arquitecto Aníbal González y Álvarez-Ossorio, miembro de la oligarquía monárquica sevillana –era primo de Torcuato Luca de Tena, propietario de *Abc*– y convencido regionalista. Es decir, partidario de un nacionalismo regionalizado, matriz del estilo castizo español que pregonaba su maestro Vicente Lampérez, aquel adalid de las restauraciones a ultranza. Había que crear un marco atractivo para el despliegue de la historia nacional y local, siempre ligada a la epopeya ultramarina, y de sus tesoros artísticos. El emplazamiento idóneo se halló en el parque de María Luisa, los antiguos jardines palaciegos de los Orleans Borbón, y se articulaba en torno a dos grandes plazas. A un lado, la de España, una mole semicircular de arcos y torres, ornada con ejemplos de la artesanía sevillana, sobre paneles de azulejos que representaban a todas las provincias españolas a través de escenas históricas significativas. En ella debía instalarse el colegio mayor hispanoamericano, un precedente de la Ciudad Universitaria, que motivaba al rey pero agonizó tras su refrendo oficial en el cumpleaños regio de 1924. Al otro lado, la de América, rodeada por tres edificios de estilos nacionalistas y destinados al arte: el mudéjar, el plateresco y el gótico tardío de los Reyes Católicos. El monarca revisó los detalles e intervino asimismo en el gran hotel que llevaba su nombre, adjudicado al imprescindible negociante Georges Marquet.23

Pasaron los años y, aunque los trabajos continuaban, la fecha de inauguración hubo de retrasarse una y otra vez. Los peones del rey, como

Benigno de la Vega Inclán, chocaban con los notables autóctonos, mientras don Aníbal gastaba más de la cuenta en sus escenografías sevillanistas. Sólo el asentamiento de la dictadura acabó por imprimir el ritmo adecuado, para lo cual se escogió a un militar cordobés, José Cruz Conde, comandante de artillería que había luchado en África y ejercido de enlace en el golpe de Primo, designado en 1925 gobernador de Sevilla y comisario regio de la exposición. Con mano de hierro, el oficial en excedencia y antiguo maurista desplazó al primorriverismo católico para sustituirlo en las administraciones locales por los elementos más conservadores del comercio, al tiempo que provocaba la retirada del arquitecto González, quien vio desvirtuados algunos de sus planes. En definitiva, hizo del certamen una auténtica empresa nacional, a las órdenes del régimen, con lo que don Alfonso perdía influencia directa sobre él pero vislumbraba al fin su culminación.24

En vísperas de la apertura, y con un ojo puesto en la atracción de viajeros a las exposiciones, el dictador dispuso también el cierre de la vieja Comisaría Regia de Turismo, lastrada por el carisma elitista y *amateur* de Vega Inclán. En su lugar se crearía un patronato que, controlado por el Gobierno, explotara con mayor profesionalidad esta industria. El marqués maniobró para mantener alguna competencia sobre el patrimonio y protestó en palacio por las maneras descorteses de las autoridades, pero no pudo evitar que se impusieran los sectores interesados en el prometedor negocio. En ellos coincidían primorriveristas y gentes tan próximas a Alfonso XIII como Güell y el marqués de Quintanar, un ingeniero reaccionario que sería testigo de su muerte. La impronta del anciano don Benigno en la exhibición, canto del cisne del brillante círculo cultural alfonsino, se redujo a colocar una estatua triunfal del Cid Campeador a la entrada del recinto: pieza de la escultora Anna Hyatt Huntington –esposa del cidiano Archer– sobre un pedestal del arquitecto de la Comisaría y con inscripciones seleccionadas por Benlliure y Menéndez Pidal, que cantaban los lazos sevillanos del titán burgalés y sus victorias sobre el islam. Faltaba Sorolla, fallecido años atrás. El rey, que al parecer había escogido su ubicación, inauguró el monumento en 1927 y recibió a los Huntington en El Escorial.25

El caso es que la exposición, apellidada desde 1922 iberoamericana a sugerencia de Portugal, se integró con facilidad en el impulso americanista que alentaba la dictadura. Se procuró entonces pasar de la retórica a los hechos, con medios diplomáticos más acordes con las ambiciones internacionales de España, mientras se explotaba al máximo el componente global del nacionalismo español. Desde luego, a través del 12 de octubre, o de las sempiternas menciones al viaje pendiente del rey a ultramar, que reaparecieron en los discursos oficiales. La Asamblea Nacional primorriverista recibió la llamativa propuesta de crear «el principado de la

Raza» para la infanta Beatriz, hija de don Alfonso. Y hubo otras aportaciones de la familia real a esta misión, tan relevante como los afanes africanos para los relatos que enlazaban política exterior e imaginario nacional, ahora inclinados hacia sus versiones nostálgicas y católicas. Ya se comprobó en la coronación de la virgen de Guadalupe, pero también en la candidatura de la intelectual sevillana Blanca de los Ríos al premio Nobel de Literatura de 1928. Esta estudiosa de santa Teresa de Jesús, viuda del arquitecto Lampérez, dirigía la revista *Raza Española*, portavoz del hispanoamericanismo más florido y ultramontano. Su postulación –apoyada en instituciones andaluzas y presentada por el activo obispo Eijo– obtuvo el respaldo de los reyes, que ya la habían condecorado y homenajeado. No llegó muy lejos, pero resultaba sintomática del ambiente que rodeaba al trono.26

Más aún, don Alfonso se incorporó con decisión a la campaña montada en torno a los aviadores que, en 1926, cruzaron el Atlántico hasta Buenos Aires. Lo hicieron en un hidroavión denominado *Plus Ultra*, lema que aludía a las columnas de Hércules –es decir, a lo situado *más allá* del Estrecho de Gibraltar y, por tanto, a la aventura oceánica– en el escudo nacional. El *raid* aéreo, un recurso frecuente en la diplomacia de la época, estimulaba el orgullo patrio, que elevó a la categoría de héroes a cuatro militares curtidos en las campañas marroquíes y capitaneados por Ramón Franco, hermano menor del jefe de la Legión. El calor popular acompañó en ambas orillas el recorrido, al cual se consagraron manifestaciones espontáneas, tangos, programas de radio, películas, libros y sellos de correos. Se les asimilaba con los mitos de 1492, nuevos descubridores a bordo de una modernísima carabela. El rey les felicitó y prometió a los oficiales la llave de gentileshombres de cámara a través del cable telefónico, insólito cruce de tecnología y honores tradicionales. A todos les llovieron las medallas. Los recibió asimismo a su regreso al puerto de Palos y, en el colombino monasterio de La Rábida, llamó a la cohesión patriótica, al margen de ideologías, y declaró a España curada de la enfermedad que la había paralizado durante décadas. A continuación se embarcó con ellos hasta Sevilla, en un apoteósico trayecto que sirvió para estrenar el canal Alfonso XIII –la corta de Tablada– y el puente de idéntico nombre. El palatino marqués de Viana lanzó una suscripción en favor de los tripulantes. Nadie podía discutir al monarca su habilidad propagandística y su entrega a la causa de la Raza, materializada en la exposición sevillana.27

La muestra podía contemplarse como un espectacular alegato, heredero de Juderías y Lummis, contra la Leyenda Negra que manchaba las gestas españolas. A las dos plazas se añadió una tercera, la glorieta de los Conquistadores, donde los prohombres de la épica americanista –de Colón a Balboa– flanqueaban a Iberia, una matrona con el rostro de la famosa dama íbera de Elche. La inauguración del conjunto, en mayo de 1929, desató los

aspavientos que calificaban los logros de España en América como una hazaña sólo por detrás de la redención cristiana; o equiparaban la exhibición con el Descubrimiento mismo. En sus visitas, los reyes recorrieron presentaciones de arte religioso, sobre documentos e historia de la colonización o del libro, unidas por el afán de mostrar la pujanza cultural de los tiempos medievales e imperiales. También los variopintos pabellones regionales, provinciales y, sobre todo, hispanoamericanos, entre los que abundaban las creaciones neobarrocas o precolombinas que ratificaban el encuentro entre la madre y sus hijas, de regreso al hogar perdido. Un gigantesco museo de esa comunidad imaginada que más adelante se conocería como la Hispanidad. Hubo asimismo escenarios para posesiones auténticas, con una medina de Marruecos o chozas de Guinea, al modo de las ferias coloniales que se veían en Londres o París. La participación de Estados Unidos, basada en las raíces hispánicas de sus territorios, fue discutida por la prensa católica sevillana, pero confirmó tanto el interés de la gran potencia por el evento como el irresistible atractivo que ejercían sus promesas de fondos y turistas sobre los gobernantes españoles. Desde luego, el rey estimuló, como en la Ciudad Universitaria, esos contactos.[28]

En Sevilla se entrelazaba la historia nacional con la de la monarquía, erigida en su columna vertebral, y se explicaba, como consecuencia de su espíritu misionero, la expansión americana. El pabellón real, más logrado que el de Barcelona, producía magníficas impresiones, pues su gótico tardío –en referencia a la época de Isabel la Católica– contenía, en salas repartidas entre las órdenes militares, decorados hollywoodianos sobre las expediciones colombinas y algunas joyas de las colecciones palatinas, en su mayor parte del siglo XVI. Es decir, de la época áurea en que –como rezaba el folleto explicativo– «no se ponía el sol en los dominios españoles». Por ejemplo, los arneses del emperador Carlos V o la adarga de Felipe II, hecha con plumas mexicas; el gran dosel del césar, factura de pintores flamencos –ya empleado en la jura del príncipe de Asturias, en 1920–, o la carroza de la reina Juana. Una cabalgata histórica, presenciada por Alfonso y Victoria en noviembre de 1929 y exhibida luego en los cines, ponía en movimiento ese pasado con fines pedagógicos, para lo cual se vendió a miles de espectadores una guía que identificaba a sus personajes, entre ellos varios monarcas, interpretados por jóvenes de la alta sociedad sevillana. Ahí se probaba la existencia de una única raza y de un ideal evangelizador, aplicado durante la Reconquista y su prolongación natural en tierras americanas, pacificadas y pobladas por los españoles. «Con esa obra colonizadora escribió España la página más gloriosa de la historia humana», se afirmaba, hasta hacerse progenitora de naciones que aún reconocían su preeminencia. El desfile se cerraba con veinte niñas y sus respectivos colores, en torno a su madre patria, y un grupo de caballistas y

señoritas con mantilla, encarnación de «la España de hoy, que es la España de siempre».29

La reivindicación neoimperial y folclórica de Sevilla ofreció muchas oportunidades para el lucimiento de la monarquía nacional. Pero no alcanzó buena parte de sus objetivos en el ámbito de la diplomacia, pues sólo la pisó un jefe de Estado –el presidente portugués Antonio Carmona, al frente de la dictadura hermana, que también fue a Barcelona– y no se llenó de viajeros, lo cual preocupaba al rey. La deficiente gestión económica ocasionó denuncias y juicios. Y sus protagonistas se vieron envueltos en los enmarañados choques del dictador con sus compañeros de armas, que hicieron caer al gobernador Cruz Conde y tornarse republicano al héroe Ramón Franco. Las protestas obreras agitaron los últimos meses de la fiesta. Con todo, la Sevilla dinástica salió a la calle en abril de 1930, tras el exilio y muerte del dictador, para aclamar a los monarcas, en una entrada que recordaba las de Fernando VII, con el gentío tirando del coche real. El alcalde monárquico, el mismo que ejercía veinte años antes, rememoró aquella manifestación de 1910, decisiva para los sevillanos. Alfonso XIII, que no se molestó en clausurar la exposición, evocó por enésima vez su cariño por la ciudad, cuyas mejoras había propulsado cuando la invadía el desaliento.30

Madrid, Barcelona y Sevilla quedaron marcadas, en distintos grados, por un persistente impulso alfonsino. La Ciudad Universitaria, regalo del jubileo real, dependió de su exclusiva influencia, pero las grandes exposiciones, iniciativas locales respaldadas por la corona, sólo pudieron llevarse a término cuando el Gobierno dictatorial tomó el control. Impregnada del españolismo reaccionario que promovía el régimen de Primo de Rivera, la recurrente mezcla entre monarquía y nación se propagaba por medio de innumerables expresiones culturales, desde los pabellones de estilos vernáculos o la recreación de colegios mayores hasta los inevitables rituales religiosos y las cabalgatas históricas. Dentro de ese contexto, el hispanoamericanismo, en su vertiente derechista, alcanzó un impacto excepcional. Sin embargo, el consenso patriótico dejaba fuera a grupos cada vez mayores, de catalanistas, liberales, republicanos y movimientos de izquierdas. Las bodas de plata de 1927 tenían ya el aire de un balance definitivo, del ocaso de una época que no encontraba con nitidez una prolongación convincente. Poco más tarde estallaba la crisis que hizo pagar a Alfonso XIII sus errores políticos.

---

1. «Spanish Supplement», *New York American*, 14.4.1929, obra de propaganda del Patronato Nacional de Turismo, en AGP Cª 8883/2.

2. *Ondas*, 15.5.1927, cita en p. 1. También *La Época* y *La Correspondencia Militar*, 16.5.1927. *Emisión dedicada por Unión Radio a S.M. Don Alfonso XIII con motivo de sus bodas de plata con la*

monarquía, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1927.

3. María (2021a). *Unión Patriótica*, 17.5.1917, citas en José Garzón, «La simpatía personal del Rey», pp. 18-19 (p. 18); Amando Palacio Valdés, «Don Alfonso y el Parlamentarismo (p. 42); y F. Pérez Bueno, «El Rey, político» (p. 43). La UP, también en *Abc*, 24.1.1928 y 24.1.1929.

4. *Abc*, 17-18.5.1927. Cartas, en AGP Cª 15531/4 y 5 (cita en Ciriaca Fuentes García a Torres, 15.5.1927). María (2021a).

5. Torres a Marquina, 14.5.1927, AGA Sección Cultura (3), Fondo 104 4 Caja 673. RB MUS/MSS/1581. *La Voz*, 17.5.1927. *La lectura dominical*, 21.5.1927. Más detalles, en Moreno Luzón y Núñez Seixas (2017), pp. 180-183.

6. Martorell (2001), pp. 157-162. *Catálogo unificado de sellos de España*, Madrid, Edifil, 2001.

7. María (2021a). *Corriere della Sera*, 8.6.1925. Entre las alabanzas, por ejemplo *El Progreso de Asturias*, 14.5.1927; y *Abc*, 24.1.1929 (alusión del rector de la Universidad de Madrid).

8. Cita en Pla (1929, 1986), p. 14. Artola (2015), pp. 127-131. Este apartado se basa en Moreno Luzón (2015).

9. Gortázar (1986), pp. 79-81 y 124-129.

10. Núñez Granés (1917). Cita de A. de Palacio, en Humanes (1986), p. 121. Más noticias, de esta y otras versiones, en *La Construcción Moderna*, 30.1.1918; *Abc*, 14.12.1924 y 24.11.1956; y RB ARCH2/CART/13 (18) y (19).

11. Para esto y lo que sigue, véase Pérez-Villanueva (2016) y (2018). Jiménez (1971), pp. 464-466 y 469-475 (cita en p. 473). Ribagorda (2008). «El doctorado 'Honoris Causa'. La Universidad y el Rey», *Hojas Libres*, 1.6.1927.

12. RD 17.5.1927. Citas, en Chías (1986), p. 29; y Bustos (1988), 1, pp. 12 y 14. Centenario de Felipe II, en *La Lectura Dominical*, 17.9.1927. París, en Quiñones a Torres, 10.6.1927, AGP Cª 12110/1.

13. AGP Cª 12110/1: citas, en Castillo (La Habana) a Torres, 23.8.1927; y Orduña (Tampico) a Torres, 24.1.1928. Maeztu, en carta de 19.6.1928, Cª 12110/2; y *Diario Español* (Buenos Aires), 18.6.1928; el príncipe, en Cª 12110/3.

14. Pérez-Villanueva (2016) y (2018). Fernández Lorenzo (2018). Ópera, en AGP Cª 12111/5; Aguilar al rey, 25.10.1928 (?), Cª 12110/2.

15. «Significación nacional de las Exposiciones», *La Esfera*, 4.5.1929. Lemus (1987). Braojos (1992), p. 90. Resistencias, en AGP Cª 15505/4.

16. Revilla (1982).

17. *Abc*, 10.2.1914. Solà-Morales (1985). Grandas (1988). Villarruel (2019).

18. RD 18.9.1923. Roig (1992). Más detalles, en Moreno Luzón y Núñez Seixas (2017), pp. 168-172. También en Tusell y García (2001), pp. 477-483. Citas, en *La Correspondencia de España*, 3.12.1923; y Riquer (2013), p. 202.

19. Por ejemplo, *La Vanguardia*, 28.5.1929 y *El Día Gráfico*, 31.5.1929. Telegramas de felicitación, en AGP Cª 12945. La cita, en *La Noche*, 28.5.1929.

20. Cita, en *Reglamento y garantías de la sección especializada El Arte en España*, en AGP Cª 8882/17. *Exposición Internacional de Barcelona –1929. El arte en España*, Barcelona, Imprenta de Eugenio Subirana, 1929. Solà-Morales (1985), pp. 83 y 124. Barral (1992). *Diario de Barcelona*, 6.10.1929.

21. Citas en telegramas a la infanta Isabel y al embajador Merry del Val, s.f., AGP Cª 12945. «El monarquismo de Barcelona», *Abc*, 1.6.1929. Pueblo Español, en *Las Noticias*, 22.5.1929. Solà-Morales

(1985), p. 137. Grandas (1988), p. 160.

22. Menéndez (2008). *Abc*, 15.3.1910. Braojos (1992), cita en p. 53. Antecedentes de la exposición, en AGP Cª 15505/3.

23. Storm (2010, 2019). El colegio mayor, en RD 17.5.1924.

24. Rodríguez Bernal (1994). Ponce (2001).

25. Moreno Garrido (2022), pp. 226-236. Informe de 1928, en AGP Cª 12428/9; y Vega Inclán al rey, Cª 12428/11.

26. Principado de la Raza, en AGP Cª 8883/2; cartas de Ríos a Torres y viceversa, 2-6.12.1926, en Cª 15920/22.

27. Gutiérrez-Ravé (1955), pp. 283-286. Marcilhacy (2006a).

28. Lemus (1987). Braojos (1992), pp. 105-107 y 111 y ss. Marcilhacy (2006b), pp. 871 y ss. También Rodríguez Bernal (1994) y Gristwood (1999).

29. *Exposición americana. Catálogo del Pabellón Real. Casa de S.M.*, Sevilla, Imprenta de la Exposición, 1930, cita en p. II. Fernández Lacomba (2016). *Cabalgata histórica de la Raza Hispano-Americana organizada por el Comité de la Exposición*, Sevilla, Imprenta de la Exposición Ibero-Americana, 1929, cita en p. 24. *Abc*, 2.11.1929.

30. Rodríguez Bernal (1994). Ponce (2001). Cifras y quejas por la escasez de visitantes, en AGP Cª 12945. «Sevilla recibe y aclama con entusiasmo extraordinario al rey y a su augusta familia», *Abc*, 16.4.1930.

Alfonso XIII cruza a caballo el lago Chorie, en Sutherlandshire, Escocia (1928).
Foto: Central Press Photos Ltd., Londres. © Patrimonio Nacional.

18

Alfonso se queda solo

Al pueblo nos dirigimos solicitando su apoyo
para la regeneración de España
y que no sea este un País de esclavos
regido por un Rey caprichoso y un general inculto.[1]

LA MADRE

La mañana del 14 de abril de 1929, un día claro de primavera, Alfonso XIII paseaba por el parque de El Pardo con una vieja amiga. Era la princesa rumana Marthe Bibesco, escritora, dama cosmopolita y amante ocasional del rey. Se habían conocido mucho antes, cuando ambos tenían sólo seis años y jugaban juntos en Biarritz, donde coincidían familias aristocráticas y de la realeza durante el veraneo. Luego se habían visto alguna vez en Madrid, y probablemente compartieron en 1920 una aventura amorosa cuando el monarca, de incógnito, la conquistó en el Hotel Ritz de Londres. Para ella, él encarnaba los intensos rasgos de la raza española que podían contemplarse en el Museo del Prado. Hasta el punto de que el *Carlos V en Mühlberg* de Tiziano, con su visible prognatismo, le recordaba al joven Alfonso, quien vencía en los torneos de polo también a caballo. Durante la excursión al real sitio, que evocaba tantos episodios de la historia dinástica, aquel hombre de ojos vivos se le sinceró. Su madre, María Cristina de Habsburgo-Lorena, había muerto dos meses antes, y desde entonces se sentía desvalido. Le mostró sus experimentos agrícolas, pero sobre todo le habló de su infancia, de los constantes ejercicios físicos y las agotadoras jornadas de estudio, todo por deseo de una mujer que cuidaba de él, con cariño y severidad. La amaba y no tenía más que palabras de agradecimiento para ella: «Le debo no sólo la vida sino también la salud, me parece que soy su hijo dos veces. Le debo todo a ella, más que cualquier hijo a cualquier madre». La princesa se preguntaba «¿por qué me cuenta Alfonso todas estas cosas?». Nunca había dejado de ser *Bubi*, el niño huérfano de padre que buscaba protección y consejo en la figura materna.[2]

La defunción de la reina madre, de setenta años de edad, suscitó un resonante duelo monárquico. Fue un hecho imprevisto, pues la señora había asistido la tarde del 5 de febrero a una gala benéfica y, por la noche, al habitual pase de cine en palacio. Pero al acostarse se notó indispuesta y expiró horas después, ya en la madrugada del 6, de un ataque al corazón. El rey

intentó reanimarla, sin resultado alguno, y le cerró los párpados, «abatido por el más profundo dolor». En los días siguientes se reprodujo el ritual aplicado al entierro de Alfonso XII, el último monarca fallecido en España, más palatino que estatal y alejado por tanto de los espectáculos nacionalistas. Se formaron, eso sí, largas colas para visitar la capilla ardiente. Don Alfonso puso la nota patriótica al introducir en el féretro una pequeña bandera española, de las que portaban en la proa los barcos de guerra, y mandar que lo envolvieran en los colores nacionales. El cadáver se trasladó al monasterio de San Lorenzo de El Escorial, donde se depositó en el pudridero en que se consumían los cuerpos para encajarlos después en las urnas del panteón de reyes. Lo tapó una sencilla lápida, de mármol negro, con la inscripción «María Cristina de Austria, Reina de España». El rey no se limitó a ocupar su lugar en las ceremonias religiosas, sino que de vez en cuando se escapaba a rezar o a meditar ante los restos de su madre, primero en Madrid y luego en El Escorial. Allí, junto al nicho fúnebre, encontró algún consuelo, un refugio a su desamparo, en años sucesivos.3

Tampoco cambió mucho el modo de homenajear a la finada, pues se multiplicaron los funerales y misas en todo el país. El cardenal Segura, que ofició los ritos cortesanos, exhibió su estrecha ligazón con la Real Casa. Si las órdenes militares o la Unión de Damas celebraban exequias, los Exploradores dedicaban una plegaria a los merecimientos de la antigua regente. Algunos municipios incluyeron su nombre en el callejero. A palacio se dirigieron las condolencias más previsibles, de príncipes y mandatarios, congregaciones religiosas, nobles y emigrantes en América, aunque también otras menos obvias, como las de liberales y republicanos que habían disfrutado en algún momento del favor regio. Basilio Paraíso se valía de un intermediario para añorar los tiempos del regeneracionismo progresista; Rafael Altamira, ahora juez del Tribunal Internacional de La Haya, se limitaba a cumplir con su deber. Una cumplida vecina de Miguel Esteban, en Toledo, afirmaba que «las autoridades, somatenistas y pueblo en masa» habían acudido a las honras fúnebres locales y, con el fin de confortar al rey, sentenciaba: «Grande es la satisfacción de un jefe cuando los sentimientos de sus súbditos son idénticos a los que él abriga en su corazón».4

Enseguida aparecieron iniciativas para erigir un monumento a la reina madre, que partieron de *El Imparcial* y recogió *Abc*. Ya existían un par de estatuas suyas en San Sebastián, la ciudad costera que puso en el mapa como corte veraniega, pero ahora había que dedicarle una en Madrid. Se constituyó la correspondiente junta, presidida por el decano de la Grandeza de España, el marqués de Santa Cruz, para abrir la inevitable suscripción pública. Aquel sería «un edificante testimonio de ejemplaridad nacional y popular en una época en que las opiniones colectivas del mundo se han movido por intereses

y pasiones de otro orden». Es decir, un símbolo de la resistencia hispana ante los avances democráticos o revolucionarios. La sociedad monárquica respondió positivamente. De todos modos, por si el entusiasmo de los españoles no resultaba suficiente, el dictador ordenó que se restara el 1% del salario de un mes a todos los funcionarios para financiar el tributo monumental. Salvo que manifestasen su rechazo de manera explícita, algo poco probable. El proyecto seleccionado colocaba la efigie sedente de la soberana entre alegorías de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Todo estaba listo a finales de 1930, hasta la ubicación idónea, en la Ciudad Universitaria. ¿Dónde mejor, si su hijo Alfonso le atribuía su confianza regeneradora en la educación, presente ya en la jura de 1902, como vehículo para «realizar el anhelo de ver a esta amada Patria ocupando el puesto que por sus tradiciones gloriosas y por derecho actualmente le corresponde»? El advenimiento de la república impidió verlo terminado.5

En los pésames que desbordaban la secretaría real y en los panegíricos públicos, las imágenes más repetidas de doña María Cristina remitían, igual que el monumento, a sus prendas morales. Esas que le habían valido, durante la regencia, el apodo irónico de Doña Virtudes. La suya había sido, en palabras de la activista católica María Echarri, «una existencia que se deslizó por la tierra para hacer el bien». En ella se resumían las características que, de acuerdo con los presupuestos conservadores, debían definir a una mujer, más aún a una de su rango. Por descontado, su firme piedad religiosa, nada sorprendente en una archiduquesa que había ejercido de abadesa en su Austria natal, volcada en incontables obras caritativas. Su desaparición era una mala noticia para los pobres. Y, por encima de todo, su maternidad, interiorizada como la principal tarea que le correspondía, teñida de sufrimiento y preocupación. Sufrimiento por sus dos hijas, víctimas de sobrepartos, y preocupación por su único vástago, al que consiguió fortalecer y educar hasta sentarlo en el trono a los dieciséis años, para padecer luego por los atentados que le acechaban. Un verdadero modelo de reina, mujer y madre. Tamaño legado llevaba incluso a invocar su santidad, en artículos que relataban cómo había concedido indultos inspirados por la voz celestial de Jesucristo –preparando quizá el terreno para probar un milagro– o en discursos del mismísimo dictador, que la llamaba «la santa de los españoles».6

Cosa distinta eran las referencias a su labor política, muy escasas en comparación con las centradas en su virtuosa humanidad. La prensa afecta al liberalismo, sometida por descontado a censura, lanzó tímidas alusiones a la regente constitucional, o a la normalización de la escena parlamentaria bajo su mandato. No se privó tampoco de señalar que su naturaleza femenina la había conducido a no intervenir en el juego partidista y a respetar por tanto el turno entre conservadores y liberales. Pasiva, como mujer, frente a varones activos

como –se sobreentendía– su hijo. El republicano *El Liberal* daba por difunto al sistema de la Restauración, y con él al turnismo y al fraude caciquil, que ingresaban junto a la reina en el pudridero. Sin embargo, el grueso de los opinantes defendía que doña María Cristina se había retirado por completo de los asuntos públicos tras el relevo de 1902. Una impresión que contradecía no sólo las diatribas de Unamuno o Blasco Ibáñez, que la asociaban con la germanofilia autoritaria, sino también los indicios acerca de su participación en varios momentos decisivos del reinado, desde las fracturas de los partidos en 1903 hasta la fallida abdicación de 1917. Su influencia había decaído con el tiempo, pero no podía descartarse. Además, se sabía que no le gustaba la dictadura, pues percibía los riesgos que acarreaba para la corona. En contraste, doña Victoria Eugenia, que apenas se interesó por la vida política, carecía de ascendiente sobre las decisiones del rey.[7]

La corte asumió un luto riguroso de seis meses, y otros tantos de medio luto, sólo interrumpidos en marzo de 1929 por la boda de la infanta Isabel Alfonsa, hija de don Carlos y de la malograda princesa Mercedes. En las fotografías del enlace, el rostro demacrado de Alfonso XIII delataba su penoso estado emocional. Poco después de su madre, abandonó esta vida el conde del Grove, preceptor suyo y de sus hijos. También había desaparecido de forma repentina, dos años antes, el marqués de Viana, veterano servidor y lo más próximo a un amigo íntimo que tuvo nunca, quien había ganado poder en palacio al añadir a su puesto de caballerizo el de sumiller de corps. A don Alfonso le había conmovido su fulminante enfermedad, achacada más tarde a una violenta discusión con la reina Victoria, quien por lo visto lo culpaba de las infidelidades de su marido.

Aunque no alcanzó los desahogos emotivos que sólo se permitían a las mujeres, la angustia del rey huérfano se exhibió sin rebozo, de acuerdo con el patetismo que rodeaba a las defunciones regias desde el siglo XIX, tan distinto de la fría etiqueta del Antiguo Régimen. Por primera vez desde su adolescencia, se le veía vulnerable. Sus hagiógrafos utilizaron esta fragilidad para justificar su desorientación en la agonía final del reinado. «Era la hora del Getsemaní de Alfonso XIII», creía Cortés-Cavanillas. El mismo monarca, ya en el exilio, aseguró que «desde la muerte de mi madre sentía una terrible crisis de ánimo, que acrecentó el vértigo desatinado de aquellos acontecimientos». Por eso frecuentaba el pudridero. Aunque se aminorase el recorrido de estas explicaciones, tal vez exageradas, la ausencia edípica coadyuvaba a la tensa situación causada por su compromiso con la dictadura. En dos años, Alfonso se quedó solo.[8]

El prolongado respaldo al general Primo de Rivera planteaba a Alfonso XIII cuestiones de largo alcance que, tarde o temprano, había de afrontar. Pasada la euforia regeneradora e imperialista de los primeros tiempos, creció la necesidad de encontrar una salida legal a aquel estado de excepción. O, lo que era lo mismo, caminar hacia la normalidad. Una noción muy ambigua, que podía adoptar significados opuestos: el retorno pleno a la Constitución de 1876 o el diseño de un nuevo ordenamiento constitucional. Ambas alternativas presentaban inconvenientes para el rey. Por una parte, la vuelta a septiembre de 1923 conllevaba la del denostado parlamentarismo, con su presunta impotencia para ahuyentar al fantasma comunista, una inquietud recurrente del monarca. Las medidas anticaciquiles del Directorio desgastaban a los viejos partidos gubernamentales, pero no borraban los defectos que las extremas derechas atribuían al sufragio universal y a la actividad parlamentaria. Por otra, la institucionalización de la dictadura implicaba quemar las naves de la monarquía, impedir su retroceso a posiciones anteriores, y le arrebataba buena parte de sus apoyos, en especial los liberales y liberal-conservadores. Don Alfonso participaba del credo autoritario, pero trató de no enajenarse a los políticos dinásticos, reserva imprescindible si el dictador fracasaba, e hizo cuanto pudo para atraérselos. En ese delicado baile, la ruptura con el pasado arrostraba inseguridades, pero la despedida del marqués de Estella tampoco resultaba fácil, al menos mientras conservara sus bases en la opinión y en el ejército. A la hora de la verdad, lo sostuvo más de un sexenio.

En aquella diarquía asimétrica, las relaciones humanas conjugaban caracteres y mentalidades similares, de hombres simpáticos y lenguaraces, dados a la improvisación e imbuidos de un patriotismo reaccionario. Compartían las mismas actitudes al abordar múltiples asuntos, por ejemplo una política exterior reivindicativa, destinada a conseguir el anhelado control de Tánger y un puesto permanente en el Consejo de la Sociedad de Naciones. Una organización wilsoniana que el rey creía lastrada por la masonería y precisada de una refundación «sobre la cruz», a la vez que reclamaba ante el rey de Inglaterra cuanto correspondía «a nuestra arraigada personalidad histórica y presente». Esas demandas comunes, acordes con la visión de España como potencia media, se gestionaron mal y se frustraron de inmediato. Sus afinidades personales convivían con una inevitable rivalidad, de tiras y aflojas aderezados con celos por el protagonismo escénico. Como se ha comprobado, en los grandes fastos solía predominar el perfil del monarca, quien terminó por evitar los de clara naturaleza partidista, como el quinto aniversario del pronunciamiento en 1928. Alfonso rechazaba su encasillamiento en un papel secundario, como el de Víctor Manuel en Italia. No obstante, si se trataba de aprobar normas, el presidente se imponía y el

soberano cedía para no detonar una crisis. Primo de Rivera recelaba de Alfonso XIII y alardeaba de ser inmune al borboneo: «no le tengo miedo ni se lo he tenido nunca –le atribuía una fuente anónima–. Hasta su gozquecillo Viana tiembla ante mí. Claro es que como buen Borbón es ingrato, de ningún fiar […]. Cuando le llevo algo a la firma y se atreve a hacerme observaciones, sigo adelante y él firma. ¡Pues no faltaba más!». También le tachaba de cobarde y corrupto. Pero los desacuerdos no estallaron hasta que las inconsistencias del primorriverismo lo abocaron al desplome.9

Insinuados desde sus comienzos, los propósitos de institucionalizar el sistema autoritario se hicieron explícitos una vez los éxitos africanos despejaron la vía para transitar de un Directorio militar a otro civil, en diciembre de 1925. Se demostró que, al hablar de paréntesis, los primorriveristas se referían al gobierno castrense, no al dictatorial. En el recuperado Consejo de Ministros, las fuerzas armadas retuvieron la presidencia, Gobernación, Guerra y Marina, mientras los demás departamentos se adjudicaban a simpatizantes y técnicos. Lo próximo era elaborar una legalidad distinta, para lo cual los medios oficialistas confiaban en una Asamblea Nacional donde se hallaran representados todos los intereses patrios. No se pensaba, por lo pronto, en sustituir las Cortes con otro Parlamento, sino en fundar un órgano consultivo y provisional, que propusiera «un estado de nueva estructura […], libre de enrevesada filosofía y humillante imitación». O sea, un edificio político distinto pero de raigambre española, ajeno por tanto a un liberalismo considerado extranjerizante. Con ese fin, el partido único orquestó un plebiscito, en septiembre de 1926 –las conmemoraciones mantenían su peso simbólico–, sobre la oportunidad de fundar la Asamblea. Más que una votación, aquello fue una recogida de adhesiones vigilada por las autoridades, con los resultados previsibles. El rey, que había dejado hacer, se asomaba ahora al abismo de un incierto periodo constituyente.

La perspectiva del cambio constitucional revolvió el panorama político, en el que recuperaron cierta importancia los notables del llamado «antiguo régimen». Maltratados por el dictador, que les acusaba de podredumbre e ineptitud, algunos conspiraban contra él. No aspiraban a encabezar movilizaciones populares, pero sí a persuadir al rey de la conveniencia de expulsar a Primo, por lo que permanecían atentos a cuanto se cocía en palacio. En sus acercamientos a don Alfonso representó un pequeño papel la reina Victoria Eugenia, a la que empujaba su inquieto cónyuge. Tal vez inspirada por el ejemplo de la monarquía parlamentaria que se practicaba en el Reino Unido, se sentía más cómoda con los jefes del turno que con los prebostes dictatoriales, comenzando por su caudillo, por lo que repetía a los primeros lo mucho que se les apreciaba en la corte y les animaba a conversar con el

monarca. Fue su única intervención reseñable en los cabildeos de la época, de escasa trascendencia.

Entre los políticos constitucionalistas cuajó el liderazgo de José Sánchez Guerra, el último presidente conservador del Consejo de Ministros. Pronto erigido en nuevo antagonista público del rey –como Unamuno, Prieto y Blasco, cada cual con sus peculiaridades–, ponía al servicio de la causa una fama adornada con un estricto sentido del honor. Como escribió en 1925, tras las escandalosas declaraciones antiparlamentarias del rey a *Paris-Midi*, «ni quiero, ni puedo, ni debo ser monárquico de la Monarquía absoluta». Una reencarnación del Cid Campeador en Santa Gadea, donde el buen vasallo había leído la cartilla a su señor. El parcial desmentido palatino no varió su actitud, que marcó la línea más coherente del liberalismo templado: si se creaba la Asamblea, quedaba roto el pacto constitucional que sustentaba al trono. Cara a cara, don Alfonso y don José sellaron su desacuerdo en una entrevista celebrada pocos días después de la consulta upetista, con motivo de una fiesta mundana en San Sebastián. El monarca le reprochó el desapego de los viejos gobernantes, a lo que su interlocutor respondió que el suyo no nacía del orgullo sino de la dignidad. Al comentar los problemas del país, el rey le aseguró que una nueva providencia «me sigue ayudando y me protege, lo mismo que a España», en probable alusión a los frutos de su entrega a la Iglesia. Tras un tenso rifirrafe sobre las disidencias militares, le pidió que se entendiera con Primo de Rivera, pues «esa misma Asamblea, que es el motivo de esta conversación, quién sabe si puede ser un camino para llegar a la normalidad». Ante esta añagaza para integrarlo en la estrategia autoritaria, el prohombre amagó con marchar al exilio o a la cárcel si se efectuaba aquella convocatoria. A su juicio, el superficial Alfonso no entendía la gravedad de la coyuntura.[10]

Lo cierto es que el rey, sin negarse a convocar la Asamblea Nacional, postergó durante meses la rúbrica correspondiente, hasta el cuarto aniversario del golpe, cuando Sánchez Guerra cumplió su palabra y se fue a Francia. El retraso pudo deberse al ultimátum de los políticos, pero también a otras causas, como las reticencias palaciegas y el ajuste en la composición del nuevo organismo. No se prolongó más porque el dictador anunció la firma real y porque el propio monarca se convenció de las ventajas de abordar la reforma. Según el intelectual católico Pedro Sainz Rodríguez, confidente suyo en aquellas fechas, don Alfonso temía que el regreso a la legalidad anterior fuera aún más peligroso. Se barruntaba, quizá, una acusación de perjurio. Sea como fuere, en octubre de 1927 se inauguró, en la sede del Congreso de los Diputados, una cámara corporativa, compuesta por cuatrocientos delegados de municipios y provincias, de la Unión Patriótica, el ejército, la jerarquía eclesiástica y, en general, de la vida nacional. Expertos y políticos llevaban

décadas cavilando acerca de la representación orgánica, muy querida por los enemigos del individualismo liberal, pero su primera concreción la designó por entero el Gobierno. El mismo Alfonso XIII consiguió que se nombrara a personalidades monárquicas de prestigio, como Sainz Rodríguez, el tradicionalista Víctor Pradera o Gabriel Maura, conde de la Mortera, que se dejó seducir por el monarca. Primogénito y albacea de don Antonio, quien había fallecido en 1925, desempeñó un papel crucial en ese foro.[11]

La labor de los asambleístas consistió en animar algunas sesiones y, sobre todo, en elaborar un anteproyecto de Constitución. En su sección primera, encargada de este cometido, confluyeron representantes de las diversas derechas que avalaban a la dictadura, desde los escritores primorriveristas José María Pemán y Ramiro de Maeztu, que abogaban por un régimen autoritario tan nuevo como castizo, hasta el conservador Juan de la Cierva, proclive a preservar en lo esencial el texto de 1876. Dominaban el conjunto, no obstante, los legatarios del maurismo, como el mencionado Gabriel Maura y los también exministros Antonio Goicoechea o César Silió. Aquello recordaba al Gabinete mauro-ciervista que en 1919 había arropado a Alfonso XIII en el cerro de los Ángeles. Lo presidía José de Yanguas Messía, futuro embajador de España en la Roma de 1941. El dictador marcó muy pocas pautas a su trabajo: habría una sola cámara, que combinara el sufragio orgánico con el universal, y límites a la prerrogativa regia. De todas maneras, la mayoría de los comisionados participaba de una radical desconfianza hacia el parlamentarismo y ansiaba el fortalecimiento de la autoridad gubernamental. Dicho de otra forma, interpretaba lo ocurrido hasta 1923 como un caos inestable debido al excesivo poder del Legislativo sobre el Ejecutivo, algo que había que revertir. Una tesis no del todo coherente con las denuncias de fraude electoral inducido desde Gobernación, pero sí con los temores al incremento del control parlamentario en los últimos tiempos, a propósito de Annual. La cuestión era cómo apuntalar esa autoridad.

El borrador que destiló la sección proclamaba la intangible unidad nacional, con un solo idioma y una sola bandera, al tiempo que respetaba la oficialidad del catolicismo; atribuía la soberanía al Estado, «órgano permanente representativo de la nación», cuyos derechos prevalecían sobre los individuales; recortaba las facultades de unas Cortes semicorporativas y eximía a los ministros de responder ante ellas. Respecto a la monarquía, nadie la cuestionaba, por supuesto, aunque tampoco abundaran entre los ponentes las reflexiones teóricas sobre su calado. En sus escritos coetáneos, los cerebros del primorriverismo no pasaban de generalidades acerca de su consubstancial identidad con la historia española o de su carácter de fuerza unificadora y salvífica. El influyente Pemán recurría al concepto de Constitución interna, esgrimido en su día por Cánovas, para explicar sus

convicciones: «somos monárquicos porque España lo es», concluía. En el anteproyecto, el monarca compartía el poder legislativo y ejercía tanto el ejecutivo como el moderador, que armonizaba a los demás. El núcleo maurista no desconocía, dadas las amargas experiencias de su fundador, los abusos en que había incurrido Alfonso XIII, por lo que comenzó por proponer un Consejo del Reino que le asesorase y restringiera sus decisiones. Una institución que sonaba bien a quienes, amigos de los usos tradicionales, querían «poner al rey en consejo». Pero al avanzar las deliberaciones se sumó a ese órgano toda clase de competencias, a la vez que se salvaba la cuasi completa libertad del monarca, quien nombraba por ende a sus miembros más relevantes. En definitiva, la corona, favorecida por la obsesión autoritaria de reforzar al Gobierno, acabó por convertirse en el factor dominante.12

A lo largo del proceso, don Alfonso estuvo informado, aunque no despejó dudas y varió su dictamen sobre la conveniencia de alterar la Constitución. En palacio se recibían informes contradictorios. Por un lado, le animaban a recuperar su capacidad de nombrar y despedir sin trabas a los ministros, sometida en el viejo orden al veredicto parlamentario. Por otro, le advertían que el Consejo del Reino impondría limitaciones a la prerrogativa regia y que la pretensión de remplazar la ley de 1876 exacerbaría las pasiones. Contaba con la lealtad y el peso específico de Maura, quien encauzó el amejoramiento monárquico. Pero el mejor paladín de palacio en la sección era el antiguo datista Mariano de Silva, marqués de Santa Cruz, decano de la Grandeza y hermano del cortesano duque de Miranda, aquel diplomático de la oficina humanitaria y asistente viajero del rey, que lo elevó a mayordomo mayor y –muerto Viana– a sumiller de corps. Incorporado tarde a las tareas, Santa Cruz se opuso a eliminar el Senado y terminó, como Cierva, por votar en contra del anteproyecto. Ya en el verano de 1929, cuando se permitió la discusión abierta sobre el mismo, las izquierdas señalaron su naturaleza absolutista, poco más que un velo para cubrir a la camarilla real, y sólo el católico *El Debate* o el primista *La Nación* se atrevieron a defenderlo. Ni siquiera el dictador aceptaba el predominio de los poderes regios. Santa Cruz consideró en *El Sol* «que no e[ra] urgente ni necesario el traer a debate una nueva Constitución». El monarca, afectado quizá por la pérdida de su madre, pero consciente desde luego de las debilidades que aquejaban a la dictadura, se había decantado por esa misma opinión.13

Como otras aventuras autoritarias en la Europa de entreguerras, la de Primo de Rivera descubrió lo difícil que resultaba, una vez derribado el régimen existente, configurar otro de nuevo cuño. Animado por los tópicos quirúrgicos del regeneracionismo, se apresuró a prescindir de las Cortes. Después se metió en un embrollo preconstituyente, sin principios claros entre sus heterogéneos seguidores, más allá del rechazo al sistema liberal y del

mínimo común denominador de un españolismo monárquico, corporativo, católico y contrarrevolucionario. Mussolini tardó mucho más en cerrar el Parlamento y, cuando se lanzó a fabricar un Estado distinto, contaba con las energías transformadoras de un movimiento de aspiraciones totalitarias y con las masas encuadradas por la religión política fascista, obediente a su jefatura. Las monarquías dictatoriales que más se parecían a la española, cuyo impulso venía de arriba y no de abajo, sufrieron también una patente inestabilidad. Aunque no le gustara a Alfonso XIII, no se localizaban en Italia sino en los Balcanes. Por ejemplo, en el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, donde el mismo rey Alejandro I tomó las riendas en 1929 con el fin de clausurar un Parlamento agitado por contenciosos nacionalistas. Rebautizó el Estado como Yugoslavia e inspiró una Constitución que concentraba el poder en el Ejecutivo y redibujaba la administración en favor de la etnia serbia. Su asesinato, a manos de un terrorista croata, no devolvió la tranquilidad al país. De cualquier modo, en el grueso de las dictaduras europeas la gobernación y la supervivencia de los tronos dependían –y esto lo sabía bien don Alfonso– de la cohesión militar, el segundo talón de Aquiles de Primo de Rivera.[14]

CONSPIRADORES Y AGRAVIADOS

Junto a su falta de aptitud para alumbrar un marco constitucional propio, la dictadura sufrió la crecida acelerada de diversas oposiciones, que hallaron un aliado clave en los sectores descontentos del ejército. La victoria del golpe de 1923, convalidada por Alfonso XIII, había reabierto la caja de los truenos, pues legitimaba el empleo de la violencia, o de las amenazas armadas, con el fin de trastornar la situación política. Retornaban pues, con actualizaciones propias del siglo XX, las costumbres insurreccionales del XIX, arrinconadas –o por lo menos disminuidas– durante los casi cincuenta años de Restauración. Frente al monopolio del poder por parte de un solo grupo, los marginados buscaban cómplices en los cuarteles, para derribar al Gobierno o poner en solfa al monarca. Volvió a haber exiliados y las conspiraciones se acompasaban con manifiestos e incipientes revueltas callejeras, arenas donde los implicados pujaban por mostrar el patriotismo más puro, incompatible con las fanfarrias oficiales. Don Alfonso, que desde su juventud concebía la milicia como el principal sostén de su corona, siempre preocupado por sus fisuras internas, hubo de esforzarse para recoser heridas, con efectos más que negativos. Entre tanto, se disolvía su fe en el cirujano Primo de Rivera, que más que de hierro parecía ya de hojalata.

Los rumores de conjura empezaron a proliferar cuando se cumplía un año desde el pronunciamiento de Primo. Sus desavenencias con los mandos

coloniales, a cuenta de la retirada en Marruecos, filtraron el nombre del general Cavalcanti, nada menos que el flamante jefe de la casa militar del rey, como candidato a remplazarlo. En 1926 se abortó otra trama más hilvanada, que vinculaba a militares –como el responsabilista Aguilera o el incombustible Weyler– con civiles como el liberal conde de Romanones y el reformista Melquiades Álvarez. Los mismos políticos que habían recordado a Alfonso XIII su deber de reunir Cortes, para no violar la Constitución, le exigían ahora por la fuerza su plena vigencia. «El Ejército, con el pensamiento puesto en la Patria –afirmaba el manifiesto de los generales–, ha creído que se le imponía el deber de reintegrar al país en su normalidad jurídica constitucional». En reacción a este conato golpista, el dictador repartió multas a diestro y siniestro, con la singularidad de que no las calculó en función de las actividades delictivas de cada cual, sino de su patrimonio particular. Romanones tuvo que pagar la astronómica cifra de medio millón de pesetas. Peor parado salió Gregorio Marañón, que ni siquiera había intervenido en los hechos y, además de la sanción económica, sufrió un mes de cárcel. La cercanía de ambos a don Alfonso les valió de poco. Según un corresponsal del conde, «no se p[odía] esperar nada por ese lado, ni la amistad, ni el afecto, ni el agradecimiento». Más aún, el caso de Marañón sublimaba el encono dictatorial con los intelectuales críticos, que ya había clausurado el Ateneo de Madrid y desterrado a Miguel de Unamuno. Era sólo el comienzo.15

En realidad, el malestar más peligroso para la dictadura hervía en el mundo castrense, donde se reanudaron los rifirrafes entre peninsulares y africanistas, ligados a asuntos corporativos. Primo de Rivera había empezado por alinearse con los metropolitanos y junteros, pero abrazó luego las demandas del africanismo y eliminó la escala cerrada –es decir, el ascenso por antigüedad, no por méritos de guerra o por elección– que sobrevivía en cuerpos como la artillería. Sus miembros se sintieron heridos en sus señas de identidad y apelaron a su comandante supremo para revertir la orden y echar al culpable, a lo que el rey se negó. La mediación real tampoco convenció a Primo, quien aprovechó los incidentes posteriores para suspender a todos los jefes y oficiales del arma en septiembre de 1926. Don Alfonso suscribió esta tajante medida disciplinaria tras un traslado de urgencia desde San Sebastián hasta Madrid, a una velocidad muy superior a la exhibida ante el golpe tres años antes. En una carta conminatoria, Primo le contaba, asombrado, el argumento de uno de los insumisos: «que antes que monárquico y aún español es artillero y que sólo la dignidad del cuerpo le importa. ¡Están locos!». Dentro de la oficialidad se propagaba un lenguaje de regeneración patriótica y ciudadana, que reclamaba la superioridad del poder civil y unas Cortes auténticas. El monarca trató de arreglar el entuerto, con los buenos oficios del conde de los Villares, futuro estudioso del reinado, y de su amigote Perico

Díez de Rivera, marqués de Someruelos, ambos artilleros. Los ofendidos se reincorporaron a sus puestos, pero el mandoble del dictador había resquebrajado la autoridad regia sobre aquellos militares, salidos a menudo de la casta nobiliaria.16

La apuesta del rey y de su presidente por el ejército de África pudo constatarse con el restablecimiento de la Academia General Militar, que había existido a finales del Ochocientos y se recuperó en 1927. Con ella se quería igualar la formación básica de todos los oficiales, fueran del arma que fueran, en la misma tendencia unitaria que se seguía en los ascensos. Para dirigirla se eligió al antiguo jefe de la Legión y gentilhombre Francisco Franco, quien, al frente de un cuadro de profesores curtidos en Marruecos, implantó un programa educativo de impronta nacionalista y monárquica. Había aspirado a ubicar el centro en El Escorial, aunque luego hubo de hacerlo en el campo denominado de Alfonso XIII, en Zaragoza. Allí se impartían, más que saberes técnicos, enseñanzas morales: en el hermético ambiente de un internado, se cultivaban bondades como la obediencia, la austeridad, el compañerismo y la disposición a morir como héroes, tal y como ocurría en el protectorado. El españolismo dinástico encabezaba el decálogo que interiorizaban los caballeros cadetes, esbozos de hidalguía cristiana. En octubre de 1928, cuando se inauguró el primer curso, y tras una salve en el santuario del Pilar, Franco arengaba a los alumnos acerca de «vuestros entusiasmos, de vuestros futuros y voluntarios sacrificios, de vuestra disciplina, de la fidelidad inquebrantable a nuestro Rey y de vuestros anhelos por la grandeza de España». Nada podía satisfacer más a don Alfonso, que al visitar la escuela ratificó sus principios fundacionales.17

Las divisiones en las fuerzas armadas, donde se mezclaban agravios profesionales con fines políticos, incrementaron las expectativas de los opositores a la dictadura, que probaron a derribarla con más brío. Esta vez se puso por delante la jefatura de José Sánchez Guerra, quien preparó desde París un levantamiento con varias fuerzas comprometidas, incluidas algunas republicanas y hasta anarquistas, arietes artilleros y el capitán general de Valencia, en enero de 1929. Los conjurados ya no se conformaban con la mera vuelta atrás, sino que exigían unas Cortes constituyentes para marcar el rumbo. La precipitación de unos y el retraimiento de otros provocaron su fracaso. Pero, a raíz de esta intentona, el dictador recabó poderes extraordinarios y quiso disolver de nuevo el cuerpo de artillería. Acababa de morir doña María Cristina, contraria a que su hijo se implicara todavía más en el enredo primorriverista, y a Alfonso le costó una fuerte controversia con su Gobierno esa decisión. Pero la tomó, y acto seguido se marchó a reflexionar al pudridero. Aquellos oficiales, dolidos con la traición de su señor, se lanzaron a la militancia republicana. No ya el rey-soldado, también el soldado-rey,

protector de los militares, quedaba en entredicho.[18]

A la altura de 1929, el dictador tenía enfrente a una amplísima gama de enemigos políticos. Pese al fiasco de Valencia, su coraje elevó a Sánchez Guerra a la categoría de mártir, hasta que un consejo de guerra presidido por Federico Berenguer –el otrora golpista, hermano de quien ya era jefe de la casa militar palatina– lo absolvió. Con ello se transparentaba no sólo la mengua de apoyos castrenses a Primo, sino también la presumible postura del rey. Naufragó asimismo la inclusión en la Asamblea Nacional de los expresidentes del Consejo y de las Cortes. Los socialistas, que se habían beneficiado de la estructura corporativa montada para regular las relaciones laborales, bastante satisfechos con la represión de sus rivales anarcosindicalistas, tampoco quisieron entrar en los organismos políticos dictatoriales. El ala demócrata de Indalecio Prieto se imponía sobre la obrerista de Francisco Largo Caballero. Si Alfonso XIII había soñado en algún momento con atraer al socialismo español, o con un Gabinete laborista a la británica, tuvo que descartar semejante ilusión. Las filas republicanas, alicaídas antes del cuartelazo de 1923, se reorganizaban ahora en una alianza de viejos y nuevos militantes; mientras los nacionalistas catalanes se radicalizaban y también hacían sus pinitos subversivos. La desafección alcanzaba ya a sectores insospechados. La patronal se resentía del intervencionismo económico, que aún agradaba menos a los terratenientes, molestos con los impuestos sobre la propiedad. Entre ellos figuraba lo más granado de la aristocracia, algo que debió afectar al monarca. Hasta la Iglesia encontraba motivos para el recelo, pues la dictadura había preterido a sus sindicatos y se injería en los asuntos educativos, donde la enseñanza pública competía con la religiosa.

Precisamente, fue en la universidad donde explotó el conflicto callejero más agudo. Masificada gracias al crecimiento de las clases medias, se agitaba por la pugna entre los estudiantes católicos y los progresistas, en una versión ampliada de las luchas culturales que dieron lugar a la Ciudad Universitaria, al tiempo que se disolvía el clásico monarquismo del alumnado, tan devoto en los viajes regios y festivales de antaño. Los planes del ministro de Instrucción Pública, Eduardo Callejo, que reconocían los títulos emitidos por los institutos confesionales de Deusto y El Escorial, detonaron una revuelta que pronto adquirió tintes antidinásticos con la emergente Federación Universitaria Escolar (FUE). Las huelgas estudiantiles, en las que se daban mueras al rey, lo mismo destrozaban sus retratos que lo colgaban en efigie. Sus mensajes más hirientes tiraban de humor: le llamaban con sorna Alfonso el Sabio y en los muros del palacio real de Madrid apareció una pintada con el lema «Se alquila». En el cumpleaños regio se multiplicaron los letreros antialfonsinos. Nada semejante se había conocido a lo largo del reinado.

Perplejo al comprobar cómo se portaban los hijos rebeldes de las clases medias, y hasta los de la alta burguesía, el Gobierno destituyó a las autoridades académicas, ocupó las facultades y clausuró la mayoría en los primeros meses de 1929. Los dirigentes universitarios se comunicaban con Unamuno, a quien escribían que «nada importa este Borbón». Se solidarizó con ellos un centenar de profesores, algunos tan conocidos como Fernando de los Ríos –socialista– o José Ortega y Gasset, desengañado de su bienvenida a la dictadura. Los disturbios amenazaban con aguar la agenda internacional y las exposiciones de Barcelona y Sevilla, así que el Directorio reculó. No sólo reabrió las aulas, sino que también hubo de retirar el artículo clerical de la ley Callejo, pero eso tampoco calmó los ánimos. En enero de 1930, una imponente protesta, de alcance nacional e inequívoco sentido republicano, paralizó las universidades, irrecuperables ya para la monarquía.19

Todo se ponía en contra de Miguel Primo de Rivera. Bloqueada la reforma constitucional, roto el ejército y multiplicados los frentes de oposición, su dictadura tocaba fondo. Para empeorar la crisis, la economía española, que había disfrutado durante unos años de la bonanza mundial, daba síntomas de agotamiento. Tras varios ejercicios de gasto y deuda desbocados, la moneda se desplomaba. Pero el dictador no se iba así como así, sino que aún barajaba vagos planes para conservar su legado. Si quería acabar con aquella agonía, el rey debía despedirlo. Antes de que eso ocurriera, otro complot antiprimista implicó al infante don Carlos, Nino, capitán general de Andalucía, y su cuñado rehusó tomar medidas contra él. Al marqués de Estella, acorralado, se le ocurrió lanzar una consulta sobre su continuidad a los demás jefes militares, que respondieron con evasivas y poniéndose a las órdenes del monarca. Esta maniobra resultaba intolerable para don Alfonso, pues al incluir otra instancia decisoria ponía en duda la libérrima prerrogativa regia. Primo no tuvo más remedio que dimitir, con la sensación de que le habían tendido una trampa. Era el 28 de enero de 1930. En el manifiesto titulado «Al Pueblo y al Ejército», que había redactado el día 26 y nunca publicó, dejaba escrito que el soberano, cretino y falaz, poseído por un «mercantilismo hasta el grado más plebeyo», había alentado intrigas contra su Gobierno, por lo que se ofrecía a destronarlo: «con este Rey ni pudieron los antiguos políticos, ni podrían los futuros, si yo no completo mi obra despejando de este obstáculo la vida política española». Como tantos otros ministros, el presidente del Consejo que más había durado en tres décadas renegaba de Alfonso XIII.20

MAREA ANTIALFONSINA

De un día para otro, el monarca se vio con el timón en las manos, sin nadie

que le estorbase. Primo de Rivera, muy enfermo, falleció unas semanas más tarde en el París de los exiliados. Pero, ¿qué hacer con ese poder? De acuerdo con sus previsiones, y como le había recomendado Sánchez Guerra antes de su sonora ruptura, designó presidente a un hombre que no producía demasiados rechazos y trabajaba a su vera: Dámaso Berenguer, conde de Xauen y jefe de su casa militar. Africanista condenado, contaba no obstante con la ventaja de haber disentido, con sordina eso sí, de la dictadura. Y, sobre todo, era fiel a don Alfonso y haría lo que le ordenara. Según contó en sus memorias, el elegido apenas había hablado de política con su señor, pero aceptó el encargo por no dejarle desprotegido: «le veía solo ante aquellas grandes dificultades; abandonado de unos; distanciado de otros». No sin cosechar algunos noes, reunió a un puñado de militares, palatinos y conservadores de confianza, dispuestos a cooperar en la tarea encomendada: recuperar con calma las libertades, permitir la recomposición de las fuerzas monárquicas y, por último, convocar elecciones a unas Cortes que exoneraran al rey de toda culpa. Borrón y cuenta nueva. Alfonso XIII decidía, por fin, retornar al orden de 1876, aunque esta vez le falló su olfato político. No supo calibrar la pérdida de legitimidad que acarreaba para el trono su connivencia con el dictador, que hacía poco creíble su súbito constitucionalismo. Sin orientación, superado por la rapidez de los acontecimientos, perdió la iniciativa.[21]

Bastó que se autorizaran unos cuantos actos políticos, tamizados por la censura de prensa, para que manaran incontenibles los posicionamientos contra la monarquía, o como mínimo contra el rey: promotor y baluarte de la tiranía, era inhábil para encabezar una salida constitucional, no digamos ya la transición a la democracia. Una carrera en la que tomaron ventaja los adalides del liberalismo, con discursos muy esperados. En el más célebre, Sánchez Guerra constató que, a diferencia de lo ocurrido con la virtuosa regente, ahora la corona perdía adeptos porque su titular había escarnecido la Constitución. Al romper su juramento de 1902, el monarca había perdido su irresponsabilidad y la confianza de hombres como él. Para redondear este alegato, justificado en nombre de España, recurrió a unos versos decimonónicos: «no más servir a señores,/que en gusanos se convierten». El estupor del público dio paso a ovaciones, mueras al rey y banderas rojas en las calles. Por muy arcaicas que sonaran, esas palabras de su antiguo primer ministro descalificaban de manera pública y completa a Alfonso XIII. A este mazazo simbólico siguieron otros, aún más audaces, como el de Niceto Alcalá-Zamora, miembro del último Gabinete liberal, que se decantó por una república conservadora. Descartado don Alfonso, a quien el florido orador llamaba «corcel del impulso absolutista», los adeptos al régimen parlamentario no hallaban otra solución. Melquiades Álvarez, representante

de un grupo denominado constitucionalista, abogó por unas Cortes constituyentes.[22]

Otra vuelta de tuerca dio el socialista Indalecio Prieto, quien retomó su papel de fustigador del monarca y le atacó en términos sensacionales. A su juicio, debían depurarse no sólo las responsabilidades políticas por Annual y por el golpe de 1923, sino también las corruptelas acumuladas bajo la dictadura, en las que estaba igualmente enfangado Alfonso XIII: amante del absolutismo, había patrocinado una «época de latrocinios», de monopolios y adjudicaciones dudosas, y se había lucrado con ellos. A partir de las investigaciones de Eduardo Ortega y Gasset y del jurista Quintiliano Saldaña, que aludían a la corrupción regia, Prieto analizaba por ejemplo la línea ferroviaria Ontaneda-Calatayud (o Santander-Mediterráneo), un proyecto inútil que había sido subvencionado y concedido a una compañía donde figuraban un primo de la reina y el secretario del infante Fernando de Baviera. Las acciones liberadas regaban las voluntades reales. Ante estas y otras infamias, decía el socialista, los patriotas exigían un movimiento revolucionario y transversal contra la monarquía. Para colmo, aquellos negocios turbios habían beneficiado a empresas extranjeras: «Y yo digo que España, ¡mi España! –clamaba–, no puede tolerar que bávaros, ingleses y yanquis, con sangre real o sin ella, tomen a España por una colonia de negros». El impacto fue mayúsculo, pues el fiscal no pudo evitar que las incriminaciones circularan. A juicio de Romanones, «la acusación contra el rey, de una violencia extrema, es de las que llegan. La Monarquía más firme no resistiría a una campaña prolongada de esta clase».[23]

Al mismo tiempo, el monarquismo comenzó a movilizarse. No era una misión sencilla, pues estaba dividido en varias facciones enfrentadas: por una parte, la heredera de la dictadura, que transformó los restos de la Unión Patriótica en una Unión Monárquica Nacional de perfil autoritario; por otra, las de obediencia constitucional, compuestas por los conservadores de derecha dirigidos por el conde de Bugallal, que copaban el Gobierno Berenguer, y por los liberales que se habían mantenido fuera, con el infatigable Romanones al frente, más algunas personalidades centristas en retaguardia. Sin embargo, las andanadas contra Alfonso XIII lograron reunir el 20 de abril, domingo de Resurrección, un mitin multitudinario en la inacabada plaza de toros monumental de Madrid, donde unas 28.000 personas escucharon a oradores autoritarios y conservadores. Adornaban el ruedo banderas nacionales y carteles con vivas a España y al rey, que pudo seguir el acto desde Sevilla. Porque lo que unía a todos ellos era esa amalgama españolista, que no concebía a la patria sin una institución que la había forjado y conducido a la gesta americana. Se citaron, claro está, los Reyes Católicos y el ansiado viaje del soberano a ultramar. Don Alfonso merecía el amor de los españoles, como

«símbolo y honor de la Raza», aseguraba Tomás Morillo, de un fantasmal Partido Socialista Monárquico; y enfrente sólo tenía a agitadores que Antonio Goicochea despreciaba con un deje clasista, pues eran como «criados que, al ser despedidos, propagan supuestas flaquezas del amo». El trono se levantaba como garantía del orden, la propiedad y la religión.

En este y en otros actos de afirmación monárquica confluían autoridades, nobles, gentes de las letras y las artes –de Rodríguez Marín a Benlliure– y la amplísima panoplia asociativa del catolicismo. Por supuesto, la Unión de Damas Españolas, que recogió firmas y rogativas por el rey, los sindicatos y la Acción Católica. Y el episcopado, volcado con quien debía «salvar así al mundo moderno, que declina hacia la barbarie», en opinión del arzobispo de Santiago. Pero don Alfonso se daba perfecta cuenta de las insuficiencias de estos alientos derechistas y aspiraba a sumar al menos a los liberales con dudas, incluso al catalanismo moderado, para lo cual cortejó tanto a Santiago Alba como a Francesc Cambó, dos notables con los que había chocado pero a quienes reconocía grandes aptitudes. Lo llamativo era que ambos, viejos enemigos en el pleito catalanista, andaban ahora de acuerdo: para evitar el desbarre revolucionario, darían una última oportunidad a Alfonso XIII, a cambio de que se abstuviese de intervenir en los asuntos gubernamentales y aceptara una reforma que lo convirtiese en un verdadero monarca parlamentario. Es decir, en aquello que nunca había querido ser: un rey a la inglesa o a la belga. Ambos se entrevistaron con él, durante los meses de junio y julio de 1930, fuera de España, Alba en París y Cambó en Londres. En hoteles y no en las embajadas españolas, una cierta humillación para el monarca, que reconocía su debilidad y se mostró conforme con sus exigencias. Alba se resarcía de la persecución a la que le había sometido la dictadura y se preparaba para formar, sin prisas, un Gabinete de izquierdas; Cambó, convaleciente de una grave operación, cedía el paso a Alba para que resolviese con tranquilidad la cuestión catalana. La falta de asistencias izquierdistas le impidió seguir adelante.[24]

Los republicanos respondieron a estas maniobras con una coalición aún más amplia, que formaron en agosto correligionarios de todos los matices, incluso los nacionalistas antimonárquicos catalanes, después de asegurarse una futura autonomía. Faltaban los socialistas, a los que atrajeron más tarde con la ayuda de Prieto. Para dar la réplica a la manifestación dinástica de abril, en septiembre pudieron celebrar un mitin donde explicaron un concepto muy distinto de nación. Esta vez fue en la vieja plaza de toros madrileña, ante unos 20.000 espectadores, pues otros tantos no pudieron entrar. Oficiaron representantes de varias regiones, de federales, radicales y radical-socialistas, también de los recién llegados a aquella fe democrática, que no se explayaron sobre las glorias pretéritas de la época áurea sino acerca de un brillante

porvenir sin reyes. A diferencia de 1909 o 1917, la izquierda ya no se dirigía al monarca. Según Manuel Azaña, antiguo reformista y fundador de Acción Republicana, el partido que aspiraba a recoger a las nuevas clases medias y profesionales, «el 13 de septiembre de 1923, la monarquía se suicidó» al imponer un despotismo inmoral. La patria, concebida como una comunidad de ciudadanos, no de esclavos o vasallos, estaba en ruinas. «No se trata de un problema de gobierno –decía el radical Alejandro Lerroux–. Se trata de que haya o no haya España». Para redimirla hacía falta imponer la voluntad nacional, como en una convención al estilo de la francesa de 1789. Aunque los intervinientes hablaban de una república burguesa que sería de todos, no renunciaban a una revolución en la que el pueblo español señalara al monarca la senda del destierro. «¡Abajo los tiranos!», remachaba Azaña.25

Desde luego, en aquellos meses frenéticos crecía la marea republicana, o al menos la antialfonsina, revelada a través de diversos síntomas. Se multiplicaban los actos políticos y las movilizaciones de los estudiantes de izquierdas, en absoluto apaciguados por la desescalada gubernamental. Lo mismo recibían en masa al maestro Unamuno, retornado para reiterar sus razones frente al trono, que peleaban junto a los sindicalistas contra el «ladrón coronado». José Ortega, en sintonía con la FUE, terminó por decretar en un famoso artículo su *Delenda est Monarchia*: el régimen se limitaba a salir del paso, pero los indignados españoles se aprestaban a reconstruir un Estado que ya no existía. Asomaban enemigos de palacio en academias y colegios de abogados o médicos, también entre los funcionarios. Los niños jugaban a republicanos y monárquicos. Alfonso XIII parecía no ya un autócrata mentiroso, sino un bufón risible, al que el alumnado universitario motejaba de *Gutiérrez*, como el personaje de una popular revista de humor absurdo. Hacía tiempo que también se le aplicaban otros apodos, como *Llapisera*, por un torero cómico al que se daba un aire. Es decir, se le había perdido el respeto: el aura regia, resquebrajada ya por los desterrados, se pulverizaba en las algaradas callejeras de las ciudades españolas, sobre todo entre las nuevas generaciones.

Mientras tanto, una oleada de publicaciones rememoraba episodios de la historia de España, no los imperiales sino los que habían sublevado a liberales y demócratas contra los incorregibles Borbones. Como el mítico general Rafael del Riego, capaz de doblegar a Fernando VII para reponer la Constitución de Cádiz, o los revolucionarios de 1868 que, al grito de «¡Viva España con honra!», habían expulsado del país a Isabel II. A finales de 1930, los herederos del progresismo ochocentista recurrían a sus mismos métodos para echar al bisnieto y nieto de los anteriores, mediante otra conspiración cívico-militar que, ahora sí, debía acompañarse de una huelga general obrera. La intentona, precipitada por jóvenes oficiales en Jaca, ciudad del Pirineo

aragonés, fue aplastada pero dio dos mártires a la causa republicana: los capitanes de infantería Fermín Galán, héroe de la Legión, y Ángel García Hernández, ambos fusilados. El celebérrimo aviador Ramón Franco se sublevó en Madrid y sobrevoló el palacio real, aunque no se atrevió a bombardearlo, para después expatriarse. La huelga prevista nunca se produjo y los miembros del llamado Gobierno provisional de la república, compuesto por republicanos y socialistas, dieron con sus huesos en la cárcel.[26]

LA DERROTA FINAL

El ministerio Berenguer, ajeno a las urgencias del momento, recorría la senda de la normalización con una lentitud desesperante. Su principal propósito, aparte de garantizar la paz pública, consistía en preparar unas elecciones a Cortes ordinarias, para lo cual recurrió a los clásicos métodos caciquiles, que debían asegurarle una mayoría adicta: procuró la vuelta de los ayuntamientos anteriores a 1923 y orquestó un encasillado mediante negociaciones de los gobernadores con los primates monárquicos de cada provincia. El rey toleró estos retrasos y manejos, en la confianza de que le favorecían. Pero a las oposiciones no les causaba la menor gracia la perspectiva de un Parlamento conservador. Cuando a comienzos de 1931 se anunciaron los comicios, sus partidos anunciaron uno tras otro su retraimiento, de los socialistas al albismo. Los otros liberales dinásticos sólo participarían para pedir las constituyentes. Sin concurrencia, la votación resultaba inviable.

Cayó pues Berenguer y a Alfonso XIII se le acababan las bazas: Cambó volvió a recomendar a Alba y Alba rehusó, así que acudió a Sánchez Guerra, quien se tragó su orgullo para dar con una fórmula constitucionalista. El rey se marchó a orar al pudridero. Pero el político, en un gesto explosivo, acudió a buscar ayuda a la prisión madrileña donde se hallaban los dirigentes republicanos y socialistas, que, con el viento en popa, se la negaron. Luego el monarca insistió en que figurasen en el Gabinete los jefes liberales, mientras los tanteos con el enemigo indignaban a los monárquicos. Finalmente se compuso un Gobierno nacional, versión demediada del de 1918, presidido por el almirante Juan Bautista Aznar y con el artillero alfonsino marqués de Hoyos en Gobernación. Los dos cargos más importantes se adjudicaban a militares sin apenas influencia política, aceptables porque parecían inofensivos. Junto a ellos estaban Romanones, hombre fuerte de la situación, el resucitado García Prieto, Bugallal, Maura, Cierva, un albista y un *lligaire*. Este equipo ministerial abrió un plan escalonado de citas electorales: primero las municipales, luego las provinciales y por último las generales.[27]

La larga campaña de las municipales, previstas para el 12 de abril, se

substanció en un plebiscito entre monarquía y república, aceptado por casi todos y detonante de una extrema tensión movilizadora. A finales de febrero, miles de personas acudieron a El Escorial a honrar la memoria de doña María Cristina en el segundo aniversario de su muerte. Con ese fin se fletaron un tren especial y cientos de automóviles, un gentío que al regresar a Madrid pasó por palacio para expresar sus condolencias. En su llamamiento, los organizadores recordaron el patriotismo del monarca, que había perdonado sus ofensas a Sánchez Guerra, y la presencia espiritual de la reina madre en la feliz salida de la crisis. Su halo mostraba «que la salvación de nuestra Patria está en la Religión y la Monarquía». Los dinásticos se unieron en muchas ciudades, pese a su heterogeneidad, y, dominados por los elementos autoritarios y católicos, lanzaron advertencias apocalípticas: había que defender la civilización cristiana frente al comunismo. La corona se presentaba como una fortaleza contrarrevolucionaria, una línea argumental que había seguido desde 1917 y que ahora era difícil de trocar por mensajes integradores. Por ejemplo, el duque de Canalejas –hijo del estadista liberal-demócrata– se destacó en la descripción de una república que profanaría las tumbas y convertiría las catedrales en garajes.

Los republicanos, en cambio, aprovecharon el consejo de guerra por el levantamiento de diciembre para reivindicarse como patriotas rebeldes frente a un poder ilegítimo. Sus encausados se vieron enseguida en libertad. Los discursos que salpicaban sus actos abundaron en las traiciones cometidas por Alfonso XIII, entre retratos de Galán y García Hernández –a quienes no había indultado– y pasquines que vinculaban «Annual» o las «Responsabilidades» con el «Ferrocarril Ontaneda-Calatayud». Los hitos del rey felón. Los socialistas, que disponían de los efectivos más numerosos, no se salían del guion republicano, mientras el anarquismo arropaba las candidaturas de la conjunción de izquierdas. Ambos bandos retomaron el mito del Dos de Mayo de 1808 para llamar a la lucha nacional: en un caso, la barbarie de los soviéticos remplazaba a la de las tropas napoleónicas; en el otro, los Borbones se comportaban como entonces y abrían la puerta al caos, en contraste con el civismo que traería la república.[28]

Aquellas circunstancias excepcionales no variaron la agenda de la familia real. La animación monárquica hizo que los reyes disfrutaran de algunas pruebas de su popularidad, desde el santo de don Alfonso, más concurrido que nunca, hasta el recibimiento entusiasta de doña Victoria, a su regreso de un viaje a Londres. La Semana Santa, entre el 29 de marzo y el 5 de abril, se solemnizó en la corte con la pompa acostumbrada: hubo capillas públicas, procesiones y misas, lavatorio de pies a los pobres e indultos a reos de muerte. Nada podía contrastar más con los mítines republicanos de aquellos días. El domingo de Pascua se aplicó el artículo 29 de la ley electoral, que consideraba

elegidos a los candidatos sin competencia en sus circunscripciones. El abrumador número de concejales monárquicos seleccionados, en su mayoría de municipios rurales, confirmó al monarquismo sus buenas vibraciones. Algunos dinásticos sugirieron una manera interesada de interpretar el escrutinio: ganaría quien obtuviera más actas, aunque eso supusiese equiparar las de pequeños ayuntamientos, que requerían un puñado de votos, con las de los núcleos más poblados. En aquellas semanas, el monarca se separó a veces de estas expectativas para confesar sin tapujos su inquietud.

El 12 de abril de 1931 se celebraron por fin las elecciones. Conforme llegaban los resultados, el ánimo de los ministros se hundía: los republicanos triunfaban en el grueso de las capitales de provincia –45 de 52– y en las mayores poblaciones. Hasta en el distrito de palacio de Madrid, donde vivían muchos servidores de la corona. Fue un golpe psicológico definitivo, pues casi nadie lo esperaba. Desde el comienzo predominaron las actitudes pesimistas, encabezadas por Maura y Romanones, quien ya el día 13 dio ante el rey un diagnóstico negativo. Fuera cual fuera el número de concejales de uno y otro bando, allí donde los votos eran más abundantes y auténticos la monarquía había sufrido una severa derrota. Se plantearon entonces varias alternativas: desde un Gabinete que llamara a Cortes constituyentes, al que don Alfonso transferiría sus poderes, hasta una abdicación, algo que el monarca ya había pensado en meses anteriores. Las dificultades de una renuncia que salvara el trono eran evidentes, pues con el príncipe de Asturias –hemofílico– y con el segundón don Jaime –sordo– no cabía contar, pero tampoco surgió el nombre del tercer hijo varón, don Juan, sano y con diecisiete años cumplidos, aunque se mencionó al infante don Carlos y un consejo de regencia. Entre tanto, los mandos militares –como Sanjurjo, director de la crucial Guardia Civil y más afecto al difunto Primo de Rivera que al monarca– evitaban comprometerse con el régimen establecido. En esas condiciones, ni siquiera Francisco Franco o Millán-Astray se atrevían a actuar. Hubo una tardía oferta de Cavalcanti –la impulsiva caballería– para defender al rey. Pero en general, de acuerdo con las instrucciones ministeriales y con temor a una posible fragmentación interna, el ejército no se movió, lo cual dejaba pocos resquicios al numantinismo.

Era el final. Por encargo del rey, el conde de Romanones trató de negociar un arreglo el 14 de abril con el comité republicano-socialista, pero su presidente –un antiguo subordinado, Alcalá-Zamora– exigió la partida inmediata del soberano. La revolución estaba en marcha y no había nada más que hablar. La república se proclamaba en Éibar, en Barcelona, unas horas después en Madrid y en otros puntos, donde se vivía una fiesta multitudinaria. El abatido Alfonso, sin hacer caso a quienes le aconsejaban resistir –una minoría, con Cierva de portavoz–, ya había decidido irse, aunque pensaba en una ausencia temporal. Esa misma noche se despidió a toda velocidad, con

una entereza que sólo zozobró en palacio al pasar junto a un retrato de la reina madre, y escapó en automóvil rumbo al puerto de Cartagena, para subir a un barco y alcanzar Marsella. Al día siguiente, la reina y sus hijos tomaban un tren en la estación de El Escorial, cerca del monasterio, y se encaminaban a la frontera francesa. Cuando un año antes se discutía el remplazo de Primo de Rivera, Romanones había escrito al general Berenguer que Alfonso XIII tenía que elegir entre ser Jorge V del Reino Unido o Fernando I de Bulgaria. Es decir, un respetado monarca parlamentario o un zar forzado a abdicar y exiliarse. Aunque no hubo abandono formal, había acabado como el segundo. En su mensaje de adiós, el rey patriota confesaba que había perdido el amor de su pueblo y lanzó una justificación dramática: se iba, hasta que los españoles decidiesen otra cosa, para no provocar una guerra civil. Tal vez había errado, reconocía, pero nadie podía discutirle su pasión por España.29

---

1. Panfleto titulado *Ideales del cuerpo de artillería* (1926), en AR L28/52.

2. «Where Dream meets Reality. Don Alfonso XIII, King of Spain, by Princess Marthe Bibesco», RB II/4061 (20), cita en p. 68. Tusell y García (2001), pp. 570-571. El *affaire*, en Diesbach (1986); viaje de los reyes a Londres, en julio de 1920, en AGP Cª 16234/3.

3. *La Época* y *La Voz*, 6.2.1929. *Abc*, 7-9.2 y 7.3.1929 (cita, del doctor Petinto). Visitas del rey a El Escorial, en *Abc*, 20.2.1929, y *La Época*, 7.3.1929.

4. *Abc*, 1.3.1929. Paraíso a Prast, s.f., Altamira, s.f., y Dimas a Grove, 15.2.1929, en AGP Cª 12407/1. Cita en Visitación Argumano (?) al rey, 19.2.1929, en AGP Cª 12408/1. También, Cª 15884/16.

5. *El Imparcial*, 8.2.1929. *El Universo*, 22.2.1929. Cita, en «Manifiesto de la Junta Nacional para erigir el Monumento a S.M. la Reina María Cristina», AGP Cª 12424/25. Suscripción, en Cª 15884/17. RO 5.3.1929. Cita, en Pérez-Villanueva (2018), p. 30.

6. AGP Cª 12407/1. Moreno Seco (2009). Cita, en *La Época*, 9.2.1929. Rafael Comenge, «Reina y santa», *Abc*, 14.3.1929; el rey agradeció este artículo a su autor. Cita de Primo, en *La Vanguardia*, 21.5.1929.

7. *Heraldo de Madrid*, 6-7 y 17.2.1929. *El Liberal*, 7 y 17.2.1929. Luis de Zulueta, «Medio siglo de historia de España», *El Sol*, 9.2.1929. Cierva (1955), p. 298.

8. Grove, en *Abc*, 8.3.1929. Palacios y Primo (2016), pp. 89-94. Noel (1984, 1989), pp. 204-205. Varela (1990), pp. 163-176. Citas, en Cortés-Cavanillas (1966), pp. 228 y 370. También Almagro (1946), p. 197; y Petrie (1965, 1967), pp. 232-233.

9. La fijación anticomunista, por ejemplo en ANR L11/8916, 23.6.1925. Ben-Ami (1983, 2012). Gómez-Navarro (1991), p. 139-141. La política exterior, en Sueiro (1993), cita en Avilés (2017), p. 75. El rey a Jorge V, 9.6.1926, AGP SP 701. Citas en «Manifestaciones del marqués de Estella en el expreso Algeciras-Madrid» (1925), AR L2/31. «Gozque» significa perro.

10. Cita en «Una declaración. Habla el señor Sánchez Guerra», *La Época*, 7.5.1925. Martorell (2011a), pp. 373-382. Seco Serrano (1986, 1998), pp. 337-350.

11. Gómez-Navarro (1991), pp. 137, 146 y 287. Sainz (1978), pp. 91-92.

12. García Canales (1980), cita en p. 236. Álvarez Chillida (1996a) y (1996b). Cita en Pemán

(1929), p. 319.

13. García Canales (1980). «Memoria acerca de la organización del Gobierno y de sus relaciones con las Cortes, en el nuevo régimen», s.f., AGP Cª 15601/18; y escrito encabezado por Ángel Ossorio, 23.7.1929, Cª 15601/16. Cita de Santa Cruz, en *El Sol*, 20.7.1929.

14. Ben-Ami (1983, 2012), pp. 73-78. Lyttleton (1973). Gentile (1993, 2007).

15. Cita del manifiesto, en Marco (1930, 1975), p. 59. Cita, en Carlos de Ascain a Romanones, 11.7.1926, AR L53/6. Más detalles, en Moreno Luzón (1998), pp. 408-411.

16. Gómez-Navarro (1991) y (2003). Tusell y García (2001), pp. 518-526, cita en p. 521. Véase también AR L28/52.

17. Blanco (1989), cita en p. 112. María (2020b).

18. Martorell (2011a), pp. 403-425. El pudridero, en Cortés-Cavanillas (1966), p. 228; y *Abc*, 20.2.1929.

19. Ben-Ami (1983, 2012), pp. 289 y ss., y (1978, 1990), pp. 93-108. González Calleja (1999), pp. 426-440. López-Rey (1930), pp. 119 y 147.

20. Quiroga (2022), pp. 233-271. Cita en Bonilla (2016), p. 83.

21. Berenguer (1946, 1975), cita en p. 34.

22. Guzmán (1973), pp. 163-183 y 223-227, citas en pp.178 y 226. Martorell (2011a), pp. 427-441.

23. Ortega (1925), p. 300. Saldaña (1930), pp. 198 y ss. Indalecio Prieto, «El momento político» (1930), en Prieto (1990), 2, pp. 155-177, cita en p. 168. Romanones a Alba, 27.4.1930, citada en García Venero (1963), p. 283.

24. AGP Cª 15591/1. Citas en *Abc*, 22.4.1930. Léon Rollin, «El pensamiento político de don Santiago Alba. Una entrevista con Alfonso XIII», AA 4/56-5. Riquer (2013), pp. 161-167 y 202-217.

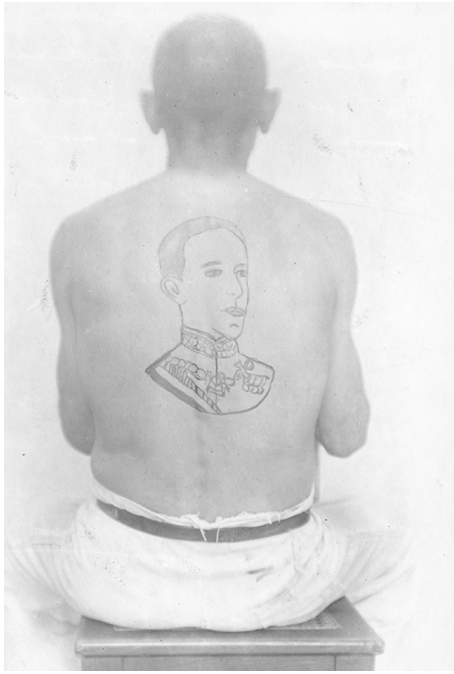
25. *La Voz*, 29.9.1930 (cita de Lerroux). *El Liberal*, 30.9.1930. La versión no censurada del discurso de Azaña, en (2007), pp. 991-995 (citas en pp. 992 y 995).

26. Ben-Ami (1978, 1990), pp. 88-90, 110-117 y 172-174. José Ortega y Gasset, «El error Berenguer» (15.11.1930), en Ortega (2004), 4, pp. 760-764. Maura y Fernández Almagro (1948), p. 379. Guzmán (1973), pp. 429 y ss.

27. Tusell (1995). Tusell y García (2001), pp. 622 y ss. El pudridero, en *Abc*, 17.2.1931.

28. Ben-Ami (1978, 1990), pp. 311-333. *Abc*, 25 (cita) y 27.2.1931. *La Libertad*, 7.4.1931.

29. *El Sol* y *Abc*, 29.3-6.4.1931. Romanones (1928-1947, 1999), pp. 497-523. Cierva (1955), pp. 359-376; tentaciones de abdicar, en p. 324. La madre, en Baviera y Chapman-Huston (1959, 1975), p. 264. Romanones a Berenguer, 27.1.1930, en Berenguer (1946, 1975), p. 34. Pabón (1963). Cruz (2014), pp. 74 y ss.



Hombre posando sentado, de espaldas, mostrando su torso desnudo con un tatuaje del retrato de Alfonso XIII (ca. 1915). Foto de autor desconocido. © Patrimonio Nacional.

Epílogo

¿dónde vas, señor gutiérrez,
dónde vas, triste de ti?...[1]

NO SE HA IDO, LO HEMOS ECHADO

El escritor Josep Pla, corresponsal del diario catalanista *La Veu de Catalunya*, llegó a Madrid la mañana del 14 de abril de 1931. Pasó por su hotel y se dedicó a callejear, a leer los periódicos y a hablar con sus conocidos para informarse de la situación política. Esa misma tarde percibió un súbito cambio de ambiente, cuando, tras el izado de la bandera republicana en Correos, una espontánea multitud se dirigió a la Puerta del Sol, epicentro de la vida madrileña. Proliferaban los estandartes tricolores, los himnos progresistas y los abrazos fraternos entre quienes celebraban la victoria en marcha. Pero lo que más llamó la atención al observador fue la rapidez con que desaparecían los símbolos monárquicos del paisaje capitalino. Comercios que proveían a la Real Casa, teatros o restaurantes ocultaban las insignias y nombres comprometedores. El Hotel Príncipe de Asturias se convirtió en Hotel Asturias, gracias a una providencial enseña republicana que tapó parte de su rótulo. La ciudad trasnochadora prolongó el jolgorio y, huido el rey, los golfillos trataban de escalar las paredes de su palacio. Al día siguiente, declarado fiesta nacional por el Gobierno de la república, la gente irrumpía en la Casa de Campo –el parque palatino– y se esfumaban coronas y escudos. La alegría del pueblo, razonaba Pla, barría de golpe un régimen que se creía sólido, ante la indiferencia de la aristocracia y del ejército. Una versión incruenta del febrero ruso de 1917, vieja pesadilla de Alfonso XIII, se había hecho realidad.[2]

Tanto Madrid como otras localidades se vieron invadidas por una especie de *damnatio memoriae*, de condena al olvido antimonárquica, durante aquellas jornadas de euforia. Como había ocurrido en otras revoluciones anteriores, sin ir más lejos en la española de 1868. La iconoclastia transgresora afectó en la capital a la estatua de Isabel II, ubicada a espaldas del Teatro Real, que fue derribada con cuerdas y arrastrada hasta la Puerta del Sol. Se dijo también que los manifestantes la habían conducido al convento de las Arrepentidas. Algo parecido quisieron hacer con la ecuestre de Felipe III, erigida en la Plaza Mayor, aunque sólo lograron tirarla y destrozarla a

martillazos, porque pesaba demasiado para el traslado. *El Liberal* pidió que no continuara semejante conducta, pues en la plaza de Oriente peligraba la magnífica escultura de Felipe IV, diseñada por «nuestro glorioso pintor Velázquez», que sólo cubrieron con una bandera roja. Nadie tocó, que se supiera, el monumento a Alfonso XII del Retiro, mientras los bomberos instalaban carteles en el real palacio para que el pueblo respetase lo que era suyo. En Sevilla sucumbió la efigie de la infanta María Luisa de Borbón, hermana de la reina Isabel y donante del parque donde se había instalado la exposición. Los rótulos de calles con connotaciones dinásticas se desmontaron en numerosas poblaciones, sustituidos con nombres que aludían a la república o a sus héroes. En varios sitios se representaron entierros figurados de la monarquía, con ataúdes, hachones, deudos de luto y rogativas jocosas. Uno se abrió paso en plena Puerta del Sol, atestada de gente. Según *El Siglo Futuro*, de la masa se destacaban esos días muchachas que proferían frases injuriosas, y de gran crudeza, contra las instituciones.

Como era previsible, las demostraciones republicanas la tomaron con Alfonso XIII. Sus retratos fueron retirados de los edificios públicos, algunos defenestrados y rotos o quemados sin contemplaciones. En Coruña, el del ayuntamiento fue apuñalado y quizás hasta mordido, en Barcelona se tiró uno en el que vestía el manto de las órdenes militares y se bailaron sardanas alrededor de su hoguera. Aprovechando la animación madrileña, un sosias del monarca se paseaba con maletas, de acá para allá, y recibía denuestos de la concurrencia. Las coplillas que se cantaban no lo dejaban en buen lugar –«Venimos de Valencia, hermosa población, para decirle a Alfonso que es un cacho…melón»– o festejaban su partida, forzada por el pueblo: «¡No se ha ido, que lo hemos echado!, o «¡Ya se fue. Ya se fue!». También le tachaban de corrupto: «Alirón, alirón, Alfonsito es un ladrón!». Una vez posesionado del poder, el nuevo ministerio tomó otras medidas para materializar el destronamiento, como expulsar la imagen regia de las aulas escolares o estampillar el papel moneda emitido en sus bodas de plata con un sello que, impreso sobre su cara, decía: República Española. De inmediato cambió, por añadidura, la bandera oficial: la rojigualda, después de un siglo de plena vigencia y variados usos sociales, perdió su carácter consensuado como enseña nacional, puesto que los vencedores de 1931 la consideraban sólo un emblema monárquico. Se remplazó por la tricolor, que añadía el morado comunero a los dos tonos tradicionales y hasta ese momento se había tenido por el signo exclusivo de los partidos republicanos. La implicación política de la corona había desnacionalizado, hasta cierto punto, el principal símbolo de España.[3]

El vértigo presidió aquellos acontecimientos, una explosión que nadie se explicaba del todo. Los cambios socioeconómicos que la habían propiciado –

el desarrollo de la población urbana, de las clases medias y obreras que adoptaron posturas antidinásticas– venían de lejos. La dictadura había echado en brazos de la república a quienes aspiraban a instaurar un sistema democrático, siquiera como paso previo al socialismo, y la «dictablanda» posterior no acertó con el camino hacia un régimen representativo. El castigo al desprestigiado rey debió motivar a muchos votantes. Pero la apoteosis de abril pilló desprevenida a la mayoría de los actores políticos y, en forma de muchedumbres echadas a la calle, marcó el desenlace: alentó al comité revolucionario a extremar sus exigencias y desinfló al mismo tiempo las tentaciones monárquicas de declarar el estado de guerra, esa militarización del orden público que don Alfonso aún esperaba, al parecer, cuando arribó a Cartagena. Los discursos y símbolos republicanos que se desplegaron en aquellos momentos trazaban un concepto de nación muy diferente del que había cultivado la monarquía en sus últimos quince años, basado en la tradición católica, la nostalgia imperial y la uniformidad étnica. Para el patriotismo republicano, el virtuoso pueblo constituía el meollo nacional y se enfrentaba a las élites oligárquicas, capitaneadas por el rey, que le impedían el ejercicio de su soberanía. Es decir, aspiraba a transformar España en una comunidad de ciudadanos conscientes, y de regiones autónomas con culturas propias, planes que tampoco estaban libres de exclusivismos y coacciones.[4]

Pasados los días festivos, sobre don Alfonso siguió lloviendo una catarata de acusaciones. Pocos medios culturales reflejaron mejor ese ambiente que las caricaturas de la prensa de izquierdas, desatada contra el caído. Lo dibujaban, por ejemplo, moviendo fichas en el casino de Deauville. *La Traca*, un semanario irreverente que recogía el legado argumental de Blasco Ibáñez, fallecido en 1928, volvió a publicarse en abril de 1931. En su primera portada, el *exrey* aparecía con su inconfundible estampa, vestido de militar y pateado por la alpargata del pueblo español, sobre los atributos caídos de la realeza y papeles que señalaban sus faltas: «Negocios Sucios», «Monte Arruit», «Opresión» o «Caciquismo». El espacio central lo ocupaba la esquela funeraria de «El muy funesto señor Don Alfonso de Borbón Llapisera y Gutiérrez», que «la ha diñao». Aquel número vendió medio millón de ejemplares. Esta contraposición entre los españoles, encarnados por un tipo corriente –a menudo un honrado campesino o el personaje Juan Español–, y el monarca tirano y sinvergüenza se repetía en el imaginario republicano. Ramón María del Valle-Inclán enfatizaba la honestidad patriótica: «España ha hecho la revolución de los hombres de bien contra los ladrones». En fin, la literatura antialfonsina se extendió, incontenible. Como en los panfletos del federal y libertario Ángel Samblancat, que enumeraban los diversos motes adjudicados al rey, de *Narizotas II* a *El del mal número*.[5]

Los gobernantes recién estrenados contemplaron los problemas relativos

al exmonarca como una de sus prioridades. De entrada, investigaron su fortuna en busca de irregularidades, tras inmovilizar y nacionalizar sus propiedades y las de su familia. El decreto que las incautaba daba por seguro que se había valido de su cargo «para aumentar ilegítimamente su caudal privado». Una comisión evaluó el patrimonio regio, pero no pudo realizar afirmaciones concluyentes sobre prácticas ilegales. El Parlamento republicano estudió asimismo algunos casos de corrupción, como el del famoso ferrocarril Ontaneda-Calatayud, por el que se le procesó y declaró en rebeldía, y otro sobre una licencia para explotar apuestas en carreras de galgos, que nutrió un procedimiento judicial pronto empantanado. Resultaba imposible saber cuánto había de cierto en aquellas denuncias, aunque no cupiesen muchas dudas acerca de su efecto negativo sobre la fama de la monarquía, relevante porque reforzaban las incriminaciones ligadas al autoritarismo de su último titular, con un mayor calado político.6

La comisión de responsabilidades políticas de las Cortes constituyentes, creada en el verano de 1931, se encargó de estudiar las de Alfonso de Borbón en asuntos tan trascendentales y variados como la guerra de Marruecos, la política social en Cataluña, el golpe de 1923, el gobierno dictatorial y la represión del levantamiento de 1930, aparte de sus daños al bien público. De ella emanó un acta de acusación, obra de Eduardo Ortega, en la que se le achacaban los delitos de lesa majestad –contra la violada soberanía del pueblo– y de rebelión militar. En la sesión parlamentaria que la debatió en noviembre, sólo se levantó a defenderlo el conde de Romanones, el anciano político liberal que había orquestado tanto su jura como su salida del país. En un ambiente hostil, el conde enumeró sus objeciones a los cargos presentados: la responsabilidad del monarca, bajo el régimen constitucional, no recaía en él sino en sus ministros; después no tuvo más alternativa que aceptar una dictadura impuesta por el ejército y apoyada en la opinión; y finalmente se inclinó ante las urnas y franqueó el paso a los republicanos. A su juicio, las imputaciones se hacían al margen de la ley, sin testimonios ni pruebas. Y es que aquel era, según la réplica del ministro de la Guerra, Manuel Azaña, «un proceso de orden político, de fundamento moral y de resonancia histórica». Las Cortes, declaradas «Tribunal soberano de la nación», condenaron a don Alfonso por alta traición, le degradaron de todos sus títulos, confirmaron las incautaciones de sus bienes y anunciaron su arresto si entraba en territorio español.7

A partir de aquel momento, el antiguo rey perdió con celeridad cualquier protagonismo en la vida pública española: su influencia política se fue borrando, igual que sus imágenes en los espacios cotidianos. El grueso de sus partidarios se circunscribió a la extrema derecha que publicaba *Acción Española* y militó en Renovación Española, donde su figura tampoco

suscitaba grandes pasiones. El movimiento católico, encuadrado con el tiempo en un partido de masas, no perdió la comunicación con él pero se declaró accidentalista, sin que la ausencia de monarquía fuera un impedimento para su aceptación del marco constitucional vigente. Hubo algunos irreductibles, eso sí, como el cardenal Pedro Segura, que se encaró con el Gobierno para reivindicar a su rey y terminó por marchar, como él, al destierro. Del monarquismo liberal apenas quedaba rastro, mientras la simbología dinástica, perseguida por la república, pasaba a la clandestinidad. Se dieron casos sorprendentes de republicanización, como el de los Exploradores de España, que cambiaron sus banderas y sobrevivieron gracias a la protección de las nuevas autoridades.

Desde fuera, don Alfonso hablaba con ambas derechas y calculaba cuál sería la vía más conveniente para una restauración. Confió, sobre todo, en hombres como Antonio Goicoechea, de convicciones autoritarias y querencias conspirativas. A la vez, se prodigaba en entrevistas y charlas donde reivindicaba sus decisiones, siempre guiadas por fines patrióticos, abominaba del régimen republicano –que creía antiespañol, por marxista, separatista y masón– y reiteraba sus antiguas cautelas antiliberales sobre los peligros revolucionarios y la impotencia del Parlamento: «Acaso de lo único que tengo que arrepentirme –argumentó a Cortés-Cavanillas en 1933– es de haber observado escrupulosamente los artículos de la Constitución en aquellos años. Si hubiese dejado de ser rey constitucional para ser rey a secas, es posible que hubiera evitado el desastre de Annual y posteriormente la Dictadura que impusieron las circunstancias».

La década final que pasó en el exilio, entre los 44 y los 54 años de edad, estuvo sometida a disgustos y vaivenes. Una separación matrimonial conflictiva, imposible de legalizar pero fuente de continuos roces y ajustes económicos. Asuntos dinásticos no menos complicados, como la renuncia forzada en 1933 del príncipe Alfonso, casado con una plebeya, y del infante Jaime, en favor de don Juan. El primero de ellos, como su hermano menor y también hemofílico Gonzalo, murió en accidente de automóvil. Todavía más, un difícil y oscilante diálogo con la rama carlista de la familia, a la que se había aproximado en lo ideológico pero no hasta el punto de renunciar del todo a su pasado. Algunos viajes de placer, en los que visitó Egipto, la Palestina británica y la India, donde vio a su hijo don Juan y pudo cazar tigres. Y un peregrinaje por diversos hoteles que le condujo a instalarse en la Roma fascista y papal. Durante la guerra civil y después, su indudable identificación con el bando rebelde no conllevó su regreso a España, porque el dictador y antiguo alfonsino Francisco Franco se limitaba a darle largas con el fin de consolidar su propio caudillaje vitalicio. Por otro lado, las opiniones de don Alfonso, en los contactos que aún sostenía con diplomáticos y políticos,

perdieron toda credibilidad, por su ligereza y falta de fundamento. En 1940, envejecido y enfermo, la alta sociedad le consideraba un gafe –decía su amiga Marthe Bibesco– y procuraba evitarlo. El áspero pleito de la abdicación, sólo resuelto en enero de 1941, prefiguró su piadosa muerte en el Grand Hotel romano.[8]

LA MONARQUÍA QUE FUE, Y LA QUE NO

Durante casi treinta años de reinado efectivo, Alfonso XIII enarboló el lenguaje de la nación para legitimar su papel político, crucial en el primer tercio del siglo XX: era un rey patriota, el primer español, siempre dispuesto a pelear por España. No renunciaba a las tradiciones dinásticas, pero las aderezaba con una personalidad arrolladora, de alguien empeñado en dejar huella. Adolescente marcado por *el desastre* de 1898, interiorizó una misión providencial, la de salvar a su país. Por eso no se conformaba con un cometido meramente simbólico, sino que aspiraba a movilizar todas las fuerzas disponibles –bajo su propia jefatura– para situar a la patria en el lugar que a su juicio le correspondía. Su formación, imbuida de un nacionalismo historicista que sublimaba las glorias imperiales del pasado, así se lo indicaba, igual que su entorno militar y cortesano. Hombre muy simpático, un verdadero seductor, supo sintonizar con toda clase de interlocutores, aunque le perdían la frivolidad, el amor por el juego partidista y el afán de protagonismo. Se convenció de que conectaba mejor que nadie con las necesidades y deseos de su gente, que le quería y jaleaba. Agudo y rápido, lenguaraz e indiscreto, no calibraba las consecuencias a largo plazo de sus acciones y dejó tras de sí un reguero de agravios y desconfianzas.

Con el fin de abordar esa titánica tarea, abrazó varios proyectos que hacían de la corona no ya una parte esencial de la comunidad nacional, sino su principal motor. En la primera mitad del reinado se avino a respetar las reglas constitucionales, como poder cosoberano y moderador, y mantuvo un cierto equilibrio entre las versiones enfrentadas del españolismo, las liberales y progresistas, que idealizaban a un pueblo heroico, *versus* las conservadoras y confesionales, pendientes de la fe fundida con la nacionalidad. No se salvó de polémicas pero concitó expectativas a uno y otro lado de la escena política, desde las derechas clericales hasta el republicanismo reformista, e incluso el catalanismo vio en él un engarce para sus metas autonómicas. Pero las transformaciones que trajo consigo la Gran Guerra, con la emergencia de amenazas subversivas y el derribo de tantos tronos, le condujeron a echarse en brazos de alternativas reaccionarias, de un autoritarismo católico y castrense que, tras la ruptura del orden constitucional, culminó en la dictadura militar.

Su propensión a confiar en el catalanismo conservador, por su talante antirrevolucionario, se puso entre paréntesis. Ya no quedaba espacio para diversos imaginarios dinásticos, sino que la realeza se identificaba con una opción excluyente, impuesta por la fuerza sobre las demás. El rey regenerador se encerró en el rol del rey católico, la joven promesa se convirtió en el maduro consentidor de un régimen de excepción.

La trayectoria de don Alfonso, como sus experiencias y convicciones, se vio influida por el uso consciente de múltiples herramientas publicitarias. Las propias de la monarquía escénica, que resumían valores y conceptos mediante la continua exposición de la familia real a los medios de prensa o al cine, los ceremoniales públicos y las iniciativas más variadas. Al comienzo se desarrollaron de manera extraordinaria los viajes regios y los grandes festejos dinásticos que, plenos de emociones, apuntalaban la fama de un rey que prometía avances y veía reafirmada en ellos su vocación intervencionista. Lo cual se combinaba con los rituales, tan arcaicos como vistosos, de la corte. La guerra europea impuso un paréntesis en estas costumbres, que se retomaron después con cierta lentitud. Lo militar y lo religioso ganaron terreno, mientras la corona se ponía a la defensiva y daba pábulo a los homenajes al monarca, en sus días más señalados, para contestar a sus crecientes enemigos. Si la consagración de España al Sagrado Corazón supuso un pacto contrarrevolucionario de la monarquía con la Iglesia, reafirmado ante el papa, la dictadura condujo a su más elevada potencia los espectáculos nacionalistas en las grandes exposiciones, donde se escenificaba una nación crecida y cohesionada en torno a sus soberanos.

En estas representaciones se barajaban diversos contenidos, como el progreso económico al estilo costista o la cohesión nacional entre las regiones. A menudo ocupaban un lugar central los mitos más asentados del repertorio español, que admitían varias interpretaciones pero también se decantaron hacia sus significados más conservadores, siempre con la aquiescencia regia. Como la Reconquista medieval contra los musulmanes, donde se reivindicaban lugares como Covadonga y a héroes como el Cid Campeador, que prefiguraban las campañas en África; o la guerra de la Independencia, que ponderaba la unanimidad española en defensa de la libertad y acompañaba el culto a la virgen del Pilar. Pero el más relevante sería el de la conquista y civilización de América, la gran gesta que –con el aliento de las asociaciones hispanoamericanistas, las élites americanas y los emigrantes españoles– alumbró una fiesta nacional, el 12 de octubre, patrocinada por el rey para desmentir la Leyenda Negra. Se primaba así la vocación misionera de una España transatlántica. Aparte de alimentar los fastos que culminaron en la muestra iberoamericana de Sevilla, esta dimensión nacionalista dejó pendiente la gira ultramarina de Alfonso XIII, de aire taumatúrgico y sólo suplida por

las de su parentela, y una posible estrategia exterior diferente a la elegida. Todo quedó en retórica.

El monarca, de acuerdo con sus gobiernos, se propuso integrar a España en la entente occidental europea, y se atribuyó el mérito de haber superado el estéril aislamiento previo. Disponía de buenos diplomáticos y de sus contactos con las otras casas reales. Su audacia en este campo, guiada por objetivos nacionalistas, soñó con la ocupación de Portugal y con un compromiso firme para entrar en una probable guerra continental. Pero prevalecieron el desinterés de las potencias y la prudencia de sus ministros. Cuando estalló el ingente conflicto, tuvo que aceptar la neutralidad e hizo cuanto pudo para sacar beneficios de ella, con la intención de erigirse en mediador entre ambos bandos. Más que sus buenos sentimientos de caballero cristiano, esa fue la razón que dio sentido a su meritoria labor humanitaria, una empresa estatal y no privativa del rey. Participó por ejemplo en el rescate de los judíos en el Imperio otomano, demanda del filosefardismo, aunque fracasó en sus objetivos a la hora de la paz. Convencido al fin de que la corona dependía del mantenimiento a ultranza de una postura neutral, impidió una y otra vez la ruptura de relaciones con los atacantes alemanes. Ya en la postguerra, toda la acción internacional se vio condicionada por el reñidero marroquí, consecuencia de las ambiciones españolas, que resultaba impopular pero también produjo estallidos nacionalistas, en revancha tras las debacles.

En realidad, Alfonso XIII se veía a sí mismo como un militar. Concebía al ejército, custodio de la unidad nacional, como el soporte fundamental del trono, que había que mimar, para evitar su fragmentación, y defender en sus enfrentamientos con las autoridades civiles. En general, sus injerencias en asuntos militares lo investían como adalid de los intereses corporativos de las fuerzas armadas, lo cual contradecía su subordinación constitucional al Gobierno. No era un rey-soldado, sino un soldado-rey, un ariete más que un tapón respecto a las interferencias castrenses en la vida política, pequeño káiser en un sinfín de juras y desfiles. Cultivó redes clientelares en los cuarteles, lo cual le valió críticas entre los perjudicados, y un coto reservado en el ejército africanista, donde germinó una cultura de racismo y violencia que compartía. Como muchos de sus compañeros de armas, frecuentó el desprecio a los políticos y se inclinó por soluciones de fuerza. Contra lo que solía creerse, el universo militar no estaba en absoluto aislado, sino que se implicó en múltiples tareas nacionalizadoras con ayuda de don Alfonso. No sólo entre los reclutas y oficiales, a los que se les enseñaba a adorar la bandera y obedecer a su rey. También en asociaciones paramilitares como el Tiro Nacional y los Exploradores de España, piezas de una sociedad civil monárquica. El ejército aspiraba a formar ciudadanos en armas y futuros soldados, aunque sus fuentes liberales también se secaron en favor de

planteamientos autoritarios.

Sus creencias y aficiones aproximaban a don Alfonso no sólo a la oficialidad castrense, sino también a una aristocracia que disfrutaba de privilegios y grandes propiedades, practicaba deportes de élite –desde las cacerías hasta el polo– y formaba parte del gran mundo cosmopolita. Era, como muchos de los que le rodeaban, a la vez militar y aristócrata, dandy y donjuán impenitente. Lo cual no estuvo reñido con su faceta, cada vez más visible, de protector del ala más reaccionaria del catolicismo en auge, conforme a su infinita admiración por las órdenes militares: belicosas, cristianas y nobiliarias. El modelo masculino que proyectaba subrayaba sobre todo la valentía y la serenidad frente al peligro, fuera en los atentados terroristas o en la cruzada africana, como si arriesgar la propia vida eximiera de estudiar bien los asuntos o de cometer errores políticos. Junto a él, las mujeres de la familia real se atenían a una feminidad hogareña y subordinada, de madres y esposas dedicadas a labores caritativas. Sin embargo, la reina se destacó por modernizar la corte y sus ocios, al tiempo que se responsabilizaba de la profesionalización de la enfermería.

El reinado alumbró asimismo un brillante círculo cultural alfonsino, que alcanzó su esplendor en los primeros tres lustros alrededor de la efigie de un monarca joven, moderno pero muy español, modelada por artistas de primera fila. Un soberano volcado en la puesta en valor del patrimonio real, la fijación de un canon para la cultura patria –con hitos como El Greco, Miguel de Cervantes o Francisco de Goya– y la promoción del turismo elitista a un país-museo. Lo cual ocultaba el trasfondo, más oscuro, del expolio artístico. Al tiempo, el rey colaboraba con la proyección exterior de la nueva España, con un énfasis sorprendente en Estados Unidos, que desafiaba los recelos patrioteros en la resaca del 98. Ese potencial innovador decayó después, sin que algunos destellos, como la visita de los ballets rusos durante la guerra o el patrocinio de las grandes exposiciones, lo superaran. Su cordial relación con el ámbito liberal de la Institución Libre de Enseñanza se había agotado cuando sus rivales católicos tomaron la delantera en la Ciudad Universitaria de Madrid, el legado fundamental de su particular jubileo.

El imperativo regeneracionista y patriótico conllevaba una constante intervención en el escenario político, justificada por las interpretaciones constitucionales que don Alfonso interiorizó muy pronto. Sus posibilidades de influir en la marcha de los gobiernos dependían, en buena medida, de la cohesión y el liderazgo dentro de los partidos gubernamentales: cuanto más se dividían, más cancha dejaban al monarca, encantado de orientar su deriva. Más aún, los propios notables estimulaban al rey activo, encargado de darles el mando y promover sus planes. Aunque sonara paradójico, las izquierdas monárquicas y accidentalistas, conscientes de su relativa debilidad,

reclamaban su asistencia con mayor énfasis que sus adversarios, que contaban con bases católicas y rurales más sólidas. En todo caso, se vio envuelto en querellas intrapartidistas y su papel se discutió con frecuencia en la arena pública. Celoso de las prerrogativas regias, sobre todo del libre nombramiento de los ministros, rechazó una y otra vez una reforma de la Constitución que pudiera limitarlas y parlamentarizar el régimen. En España faltaban dos elementos clave para transformar la monarquía constitucional en una monarquía parlamentaria: elecciones libres que dieran una sólida legitimidad a las Cortes y jefes investidos por ellas que se impusieran al rey. Pero este, poco propenso a encerrarse en funciones representativas, tampoco alentó esa transición.

Si antes de la Gran Guerra parecía verosímil la llegada al poder del reformismo institucionista, y con él de las nuevas capas profesionales e intelectuales, después adquirieron ventaja los grupos más conservadores, herederos de la germanofilia y alimentados por los estratos medios y altos católicos. En los años de crisis del sistema liberal, el rey se erigió en el principal factor del panorama político y, emblema del españolismo antiseparatista, amparó a quienes se batían con la amenaza bolchevique que le obsesionaba, como los mandos militares y patronales radicales. En plena descomposición de los partidos dinásticos, fortaleció sus instintos populistas para unirse a los enemigos del sistema parlamentario, que creía ineficaz frente al comunismo. Convertido Marruecos en el principal problema del país, irresoluble con los recursos del ejército español, la debacle colonial anegó la esfera pública, revitalizó las Cortes y señaló al propio don Alfonso como su responsable, todo lo cual le hizo pensar en alzarse, él mismo, como dictador. La última fórmula liberal-reformista topó con su total desconfianza. Por lo tanto, respaldó un pronunciamiento militar que pudo haber frenado, pues contaba con la lealtad de la mayoría de las guarniciones. Coincidía con el programa de la dictadura, por la cual violó la Constitución, y se implicó de lleno en sus empresas nacionalistas. Sin embargo, tuvo que aceptar una drástica reducción de sus capacidades políticas y la jaula de marfil representativa que había rechazado hasta entonces. La incapacidad dictatorial para institucionalizarse, las divisiones del ejército y la multiplicación de las oposiciones permitieron darle la puntilla al experimento.

A lo largo del reinado, fueron muy diversos los instrumentos de nacionalización monárquica empleados, desde la escuela y el servicio militar hasta la sociedad civil dinástica, de los viajes a los monumentos conmemorativos o los festivales mastodónticos, cauces que la dictadura intensificó y perfeccionó. No obstante, se trató –por decirlo así– de actores y procesos más españolizadores que monarquizadores. Se insistía a menudo en el carácter de símbolo nacional de la corona, pero la patria estaba por encima

de todo y el rey, que compartía esa premisa, se mostraba como el primero de sus servidores. Al justificarse su presencia no tanto por las inmutables estructuras históricas, que también, sino sobre todo por su utilidad como palanca de orden y progreso, se dejaba la puerta abierta a la rendición de cuentas cuando no alcanzara las metas prometidas. Es decir, si fallaba podía prescindirse de él, pues quedaba España. Esa condicionalidad afectaba a múltiples medios, como la correspondencia que inundaba palacio de solicitudes y recomendaciones, atravesada por la búsqueda de la benevolencia regia. Y proporcionaba una pasarela para que los sectores en principio más fieles, como algunos elementos del ejército o de la Iglesia, se despegaran del trono al verse desatendidos.

Más aún, las reticencias de Alfonso XIII a asumir las funciones de un monarca parlamentario y su implicación en la política cotidiana obstaculizaban su asentamiento como emblema consensual. No es que se le dieran mal las labores representativas, pues se vieron avaladas casi hasta el fin por su incuestionable popularidad, sino que no se conformaba con ellas. Su respaldo a la dictadura terminó por identificarlo con una idea de España muy estrecha, la de las derechas católicas, militaristas, centralizadoras y contrarrevolucionarias, lo cual dejaba fuera no sólo a los nacionalistas subestatales, sino también a un amplio abanico de militancias españolas, desde el liberal-conservadurismo hasta la izquierda socialista. A todo ello se sumó, en campañas que encabezaron sus antagonistas públicos, el deterioro de su imagen propulsado por las tachas de corrupción. No sólo se le tenía por un perjuro, también por un canalla. Las manifestaciones antialfonsinas, iniciadas por los estudiantes y generalizadas cuando cayó el dictador, le perdieron el respeto y lo consideraron inútil para capitanear cualquier fórmula constitucional y democrática. Don Alfonso, desorientado y deprimido, estaba dispuesto a humillarse y, abandonado hasta por los militares, no resistió frente al ímpetu de la calle. Así que partió al destierro y pasó poco a poco al olvido, mientras se imponía un patriotismo distinto, el republicano, que exaltaba las virtudes cívicas de un pueblo levantado contra las oligarquías. Con ello no se alcanzaba, ni mucho menos, la estabilidad política que la corona no había sabido arbitrar. Esa monarquía que no fue.

Los restos mortales de Alfonso XIII se trasladaron en 1980, bajo la monarquía parlamentaria inaugurada dos años antes, al panteón real del monasterio de San Lorenzo de El Escorial. No pasaron por el pudridero, pues llevaban casi cuarenta años descomponiéndose en Roma. Desde entonces, los historiadores han prestado alguna atención a su figura, sobre todo con motivo del centenario de su jura en 2002-2003. Hoy vuelve de vez en cuando al debate público, a causa de las turbulencias que afectan de nuevo a la familia real española. Tal vez sea inevitable comparar su época con la nuestra, aunque

los paralelismos suelen limitarse a señalar el parecido de aquel monarca con algunos de sus descendientes, a propósito de sus infidelidades matrimoniales o de su participación en negocios turbios. Sin embargo, vivió en una España muy distinta de la actual y representó en ella un papel político protagonista y decisivo, ahora inconcebible. Lo cual no impide que su estudio nos permita pensar sobre la supervivencia de los regímenes monárquicos en el mundo contemporáneo, en especial acerca de la fusión entre corona y nación, el hilo conductor de este libro. Porque Alfonso de Borbón y Habsburgo-Lorena fue, sin duda, un rey español y, a su manera, un rey patriota. Pero, contra lo que proclamaba su manifiesto de despedida, no consiguió ser el rey de todos los españoles.

---

1. *Gutiérrez*, 18.4.1931, p. 15.

2. Josep Pla, «El 14 de abril en Madrid» y «Un día de fiesta nacional», *La Veu de Catalunya*, 18 y 20.4.1931. Pla (1933, 1986), pp. 13-39.

3. *Abc* y *El Sol*, 15-16.4.1931. Cita en «Las estatuas a los reyes», *El Liberal*, 15.4.1931. *El Siglo Futuro*, 16.4.1931. Foxá (1938, 1993), cita en p. 80. Ladrón, en González-Ruano (1951, 2004), p. 247. Muchos ejemplos, en Orobon y González (2019). Frieiro (2021). Jackson (1965, 1985), pp. 43 y ss. Cruz (2014), p. 87. Martorell (2001), pp. 168-172. Moreno Luzón y Núñez Seixas (2017), pp. 192-203.

4. Juliá (1984), pp. 7-21, y (1993). Cruz (2014). Moreno Luzón (2011). Sobre el patriotismo republicano, Duarte (2013).

5. Apa, «Deauville 1931», *Mirador*, 23.4.1931. *La Traca*, 21.4.1931. Otra muestra, de Bagaría, en *Crisol*, 16.4.1931. Valle-Inclán, en «Banquete a Julio Álvarez del Vayo», *La Libertad*, 21.5.1931. Samblancat (1990), 1, pp. 142-146. Laguna (2015).

6. Cita en Decreto 13.5.1931. Gortázar (1986), pp. 178 y ss.; el informe de la comisión, pp. 272-286. *DSCC*, 31.3.1933, pp. 12224-12227; y 12.1.1934, pp. 455-456. *Heraldo de Madrid*, 9.4.1932. Zavala (2010).

7. Ley 26.8.1931. Acta de acusación, en *DSCC*, Ap. 9º al nº 73, 12.11.1931. Romanones, en *DSCC*, 19.11.1931, pp. 2505-2510; cita de Azaña, en p. 2530. *El Imparcial*, 20.11.1931.

8. Russia (1932, 2016). Cita, en Cortés-Cavanillas (1966), p. 361. Tusell y García (2001), pp. 653-689. González Calleja (2003). Exploradores, en Moreno Luzón (2020). Bibesco, en Diesbach (1986).

El rey, departiendo con la pescadora *La Paulita* en Santander (ca. 1921). Postal. Foto: Campúa. © Patrimonio Nacional.

Abreviaturas

AA: Archivo de Santiago Alba. Real Academia de la Historia, Madrid.

AESI-A: Archivo de España de la Compañía de Jesús, Alcalá de Henares.

AGA: Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares.

AGP: Archivo General de Palacio. Palacio Real, Madrid.

AGSM: Archivo General de las Siervas de María, Roma.

AHCB: Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona.

AHN: Archivo Histórico Nacional, Madrid.

AILE: Archivo de la Institución Libre de Enseñanza. Real Academia de la Historia, Madrid.

AM: Archivo Antonio Maura. Fundación Antonio Maura, Madrid.

AMAE: Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.

AMAEP: Archives du Ministère des Affaires Étrangères, París.

ANR: Archivo de Natalio Rivas. Real Academia de la Historia, Madrid.

AR: Archivo del Conde de Romanones. Real Academia de la Historia, Madrid.

AVI: Archivo Vega Inclán. Museo Nacional del Romanticismo, Madrid.

BNI AASY: Biblioteca Nacional de Israel. Archivo Abraham Shalom Yahuda.

Cª: Caja.

DDF: *Documents diplomatiques français. 1871-1914. 2e série, 1901-1911*, París, Ministère des Affaires Étrangères. Commission de publication des documents relatifs aux origines de la guerre de 1914, 1931-1955.

DSC: *Diario de las Sesiones de Cortes. Congreso de los Diputados.*

DSCC: *Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes de la República Española.*

Espasa: «Real Casa y Patrimonio de la Corona de España», *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana,* Barcelona, Espasa, 1923, pp. 1009-1053.

HSA: Archivo de la Hispanic Society of America, Nueva York.

IVDJ: Instituto Valencia de Don Juan, Madrid.

L: Legajo.

MS: Museo Sorolla, Madrid.

NA FO: National Archives, Foreign Office, Londres.

RB: Real Biblioteca, Palacio Real, Madrid.

RD: Real Decreto.

RO: Real Orden.

Agradecimientos

En las conversaciones que durante años mantuve con Santos Juliá, de vez en cuando aparecía mi excesiva afición, un tanto inconsciente y fruto de la inercia, a perderme en la coordinación de proyectos y libros elaborados con otros muchos colegas. Santos me regañaba, cariñosamente, por ello. En un mensaje de 2013, respuesta al envío de una de esas obras, me transmitía «un deseo: que la edición de colectivos […] no te desvíe más de la cuenta de la dura, pero muy gratificante, senda del autor solitario». Le contesté que tenía en la cabeza tres futuros libros, sobre los símbolos nacionales, las conmemoraciones hispánicas y el rey Alfonso XIII. Santos sólo llegó a ver terminado el primero de ellos, *Los colores de la patria*, que tuve la gran suerte de escribir con Xosé M. Núñez Seixas y se publicó en 2017. Luego vino *Centenariomanía*, de 2021, este sí en solitario. Y, en último lugar, *El rey patriota,* que en cierto modo completa esta peculiar trilogía y cierra un ciclo dedicado a la investigación sobre el imaginario nacionalista español en el primer tercio del siglo XX. Sirva este recuerdo de agradecimiento póstumo a Santos Juliá, colaborador en el volumen que sirvió de precedente a este: *Alfonso XIII. Un político en el trono*, aparecido en 2003.

En realidad, *El rey patriota* se concretó gracias a una conspiración urdida por Mercedes Cabrera y María Cifuentes, editora de Galaxia Gutenberg, que me convencieron de la urgencia de completarlo. Ambas han llevado su entusiasmo hasta el final, con comentarios –y algunas correcciones– que me han animado en el proceso de escritura. Además, han leído con generosidad diversos capítulos y me han sugerido cambios muy acertados José Miguel Hernández Barral, Miguel Martorell, Alejandro Quiroga Fernández de Soto y Fernando del Rey. Me han aportado materiales e ideas, entre otros, Alejandro Acosta, Robert Aldrich, Gonzalo Álvarez Chillida, José Álvarez Junco, Milinda Banerjee, Margarita Barral, Pablo Bornstein, Isabel Burdiel, Jordi Canal, Carlos Dardé, Jean-Marc Delaunay, Miguel Ángel Dionisio, Roy Foster, Maximiliano Fuentes, Marcela García Sebastiani, Enric-Eduard Giménez, Liah Greenfeld, Rodrigo Gutiérrez Viñuales, David Marcilhacy, Guillermo María Muñoz, Pilar Mera Costas, Stéphane Michonneau, Xosé M. Núñez Seixas, Juan Pan-Montojo, Isabel Pérez-Villanueva Tovar, Francisco Javier Ramón Solans, María Luisa Sánchez-Mejía, María Sierra, Sandra Souto, Eric Storm, Susana Sueiro, Luis Velasco, Jorge Villaverde y Javier Zamora Bonilla. Lucía Blasco Mayor e Irene Moreno Blasco revisaron el original con una mirada distinta, alejada de la academia, que me ha resultado imprescindible. A ellas se lo dedico.

El libro se ha beneficiado asimismo de la impecable labor que realiza buena parte del personal adscrito a archivos, bibliotecas y otras instituciones públicas, esencial para los historiadores. Aquí merecen una mención destacada los especialistas de Patrimonio Nacional, como Javier Fernández Fernández, Juan José Alonso Martín y Antonio Alonso Zimmerli, del Archivo General de Palacio; María Luisa López-Vidriero, de la Real Biblioteca; José Luis Sancho e Isabel Rodríguez Marco. Me facilitaron también la consulta de documentación o me aclararon dudas Juan Carlos Carrasco y Julián Rodríguez, de Exploradores de Madrid; Francisca Planchuelo, del Instituto de Siervas de María; Nitai Shinan, de la Biblioteca

Nacional de Israel; Wenceslao Soto, de la Compañía de Jesús; e Inma Trull, de la Filmoteca Valenciana. Genoveva G. Queipo de Llano y Genoveva Tusell me permitieron ver, con plena libertad, el archivo de Javier Tusell. Mil gracias a todos ellos, y a quienes han soportado con paciencia e interés mis recurrentes peroratas sobre don Alfonso. Esta publicación se enmarca en el proyecto de investigación «La España global. Las identidades españolas, en perspectiva transnacional (1780-1936)» (PID2019-108299GB-C21), financiado por el Gobierno de España.

Madrid/San Lorenzo de El Escorial, verano de 2022.

Bibliografía

ACOSTA LÓPEZ, Alejandro (2020): *Los voluntarios españoles en la Legión Extranjera francesa durante la Primera Guerra Mundial*. Tesis doctoral, Universitat de Barcelona.

ALBI DE LA CUESTA, Julio (2021): «Un protectorado a regañadientes. 1921: el desastre de Annual» en Daniel Macías Fernández (ed.), *A cien años de Annual. La guerra de Marruecos*, Madrid, Desperta Ferro, pp. 163-227.

ALCALÁ-ZAMORA, Niceto (1977, 1998): *Memorias*, Barcelona, Planeta.

ALCHEH Y SAPORTA, Isaac (1917): *Los españoles sin patria de Salónica*, Madrid, Tip. de la Rev. Arch., Bibl. y Museos.

ALFONSO XIII (1961): *Diario íntimo de Alfonso XIII, recogido y comentado por José Luis Castillo Puche*, Madrid, Biblioteca Nueva.

ALLAIN, Jean-Claude (1976): *Agadir 1911: Une crise impérialiste en Europe pour la conquête du Maroc*, París, Université Panthéon-Sorbonne.

ALMAGRO SAN MARTÍN, Melchor de (1944, 2013): *Biografía del 1900*, Granada, Universidad de Granada.

ALMAGRO SAN MARTÍN, Melchor de (1946): *Crónica de Alfonso XIII y su linaje*, Madrid, Atlas, tomo I.

ALMAZÁN TOMÁS, Vicente David (2015): «Arte público, poder y colonialismo español en Guinea Ecuatorial. El monumento a Ángel Barrera y Luyando (1915)», en José Antonio Hernández Latas (coord.), *El arte público a través de su documentación gráfica y literaria*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp.195-214.

ALONSO, Juan José (2018): «La Gran Guerra en el Archivo General de Palacio. La ayuda humanitaria de Alfonso XIII», en Alonso y otros, pp. 151-185.

ALONSO, Juan José y otros (2018): *Cartas al Rey. La mediación humanitaria de Alfonso XIII en la Gran Guerra*, Madrid, Patrimonio Nacional.

ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael (1911, 2007): *Mi viaje a América (libro de documentos)*, Oviedo, Universidad de Oviedo.

ÁLVAREZ CHILLIDA, Gonzalo (1996a): «El fracaso de un proyecto autoritario: el debate constitucional en la Asamblea Nacional de Primo de Rivera», *Revista de Estudios Políticos*, 93, pp. 359-375.

ÁLVAREZ CHILLIDA, Gonzalo (1996b): *José María Pemán. Pensamiento y trayectoria de un monárquico (1897-1941)*, Cádiz, Universidad de Cádiz/Ayuntamiento de Cádiz.

ÁLVAREZ CHILLIDA, Gonzalo (2002): *El antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002)*, Madrid, Marcial Pons Historia.

ÁLVAREZ LOPERA, José (1977): «La Alhambra de Granada, entre la conservación y la restauración (1905-1915)», monográfico de *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, XIV/29-31.

ÁLVARO DUEÑAS, Manuel (1989): «Poder militar y práctica política en el reinado de Alfonso XIII: de la suspensión de garantías constitucionales en Barcelona a la Ley de Jurisdicciones (1905-1906)», *Revista de Estudios Políticos*, 65, pp. 265-284.

ANDERSON, Benedict (1983, 1993): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.

ANDRÉS GALLEGO, José (1975): *La política religiosa en España (1889-1913)*, Madrid, Editora Nacional.

ANTÓN DEL OLMET, Luis, y GARCÍA CARRAFFA, Arturo (1913-1914): *Los grandes españoles. Alfonso XIII*, Madrid, Imprenta Alrededor del Mundo, 2 vols.

ANTÓN DEL OLMET, Luis, y GARCÍA CARRAFFA, Arturo (1916): *Los grandes españoles. Canalejas. Libro en cuyas páginas resplandece la insigne figura del muerto inolvidable*, Madrid, Imp. Saez Hermanos (2ª edición).

ARANA PÉREZ, Ignacio de Loyola (1982): *El monarquismo en Vizcaya durante la crisis del reinado de Alfonso XIII (1917-1931)*, Pamplona, EUNSA.

ARCE PINEDO, Rebeca (2008): *Dios, Patria y Hogar. La construcción social de la mujer española por el catolicismo y las derechas en el primer tercio del siglo XX*, Santander, Universidad de Cantabria.

ARCHILÉS, Ferran, y GARCÍA CARRIÓN, Marta (2016): «¿En tierra hostil? Viajes regios, nación y región en el País Valenciano», en Barral (ed.), pp. 197-219.

ARMADA MUÑOZ, Francisco José (2009): *El escultismo andaluz*, Málaga, Scouts de Andalucía.

ARRANZ NOTARIO, Luis (1996): «El debate parlamentario sobre las crisis de gobierno, 1909-1913», en *Política en la Restauración (1875-1923)*, Madrid, Instituto Universitario Ortega y Gasset.

ARTOLA BLANCO, Miguel (2015): *El fin de la clase ociosa. De Romanones al estraperlo, 1900-1950*, Madrid, Alianza.

AVILÉS FARRÉ, Juan (2006): *Francisco Ferrer y Guardia. Pedagogo, anarquista y mártir*, Madrid, Marcial Pons Historia.

AVILÉS FARRÉ, Juan (2017): «Un pálido reflejo del fascismo: la dictadura de Primo de Rivera en los informes diplomáticos italianos», *Pasado y Memoria*, 16, pp. 69-90.

AZAÑA, Manuel (2007): *Obras completas*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales/Ministerio de la Presidencia, 7 volúmenes. Edición de Santos Juliá.

BACHOUD, Andrée (1988): *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa Calpe.

BAGEHOT, Walter (1867, 2010): *La Constitución inglesa*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Edición de Joaquín Varela Suanzes-Carpegna.

BALCELLS, Albert, PUJOL, Enric, y SABATER, Jordi (1996): *La Mancomunitat de Catalunya i l'autonomia*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans.

BALFOUR, Sebastian (1999, 2002): «España y las grandes potencias y los efectos del desastre de 1898», en Sebastian Balfour y Paul Preston (eds.), *España y las grandes potencias en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, pp. 1-16.

BALFOUR, Sebastian (2002): *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península.

BALLOBAR, conde de (1996): *Diario de Jerusalén (1914-1919)*, Madrid, Nerea.

BAREA, Arturo (1943, 2000): *La ruta*, Barcelona, Random House Mondadori.

BARGA, Corpus (1965, 1985): *Los pasos contados. Una vida española a caballo en dos siglos (1887-1957). 2.- Puerilidades burguesas*, Barcelona, Bruguera.

BAROJA, Pío (1983): *Galería de tipos de la época*, Madrid, Caro Raggio.

Barral i Altet, Xavier (1992): *El Palacio Nacional de Montjuïc. Crónica gráfica*, Barcelona, Museu Nacional d'Art de Catalunya/Lunwerg Editores.

Barral Martínez, Margarita (2016): «Alfonso XIII visita Galicia: de peregrino real a turista de élite», en Barral (ed.), pp. 101-125.

Barral Martínez, Margarita (2019): «De neutralidad obligada a neutralidad activa a través de la acción humanitaria: Alfonso XIII y la oficina pro-cautivos durante la Gran Guerra», en Sanz y Petrovici (dirs.), pp. 119-139.

Barral Martínez, Margarita, e Iglesias Amorín, Alfonso (2022): «Alfonso XIII, ese hombre: masculinidad, nación e imperio», texto inédito.

Barral Martínez, Margarita, ed. (2016): *Alfonso XIII visita España. Monarquía y nación*, Granada, Comares.

Barreiro, Javier (2001): «Benigno Varela», *Trébede. Mensual aragonés de análisis, opinión y cultura*, 46, pp. 75-81.

Barreiro, Javier (2008): «*Gigantes y cabezudos* en la zarzuela de ambiente aragonés», en Domingo Moreno (coord.), *La danza de los diferentes. Gigantes, cabezudos y otras criaturas*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, pp. 103-113 y 158-159.

Baviera, Pilar de, y Chapman-Huston, Desmond (1959, 1975): *Alfonso XIII*, Barcelona, Juventud.

Ben-Ami, Shlomo (1978, 1990): *Los orígenes de la Segunda República española: anatomía de una transición*, Madrid, Alianza.

Ben-Ami, Shlomo (1983, 2012): *El cirujano de hierro. La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Barcelona, RBA.

Ben-Bassat, Yuval, y Halevy, Dotan (2018): «A tale of two cities and one telegram: The Ottoman military regime and the population of Greater Syria during WWI», *British Journal of Middle Eastern Studies*, 45/2, pp. 212-230.

Beramendi, Justo G. (2007): «Algunos aspectos del 'nation-building' español en la Galicia del siglo xix», en Javier Moreno Luzón (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 25-58.

Berenguer, Dámaso (1946, 1975): *De la Dictadura a la República*, Madrid, Tebas.

Blanco Carrasco, José Pablo (2008): *Las Hurdes. Aislamiento, pobreza y redención social (siglos xvi al xx)*, Cáceres, Universidad de Extremadura.

Blanco Escolá, Carlos (1989): *La Academia General Militar de Zaragoza (1928-1931)*, Barcelona, Labor.

Blasco, Inmaculada (2003): *Paradojas de la ortodoxia. Política de masas y militancia católica femenina en España (1919-1939)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza/ Sagardiana.

Blasco Ibáñez, Vicente (1924): *Alphonse XIII démasqué. La terreur militariste en Espagne*, París, Ernest Flammarion.

Block, Nelson R., y Proctor, Tammy M., eds. (2009): *Scouting Frontiers. Youth and the Scout Movement's First Century*, Newcastle, Cambridge Scholars Publishing.

Bodganor, Vernon (1995): *The Monarchy and the Constitution*, Oxford, Clarendon Press.

Bonilla, Jorge (2016): *Historia no contada de los Primo de Rivera*, Madrid, Espasa.

Bonmatí de Codecido, Francisco (1943): *Alfonso XIII y su época. Libro primero (1886-1906)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Bonmatí de Codecido, Francisco (1946): *Alfonso XIII. El rey enamorado de España*, Madrid, Aldus.

Borbón, Eulalia de (1935, 1967): *Memorias de doña Eulalia de Borbón, infanta de España*, Barcelona, Juventud.

Boyd, Carolyn P. (1990): *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, Alianza.

Boyd, Carolyn P. (1997, 2000): *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Barcelona, Pomares-Corredor.

Boyd, Carolyn P. (1999): «'Madre España': libros de texto patrióticos y socialización política, 1900-1950», *Historia y Política*, 1, pp. 49-70.

Boyd, Carolyn P. (2003): «El rey-soldado. Alfonso XIII y el ejército», en Moreno Luzón (ed.), pp. 213-237.

Boyd, Carolyn P. (2007): «Paisajes míticos y la construcción de las identidades regionales y nacionales. El caso del santuario de Covadonga», en Carolyn P. Boyd (ed.), *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 271-294.

Braojos Garrido, Alfonso (1992): *Alfonso XIII y la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929*, Sevilla, Universidad de Sevilla.

Brice, Catherine (2010): *Monarchie et identité nationale en Italie (1861-1900)*, París, Éditions EHESS.

Brisset Martín, Demetrio E. (2015): «Religión y poder. Las Vírgenes capitanas generales y alcaldesas», *Gazeta de Antropología*, 31/2: http://hdl.handle.net/10481/36831.

Bru Sánchez-Fortún, Alberto (2006): «Padrino y patrón. Alfonso XIII y sus oficiales (1902-1923)», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 6: http://hispanianova.rediris.es

Burdiel, Isabel, y Foster, Roy, eds. (2015): *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

Bustos Moreno, Carlos, dir. (1988): *La Ciudad Universitaria de Madrid*, Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid.

Buxadé, José (1918): *España en crisis. La bullanga misteriosa de 1917*, Barcelona, B. Bauzá.

Caamaño Azas, Marta (2019): «El papel de la monarquía de Alfonso XIII en el proceso de nacionalización durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) a través de la correspondencia recibida en el Palacio Real», en Alfonso Iglesias Amorín, Lourenzo Fernández Prieto, Miguel Cabo y Justo Beramendi (eds.), *Nuevos enfoques sobre procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Granada, Comares, pp. 54-73.

Caballero, José (1977): *Corazón de España. Historia del Monumento del Cerro de los Ángeles (1900-1976)*, Madrid, Fe Católica.

Caballero audaz, El (1924): *El novelista que vendió a su patria o Tartarín, revolucionario (una triste historia de actualidad)*, Madrid, Renacimiento.

Caballero audaz, El (1934): *Alfonso XIII, ¿fue un buen rey? (historia de un reinado)*, Madrid, Caballero Audaz.

Cabrera, Mercedes (2003): «El rey constitucional», en Moreno Luzón (ed.), pp. 83-110.

Cabrera, Mercedes, dir. (1998): *Con luz y taquígrafos. El Parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, Taurus.

CACHO, Vicente (1997): *Repensar el 98*, Madrid, Biblioteca Nueva.

CALERO, Antonio María (1985): «Los precursores de la monarquía democrática», en José Luis García Delgado (ed.), *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, Madrid, Siglo XXI, pp. 21-54.

CALLAHAN, William J. (2000, 2003): *La Iglesia católica en España (1875-2002)*, Barcelona, Crítica.

CALLEJA, Saturnino (1915): *Hagamos patria. Nociones de historia de España*, Madrid, Calleja (66ª ed.).

CALZADA, Rafael (1927): *Cincuenta años en América. Notas autobiográficas, II*, Buenos Aires, Jesús Menéndez.

CAMBÓ, Francisco (1981, 1987): *Memorias (1876-1936)*, Madrid, Alianza.

CAMPOS ZABALA, María Victoria (2004): «La España anónima en la época de Alfonso XIII: la opinión del pueblo a sus monarcas». Texto inédito.

CANGAS DE ICAZA, Javier (1990): *Gregorio de Balparda (Forja y destino de un liberal)*, Bilbao, Laida.

CANNADINE, David (1983, 1992): «The Context, Performance and Meaning of Ritual: The British Monarchy and the 'Invention of Tradition', c. 1820-1977», en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 101-164.

CANNADINE, David (1987, 1992): «Introduction: divine rites of kings», en David Cannadine y Simon Price (eds.), *Rituals of Royalty. Power Ceremonial in Traditional Societies*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-19.

CANNADINE, David (1998): *History in our Time*, New Haven, Yale University Press.

CANO, Luis (2009): *'Reinaré en España'. La mentalidad católica a la llegada de la Segunda República*, Madrid, Encuentro.

CANO GARCÍA, Juan Antonio (2016): «Los viajes de Alfonso XIII a Castilla», en Barral (ed.), pp. 147-171.

CANSINOS ASSENS, Rafael (1924, 2011): *Las luminarias de Janucá*, Madrid, Arca Ediciones.

CANSINOS ASSENS, Rafael (1982): *La novela de un literato*, 3 vols., Madrid, Alianza.

CARANDELL, Luis (1993): «Crónica de las crónicas», en *Viaje a Las Hurdes*, Madrid, El País-Aguilar/Fundación Gregorio Marañón, pp. 21-47.

CARDONA, Gabriel (2003): «Alfonso XIII. El rey que se equivocó», en Alfonso Osorio y Gabriel Cardona, *Alfonso XIII*, Barcelona, Ediciones B, pp. 121-227.

CARDONA, Gabriel (2005): *Los Milans del Bosch, una familia de armas tomar. Entre la revolución liberal y el franquismo*, Barcelona, Edhasa.

CARLOS, Alfonso de (1980): «Uniformes del rey Alfonso XIII conservados en los palacios reales», *Reales Sitios. Revista de Patrimonio Nacional*, 63, pp. 33-40.

CARR, Raymond (1966, 1992): *España 1808-1975*, Barcelona, Ariel.

CASAL, conde de (1951): «Semblanza de S.A.R. la Infanta de España doña Isabel Francisca de Borbón y Borbón», *Arte Español*, tomo XVIII-3, pp. 216-224.

CASASSAS YMBERT, Jordi (1983): *La Dictadura de Primo de Rivera. Textos*, Barcelona, Anthropos.

CASERO SÁNCHEZ, Leopoldo (1902): *Veladas históricas. Libro de lectura para las escuelas de niños, niñas y adultos*, Segovia, 'El Adelantado'.

CASTILLEJO, David, ed. (1997): *Los intelectuales reformadores de España. El epistolario de*

José Castillejo. I.- Un puente hacia Europa 1896-1909, Madrid, Castalia.

CASTILLEJO, David, ed. (1998): *Los intelectuales reformadores de España. Epistolarios de José Castillejo y de Manuel Gómez-Moreno. II.- El espíritu de una época 1910-1912*, Madrid, Castalia.

CASTILLEJO, David, ed. (1999): *Los intelectuales reformadores de España. Epistolario de José Castillejo. III.- Fatalidad y porvenir 1913-1937*, Madrid, Castalia.

CASTILLO, Juan José (1979): *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino*, Madrid, Ministerio de Agricultura.

CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Alfonso de, marqués de la Floresta (2012): «El cuarto militar del rey: la institución, las personas», *Cuadernos de Ayala,* 52, pp. 3-25.

CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Alfonso de, marqués de la Floresta; CUNILLERA FERNÁNDEZ, Pilar, y CEVALLOS-ESCALERA Y GILA, Luis de (2003): *La Orden Civil de Alfonso XII (1902-1931). Educación y cultura en España durante el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Palafox y Pezuela.

CHARRIAUT, Henri (1908): *Alphonse XIII intime*, París, Societé d'Édition et de Publications/ Librairie Félix Juven.

CHÍAS NAVARRO, Pilar (1986): *La Ciudad Universitaria de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense.

CHOCANO, José Santos (1906): *Alma América. Poemas indo-españoles,* París, Bouret.

CHRISTIE, Agatha (1977, 2019): *Autobiografía*, Madrid, Espasa.

CHURCHILL, Winston S. (1960): «Alfonso XIII», en *Grandes contemporáneos*, Barcelona, Plaza & Janés, pp. 185-198.

CIERVA Y PEÑAFIEL, Juan de la (1955): *Notas de mi vida*, Madrid, Reus.

CLARK, Christopher (2012, 2014): *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

CODDING, Mitchel A., ed. (1998): *Sorolla y la Hispanic Society. Una visión en la España de entresiglos*, Madrid, Museo Thyssen-Bornemisza.

COLOMA, Luis (1935, 1946): «Ejercicios espirituales», en *Obras Completas. XII*, Madrid, Razón y Fe/El Mensajero del C. de Jesús, pp. 75-131.

COLOMBO, Paolo (2004): «Una Corona per una nazione: considerazioni sul ruolo della monarchia constituzionale nella construzione dell'identità italiana», en Marina Tesoro (ed.), *Monarchia, tradizione, identità nazionale. Germania, Giappone e Italia tra Ottocento e Novecento*, Milán, Bruno Mondadori, pp. 21-33.

COLOMBO, Paolo (2010): *La monarchia fascista. 1922-1940*, Bolonia, Il Mulino.

CORDÓN, Antonio (2008): *Trayectoria. Recuerdos de un artillero*, Sevilla, Espuela de Plata.

CORTÉS-CAVANILLAS, Julián (1966): *Alfonso XIII. Vida, confesiones y muerte*, Barcelona, Juventud.

COSTA, Joaquín (1882): *El comercio español y la cuestión de África*, Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación.

COSTA, Joaquín (1900, 1924): *Reconstitución y europeización de España: programa para un partido político*, Huesca, V. Campo.

CRUZ, Rafael (2014): *Una revolución elegante. España 1931*, Madrid, Alianza.

CUEVA, Julio de la (2003): «El rey católico», en Moreno Luzón (ed.), pp. 277-306.

CUYÁS, Arturo (1913): *Hace falta un muchacho. Libro de orientación en la vida para los adolescentes*, Madrid, s.e.

DARDÉ, Carlos (1994): «Cánovas y el nacionalismo liberal español», en Gortázar (ed.), pp. 209-238.

DARDÉ, Carlos (2001): *Alfonso XII*, Madrid, Arlanza.

DARÍO, Rubén (1909): *Alfonso XIII*, Madrid, Biblioteca «Ateneo».

DELAUNAY, Jean-Marc (2003), «Le 'grand dessein européen' d'Alphonse XIII (1914-1918). De médiations en illusions», en Lucien Bély (dir.), *La présence des Bourbons en Europe, XVIe-XXI siècle*, París, Presses Universitaires de France, pp. 321-335.

DELAUNAY, Jean Marc (2010): *Méfiance cordiale. Les relations franco-espagnoles de la fin du XIXe siècle à la Première Guerre mondiale*, París, L'Harmattan, 3 vols.

DELAUNAY, Jean-Marc (2019): «Alfonso XIII, Francia y la guerra», en Sanz y Petrovici (dirs.), pp. 79-96.

DEPLOIGE, Jeroen, y DENECKERE, Gita, eds. (2006): *Mystifying the Monarch. Studies on Discourse, Power, and History*, Ámsterdam, Amsterdam University Press.

DÍAZ-ANDREU, Margarita (2004): «Mélida: génesis, pensamiento y obra de un maestro», en José Ramón Mélida y Alinari, *Arqueología española*, Pamplona, Urgoiti Editores, pp. ix-cxcix.

DIESBACH, Ghislain (1986): *La princesse Bibesco. La dernière orchidée*, París, Perrin.

DIMAS, Juan Antonio (s.a.): *Páginas españolas*, Madrid, s.l., s.e.

DUARTE, Angel (2013): «La República, o España liberada de sí misma», en Javier Moreno Luzón y Xosé M. Núñez Seixas (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA, pp. 104-132.

EBRO, María Cruz (1952): *Memorias de una burgalesa, 1885-1931*, Burgos, Diputación Provincial.

EDMONSON, Paul (2017): «The 19th-century auction that saved Shakespeare's birthplace», *History Extra* (https://www.historyextra.com/period/elizabethan/the-19th-century-auction-that-saved-shakespeares-birthplace/).

ENCINAR DEL POZO, Miguel Ángel (2014): «Los atentados contra el rey Alfonso XIII», en Jacobo López Barja de Quiroga y otros, *Los procesos célebres seguidos ante el Tribunal Supremo en sus doscientos años de historia. 2.- Siglo XX*, Madrid, Tribunal Supremo/ Boletín Oficial del Estado, pp. 27-56.

ENSEÑAT BENLLIURE, Lucrecia, y AZCUE BREA, Leticia (2013): *Mariano Benlliure. El dominio de la materia*, Madrid, Comunidad de Madrid/Comunitat Valenciana.

ESPAÑOL BOUCHÉ, Luis (2007): *Leyendas negras. Vida y obra de Julián Juderías (1877-1918). La leyenda negra antiamericana*, Salamanca, Junta de Castilla y León.

ESPINÓS MOLTÓ, Víctor (1918, 1977): *Alfonso XIII y la guerra. Espejo de neutrales*, Madrid, Vassallo de Mumbert.

FAES DÍAZ, Enrique (2009): *Claudio López Bru, marqués de Comillas*, Madrid, Marcial Pons Historia.

FAUVEY, Jordane (2009): *Joaquín Sorolla, pintor del rey Alfonso XIII*, Besançon, Presses Universitaires de Franche-Comté.

FEDERZONI, Luigi (1967): *Italia di ieri per la storia di domani*, Verona, Arnoldo Mondadori.

FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor (1933, 1977): *Historia del reinado de Alfonso XIII*, Barcelona, Montaner y Simón.

FERNÁNDEZ BLANCO, Enrique (1906): *Notas del viaje de S.M. el Rey en su visita a Valencia, Alicante y Albacete (Abril de 1905) por el coronel ayudante D.–*, Madrid, Imp. del

Ministerio de Marina.

Fernández Fernández, Javier, y Martínez García, Lorena (2018): «La protección de los prisioneros durante la Gran Guerra. Las visitas de los delegados españoles», en Alonso y otros, pp. 249-287.

Fernández de Miguel, Daniel (2012): *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español*, Zaragoza, Genueve Ediciones.

Fernández Lacomba, Juan (2016): «Las sargas colombinas de Gustavo Bacarisas para el Pabellón Real de la Exposición Iberoamericana de 1929 en el Real Alcázar de Sevilla. Encargo, concepción, ubicación, motivaciones, contexto e influencia», *Apuntes del Alcázar de Sevilla*, nº 17, pp. 169-191.

Fernández Lorenzo, Patricia (2018): *Archer M. Huntington. El fundador de la Hispanic Society of America en España*, Madrid, Marcial Pons Historia.

Fernández-Sirvent, Rafael (2019): «La edificación pública de la monarquía nacional. Contextos, significados y ceremoniales en torno al monumento a la Patria Española personificada en el rey Alfonso XII (1886-1922)», *Revista de Historia Constitucional*, 20, pp. 89-115.

Ferrera Cuesta, Carlos (2004): «Formación de la imagen monárquica e intervencionismo regio: los comienzos del reinado de Alfonso XIII (1902-1910)», *Hispania*, 216, pp. 237-266.

Flores-Gispert, Juan Carlos (2012): *El palacio real de La Magdalena*, Santander, Tantín.

Florit, José María (1920-1923): «Los aposentos de Felipe II en San Lorenzo del Escorial», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 1 (1920), pp. 39-48; 2 (1920), pp. 94-101; 4 (1921), pp. 302-307; y 4 (1923), pp. 296-300.

Fontán Palomo, José (1924): *El somatenista español*, Barcelona, Imprenta Moderna. Prólogo de Miguel Primo de Rivera.

Forner Muñoz, Salvador (2014): *Canalejas. Un liberal reformista*, Madrid, Gota a Gota.

Foxá, Agustín de (1938, 1993): *Madrid, de corte a checa*, Barcelona, Planeta.

Francos Rodríguez, José (1921): *Huellas españolas: impresiones de un viaje por América,* Madrid, América.

Frieiro Santaya, Javier (2021): «Por unha España republicana e democrática. Renovación identitaria e disenso simbólico na Galicia da Segunda República (1931-1936)», *Sémata. Ciencias Sociais e Humanidades,* 33 (https://revistas.usc.gal/index.php/semata/article/view/7928).

Fuentes, Juan Francisco (2016): *Con el rey y contra el rey. Los socialistas y la monarquía: de la Restauración canovista a la abdicación de Juan Carlos I (1879-2014)*, Madrid, La Esfera de los Libros.

Fuentes Codera, Maximiliano (2014): *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal.

Fuentes Codera, Maximiliano (2022): *España y Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidades transnacionales*, Madrid, Marcial Pons Historia.

Gallo Díez, Felipe (1901): *Cartilla del ciudadano*, Segovia, Diario de Avisos.

Gaona y Puerto, Manuel (1904): *Crónica descriptiva de la visita de S.M. el Rey Don Alfonso XIII en mayo de 1904 a la ciudad de Cádiz*, Jerez de la Frontera, s.e.

García Álvarez, Jacobo (2013): «Paisaje, memoria histórica e identidad nacional en los inicios de la política de conservación de la naturaleza en España: de Covadonga a San

Juan de la Peña», *Hispania*, LXXII/244, pp. 409-438.

García Canales, Mariano (1980): *El problema constitucional en la Dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

García Canales, Mariano (1987): «La prerrogativa regia en el reinado de Alfonso XIII: interpretaciones constitucionales», *Revista de Estudios Políticos*, 55, pp. 317-362.

García García, Carmen (2000): «Patriotismo y regeneracionismo educativo en Rafael Altamira: su gestión al frente de la Dirección General de Enseñanza (1911-1913)», en Jorge Uría González (coord.), *Institucionismo y reforma social en España. El grupo de Oviedo*, Madrid, Talasa, pp. 248-280.

García Sanz, Fernando (1996): «Juan Pérez Caballero y Ferrer, ¿una nueva diplomacia en la estela del 98?», *Historia Contemporánea*, 15, pp. 53-76.

García Sanz, Fernando (2014): *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

García-Mazas, José (1962): *El poeta y la escultora. La España que Huntington conoció*, Madrid, Revista de Occidente/Hispanic Society of America.

García-Pérez Valderrama, Fernando (1983): «Una crónica española de Lydia Lopokova (Los ballets de Diaghilev en España)», *Papeles de Economía Española*, 17, pp. 342-371.

Garrido Martín, Aurora (2016): «Los viajes de Alfonso XIII a Cantabria y Asturias», en Barral (ed.), pp. 127-145.

Gelardi, Julia P. (2019): *Pageant of Kings: The Nine Sovereigns at Edward VII's Funeral*, Londres, Bowker.

Gentile, Emilio (1993, 2007): *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Gkozgkou, Dimitra (2013): «Los Amigos del Arte: ¿una sociedad de ambiguos intereses?», en Immaculada Socias Batet y Dimitra Gkozgkou (coords.), *Nuevas contribuciones en torno al mundo del coleccionismo de arte hispánico en los siglos XIX y XX*, Gijón, Trea, pp. 99-123.

Gómez de Caso Estrada, Mariano (2019): «Cronología de Ignacio Zuloaga» (www.museoignaciozuloaga.com).

Gómez-Navarro, José Luis (1991): *El régimen de Primo de Rivera. Reyes, dictaduras y dictadores*, Madrid, Cátedra.

Gómez-Navarro, José Luis (2003): «El rey en la dictadura», en Moreno Luzón (ed.), pp. 337-371.

González, Isidro (1991): *El retorno de los judíos*, Madrid, Nerea.

González Calbet, María Teresa (1987): *La Dictadura de Primo de Rivera. El Directorio Militar*, Madrid, El Arquero.

González Calleja, Eduardo (1998): *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

González Calleja, Eduardo (1999): *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

González Calleja, Eduardo (2003): «El *ex-rey*», en Moreno Luzón (ed.), pp. 403-435.

González Calleja, Eduardo, y Aubert, Paul (2014): *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial 1914-1919*, Madrid, Alianza.

González Calleja, Eduardo, y Rey Reguillo, Fernando del (1995): *La defensa armada contra la revolución. Una historia de las guardias cívicas en la España del siglo xx*, Madrid, CSIC.

González Calleja, Eduardo, y Souto Kustrín, Sandra (2007): «De la Dictadura a la República: orígenes y auge de los movimientos juveniles en España», *Hispania*, 225, pp. 73-102.

González Calleja, Eduardo, coord., (2017): *Anatomía de una crisis. 1917 y los españoles*, Madrid, Alianza.

González Cuevas, Pedro Carlos (1998): *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos.

González Cuevas, Pedro Carlos (2003): «El rey y la corte», en Moreno Luzón (ed.), pp. 187-212.

González Hernández, María Jesús (1990): *Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, Siglo XXI.

González Hernández, María Jesús (1997): *El universo conservador de Antonio Maura. Biografía y proyecto de Estado*, Madrid, Biblioteca Nueva/Fundación Antonio Maura.

González Hernández, María Jesús (2000): «Guillermo de Osma o los avatares de un proteccionista preocupado», en Francisco Comín y otros, *La hacienda desde sus ministros. Del 98 a la guerra civil*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 61-90.

González Hernández, María Jesús (2003): «El rey de los conservadores», en Moreno Luzón (ed.), pp. 111-149.

González-Pola de la Granja, Pablo (2003): *La configuración de la mentalidad militar contemporánea (1868-1909)*, Madrid, Ministerio de Defensa.

González-Ruano, César (1951, 2004): *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, Sevilla, Renacimiento.

Gortázar, Guillermo (1986): *Alfonso XIII, hombre de negocios. Persistencia del Antiguo Régimen, modernización económica y crisis política, 1902-1931*, Madrid, Alianza.

Gortázar, Guillermo, ed. (1994): *Nación y Estado en la España liberal*, Madrid, Noesis.

Gow, Richard (2018): *Citizenship and Self-Representation in the Public Letters sent to General Primo de Rivera in Spain, 1923-1930*. Tesis doctoral, Trinity College, Dublín.

Grand-Carteret, John (1910): *Le Jeune Premier de L'Europe. Devant l'objectif caricatural*, París, Louis-Michaud.

Grandas, M. Carmen (1988): *L'Exposició Internacional de Barcelona de 1929*, Barcelona, Els Llibres de la Frontera.

Granjel, Mercedes (2003, 2010): *Las Hurdes, el país de la leyenda. Entre el discurso ilustrado y el viaje de Alfonso XIII*, Lérida, Milenio.

Grases Riera, José (1902): *Memoria del monumento que se erige en Madrid a la Patria española personificada en el Rey D. Alfonso XII*, Madrid. M. Romero Impresor.

Gristwood, Anthony (1999): «Commemorating empire in twentieth-century Seville», en Felix Driver y David Gilbert (eds.), *Imperial Cities. Landscape, Display and Identity*, Manchester, Manchester University Press, pp. 155-173.

Gutiérrez Viñuales, Rodrigo, y Radovanovic, Elisa (1995): «Moreno Carbonero, pintor de la Historia fundacional de Buenos Aires», *Boletín de Arte, Universidad de Málaga*, 16, pp. 207-224.

GUTIÉRREZ-RAVÉ, José, ed. (1955): *Habla el Rey. Discursos de Don Alfonso XIII, recopilados y anotados por* –, Madrid, s.e.

GUZMÁN, Eduardo de (1973): *1930. Historia política de un año decisivo*, Madrid, Tebas.

HALL, Morgan C. (2003): «El rey imaginado. La construcción política de la imagen de Alfonso XIII», en Moreno Luzón (ed.), pp. 59-82.

HALL, Morgan C. (2005): *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal, 1902-1923*, Madrid, Alianza.

HEFFER, Simon (1998): *The Political Consequences of King Edward VII*, Londres, Weidenfeld & Nicolson.

HERNÁNDEZ BARRAL, José Miguel (2012): «La boda de Alfonso XIII: 'pasión espectacular' y jerarquías sociales», *Circunstancia*, 27, s.pp.

HERNÁNDEZ BARRAL, José Miguel (2014): *Perpetuar la distinción. Grandes de España y decadencia social, 1914-1931)*, Madrid, Rh+ Ediciones.

HERNÁNDEZ BARRAL, José Miguel (2019): «The Marquises of Viana: building distinction through the past (1975-1927)», *Journal of Iberian and Latin American Studies*, 25/2, pp. 211-229.

HERNÁNDEZ VÁZQUEZ, Manuel, y RUIZ VICENTE, Diana Belén (2005): «Tiro Nacional: preparación para la guerra», en *X Congreso Internacional de Historia del Deporte*, Sevilla, Universidad Pablo de Olavide, s.pp.

HESS, Carol A. (2000): «'Un alarde de modernismo y dislocación': los Ballets Russes en España, 1916-1921», en Yvan Nommick y Antonio Álvarez Cañibano (eds.), *Los Ballets Russes de Diaghilev y España*, Granada, Archivo Manuel de Falla/INAEM, pp. 215-227.

HIJANO, Ángeles (2000): *Victoria Eugenia de Battenberg. Una reina exiliada (1887-1969)*, Madrid, Alderabán.

HUMANES BUSTAMANTE, Alberto (1986): *Madrid no construido*, Madrid, COAM.

IBARZ, Mercè (1999): *Buñuel documental.* Tierra sin pan *y su tiempo*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.

IGLESIAS AMORÍN, Alfonso (2014): *Las memorias de las guerras de Marruecos en España (1859-1936)*. Tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela.

IGLESIAS AMORÍN, Alfonso (2016): «Alfonso *el Africano*: la monarquía en Marruecos», en Barral (ed.), pp. 245-266.

IGLESIAS ROUCO, Lena S., y ZAPARAÍN YÁÑEZ, María José (2004): «En torno al VII centenario de la catedral de Burgos (1221-1921)», *Boletín de la Institución Fernán González*, LXXXIII/228, pp. 95-116.

IRADIER, Teodoro de (1912): *Los Exploradores de España (Boy Scouts españoles)*, Madrid, Talleres del Depósito de Guerra.

IRADIER, Teodoro de (1924): *Catecismo del ciudadano*, Madrid, Directorio Militar.

JACKSON, Gabriel (1965, 1985): *La República española y la Guerra Civil*, Barcelona, Orbis.

JENSEN, Geoffrey (2000): «Military nationalism and the state: the case of *fin-de-siècle* Spain», *Nations and Nationalism*, vol. 6/2, pp. 257-274.

JENSEN, Geoffrey (2014): *Cultura militar española. Modernistas, tradicionalistas y liberales*, Madrid, Biblioteca Nueva.

JIMÉNEZ, Alberto (1971): *Historia de la Universidad española*, Madrid, Alianza.

JUAN GARCÍA, Natalia, y ARRUGA SAHÚN, Jorge (2003): «La Exposición Hispano-Francesa de 1908», en *Boletín del Museo e Instituto 'Camón Aznar' de Ibercaja*, xc, pp. 115-220.

JOVER ZAMORA, José María (1995): «Después del 98. Horizonte internacional de la España de Alfonso XIII», en *La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931). Vol. I.- De los comienzos del reinado a los problemas de la posguerra, 1902-1922*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. ix-clxiii.

JUDERÍAS, Julián (1917): *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, Barcelona, Araluce, 4ª edición revisada.

JUDSON, Pieter M. (2016): *The Habsburg Empire. A New History*, Londres, The Belknap Press of Harvard University Press.

JULIÁ, Santos (1984): *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI.

JULIÁ, Santos (1993): «De cómo Madrid se volvió republicano», en José Luis García Delgado (ed.), *Los orígenes culturales de la II República*, Madrid, Siglo XXI, pp. 337-357.

JULIÁ, Santos (2004): *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus.

KAGAN, Richard L. (2019): *The Spanish Craze. America's Fascination with the Hispanic World, 1779-1939*, Lincoln, University of Nebraska Press.

KOHUT, Thomas A. (1991): *Wilhelm II and the Germans. A Study in Leadership*, Oxford, Oxford University Press.

KUMAR, Krishan (2003): *The Making of English National Identity*, Cambridge, Cambridge University Press.

LA PARRA, Emilio (2018): *Fernando VII. Un rey deseado y detestado*, Barcelona, Tusquets.

LA PORTE, Pablo (2003): *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

LAGUNA PLATERO, Antonio (2015): «Alfonso XIII, del retrato a la caricatura, de *La Esfera* a *La Traca*», en Enrique Bordería Ortiz, Francesc-A. Martínez Gallego y Josep Ll. Gómez Mompart (eds.), *El humor frente al poder: prensa humorística, cultura política y poderes fácticos en España (1927-1987)*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 25-41.

LAGUNA PLATERO, Antonio, y MARTÍNEZ GALLEGO, Francesc-A. (2022): «Publicidad, monarquía y nación. El sello real en el desarrollo de la industria y la publicidad en la prensa española (1814-1931), *Vínculos de Historia*, 11, pp. 462-479.

LAMPÉREZ Y ROMEA, Vicente (1912): «El Real Monasterio de Santa Clara en Tordesillas (Valladolid)», *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, pp. 563-572.

LANEYRIE, Philippe (1985): *Les scouts de France. L'évolution du mouvement des origines aux années quatre-vingt*, París, Les Éditions du Cerf.

LANGEWIESCHE, Dieter (2012): *La época del Estado-nación en Europa*, Valencia, Universitat de València.

LARIO, Ángeles (1999): *El Rey, piloto sin brújula. La Corona y el sistema político de la Restauración (1875-1902)*, Madrid, Biblioteca Nueva/UNED.

LAVÍN BERDONCES, Ana Carmen (2017): *La Casa y el Museo del Greco de Toledo y la creación de los museos de ambiente en España*, Gijón, Trea.

LEERSEN, Joep, y RIGNEY, Ann, eds. (2014): *Commemorating Writers in Nineteenth-Century Europe*, Londres, Palgrave Macmillan.

LEMUS LÓPEZ, Encarnación (1987): *La Exposición Ibero-Americana a través de la prensa (1923-1929)*, Sevilla, Mercasevilla.

LEZCANO, Ricardo (1978): *La Ley de Jurisdicciones: 1905-1906 (una batalla perdida por la libertad de expresión)*, Madrid, Akal.

LISBONA, José Antonio (1993): *Retorno a Sefarad. La política de España hacia los judíos en el siglo XX*, Barcelona, Riopiedras Ediciones.

LLEIXÀ, Joaquim (1986): *Cien años de militarismo en España. Funciones estatales confiadas al Ejército en la Restauración y el franquismo*, Barcelona, Anagrama.

LÓPEZ MARTÍN, Ramón (1994): *Ideología y educación en la dictadura de Primo de Rivera*, Valencia, Universitat de València, 2 vols.

LÓPEZ TRUJILLO, Miguel Ángel (2006): *Patrimonio. La lucha por los bienes culturales españoles (1500-1939)*, Gijón, Trea.

LÓPEZ-REY, José (1930): *Los estudiantes frente a la Dictadura*, Madrid, Javier Morata.

LÓPEZ-VIDRIERO, María Luisa (2011): «Naturalismo bibliófilo: el portentoso hurto de la Real Biblioteca Particular de Su Majestad», en María Luisa López-Vidriero (ed.), *Bibliofilia y nacionalismo. Nueve ensayos sobre coleccionismo y las artes contemporáneas del libro*, Salamanca, Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas, pp. 85-146.

LUENGO TEIXIDOR, Félix, y DELGADO CENDAGORTAGALARZA, Ander (2016): «Antes patria que rey. Los viajes de Alfonso XIII por el País Vasco y Navarra», en Barral (ed.), pp. 75-99.

LUMMIS, Charles F. (1893, 1916): *Los exploradores españoles del siglo XVI. Vindicación de la acción colonizadora española en América*, Barcelona, Araluce.

LYTTLETON, Adrian (1973): *The Seizure to Power. Fascism in Italy 1919-1929*, Londres, Weidenfeld and Nicolson.

MACHADO, Antonio (1981): *Poesías completas*, Madrid, Espasa-Calpe.

MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel (2019): *Franco «nació en África». Los africanistas y las campañas de Marruecos*, Madrid, Tecnos.

MACMILLAN, Margaret (2013): *1914. De la paz a la guerra*, Madrid, Turner.

MADARIAGA, Salvador de (1974): «Alfonso XIII (1886-1941)», en *Españoles de mi tiempo*, Barcelona, Planeta, pp. 373-386.

MAIRAL DOMÍNGUEZ, María del Mar (2018): «La Oficina de la Guerra Europea», en Alonso y otros, pp. 189-247.

MARAGALL, Joan (1904, 1912): «De les reials jornades», en *Obres completes. Escrits en prosa I*, Barcelona, Gustavo Gili, pp. 53-74.

MARCILHACY, David (2006a): «*Epopeyas oceánicas*… Le retentissement du vol transatlantique du Plus Ultra dans l'Espagne de Primo de Rivera», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 36-1, pp. 231-257.

MARCILHACY, David (2006b): *Une histoire culturelle de l'hispano-américanisme (1910-1930): l'Espagne à la reconquête d'un continent perdu*. Tesis doctoral, Université de Paris III.

MARCILHACY, David (2010): *Raza hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

MARCO MIRANDA, Vicente (1930, 1975): *Las conspiraciones contra la Dictadura (1923-1930). Relato de un testigo*, Madrid, Tebas.

MARÍA MUÑOZ, Guillermo (2020a): «Entre coronas, cruces y banderas. Monarquía, religión y nacionalismo español en la dictadura de Primo de Rivera», *Hispania Sacra*, LXXII/146, pp. 579-591.

MARÍA MUÑOZ, Guillermo (2020b): «Alfonso XIII, 'el primer soldado de España'. Monarquía, nación y Ejército durante la dictadura de Primo de Rivera». Texto inédito.

MARÍA MUÑOZ, Guillermo (2021a): «El año de la Corona: 1927. Monarquía, dictadura y

nacionalismo en las bodas de plata de Alfonso XIII», *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, 121, pp. 225-251.

MARÍA MUÑOZ, Guillermo (2021b): «*'Y, para que pueda vivir España, ¡viva el Rey!'*. Alfonso XIII y el homenaje especial del 23 de enero de 1925: ¿un caso de *monarquización* de la nación?». Texto inédito.

MARÍN ARCE, José María (1990): *Santiago Alba y la crisis de la Restauración*, Madrid, UNED.

MARIOT, Nicolas (2006): *Bains de foule. Les voyages présidentiels en province, 1888-2002*, París, Belin.

MARQUÉS I SUREDA, Salomó (1992): «Els 'Exploradores de España', un focus d'espanyolització a la Girona primorriverista», en *La dictadura de Primo de Rivera*, Gerona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, pp. 175-92.

MÁRQUEZ, ex-coronel Benito, y CAPO, J. M. (1923): *Las Juntas Militares de Defensa*, Barcelona, Sintes.

MARTÍN CORRALES, Eloy (2002): *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica, siglos XVI-XX*, Barcelona, Bellaterra.

MARTÍNEZ NAVARRO, Anastasio (1985): «El escultismo en el marco de la educación física: su implantación en España», en Julio Ruiz Berrio (ed.), *La educación en la España contemporánea. Cuestiones históricas*, Madrid, Sociedad Española de Pedagogía, pp. 151-163.

MARTÍNEZ REVERTE, Jorge, RAMOS, Sonia, y CHAFIH, M'hamed (2021): *El vuelo de los buitres. El desastre de Annual y la guerra del Rif*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, Santiago (2004): *Los papeles perdidos del cardenal Segura, 1880-1957*, Pamplona, Eunsa.

MARTORELL LINARES, Miguel (2001): *Historia de la peseta. La España contemporánea a través de su moneda*, Barcelona, Planeta.

MARTORELL LINARES, Miguel (2011a): *José Sánchez Guerra. Un hombre de honor (1859-1935)*, Madrid, Marcial Pons Historia.

MARTORELL LINARES, Miguel (2011b): «'No fue aquello solamente una guerra, fue una revolución': España y la Primera Guerra Mundial», *Historia y Política*, 26, pp. 17-45.

MAS CASTERAD, José (1926): *El único libro para el soldado,* s.l., s.e.

MAURA, duque de, y FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor (1948): *Por qué cayó Alfonso XIII. Evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado*, Madrid, Ediciones Ambos Mundos.

MAYER, Arno J. (1981, 1984): *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Madrid, Alianza.

MCCRONE, David, y MCPHERSON, Gayle, eds. (2009): *National Days. Constructing and Mobilising National Identity*, Londres, Palgrave Macmillan.

MCDONOGH, Gary Wray (1986, 1989): *Las buenas familias de Barcelona. Historia social del poder en la era industrial*, Barcelona, Omega.

MELIÁN GONZÁLEZ, María Elsa (2004): *Alfonso XIII en Canarias. El debate socio-político que dio origen a los Cabildos*, Tenerife, Gobierno de Canarias.

MENÉNDEZ ROBLES, María Luisa (2006): *El marqués de la Vega Inclán y los orígenes del turismo en España*, Madrid, Ministerio de Industria, Turismo y Comercio.

MENÉNDEZ ROBLES, María Luisa (2008): *La huella del marqués de la Vega Inclán en Sevilla*,

Sevilla, Arte Hispalense.

MENOZZI, Daniele (2001): *Sacro Cuore. Un culto tra devozione interiore e restaurazione cristiana della società*, Roma, Viella.

MIRA ABAD, Alicia (2016): «Estereotipos de género y matrimonio regio como estrategia de legitimación en la monarquía española contemporánea», *Revista de Historia Constitucional*, 17, pp. 165-191.

MIRANDA JUNCO, Agustín (1945): *Leyes coloniales*, Madrid, Rivadeneyra.

MOLINA Y NIETO, Ramón (1928): *En el solar de la piedad española. Crónica de la coronación de la Virgen de Guadalupe*, s.l., s.e.

MONTERO, Feliciano (1987): «Juventud y política: los movimientos juveniles de inspiración católica en España: 1920-1970», *Studia historica. Historia contemporánea*, 5, pp. 105-121.

MONTERO, Feliciano (2017): *El movimiento católico en España, 1889-1936*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá.

MONTERO DÍAZ, Julio, PAZ, María Antonia, y SÁNCHEZ ARANDA, José J. (2001): *La imagen pública de la monarquía. Alfonso XIII en la prensa escrita y cinematográfica*, Barcelona, Ariel.

MONTERO JIMÉNEZ, José Antonio (2011): *El despertar de la gran potencia. Las relaciones entre España y los Estados Unidos (1898-1930)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

MORENO BARÓ, Concepción (1999): *Católicos y parraleros*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses.

MORENO GARRIDO, Ana (2004): *Turismo y nación. La definición de la identidad nacional a través de los símbolos turísticos (España 1908-1929)*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

MORENO GARRIDO, Ana (2022): *De forasteros y turistas. Una historia del turismo en España (1880-1936)*, Madrid, Marcial Pons Historia.

MORENO LUZÓN, Javier (1998): *Romanones. Caciquismo y política liberal*, Madrid, Alianza.

MORENO LUZÓN, Javier (2003): «El rey de los liberales», en Moreno Luzón (ed.), pp. 151-186.

MORENO LUZÓN, Javier (2006): «De agravios, pactos y símbolos. El nacionalismo español ante la autonomía de Cataluña (1918-1919)», *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, 63, pp. 119-151.

MORENO LUZÓN, Javier (2011): «El pueblo del 14 de abril. Una explicación de largo alcance para un momento decisivo», en José Álvarez Junco y Mercedes Cabrera (eds.), *La mirada del historiador. Un viaje por la obra de Santos Juliá*, Madrid, Taurus, pp. 31-46.

MORENO LUZÓN, Javier (2012, 2015): «Imágenes del parlamentarismo español (1875-1923): ficciones y caricaturas», en Javier Moreno Luzón y Pedro Tavares de Almeida (eds.), *De las urnas al hemiciclo. Elecciones y parlamentarismo en la Península Ibérica (1875-1926)*, Madrid, Marcial Pons Historia/Fundación Práxedes Mateo Sagasta, pp. 189-220.

MORENO LUZÓN, Javier (2013): «Alfonso *el Regenerador*. Monarquía escénica e imaginario nacionalista español, en perspectiva comparada (1902-1913)», *Hispania*, 244, pp. 319-348.

MORENO LUZÓN, Javier (2015): «Madrid, capital de la monarquía», en Barral (ed.), pp. 25-50.

MORENO LUZÓN, Javier (2018a): «1919: *La banderita*, un himno popular para un

nacionalismo guerrero», en X. M. Núñez Seixas (ed.), *Historia mundial de España*, Barcelona, Debate, pp. 725-731.

Moreno Luzón, Javier (2018b): «'Fernando siete y media': los escándalos de corrupción de Alfonso XIII», en Borja de Riquer, Joan Lluís Pérez Francesch, Gemma Rubí, Lluís Ferran Toledano y Oriol Luján (eds.), *La corrupción en la España contemporánea*, Madrid, Marcial Pons Historia, pp. 259-277.

Moreno Luzón, Javier (2019): «La Restauración: 1874-1914», en José Álvarez Junco y Adrian Shubert (eds.), *Nueva historia de la España contemporánea (1808-2018)*, Madrid, Galaxia Gutenberg, pp. 101-127.

Moreno Luzón, Javier (2020): «'Seeds of Spain': Scouting, Monarchy and National Construction, 1912–1931», *European History Quarterly*, 50/2, pp. 226-247.

Moreno Luzón, Javier (2021): *Centenariomanía. Conmemoraciones hispánicas y nacionalismo español*, Madrid, Marcial Pons Historia.

Moreno Luzón, Javier, y Núñez Seixas, Xosé M. (2017): *Los colores de la patria. Símbolos nacionales en la España contemporánea*, Madrid, Tecnos.

Moreno Luzón, Javier, ed. (2003): *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons Historia.

Moreno Seco, Mónica (2009): «Discreta regente, la austriaca o doña Virtudes. Las imágenes de María Cristina de Habsburgo», *Historia y Política*, 22, pp. 159-184.

Moreno Seco, Mónica, y Mira Abad, Alicia (2016): «¿Un rey viril para una España fuerte? La masculinidad de Alfonso XIII y la nación», en Nerea Aresti, Karin Peters y Julia Brühne (eds.), *¿La España invertebrada? Masculinidad y nación a comienzos del siglo XX*, Granada, Comares, pp. 101-117.

Mosse, George M. (1990, 2016): *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.

Mousset, Alberto (1917): *El Rey Don Alfonso XIII y su filantropía en la guerra*, Barcelona, Bloud y Gay.

Naldi, Federico (2018): «'Ante la imagen de la Virgen de la Monarquía y sobre la tumba del Restaurador de la misma'. I viaggi della famiglia reale al santuario di Covadonga in età contemporanea», *Spagna Contemporanea*, 54, pp. 33-61.

Navajas Zubeldía, Carlos (1991): *Ejército, Estado y sociedad en España (1923-1930)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.

Navas, conde de las (1921): *La educación de un Rey 'a nativitate'*, Madrid, Gráficas Reunidas.

Nieto Caldeiro, Sonsoles (1999): «Reales Alcázares. Las huertas ajardinadas», *Aparejadores*, 55, pp. 65-69.

Niño, Antonio (2000): «Política de alianzas y compromisos coloniales para la 'regeneración' internacional de España, 1898-1914», en Tusell, Avilés y Pardo (eds.), pp. 31-94.

Niño, Antonio (2003): «El rey embajador», en Moreno Luzón (ed.), pp. 239-276.

Noel, Gerard (1984, 1989): *Ena. Spain's English Queen*, Londres, Constable London.

Núñez Bargueño, Natalia (2018): «'La Reconquista de nuestro territorio cristiano'. Espacio urbano y religión en el Congreso Eucarístico Internacional de Madrid, 1911», *Itinerantes. Revista de Historia y Religión*, 8, pp. 37-63.

Núñez Florencio, Rafael (1990): *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

NÚÑEZ GARCÍA, Víctor Manuel (2016): «Las visitas reales de Alfonso XIII a Andalucía y Canarias, entre España y América Latina. ¿Una oportunidad perdida?», en Barral (ed.), pp. 221-243.

NÚÑEZ GARCÍA, Víctor Manuel (2019): «Monarquía y nación a través de la visita de Isabel II a Andalucía en 1862. La dimensión cultural de las ceremonias reales», *Hispania*, 262, pp. 331-357.

NÚÑEZ GARCÍA, Víctor Manuel, y CALERO DELGADO, María Luisa (2019): «América Latina y el nacionalismo español. Alfonso XIII ante el movimiento hispanoamericanista (1902-1929)», *Secuencia*, 103 (*on-line*).

NÚÑEZ GRANÉS, Pedro (1917): *Proyecto para la prolongación del Paseo de la Castellana*, Madrid, Imprenta Municipal.

OLÁBARRI GORTÁZAR, Ignacio (1996): «Problemas no resueltos en torno al pronunciamiento de Primo de Rivera», *Revista de Historia Contemporánea*, 7, pp. 223-248.

OLECHNOWICZ, Andrzej (2007): «Historians and the modern British monarchy», en Andrzej Olechnowicz (ed.), *The Monarchy and the British Nation. 1780 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 6-44.

OLECHNOWICZ, Andrzej (2013): «Il Regno Unito e la sua monarchia (1837-1914)», *Memoria e Ricerca*, 42, pp. 15-31.

OROBON, Marie-Angèle, y GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, José Luis (2019): «Echar a la calle: el destronamiento simbólico de Alfonso XIII», *Revista de Historia Constitucional,* 20, pp. 171-199.

ORTEGA CANTERO, Nicolás (2014): «Paisaje, patrimonio e identidad en la conformación de la primera política turística española», *Ería. Revista cuatrimestral de Geografía*, 93, pp. 27-42.

ORTEGA Y GASSET, Eduardo (1925): *La verdad sobre la Dictadura. España encadenada*, París, Juan Dura.

ORTEGA Y GASSET, José (2004): *Obras completas*, 10 tomos, Madrid, Taurus/Fundación José Ortega y Gasset.

ORTIZ DE URBINA, Ignacio (1941): *Su Majestad el Rey D. Alfonso XIII. Historia íntima de su muerte*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús.

OSTOLAZA ESNAL, Maitane (2007): «La Nación española en el País Vasco, 1857-1931: el papel de la escuela», en Luis Castells, Arturo Cajal y Fernando Molina (eds.), *El País Vasco y España: identidades, nacionalismos y Estado (siglos XIX y XX)*, Zarautz, Universidad del País Vasco, pp. 163-184.

PABÓN, Jesús (1952-1969): *Cambó*, Barcelona, Alpha.

PABÓN, Jesús (1963): «Siete relatos de tres días (estudio preliminar para un libro sobre la crisis de la Monarquía», en *Días de ayer. Historias e historiadores contemporáneos*, Barcelona, Alpha, pp. 367-431.

PALACIOS BAÑUELOS, Luis, y PRIMO JURADO, Juan José (2016): *La Casa de Viana y la Corte española (1875-1931)*, Madrid, Trébede Ediciones.

PAMPLONA ESCUDERO, Rafael, dir. (1911): *Exposición Hispano-Francesa de 1908. Libro de oro*, Zaragoza, 'Heraldo de Aragón'.

PANDO DESPIERTO, Juan (1999): *Historia secreta de Annual*, Madrid, Temas de Hoy.

PANDO DESPIERTO, Juan (2002): *Un Rey para la esperanza. La España humanitaria de Alfonso XIII en la Gran Guerra*, Madrid, Temas de Hoy.

PASAMAR ALZURIA, Gonzalo, y PEIRÓ MARTÍN, Ignacio (2002): *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal.

PAULOS CAMPOS, José Luis, y SÁNCHEZ GARCÍA, Jesús Ángel (2012): «Un château para el rey de España. Alternativas estilísticas en el proyecto de palacio para Alfonso XIII en la isla de Cortegada (1907-1914)», *Goya*, 340, pp. 236-253.

PEMÁN, José María (1929): *El hecho y la idea de la Unión Patriótica*, Madrid, Sáez Hermanos. Prólogo de Miguel Primo de Rivera.

PÉREZ, Joseph (2005): *Los judíos en España*, Madrid, Marcial Pons Historia.

PÉREZ-CARDENAL, Andrés (1922): *Sierras y campos salamanquinos. El Rey en Las Hurdes*, Salamanca, Manuel P. Criado.

PÉREZ DE TUDELA, Almudena (2015): «Las intervenciones historicistas de José María Florit en los capítulos y palacio de los Austrias del Real Monasterio de El Escorial», *Además de. Revista on line de Artes Decorativas y Diseño*, 1, pp. 115-136.

PÉREZ-VILLANUEVA TOVAR, Isabel (1990): «La primera visita de Alfonso XIII a la Residencia de Estudiantes», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V.- Historia Contemporánea*, 3, pp. 199-211.

PÉREZ-VILLANUEVA TOVAR, Isabel (2016): «La Ciudad Universitaria de Madrid. Cultura y política (1927-1931)», *Historia y Política*, 35, pp. 47-70.

PÉREZ-VILLANUEVA TOVAR, Isabel (2018): «La Ciudad Universitaria de Madrid (1927-1931)», en Carolina Rodríguez-López y Jara Muñoz Hernández (eds.), *Hacia el centenario. La Ciudad Universitaria de Madrid a sus 90 años*, Madrid, Ediciones Complutense, pp. 25-67.

PETRIE, Charles (1965, 1967): *Alfonso XIII y su tiempo*, Barcelona, Dima.

PEYPOCH PERERA, Luis (ca.1915): *Tiro*, Barcelona, Sintes.

PIKE, Frederick B. (1971): *Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and their Relations with Spanish America*, Notre Dame-Londres, University of Notre Dame Press.

PINTO CEBRIÁN, Guillermo (1999): *Historia de los actos solemnes vinculados a la bandera de España (bendición y juramento de fidelidad)*, Oviedo, Universidad de Oviedo.

PLA, Josep (1929, 1986): *Madrid 1921. Un dietario*, Madrid, Alianza.

PLA, Josep (1933, 1986): *Madrid. El advenimiento de la República*, Madrid, Alianza.

PONCE, Javier (2011): «Spanish Neutrality during the First World War», en J. den Hertog y S. Kruizinga (eds.), *Caught in the Middle. Neutrals, Neutrality, and the First World War*, Ámsterdam, Aksant, pp. 53-65.

PONCE ALBERCA, Julio (2001): *Del poder y sus sombras. José Cruz Conde (1878-1939)*, Cabra, Ayuntamiento de Cabra.

PORRINAS GONZÁLEZ, David (2019): *El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra*, Madrid, Desperta Ferro.

POZO ANDRÉS, María del Mar del (1997): «Planteamientos regeneracionistas de una conmemoración monárquica: M.B. Cossío y el primer proyecto de creación de escuelas graduadas en Madrid (1902-1907)», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 27, pp. 43-62.

POZO ANDRÉS, María del Mar del (2000): *Currículum e identidad nacional. Regeneracionismos, nacionalismos y escuela pública (1890-1939)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

PRESTON, Paul (2003, 2004): *Juan Carlos. El Rey de un pueblo*, Barcelona, Debolsillo.

PRIETO, Indalecio (1990): *Con el rey o contra el rey. Guerra de Marruecos*, Madrid, Fundación Indalecio Prieto/Editorial Planeta, 2 vols.

PRIMO DE RIVERA, Miguel, y otros (1929): *Curso de ciudadanía. Conferencias pronunciadas en el Alcázar de Toledo*, Madrid, Junta de Propaganda Patriótica y Ciudadana.

PROCHASKA, Frank (1995): *Royal Bounty. The Making of a Welfare Monarchy*, New Haven, Yale University Press.

PRYKE, Sam (1998), «The popularity of nationalism in the early British Boy Scout movement», *Social History*, 23/3, pp. 309-324.

PUY I JUANICO, Josep (1984): «La Unión Monárquico Nacional frente al catalanismo de la Lliga, 1918-1923», *Estudios de Historia Social*, 28-29, pp. 467-473.

PUJOL DE PLANÉS, Barón de (1908): *Monitorio áulico*, Madrid, Jaime Ratés.

PULIDO, Ángel (1904): *Los israelitas españoles y el idioma castellano (Intereses nacionales)*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.

PULIDO, Ángel (1920): *La reconciliación hispano-hebrea (las asociaciones de Marruecos en Madrid)*, Madrid, Sáez Díaz, 1920.

QUINTANAR, marqués de (1955): *La muerte de Alfonso XIII de España*, Madrid, Escelicer.

QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, Alejandro (2008a): «Educación para la ciudadanía autoritaria. La nacionalización de los jóvenes en la dictadura de Primo de Rivera», *Historia de la Educación*, 27, pp. 87-104.

QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, Alejandro (2008b): *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, Alejandro (2022): *Miguel Primo de Rivera. Dictadura, populismo y nación*, Barcelona, Crítica.

RABATÉ, Colette, y RABATÉ, Jean-Claude (2009): *Miguel de Unamuno. Una biografía*, Madrid, Taurus.

RAMÓN SOLANS, Francisco Javier (2014): «*'La Virgen del Pilar dice…' Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.

RAMÓN SOLANS, Francisco Javier (2021): «'¡Viva Cristo Rey!'. Catolicismo y monarquía ante la Segunda República», en Miguel Gómez Oliver (dir.), *Hacia una España nueva. A los 90 años de la Segunda República*, Granada, Comares, pp. 25-38.

RAMOS, Francisco (1902): *El Tiro Nacional en España y en el extranjero*, Madrid, 'El Trabajo'.

RAMOS, Rui (1994, 2001): *A Segunda Fundaçao (1890-1926)*, Lisboa, Editorial Estampa.

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS (1909): *Extractos de discusiones habidas en las sesiones ordinarias de dicha corporación sobre temas de su instituto,* Madrid, Asilo de Huérfanos del S.C. de Jesús.

REMÓN, Juan F. (1994): *Parque del Oeste*, Madrid, Fundación Caja Madrid/El Avapiés.

REPARAZ, Gonzalo de (1931): *Alfonso XIII y sus cómplices (Memorias de una de las víctimas), en las que se ve lo que ha cambiado España en veinte años (1911-1931)*, Madrid, Javier Morata.

REVILLA, Federico (1982): «Simbolismo de un ocaso: el palacio real de Pedralbes», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología: BSAA*, 48, pp. 351-362.

REY REGUILLO, Fernando del (1992): *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

RIBAGORDA, Álvaro (2008): «El Comité Hispano-Inglés y la Sociedad de Cursos y Conferencias de la Residencia de Estudiantes (1923-1936)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 30, pp. 273-291.

RIQUER, Borja de (2013): *Alfonso XIII y Cambó. La monarquía y el catalanismo político*, Barcelona, RBA.

RIOJA RUBIO, Mateo (1929): *Manual de deberes éticos y cívicos y rudimentos de derecho*, Madrid, Imprenta Católica.

ROBERT, Vincent, y VERGER, Eduard J. (1992): «'La protesta universal' contra la ejecución de Ferrer: las manifestaciones de octubre de 1909», *Historia Social*, 14, pp. 61-82.

RODRÍGUEZ, Miguel (2009): «El Sagrado Corazón de Jesús: imágenes, mensajes y transferencias culturales», *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, 74, pp. 145-168.

RODRÍGUEZ ALCALDE, Leopoldo (1991): *Crónica del veraneo regio*, Santander, Librería Estudio.

RODRÍGUEZ BERNAL, Eduardo (1994): *Historia de la Exposición Ibero-Americana de Sevilla de 1929*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla.

RODRÍGUEZ GARCÍA, Luis (1900): *El Tiro Nacional como elemento indispensable de educación del ciudadano*, Vitoria, Cecilio Egaña.

RODRÍGUEZ GARCÍA, Luis (1907): *Teoría de la educación e instrucción del recluta*, San Sebastián, Federico Ferreitós.

ROIG ROSICH, Josep Maria (1992): *La dictadura de Primo de Rivera a Catalunya. Un assaig de repressió cultural*, Barcelona, Abadia de Montserrat.

ROMANONES, conde de (1928-1947, 1999): *Notas de una vida*, Madrid, Marcial Pons Historia. Edición y prólogo de Javier Moreno Luzón.

ROMERO MAURA, Joaquín (1976, 2000): «El ejército español y Cataluña: el incidente del *Cu-Cut!* y la ley de jurisdicciones, 1905-1906», en *La romana del diablo. Ensayos sobre la violencia política en España (1900-1950)*, Madrid, Marcial Pons Historia, pp. 111-142.

ROMERO SALVADÓ, Francisco J. (1999): *Spain 1914-1918. Between War and Revolution*, Londres, Routledge.

ROMERO SALVADÓ, Francisco J. (2020): *¿Quién mató a Eduardo Dato? Comedia política y tragedia social en España, 1892-1921*, Granada, Comares.

ROSE, Kenneth (1983): *King George V*, Londres, Phoenix Press.

ROUTIER, Gaston (2014): *La coronación de Alfonso XIII, Rey de España*, Madrid, Trifaldi.

RUBÍ I CASALS, Maria Gemma (2012): «La Corona en la construcció de la nació. La visita del rei Alfons XIII a Catalunya l'abril de 1904», en Ramon Arnabat i Mata y Antoni Gavaldà Torrents (coords.), *Projectes nacionals, identitats i relacions Catalunya-Espanya*, Catarroja, Afers, pp. 289-306.

RUIZ ALCÓN, María Teresa (1980): «Habitaciones y objetos personales del rey don Alfonso XIII en el Museo del Palacio Real de Madrid», *Reales Sitios. Revista de Patrimonio Nacional*, 63, pp. 21-28.

RUIZ DE GRIJALBA, Alfonso (1925): *Los enemigos del Rey (al margen de una campaña)*, Madrid, Marineda (2ª ed.).

RUIZ FORNELLS, Enrique (1894): *La educación moral del soldado*, Toledo, Viuda e Hijos de Juan Peláez.

RUSSIA, Alexander, Grand Duke of (1932, 2016): «Twilight of Royalty», en *Collected Works*, s.l., A & F Reprints, pp. 429-533.

SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro (1978): *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta.

SALDAÑA, Quintiliano (1930): *Al servicio de la justicia. La orgía áurea de la dictadura*, Madrid, Javier Morata.

SAMA, Antonio (2016): «La 'profanación artística' de la capilla de San José de Toledo: Cossío y la ILE frente al expolio del patrimonio», en *El arte de saber ver. Manuel B. Cossío, la Institución Libre de Enseñanza y el Greco*, Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos/Institución Libre de Enseñanza, pp. 249-259.

SAMBLANCAT MIRANDA, Neus (1990): *Ideario y ficción en la obra novelística de Ángel Samblancat*. Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona. 3 vols.

SAMPOL Y RIPOLL, Pedro (1904): *Viajes reales a la isla de Mallorca,* Palma, Tipografía de Felipe Guasp.

SANTAMARÍA DE PAREDES, Vicente (1890, 2004): *Curso de Derecho Político, según la Filosofía política moderna, la Historia general de España y la Legislación vigente*, Madrid, Analecta.

SANTIAGO Y GADEA, Augusto C. (1904): *La jura de bandera*, Madrid, s.e.

SANZ DÍAZ, Carlos, y PETROVICI, Zoran, dirs. (2019): *La Gran Guerra y la España de Alfonso XIII*, Madrid, Sílex.

SAÑUDO Y LÓPEZ-TALAYA, José (1909): *Compendio de instrucción militar*, Santander, Imp. Santiago Cuevas, 2ª edición.

SCHMIDT-NOWARA, Christopher (2008): «Spanish Origins of American Empire: Hispanism, History, and Commemoration, 1898-1915», *The International History Review*, XXX/1, pp. 32-51.

SECO SERRANO, Carlos (1969, 1992): *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración*, Madrid, Rialp.

SECO SERRANO, Carlos (1986, 1998): «El cerco de la Monarquía. La ruptura de los partidos dinásticos con Alfonso XIII durante la dictadura de Primo de Rivera», en *Estudios sobre el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, Real Academia de la Historia, pp. 239-390.

SECO SERRANO, Carlos (1995): *La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931). Vol. I.- De los comienzos del reinado a los problemas de la posguerra, 1902-1922*, Madrid, EspasaCalpe.

SELLÁN SOTO, María del Carmen (2010): *La profesión va por dentro. Elementos para una historia de la enfermería española contemporánea*, Madrid, Fuden.

SENCOURT, Robert (1946): *Alfonso XIII*, Barcelona, Tartessos.

SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro (1994): *Comunidad cultural e hispano-americanismo, 1885-1936*, Madrid, UNED.

SERRANO, Carlos (1999): *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus.

SERRANO VÉLEZ, Manuel (2018): *Silvestre o el sueño de un imperio*, Madrid, Almuzara.

SERRATE, Pedro (1920): *Catecismo patriótico*, Barcelona, Farré y Asensio.

SIUROT, Manuel (1923, 1924): *La emoción de España. Libro de cultura patriótica popular*, Madrid, Voluntad (2ª ed.).

SOL, Román (2014): «Los primeros congresos marianos españoles», *Scripta de María*, 11, pp. 233-279.

SOLÀ-MORALES, Ignasi de (1985): *La Exposición Internacional de Barcelona 1914-1929: arquitectura y ciudad*, Barcelona, Feria de Barcelona, 1985.

SOLANA, Ezequiel (1907): *Lecciones de Historia de España*, Madrid, El Magisterio Español.

SNYDER, Timothy (2008, 2014): *El Príncipe Rojo. Las vidas secretas de un archiduque Habsburgo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

SOLÉ, Gloria (1976): «La incorporación de España a la Sociedad de Naciones», *Hispania*, 36/132, pp. 131-174.

SPRINGHALL, John (1987): «Baden-Powell and the Scout Movement before 1920: citizen training or soldiers of the future?», *English Historical Review*, 102:405, pp. 934-942.

STORM, Eric (2010, 2019): *La construcción de identidades regionales en España, Francia y Alemania, 1890-1939*, Madrid, Ediciones Complutense.

STORM, Eric (2011): *El descubrimiento del Greco*, Madrid, Marcial Pons Historia/CEEH.

STORM, Eric (2020): «When Did Nationalism Become Banal? The Nationalization of the Domestic Sphere in Spain», *European History Quarterly*, 50/2, pp. 204-225.

SUÁREZ CORTINA, Manuel (1986): *El reformismo en España. Republicanos y reformistas bajo la Monarquía de Alfonso XIII*, Madrid, Siglo XXI/Universidad de Cantabria.

SUEIRO, Susana (1993): *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la 'cuestión marroquí', 1923-1930*, Madrid, UNED.

SUEIRO, Susana (2000): «La política exterior de España en los años 20: una política mediterránea con proyección africana», en Tusell, Avilés y Pardo (eds.), pp. 135-157.

SUEIRO, Susana (2008): «El asesinato de Canalejas y los anarquistas españoles en Estados Unidos», en Juan Avilés y Ángel Herrerín (eds.), *El nacimiento del terrorismo en Occidente*, Madrid, Siglo XXI, pp. 159-188.

THEBUSSEM, doctor, y VALERA, Juan (1906): *NN KB CH y En Husa*, Madrid, s.e.

TITOS MARTÍNEZ, Manuel (1999): *El duque de San Pedro de Galatino*, Granada, Comares.

TOGORES, Luis E. (2003): *Millán Astray, legionario*, Madrid, La Esfera de los Libros.

TOMÁS, Facundo, GARÍN, Felipe, JUSTO, Isabel, y BARRÓN, Sofía, eds. (2007): *Epistolarios de Joaquín Sorolla. I. Correspondencia con Pedro Gil Moreno de Mora*, Madrid, Anthropos.

TORRE, Hipólito de la (1984): «El destino de la 'Regeneración' internacional de España (1898-1918)», *Proserpina*, 1, pp. 9-22.

TORRE, Hipólito de la (2002): *El imperio del Rey. Alfonso XIII, Portugal y los ingleses (1907-1916)*, Mérida, Editora Regional de Extremadura.

TORREBADELLA FLIX, Xavier (2018): «'Ludos pro Patria': aprender a disparar para salvar la nación», *La Razón Histórica*, 40, pp. 133-164.

TRAVER TOMÁS, Vicente (1965): *El marqués de la Vega-Inclán, 1er comisario regio de Turismo y Cultura Artística Popular*, Madrid, Fundaciones Vega-Inclán.

TUCHMAN, Barbara W. (1962, 2018): *Los cañones de agosto. Treinta y un días que cambiaron la faz del mundo*, Barcelona, RBA.

TUSELL, Javier (1987): *Radiografía de un golpe de Estado. El ascenso al poder del general Primo de Rivera*, Madrid, Alianza Editorial.

TUSELL, Javier (1995): «El encasillado de 1930», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 21, pp. 23-54.

TUSELL, Javier (1999): «Joaquín Sorolla en los ambientes políticos de su tiempo», en *Arte, historia y política en España (1890-1939)*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 155-167.

TUSELL, Javier, y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva (2001): *Alfonso XIII. El rey polémico*, Madrid, Taurus.

TUSELL, Javier, y SAZ, Ismael (1982): «Mussolini y Primo de Rivera: las relaciones políticas y diplomáticas de dos dictaduras mediterráneas», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, clxxxix/iii, pp. 413-483.

TUSELL, Javier, AVILÉS, Juan, y PARDO, Rosa, eds. (2000): *La política exterior de España en el siglo xx*, Madrid, Biblioteca Nueva/UNED.

UCELAY-DA CAL, Enric (2003): *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa.

UNAMUNO, Miguel de (1958): *Obras completas*, Madrid, Afrodisio Aguado, 16 vols.

UNAMUNO, Miguel de (1977): *Crónica política española (1915-1923)*, Salamanca, Ediciones Almar.

UNGARI, Andrea (2018): *La guerra del Re. Monarchia, Sistema politico e Forze armate nella Grande Guerra*, Milán, Luni.

UNOWSKY, Daniel L. (2005): *The Pomp and Politics of Patriotism. Imperial celebrations in Habsburg Austria, 1848-1916*, West Lafayette, Indiana, Purdue University Press.

URABAYEN, Félix (1924, 2014): *Toledo la despojada*, Toledo, Antonio Pareja.

URBANO, Ramón A. (1904, 2000): *La visita regia. Crónica de la estancia de S.M. el Rey Don Alfonso XIII en la Muy Hospitalaria Ciudad de Málaga*, Málaga, Universidad de Málaga.

VALDEIGLESIAS, marqués de (1910): *Las fiestas del Centenario de la Argentina*, Madrid, s.e.

VALLE-INCLÁN, Ramón María del (2002): *Obra completa*, Madrid, Espasa.

VALLOTTON, Henry (1943, 1945): *Alfonso XIII*, Madrid, Editorial Tesoro.

VAN BOSSTRAETEN, Truus (2008, 2019): *Ocupados pero protegidos. Bélgica y el marqués de Villalobar durante la Primera Guerra Mundial*, Madrid, El Viso.

VAN DEN WIJNGAERT, Mark, BEULLENS, Lieve, y BRANTS, Dana (2002): *Pouvoir et Monarchie. La Belgique et ses rois*, Bruselas, Éditions Luc Pire.

VAN OSTA, Jaan (2006): «The Emperor's New Clothes. The Reappearance of the Performing Monarchy in Europe, c. 1870-1914», en Deploige y Deneckere (eds.), pp. 181-192.

VARELA, Benigno (1925): *Campaña Justiciera de la Monarquía. Salvas de patriotismo. España por Alfonso XIII. Una fecha histórica 23 de enero de 1925,* Madrid, La Monarquía.

VARELA, Benigno, ed. (1914): *Así es nuestro Rey. El libro de 'La Monarquía'*, Madrid, Imprenta Helénica.

VARELA, Javier (1990): *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española*, Madrid, Turner.

VARELA, Javier (1999): *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus.

VARELA, Javier (2015), *El último conquistador: Blasco Ibáñez*, Madrid, Tecnos.

VARELA ORTEGA, José (1994): «Sobre la naturaleza del sistema político de la Restauración», en Gortázar (ed.), pp. 169-194.

VARELA ORTEGA, José, dir. (2001): *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales/Marcial Pons Historia.

VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín (2009): «Estudio preliminar», en *La Constitución de 1876*, Madrid, Iustel, pp. 17-97.

VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín (2014): «Vicente Santamaría de Paredes y el derecho político de la Restauración», en *Política y Constitución en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 707-734.

VARELA-LAGO, Ana María (2008): *Conquerors, Immigrants, Exiles: The Spanish Diaspora in the United States (1848-1948)*. Tesis doctoral, University of California, San Diego.

VEGA INCLÁN, marqués de la (1918): *La Casa de Cervantes*, Valladolid, Casa de Cervantes.

VELASCO MARTÍNEZ, Luis (2020): *La nación marcial. Servicio militar obligatorio y educación patriótica en España, 1898-1982*. Tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela.

VELDE, Henk te (2006): «Cannadine, Twenty Years on. Monarchy and Political Culture in Nineteenth-Century Britain and the Netherlands», en Deploige y Deneckere (eds.), pp. 193-203.

VÍCTORES FERNÁNDEZ, Gregorio (1928): *Manual cívico-patriótico para los niños y adultos*, Guadalajara, Sucesor de Antero Concha.

VILLA GARCÍA, Roberto (2021): *1917. El Estado catalán y el soviet español*, Barcelona, Espasa.

VILLANUEVA, Jesús (2011): *Leyenda negra. Una polémica nacionalista en la España del siglo XX*, Madrid, Catarata.

VILLARES, conde de los (1948): *Estudios del reinado de Alfonso XIII*, Madrid, Ediciones Jordán.

VILLARRUEL, María Luz (2019): «Josep Puig i Cadafalch en la Exposición de Barcelona (1913-1924): ¿un *Beaux-Arts* mediterráneo para el Palacio de Arte Antiguo?», en *Congreso internacional Beaux-Arts. Arquitectura en América Latina, 1870-1930*, http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/83897.

VILLAVERDE, Jorge (2016): «King Alfonso's Wish: la proyección de un imaginario nacional en la Exposición española de turismo de Londres. 1914». Texto inédito.

VIÑAS, Ángel (2001): *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil*, Madrid, Alianza.

WOLF, Christiane (2004, 2010): «¿Los monarcas como representantes religiosos de la nación hacia 1900? Una comparación entre el káiser Guillermo II, la reina Victoria y el emperador Francisco José», en Heinz-Gerhard Haupt y Dieter Langewiesche (eds.), *Nación y religión en Europa. Sociedades multiconfesionales en los siglos XIX y XX*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, pp. 177-198.

WORTMAN, Richard (2014): *Visual Texts, Ceremonial Texts, Texts of Exploration. Collected Articles on the Representation of Russian Monarchy*, Boston, Academic Studies Press.

YAHUDA, Abraham S. (1951): *Ha-hagana al ha-Yishuv be-Milhemet ha-Olam ha-Rishona: Zihronot me-Yemei Shehuti be-Sefarad* (*La defensa del 'Ishuv' en la Primera Guerra Mundial. Recuerdos de los días de mi estancia en España*), Jerusalén, edición del autor.

YELA UTRILLA, Juan F. (1928): *Historia de la civilización española en sus relaciones con la universal*, Madrid, Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

ZAMORA BONILLA, Javier (2002): *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza y Janés.

ZAMORA GARCÍA, Francisco José (2011): «Los nombramientos episcopales durante la Dictadura del general Primo de Rivera», *Anuario Jurídico y Económico Escurialense,* 44, pp. 551-566.

ZAVALA, José María (2010): *El patrimonio de los Borbones. La sorprendente historia de la fortuna de Alfonso XIII y la herencia de Don Juan*, Madrid, La Esfera de los Libros.

Retrato de Alfonso XIII (ca. 1922). Foto: Taponier. © Patrimonio Nacional.